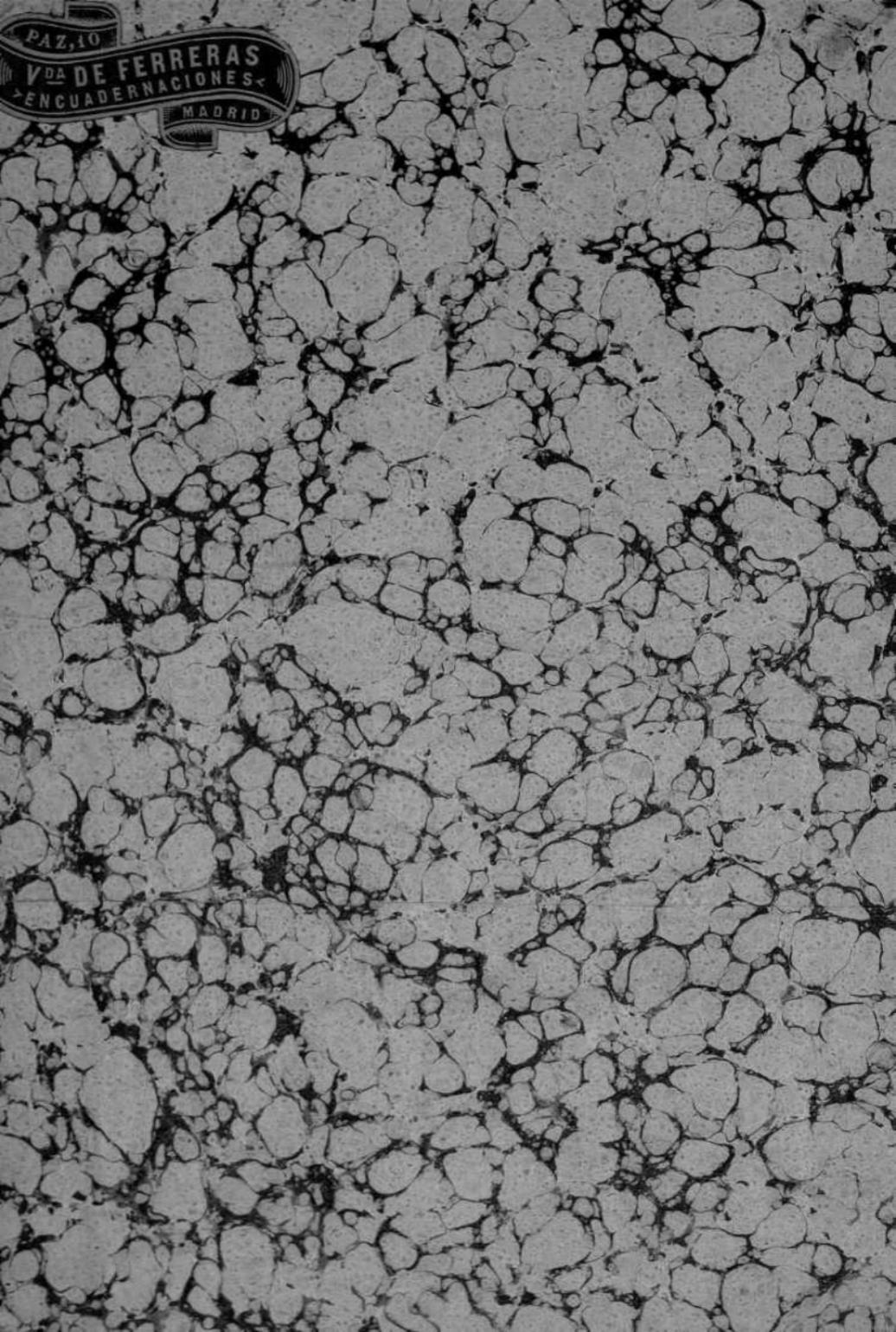
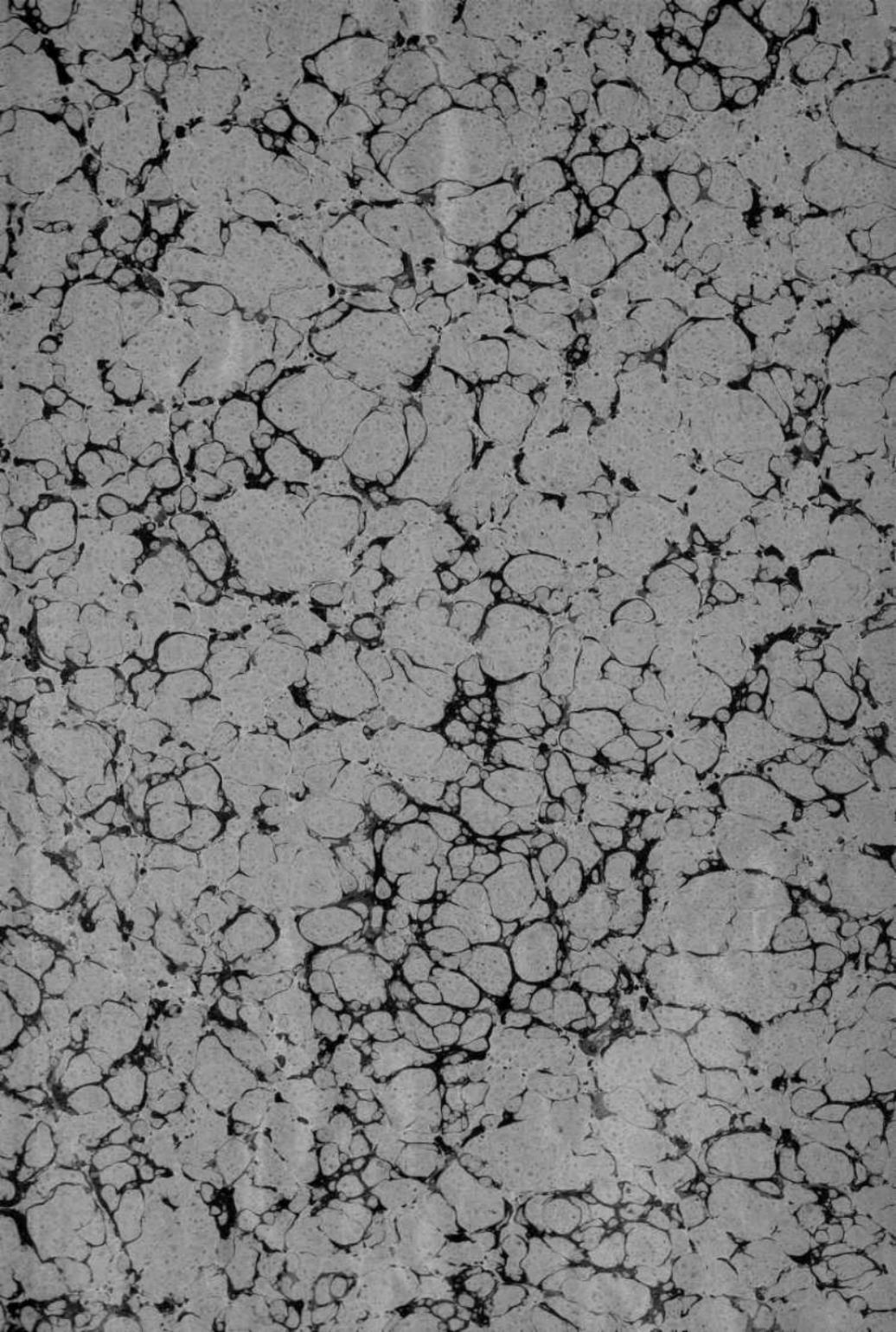


PAZ, 10  
VDA DE FERRERAS  
ENCUADERNACIONES  
MADRID





HESPERIA  
LIBROS HISPANICOS  
ZARAGOZA  
ESPAÑA

↑. 106647 C. 1131061

D.F.C.C.

A

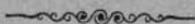
MANUEL P. DELGADO, EDITOR



# POESÍAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA



TERCERA EDICIÓN



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOG. DE LOS SUCESORES DE CUESTA

CALLE DE LA CAVA-ALTA, NÚM. 5

1893



R. 82893

Cuzco 24 de Mayo a las 5 tarde y 5'  
Recuerdo a nuestra amada  
Nra Maria en un beso con  
alegres  
Alvaro Anita

---

Es propiedad

---



## PRÓLOGO

---

**E**RA una tarde de Febrero. Un carro fúnebre caminaba por las calles de Madrid. Seguíanle, en silenciosa procesión, centenares de jóvenes con semblante melancólico, con ojos aterrados. Sobre aquel carro iba un ataúd; en el ataúd, los restos de LARRA; sobre el ataúd, una corona. Era la primera que en nuestros días se consagraba al talento; la primera vez acaso que se declaraba que el genio es en la sociedad una aristocracia, un poder. La envidia y el odio habían callado; los hombres de la moralidad dejaban para después la moral tarea de roer los huesos de un desgraciado, y nadie disputaba á nuestro amigo los honores de su fúnebre triunfo. Todos tristes, todos abismados en el dolor, conducíamos á nuestro poeta á su capitolio, al cementerio de la Puerta de Fuencarral, donde las manos de la amistad le habían preparado un nicho. Un numeroso concurso llenaba aquel patio pavimentado de huesos, incrustado de lápidas, entapizado de epitafios, y la descolorida luz del crepúsculo de la tarde daba palidez y aire de sombras á todos nuestros semblantes. Cumplido ya nuestro triste deber, un encanto inexplicable nos detenía en derredor de aquel túmulo, y no podíamos separarnos de los preciosos restos que para siempre encerraba sin dirigirles aquellas solemnes palabras que tal vez oyen los muertos antes de adormecerse profundamente en su eterno letargo. Entonces el Sr. ROCA DE TOGORES, levantando penosamente de su alma el peso de dolor que la oprimía, y como revistiéndose de la sombra

del ilustre difunto, alzó su voz: LARRA se despidió de nosotros por su boca, y nos refirió por la vez postrera la historia interesante de sus borrascosos, brillantes y matogrados días. En aquel momento nuestros corazones vibraban de un modo que no se puede hacer comprender á los que no le sientan, que los mismos que le hayan sentido le habrán ya olvidado, porque de los vuelos del alma, de los arrebatos del entusiasmo, ni se forma idea ni queda memoria; que en ellos el espíritu está en otra región, vive en otro mundo; los objetos hacen impresiones diversas de las que producen en el estado normal de la vida; el alma ve claros los misterios, ó cree, porque lo siente, lo que tal vez no puede comprender. Se ve entonces á sí misma, se desprende y se remonta del suelo; conoce, ve, palpa que ella no es el barro de la tierra, que otro mundo la pertenece, y se eleva á él, y desde su altura, como el águila que ve el suelo y mira al sol, sondea la inmensidad del tiempo y del espacio, y se encuentra en la presencia de la Divinidad que en medio del espacio y de la eternidad preside. Entonces no se puede usar del lenguaje del mundo, y el alma siente la necesidad de otra forma para comunicar lo que pasa en su seno. Tal era entonces nuestra situación. No era amistad lo que sentíamos; no era la contemplación profunda de aquella muerte desastrosa, de aquella vida cortada en flor, la vista de aquel cementerio, la inauguración de aquella tumba, la serenidad del cielo que nos cubría, la voz elocuente del amigo que hablaba; no era nada de esto, ó más que todo esto, ó todo esto reunido, para elevarnos á aquel estado de inexplicable magnetismo en que, en una situación vivamente sentida por muchos, parece que se ayudan todos á sostenerse en las nubes. ¡Ah! Pero nuestro entusiasmo era de dolor, y llorábamos (sábenlo el cielo y aquellas tumbas); y, al querer dirigir la voz á la sombra de nuestro amigo, pedíamos al cielo el lenguaje de la triste inspiración que nos dominaba, y buscábamos en derredor de nosotros un intérprete de nuestra aflicción, un acento que reprodujera toda nuestra tristeza, una voz donde en común concierto sonasen acordes las notas de todos nuestros suspiros. Entonces, de en medio de nosotros, y como si saliera de bajo aquel sepulcro, vimos brotar y aparecer un joven, casi un niño, para todos desconocido. Alzó su pálido semblante, clavó en aquella tumba y en el cielo una mirada sublime, y, dejando oír una voz que por primera vez sonaba en nuestros oídos, leyó en cortados y trémulos acentos los versos que van insertos en la página primera de esta colección, y que el Sr. ROCA tuvo que arrancar de su mano, porque desfallecido á la fuerza de su emoción, el mismo autor no pudo concluirlos. Nuestro asombro fué igual á nuestro entusiasmo; y así que supimos el nom-

bre del dichoso mortal que tan nuevas y celestiales armonías nos había hecho escuchar, saludamos al nuevo bardo con la admiración religiosa de que aun estábamos poseídos, bendijimos á la Providencia que tan ostensiblemente hacía aparecer un genio sobre la tumba de otro, y los mismos que en fúnebre pompa habíamos conducido al ilustre LARRA á la mansión de los muertos, salimos de aquel recinto llevando en triunfo á otro poeta al mundo de los vivos y proclamando con entusiasmo el nombre de ZORRILLA.

No he recordado aquí esta tarde, por el placer de describir, una escena grande y poética. Más poética y más grande fué seguramente que mi descolorida descripción, aunque, en el torrente de las escenas que á nuestros ojos pasan, ya se haya hundido y ya casi todos la hayan olvidado. El autor de estas líneas no podrá borrarla de su memoria. Entonces empezó á sentir hacia el ilustre poeta á quien las consagra el afecto que con él le une, y que es demasiado tierno para que no forme época en su vida; entonces empezó el público á conocer las producciones de este ingenio; y la impresión que de ellas ha recibido es demasiado profunda para que no se marque muy distintamente en los anales de la literatura contemporánea. Pero no ha sido ésta precisamente la razón de recordar aquella escena. Yo he tomado nota de ella, y la he consignado al frente de estas páginas, porque aquella original aparición me ha sugerido las reflexiones que voy á hacer sobre la índole y carácter de estas poesías.

Cuando oímos los versos de que acabo de hacer mención, todos los que tuvimos la fortuna de escucharlos sentimos la inspiración que los había dictado y comprendimos el idealismo en que estaban concebidos, porque también nosotros estábamos inspirados, y también nuestra existencia vagaba por las regiones de lo ideal y de lo eterno. Nos hallábamos al nivel del autor, á la altura de su mismo genio, y en estado de sentir lo que él tal vez no hizo más que expresar; porque entonces, como los primitivos poetas, como los bardos en sus banquetes, como PÍNDARO en los juegos olímpicos, tomaba entusiasmo de nuestro entusiasmo, llanto de nuestro llanto; era el foco del espejo, y reflejábanse en él concentrados los rayos que tal vez de nosotros mismos partían. Así que á nadie pudo ocurrírsele que aquella producción no fuese natural, espontánea, como su mirar, como su acento, como el color de su semblante y el llanto de sus ojos. Nadie pudo ver en ella la imitación de tal autor, ó los principios de tal escuela; nadie discutió si era *clásica* ó *romántica*, *oriental* ó *filosófica*. Era una composición de allí, de aquel poeta, de aquel momento, de aquella escena, para nosotros, en nuestra lengua, en nuestra poesía, en poesía que nos arrebató, que nos electrizó, que comprendi-

mos, y sobre cuyo mérito, género y formas no se suscitaron discusiones ni críticas. Y, sin embargo, el autor la había escrito algunos momentos antes de aquella reunión, á solas en su gabinete, sin auditorio que le escuchara, y bajo la inspiración de su dolor y de su genio. Si á solas también la hubiera leído á cada uno de sus oyentes, ¿hubiera producido el mismo efecto? ¿La hubieran hallado tan ideal, tan bella, tan original y tan espontánea? No seguramente. Para uno hubiera sido incomprendible una frase; otro hubiera encontrado exageración ó falta de verdad en un pensamiento; un oído *fino* hubiera sentido flojo, duro ó arrastrado algún verso; un entendimiento metódico observaría la falta de orden, de conexión y enlace entre sus ideas; cuál la tendría por *vaga*, y haría notar que su lectura no dejaba en el alma ninguna idea fija; y ¿qué más? La mayor parte tal vez no hubieran visto en ella más que una imitación de Víctor Hugo ó de Lamartine. Pues lo que hubiera sucedido á aquella composición así leída sucede todos los días, no precisamente con respecto al público, sino con respecto á los inteligentes y críticos, con otras que se han dado á luz. Todos ellos suscitan las mismas vanas y ociosas cuestiones, y sólo los corazones sensibles y no gastados que se entregan de buena fe al ímpetu del sentimiento, y que unisonos desde luego al tono del poeta, vibran con todas las modulaciones de su laúd y obedecen á todos los caprichos de su inspiración, se encuentran, con respecto á las demás poesías de este autor, en el caso en que todos nos hallamos cuando su aparición en el cementerio. Entonces su inspiración había volado sola adonde nuestro entusiasmo voló después; después su inspiración siguió siempre la misma, tal vez más poderosa, más alta, más fuerte, más profunda; pero, no siéndonos siempre posible ponernos en la esfera de su atracción, vemos á veces sus cuadros desde un punto en que no tienen perspectiva, ó no oímos de su lira más que el ruido de los trastes. De ahí la mayor parte de esas disputas y críticas; de ahí esas frases incomprendibles para los que quisieran hallar en los versos ecuaciones y silogismos; de ahí ese gongorismo para los que piensan que la poesía es sólo un modo de hablar y no un modo de sentir, una manera de ser; de ahí, en fin, la pretensión de que estos versos son imitaciones de un autor, ó doctrinas de una escuela, por parte de los que todavía están aferrados en creer que la poesía es *un arte de imitación!* y que puede ser un método de hacer exposiciones de teorías políticas ó sistemas filosóficos. Empero los que tienen corazón y alma, y los que saben que con el corazón y con el alma, y no con los dedos y con las palabras, se hacen los versos, saben también lo que significan estas impugnaciones y lo que hay en ellas de verdadero ó in-

exacto. El autor de este prólogo está muy distante de creer que sean obras perfectas los primeros preludios poéticos del amigo á quien le consagra, y el entusiasmo que le arrebató no le ciega; ha querido, sin embargo, demostrar cómo muchos de los defectos que se atribuyen á una obra pueden consistir en el modo de juzgarla, y sobre todo ha querido protestar contra ese tema de que es imitación y amaneramiento de escuela lo que es tan espontáneo y tan natural como las flores del campo y como las rocas de los montes. Siglos hay, sí, que inspiran un mismo tono á todo aquel que los canta; principios, ideas y sentimientos generales, dominantes, humanitarios, que, presidiendo á una época y á una generación, se reproducen en todas sus obras y bajo todas sus formas. Pero entonces la analogía no es el plagio, la semejanza no es la imitación, ni la consonancia el eco; entonces, por el contrario, la conformidad es el sello de la inspiración y de la originalidad; entonces dos obras se parecen y distan entre sí un mundo entero; entonces dos autores se imitan sin conocerse; entonces se notan armonías y correspondencias entre la BIBLIA y HOMERO; entonces se copian SHAKESPEARE y CALDERÓN. Es un sol refulgente que reverbera en todos los cuerpos que ilumina; es una luna melancólica que reproducen todos los objetos que baña con sus pálidos rayos. Sí. El siglo de BYRON, de HUGO y de CHATEAUBRIAND debe inspirar también á los vates españoles; pero su inspiración no dejará de ser de ellos, y de ser española, como del siglo y de los objetos que canten. Póngase cada uno á mirar sus cuadros á la luz que ilumina; verá tal vez en su fondo el reflejo del cielo que los cubre, pero no colores prestados de ajena paleta. Fórmese para cada composición un teatro como el del cementerio, y verán todos en ella la inspiración original, la naturalidad, la unción, la verdad, la belleza ideal y la celestial armonía que creyeron ver en la primera; percibirán clara y luminosamente lo que algunos no comprendieron; se sentirán en la presencia real de lo que tal vez les pareció visión y quimera; les sorprenderá la exactitud de lo que creyeron exagerado, y hallarán, por último, que lo que afectan llamar romanticismo no es más que la poesía, la naturaleza, la verdad.

A otra serie de reflexiones ha dado además lugar en mi alma la escena de aquella tarde; reflexiones que algunos no comprenderán tampoco, y que otros muchos comprenderán solamente para fulminar contra ellas el anatema del ridículo y para acogerlas con la sarcónica ironía que entre nosotros se afecta hacia todo lo que no es materialmente positivo y humanamente lógico, hacia todo lo que propende á hacer intervenir al cielo en lo que pasa en la tierra. Yo, empero, que creo en un orden de cosas superior al orden de los fenó-

menos que á nuestra razón y á nuestros sentidos es dado percibir y explicar; yo, que estoy persuadido de que no se hallan entre nosotros todas las causas de lo que á nuestros ojos sucede, acostumbrado á ver la mano de la Providencia en los sucesos al parecer más insignificantes de la vida, no es mucho que la conozca en aquellas ocasiones en que más ostensiblemente y con más solemnidad quiere como revelarse á nuestra vista. Sí; un poeta puede confesarlo, puede decir que cree en las *causas finales*, que cree en la *predestinación*, y que cree que, si la humanidad toda concurre á la obra que la inteligencia suprema le ha trazado, cada hombre, y sobre todo cada especialidad, concurre á un objeto fijo y determinado. Sin esta creencia, el libro del mundo es un enigma incomprensible, y el de la historia un tejido de absurdos. Fiel á esta creencia, y juzgando que LARRA era algo en la tierra; que en esta nación, en esta agregación de nulidades donde su existencia descollaba con tanto brillo, no en vano sus producciones habían fijado tan vivamente la atención pública, y que su pérdida dejaba un vacío, no sólo en la literatura, sino en la sociedad; cuando, á orillas del sepulcro del malogrado escritor que nos dejaba, ví brotar el poeta que nacía, el hecho era de demasiado bulto, la aparición demasiado fatídica para no reconocer en el nuevo genio una *misión* tan especial como la del primero. Los presentimientos que hasta ahora he tenido, fundados en esta opinión, no han sido nunca vanos; el que aquella tarde tuve no lo ha sido tampoco. Los acentos del nuevo bardo sorprendieron desde luego y arrebataron. Agitado de la calentura del genio y de la maravillosa fecundidad de que le ha dotado el cielo, en pocos meses ha lanzado al público una multitud de composiciones que no pasaron efímeras, como la mayor parte de las fugitivas producciones de nuestros días, ó conocidas sólo de los inteligentes, como las de épocas anteriores. Recibidas ora con admiración, ora con extrañeza, ora con entusiasmo, ora con desagrado, según las ideas y carácter de cada uno, no lo han sido nunca con indiferencia. Leídas y releídas, decoradas y oídas y recitadas por todos, el ansia con que se buscan los periódicos donde se publicaron algunas ha obligado á recogerlas en la presente colección. Y no sólo en elogios y alabanza ha consistido su popularidad. También son ellas las que más críticas é invectivas han suscitado; también han sido parodiadas y puestas en ridículo é imitadas por malos poetas, que es la más infeliz parodia; también han sido tachadas de inmorales, de incomprensibles, y hasta equiparadas en algún artículo de periódico á los discursos de varios *célebres* oradores de nuestras actuales Cortes. Pues bien; esta novedad y admiración, esas sátiras é invectivas, esas imitaciones de la media-

nia y esas hostilidades de la envidia son el grande éxito, la corona del talento, el sello de la especialidad. Parece que nuestra época se afanaba en producir un poeta que estuviese á su nivel y en armonía con ella, que fuese como el representante literario de la nueva generación, de sus ideas, de sus sentimientos y creencias: varios jóvenes, al parecer con esta esperanza y con éxito más ó menos feliz, se habían presentado hasta ahora en la escena, y el público no dejó de vislumbrar en ellos ráfagas de nueva luz y sentir aliento de nueva vida; pero, á la aparición de ZORRILLA, ha visto ya el Oriente de un astro muy luminoso. Tibios todavía, sus primeros rayos han despertado en su derredor todo un hemisferio de poesía; y si, aun no ha nacido el sol, estrellas muy resplandecientes se eclipsaron ya ante su brillante crepúsculo. Si sus preludios marcan una aurora, sus cantos sellarán una época; si su aparición ha sido fatídica, su poesía será providencial; si el eco de su voz ha sobrecogido y su primera inspiración fascinado, muy trascendental y poderosa será la influencia que debe ejercer, y más anchurosa de lo que se cree la esfera de acción en que debe obrar su impulso.

¿Cuál será, empero, esta acción? ¿Cuál será el desarrollo de este germen? ¿Cuál será este fin? Yo he podido adivinarlo, pero no me atreveré á predecirlo, porque los arcanos del destino no se explican, ni los vuelos del genio se calculan. Permítasele, sin embargo, á un alma, también poética, formar esperanzas; y para formularlas, y para dar una idea de las conjeturas que sobre lo futuro se presentan á su fantasía, permítasele entrar en explicaciones del aspecto bajo que las cosas presentes se ofrecen á sus ojos. La imaginación, la amistad, el entusiasmo podrán ejercer grande influencia en este análisis; pero el corazón, el sentimiento, la fantasía son el único *método analítico* aplicable á las obras de un poeta.

En el estado actual de nuestra indefinible civilización, la poesía, como todas las ciencias y artes, como todas las instituciones, como la pintura, la arquitectura y la música, como la filosofía y la religión, ha perdido su tendencia unitaria y simpática y sus relaciones con la humanidad en general, porque, no existiendo sentimientos ni creencias sociales, carece de base en que se apoye, y de lazo que á la humanidad la ligue. Sin poder proclamar un principio que la sociedad ignora; sin poder encaminarse hacia un fin que la sociedad no conoce, ni dirigirse hacia un cielo en que la sociedad no cree, la poesía, dejando una región en la que no hallaba atmósfera para respirar, se ha refugiado, como á su último asilo, á lo más íntimo de la individualidad y del seno del hombre, donde, aun á despecho de la filosofía y del egoísmo, un corazón palpita y un espíritu inmortal

vive. Pero el hombre en su aislamiento es el más miserable y desgraciado de los seres. La Providencia ha hecho necesaria para su dicha y su perfectibilidad la asociación; asociación que no es el agregado de muchos individuos de la especie humana, sino el conjunto de las facultades que en común poseen, la comunión de sus ideas y de sus sentimientos, de la inteligencia y de la simpatía. Mas hay épocas tristes para la humanidad en que estos lazos se rompen, en que las ideas se dividen y las simpatías se absorben; en que el mundo de la inteligencia es el caos, el del sentimiento el vacío; en que el hombre no ejercita su pensamiento sino en el análisis y en la duda, y no conserva su corazón sino para sentir la soledad que le rodea y el abismo de hielo en que yace. Entonces el genio puede volar aún; pero vuela, como el Satanás de MILTON, solitario y por el caos: el sol le causa pena, la belleza del mundo envidia. Su poesía es solitaria como él, y como él triste y desesperada. Canta ó más bien llora sus infortunios, su cielo perdido, el fuego concentrado en su corazón, las luchas de su inteligencia y las contrariedades de su enigmático destino. Sus relaciones con la naturaleza no pueden ser expansivas, ni sus relaciones con los hombres simpáticas. Replegado en su individualismo, sus relaciones con Dios podrán aún ser muy vivas; pero sólo en su presencia, si la reconoce, y sólo en el universo, si tal vez ha renegado de la Providencia, los himnos que debían consagrarse á una religión de amor serán solamente gritos de desesperación y de impío despecho, ó extravíos de un abstracto y estéril misticismo. Tal es, á mis ojos, el carácter de la época presente; tal es también su poesía, la poesía dominante, la poesía elegíaca actual; poesía de vértigo, de vacilación y de duda; poesía de delirio ó de duelo; poesía sin unidad, sin sistema, sin fin moral ni objeto humanitario, y poesía, sin embargo, que se hace escuchar y que encuentra simpatías, porque los acentos de un alma desgraciada hallan donde quiera su cuerda unísona y van á herir profunda y dolorosamente á todas las almas sensibles en el seno de su soledad y desconsuelo. ZORRILLA ha empezado y no podía menos de empezar por este género. Hijo del siglo, le ha pagado también su tributo de lágrimas; ha pasado por bajo el yugo de su tiranía; ha llorado también á solas y ha dado al viento sus sollozos; ha golpeado su frente de poeta contra el calabozo que le aprisionaba; ha forcejeado por quebrantar cadenas que no son lazos; ha invocado el auxilio de un Dios y ha renegado del cielo; ha cantado el éxtasis de los bienaventurados y saludado á la Reina de los ángeles, y ha lanzado gemidos de desesperación infernal, y llamado en su socorro la muerte y la nada.

Y cuando la fuerza expansiva de la inspiración, arrancándole de su individualismo, le lanzó á más ancha esfera y le hizo recorrer, á pesar suyo, la sociedad que se agitaba á su alrededor, no se deslumbraron sus ojos con el brillo que despedía el oropel de la civilización, sino que, intuitivamente penetrantes, bien conocieron sobre el lecho de oro y púrpura á la enferma que agonizaba abandonada y sola, y bien acertaron á ver más allá, bajo la suntuosa lápida del sepulcro cincelado, la brillante mortaja de seda y pedrería pronta á cubrir la fetidez de un cuerpo presa ya de la gangrena y de la muerte.

El instinto perspicaz de su inspiración le ha representado al mundo moral en su espantosa anarquía y desnivel, en su desorganización y fealdad. Y, arrebatado á tal vista de un vértigo de tristeza y amargura, asomó á sus labios aquella risa horriblemente sardónica con que el hombre en el último extremo de desesperación y miseria, escarneciendo á los demás y á sí mismo, pregunta al cielo, como burlándose, qué es lo que tal desorden significa; duda si se debe tomar á serio la suerte de la humanidad; mezcla reflexiones profundas y terribles con sátiras amargas y ridículos contrastes, y entre el llanto de un funeral hace oír las carcajadas de una orgía. Entonces, evocando la sombra de CERVANTES, tiene con ella el singular diálogo en que nuestro poeta se mofa de sus tiempos tan á su sabor (si bien con otra hiel y tristeza), como aquel genio inmortal parodiaba los suyos. Entonces, personificando en *Venecia* á todas las naciones degradadas y á todos los pueblos corrompidos, después de haber descrito en versos dignos de CALDERÓN y de BYRON la grandeza de su antiguo poderío, y el polvo y cieno en que desde su elevación se hundieron, repentinamente *levanta una carcajada para apagar sus gemidos*, y termina su fúnebre canto entre la báquica algazara de un festín, como se suele ver, en tiempos de peste y mortandad, entregarse los hombres á desórdenes y excesos para apurar los goces de su existencia amenazada entre la embriaguez de los placeres. Y por último, en otro momento de inspiración, más poderosa y más profunda, abarcando de un solo golpe de vista eminentemente sintético el cuadro de todos los vicios y de todas las monstruosas desigualdades de la sociedad, la pinta de una sola pincelada en cuatro versos, dignos de la pluma de LAMENNAIS, y que equivalen á todo un volumen de filosofía, en que, dirigiendo sobre el banquete de la vida una mirada más terrible que la de DANIEL sobre el convite de BALTASAR, dice que

Unos cayeron beodos,  
 otros de hambre cayeron,  
 y todos se maldijeron,  
 que eran infelices todos.

Empero, lo que más caracteriza al genio es no ser exclusivamente órgano de la época en que vive y presentir la que nace en medio de las inspiraciones de lo que existe. Así HOMERO adivinó los tiempos de LICURGO y de SOLÓN; así VIRGILIO casi pertenece al Cristianismo y á la Edad Media; así el DANTE apenas se concibe cómo haya escrito en el siglo XIII; así CERVANTES, en una edad caballeresca todavía, precedía y aceleraba el prosaísmo del siglo XVIII; y por eso el instinto de todos los pueblos ha reconocido siempre en la inspiración poética el don de la profecía. El genio actual conserva aún reconcentrado todo lo que en la humanidad debía haber y todo lo que habrá sin duda, porque todavía sus gérmenes existen, no en la sociedad, pero sí en los individuos; para él aun puede haber creencias y virtudes, é ilusiones y amor, y abnegación y heroísmo é interés que no sean de la tierra, y un pensamiento de Dios, una memoria del cielo, una esperanza de inmortalidad. Por eso nuestro poeta no tardó en conocer que la poesía á que le arrastraba su siglo era estéril y transitoria, como debe serlo esta época de desorganización y de duda; como debe serlo el egoísmo que nos disuelve y el escepticismo que nos hiela, y, parándose en su carrera y apartándose de la boca del Tártaro adonde caminaba, y subiéndose á un puesto más avanzado y más digno de su misión, ha visto la naturaleza bella, risueña, iluminada, viva y animada, como Dios la creó para servir de teatro á la virtud y á la inteligencia del hombre, y, tiñendo su pluma de los colores del iris y de los celajes del Oriente, ha dirigido á la humanidad palabras de amor y consuelo, himnos de bendición y alabanza al Creador.

¡Bello es el mundo, sí! ¡La vida es bella!  
Dios en sus obras el placer derrama.

Entonces, en medio del negro horizonte que le circundaba, una brisa de esperanza agitó su alma, y un rayo del sol del porvenir iluminó su frente; empero su musa, antes de lanzarle en las profundidades de lo futuro, quiso anudar en su espíritu la cadena de las tradiciones, sin las que no hay sociedad ni poesía, y llevarle á recorrer primero los venerables restos de lo pasado. Su imaginación debía encontrar todavía en ellos una sociedad homogénea y compacta de religión y de virtud, de grandeza y de gloria, de riqueza y sentimiento, y su pluma no pudo menos de hacer contrastar con lo que hay de mezquino, glacial y ridículo en la época actual, lo que tienen de magnífico, solemne y sublime los recuerdos de los tiempos caballerescos y religiosos. Y el primero entre nuestros poetas que ha sentido la necesidad de buscar en estas creencias y tradiciones los gérmenes de grandeza y sociabilidad que abrigaban, y que

es preciso desenterrar de los abismos de lo pasado los tesoros del porvenir, ha sido también el primero á dar vida poética á nuestros olvidados monumentos religiosos y á poner en escena las sagradas y grandiosas solemnidades que hacian las delicias de nuestros padres. Bajo su pluma vemos levantarse, de entre el polvo y el cieno que la cubren como un sepulcro olvidado, la severa capital del imperio godo, revestida del armiño de sus reyes y de la púrpura de sus prelados, guerrera como sus héroes y sus armas, religiosa y política como sus concilios: trocada después por el árabe voluptuoso en una mansión de placeres, asistimos á sus fiestas y á sus torneos y caballerescas justas, perfumados de los aromas de Oriente, adornados de galas, plumas, seda y pedrería, y respirando el aliento de las huríes de Mahoma; pero en seguida vemos alzarse gigantesca, y descollar por sobre todas estas memorias, la catedral primada, símbolo arquitectural del Cristianismo, con los estandartes de piedra de sus torres, con las lenguas de bronce de sus campanas, y presenciamos los sagrados ritos de la religión más bella que ha existido sobre la tierra; oímos el órgano cantando sus solemnes misterios por la *céntuple garganta de los tubos de metal*, y escuchamos á la par el canto de los sacerdotes, el crujir de sus tisúes y brocados, y nos deslumbra el brillo de mil lámparas reflejado en el oro de los altares y en los diamantes del Tabernáculo; y, prosternados con el pueblo que asiste á tan grandioso espectáculo, nos embriagamos de luz y de armonía, de aroma de incienso y de música del cielo, y se apodera de nosotros el éxtasis que remeda en la tierra el arrobamiento de los bienaventurados. En aquel momento, los gemidos de dolor cesan; los sollozos de amargura, los ayes de impotencia y despecho se convierten en lágrimas de santa ternura y en himnos de esperanza; el desprecio de la vida y el odio á los hombres da lugar á la idea de la inmortalidad, premio de una existencia de virtudes y amor. La sociedad que veíamos dispersa sobre la superficie de la tierra, reunida bajo las bóvedas del templo, nos parece no tener más que un sentimiento, una voz, una *oración* que elevar al cielo con el humo de sus ofrendas: allí están todas las artes; allí está la música, la pintura, la escultura, la arquitectura, todas concurriendo á un fin común, todas formando un concierto de los talentos del hombre; el templo abarca toda la vida; la religión completa el cuadro de la poesía, como es la clave de la sociedad; y al volver de nuestro arrobamiento, al sentirnos en la realidad de nuestra existencia, no podemos menos de consagrar un suspiro de pesar por esos bellos tiempos que se han perdido, un ¡ay! por esos placeres de nuestros padres, por esa fe que alimentaba su vida, una lágrima por esa religión abandonada, un

movimiento de sagrado respeto hacia las venerandas reliquias que de ellas nos quedan.

Tal es el efecto de las variadas y profundas sensaciones que este poeta sabe excitar con su maravilloso canto; tal es el cuadro que presentan á mis ojos las páginas de un libro donde algunos no verán tal vez más que figuras dislocadas, versos inconexos, ideas contradictorias; tal es el pensamiento unitario, trascendental y profundamente filosófico que resulta de estas inspiraciones; la idea moral que preside á su redacción, y el hilo de unión que liga con una trama invisible, pero fuerte, los varios trozos de este mosaico precioso. Pero este pensamiento y esta moralidad la buscarán en vano los que crean hallarla en máximas y en tiradas de sentencias. Para lectores de esta clase no ha escrito Zorrilla, ni, á la verdad, yo tampoco. La filosofía de que yo hablo es una filosofía viva, animada, que transpira y brota en las cosas y no en las palabras, como un jardín delicioso inspira ideas de placer; como la armonía de un concierto infunde sentimientos de amor ó de melancolía; como la vista del cielo y las maravillas de la Naturaleza proclaman la existencia de Dios.

Sin embargo, se me dirá: ¿Ha sido el pensamiento que yo descubro el pensamiento del autor? ¿Tuvo presente el objeto que yo le asigno al obedecer á las inspiraciones que le han dictado sus cuadros fantásticos y sus armoniosos himnos? ¿Ha pensado, por ventura, en el fin social de sus versos, y ha pretendido enlazarlos en un conjunto regular y en un sistema poético, el joven genio que no ha hecho acaso más que ceder al ímpetu de su imaginación en una hora de arrebató, y en fijar con la pluma las instantáneas imágenes, las fugaces sensaciones que pasaban por su existencia, tal vez para no recordársele jamás? ¿Ha descendido á estas consideraciones filosóficas, á este análisis moral y religioso de sus obras, á este cálculo previo del plan de sus trabajos? No, sin duda; y si hubiera sido capaz de concebirlo, no lo hubiera sido de realizarlo: el genio no raciocina, y los poetas, como todas las especialidades del mundo, no tienen la conciencia de lo que son; cumplen su destino sin saberlo, é ignoran la teoría de la obra misma que son llamados á edificar, y el poder de los principios mismos que vienen á proclamar y difundir. Por eso, los que viven á su inmediación, suelen juzgarlos con la mayor inexactitud, cuando creen ufanos que sólo ellos están en el secreto del genio; y porque ellos ven de cerca una tela tiznada de borrones y manchada con informes figuras, piensan que son ilusiones y fantásticas quimeras los primores que otros ven de lejos en un cuadro lleno de verdad y de vida. Ellos no ven más que al individuo donde debían ver al poeta; no ven más que al autor cuando debían examinar la obra, y miden

al Escorial por la estatura de HERRERA. Oyen los lamentos de un hombre en cuyo rostro suele brillar la alegría, y no saben que son los gemidos de una generación entera los que se exhalan de su pecho, y el llanto de todo un siglo el que humedece las cuerdas de su lira. Ven al mortal afortunado acaso quejarse de una sociedad en que es amado, en que vive tal vez en el seno de los placeres, y no saben que á un alma eminentemente simpática no le bastan los placeres de una existencia sola, y que la esponja de su corazón embebe y derrama la amargura de diez millones de infelices. Ven al hombre del mundo, tal vez indiferente é incrédulo, predicando la religión y los misterios, y no conocen la terrible personificación del siglo ateo, obligado á arrastrarse al pie de los altares, buscando un resto de fuego que reanime su helada existencia, é implorando por gracia al cielo una creencia, un rayo de verdad que alumbre á la humanidad y la enseñe la senda de su destino en la espantosa noche del escepticismo que la circunda. No. Ellos no ven ni al hombre moral siquiera, al individuo en sus interioridades, en sus ilusiones, en sus flaquezas, en sus contrastes y en sus misterios; no ven más que al hombre, uniformemente vestido, del café y del paseo, del teatro y de la orgía; al hombre que se modela por los demás y que se hace más superficial, más pequeño, más material y positivo de lo que es en el fondo de su corazón, y luego exclaman: ¡He aquí el hombre! ¡He aquí el filósofo! ¡He aquí el poeta! Pero la sociedad sólo ve el genio, sólo contempla y admira la creación de la inteligencia y de la inspiración. Él se la lanza, como la Pitonisa el oráculo, como la estatua de MEMNON su armonía; ella la recibe, ella la descifra, ella la comprende.

Sí, poeta: la sociedad te comprenderá mejor que los sabios y que los eruditos. Tus mágicos preludios no serán perdidos ni infecundos. Sigue á tu grandiosa carrera; avanza de tu aurora á tu porvenir de gloria y esplendor. Tú has cantado los dolores del corazón, los misterios del alma, las maravillas de la Naturaleza y el poder de la inspiración. Tú has manchado de polvo y de fango el cuadro chillante y desentonado de una civilización anárquica y desnivelada; tú has matizado con los tintes de la luz de Oriente las sombras de la edad pasada, y nos has mostrado una luz todavía encendida en el fondo de los antiguos sepulcros. Sigue. El destino tal vez te reserva otra carrera y te prepara otra corona; tu poesía se lanzará hacia un nuevo período más brillante y más filosófico; tú conoces que lo presente no es digno de tí, pero debes saber también que lo pasado es estéril, que lo que ha muerto una vez no resucita jamás, y que es ley de la Providencia que la humanidad no retroceda nunca. El porvenir te aguarda, ese porvenir misterioso que se cierne sobre la

Europa, y con cuyos encantos soñamos, como se sueña en la adolescencia con las gracias de una querida que se forja el corazón. Esa edad por que la juventud suspira; esa edad invocada por los votos de nuestros corazones; esa edad, tierra de promisión en este desierto para nuestras fervientes y religiosas esperanzas, tuya es, y antes que nosotros debe llegar á ella esa fantasía que á velas desplegadas boga por el mar de los tiempos. A tu musa está reservado pintar esas maravillas desconocidas y rasgar á nuestros ojos el velo á cuyo través ahora ni vagamente se trasluce. Tú sólo serás capaz de realizar en tus proféticas creaciones ese apocalipsis de la inteligencia, esa época de reorganización y de armonía en que la grandeza de los antiguos tiempos se multiplique por la belleza y progresos de la civilización moderna, despojada ésta de su egoísmo como aquéllos de su barbarie, en que una ley universal de justicia, sabiduría y libertad reuna en una común familia las naciones ahora aisladas, y en que una religión de amor y paz realice sobre la tierra el glorioso destino á que la humanidad es llamada.

Sí, poeta. Tal vez tus versos nos pinten lo que los políticos no se atreven á calcular; tal vez á tu canto se revele lo que á la filosofía no le es dado prever. La Providencia no te ha hecho aparecer en vano; y, pues que te evocó de una tumba, tú debes saber cosas que los mortales ignoramos. *Cumple, pues, tu misión sobre la tierra.* No importa que los que á sí mismos se desprecian; los que no se creen nacidos con fin alguno; los que piensan que existen arrojados por el acaso, como piedras, en el pozo de la vida; los que niegan la previsión de la inteligencia suprema, la divinidad del espíritu humano, su imperio sobre el mundo; y los que, á trueque de no reconocer los privilegios del genio, nieguen también su existencia, hayan ridiculizado esa frase tuya y tomen un pensamiento de piedad por un pensamiento de soberbia. Tú, empero, que crees en ella porque oyes dentro de tí la voz divina que te la dicta, sigue sereno, á pesar de las tempestades que en el horizonte asomen, la inspiración sublime que te lleva á otro mundo. Yo te he visto partir, mi querido amigo; yo también había querido lanzarme en ese océano; pero delante de tí he recogido mis velas y me he quedado en la ribera, siguiéndote con mi vista y con mis votos. Sí; yo, en mis ilusiones, había creído también que tenía una misión que cumplir. Has venido tú, y me queda una bien dulce, bien deliciosa: la de admirarte y de ser tu amigo.

NICOMEDES PASTOR DÍAZ.

Madrid 14 de Octubre de 1857.



# POESÍAS DE D. JOSÉ ZORRILLA

Á LA MEMORIA DESGRACIADA

DEL JOVEN LITERATO

DON MARIANO JOSÉ DE LARRA

Ese vago clamor que rasga el viento  
es la voz funeral de una campana:  
vano remedo del postrer lamento  
de un cadáver sombrío y macilento  
que en sucio polvo dormirá mañana.

Acabó su misión sobre la tierra,  
y dejó su existencia carcomida,  
como una virgen al placer perdida  
cuelga el profano velo en el altar.  
Miró en el tiempo el porvenir vacío,  
vacío ya de ensueños y de gloria,  
y se entregó á ese sueño sin memoria  
que nos lleva á otro mundo á despertar!

Era una flor que marchitó el estío,  
era una fuente que agotó el verano;  
ya no se siente su murmullo vano,  
ya está quemado el tallo de la flor.  
Todavía su aroma se percibe,  
y ese verde color de la llanura,  
ese manto de hierba y de frescura,  
hijos son del arroyo creador.

Que el poeta en su misión,  
sobre la tierra que habita  
es una planta maldita  
con frutos de bendición.

Duerme en paz en la tumba solitaria,  
donde no llegué á tu cegado oído  
más que la triste y funeral plegaria  
que otro poeta cantará por tí.  
Esta será una ofrenda de cariño,  
más grata, sí, que la oración de un hombre,  
pura como la lágrima de un niño,  
memoria del poeta que perdí!

Si existe un remoto cielo,  
de los poetas mansión,  
y sólo le queda al suelo  
ese retrato de hielo,  
fetidez y corrupción,

¡Digno presente, por cierto,  
se deja á la amarga vida!  
¡Abandonar un desierto  
y darle á la despedida  
la fea prenda de un muerto!

Poeta: si en el *no ser*  
hay un recuerdo de ayer,  
una vida como aquí  
detrás de ese firmamento...  
conságrame un pensamiento  
como el que tengo de tí.

# Á CALDERÓN

«La Venerable Congregación de Sacerdotes Naturales de esta villa puso aquí esta inscripción, con permiso de D. Diego Ladrón de Guevara, caballero de la orden de Calatrava y patrón de esta capilla.»

(Capilla de San Salvador, sepulcro de D. Pedro Calderón de la Barca.)

Hay una antigua capilla,  
pobre por su antigüedad,  
negra por su oscuridad,  
revocada por *la villa*,

Donde se lee en un rincón,  
más que con ojos, con manos:  
—AQUÍ LOS RESTOS HUMANOS  
DE DON PEDRO CALDERÓN.—

## I

Ave osada, cuyas plumas  
vistieron de cien colores  
con sus matices las flores,  
con su nieve las espumas.

A cuyos ojos el sol  
prestó luz y atrevimiento,  
y á cuyas alas dió viento  
tu noble aliento español.

A quien la tierra dió sombra,  
y la fortuna dió calma;  
á quien un rayo dió el alma,  
y el universo una alfombra;

*Águila* para volar,  
reina del viento naciste;  
*fénix* al mundo saliste  
para vivir y cantar.

Águila fué tu osadía,  
que con su atrevido vuelo

subió arrebatada al cielo  
á beber la luz del día.

Fénix fueron tus cantares,  
pues al nacer y al morir  
sólo se hicieron oír  
al calor de sus hogares.

Águila tus ojos son,  
y fénix es tu garganta;  
es fénix la voz que canta,  
y águila la inspiración.

Si el águila ojos te da,  
te da el fénix melodía:  
para tu luz y armonía,  
ni ojos ni oídos habrá.

Mas, por desgracia ó fortuna,  
ya tu garganta está seca,  
y allá en tu pupila hueca  
no queda mirada alguna.

Duerme en paz en tu rincón,  
donde levantó tu gloria  
una cruz á la memoria  
de DON PEDRO CALDERÓN.

Que si un mármol reclamó  
tu grandeza y te le dieron,  
según lo que le escondieron  
parece que les pesó.

Yaces en un templo, sí;  
pero en tan bajo lugar,  
que pareces aguardar  
hora en que huirte de allí.

¡Mucho te guardan del sol:  
temerán que te ennegrezca!...  
O tal vez no le merezca  
tu ingenio y nombre español.

En vez de tan vil lugar,  
si fueras un potentado,  
sepulcro te hubieran dado  
delante del mismo altar.

Porque al magnate altanero  
le dan virtud y oraciones  
el oro de sus blasones,  
y su fortuna primero.

Mas duerme tranquilo ahí,  
en ese rincón inmundo:  
para sarcasmo del mundo,  
te basta tu nombre á tí.

Que imbécil ó descuidada  
la malignidad del hombre,  
dejó olvidado tu nombre  
sobre el sello de tu nada.

## II

Sombra ultrajada, perdona  
si tu sueño interrumpí,

que mi atrevimiento abona  
lo poco que soy en mí,  
lo mucho que es tu corona.

Mis ojos te quieren ver;  
pero, cuando más te miran,  
más imposible ha de ser.  
¡Su lumbre van á perder  
ojos que por tí deliran!

Mis ojos ven tu laurel,  
y ver quisieran tu alma;  
que es martirio bien cruel,  
desesperado al pie dél,  
suspirar por una palma.

Mas si nada he de poder,  
digno Calderón, de tí;  
si el que á llorar venga aquí,  
*grande*, como tú, ha de ser,  
á tu vez llora por mí,  
que menos no he de volver.

Pues tu osada inspiración  
eterna quedó en la historia,  
duerme en paz en tu rincón,  
donde levantó tu gloria  
una cruz... ¡triste memoria  
de DON PEDRO CALDERÓN!



# TOLEDO

---

Negra, ruínosa, sola y olvidada,  
 hundidos ya los pies entre la arena,  
 allí yace Toledo abandonada,  
 azotada del viento y del turbión.  
 Mal envuelta en el manto de sus reyes,  
 aun asoma su frente carcomida;  
 esclava, sin soldados y sin leyes,  
 duerme indolente al pie de su blasón.

Hoy sólo tiene el gigantesco nombre,  
 parodia con que cubre su vergüenza;  
 parodia vil en que adivina el hombre  
 lo que Toledo la opulenta fué.  
 Tiene un templo sumido en una hondura,  
 dos puentes, y, entre ruinas y blasones,  
 un alcázar sentado en una altura  
 y un pueblo imbécil que vegeta al pie.

El soplo abrasador del cierzo impío  
 ciñó bramando sus tostados muros,  
 y, entre las ondas pálidas de un río,  
 una ciudad de escombros levantó.  
 Está Toledo allí: yace tendida  
 en el polvo, sin armas y sin gloria,  
 monumento elevado á la memoria  
 de otra ciudad inmensa que se hundió.

Alguna vez, sobre la noche umbría  
 de este montón de cieno y de memorias,  
 se levanta dulcísima armonía...  
 cruza las sombras cenicienta luz;  
 se oye la voz del órgano que rueda  
 sobre la voz del viento y de las preces;  
 una hora después apenas queda  
 un altar, un sepulcro y una cruz.

Apenas halla la tardía luna,  
 al través de los vidrios de colores,  
 el brillo de una lámpara moruna  
 colgada, al apagarse, en un altar;  
 apenas entreabierta una ventana  
 anuncia un ser que sufre, llora ó vela;  
 que el pueblo sin ayer y sin mañana  
 yace inerme dormido ante el hogar.

Acaso al gemir del viento,  
 ese pueblo, en la alta noche,  
 alza el rostro macilento,  
 despertando con pavor;  
 fingiendo en la sombra oscura  
 la mal abierta pupila,  
 la transparente figura  
 de un fantasma aterrador.

Entonces en su memoria  
 se levantan confundidas  
 una bruja y una historia  
 de la santa religión,  
 mientras, en el polvo la frente,  
 á la bruja ó á María  
 dirige indistintamente  
 su sacrilega oración.

Y en su ignorancia grosera  
 mezcla acaso en un ensueño  
 el nombre de una hechicera  
 con el nombre de Jehová.  
 Con el vaticinio inmundo  
 de un *salvador* infame,  
 el del Redentor del mundo  
 en torpe amalgama va.

La luna en tanto pasea,  
 cruzando el azul tranquilo,

y los despojos blanquea  
de tanta generación:  
esas páginas sin nombre,  
cifras de un siglo ignorado,  
que alzó la mano del hombre,  
del hombre para baldón.

Esas santas catedrales,  
cuyos pardos capiteles,  
cuyos pintados cristales,  
cuya bóveda ojival,  
cuyo color ceniciento,  
cuyo silencio solemne  
cobijan por pavimento  
una losa sepulcral.

Sobre ella los vivos cantan,  
á par de ruidosa orquesta,  
cantares que se levantan  
hasta los pies del Señor:  
sobre ella brota el perfume  
que la atmósfera embalsama,  
y en oblación se consume  
oro y mirra al Criador.

Sobre ella, en noche lluviosa,  
al bramar del viento bravo,  
armonía misteriosa  
en el templo se hace oír.  
Es un cántico tremendo,  
ronco, vago, agonizante;  
una voz que está pidiendo  
por los que van á morir.

Es la voz del himno santo,  
del terrible *Miserere*,  
cuyo monótono canto  
miedo infunde al corazón;  
y en la bóveda rodando,  
saliendo al aire flotante,  
al mundo va predicando  
una santa religión.

Y bajo la piedra helada,  
de los hombres que murieron  
se oye la voz apagada  
el triste salmo decir;  
y la campana sonora,  
remedándola en el aire,  
con la voz de alguna hora  
la hace en el aire morir.

## II

Duerme ¡oh Toledo! en la espumante  
[orilla  
de ese torrente que á tus pies murmura;  
que con agua pesada y amarilla  
roe y devora tu muralla oscura;  
que llora avergonzado tu mancilla,  
tu perdida riqueza y tu hermosura,  
y calla por piedad á las naciones  
que yacen en su fondo tus blasones.

Duerme, sí, con tus fábulas sagradas,  
los ángeles y brujas de tus cuentos,  
las danzas de los santos con las hadas,  
los misterios ocultos en los vientos;  
duerme, sí, con tus farsas parodiadas,  
prenda de tus señores opulentos:  
sepulta en barro tu diadema de oro  
y canta en derredor de tu tesoro.

Hubo unos días de gloria,  
vanos recuerdos de ayer:  
apenas hoy de esa historia  
nos queda un *Zocodover*  
ú otro nombre en la memoria.

Ceñida entonces la plaza  
de ancho tapiz toledano,  
en la arena húmeda emplaza  
un moro de noble raza  
á algún capitán cristiano.

Vestidos están de flores,  
que avergüenzan un jardín,  
balcones y miradores;  
cristales son de colores  
los del Miramamolín.

Sólo abierto hay un balcón,  
y es el balcón del Sultán;  
y, armados de alto lanzón,  
jinetes debajo están  
por respeto á la función.

Y las musulmanas bellas,  
detrás de las celosías,  
muestran ocultas estrellas  
sus ojos, que en tales días  
no hubiera luces sin ellas.

¡Bellas son las orientales!  
Delicados como espumas  
sus prendidos y sus chales,  
que mece en ondas iguales  
un abanico de plumas.

Por eso, celoso el moro,  
tendió en sus ojos un velo;  
que es más rico su tesoro  
que el color azul del cielo  
teñido en franjas de oro.

Derraman desde la altura  
aguas de olor en la arena,  
que dan aroma y frescura,  
y agitan el aura pura  
de aurora blanca y serena.

Y en redes de oro, colgadas  
de las tres torres mayores,  
de luz y de aire embriagadas,  
cantan y vuelan cerradas  
aves de gayos colores.

Gala del hombre de Oriente  
era la altiva Toledo:  
hoy conserva solamente  
cieno en la caduca frente,  
y dentro del alma miedo.

La árabe *Zocodover*,  
solitaria y carcomida,  
puede apenas sostener  
la memoria de su vida,  
amenazando caer.

Hoy, á las cañas de moros,  
á lo más ha reemplazado  
con una farsa de toros,  
y á los adufes sonoros  
con los gritos de un mercado.

Y porque consuelo alguno  
quedar á Toledo pueda,  
robóle el tiempo importuno  
hasta la alfombra de seda  
del alto alcázar moruno.

### III

Hoy, un templo de gótica estructura,  
y escombros sin historias y sin nombre,  
en su deforme y colosal figura  
su sentencia mortal muestran al hombre.

Y es fama que se encienden todavía  
en el templo las lámparas sagradas,  
y que vibrar se escuchan noche y día  
del órgano las notas aceradas.

Aun existe una página de roca  
en que leer, deletreando apenas,  
la era en que una tribu noble ó loca  
cesó de darnos timbres y cadenas.

Aun hay mirra, hay pebetes y hay al-  
[fombras  
en que, á través de seda y pedrería,  
alcanza el pensamiento entre las sombras  
lo que Toledo la árabe sería.

Esos son los suntuosos funerales  
de tanta gala, pompa y hermosura:  
quedan, en vez de cantos orientales,  
himnos al Dios que mora en el altura.

—  
Ya no hay cañas ni torneos,  
ni moriscas cantilenas,  
ni entre las negras almenas  
moros ocultos están;  
hoy se ven sin celosías  
miradores y ventanas;  
no hay danzas ya de sultanas  
en el jardín del Sultán.

Ya no hay dorados salones  
en alcázares reales,  
gabinetes orientales  
consagrados al placer;  
ya no hay mujeres morenas  
en lechos de terciopelo,  
prometidas en un cielo  
que los moros no han de ver.

Ya no hay pájaros de Oriente  
presos en redes de oro,  
cuyo cántico sonoro,  
cuyo pintado color  
presten al aire armonía,  
mientras en baño de olores  
dormita, soñando amores,  
el opulento señor.

No hay una edad de placeres  
como fué la edad moruna;  
igual á aquella ninguna,  
porque no puede haber dos;

pero hay, en gótica torre  
de parda iglesia cristiana,  
una gigante campana  
con el acento de un Dios.

Hay un templo sostenido  
en cien góticos pilares,  
y cruces en los altares,  
y una santa religión.  
Y hay un pueblo prosternado  
que eleva á Dios su plegaria  
á la llama solitaria  
de la fe del corazón.

## IV

Hay un Dios cuyo nombre guarda el  
[viento

en los pliegues del ronco torbellino;  
á cuya voz vacila el firmamento  
y el hondo porvenir rasga el destino.

La cifra de ese nombre vive escrita  
en el impuro corazón del hombre,  
y él adora en un árabe mezquita  
la misteriosa cifra de ese nombre.



# EL RELOJ

Es una verdad que parece sueño.

Cuando en la noche sombría,  
con la luna cenicienta,  
de un alto reloj se cuenta  
la voz que dobla á compás;  
si al cruzar la extensa plaza  
se ve en su tarda carrera  
rodar la mano en la esfera  
dejando un signo detrás,

Se fijan allí los ojos,  
y el corazón se estremece;  
que, según el tiempo crece,  
más pequeño el tiempo es;  
que va rodando la mano  
y la existencia va en ella,  
y es la existencia más bella  
porque se pierde después.

¡Tremenda cosa es pasando  
oír entre el ronco viento  
cuál se despliega violento  
desde un negro capitel  
el son triste y compasado  
del reloj, que da una hora  
en la campana sonora  
que está colgada sobre él!

Aquel misterioso círculo,  
de una eternidad emblema,  
que está como un anatema  
colgado en una pared,  
rostro de un ser invisible  
en una torre asomado  
del gótico cincelado  
envuelto en la densa red,

Parece un ángel que aguarda  
la hora de romper el nudo  
que ata el orbe, y cuenta mudo  
las horas que ve pasar;  
y avisa al mundo dormido,  
con la punzante campana,  
las horas que habrá mañana  
de menos al despertar.

Parece el ojo del tiempo,  
cuya viviente pupila  
medita y marca tranquila  
el paso á la eternidad;  
la envió á reír de los hombres  
la Omnipotencia divina;  
creó el sol que la ilumina,  
porque el sol es la verdad.

Así, á la luz de esa hoguera  
que ha suspendido en la altura,  
crece la humana locura,  
mengua el tiempo en el reló;  
el sol alumbrá las horas  
y el reloj los soles cuenta,  
porque en su marcha violenta  
no vuelva el sol que pasó.

Tremenda cosa es, por cierto,  
ver que un pueblo se levanta,  
y se embriaga y ríe y canta  
de una plaza en derredor;  
y ver en la negra torre  
inmóvil un reloj marcando  
las horas que va pasando  
en su báquico furor.

Tal vez, detrás de la esfera,  
algún espíritu yace  
que rápidamente hace  
ambos punzones rodar.  
Quizá, al declinar el día  
para hundirse en Occidente,  
asoma la calva frente  
el universo á mirar.

Quizá, á la luz de la luna,  
allá en la noche callada,  
sobre la torre elevada  
á meditar se asentó;  
y por la abierta ventana,  
angustiado el moribundo,  
al despedirse del mundo,  
de horror transido le vió.

Quizá, asomando á la esfera,  
las noches pasa y los días,  
marcando la hora postrera  
de los que habrán de morir;  
quizá, la esfera arrancando,  
asome al oscuro hueco  
el rostro nervioso y seco  
con sardónico reír.

—  
¡Ay! que es muy duro el destino  
de nuestra existencia ver  
en un misterioso círculo  
trazado en una pared.  
Ver en números escrito

de nuestro orgulloso ser  
la miseria... el polvo... nada,  
lo que *será* nuestro *fué*.  
Es triste oír de una péndola  
el compasado caer,  
como se oyera el ruido  
de los descarnados pies  
de la muerte que viniera  
nuestra existencia á romper:  
oír su golpe acerado,  
repetido una, dos, tres,  
mil veces, igual, continuo  
como la primera vez.  
Y en tanto por el Oriente  
sube el sol, vuelve á caer;  
tiende la noche su sombra,  
y vuelve el sol otra vez,  
y viene la primavera,  
y el crudo invierno también;  
pasa el ardiente verano,  
pasa el otoño, y se ven  
tostadas hojas y flores  
desde las ramas caer.  
Y el reloj, dando las horas  
que no habrán más de volver,  
y murmurando á compás  
una sentencia cruel,  
susurra el péndulo: ¡*Nunca!*  
¡*nunca!* ¡*nunca!* vuelve á ser  
lo que allá en la eternidad  
una vez contado fué.



## LA LUNA DE ENERO

El prado está sin verdura,  
y los jardines sin flores;  
no cantan los ruiseñores  
amores en la espesura.

No se oye el dulce murmullo  
del viento, que ronco brama;  
no brota en la seca rama  
tierno y pintado capullo.

No saltan serenas fuentes  
por entre sutiles bocas;  
que ruedan, desde las rocas,  
en vez de arroyos, torrentes.

La luz que los aires puebla,  
pesada, amarilla y tarda,  
se pierde en la sombra parda  
de la perezosa niebla.

Se viste el color del cielo  
color de los funerales,  
y son del alba cristales  
los carámbanos de hielo.

Brota á los rudos estragos  
con que el invierno la abruma,  
la tierra, nieblas y lagos,  
el mar, montañas de espuma.

Y hacinados, de ancha hoguera  
los hombres en derredor,  
contemplan el resplandor  
que asalta la azul esfera.

Y baja amarillo el río,  
y entre sus ondas pesadas  
trae las ramas desgajadas  
al furor del cierzo impío.

—  
Mas la noche silenciosa  
por el firmamento sube,

sin que la manche una nube,  
engalanada y vistosa.

Que en vez de sombra importuna,  
vienen siguiendo sus huellas  
mil ejércitos de estrellas,  
cortesanas de la luna.

Que la noche, en recompensa,  
callando los vendavales,  
enciende sus mil fanales  
sobre la atmósfera inmensa.

¡Qué bella es la luz de plata  
con que la noche se viste  
después del día más triste  
de la estación más ingrata!

Se ven en la oscuridad,  
como soldados que velan,  
cuál con la lluvia rielan  
las torres de la ciudad.

Se sienten rodar inquietas,  
lanzando un grito violento  
al brusco empuje del viento,  
sobre el punzón las veletas.

Y en las mansiones vecinas,  
los vidrios de las ventanas  
remedan las luces vanas  
colgadas en las esquinas.

No hay sombra en que no veamos  
alguna fantasma oculta;  
que, porque más la temamos,  
la noche la sombra abulta.

Pues, por completa ilusión,  
la noche miente tan bien,  
que las cosas que se ven  
no son las cosas que son.

El aire cristales miente,  
plata los pliegues del río,

lluvia de ámbar el rocío,  
nácar y perlas la fuente.

Y alza á lo lejos el monte,  
como filas de soldados,  
mil peñascos apiñados  
que guardan el horizonte.

¡Bello es entonces cantar  
con enamorado acento  
versos que cruzan el viento  
para nacer y espirar!

Bello es en la sombra oscura  
ver una ondulante falda,  
y adivinar una espalda  
sobre una esbelta cintura.

Pensar un velo sutil  
ocultando un blanco cuello,  
y buscar detrás de aquéllo  
un elegante perfil.

Y alcanzar por entre el velo  
dos ojos ó dos centellas,  
que iluminan como estrellas  
el espacio de aquel cielo.

Hasta la misma amargura  
es tal vez menos amarga;  
que cuanto la noche alarga  
adquiere más hermosura.

Que en una noche tranquila  
parece el cielo, en verdad,

ojo de la eternidad,  
y la luna su pupila.

—

Reina de los astros, ¡Luna!,  
como tu luz no hay ninguna;  
si el alba tiene arrebol,  
si tiene rayos el sol,  
su luz de fuego importuna.

Cansa, por cierto, ese ardor  
con claridad tan extrema;  
bello es del alba el color,  
bello del sol el calor,  
pero tanta lumbre quema.

¡Oh, de la tuya templada  
es fantástico el imperio!  
Tú, con tu luz plateada,  
das de la sombra á la nada  
los contornos del misterio.

¡Oh, noches encantadoras,  
volved con tanta riqueza!  
¡Hermosas son vuestras horas,  
que embellecen seductoras  
del ánima la tristeza!

Como aquéllas ¡no hay alguna!  
que en vez de sombra importuna  
traen, por orgullo, con ellas  
mil ejércitos de estrellas,  
cortesanas de la luna.



## Á UNA MUJER

Ayer el alba amarilla,  
al anunciar la mañana,  
pintaba de tu ventana  
el transparente cristal;  
ayer la flotante brisa  
daba á la atmósfera olores,  
meciendo las gayas flores  
sobre el tallo desigual.

Ayer, al rumor tranquilo  
de la corriente vecina,  
en la orilla cristalina  
se bañaba el ruiseñor;  
y pájaros, flores, fuentes,  
saludando al nuevo día,  
le prestaban armonía  
en cambio de su color.

Ayer era el sol brillante,  
el cielo azul y sereno,  
el jardín fresco y ameno,  
y delicioso el vivir;  
eras tú niña y hermosa,  
sin rubor sobre la frente;  
tu velar era inocente,  
inocente tu dormir.

Tú reías y cantabas,  
niña ó ángel, en el suelo,  
y tus risas en el cielo  
eran guirnaldas tal vez;  
estrellas eran tus ojos,  
cántico vago tu acento,  
blando perfume tu aliento,  
luz de la aurora tu tez.

Entonces, niña, en tu mente  
no resonaban las horas,  
ni apenaban seductoras  
fantasmas al corazón;  
no te pintaba tu sueño,  
entre la sombra callada,  
un suspiro, una mirada  
en voluptuosa ilusión.

Para tí no había tiempo;  
todo era paz, todo flores;  
no había infierno de amores,  
ni fastidio del placer;  
un poeta te cantaba  
melancólicos cantares,  
y la voz de sus pesares  
no comprendías ayer.

¡Pobre niña! ¿Qué se han hecho  
los delirios de tu infancia?  
¿Qué has hecho de tu fragancia,  
marchita olvidada flor?  
Tus hojas yacen quemadas,  
tu cáliz vacío y seco,  
tu tallo quebrado y hueco;  
el sol no te da color.

Niña de los negros ojos,  
¿á qué viniste á la tierra?  
Rosa nacida entre abrojos,  
¿qué esperas del mundo, dí?  
Una brisa corrompida,  
fétida, hedionda, te mece;  
tu aroma se desvanece...  
¿Quién demandará por tí?

Angel mío, vuelve al cielo  
antes que el mundo te vea;  
que los placeres del suelo,  
placeres malditos son.  
¡Oh! por el gozo de un día  
no compres, no, tu tormento;  
el cielo es sólo ¡alma mía!  
de los ángeles mansión.

—

Hoy es tarde... ¡eres mujer!  
Leo en tu frente humillada  
el porvenir de la nada  
entre las huellas de ayer.

Veo en tu rostro bullir  
ese torcedor secreto...  
Tu velar es hoy inquieto,  
es inquieto tu dormir.

Lívida está tu mejilla,  
en desorden tus cabellos...  
mujer, mal prendida en ellos,  
olvidada una flor brilla.

Anoche, en vez de oración,  
desesperada en el lecho,  
exhalaste de tu pecho  
sacrílega maldición.

Que en el cristal transparente  
contemplastes aterrada  
del negro crimen grabada,  
la marca infame en la frente.

Que mal sujeta á tus flores  
entre tus gasas y lazos,  
rasgando van á pedazos  
tu hermosura los dolores.

¡Ay! Inútilmente lloras  
el desvanecido encanto:  
entre las ondas del llanto  
no vuelven, mujer, las horas.

Dióte el mundo oro y placeres  
cumpliendo al fin tus afanes,  
ídolo de los galanes,  
envidia de las mujeres,

Y á la luz saliste ufana  
con tu hermosura ¡oh mujer!  
sin acordarte de ayer,  
y sin pensar en mañana.

¡Ay! En la tumba concluyen  
el gozar y el padecer  
del mundo vano.

Y los vicios nos destruyen,  
y nos matan ¡oh mujer!  
tarde ó temprano.

Y tú, caída palmera...  
porque vendiste tu amor  
á precio infame,  
has querido, vil ramera,  
que á tus puertas el dolor  
más presto llame.

.....

Tal vez lúbrico magnate  
te inundó por un placer  
de oro y cariño,  
y, mientras su rey combate,  
él te cobija, mujer,  
bajo su armiño.

Tal vez coronada frente  
descansó en tu impuro pecho  
tu amor comprando,  
y hoy el mendigo indigente  
te negará el pobre lecho,  
tu frente hollando.

Pasaron, niña, los días;  
con ellos las ilusiones  
infantiles;  
con ellos vienen impías  
las tormentas y aquilones  
de tus abriles.

Con ellos llanto y dolores,  
remordimiento, amargura  
y desengaños:  
que en sus pliegues roedores,  
gala, placer y hermosura  
hunden los años.

¡Murió! La voz de la fatal campana  
apagó su memoria y su oración;  
nadie su nombre buscará mañana;  
yace su tumba en fétido rincón.

Aquel clamor fatídico y doliente  
se plegó entre las flores del jardín,  
vibró con los cristales de la fuente,  
rodó sobre los brindis del festín.

Y en oculto elegante gabinete,  
brusco y agudo penetró también,  
y se estrelló entre el humo del pebete  
de alguna hermosa en la tocada sien.

Pero una sola lágrima, un gemido  
sobre sus restos á ofrecer no van;  
que es sudario de infames el olvido...  
¡Bien con su nombre en su sepulcro están!



# ORIENTAL

---

Dueña de la negra toca,  
la del morado monjil,  
por un beso de tu boca  
diera á Granada Boabdil.

Diera la lanza mejor  
del cenete más bizarro,  
y con su fresco verdor  
toda una orilla del Darro.

Diera las fiestas de toros,  
y, si fueran en sus manos,  
con las zambras de los moros  
el valor de los cristianos.

Diera alfombras orientales,  
y armaduras y pebetes,  
y diera... ¡que tanto vales!  
hasta cuarenta jinetes.

Porque tus ojos son bellos;  
porque la luz de la aurora  
sube al Oriente desde ellos,  
y el mundo su lumbre dora.

Tus labios son un rubí  
partido por gala en dos...  
Le arrancaron para tí  
de la corona de un Dios.

De tus labios la sonrisa,  
la paz de tu lengua mana...

leve, aérea, como brisa  
de purpurina mañana.

¡Oh, qué hermosa nazarena  
para un harem oriental,  
suelta la negra melena  
sobre el cuello de cristal,

En lecho de terciopelo,  
entre una nube de aroma,  
y envuelta en el blanco velo  
de las hijas de Mahoma!

Ven á Córdoba, cristiana;  
sultana serás allí,  
y el Sultán será ¡oh sultana!  
un esclavo para tí.

Te dará tanta riqueza,  
tanta gala tunecina,  
que has de juzgar tu belleza,  
para pagarle, mezquina.

—

Dueña de la negra toca,  
por un beso de tu boca  
diera un reino Boabdil;  
y yo por ello, cristiana,  
te diera de buena gana  
mil cielos, si fueran mil.



# À VENECIA

Allí está Venecia, la dueña opulenta  
de antiguos y nobles y libres blasones;  
Venecia la hermosa, la villa que cuenta  
que á sueldo tenía soberbias naciones,  
señora del mar.

Que cuenta que un día imperios y reyes  
su gala envidiaron, su nombre temieron,  
y el mar y la tierra besaron sus leyes,  
y enviáronla buques, soldados la dieron,  
porque ella supiera batirse y triunfar.

Un día á sus ojos la tierra callaba;  
un día su nombre la tierra llenaba:  
pasaron los días, Venecia pasó.  
Hoy es una viuda y hermosa sultana,  
que tiene su corte ridícula y vana  
allá en un palacio que el Sultán la dió.

¡Venecia la encantadora,  
la de los pardos pilares,  
de las ciudades señora,  
la señora de los mares,

La corona de jardines  
colgada sobre canales!  
No son tu gala y festines  
los que valen lo que vales.

Hechizo de Italia, sí;  
mas del poeta la lira  
no es por tí por quien suspira;  
no, Venecia, no es por tí.

¿Qué valen tus gondoleros  
y tus regatas vistosas,

tus republicanos fueros,  
tus máscaras revoltosas  
y tus timbres altaneros,  
sin los ojos hechiceros  
de tus hermosas?

¡Ay! Que tus días pasaron...  
Venecia, la maravilla,  
á quien monarcas doblaron  
otro tiempo la rodilla,  
tus timbres ¡ay! se borraron;  
tus señores olvidaron  
la hermosa villa.

Antigua reina del mar,  
mal encubres tu caída  
tus bodas al celebrar  
con la posesión perdida.

Llora, Venecia, sí, llora;  
haz duelo en amargo llanto,  
que tus esclavos, señora,  
escupen sobre tu manto.

Reina, tu Adriático brama  
lejos ya de tus confines;  
olvidale, noble dama,  
entre danzas y festines.

Tu patrono ha encanecido,  
tu raudo león no vuela;  
sobre sus garras dormido,  
por tu grandeza no vela;  
brioso alazán herido,  
su caballero ha perdido  
freno y espuela.

Un capricho que pasó,  
matrona opulenta, fuiste;  
tu príncipe te olvidó;  
hermosa, ya envejeciste  
y tu tez se marchitó.  
¡No pienses, Venecia, no,  
en lo que fuiste!

## II

¡Reir, cantar, beber, corta es la vida!  
Reir hasta que, seca la garganta,  
niega paso á la voz enronquecida;  
cantar, hasta que el alba se levanta,  
que yace en el Adriático dormida.  
¡Opulenta Venecia, ríe y canta!

Ríe y canta, señora de los mares,  
que la risa y la voz cubren el llanto;  
y mientras roe el tiempo tus pilares,  
y deslustra la lluvia el áureo manto,  
risa, y juego, y festines, y cantares...  
rueden las horas del dolor en tanto.

Porque la voz de una orgía  
la voz de un enfermo apaga;  
que un suspiro de agonía  
no penetra en un festín.  
Canta, Venecia la bella,  
para cubrir el crujido  
de tu poder, que se estrella  
y va rodando á su fin.

Levanta una carcajada  
para apagar un gemido,  
fatídica campanada,  
preludio de un funeral;  
melancólica armonía  
que en la bóveda del templo  
vibra al espirar el día,  
y es un canto sepulcral.

Porque, pese á tus placeres,  
á tu pompa y tu hermosura,  
hoy, Venecia, sólo eres  
una memoria de ayer;  
un sepulcro cincelado  
entre flores y perfumes,  
donde yace abandonado  
tu carcomido poder.

Un velo blanco de lino  
de una virgen desgraciada,  
ofrenda al Verbo divino,  
suspendida en un altar;  
barro inmundo en que grabaron,  
con mano desesperada,  
el nombre que te legaron  
tantos siglos al pasar.

Tu ley sea el placer, ciudad gigante:  
¡reir, cantar, beber, corta es la vida!  
Que en un festín espléndido y brillante  
duerme el *pasado*, el *porvenir* se olvida.



## UN RECUERDO Y UN SUSPIRO

Volvió la vida á latir,  
volvió el alma á delirar,  
volvió el ardor de sentir,  
y el infierno de vivir  
y el paraíso de amar.

NICOMEDES PASTOR DÍAZ.

Bella es la luz de la rosada aurora  
y una mañana del quemado estío,  
cuando con tibia púrpura colora  
las transparentes gotas del rocío.

Cuando inundan el aire de armonía  
las aves en las hojas apiñadas;  
cuando la tierra, saludando al día,  
desata ríos, fuentes y cascadas.

Cuando se mecen las abiertas flores  
al blando arrullo de la brisa errante,  
y pasa el aura prodigando olores,  
su inmenso velo al desplegar flotante.

Cuando en sus torres la ciudad dormida  
vibra ronca la voz de la campana,  
señal primera de que vuelve á vida  
y bendice la luz de la mañana.

Bello es el sol allá en el horizonte  
cuando alza ufano la radiante esfera;  
gigante que, trepando por el monte,  
del mundo el sueño á sorprender viniera.

Bella es la tarde con su parda sombra  
que el ruido apaga y el espacio puebla,  
cuando del mundo en la gastada alfombra  
tiende su manto de azulada niebla.

Bella es la noche cuando en paz camina  
entre sublime oscuridad velada,  
al opaco fulgor con que ilumina  
esa luna de estrellas coronada.

Bello es el mundo, sí, la vida es bella...  
Dios en sus obras el placer derrama:  
sólo no encuentra su contento en ella  
un corazón que el imposible ama.

Él solo melancólico suspira  
cuando el alba purpúrea se eleva;  
Él solo melancólico la mira  
cómo en sus pliegues su esperanza lleva.

Sólo él sabe que el sol, en Occidente  
al sepultarse, le arrebatara un día,  
y la noche, al caer sobre su frente,  
con su misterio aumenta su agonía.

¡Sus ojos ven el alba, y ven las flores;  
ven la luz, y la sombra y las estrellas;  
ven las horas rodar... y sus dolores  
rodar también para volver con ellas!

¡Corazón que no has amado,  
tú no sabes el dolor  
de un corazón acosado,  
carcomido y desgarrado  
por amarguras de amor!

No sabes cómo se llora  
con ese llanto que quema;  
con la noche y con la aurora;  
con ese sol que colora  
en lá frente un anatema.

Se llora con el placer,  
se llora con el pesar,  
con el recuerdo de ayer,  
y mañana... hay que llorar,  
si nos ama una mujer.

Tú, velado á la tormenta  
de borrascosa pasión,  
no sabes cómo se aumenta,  
cómo inflamada revienta  
la pena en el corazón.

Cómo le devora eterno  
ese esperar indeciso;  
cómo abrasa el fuego interno  
de tener hoy un infierno  
donde estuvo un paraíso.

¡Amar y no ser amado!  
¡Sentir y no consentir!  
¡Morir viviendo olvidado!  
¡Ay! ¡Morir de enamorado  
y no poderlo decir!

¡Bullir en el pensamiento  
el bello ser de otro ser...  
y ese roedor tormento  
que hemos bebido en el viento,  
en la voz de una mujer!

Sí; mis oídos la oyeron,  
mis ojos la contemplaron;  
era hermosa, y la creyeron...  
mis oídos me mintieron  
ó sus ojos me engañaron.

Era un ángel tal vez: descendió al suelo  
para dejar sobre la tierra impía  
alguna oculta maldición del cielo,  
y un reguero de luz y de armonía.

La amé al pasar, y me dejó pasando;  
y, por único alivio en mi honda pena,  
«Canta», me dijo; y la visión, flotando,  
se deshizo en la atmósfera serena.

## II

A D. N. PASTOR DÍAZ

Poeta, ven y cantemos  
á una voz nuestros amores;  
en un arpa los lloremos;  
que bien cobijarse vemos  
á un árbol dos ruisseños.

Yo tu dolor cantaré,  
tú cantarás mi dolor,  
que igual el de entrambos fué,  
y harto yo solo lloré  
una mujer, un amor.

Hagamos doliente y tierno  
á nuestro canto improviso  
del mundo un recuerdo eterno,  
y donde estuvo un infierno  
alcemos un paraíso.



## Á DON JACINTO DE SALAS Y QUIROGA

Es el poeta en su misión de hierro,  
sobre el sucio pantano de la vida,  
blanca flor, que del tallo desprendida  
arrastra por el suelo el huracán.

Un ángel que pecó en el firmamento,  
y el Señor en su cólera le envía  
para arrostrar sobre la tierra impía  
largas horas de lágrimas y afán.

Por eso su memoria tiene un cielo,  
y una sublime inspiración su alma;  
por eso el corazón de triste duelo  
vestido está también.

Que por único alivio en su tormento  
sólo le queda una canción inútil,  
y una corona que le arranca el viento  
de la abrasada sien.

Tú lo sabes mejor, que lo has llorado,  
poeta del dolor, bardo sombrío;  
tú que á remotos climas has llevado  
tu noble y melancólico cantar;

Como los pliegues de la parda niebla  
errante cruza un ave misteriosa,  
y de armonía con sus cantos puebla  
la corrompida atmósfera al pasar.

Que tú á la vida naciste  
como pacífico arrullo  
de aislada tórtola triste;  
como fuente abandonada  
que levanta su murmullo  
sobre la peña olvidada;  
como el ósculo inocente  
con que el maternal cariño

selló la tranquila frente  
de su hijo más pequeño;  
como el suspiro de un niño  
al despertar de su sueño.

Cumple, sí, tu misión sobre la tierra;  
camina en paz, errante peregrino,  
hasta leer el porvenir que encierra  
el libro del destino  
escrito para tí.

Hasta que espiren los revueltos días  
que señaló en su mente Jehová,  
y en tu destierro tu delito expías,  
¡Ay! porque escrito está  
que has de salir de aquí.

De aquí, del hediondo suelo  
donde te mandó el Señor  
detener tu rauda vuelo,  
para cantar tu dolor  
sin que se oyera en el cielo.

Y bien pesó tu amargura  
al traerte á esta mansión,  
dando al hombre en su locura  
una soñada ventura  
que no está en tu corazón.

Que él no comprende el tormento  
que tu espíritu combate,  
ese amargo sentimiento  
que tu noble orgullo abate,  
nacido en tu pensamiento.

—«Hay una flor que embalsama  
»el ambiente de la vida,  
»y su fragancia perdida  
»tan sólo no se derrama  
»en tu alma dolorida.»—

Es un privilegio impío  
mirar el placer ajeno  
en su loco desvarío,  
y en el corazón vacío  
sentir acerbo veneno.

Y con ojo avaro, ardiente,  
ver tanta mujer hermosa,  
con esa tez transparente,  
con esa tinta de rosa  
sobre la tranquila frente.

Ver tanto feliz galán,  
tanta enamorada bella,  
que en plática amante van,  
sin curarse *él* de su afán,  
sin adivinarle *ella*.

¡Y el poeta en su misión  
apurando su tormento!  
Sin alivio el corazón,  
¡sin más que una maldición  
escrita en el pensamiento!

De su sentencia mortal,  
con un día y otro día  
llenando el cupo fatal,  
cual lámpara funeral  
iluminando una orgía.



# A . . . . .

Déjame oír tu misterioso canto,  
alegre voz de tus ensueños de oro,  
solo y perdido peregrino, en tanto  
mal en mi pecho mi dolor devoro.

Dióte el cielo contento y armonía,  
y es justo que le cantes y le adores;  
puro y tranquilo resbaló tu día;  
tu sien de niño coronó de flores.

Para tí son la risa y los festines,  
la tierra para tí tiene placeres,  
la tierra para tí tiene jardines,  
y para tí son bellas las mujeres.

Y tiene luz el cielo transparente,  
color azul y lánguidas estrellas,  
y ese fanal que alumbraba tristemente,  
cual moribundo sol, en medio de ellas.

No para mí, cuya fatal mirada  
quema y devora cuanto en torno nace;  
arroyo que, al caer de la cascada,  
en cristalinas trenzas se deshace;

Pero llega el torrente á la llanura,  
y arranca frutos, árboles y flores,  
y al campo roba gala y hermosura,  
arrastrando con él musgo y colores.

No para mí, que en noche borrascosa  
vine á surcar las ondas de la vida,  
con el alma penada y fatigosa,  
con la esperanza del placer perdida.

No para mí, que busco una corona  
y un nombre pido en agonía vana;  
mentida luz que de verdad blasona,  
pero que un nombre nos dará mañana.

No para mí, que nació  
hecha de fuego mi alma,

sin un momento de calma  
en las horas que viví.

.....

.....  
¿Por qué en el lánguido aliento  
de una mujer que suspira,  
sólo el poeta respira  
su amargura y su tormento?

¡Ay! ¿De qué le sirve al triste  
la fogosa inspiración,  
si es de tierra el corazón  
y su voluntad resiste?

En los góticos salones,  
en las pintorescas ruinas,  
canta con notas divinas  
sus misteriosas canciones.

Y cree sus fábulas bellas,  
y en su entusiasmo violento  
su espíritu va en el viento  
por cima de las estrellas.

En la tierra... pasa el hombre  
y ve su miseria en calma.  
¡Ay, no comprende su alma  
y no demanda su nombre!

Que es el poeta un bajel  
que, de riquezas cargado,  
surca el mar alborotado  
para naufragar en él.

Mas yo ví el tronco mortal  
de avaro conquistador  
al amarillo fulgor  
de lámpara funeral.

Era de mármol su lecho,  
era de mármol su frente,  
doblada lánguidamente  
sobre su desnudo pecho.

De mármol la mano fría,  
que el hierro no sujetaba;  
su espalda le sustentaba:  
si érase un hombre, dormía.

Ví un rey, que el trono perdió  
porque al vasallo le plugo,  
caminar junto al verdugo  
que el cadalso levantó.

Ví una hermosa que arrastraban  
sobre féretro asqueroso,  
y con cántico medroso  
sacerdotes la rezaban.

Ví ricos y potentados  
en sus inmundos placeres,  
entre orgías y mujeres,  
de sus hijos olvidados.

«Vivamos hoy», se decían  
en el lúbrico festín;  
y otros, con ayes sin fin,  
el sustento les pedían.

Y unos cayeron beodos,  
y otros de hambre cayeron,  
y todos se maldijeron,  
que eran infelices todos.

Y en marmóreo pedestal  
ví la sombra del poeta,  
á quien el tiempo respeta  
y el mundo llama inmortal.

Descansa sobre su lira,  
y alza al cielo su cabeza,  
fijos con noble fiereza  
sus ojos en quien le mira.

Y al universo da leyes,  
orgullosos triunfador,  
intérprete del Señor  
sobre la ley de los reyes.

.....  
.....  
Oye, sublime cantor:  
si es fuerza que al fin sucumba;  
si al fin bajo á innoble tumba  
á dormir con mi dolor;

Si al fin con el viento vago  
mis versos se perderán,  
cual fuéntes que á morir van  
al cieno de hediondo lago,

Cuenta al mundo mi amargura,  
cuéntale mi suerte impía:  
que sepa al menos que un día  
quise volar á la altura.

Y borra, borra mi nombre  
si le han grabado en mi losa;  
que no le insulte orgulloso  
la imbécil planta de un hombre.

Sólo una flor amarilla,  
que el cierzo marchitará,  
entre el césped brotará  
de mi sepulcro en la orilla.

¡Pobre flor! ¿Por qué naciste  
sobre una tumba desierta?  
¿No temes la noche yerta,  
tan solitaria y tan triste?

¡Pobre flor! ¿A qué temprana  
diste al mundo tu sonrisa?  
Hoy te mece fresca brisa,  
pero morirás mañana.

¡Ay, pobre flor amarilla!  
¿A qué tan presto brotar  
si el cierzo te ha de agostar  
de mi sepulcro en la orilla?



# ORIENTAL

Corriendo van por la vega,  
á las puertas de Granada,  
hasta cuarenta gomeles  
y el capitán que los manda.

Al entrar en la ciudad,  
parando su yegua blanca,  
le dijo éste á una mujer  
que entre sus brazos lloraba:

—Enjuga el llanto, cristiána,  
no me atormentes así;  
que tengo yo, mi sultana,  
un nuevo Edén para tí.

Tengo un palacio en Granada,  
tengo jardines y flores;  
tengo una fuente dorada  
con más de cien surtidores.

Y en la venta del Genil  
tengo parda fortaleza,  
que será reina entre mil  
cuando encierre tu belleza.

Y sobre toda una orilla  
extiendo mi señorío:  
ni en Córdoba ni en Sevilla  
hay un parque como el mío.

Allí la altiva palmera,  
y el encendido granado,  
junto á la frondosa higuera  
cubren el valle y collado.

Allí el robusto nogal,  
allí el nópalo amarillo,  
allí el sombrío moral,  
crecen al pie del castillo.

Y olmos tengo en mi alameda  
que hasta el cielo se levantan,  
y en redes de plata y seda  
tengo pájaros que cantan.

Y tú mi sultana eres;  
que, desiertos mis salones,

está mi harem sin mujeres,  
mis oídos sin canciones.

Yo te daré terciopelos  
y perfumes orientales;  
de Grecia te traeré velos,  
y de Cachemira chales.

Y te daré blancas plumas  
para que adórnes tu frentè,  
más blancas que las espumas  
de nuestros mares de Oriente;

Y perlas para el cabello;  
y baños para el calor,  
y collares para el cuello,  
para los labios... ¡amor!

—¿Qué me valen tus riquezas—  
respondióle la cristiana—  
si me quitas á mi padre,  
mis amigos y mis damas?

Vuélveme, vuélveme, moro,  
á mi padre y á mi patria;  
que mis torres de León  
valen más que tu Granada.—

Escuchóla en paz el moro,  
y, manoseando su barba,  
dijo, como quien medita,  
en la mejilla una lágrima:

—Si tus castillos mejores  
que nuestros jardines son,  
y son más bellas tus flores,  
por ser tuyas, en León;

Y tú diste tus amores  
á alguno de tus guerreros,  
hurí del Edén, no llores;  
vete con tus caballeros.—

Y dándola su caballo  
y la mitad de su guardia,  
el capitán de los moros  
volvió en silencio la espalda.

## LA MEDITACIÓN

Sobre ignorada tumba solitaria,  
á la luz amarilla de la tarde,  
vengo á ofrecer al cielo mi plegaria  
por la mujer que amé.

Apoyada en el mármol la cabeza,  
sobre la húmeda hierba la rodilla,  
la parda flor que esmalta la maleza  
humillo con mi pie.

Aquí, lejos del mundo y sus placeres,  
levanto mis delirios de la tierra,  
y leo en agrupados caracteres  
nombres que ya no son.

Y la dorada lámpara que brilla  
y al soplo oscila de la brisa errante,  
colgada ante el altar, en la capilla,  
alumbrá mi oración.

Acaso un ave su volar detiene  
del fúnebre ciprés entre las ramas,  
que á lamentar con sus gorjeos viene  
la ausencia de la luz,

Y se despide del albor del día  
desde una alta ventana de la torre,  
ó trepa de la cúpula sombría  
á la gigante cruz.

Anegados en lágrimas los ojos,  
yo la contemplo inmóvil desde el suelo,  
hasta que el rechinar de los cerrojos  
la hace aturdida huir.

La funeral sonrisa me saluda  
del solo ser que con los muertos vive,  
y me presta su mano áspera y ruda  
que un féretro va á abrir.

¡Perdón! ¡No escuches, Dios mío,  
mi terrenal pensamiento!  
¡Deja que se pierda impío,  
como el murmullo de un río  
entre los pliegues del viento!

¿Por qué una imagen mundana  
viene á manchar mi oración?

Es una sombra profana,  
que tal vez será mañana  
signo de mi maldición.

¿Por qué ha soñado mi mente  
ese fantasma tan bello,  
con esa tez transparente  
sobre la tranquila frente  
y sobre el desnudo cuello?

Que en vez de aumentar su encanto  
con pompa y mundano brillo,  
se muestra anegada en llanto  
al pie de altar sacrosanto,  
ó al pie de pardo castillo,

Como una ofrenda olvidada  
en templo que se arruinó,  
y en la piedra cincelada  
que en su caída encontró  
la mece el viento colgada.

Con su retrato en la mente,  
con su nombre en el oído,  
vengo á prosternar mi frente  
ante el Dios omnipotente  
en la mansión del olvido.

¡Mi crimen acaso ven  
con turbios ojos inciertos,  
y me abominan los muertos,  
alzando la hedionda sien  
de los sepulcros abiertos!

—  
Cuando estas tumbas visito,  
no es la nada en que nací,  
no es un Dios lo que medito:  
es un nombre que está escrito  
con fuego dentro de mí.

¡Perdón! ¡No escuches, Dios mío,  
mi terrenal pensamiento!  
¡Deja que se pierda impío,  
como el murmullo de un río  
entre los pliegues del viento!

## A LA ESTATUA DE CERVANTES

Esa es su sombra... el alma avergonzada,  
para más no volver, huyóse al cielo:  
solitaria, sombría, abandonada,  
esa fantasma se encontró en el suelo.

Si es pedestal ó túmulo, se ignora;  
mas sin duda temieron que, indignado,  
de la piedra en que está salte á deshora,  
según se ve de hierros circundado.

No bajará; que es noble y caballero,  
y lidió por su patria el buen poeta;  
acaso no encontrara un compañero  
al pie del pedestal que le sujeta.

Tal vez no hallara un digno castellano,  
libre y valiente, á quien llamar amigo;  
á quien tender la cercenada mano;  
á quien llevar en pos al enemigo.

Por eso eleva la tostada frente  
al firmamento azul noble y tranquila,  
y no mira por eso transparente,  
apagada á la luz, la ancha pupila.

*Cervantes* le llamaron otros días:  
yerta figura con ajeno nombre,  
como su original, arrastra impías  
horas de duelo en la mansión del hombre.

Ayer cruzaba libre é ignorado  
la turba ociosa y soldadesca inquieta,  
dentro de su armadura de soldado,  
ó envuelto en sus harapos de poeta.

Hoy, en la inmoble colosal figura,  
derramada la lluvia se destrenza,  
y está sombrío en pie sobre la altura,  
como sacan un reo á la vergüenza.

El pueblo ve á sus pies, negro milano  
que á la boca asomó de un hormiguero,  
y quiere el ojo comprender en vano  
cómo allí se cobija un pueblo entero.

Y siente la carroza del magnate  
rodar, y se estremece á su carrera,  
y soldados que marchan al combate,  
que equipados de farsa los creyera.

Y abajo, entre los árboles perdidos,  
como sueños pasar contempla inquietas  
las sombras de políticos caídos,  
las parodias de sabios y poetas.

Y una lágrima acaso en su mejilla  
alumbrá, el sol bajando al Occidente,  
al contemplar su revocada villa  
sin porvenir, alegre ó indolente.

Hubo un *Cervantes* cuando aquél vivía;  
cuando, en vez de esos hierros, era un  
llamáronle poeta, y poseía [hombre;  
una espada y un libro con su nombre.

Su espíritu brotó con la tormenta,  
y le escondió en su seno el torbellino;  
el sepulcro su mano abrió violenta,  
y hoy resuena su cántico divino.

¿Por qué no le dejaron con su sueño  
en el sepulcro donde en paz dormía?  
¿A qué traerle con tenaz empeño  
á sufrir otra vez la luz del día?

¿A qué su sombra de la tumba alzarón  
estúpidos los hombres ó altaneros?  
Para ahuyentar los siglos que pasaron,  
y escarnecer los siglos venideros.

Hombre de hierro, que velas  
el sueño del mundo impío;  
que ves con gesto sombrío  
crímenes que no revelas;

Cuya negra frente calva  
sufré en paz el sol que arde,  
la roja luz de la tarde,  
la amarilla luz del alba:

¿Qué piensas del mundo, dí,  
tú que le dejaste ya,  
cuya voz no se alzaré,  
cuya sombra quedó aquí?

¿Qué piensas de ese magnate  
que ha perdido el sol de un día  
embriagado en una orgía,  
mientras su nación combate?

¿Qué piensas tú de esos reyes (1)  
que arrastra un frenado bruto  
entre vírgenes de luto,  
huérfanas hoy por sus leyes?

¿Qué piensas, genio inmortal,  
de ese pueblo soberano  
que abre paso á su tirano  
sin levantar un puñal?

Dime, coloso de hierro,  
á quien condena la suerte  
á sufrir desde la muerte  
en tu patria tu destierro,

¿No es cierto que allá en su afán  
espera tu desconsuelo  
que te arrastre por el suelo  
un revoltoso huracán?

## II

Tu nombre tiene el pedestal escrito,  
en extranjero idioma por fortunal  
Tal vez será tu nombre un *sambenito*  
que vierta infamia en tu española cuna.

¡Hora te trajo á luz desventurada!  
¿Español eres...? Lo tendrán á mengua,  
cuando á tu espalda yace arrinconada  
tu cifra en signos de tu propia lengua.

¡Serás acaso un busto aparecido  
entre las ruinas de la antigua Roma,  
recuerdo que los tiempos han roído,  
que algún rico libró de la carcoma!

Maldita es tu misión sobre la tierra:  
los que mueren, sus males acabaron;

(1) Casi inútil parece advertir que éstos son pensamientos históricos, y que se refieren á géneros y no á individualidades.

todos sus restos su sepulcro encierra...  
los tuyos del sepulcro los robaron.

Helo allí, que se levanta  
como fantasma furioso,  
que magulla con su planta  
los que á su morada santa  
van á turbar su reposo.  
Porque su nombre y su gloria  
sólo al tiempo los vendió,  
para dejar su memoria  
grabada en oro en la historia,  
que escrita en el fango no.

Que por eso en su amargura  
abrió un libro coloso,  
que á su renombre asegura  
en las edades reposo.

Cuando los siglos le lean,  
hará que los siglos vean  
en su cubierta roída,  
en caracteres gigantes,  
dos genios con una vida:  
un *Quijote* y un *Cervantes*.

Y si entre la espesa bruma  
de esta edad que bulle inquieta,  
de hediondo mar alba pluma,  
el genio de otro poeta  
despliega su blanca espuma;  
si algún bardo colosal  
levanta entre la tormenta  
su cántico celestial,  
de una centuria sangrienta  
salmodiando el funeral;

Cuando el tiempo, hombre sombrío,  
el orbe rompa á pedazos,  
que sostenido en tus brazos  
huya su cuchillo impío;  
y en el día de furor,  
cuando al eco atronador  
de la funeral trompeta  
se junte el mundo en un valle,  
mándale al mundo que calle,  
y díle que era un POETA.

# ELVIRA

Con furia en el bosque luchaban los  
[vientos;  
del pino tronchado, sonoro estallido  
se oía crujir;

y el ave agorera sus tristes lamentos  
callaba, y del trueno lejano el bramido  
se hacía sentir.

Y lluvia copiosa los cielos enviaban,  
que en surcos deformes la tierra partía,  
de angustia colmada:

y al ver que en el monte mil rayos bri-  
[llaban,  
el hombre dijera que el mundo se ardía,  
tornando á su nada.

Encina nudosa, nacida entre peñas  
por donde derrumba su espuma un to-  
se mira á lo lejos; [rrente,  
y apenas alumbra el rayo en las breñas  
el arco ruinoso de gótico puente  
con tibios reflejos.

Suspense en la cima del árbol añoso,  
de ramas tejido descendiendo un asiento:  
en él aparece

fantástica bruja de aspecto asqueroso,  
sentada y serena. Con impetu el viento  
silbando la mece.

—Ví palacios magníficos un día,  
cuando fortuna en torno me reía;  
ví donceles y dueñas,  
que humildes me acataban;  
los vientos no zumbaban  
entre las rudas peñas.

Y oía yo cantares regalados,  
y oía al par los ecos apagados  
de una lira distante;  
porque es grato á las bellas  
escuchar las querellas  
de su bizarro amante.

Gimió el clarín y se lanzó la guerra  
bramando de furor: mustia la tierra  
lloró por su venida,  
y vestido de acero  
fué al campo el caballero,  
y allí perdió la vida.

Y entraron victoriosos los contrarios  
respirando venganza. ¡Sanguinarios!

Mis tierras, ¿qué se hicieron?  
Mis fieles servidores,  
en medio estos horrores,  
luchando sucumbieron.

Y el último era un héroe, ¡y yo vagaba  
allá en su mente á tiempo que espiraba!

Muriendo ¡ay! me decía:  
«Mi Elvira encantadora,  
llora tu esposo, llora,  
sobre mi tumba fría.»

Lloré y venganza le juré á mi esposo,  
y se la dí; que incendio estrepitoso  
consumió los salones  
que vivió su asesino:  
sólo halló cuando vino  
denegridos terrones.

Contra su altiva frente el cielo mismo  
vibró su rayo, y el ruidoso abismo  
le tragó del torrente.

Yo le miré suspense  
sobre el espacio inmenso  
maldecirme demente.

Y me gozaba, y aplaudía en tanto,  
y daba al viento el desacorde canto  
de la venganza mía;  
y oí sonar cercana  
la lúgubre campana  
al tiempo que moría.

Crece ahora, huracán:—alza bramando  
tu saña contra mí:—yo iré cantando  
mis himnos funerales;  
con mis manos heladas  
yo romperé selladas  
las puertas infernales.

Cantaba la vieja: con sordo mugido  
los vientos llevaron su triste canción:  
del rayo, en un punto, el árbol herido  
con ella caía:  
su grito de muerte se oyó, y todavía  
vagó por sus labios postrer maldición.

## LA TARDE DE OTOÑO

Ya viene el revuelto otoño,  
recogiendo fresco y flores;  
pasó el sol con sus calores,  
y alumbra al fin otro sol;  
pasaron las alboradas  
silenciosas de la aurora,  
que el horizonte colora  
de purpurino arrebol.

Pasaron las noches claras  
de la luna y los jardines;  
las noches de los festines  
tras el otoño vendrán.  
Pasó el tiempo de las citas  
á deshora entre las rejas,  
los cuidados de las viejas,  
de las niñas el afán.

Pasaron las serenatas  
debajo de los balcones,  
las rondas y las canciones  
del mancebo emprendedor.  
Todo es ya triste: la tierra  
pierde su brillante aliño,  
y el amor, que es pobre y niño,  
alivio busca al calor.

Mas si se envuelve la noche  
entre su sombra importuna;  
si pierde su blanca luna  
y sus horas de placer;  
si pierde la fresca aurora  
sus aromas y sus flores,  
sus nubes de cien colores,  
su aureola de rosicler,

Le queda en cambio á la tarde  
todo el encanto del día,  
y, henchida de su armonía,  
sale el sol á despedir.

Bella es la tarde que baja  
por el rosado Occidente,  
y se apaga lentamente  
para volver á lucir.

Es púrpura el horizonte,  
y el firmamento una hoguera;  
es oro la ancha pradera,  
la ciudad, el río, el monte.

Rey de los astros, el sol,  
del regio trono al bajar,  
su pompa querrá ostentar  
en su manto de arrebol.

Por eso suspenso está  
de su reino á la salida,  
jurando á su despedida  
que mañana volverá.

Banda de nubes de grana,  
que con sus reflejos tiñe,  
flotando en torno le ciñe  
como turba cortesana.

Ráfagas mil que se cruzan,  
filigrana de la tarde,  
el sol que á su espalda arde  
en colores desmenuzan.

Y al hundirse en Occidente,  
partida en muchas la llama,  
por el cielo se derrama  
fosfórica y transparente.

Es la postrera sonrisa  
del bello día que acaba;  
que de esa luz arrancaba  
su fresca ondulante brisa.

La fresca brisa que asoma  
por sobre la roca calva,  
remedo de la del alba  
en frescura y en aroma.

A su venida, tardías  
cierran su cáliz las flores,  
y trinan los ruiseñores  
sus postreras armonías.

Se les ve buscar la sombra  
entre las desnudas ramas,  
porque sus hojas de escamas  
sirven al suelo de alfombra.

Que ya el inconstante viento  
del otoño que aparece,  
en los árboles se mece  
con brusco sacudimiento.

Flor, pronto inútil y sola,  
en vez de la que él deshizo,  
orlará el campo pajizo  
la purpurina amapola.

Brezos y arbustos impuros  
de la montaña en la falda,

vestirán su áspera espalda  
con sus matices oscuros.

Grupos de nubes perdidos  
como fantasmas deformes,  
traen en sus pliegues enormes  
vientos de invierno escondidos.

El árbol en largas hebras  
hiende sus cortezas vanas,  
y anuncian lluvias lejanas  
las rastras de las culebras.

Da el cuervo al aire su vuelo,  
graznidos á su garganta;  
rey del viento, se levanta  
entre la tierra y el cielo.

Se oye de alguna paloma  
perdido el último arrullo,  
de alguna fuente el murmullo  
que entre los juncos asoma.

Queda el mundo en soledad;  
y en el aire alzan su imperio  
de las sombras el misterio  
y el humo de la ciudad.



## INDECISIÓN

¡Bello es vivir, la vida es la armonía!  
Luz, peñascos, torrentes y cascadas;  
un sol de fuego iluminando el día;  
aire de aromas, flores apiñadas;

Y en medio de la noche majestuosa  
esa luna de plata, esas estrellas,  
lámparas de la tierra perezosa,  
que se ha dormido en paz debajo de ellas.

¡Bello es vivir! Se ve en el horizonte  
asomar el crepúsculo que nace;  
y la neblina que corona el monte  
en el aire flotando se deshace;

Y el inmenso tapiz del firmamento  
cambia su azul en franjas de colores;  
y susurran las hojas en el viento,  
y desatan su voz los ruiseñores.

.....  
.....

Y la noche las orlas de su manto  
arrastra fugitiva en Occidente,  
y la tierra despierta al fuego santo  
que reverbera el sol en el Oriente.

¡Bello es vivir! Se siente en la memoria  
el recuerdo bullir de lo pasado;  
camina cada ser con una historia  
de encantos y placeres que ha gozado.

Si hay huracanes y aquilón que brama;  
si hay un invierno de humedad vestido,  
hay una hoguera, á cuya roja llama  
se alza un festín con su discordo ruido,

Y una pintada y fresca primavera,  
con su manto de luz y orla de flores,  
que cubre de verdor la ancha pradera,  
donde brotan arroyos saltadores.

Y hay en el bosque gigantesca sombra,  
y desierto sin fin en la llanura,

en cuya extensa y abrasada alfombra  
crece la palma como hierba oscura.

Allí cruzan fantásticos y errantes,  
como sombras sin luz y apariciones,  
pardos y corpulentos elefantes,  
amarillas panteras y leones.

Allí, entre el musgo de olvidada roca,  
duerme el tigre feroz harto y tranquilo,  
y de una cueva en la entreabierta boca,  
solitario se arrastra el cocodrilo.

¡Bello es vivir, la vida es la armonía!  
Luz, peñascos, torrentes y cascadas;  
un sol de fuego iluminando el día;  
aire de aromas, flores apiñadas...

Arranca, arranca, Dios mío,  
de la mente del poeta  
este pensamiento impío  
que en un delirio creó;  
sin un instante de calma,  
en su olvido y amargura,  
no puede soñar su alma  
placeres que no gozó.

¡Ay del poeta! Su llanto  
fué la inspiración sublime  
con que arrebató su canto  
hasta los cielos tal vez;  
solitaria flor que el viento  
con impuro soplo azota,  
él arrastra su tormento  
escrito sobre la tez.

Porque tú ¡oh Dios! le robaste  
cuanto los hombres adoran;  
tú en el mundo le arrojaste  
para que muriera en él;

tú le dijiste que el hombre  
era en la tierra su *hermano*;  
mas él no encuentra ese nombre  
en sus recuerdos de hiel.

Tú le has dicho que eligiera  
para el viaje de la vida  
una hermosa compañera  
con quien partir su dolor;  
mas ¡ay! que la busca en vano;  
porque es para el ser que ama  
como un inundo gusano  
sobre el tallo de una flor.

Canta la luz y las flores,  
y el amor en las mujeres,  
y el placer en los amores,  
y la calma en el placer;  
y sin esperanza adora  
una belleza escondida,  
y hoy en sus cantares llora  
lo que alegre cantó ayer.

El con los siglos rodando  
canta su afán á los siglos,  
y los siglos van pasando  
sin curarse de su afán.

¡Maldito el nombre de gloria  
que en tu cólera le diste...!  
Sentados en su memoria  
recuerdos de hierro están.  
El día alumbra su pena,  
la noche alarga su duelo;  
la aurora escribe en el cielo  
su sentencia de vivir:

fábulas son los placeres;  
no hay placeres en su alma,  
no hay amor en las mujeres:  
tarda la hora de morir.

Hay sol que alumbra, mas quema;  
hay flores que se marchitan;  
hay recuerdos que se agitan,  
fantasmas de maldición.  
Si tiene una voz que canta,  
al arrancarla del pecho  
deja fuego en la garganta,  
vacío en el corazón.

—  
¡Bello es vivir! Sobre gigante roca  
se mira el mundo á nuestros pies tendido;  
la frente altiva con las nubes toca...  
Todo creado para el hombre ha sido.

¡Bello es vivir! Que el hombre descui-  
[dado  
en los bordes se duerme de la vida,  
y, de locura y sueños embriagado,  
en un festín el porvenir olvida.

¡Bello es vivir! Vivamos y cantemos:  
el tiempo entre sus pliegues roedores  
ha de llevar el bien que no gocemos,  
y ha de apagar placeres y dolores.

Cantemos, de nosotros olvidados,  
hasta que el son de la fatal campana  
toque á morir. Cantemos descuidados,  
que el sol de ayer no alumbrará mañana.





Eran aún los agitados días  
 en que mi juventud abandonada  
 adivinó tal vez horas impías  
 entre el crespón de la insondable nada;

Cuando con ojo avaro y penetrante,  
 aun no poeta, el porvenir medita  
 el niño, y ve pasarle por delante  
 árida nada que su sed irrita; [nombre;

Cuando el nombre del niño no es un  
 cuando la idea informe no es idea,  
 y en el alma del niño nace el hombre  
 que idea y nombre se conquista y crea,

Entonces de la vida en el vacío,  
 soñé un bello fantasma que rodaba;  
 gota brillante y fresca de rocío  
 en flor que brota entre pajiza lava.

Blanco ese sueño resbaló en mi mente,  
 puro y tranquilo como sol que nace;  
 como se rompe el agua de la fuente  
 y rodando en la hierba se deshace.

Era la forma transparente y vaga  
 de un arcángel que cruza el firmamento;  
 era un pliegue del viento que una maga  
 vibró al cantar con aromado aliento.

Era la voz del arpa que se pierde  
 entre el leve vapor de áncha laguna,  
 en cuyo fondo, con las algas verde,  
 tibia se mece amarillenta luna.

Era, en la mente perdida  
 entre suspiros de gloria,  
 la esperanza y la memoria  
 del amor de una mujer;  
 recuerdo en alma de niño,  
 amor en alma de hombre,  
 blanco fantasma sin nombre  
 y sin hora en que nacer.

Permite, dulce embeleso,  
 que mis labios en tus labios  
 pongan un ardiente beso  
 que se oiga en el corazón;  
 que la mente del poeta,  
 en su entusiasmo violento,  
 beba en tu mirada inquieta  
 la fogosa inspiración.

Que en la noche tempestuosa  
 será bello, ¡jamada mía!,  
 de la lluvia áspera y fría  
 al desigual susurrar,  
 tener contigo un poeta  
 sentado á la roja llama,  
 con un corazón que ama  
 y una voz para cantar.

Será bello, en puro día  
 de fragante primavera,  
 su fantástica armonía  
 escuchar en un jardín;  
 y que en la ruidosa fiesta  
 levante robusto canto,  
 y que te vele tu siesta  
 después de largo festín.

Te diga los caballeros  
 que por tus favores lidian,  
 y las damas que te envidian  
 el cantar del trovador;  
 y en la tibia madrugada,  
 tus labios sobre su frente,  
 duermas tú tranquilamente  
 soñando sueños de amor.

Y tu aliento con su aliento,  
 y tu mano con su mano,  
 con un mismo pensamiento  
 que os halague al despertar,  
 os encuentre la mañana  
 y resbale vuestra vida,  
 como parda luz lejana  
 de una tarde sobre el mar.

# ORIENTAL

---

Mañana voy, nazarena,  
á Córdoba la sultana:  
mi amorosa cantilena  
ya no sentirás mañana  
al compás de mi cadena.

Cuando vuelvan los cristianos,  
de los moros vencedores,  
lee mis destinos tiranos,  
la historia de mis amores,  
en la sangre de sus manos.

Valiera más que cautivo  
en esa torre acabara  
la triste vida que vivo;  
que la vida que hoy recibo  
me la vendas ¡ay! bien cara.

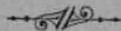
¡Adiós! Tu esclavo mañana  
ya no ha de causarte enojos;  
pero es esperanza vana:  
cautivo quedo, cristiana,  
en la prisión de tus ojos.

¡Maldita, hermosa, mi estrella!  
¿Qué há de valerme la vida,  
si no he de hallarte con ella  
ni en Granada la florida,  
ni en mi Córdoba la bella?

De hoy me será el claro sol  
una lámpara importuna:  
hija del suelo español,  
tú eres mi sol y mi luna...  
la aurora y el arrebol.

Pues en tí pierdo el sol hoy,  
sin tu sol no he de vivir:  
sultana, á Córdoba voy;  
que, en las tinieblas que estoy,  
presto, á fe, que he de morir.

Ha prometido Mahoma  
un paraíso, una hurí...  
Tú habrás de ser ángel, sí,  
en esa región de aroma,  
y hemos de amarnos allí.



# ROMANCE

La noche no tiene ruido;  
 en la sombra no hay color;  
 no hay en los viejos cuidado;  
 las dueñas no tienen voz;  
 pero, cuando todos duermen,  
 estamos velando dos;  
*ella* en la reja sentada,  
 y al pie de la reja *yo*.

Mis ojos no ven sus ojos,  
 no ven su tez transparente,  
 no ven su rosada frente,  
 ni su sonrisa de amor;  
 no ven el rubor de virgen  
 que sus mejillas colora;  
 tiene quince años ahora...  
 Las niñas tienen rubor.

No ven mis ojos avaros  
 su casi desnuda espalda,  
 ni entre la revuelta falda  
 asomado el blanco pie;  
 como en la orilla de un río,  
 rompiendo la inquieta espuma,  
 tender la flotante pluma  
 nevado un cisne se ve.

Ni en su garganta y sus hombros  
 el alto pecho imagino,  
 ni por su rostro adivino  
 del corazón la inquietud;  
 y tiene la áspera reja,  
 centinela desvelado,  
 delante el amor osado,  
 detrás la frágil virtud.

¡Mas, pese á la densa reja,  
 pese á la noche sombría,  
 yo tengo ¡paloma mía!  
 el alma bañada en tÍ!  
 Tengo mis labios de fuego  
 sobre tus labios de rosa,  
 y en tu pecho late, hermosa,  
 un corazón para mí.

¡Adiós! Que por el Oriente  
 la luz importuna sube,  
 y envuelto en húmeda nube  
 las tinieblas rasga el sol;  
 y para una niña en vela,  
 y el galán que la enamora,  
 mucha luz tiene la aurora  
 en el brillante arrebol.

Vierte el alba en su sourisa  
 su armonía y su color,  
 y se columpia la brisa  
 en el cáliz de la flor:  
 de rosa, lirio y claveles,  
 robando el fragante olor,  
 cuelga en los anchos laureles  
 gemido murmurador.

Y gime la fresca fuente  
 bajo el manto de cristal,  
 y gime lánguidamente  
 la tórtola angelical;  
 y enamorada paloma  
 bebe la luz matinal,  
 meciendo el aura de aroma  
 con arrullo desigual.

En tanto el noble mancebo  
 el ancho jardín cruzó,  
 murmurando por lo bajo  
 enamorada canción.

—«¡Oh! Vuelve, noche, sin ruido,  
 con tu sombra sin color,  
 con tus viejos sin cuidado,  
 y con tus dueñas sin voz;  
 porque, cuando todos duerman,  
 volvamos á velar dos:  
*ella* en la reja sentada,  
 y al pie de la reja *yo*.»—

## Á UN TORREÓN

Gigante sombrío, baldón de Castilla;  
castillo sin torres, ni almenas, ni puente,  
por cuyos salones, en vez de tu gente,  
reptiles arrastran su piel amarilla.  
Dime: ¿qué se hicieron tus nobles señores,  
tus ricos tapices de sedas y flores,  
tu gente de guerra, tus cien trovadores  
que alzaron ufanos triunfante canción?  
Tú estás en el valle, cadáver podrido:  
guerrero humillado, que el tiempo ha  
[rendido,  
tu historia y tu nombre yaciendo en olvido  
el mundo no sabe que existe *Muñón*.

Tus pardas ruínas me son de tormento;  
con negros recuerdos corroen mi alma...  
¡Tú estás en mi mente, maldecida palma  
quemada del rayo, batida del viento!  
Yo, errante poeta, proscrito en el mundo,  
tal vez en el polvo de féretro inmundo,  
sin nombre, sin gloria, para siempre hun-  
mi frente abrasada de inútil sudor; [do  
¡por tí, resto infame, fantasma de duelo,  
morada maldita de un ángel del cielo  
que amé y me robaron... ¡maldito tu suelo,  
maldito tu nombre... maldito mi amor!

Quédate, sí, en esa altura,  
á la vergüenza del llano,  
castillo sin castellano,  
matrona sin hermosura.

De tí el tiempo se rió,  
tus torres se derribaron,  
tus vasallos te ultrajaron,  
tu señor te abandonó.

Quédate, negro esqueleto,  
de fértil vega mancilla,

á esa ermita de Castilla  
sin sacerdote sujeto.

Sin pendones que ondear,  
sin blasones á la entrada,  
tu bóveda agujereada  
no has podido sustentar.

Sin un eco en los salones,  
sin un soldado en el muro,  
hoy crece el arbusto impuro  
al pie de tus torreones.

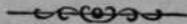
Señor muerto en tierra ajena,  
olvidado de tu gente,  
á pedazos de tu frente  
roba el viento tu melena.

Y pasa á tus pies el hombre  
sin buscarte en su memoria,  
porque no leyó tu historia,  
ni se acuerda de tu nombre.

Tú tienes uno que en aciago día  
en tu gastada piedra escribí yo,  
y el nombre de otro y la vergüenza mía  
con la tuya quedó.

Cuando mi labio le nombró, mentía;  
cuando mi mano le grabó, mintió;  
hoy... ya no existe; en su carrera impía  
el tiempo le arrastró.

Y ese nombre celestial  
que el tiempo devoró al fin,  
una mujer, por mi mal,  
le arrebató á un serafín:  
el huracán de la vida  
sólo dejó, ¡oh mi querida!,  
para mi eterno tormento,  
en prenda de maldición,  
tu nombre en mi pensamiento,  
tu amor en mi corazón.



# LA NOCHE DE INVIERNO

Á DON JENARO VILLAAMIL

Pintor, el viento se estrella  
 bramando en esa ventana;  
 en pos de su airada huella  
 la lluvia y la noche van:  
 prepara lienzo y pinceles,  
 yo escribiré tu pintura,  
 y conquistemos laureles  
 al través del huracán.

Agua las nubes abortan;  
 se ve la lumbre amarilla  
 de las centellas, que cortan  
 nubes y lluvia al caer;  
 se oyen girar las veletas  
 sobre la gigante torre,  
 y las pizarras sujetas  
 agua y viento repeler.

Se ven oscilar tus lienzos,  
 del crudo viento impelidos,  
 que por los vidrios hendidos  
 penetra inquieto hasta aquí.  
 Esos retratos colgados,  
 que unos con otros se chocan,  
 son escudos conquistados  
 y blasones para tí.

Y se oye el son temeroso  
 de campanas que, rompiendo  
 de los hombres el reposo,  
 conjuran la tempestad:  
 se oye en la calle azorado,  
 de alguno que huye la lluvia,  
 el paso precipitado  
 cruzando en la oscuridad.

Encendamos una hoguera  
 cuya roja llama alumbre  
 esos rostros en hilera  
 colgados en la pared;  
 que mecidos por el viento  
 y animados por la llama,

nos darán un pensamiento,  
 y una corona tal vez.

Tú tienes dentro la mente  
 galerías, catedrales,  
 y todo el lujo de Oriente  
 y un mundo para pintar:  
 tú tienes en tus pinceles  
 derruídos monasterios,  
 con aéreos botareles  
 y afiligranado altar.

Tienes torres con campanas  
 y transparentes labores;  
 castillos con castellanas  
 que aguardan á su señor;  
 y bóvedas horadadas,  
 y silenciosas capillas,  
 donde en marmóreas almohadas  
 yace el muerto fundador.

Y antiquísimas ciudades  
 que, por el tiempo roídas,  
 cuentan al tiempo verdades  
 que él se desdeña escuchar:  
 tienes en el valle fuentes,  
 peñascos en la montaña,  
 y en los peñascos torrentes  
 que se arrastran á la mar.

Tienes en los mares islas,  
 con ciudades y jardines,  
 y en los jardines festines,  
 y en los festines placer...  
 Prepara lienzo y pinceles,  
 y deja que el viento brome,  
 y la lluvia se derrame,  
 y estalle el rayo al caer.

A inspirarnos han venido  
 la noche con sus tinieblas,  
 el rayo con su estampido,  
 la lluvia con su rumor:

tú pintarás lo que sientas;  
yo escribiré lo que siento  
en el empuje violento  
del huracán bramador.

Yo escribiré cómo muge  
el vendaval en tus torres;  
cómo entre las jarcias cruje  
del buque que va á anegar;  
cómo zumba en las almenas  
con que ciñes tus castillos;  
cómo silba en las cadenas  
que el puente han de sujetar.

Escribiré cómo imita  
la humana voz en las rocas,  
y como el milano grita,  
y ruge como el león,  
silba como la serpiente,  
sorbe como la lechuza,  
la voz de un incendio miente  
al cruzar un torreón.

Miente el graznido del cuervo,  
brama como el ronco toro,  
remeda el distante lloro  
de una garganta infantil;  
y, azotando los cristales,  
finge el fantástico vuelo  
de espíritus infernales  
que pasan de mil en mil.

É imita el rumor confuso  
de clarines y de aceros,  
de carros y caballeros  
que van marchando detrás;  
y de un lejano combate  
los alarmanes clamores,  
y el ruido de los tambores  
que redoblan á compás.

Tú pintarás la montaña  
entre la niebla sombría;  
pintarás la lluvia fría  
derramada desde allí;  
los alcázares morunos,  
los pilares bizantinos,  
monumentos peregrinos  
embellecidos por tí.

Pintarás los gabinetes  
cincelados de la Alhambra,

y el humo de los pebetes,  
y las bellas del harem.  
Tú pintarás las memorias  
que nos quedan, por fortuna;  
yo escribiré las historias  
que vida á tus cuadros den.

Te diré el blando murmullo  
de las aguas destrenzadas,  
y el melancólico arrullo  
de la tórtola que amó;  
te diré cómo se mecen  
las flores sobre los tallos;  
cómo nacen, cómo crecen,  
cómo el sol las agostó.

Tú nos pintarás al hombre  
con su choza ó su palacio,  
y yo te diré su nombre  
y lo que en el mundo fué;  
tú al mundo darás colores,  
yo le daré lengua y vida;  
tú pintarás los amores,  
y yo te los cantaré.

¡Pintor! Que la noche ruede  
con el ronco torbellino;  
que envuelta en tormentas quede  
la desvelada ciudad:  
nosotros, lejos del mundo,  
otro mundo gozaremos,  
de la hoguera que encendemos  
á la roja claridad.

Calderón, Murillo, Ercilla,  
colgados por las paredes  
con su estoque y su golilla,  
forman nuestro mundo aquí.  
Ahí están Lope, Cervantes,  
Vinci, Rivera, el Ticiano...  
con tintas para tu mano  
é inspiración para mí.

Prepara lienzo y pinceles,  
despliega tu fantasía:  
cuando nos sorprenda el día,  
que alumbre una creación.  
Pintor: ese torbellino  
ha venido á visitarnos;  
en él nos trajo el destino  
la violenta inspiración.

# RECUERDOS DE TOLEDO

## LA CATEDRAL

### INTRODUCCIÓN

Ese montón de piedras hacinadas,  
morenas con el sol que se desploma;  
monstruo negro de escamas erizadas,  
que alienta luz y música y aroma;

A quien un pueblo inválido rodea  
con pies de religión, frente de miedo,  
que tan noble lugar mancha y afea,  
es catedral de lo que fué Toledo.

Pálida y triste, pobre y abatida,  
llora el favor de los hundidos años;  
reina sin corte, anciana y desvalida,  
por sus hijos robada y los extraños.

Por vestir el espectro de su nada  
hoy convoca sus hijos á las fiestas,  
celebrando su mal, desesperada,  
con campanas, con órganos y orquestas.

Gigante que, muriendo en la llanura  
á manos de contrario más valiente,  
con voz tremenda su venganza jura,  
y fuerza y vida en sus palabras miente.

Una tribu elegante y voluptuosa  
de otro país de fuentes y de flores,  
los cimientos fundó donde reposa,  
para otro Dios de guerras y de amores.

Y un rey, ó más piadoso ó más pru-  
[dente,  
cambióla en templo por sellar su gloria;  
y tal vez dijo al Dios omnipotente:  
*Tuyo es el nombre, mía la memoria.*

Quedóse al fin en templo consagrado  
del Sumo Dios bajo el excelso nombre,  
para ser á los tiempos revelado  
como página histórica de un hombre.

Mas, apilando el tiempo los despojos  
de los mismos valientes que la hicieron,  
vasto sepulcro levantó á sus ojos  
donde un palacio levantar creyeron.

Y hoy, al caer del templo la grandeza,  
muestra el coloso, al espirar su imperio,  
que ha cobijado su mortal corteza  
templo, historia, palacio y cementerio.

### I

Con ceño sombrío mira  
el Tajo que á sus pies corre,  
y al despecho que la inspira,  
con las gargantas suspira  
de sus campanas la torre.

Que tiene para consuelo,  
en su abatimiento y mengua,  
la frente cerca del cielo;  
y, para hablar con el suelo,  
trece campanas por lengua.

Con tan gigante armonía  
todo su cuerpo estremece,  
y al oírla se creería  
que crece así su alegría  
cuanto su estrépito crece.

A ese clamor tan violento,  
incapaz de tanto ruido,  
vibra fatigado el viento,  
dejando el confuso acento  
por la atmósfera perdido.

Que en su canto desigual  
hay música tan liviana,  
que en su murmullo infernal  
canta y llora y ríe insana  
con sus lenguas de metal.

Que ellas pregonando van  
lo que sus clamores son;  
que á veces tristes están,  
pidiendo por los que van  
á eterna condenación.

Y en su clamor muestran bien  
otras el alegre fin,  
pues revoltosas se ven,  
cual si colgadas estén  
por heraldos de un festín.

Otras, en su inquieto afán,  
ruedan y vibran, según,  
con los clamores que dan,  
al mundo anunciando están  
placer ó luto común.

Y en vez de agudo esquilón,  
de la tarde anuncia el fin  
el doblar de la oración,  
que apaga su ronco son  
del horizonte al confín.

Y á su movimiento enorme  
rueda en el cóncavo hueco  
de la bóveda el informe  
postrer quejido del eco  
con vibración uniforme.

A su paso, estremecidas,  
oscilan allá en las sombras  
las lámparas suspendidas,  
dibujando en las alfombras  
sombras y luz confundidas.

Cobra entonces movimiento  
todo el templo y se estremece,  
cual fantasma de un momento  
que alza el rostro macilento  
y al punto se desvanece.

Van luego dejando ver  
los vacilantes reflejos,  
las sombras al repeler,  
los objetos á lo lejos  
sus formas desenvolver.

Se van mostrando despacio  
las verjas de oro amarillas,  
canceles de aquel palacio  
que dividen el espacio  
de la nave y las capillas.

Se ven en turbios colores  
detrás de los altos hierros,  
entre marmóreas labores,  
cumpliendo así sus destierros,  
dormidos los fundadores.

Se ven, al rayar el día,  
en los pintados cristales,  
cómo luchan á porfía  
la claridad que lucía  
y los rayos matinales.

Entonces, el sol brillante  
que á las ventanas asoma,  
su fogosa luz gigante  
en la llama agonizante  
de las lámparas desploma.

Dejan torre y capitel,  
y entran por los rosetones  
las sombras huyendo dél,  
plegándose en los rincones  
en fantástico tropel.

La luz del templo señora,  
por el templo derramada,  
saluda al Dios que ella adora,  
por las losas prosternada  
ante el ara que colora.

Ciñe la bóveda, avara,  
y en los robustos pilares  
se quiebra picante y clara,  
y bulliciosa se ampara  
del oro de los altares.

Que joven y rica y bella  
en la riqueza se posa,  
y en los diamantes destella,  
y en la joya más vistosa,  
para competir con ella.

Porque el astro-rey la envía  
 á que sus galas ostente,  
 y en la bóveda sombría  
 vierta la lumbre del día,  
 revoltosa y transparente.

## II

Se oyen después los pasos mesurados  
 del sacerdote, y la crujiendo seda  
 del manto que, los lienzos desplegados,  
 por el sonoro pavimento rueda;

Cual si al cruzar se oyera el vago aliento  
 con que á cumplir con su misión le incitan,  
 soplando bajo el mudo pavimento,  
 las osamentas que á sus pies dormitan.

Se coronan de antorchas los altares,  
 se sienten rechinar las verjas de oro,  
 se escuchan los católicos cantares  
 vibrar sublimes desde el hondo coro.

Se ve el pueblo llegar y reverente  
 postrarse humilde, y bendecir la vida,  
 y alzar del suelo la humillada frente,  
 de la luz de los ángeles ceñida.

Y se alza del altar la voz tremenda  
 que las palabras del Señor repite,  
 cantadas por que el pueblo las comprenda,  
 solemnes por que el pueblo las medite.

Y el órgano despliega rebramando  
 la voz robusta de las trompas de oro,  
 como por la cascada caen rodando  
 aguas y espumas en tropel sonoro.

—

Y en los aires á torrentes  
 vierte la música santa  
 por la céntuple garganta  
 de los tubos de metal;  
 y en sus cánticos remeda,  
 con el prolongado acento,  
 el ronco bramar del viento  
 ó el crujiir del vendaval.

Ó finge en son temeroso  
 la aguda lengüetería

la discorde gritería  
 del infierno en rebelión;  
 ó con lamento apagado  
 canta al justo moribundo,  
 saliendo alegre del mundo  
 sin ira en el corazón.

Canta el placer de la esposa  
 que inquieta al esposo aguarda;  
 canta al esposo que tarda  
 á sus puertas en llamar.  
 Ó entonando del Profeta  
 la sacrosanta salmodia,  
 sublimemente parodia  
 el fuego de su cantar.

Y llora con Jeremías,  
 y entona en arpa de flores  
 los voluptuosos amores  
 del sabio rey Salomón;  
 canta los cedros del Líbano,  
 la castidad de Susana,  
 y Jezabel la profana,  
 y el vigoroso Sansón.

Ó, en tonos más desmayados,  
 la postrera despedida  
 que dió á la penosa vida  
 el Hacedor de la luz;  
 ó más lánguido remeda  
 las lágrimas de María  
 cuando, en el terrible día,  
 lloraba al pie de la cruz.

Mas pasan las santas horas  
 y cesa la voz que canta,  
 y el pueblo que se levanta  
 murmura á su vez también:  
 se oye el rumor de sus pasos  
 que por las naves se alejan,  
 y las capillas que dejan  
 abandonadas se ven.

Apenas un sacerdote,  
 que sordas preces murmura,  
 cruza con planta insegura  
 por delante de un altar.  
 Se oyen correr los cerrojos  
 y las cortinas de seda;  
 y, hacinadas en manojos,  
 se oyen las llaves chocar.

No queda en el santo templo  
más que el ambiente de aroma,  
la luz del sol que se asoma  
por el pintado cristal;  
las tumbas de las capillas  
y los pálidos reflejos  
de lámparas que á lo lejos  
penden de un arco ojival.

Pasa el sol, viene la tarde,  
y el día desaparece,  
y la negra sombra crece,  
y su imperio vuelve á ser.  
Se estrella por fuera el viento  
en la calada ventana,  
y lo que *ayer* fué *mañana*,  
*mañana* se dice *ayer*.



# EL DIA SIN SOL

Dies iræ, dies illa  
Solvat seclum in favilla.

## INTRODUCCIÓN

Hizo al hombre de Dios la propia mano,  
que tanto para hacerle fué preciso;  
hízole de la tierra soberano,  
y le dió por palacio el paraíso.—

Agil de miembros, la cerviz erguida  
orlada de flotante cabellera,  
los claros ojos respirando vida,  
luenga la barba y con la voz severa.

Hechos para el deleite sus sentidos,  
vieron los ojos luz, gustó la boca,  
olió el olfato, oyeron los oídos;  
todo es placer cuanto pasando toca.

La hierba perfumada en la colina  
dióle un lecho do yace blandamente,  
y derramóse en torno cristalina,  
deshecha en perlas, la sonora fuente.

Y vertieron las aves en el viento  
regalada y dulcísima armonía,  
desde el follaje vasto y opulento  
que fácil teje la alameda umbría.

Y al dormido murmullo de la brisa  
que vaga suave, inquieta y juguetona,  
dobló la frente, y con igual sonrisa  
el sueño muellemente le corona.

Las fieras cuidadosas evitaron  
con su ruido turbar su manso sueño,  
y volando las aves arrullaron  
el reposar de su tranquilo dueño.

Dios, que su soledad miró enojosa,  
de tornarla en placer buscó manera,

y una mujer bellísima, amorosa,  
le ofreció liberal por compañera.

Era la hermosa de gentil talante,  
acabada de pechos y cintura,  
de enhiesto cuello y lánguido semblante,  
rebotando de amor y de ternura.

Clara la frente, ativa y despejada,  
negras las cejas, blanca la mejilla,  
rasgada de ojos, blanda la mirada,  
do turbado el sol en competencia brilla.

Tendida por los hombros la melena,  
la blanca espalda de la luz velando,  
hallóla Adán al despertar serena,  
sus varoniles formas contemplando.

Ciñóla, sorprendido, en su embeleso  
con brazo enamorado y reverente;  
mil veces la besó, y á cada beso  
trémula su cristal vibró la fuente.

El bosque susurró manso murmullo,  
los peces en las ovas asomaron,  
las tórtolas alzaron casto arrullo,  
y amorosos los céfiros soplaron.

—¡Alma mía, mi amor, paloma mía...!—  
el hombre sollozando murmuraba;  
ella muerta de amor le sonreía,  
y él muriendo de amor la enamoraba.

Posábale en su labio el labio amante,  
aspirando con ámbares y aroma  
el aire de su pecho vacilante,  
la luz de sus pupilas de paloma.

Tú, rojo sol, entonces, si los viste,  
¿por qué amantes y solos les dejaste,

y la infernal serpiente no adormiste,  
que envidiosa del bien cerca alumbraste?

¡Ay, cuánto ahorraras de miseria y  
[llanto  
del hombre flaco á los mortales ojos!  
¡Cuánto miedo á los ángeles, y cuánto  
al mismo Dios de cólera y enojos!

Era un árbol no más en los jardines  
vedado al paladar de los nacidos;  
no anidaban en él los colorines,  
ni daba flor, ni sombra, ni sonidos.

Yacía Adán en brazos de su amada,  
y Eva miraba el prohibido fruto;  
al lado de la poma codiciada,  
traidor velaba el enemigo astuto.

—«¿No comerás—le dijo la serpiente—  
»criatura de origen soberano?

»Pudieras, como Dios omnipotente,  
»otro mundo crear de polvo vano.

»No comerás, y quedarás sujeta  
»al privilegio inútil de su hechura;  
»quedará el alma entre su nada quieta,  
»y á tí te llamarán la criatura.»

Sintió el orgullo la mujer curiosa  
que brotaba en carmín á la mejilla,  
y á la fruta tendió la mano ansiosa,  
vertiendo de ella la mortal semilla.

Aplicóla á los labios, y callaron  
árboles, aves, céfiros y fuentes,  
y en su lugar fatídicos quedaron  
troncos, buitres, tormentas y torrentes.

Rugió el león, crespando la melena;  
anzó el tigre su ardiente resoplido;  
bufó en el bosque la traidora hiena;  
el toro levantó ronco mugido.

Huyeron, azotándose las alas,  
las aves por el aura agonizante;  
el fresco valle marchitó sus galas;  
tembló el mundo en los ejes de diamante.

Despertó el triste Adán abortivo y mudo  
al desusado y bronco clamoreo,  
y avergonzado se miró desnudo  
la carne henchida de brutal deseo.

Tembló al mirar las fieras espantadas  
guarecerse en tropel de los peñascos,

y buscar sus guaridas socavadas  
de las montañas en los hondos cascos.

Hirióle el sol las débiles pupilas  
al recio impulso de fogosa lumbre,  
y halló en el cielo, en aplomadas filas  
de frías nubes, torva muchedumbre.

Y sintió que perdía de improviso  
la gracia de su Dios con la inocencia,  
y trocóle en infierno el paraíso  
el nuevo torcedor de la conciencia.

Viéronse con rubor ambos nacidos,  
que con rubor entrambos no nacieron,  
y, del crimen común arrepentidos,  
uno del otro con vergüenza huyeron.

—¡Adán!—exclamó Dios llamando al  
[hombre,  
y el eco en las montañas respondía;

—¡Adán!—repitió Dios, y el mismo nom-  
el eco mismo á repetir volvía. [bre

¿Do estaba Adán? Llorando prosternado,  
por vez primera de su Dios temblaba,  
y, humillado en el polvo,—¡Yo he pe-  
[cado!—

respondía á la voz que le llamaba.

—«¡ Adán!—gritó el Señor,— cuenta  
[tus horas,

»porque vendrá una hora en que te veas  
»dando cuentas al Dios ante quien lloras;  
»y hasta entonces, Adán, ¡maldito seas!»

## I

—«Naciste, Adán, en el polvo,  
»y en el polvo morirás  
»tú, y tus hijos, y tu raza,  
»y cuantos hombres serán.  
»Sudaréis sobre la tierra  
»los hijos por sustentar,  
»mientras los hijos rebeldes  
»con sus padres lidiarán.  
»La tierra brotará espinas,  
»el tiempo ahogará la paz,  
»y sin número los hombres  
»á su Dios olvidarán.  
»Entonces hambres y pestes,  
»y de miserias un mar,

»acosará el impío mundo  
 »sin descanso ni solaz.  
 »Y habrá ejércitos y buques  
 »que agua y tierra infestarán;  
 »y habrá esclavos y habrá reyes,  
 »y pueblos y sociedad.  
 »Y habrá amor, y habrá amistades  
 »que, en vez de consuelos dar,  
 »os darán con dulces nombres  
 »amargas horas de afán.  
 »Y habrá el corazón pasiones  
 »á cuyo impulso fatal  
 »hermano robará á hermano  
 »cuanto bien pudo alcanzar.  
 »Será la mujer voluble,  
 »será el hombre desleal;  
 »y amor tornaráse en celos,  
 »y en envidia la amistad.—  
 »Y en raza de un mismo origen,  
 »todos con derecho igual,  
 »el poder será la fuerza,  
 »y el miedo la autoridad.—  
 »Nacerán conquistadores  
 »las tierras á deslindar,  
 »y donde uno puso un trono,  
 »otro un cadalso pondrá.—  
 »Pero YO, que os hice en polvo  
 »y en polvo os he de tornar,  
 »haré un día de justicias  
 »para todos por igual;  
 »haré un infierno y un cielo  
 »y una inmensa eternidad,  
 »en que grandes y pequeños  
 »confundidos entrarán.»

Dijo así Dios, reduciendo  
 los tiempos á cantidad,  
 cuando dió al primer nacido  
 el triste apodo de *Adán*.

## II

Tuba mirum spargens sonum  
 Per sepulchra regionum,  
 Cogit omnes ante thronum.

Ancho panteón de gente condenada,  
 condenado á morir como su gente,

caerá el mundo en el pozo de la nada,  
 rota en pedazos la caduca frente.  
 La impía raza en las tumbas cobijada,  
 otra vez se alzará mustia y doliente,  
 roto el dogal que al polvo la sujeta,  
 al vivo son de la final trompeta.

Ya para entonces el tremendo día  
 del daño universal será cumplido;  
 el sol que del Oriente nos venía,  
 apagada su luz, habrá caído;  
 la luna, que flotando se mecía  
 en el azul del cielo adormecido,  
 seguirá al fin sus moribundas huellas,  
 llevando en pos las lánguidas estrellas.

Y la tierra, sin sol que la fecunde,  
 seca, no brotará hierba ni flores;  
 y harán que, reventado el mar, la inunde  
 los temporales de la mar señores;  
 y á las manos del tiempo que confunde,  
 cuantos un día desplegó primores;  
 la tierra, que de césped se matiza,  
 campo será de pálida ceniza.

En sus mohosas grietas, asomados  
 estarán los desnudos esqueletos  
 al juicio de su Dios aparejados,  
 silenciosos, estúpidos y quietos;  
 y á trechos, en montones apilados,  
 el plazo aguardarán juntos y prietos,  
 con sus despojos reemplazando enjutos  
 templos, palacios, árboles y frutos.

No dará luz el cielo blanquecino,  
 ni hará murmullo el ondular del viento,  
 ni en las rocas el eco campesino  
 repetirá lejano algún acento;  
 noche y alba sin horas ni camino  
 ahogarán su crepúsculo opulento,  
 y serán presa de arrecidas nieblas  
 sin aurora ni noche las tinieblas.

No habrá en este pantano *dentro y fuera*  
 ni habrá cosa con cotos ni lugares;  
 las tierras no hallarán mar ni ribera,  
 ni hallarán playas los disueltos mares;  
 barro será la agonizante esfera,  
 sin medidas, ni bordes ni vallares,  
 cual masa por los siglos preparada  
 á tornar al origen de su nada.

Las almas volverán, mudas de asombro,  
 los cuerpos á buscar en que vivieron,  
 cuando, á través del cenagoso escombros,  
 vayan tras el lugar do los perdieron:  
 sin ayuda de mano, brazo ú hombro,  
 la carne vestirán con que nacieron,  
 por que escuche la carne la sentencia  
 que oyó el alma al pasar á otra existencia.

Y cuando nada en el silencio aliente,  
 cuando nada mortal quede con vida,  
 á la voz del airado Omnipotente,  
 de los muertos la turba estremecida  
 iremos ante Dios, baja la frente,  
 amedrantada el alma en su guarida,  
 á obedecer sus leyes inmortales,  
 y ante la santa ley, todos iguales.

### III

Judex ergo cum sedebit  
 Quidquid latet apparebit,  
 Nihil inultum remanebit.

Y no habrá para ninguno  
 privilegio ni exención;  
 sin justicia no habrá alguno,  
 porque iremos uno á uno,  
 por pena ó por remisión.

Será con todos igual,  
 justiciero para todos  
 el tremendo tribunal,  
 é irán de distintos modos  
 el justo y el criminal.

En la frente irán escritos  
 los secretos de la vida,  
 y las conciencias á gritos  
 apartarán los malditos  
 de la prole bendecida.

Que ni entonces una vez  
 la virtud se manchará  
 del vicio con la hediondez,  
 ni la ramera soez  
 junto á la virgen irá.

Allí irán los que, altaneros,  
 á los pueblos dieron leyes,

á acusar sus desafueros,  
 sin lanza los caballeros  
 y sin corona los reyes.

Allí irá la hipocresía  
 con el disfraz en la mano,  
 y sabremos aquel día  
 qué pechero hubo hidalguía  
 y qué hidalgo fué villano.

Irá el pálido mendigo  
 en pos del rico avariento  
 acusador y testigo,  
 demandando el pan y abrigo  
 de su alcázar opulento.

Irá el amigo traidor  
 tras el amigo engañado,  
 el semblante sin color,  
 como esclavo maniatado  
 que llevan á su señor.

Irá el pérfido galán  
 tras las vendidas mujeres,  
 que descontándole irán  
 por las horas de su afán  
 las horas de sus placeres.

Irá el señor sin piedad,  
 é irán los siervos tras él,  
 pidiendo á su vanidad  
 la perdida libertad  
 en iracundo tropel.

Irán los conquistadores,  
 y, asidos á sus cabellos,  
 los vencidos vencedores  
 serán allí sus señores,  
 como aquí lo fueron ellos.

Irá la falsa mujer  
 que al esposo juró amor,  
 y el juramento de ayer  
 empeñó por un placer  
 al disoluto amador.—

Irá el audaz pendenciero  
 con el muerto en desafío;  
 acuchillado el primero,  
 y el otro en el pecho impío  
 escondido el rojo acero.

¡Que el día de la verdad,  
 el fantasma del valor  
 será necia ceguera,

y no más que vanidad  
el fantasma del honor!—

Irá el corrompido juez  
tras la víctima inocente,  
y en torno suyo á la vez  
clamarán en voz doliente  
la orfandad y la viudez.

Irán los monjes carnales  
tras las forzadas doncellas,  
desgarrados los sayales,  
los cordones por dogales  
atados al cuello de ellas.—

Los labios que un tiempo dieron  
blando y sacrilego son  
con los besos que vertieron,  
que torpe hoguera encendieron  
en el brutal corazón.

Allí arderán en tal lumbre,  
en fuego tan infernal,  
cuanto á Dios fué pesadumbre  
bajar á la podredumbre  
de su pecho criminal.—

Y allí iremos los cantores,  
falsas flores del Edem,  
que en vez de santos loores  
cantamos himnos de amores  
á las puertas de un harem.

Allí del liviano mundo  
habrá fin la imbécil farsa:  
todos en montón inmundo,  
sin primero ni segundo,  
iremos en la comparsa.—

¿Qué será ver hombre tanto  
nacido para morir,  
ciegos los ojos de llanto,  
ciega el ánima de espanto,  
al valle inmenso venir?

¿Qué será ver al tirano  
balbuciente al responder  
de la sangre de su hermano  
en que irá tinta la mano,  
sin que la pueda esconder?

¿Qué será ver tantos reyes  
que por saciar su ambición  
pusieron la religión

por rúbrica de unas leyes  
de equívoca explicación?—

¡Tantas gentes y naciones,  
de tan distintas regiones,  
de distintos caracteres,  
y de distintos placeres  
y distintas religiones!

¡Los de Judá temerosos,  
los de Esparta y Macedonia,  
los de Oriente voluptuosos,  
los fecundos en colosos  
de Menfis y Babilonia!

¡Los de los anchos desiertos,  
avezados al pillaje,  
de tiempo y dioses inciertos;  
los que devoran sus muertos  
en algazara salvaje!—

¡Los de América indolentes,  
los impuros de Sodoma,  
los de Tebas penitentes,  
los de Sagunto valientes,  
y los triunfantes de Roma!—

¡Todos, muertos é inmortales,  
de hinojos ante su Juez,  
que con leyes eternas  
nos hará á todos iguales  
ante la ley una vez!—

E irán las tiernas almas  
de los alegres niños,  
en túmulos de palmas  
y lechos con armiños,  
al pie del trono espléndido  
del Santo de Israel.  
Sus ángeles hermanos  
haránles grata sombra  
con sus rosadas manos,  
y les harán alfombra  
con sus alas magníficas  
y almohadas y dosel.—

La paternal sonrisa  
del Dios omnipotente  
seráles blanda brisa  
que arrulle mansamente

el contorno suavísimo  
de su tranquila sien.  
Y dormirán de espumas  
al dulce hervir sonoro,  
y de ondulantes plumas,  
y de incensarios de oro,  
á la acordada música  
del prometido Edén.—

E irán las no tocadas  
castísimas mujeres  
que huyeron avisadas  
el mundo y los placeres,  
y dieron al Altísimo  
intacto su pudor,  
ceñida la cintura  
de blancas azucenas,  
radiantes de hermosura,  
y en dulces cantilenas  
loando en sol angélico  
al eternal amor.—

Y todas tan hermosas  
como la tibia luna,  
y todas ruborosas  
como al dejar la cuna,  
todas ofrendas cáudidas  
de paz y de placer.—  
Purísimas palomas  
que el cielo halaga y cría;  
balsámicos aromas  
que, en prendas de alegría,  
entre dolor y lágrimas  
da al cielo la mujer.

¿Y qué será en tal hora  
de duelos y de enojos  
su calma encantadora,  
y de sus bellos ojos  
contemplar el pacífico  
brillante tornasol?  
¿Y qué será en sus labios  
su sonreír de amores,  
cuando grandes y sabios,  
y reyes y señores,  
el día verán trémulos  
sin tinieblas ni sol?

## IV

¿Y qué será de nuestro dulce canto,  
qué será de nosotros los cantores,  
los que lloramos cántigas de llanto,  
los que reímos cántigas de flores?

¿Qué será de la hermosa á quien un día  
himnos de amor y de placer cantamos,  
que en nuestros labios el amor bebía,  
y en cuyos labios el amor gozamos?

¿Qué será de sus ojos, los espejos  
do nuestra imagen retratada vimos;  
do, al lánguido rielar de sus reflejos,  
su secreto de amor la sorprendimos?

¿Qué será del amigo cariñoso  
que amar nos hizo la falaz fortuna,  
del triste que veló nuestro reposo  
al resbalar de la furtiva luna?

Acaso el corazón le desgarraba  
el peligro fatal del que dormía,  
y su afán compasivo nos callaba,  
doblando su silencio su agonía.

¡Ay! ¿Qué será del padre y del her-  
[mano,

qué será del esposo y de la esposa,  
cuando aparte Jehová con justa mano  
del torpe vicio la virtud dichosa?

¿Cuando se abran las puertas eternas  
al eterno gozar del Paraíso,  
y les sea á los tristes criminales  
al duelo eterno caminar preciso!

¡Ay de mí, con cuán hondo desconsuelo  
los ojos tornarán desesperados  
la postrimera vez mirando un cielo  
á que también nacieron destinados!

¡Oh tristísima y larga despedida,  
eterna muerte, eterna bienandanza,  
donde, perdiendo de una vez la vida,  
se pierde de morir toda esperanza!

—  
¡Qué dulce será vivir,  
vivir una eternidad,

sin pensar más en morir,  
ni pensar en reducir  
á guarismo nuestra edad!

¡Qué dulce será, vagando  
por la viviente mansión,  
ir al compás escuchando  
de las arpas de Sión,  
eternamente gozando,

Aquella aura perfumada,  
y aquel manso susurrar  
de la floresta encantada,  
y aquella luz reflejada  
de soles en un millar,

Y aquel gotear de las fuentes,  
y aquel trinar de las aves,  
y aquel hervir los torrentes,  
y aquellos mares vivientes  
sin monstruos, vientos ni naves!

Y si, en la fresca ribera,  
quien amó en vida encontrara  
la amorosa compañera  
que, antes que el mundo muriera,  
muerta en el mundo quedara,  
¡Qué dulce fuera vivir,

vivir una eternidad,  
sin pensar más en morir,  
ni pensar en reducir  
á guarismo nuestra edad!

¡Oh, ven, ven, arpa sonora,  
en las penas de mi vida  
mi tierna consoladora,  
esperanza seductora  
de mi esperanza perdida!

Tú que templas en el suelo  
nuestros dolores mundanos  
con ilusiones de cielo,  
consuela mi desconsuelo  
con tus compases livianos.

Y déjale que delire  
con el cielo al corazón,  
y déjale que suspire,  
que el ámbar feliz aspire  
de su dulce religión.

Porque, en tanto que suspira  
por la postrimera paz,  
¡vive Dios que no delira  
con la nada y la mentira  
de la existencia falaz



# INCONSECUENCIA

## Á UNA TÓRTOLA

Porque al fin la vida es sueño.

CALDERÓN.

### I

Tórtola que, solitaria,  
 en vez de cantar suspiras,  
 ¿es tu canto una plegaria,  
 ó es la voz con que respiras  
 á tu voluntad contraria?

¿Ese arrullo dolorido  
 se exhala en tí á su despecho  
 sonando alegre en tu oído,  
 ó es en verdad un gemido  
 que se te arranca del pecho?

Triste pájaro, ¡lo sé...!  
 Por eso en ocultas ramas  
 tu nido ondear se ve;  
 tú te escondes porque amas,  
 mas tu voz vende á tu fe.

Naciste, ave desdichada,  
 para llorar tu ternura:  
 por eso en selva apartada  
 vas á arrullar tu amargura,  
 del campo ameno enojada.

Enojos te dan las flores,  
 enojos la luz del día;  
 enojos ¡ay! los amores  
 que en dulcísima armonía  
 murmuran los ruiseñores.

Te enoja el murmullo vano  
 de la bulliciosa fuente,  
 y el céfiro cortesano  
 que susurra mansamente  
 á los jardines cercano.

Te enojan las otras aves  
 con su inocente amistad  
 y con sus gorjeos suaves:  
 tú, que llorar sólo sabes,  
 vives en la soledad.

Menos en el monte inculto,  
 vivir te cansa ó extraña;  
 porque allí despeña oculto  
 el torrente que le baña  
 sus espumas en tumulto.

Porque allí el viento perdido,  
 que entre las malezas rueda  
 con sordo y medroso ruido,  
 en lánguido son remeda  
 tu monótono gemido.

Porque allí el césped salvaje,  
 que á pedazos ha brotado  
 por el agreste paisaje,  
 borda el terreno olvidado  
 con pliegues de toseco encaje.

Y á fe, á los ojos del triste  
 no son gala los primores  
 con que natura se viste;  
 que otro placer no resiste  
 que pensar en sus dolores.

Y los amorosos duelos  
 son males antojadizos  
 que se quejan á los cielos,  
 y no admiten más consuelos  
 que hallar en el duelo hechizos.

Porque es tan grato saber  
 que nos podemos quejar,

que cuando tan ruin placer  
pensamos que ha de faltar  
le volvemos á querer.

Por eso, tórtola bella,  
dió el cielo á tu ronco canto  
el compás de una querella;  
por que, al cantar tu quebranto,  
lloraras tu gozo en ella.

Y si es cierto que así en pos  
de tu canción va tu queja,  
¡ay, tórtola, vive Dios,  
que en el mal que nos aqueja  
nos parecemos los dos!

Pues si abriga tu garganta  
en vez de voz un lamento,  
cuando mi voz se levanta,  
en vez de darme contento,  
mis amarguras me canta.

Si nada tu voz te vale,  
porque en la selva escondida  
nadie á escuchártela sale,  
bien creo, ave dolorida,  
que tu mal al mío iguale.

Y si buscas, en tu anhelo  
de que alguno te responda,  
el miserable consuelo,  
yo pido en mi canto al cielo  
quien á mi voz no se esconda.

Pues ambos somos cantores,  
y ambos somos desdichados,  
conmigo es justo que llores,  
tú, tórtola, tus amores;  
yo, mis males olvidados.

Olvidados, ¡ay de mí!  
que, cuando el arpa tomé,  
cantando ahogarlos creí,  
y tantas glorias soñé  
cuantos desengaños ví.

Ví el mundo tan hechicero,  
que no le alcancé falaz;  
alcé mi canto primero,  
y el alma lanzó fugaz  
un suspiro lastimero.

Que es bien inútil consuelo  
nuestras desdichas cantar,  
si, por tan cercano el suelo,

nuestra voz no ha de escuchar,  
y, por tan remoto, el cielo.

## II

Díme: ¿qué nos valen,  
pájaro infeliz,  
á tí tus lamentos,  
mis cantos á mí?

Tú á selva escondida  
te vas á gemir,  
porque el canto alegre  
te es lúgubre á tí;  
porque el tuyo amarga  
el canto feliz,

y las otras aves  
no te le han de oír:  
y yo, que angustiado  
llorando nací,  
si le canto al mundo  
su gloria pueril,  
la espalda me torna;  
dice que mentí  
si vuelvo mis duelos  
de nuevo á planír;  
me dice con mofa  
que es dulce vivir.

Si el lloro y el canto  
nos desoye así,  
díme: ¿qué nos valen,  
pájaro infeliz,  
á tí tus lamentos,  
mis cantos á mí?  
El mundo ceñido  
del aire sutil,  
vestido de flores  
con rico tapiz,  
tocado con ancho  
dosel de zafir,  
prendido con nubes  
que el alto cenit  
circundan de nieblas  
de azul y carmín;  
sembrado de estrellas  
que el turbio confín  
tachonan brillantes

en montones mil  
 con pálidas perlas  
 y rojos rubís,  
 nos miente sin duda  
 vistoso jardín,  
 convida á cantarle  
 mirándole así.  
 Mas si esos hechizos  
 y gayo matiz  
 caminos son sólo  
 que llevan al fin  
 de breves placeres,  
 y el fin es morir;  
 si el que llora ó canta  
 concluyen allí;  
 si el triste se mofa  
 del rico y feliz,  
 é insulta el alegre  
 del triste el sufrir,  
 Dime: ¿qué nos valen,  
 pájaro infeliz,  
 á tí tus lamentos,  
 mis cantos á mí?

—

Que es la tierra de lágrimas camino,  
 valle de tumbas que pasando vemos:  
 féretro y cuna nos abrió el destino  
 para entrar y salir en los extremos:  
 fantástico al entrar y peregrino,  
 y asqueroso al salir le comprendemos;  
 que al vivir despertamos en la cuna,  
 y al despertar nos ríe la fortuna.

Imperfectos traemos los sentidos,  
 por que á sentir no alcancen tanto duelo;  
 sordos aún traemos los oídos  
 por que no escuchen el clamor del suelo;  
 la lengua y pensamientos obstruídos,  
 por que al ánima falte ese consuelo,  
 sólo abrimos al sol nuestra pupila  
 porque asombrada con el sol vacila.

Feliz quien despertando cuando nace,  
 en ilusiones de esperanza crece,  
 y un bello mundo de ilusiones hace  
 donde loco soñando se adormece.

Que mientras duerme y delirando yace,  
 la árida realidad se desvanece;  
 y mientras sueña su falaz ventura,  
 á su camino el término apresura.

Más vale delirar lindas quimeras  
 en ilusión de sueños seductores,  
 que roer esperanzas pasajeras  
 en este valle de ponzoña y flores,  
 donde, aguardando dichas venideras,  
 lloramos sobre el pan de los dolores;  
 donde, al buscar el necesario aliento,  
 mortal cicuta nos regala el viento.

Porque, en sueños, los bienes y los males,  
 dorados en la loca fantasía,  
 al ánima dormida son iguales:  
 el desdichado canta su agonía,  
 y lamenta el feliz bienes mortales,  
 mas ninguno en perderlos se holgaría;  
 que son dulces los bienes lamentados,  
 y los males lo son desesperados.

—

Si tan bellos son los bienes  
 soñados como los males,  
 ya, tórtola, no me afligen  
 tus melancólicos ayes.  
 Que á tí te dieron lamentos  
 en vez de alegres cantares,  
 y tú cantando le cuentas  
 tus amarguras al aire.  
 Las endechas y los himnos  
 los mismos consuelos traen;  
 que á la par nos adormecen  
 las dichas y los pesares.  
 Tú te arrullas tristemente  
 con tus lúgubres compases,  
 porque tus duelos son gozos  
 con el placer de contarles;  
 yo al mundo canto mis cuitas,  
 porque, cuando otros las saben,  
 el placer de que las sepan,  
 dichas de mis penas hacen.  
 Y así, cuando entrambos, tórtola,  
 con lamentaciones graves,

en guisa de querellarnos,  
atormentamos los aires,  
pues nuestra queja es contento  
por el placer de quejarse,  
con extravíos tamaños,

con inconsecuencias tales,  
no hacemos más que soñar  
y mentir calamidades,  
tú llorando bien de amores,  
y yo delirando males.



## SONETO

---

Con el hirviente resoplido moja  
el ronco toro la tostada arena,  
la vista en el jinete alta y serena  
ancho espacio buscando al asta roja.

Su arranque audaz á recibir se arroja  
pálida de valor la faz morena,  
é hincha en la frente la robusta vena  
el picador, á quien el tiempo enoja.

Duda la fiera; el español la llama;  
sacude el toro la enastada frente,  
la tierra escarba, sopla y desparrama;

Le obliga el hombre, parte de repente,  
y herido en la cerviz, húyele y brama,  
y en grito universal rompe la gente.



# LA TORRE DE FUENSALDAÑA

## I

Yo he sentido bramar al ronco viento del helado Diciembre en noche oscura, remedando de un hombre el triste acento de roto murallón en la hendidura.

Ardía en el salón envejecido purpúrea llama de sonante leña, y el ámbito vibraba estremecido al reflejar en la empolvada peña.

De la pompa feudal, resto desnudo, sin tapices, sin armas, sin alfombra, hoy no cobija su recinto mudo más que silencio, soledad y sombra.

Tal vez groseros cuentos populares bajo el nombre sin crónica conserva, y en las bóvedas, torres y pilares brota á pedazos la pajiza hierba.

Los pájaros habitan la techumbre, y la tapiza la afanosa araña, y eso guarda la tosca pesadumbre del viejo torreón de Fuensaldaña.

Yo, que era entonces loco, triste y niño, pasaba alguna vez bajo sus muros, por contemplar el desgarrado aliño de sus huecos recónditos y oscuros.

Allí, en delirios de amistad perdida y en infantiles pláticas sabrosas, adormecí las cuitas de mi vida y las horas de noches pavorosas.

Allí, al calor de la humeante hoguera, de las cóncavas piedras al abrigo, oía el viento rebramando fuera, y á mi lado la voz de algún amigo.

Allí sobre nosotros se elevaban robustas torres, góticas almenas,

que la furia del viento rechazaban sobre el cimientto colosal serenas.

A veces nuestra alegre carcajada, repetida en los aires por el eco, moría, en sus bramidos sofocada, de la alta torre en el tendido hueco.

A veces nuestras báquicas canciones, como estertor de agonizante pecho, acompañaba en compasados sonos sordo zumbando en callejón estrecho.

Otras, en melancólica armonía, remedaba lamentos y suspiros, y otras, en repugnante gritería, el vuelo y voz de brujas y vampiros.

De las rotas almenas erizadas, al sacudir la destocada frente, remedaba el hervir de las cascadas, y el áspero silbar de la serpiente.

O en revuelto y confuso torbellino, la ruinoso terraza estremeciendo, de la tendida lona en son marino semejava tal vez el largo estruendo.

Le oíamos á veces á lo lejos cruzando el valle con airado paso, y crujián los árboles añejos como chascara entre la llama un vaso.

Y en continuo rumor sonando á veces le oíamos rozar el firme muro, como en hondo tonel hierven las heces que una bruja animó con un conjuro.

Le oíamos rodar embravecido, las desiguales piedras azotando, y en los huecos colgar ronco mugido, y el seco musgo arrebatat pasando.

Le oíamos entrar y revolverse con espantable son en las troneras,

y estrellarse, y crecer hasta perderse,  
barriendo las tortuosas escaleras.

Las ramas de los árboles vecinos,  
en las rejas meciéndose colgadas,  
dibujaban contornos repentinos  
de espantosas visiones descarnadas.

Y al brusco y desigual sacudimiento,  
desplomados los vidrios de colores  
en el mal alumbrado pavimento,  
reverberaban falsos resplandores.

Y asaltando la boca que topaba  
rodando en torno de la mustia hoguera,  
entre la llama pálida soplabá  
blanca ceniza hasta elevar ligera.

Silbando entonces lánguido y sonoro,  
al cruzar murmurando en las ventanas,  
nos revelaba en armonioso coro  
música de veletas y campanas.

Y mezclaba el susurro de las hojas  
que coronaban los silvestres pinos  
con el gotear entre las juncias flojas  
de los turbios arroyos campesinos.

De los atentos perros el ladrido,  
y el canto agudo del despierto gallo,  
con el inquieto y bélico alarido  
del trémulo relincho del caballo.

Bullían en el ánima exaltada  
locos fantasmas de soñados cuentos,  
y sostenía, apenas fatigada,  
el peso de los ojos soñolientos.

Entonces, á la sombra cobijados  
los pies á par de la espirante lumbre,  
cedían nuestros párpados cansados,  
más que á la voluntad, á la costumbre.

Y á cada chispa del tizón postrero,  
á cada empuje del turbión errante,  
á cada voz del pájaro agorero  
que velaba en el nido vacilante,

Volvíamos el gesto recelosos  
en derredor del descompuesto fuego,  
levantando los ojos perezosos,  
que al roto sueño se tornaban luego.

Y en aquella mirada adormecida  
se pintaba la sombra misteriosa  
de volubles contornos revestida,  
de cuerpo inmenso, de color medrosa.

Gozábamos al fin insomnio inquieto,  
delirando festines y batallas,  
con tumultos sin época ni objeto,  
con broqueles, con yelmos y con mallas.

Y soñábamos duendes y conjuros  
en una tierra mágica y lejana,  
deleitados en cóncavos oscuros  
con cantares de sílfide liviana.

Poco á poco, deshechas las visiones,  
soñábamos son sombras infinitas,  
donde se oían apagados sonos  
de invisibles orquestas exquisitas.

Y más tarde, las sombras vacilando  
entre pardo crepúsculo naciente,  
íbanse luz y sombras alejando  
de la febril y temerosa mente.

Músicas, miedos, fábulas y sombras  
sus contornos al fin desvanecían,  
y en un salón, sin lámparas ni alfombras,  
sólo estaban dos locos y dormían.

## II

Y era grato al son del viento  
abrir el párpado al día,  
y contemplar soñoliento  
su confuso resplandor  
á través de las abiertas,  
hondas y estrechas ventanas,  
y de las hendidas puertas  
de los quicios en redor.

Ver la atmósfera tocada  
con turbio cendal de niebla,  
sobre los campos posada,  
interceptando el mirar;  
y oír la ráfaga inquieta,  
que al vendaval sustituye  
en la acerada veleta,  
sordamente rechinar.

Ver las medrosas visiones  
que en la noche nos turbaron  
en bóvedas y rincones,  
de opaca lumbre al lucir,  
en escombros convertidas,

musgo y tintas con que al tiempo  
las murallas carcomidas  
plugo manchar y vestir.

Ver en las toscas paredes,  
en vez de ricos tapices,  
tender su baba y sus redes  
al insecto descortés,  
que entre los nombres tranquilos  
las labra de los viajeros,  
cubriéndolos hilo á hilo  
sin envidia ni interés.

Ver á la afanosa araña  
en los blasones del muro  
hilar con paciente maña  
sus hebras para cazar;  
y en la recóndita grieta,  
la presa que vuela en torno,  
vigilante, astuta y quieta,  
á que se enrede esperar.

Y en el oculto madero  
hallar de rincón ruinoso  
el rastro de un hormiguero  
que en el verano pasó;  
que en el foso nació acaso,  
mas no contento en el suelo,  
con irreverente paso  
hasta la almena trepó.

¿Quién dijera á los barones  
de la torre de Saldaña,  
de sus techos y salones  
la mengua y la soledad?  
¡Tiempo! ¡Tiempo! ¡Cuánto puedes,  
tú que indiferente escribes  
sobre cráneos y paredes  
la cifra de la verdad!

Yo he visitado esos muros,  
hoy trojes de rico hidalgo,  
y en sus salones oscuros  
ancha hoguera levanté;  
corrí llaves y cerrojos

cual si de ellos dueño fuera,  
y sus tablas y despojos,  
para alumbrarme quemé.

No respeté ni sus años,  
ni su nombre y dueño antiguos...  
y para insultos tamaños  
¿quién era en Saldaña yo?  
Un niño, un triste ó un loco  
que, divertido en sus penas,  
curaba entonces muy poco  
de cuanto grande vivió.

Y á fe que, libre y contento,  
á la lumbre de mi hoguera,  
en tanto bramaba el viento,  
tranquilamente dormí;  
y al despertar con el día,  
contemplé absorto y ufano  
la gruesa mampostería  
que por alcoba elegí.

Luchaba el sol afanado  
con la turbia húmeda niebla,  
y el fulgor tornasolado  
cruzaba por el salón.  
El aire, en fuerzas cediendo,  
brotó en ráfagas errantes,  
y aun se le oía gimiendo  
con menos airado son.

Miré desde las ventanas  
al árido campo seco;  
algunas hierbas livianas  
encontré no más en él.  
El aire las sacudía  
y la niebla las mojaba;  
escaso arbusto crecía  
del campo mudo al lindel.

Algunas nocturnas aves  
guarecidas asomaron  
en los rotos arquitrabes  
su misterioso mohín;  
mirélas indiferente,

y al rumor de mis pisadas  
hundieron la negra frente  
del nido cóncavo al fin.

Entonces, de la alta cumbre  
el sol rasgando la niebla,  
derramóse en viva lumbre  
de trémulo resplandor;  
y en los pardos murallones,  
trazó cuadros luminosos,  
alumbrando los salones  
de cenagoso color.

Y entonces, á los reflejos  
de la llama repentina,  
de aquellos rincones viejos  
en la antigua soledad,  
bulleron miles de insectos  
asomando por las grietas,  
monstruosos por lo imperfectos,  
raros por la variedad.

Y oíanse los cantares  
del toscó templo vecino,

en compases regulares,  
desvanecerse y crecer;  
y el órgano y las campanas,  
al roto soplo del viento,  
ya perdidas, ya cercanas,  
en él sus ecos mecer.

Pasó la noche sonora,  
pasó la mañana inquieta;  
mis años hora por hora  
á contar triste volví.  
Si hallé la vida cansada  
y lamenté su amargura,  
yo vivo con mi tristura,  
mas la torre quedó allí.

Muchos curiosos acaso,  
por llegar á Fuensaldaña,  
aceleraron el paso  
de aquella noche después;  
mas ¡ay de hombre mezquino!  
¿Quién encontrará mañana,  
entre el polvo del camino,  
la huella de nuestros pies?



## LA DUDA

---

Cuando, al escribir en ellas,  
contemplo tan lindas hojas,  
entre si llore ó si cante  
estoy dudando, señora.  
Recuerdos tenéis en ellas  
que desgarran la memoria,  
por más que entre tantas flores  
estas espinas se escondan;  
que cuando un enamorado  
en himno de amores llora,  
más que á cantar sus cantares,  
su llanto á llorar provoca.  
Y los versos de ese muerto  
tanto en lágrimas rebosan,  
que, removidas las mías,  
á mis pupilas asoman.  
Y pues donde tantos cantan  
hay uno que llorar osa,

*entre si llore ó si cante  
estoy dudando, señora.*

Si intento escribiros versos,  
dentro la mente se agolpan  
cuantos primores y hechizos  
la naturaleza aborta.  
Que en este jardín de España  
las inspiraciones sobran,  
pues basta mirar la lumbre  
con que el sol le tornasola;  
los arroyos que le cruzan,  
los jazmines que le bordan,  
y las bellas que le pisan;  
cuantas maravillas brota,  
para entonar tantos himnos,  
tantas letras amorosas,  
que, antes que el canto se agote,  
gastada el arpa se rompa.  
Pero al ver lo que ese triste  
grabó ó lloró en estas hojas,

*entre si llore ó si cante  
estoy dudando, señora.*

Pluguiera que, en vez de versos,  
mi pluma brotara rosas;  
porque, al menos, con las flores  
se pueden tejer coronas.  
Pero, á par de los cipreses,  
si nacen flores se agostan,  
y, donde los muertos hablan,  
callar á los vivos toca.  
Que el recuerdo del que muere,  
mucho respetar importa;  
que acaso para velarnos  
quedó en la tierra su sombra.  
Y aunque indecisa mi pluma,  
tal vez dudando os enoja,  
y han de hacer mis desvarios  
que de vergüenza me corra,  
perdonadme si os confieso  
que, al contemplar estas hojas,

*entre si llore ó si cante  
estoy dudando, señora.*

Que *vos* merecéis los versos,  
nadie en la villa lo ignora,  
y es tan claro por sabido,  
que hasta dudarlo es lisonja.  
Que *él* la memoria merece,  
tampoco hay á quién se esconda,  
pues por triste y por amante  
le recordamos ahora.  
Y así entre ambos dividida  
la imaginación dudosa,  
los versos son para *vos*  
si le prestáis la memoria:  
lo que en *vos* merece el sexo,  
en *él* merece la sombra,  
y lo que en *vos* la hermosura,  
en *él* la tumba lo abona.  
Justo es, con los dos hablando,  
duden el muerto y la hermosa  
si es cantar ó si es lamento  
lo que les cantan ó lloran.

## PARA VERDADES EL TIEMPO Y PARA JUSTICIAS DIOS

## TRADICIÓN

## I

Juan Ruiz y Pedro Medina,  
dos hidalgos sin blasón,  
tan uno del otro son  
cual de una zarza una espina.

Diz que Pedro salvó á Juan  
la vida en lance sangriento;  
prendas de tanto momento  
amigos, por cierto, dan.

Pasan ambos por valientes  
y maneros en la lid,  
y lo han probado en Madrid  
en apuros diferentes.

Ambos pasan por iguales  
en valor y en osadía,  
pero en fama de hidalguía  
no son lo mismo cabales.

Que es Juan Ruiz hombre iracundo,  
silencioso por demás,  
que no alzó noble jamás  
el gesto meditabundo.

Ancha espalda, corto cuello,  
ojo inquieto, torvas cejas,  
ambas mejillas bermejas,  
y claro y rubio el cabello.

Y aunque lleva en la cintura  
largo hierro toledano,  
dale, brillando en su mano,  
más villana catadura.

Y aunque arrojado y audaz  
en la ocasión, rara vez  
carece su intrepidez  
de son de temeridad.

Agil, astuto ó traidor,  
hijo de ignorada cuna,

debe acaso á su fortuna  
mucho más que á su valor.

Presentóse ha pocos años,  
de Indias advenedizo,  
diz que con nombre postizo  
cubriendo propios amaños.

Mas vertió lujo y dinero  
en festines y placeres,  
aunque fué con las mujeres  
más falso que caballero.

Hoy pasa, pobre y oscuro,  
una existencia común,  
y medra ó mengua según  
los dados le dan seguro.

Hombre de quien saben todos  
que vive de mal vivir;  
mas nadie sabrá decir  
por cuáles ó de qué modos.

Modelos en amistad  
ambos para el vulgo son;  
mas con Pedro es la opinión  
menos rígida en verdad.

Porque es Pedro, aunque arrogante  
y orgulloso en demasía,  
mozo de más cortesía  
y más bizarro talante.

De ojos negros y rasgados,  
con que á quien mira desdena;  
nariz corta y aguileña,  
con bigotes empinados.

Entre sombrero y valona  
colgando la cabellera,  
y alto en gesto en tal manera,  
que cuando cede perdona.

Mas si sombras de matón  
tales maneras le dan,

tiénela más de galán  
por su noble condición.

Que no hay en Madrid mujer  
que un agravio recibiera,  
que á su espada no tuviera  
satisfacción que deber.

Ni hay ronda ni magistrado  
que en revuelta popular  
no le haya visto tomar  
ayuda y parte á su lado.

Tales son Ruiz y Medina;  
de quienes, por concluir,  
fáltame sólo decir  
que amaban á Catalina.

Es ella una moza oscura,  
de talle y de rostro apuesta;  
mas tan gentil como honesta,  
y como agraciada pura.

Ámala Ruiz, pero calla,  
acaso porque su amor,  
para mujer de su honor,  
palabras de amor no halla.

Él con ansia la contempla  
al abrigo del embozo;  
pero el ímpetu de mozo  
ante su virtud se templá.

Que es tan dulce su mirar,  
que su luz por no perder,  
cuando se quiso atrever,  
sólo se atrevió á callar.

Y es tan flexible su acento,  
que, para no interrumpirle,  
tener es fuerza, al oírle,  
con los labios el aliento.

Medina, que fué soldado  
sobre Flandes por Castilla,  
y á los usos de la villa  
de más tiempo acostumbrado,

Suplicóla tan rendido,  
tan cortés la enamoró,  
que ella amor le prometió,  
como él fuere su marido.

—Eso sí, ¡por San Millán!—  
dijo Pedro con denuedo.

Y la calle de Toledo  
tomó en resuelto ademán.

## II

Contento Pedro Medina  
con su amorosa ventaja,  
más á carreras que á pasos  
iba cruzando la plaza.

Saltábale el corazón  
á cada paso que daba,  
y frotábase ambas manos  
bajo la anchurosa capa.

Los labios le sonreían,  
y los ojos le brillaban  
al reflejo que en el pecho  
despide la amante llama.

Las gentes le hacían sitio  
por que cerca no pasara;  
que según iba resuelto  
que fuese audaz recelaban.

Mas él va tan divertida  
en sus amores el alma,  
que ni ve dónde tropieza,  
ni cura de los que pasan.

Topó, al volver una esquina,  
una vieja, y, al dejarla  
derribada en tierra, dijo:

«Nos casaremos mañana.»  
Enredósele el estoque  
en el manto de una dama,  
y rasgándole una terciá,  
echóla un voto de á vara.

Así dando y recibiendo  
encontrones y pisadas,  
dió por fin con la hostería  
donde su amigo jugaba.

Fué á la mesa, y preguntando  
á Juan si pierde ó si gana,  
pidió vino y añadióle:

«Cuando acabes, dos palabras.»

Recogió Juan sus monedas,  
y, terciándose la capa,  
sentóse al lado de Pedro,  
diciendo bajo:—¿Qué pasa?

—Me caso—dijo Medina.—

Miróle Juan á la cara,  
y, frunciendo entrambas cejas,

tosió, sin responder nada.  
 —¿Qué piensas?—preguntó Pedro.  
 —En tí y en tu mujer pensaba—  
 contestó Juan suspirando,  
 con voz ronca y apagada.  
 —¿Supondrás que es Catalina?  
 Y lo siento con el alma.  
 —¡Cómo!—Porque tengo celos.  
 —¡Por San Millán!—Yo la amaba.  
 —¿Y ella?—Nunca se lo dije,  
 pero ocurrióseme...—¡Acaba!  
 —Para decirle mi amor  
 escribirla hoy una carta.—  
 Callaron ambos: Medina  
 remedio al caso buscaba,  
 el codo sobre la mesa,  
 sobre la mano la barba.  
 Al fin, como quien resuelve  
 negocio que aflige y cansa,  
 pidió papel y tintero,  
 diciendo á Juan: «¡Por mi alma,  
 que en mi vida en tal apuro  
 vacilar tanto pensaba;  
 y á no serte tú quien eres,  
 metiéralo á cuchilladas;  
 pero escribe, y que responda  
 á cuál de nosotros mata.»  
 Escribió Juan; mas, rasgando  
 al mejor tiempo la carta,  
 «Echemos—dijo—los dados,  
 y al que la mayor le caiga:  
 si es á mí, la escribo al punto;  
 si es á tí, Pedro, te casas.»  
 Tiró Juan y sacó nueve;  
 y, asiendo el vaso con rabia,  
 tiró Pedro y sacó doce,  
 con que los dos se levantan.  
 Y atravesando la turba  
 que curiosa los cercaba,  
 parten la calle en silencio,  
 dándose entrambos la espalda.

## III

Son, á mi pensar, los celos  
 delirio, pasión ó mal,

á cuyo influjo fatal  
 lloraran los mismos cielos.

A manos de tal pasión  
 el más cuerdo desespera,  
 pues quien con celos espera  
 atropella su razón.

Si con celos esperar  
 es importuna porfía,  
 ceder celoso en un día  
 cuanto se amó, no es amar.

De celos verse morir  
 y en silencio padecer,  
 son celos tan de temer  
 cuanto duros de sufrir.

Y así con celos amar,  
 vale casi aborrecer;  
 pero con celos ceder,  
 es igual que delirar.

Y si otro favorecido,  
 goza el bien que se perdió,  
 se habrá el disfavor sentido,  
 mas perdido el amor, no.

Porque en quien goza favor  
 sobra tal vez confianza,  
 y celos sin esperanza  
 suelen guardar más amor.

Si favor nunca tuvimos,  
 aun es suerte más cruel,  
 porque vemos ahora en él  
 cuanto bien haber pudimos.

Y así pienso que son celos,  
 delirio, pasión ó mal,  
 á cuyo influjo fatal  
 lloraran los mismos cielos.

Por eso llora Juan Ruiz,  
 celoso y desesperado,  
 el bien que Pedro ha ganado,  
 más galán ó más feliz.

Por eso en la soledad  
 se mesa barba y cabellos,  
 sin mirar que no está en ellos  
 su amante fatalidad.

¡Oh! ¡Que no fueron autojos  
 sus amorosos desvelos!

Que el amor que hoy le da celos  
 entróle ayer por los ojos.

«¿Y por qué no me atreví?»,  
clama el triste en su aflicción.

«Y hoy acaso esta pasión  
pudiera arrancar de mí!

»Mas volveré, ¡vive Dios!

»¿Pero qué he de conseguir,  
»si la he dejado elegir  
»marido de entre los dos?»

Y á su despecho tornando,  
semejábase en su afán  
una fiera á quien están  
dentro la jaula acosando.

Sin darse el triste solaz,  
cruzaba el cuarto sin tino,  
pero no hallaba camino  
de dar al ánima paz.

Silbaba al dejar rabioso  
paso al comprimido aliento,  
y hollaba con pie violento  
el pavimento ruinoso.

Iba adelante y atrás,  
sin reflexión que le acuda,  
á la par pidiendo ayuda  
á Cristo y á Satanás.

Túvose un momento al fin,  
y en el temblor que le aqueja  
se ve bien que se aconseja  
con un pensamiento ruin.

Volvió á girar otra vez,  
y otra á tenerse volvió;  
en esto dobló un reló  
en una torre las diez.

Entonces, quedando fijo,  
exclamó en la oscuridad:  
«Hoy se casan, es verdad:  
»hace un mes que me lo dijo.»

Ciñó con esto el acero  
con desdén á la cintura,  
y salióse á la aventura  
la vuelta del matadero.

#### IV

Es una noche sin luna,  
y un torcido callejón  
donde hay, en un esquinazo,

agonizando un farol.

Un balcón abierto á medias,  
por los vidrios de color  
arroja al aire, en tumulto,  
de danza el confuso son.

Se oye el compás fugitivo  
que llevan con pie veloz  
los que danzan descuidados  
dentro de la habitación,  
y se ven cruzar sus sombras,  
una á una y dos á dos,  
en fantástica carrera  
y monótona ilusión.

La casa es la de Medina,  
que en ella á fiesta juntó  
sus amigos y parientes  
después de traspuesto el sol.  
Allí, con franca algazara,  
festeja á la que adoró,  
de quien aguarda esta noche  
prendas de cumplido amor.

Está la niña galana,  
cual nunca el barrio la vió,  
suelto en rizos el cabello,  
que exhala fragante olor;  
la falda de raso blanco  
y acuchillado el jubón,  
con vueltas de terciopelo  
azul de cielo el color.

Con una hebilla de plata  
ajustado el cinturón,  
de donde baja en mil pliegues  
un encaje en derredor;  
y de un lazo de corales,  
que Pedro la regaló,  
lleva en una cruz de oro  
la imagen del Redentor.  
Tanta ventura en un día  
nunca Pedro imaginó,  
y así anda desatentado,  
girando en la confusión.

A cada vuelta se mira  
en los ojos de su amor,  
y en la luz de aquellos soles  
se le quema el corazón.  
Y en fin, para concluir,

se cantó, cenó y bailó,  
 como es costumbre en las bodas,  
 desde entonces hasta hoy;  
 hasta que, cansados unos  
 del baile, otros del calor,  
 las viejas del tardo sueño,  
 los músicos de su son,  
 las muchachas de la bulla,  
 y los novios del honor  
 les hacen sus amigos,  
 en tan precisa ocasión,  
 despidiéronse uno á uno,  
 echando sobre los dos  
 más bendiciones que plagas  
 causó á Egipto Faraón.  
 Quedáronse entrambos solos,  
 la amada y el amador,  
 por vez primera en la vida,  
 á merced de su pasión.  
 Mirábala embelesado  
 el amoroso español,  
 trémulo el rostro de gozo  
 y de dicha el corazón.  
 Mirábale ella anhelante,  
 encendida de rubor,  
 húmedos los negros ojos,  
 con tiernísima afición.  
 Él diciéndola: «¡Alma mía!»,  
 diciéndole ella: «¡Mi sol!»,  
 entre el son de ardientes besos  
 de regalado sabor.  
 En esto, en la estrecha calle  
 temible ruido sonó  
 de voces y cuchilladas  
 en medrosa confusión.  
 Y al angustiado lamento  
 de uno que grita:—«¡Favor!  
 ¡Ayudadme, que me matan!»,  
 Pedro á la calle bajó,  
 con el estoque en la diestra  
 y en la siniestra el farol.  
 Asomóse Catalina  
 amedrentada al balcón,  
 llamando á Pedro afanosa,  
 de algún daño por temor.  
 Alzó Medina la cara,

y la luz con ella alzó;  
 pero apenas el reflejo  
 dió en el rostro de su amor,  
 una estocada traidora  
 por el costado le entró.  
 Lanzó un grito el desdichado,  
 que partía el corazón;  
 lanzó la hermosa un gemido  
 de intensísimo dolor,  
 y el moribundo Medina,  
 volviendo el gesto á un rincón,  
 hacia una imagen de Cristo  
 de quien devoto vivió,  
 dijo espirando:—«Soy muerto.  
 ¡Acorredme, Santo Dios!»  
 Y quedó tendido en tierra,  
 sin movimiento y sin voz.  
 Alzóse á su lado un hombre,  
 y diciendo en ronco son  
 «¡Maldita sea mi alma!»,  
 mató la luz y escapó.

## V

Tuvieron así los años,  
 uno, dos, tres, hasta siete,  
 embozada en el misterio  
 aquella impensada muerte.  
 En vano acudieron pronto  
 vecinos á socorrerle,  
 para vengarle los hombres,  
 para mentir las mujeres.  
 En vano salieron unos  
 casi desnudos á verle,  
 y otros salieron jurando,  
 armados hasta los dientes.  
 Nada sirvieron entonces  
 ni jubones ni broqueles;  
 Medina quedó sin vida,  
 y sin justicia el aleve.  
 En vano son las pesquisas  
 de los irritados jueces;  
 en vano son los testigos,  
 las citas y los papeles.  
 En vano el caso averiguan  
 una, dos, tres, quince veces;

cada vez más se confunden  
 los golillas y corchetes.  
 En vano sobre la rastra  
 anduvieron diligentes,  
 olfateando la presa,  
 los alanos de las leyes.  
 Porque todos son testigos,  
 todos declaran contextes,  
 todos son los agraviados,  
 mas ninguno delincuente.  
 Hubo alborotos por ello,  
 y pendencias más de veinte;  
 mas Pedro quedó sin vida,  
 y sin justicia el aleve.  
 Catalina le lloraba,  
 desconsolada y doliente,  
 minutos, horas y días,  
 noches, semanas y meses.  
 Un año estuvo en el lecho  
 con accesos de demente,  
 y un año á su cabecera  
 veló Juan Ruiz sin moverse.  
 Dió con la puerta en los ojos  
 á padrinos y parientes,  
 diciendo: «Mientras yo viva,  
 no faltará quien la vele»;  
 y en vano le murmuraron  
 de tal conducta las gentes;  
 Juan se mantuvo constante  
 á la cabecera siempre,  
 sin que á sondear su alma  
 alcanzara algún viviente  
 á través de la reserva  
 y el misterio que mantiene.  
 Curóse al fin Catalina;  
 y el tiempo, que tanto puede,  
 siendo remedio y sepulcro  
 de los males y los bienes,  
 volvió la luz á sus ojos,  
 y el pudor volvió á su frente,  
 y el talismán de la risa  
 á sus labios transparentes,  
 y salió ufana, diciendo,  
 á cuantos por verla vienen,  
 que la vida con que vive  
 sólo á Juan Ruiz se la debe.

Éste, á pretexto de amigo  
 del triste que en polvo duerme,  
 no se aparta de su lado  
 hasta que la noche viene.  
 Entonces, á lentos pasos,  
 la esquina inmediata tuerce,  
 y en las revueltas del barrio  
 como un fantasma se pierde.  
 Mas no faltó en él alguno  
 que á media voz se atreviese  
 á decir que, cuando pasa  
 por ante el Cristo, se tiene,  
 y el embozo hasta los ojos,  
 el sómbro hasta las sienes,  
 cruza azaroso la calle,  
 como si alguien le siguiese.  
 En estas conversaciones,  
 cada vez menos frecuentes,  
 pasaron al fin los años,  
 uno, dos, tres, hasta siete.

## VI

Pagada la Catalina  
 de amistad tan firme y tierna,  
 de tanto afán y desvelos,  
 de tan rendida fineza,  
 escuchó á Juan una tarde,  
 los ojos fijos en tierra,  
 dulces palabras de amores  
 de la balbuciente lengua.  
 Instó un día y otro día,  
 quedó siempre sin respuesta;  
 volvió á sus ruegos Juan Ruiz,  
 volvió á su silencio ella.  
 Pasóse un mes y otro mes,  
 y tornó Ruiz á su tema,  
 y tornó á callar la niña  
 entre enojada y risueña.  
 Mas tanto lidió el galán,  
 tanto resistió la bella,  
 que al cabo la linda viuda  
 dijo á Juan de esta manera:  
 «Puesto que es muerto Medina  
 »(¡Dios en su gloria le tenga!),  
 »y por siete años cumplidos

»mi fe le he guardado entera,  
 »y él ha visto nuestro amor  
 »allá de la vida eterna,  
 »os daré, Juan Ruiz, mi mano  
 »y mi corazón con ella.  
 »Amigo de Pedro fuisteis,  
 »y yo os debo la existencia;  
 »conque es justo, á mi entender,  
 »os cobréis entrambas deudas.»  
 Púsose Juan Ruiz de hinojos  
 á los pies de la doncella,  
 y, asiéndola las dos manos,  
 humildemente las besa.  
 Acordáronse las bodas;  
 mas Catalina aconseja  
 que sean cuando él quisiese;  
 pero que sin ruido sean.

Las malas mañas ó antojos,  
 ó tarde ó nunca se dejan,  
 y Juan en su mocedad  
 gustó de bulla y de fiesta.  
 Así, aunque pocos convida  
 para que á las bodas vengan,  
 buscó unos cuantos amigos  
 que le alegraran la mesa.  
 Trajo vinos los mejores,  
 y viandas las más frescas,  
 y apuntó por hora fija  
 de noche las diez y media.  
 Gustaba Juan sobre todo  
 de cabezas de ternera,  
 y asábalas con tal maña,  
 que á cualquier gusto pluguieran.  
 Gozaba en esto gran nombre  
 entre la gente plebeya,  
 de tal modo que le daban  
 el apodo de *Cabezas*.  
 Ocurrióle á media tarde  
 darse á luz con tal destreza,  
 y embozándose en la capa,  
 salió en busca de una de ellas.  
 Mataban aquella tarde  
 en el Rastro una becerra:  
 compró el testuz, y cubrióle  
 asido por una oreja.  
 Volvió á doblar el embozo,

y, contento con la presa,  
 de la calle en que vivía  
 tomó rápido la vuelta.  
 Iba Juan Ruiz con la sangre  
 dejando en pos roja huella,  
 que marcaba su camino  
 sobre las redondas piedras.  
 En esto, entrando en su barrio,  
 al doblar una calleja,  
 dos ministros de justicia  
 le pasaron muy de cerca.  
 El siguió y pasaron ellos,  
 advirtiendo con sorpresa  
 la sangre con que aquel hombre  
 el sitio que anda gotea.  
 El siguió y tornaron ellos  
 por sobre el rastro que deja,  
 hasta entrar en otra calle  
 oscura, sucia y estrecha.  
 En un rincón embutida,  
 á la luz de una linterna,  
 de Cristo crucificado  
 se ve la imagen severa.  
 Paróse Juan: los corchetes,  
 que en el mismo punto llegan,  
 viendo que duda y vacila,  
 en faz de preso le cercan.  
 «¡Fuera el embozo!—gritaron:—  
 muestre á la luz lo que lleva.»  
 Volvió los ojos al Cristo  
 Juan, y helósele en las venas,  
 á una memoria terrible,  
 cuanta sangre hervía en ellas.  
 «¡Fuera el embozo!», repiten,  
 y él acongojado tiembla,  
 sintiendo un cambio espantoso  
 que pasa en su mano mesma.  
 Quiso hablar, y atropellado  
 un «¡dejadme!» balbucea.  
 Deshicieronle el embozo,  
 y mostrando Ruiz la diestra,  
 sacó, asida del cabello,  
 de Medina la cabeza.  
 «¡Acorredme, Santo Dios!»,  
 grita aterrado, y la suelta;  
 mas la cabeza, oscilando,

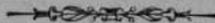
entre los dedos le queda.  
 «¡Yo le maté!—clamó entonces—  
 hoy ha siete años, por ella.»  
 Y sin voz ni movimiento  
 cayó desplomado en tierra.

#### CONCLUSIÓN

Y así fué que aquella noche  
 de sangrienta confusión,  
 en que, al ruido de una riña,  
 Pedro á la calle bajó  
 con el estoque en la diestra  
 y en la siniestra el farol,  
 no era en ella otro que Ruiz  
 quien llevaba lo mejor.  
 Como un imán á una aguja  
 arrastra constante en pos;  
 como una serpiente á un pájaro,  
 á una paloma un halcón,  
 entorpecen y fascinan,  
 sin que ala ni pie veloz  
 para huirles les acudan,  
 á impulsos de su pasión  
 anduvo así Juan vagando  
 de la fiesta en derredor,  
 y oía por las ventanas  
 de danza el confuso son,  
 y vía cruzar las sombras  
 una á una, y dos á dos,  
 en fantástica carrera  
 y monótona ilusión.

Así lloraba acosado  
 de sus celos y su amor,  
 cuando oyó de una pendencia  
 vivo y cercano rumor.  
 Cerróse en ella á estocadas,  
 tan sin acuerdo y razón,  
 que, á cuantos hubo á las manos,  
 adelante se llevó.

En esto acudió Medina,  
 y Catalina al balcón,  
 de la suerte recelando,  
 acelerada salió.  
 Mas, al ver cuál afanosa  
 curaba ella de otro amor,  
 cegaron á Ruiz los celos,  
 el despecho le embriagó,  
 y al tiempo que alzaba Pedro  
 el brazo con el farol,  
 matóle á la faz de Cristo,  
 como villano, á traición.  
 De entonces, en los siete años  
 después del hecho traidor,  
 ni una sola vez, de miedo,  
 por ante el Cristo pasó.  
 Llegó la primera al cabo,  
 y en ella al cielo ocasión  
 de mostrar que hay infalibles  
 tribunales sólo dos  
 de irrevocable sentencia,  
 sin coto ni apelación.  
*Para verdades el TIEMPO,*  
*y para justicias DIOS.*



## LA VIRGEN AL PIE DE LA CRUZ

Stabat Mater dolorosa  
juxta crucem lachrymosa  
dum pendeat Filius.

Velaba entonces el cielo  
su lumbre en opacas nieblas,  
y, crespón de tanto duelo,  
tendió la sombra en el suelo  
anchos pliegues de tinieblas.

Ni un pájaro por el viento,  
ni una fiera por la roca,  
ni entre el musgo amarillento  
asoma reptil hambriento  
la desenterrada boca.

Ni el ronco mar á lo lejos  
en sordo tumulto brama,  
vibrando en turbios espejos  
tornasolados reflejos,  
que por la playa derrama.

Ni una brisa ni un gemido  
el aire pesado encierra,  
que doliente y abatido  
yace sin fuerzas tendido,  
las alas contra la tierra.

Grupos de nubes impuras,  
en la alta región inmobiles,  
ciñen en bandas oscuras  
la lumbre de las alturas  
con sus cortinajes dobles.

Ráfaga de luz sangrienta,  
el negro ambiente cruzando,  
amaga pronta tormenta,  
una natura alumbrando  
dormida ó calenturienta.

La rosa que el aura riza  
se dobla en el tallo seca,  
y de la hierba pajiza  
sostiene la raíz hueca  
campo estéril de ceniza.

Y del desierto á la entrada,  
en torpe paso el Jordán  
arrastra el agua pesada;  
una con otra amarrada,  
sin ruido las ondas van.

Y en los anchos arenales,  
por donde las ondas crecen,  
los penachos desiguales  
saludándolas no mecen  
palmas y cañaverales.

Todo entre sombras callaba;  
el mundo en reposo inerme  
curioso se contemplaba,  
cual de despertar acaba  
un hombre, y duda si duerme.

Víanse al lejos enhiestas  
cerrando los horizontes,  
en dobles hileras puestas,  
las enmarañadas crestas  
de los escarpados montes.

Entre los troncos desnudos,  
alzando las blancas losas  
los esqueletos agudos,  
sacaron, de asombro mudos,  
las calaveras medrosas.

Ninguno osó preguntar  
lo que era triste saber;  
ninguno acertó á dudar  
lo que salió á contemplar  
y alcanzó temblando á ver.

Allí Adán el pecador  
asomó el gesto confuso  
mirando en su derredor;  
de rodillas, de pavor,  
sobre la piedra se puso.

«¿Es ésa mi raza...?», dijo  
hiriendo la calva frente;  
y llorando se maldijo,  
á su Dios mirando fijo  
en un palo entre su gente.

Secos, vacilantes, flojos,  
malditos en él también  
los otros yertos despojos,  
volvieron hacia Salén  
los sin luz cóncavos ojos.

Allá en la vasta llanura  
está la impía ciudad,  
como meretriz impura  
que falsa ostenta hermosura,  
merced á la oscuridad.

Y el Gólgota misterioso  
levantado detrás de ella,  
entre ufano y vergonzoso  
con un suplicio horroroso,  
rota la frente descuella.

Estaba en honda agonía  
al pie de la cruz llorosa  
la Madre Virgen María,  
y de la cruz afrentosa  
el Hijo muerto pendía.

Desgarrado el santo pecho,  
herido y alanceado,  
y en el madero derecho,  
desconocido y deshecho,  
el cuerpo descoyuntado.

Tan rasgadas las heridas  
de ambos pies y de ambas manos,  
que cayeran divididas  
á no estar tan sostenidas  
en brazos tan soberanos.

Y porque culpa tan fea

ofrenda tan santa borre,  
la hirviente sangre gotea,  
y, en el peñasco en que corre,  
avaro el viento la orea.

Allí, por tierra postrada,  
moribunda y desolada  
la castísima María,  
con el suplicio abrazada,  
la ardiente sangre bebía.

Y parado el mundo entero,  
asombrado la miraba;  
que sola en dolor tan fiero,  
á su Dios muerto lloraba  
al pie del santo madero.

—¡Ella llora, y yo pequé...!  
¡Madre amorosa, perdón,  
que yo le crucifiqué;  
yo su sangre derramé  
y manché la creación!

Yo le robé de tus brazos,  
sin respeto á su deidad;  
le até con estrechos lazos  
para arrancarle, es verdad,  
las entrañas á pedazos.

Y Tú, Madre, en tu dolor,  
mesándote los cabellos,  
al verdugo matador  
tendiste los brazos bellos,  
demandándole favor.

Por templar su sed rabiosa,  
Tú, Madre de Dios bendita,  
pálida la faz de rosa,  
te prosternaste llorosa  
ante la raza maldita.

No humana, de tigres fué;  
que si te vieron acaso  
los hombres en quien pequé,  
cual brezo que estorba el paso  
te apartaron con el pie.

¡Tú hollada, Virgen, así...!  
¡Tú, que pisas de rubí  
vistosa, viviente alfombra,  
y besa el ángel tu sombra  
si pasa cerca de tí!

¡Tú, de estrellas coronada,  
del ardiente sol vestida

y de la luna calzada,  
tan triste y tan dolorida  
por raza tan condenada!

¡Tú llorando, Madre mía,  
cuando una lágrima tuya  
el mundo rescataría,  
cuando el tiempo le concluya  
en el postrimero día!

¿Tus ojos llorosos tanto,  
cuando al sol prestan su luz?  
¡Oh, Madre! ¡Por tal quebranto,  
que me salve á mí tu llanto  
al pie de la santa cruz!

Yo tengo un recuerdo  
de edad más dichosa;  
Tú, Madre amorosa,  
lo sabes tal vez.  
Entonces alegre,  
de afanes segura,  
soñaba ventura  
mi loca niñez.

Brindábame entonces  
la vida placeres;  
no ví en las mujeres  
el mal del amor.  
Reía y cantaba  
un día, otro día,  
y siempre el que huía  
tornaba mejor.

Que aun no me acosaban  
mis débiles años  
con duelos y engaños  
de vana amistad;  
aun no de mis horas  
de paz y esperanza  
rompió la balanza  
la estéril verdad.

El aire era un velo  
de ricos colores;  
brotaban las flores  
á impulso del sol;  
la noche tranquila,  
que en paz me velaba,

del cenit colgaba  
su turbio farol.

La vida era un sueño  
ligero y flotante;  
fingí, delirante,  
del mundo un jardín;  
creí que los días  
que pasan huyendo,  
felices volviendo,  
serían sin fin.

Entonces ¡oh Madre!  
recuerdo que, un día,  
tu santa agonía  
contar escuché:  
contábala un hombre  
con voz lastimera:  
tan niño como era,  
postréme y lloré.

El templo era oscuro:  
vestidos pilares  
se vían, y altares  
de negro crespón;  
y en la alta ventana  
meciéndose el viento,  
mentía un lamento  
de lúgubre son.

La voz piadosa  
tu historia contaba;  
el pueblo escuchaba  
con santo pavor.  
Oía yo atento,  
y el hombre decía:

«Y quién pesaría  
»tamaño dolor!

»El Hijo pendiente  
»de cruz afrentosa;  
»la Madre amorosa  
»llorándole al pie...»  
El llanto anudóme  
oído y garganta;  
con lástima tanta  
postréme y lloré.

La voz conmovida  
seguía clamando;  
el viento zumbando  
seguía á la par;

el pueblo lloraba  
postrado en el suelo;  
contaba tu duelo  
la voz sin cesar.

Mi madre, á sus pechos  
mi pecho oprimiendo,  
posaba gimiendo  
sus labios en mí;  
yyo, Santa Virgen,  
en son de querella,  
no sé si por ella  
lloraba ó por tí.

Tu imagen estaba  
doliente á mis ojos;  
mi madre de hinojos  
oraba á tus pies:  
por quién lloró entonces  
mi pecho afligido,  
ya nunca he podido  
saberlo después.

¡Mi madre tan joven,  
tan bella y penada;  
mi madre adorada  
llorando también!  
Perdón ¡oh María!  
Soy hijo y la adoro;  
su aliento y su lloro  
quemaban mi sien.

Convulso, agitado,  
en ámbito estrecho  
latir en su pecho  
sentí el corazón;  
el niño creía  
y oró al Crucifijo...  
El niño era hijo  
y ahogó su oración.

Ha poco, en mis horas  
de cuita y de duelo,  
amparo en el cielo  
con ansia busqué;  
tu nombre me trajo  
mi fe solitaria,  
y en honda plegaria  
tu nombre invoqué.

Que yo también lloro  
mundanos pesares;

también tengo altares,  
y fe y religión:  
que el gozo y la risa  
que ostento en la frente,  
del alma doliente  
la máscara son.

¡Ay, triste! Olvidado,  
no hallé en mi abandono  
más luz que tu trono,  
más paz que tu amor;  
y ciego y perdido,  
sin lumbre y sin guía,  
á tí te pedía  
llorando favor.

A tí, que llorabas  
el día tremendo  
que viste muriendo  
al Dios de la luz.  
¡Oh, Madre, que el día  
de cuentas y espanto  
me salve tu llanto  
al pie de la cruz!

—  
¡Madre mía! Si en tu cielo  
se oye el murmullo mundano,  
y mi cántico liviano  
en su cóncavo sonó;  
si la estéril armonía  
llegó á tí del arpa loca,  
y los himnos que mi boca  
sacrílega murmuró:

Tiende los divinos ojos,  
¡oh, Madre! desde la altura,  
que es polvo la criatura,  
cieno, y nada encontrarás;  
que en la senda de la vida,  
cada paso que adelanta,  
más débil la torpe planta  
se acerca á su nada más.

Acuérdate, Madre Virgen,  
que allá, en la niñez tranquila,  
por tí la clara pupila  
con mis lágrimas nublé;  
que hubo un día en que, escuchando  
la historia de tus pesares

delante de tus altares,  
acongojado lloré.

Olvídate que, insensato,  
sin curar de tus dolores,  
canté profanos amores,  
del arpa lúbrica al son;  
acuérdate que, nacido  
de flaca y terrena gente,  
tengo de tierra la mente,  
y de tierra el corazón.

Acuérdate, Madre mía,  
que nací niño y desnudo,  
y que hoy á tus pies acudo,

mi nada al reconocer.

Que mi lengua irreverente  
cambia en himnos inmortales  
los cánticos criminales  
que alzó delirando ayer.

Pues mi postrera esperanza  
en tu noble amparo fijo,  
ruega ¡oh Madre! por un hijo  
al Dios que engendró la luz.  
Y en aquel tremendo día  
de justicias y de espanto,  
que me salve á mí tu llanto  
al pie de la santa cruz.



# NAPOLEÓN

«No hay más que yo: dobléguense las leyes  
ante la ronca voz de mis legiones:  
romperé el áureo cetro de los reyes  
en su espantada frente á las naciones.»

JUAN DONOSO CORTÉS.

## I

Dos gigantes los siglos nos trajeron,  
los dos en el desierto se encontraron:  
cuando grandes los dos se concibieron,  
de hito en hito los dos se contemplaron.

Sentóse el hombre al pie del monumento,  
y el monumento dijo: *Este es el hombre;*  
y el hombre, al ver desde tan alto asiento,  
*Estu es, dijo, la cifra de mi nombre.*

De sus cañones el discorde arrullo,  
su altivo ser le trajo á la memoria.  
«Aquí debí nacer», dijo su orgullo.  
«Aquí debo morir», dijo su gloria.

Con sus ojos midió la vasta mole,  
y murmuró pasándolos al cielo:

«Quien allí su bandera no enarbole,  
»Una oruga no más será en el suelo.

»¡No valen cien coronas una estrella,  
»ni valemos un sol todos los reyes!  
»Que el tiempo airado la cerviz nos huella,  
»el sol alumbrá y quema nuestras leyes.»

Unos grandes allí su tumba abrieron,  
é intentar lo era grande solamente;  
mas pensar en su orgullo no pudieron  
que era sólo á sus pies tender la frente.

Allí depositaron sus despojos,  
por guardarlos así de ojos humanos;  
porque, al mirar su tumba humanos ojos,  
se creyeran imbéciles ó enanos.

*¡Aquí está Napoleón!*, dijo pasando  
de la inmensa pirámide las puertas;  
y las momias de Egipto, despertando,  
miraron por las urnas entreabiertas.

Las huecas calaveras, asombradas,  
el gesto inmóvil, á Napoleón tornaron:  
*¡Aquí está Napoleón!*; y atrailladas  
en derredor del vivo se juntaron.

Inclinaron las pardas osamentas,  
la seca frente y los desiertos ojos  
para oírle, y cayeron macilentas,  
á su tremenda voz, todas de hinojos.

Contó los esqueletos transparentes  
el vivo, con los suyos triunfadores,  
y unió á los nombres de las calvas frentes  
sus vasallos, monarcas ó señores.

Y no encontrando á su grandeza leyes,  
gritó, hiriendo los huesos con la planta:  
*Yo soy emperador: ¡fuera los reyes!*;  
y su vibrante voz la turba espanta.

Revolvió entonces la imperial mirada...  
Nada en el ancho cóncavo vivía.  
Sólo su desdeñosa carcajada  
entre las tumbas resbalar se oía.

Grabó su nombre colosal en ellas  
sello gigante de gigante gloria,  
por que, agobiado con sus hondas huellas,  
libro fuera el desierto de su historia.

Salió del corpulento cementerio  
diciendo á los cadáveres hollados:

*Napoleón vino á visitar su imperio.*  
Y en el desierto entró con sus soldados.

Las sombrías pirámides le vieron  
cruzar el arenal con pie tranquilo,  
y allá á lo lejos saludarle oyeron  
con asombrado adiós al ronco Nilo.

## II

El hombre no existe ahora;  
que el tiempo, al plegar las alas,  
la lámpara de la vida  
el aire azotando apaga.  
Las moles allí quedaron,  
y las osamentas calvas  
en las urnas todavía  
la voz del ángel aguardan.  
Ellas descansan tranquilas  
en su portentosa estancia,  
que las cobija orgullosa  
como ataúd y montaña;  
y él duerme al pie de una roca  
entre las ondas amargas,  
donde su nombre salpican  
las espumas y las algas:  
porque la isla compasiva  
le recogió en sus entrañas,  
donde con su peso abruma  
la lápida hospitalaria  
al que quiso alzar el cielo  
sustentándole en la espalda.  
¿Quién es el gigante ahora?  
¿quién de los dos es la página:  
las moles de aquel desierto,  
ó el nombre de las batallas?  
Sobre ambos los huracanes  
mugiendo y quemando pasan;  
en ambos el mismo cielo  
su noche y su luz derrama;  
ambos yacen solitarios  
sin antorchas y sin guardas,  
en palacios de reptiles  
que en torno lentos se arrastran  
sin respeto á su grandeza,  
ni noticias de su fama.

«Aquí está Napoleón!», dice su nom-  
[bre  
sobre las moles del desierto escrito;  
y, donde alguna vez firmó aquel hombre,  
todo nombre mortal quedó proscrito.

Delante de su nombre anonadados  
se olvidan hoy cuantos la tumba encierra;  
y su gloria y poder, desesperados,  
envidian los monarcas de la tierra.

Miró al nacer la miserable gente  
á que el destino su destino amarra;  
y viéndose león alzó la frente,  
mostrando al mundo la robusta garra.

El mundo se humilló desparavido,  
y al rastro de su pie le ató altanero:  
el mundo entero sorprendió atrevido,  
y un pueblo echó sobre él el mundo en-  
[tero.

Numeró sus millones de soldados  
y trepó vencedor á la montaña:  
contó allí nuestros pueblos descuidados,  
y entre los suyos dividió la España.

Bajó osado y alegre á la llanura,  
como á la fiesta va galán mancebo;  
avaro de la sombra y la frescura  
de su soñado territorio nuevo.

De este jardín que coronó de flores  
pródiga y perfumada primavera,  
do marcan el compás los ruiseñores  
del paso del arroyo en la pradera.

Donde brota entre juncos y espadañas  
para dar sed la fuente cristalina,  
y crece al pie de las pajizas cañas,  
rica de olor, la rosa purpurina.

Donde el ardiente sol que nos da el día  
tiñe la tez, los ojos y el cabello  
de la altiva morena que daría,  
antes que al yugo, á la cuchilla el cuello.

Pero en vez de las zambras bulliciosas,  
y de lindas bellezas orientales,  
entre guirnaldas encontró de rosas  
hierros de lanzas y hojas de puñales.

Pirámide más dura que el desierto  
le mostró nuestro suelo en sus jardines;  
que supimos aquí doblar á muerto  
con copas de cristal en los festines.

No tiene, no, el león de ambas Castillas  
la doble garra por adorno vano;  
pirámides de lanzas y cuchillas  
no admiten nombre, ni buril ni mano.

## III

¡¡Paz al coloso!! Formidable sombra,  
tal vez mi lengua te insultó importuna;  
no te ladra mordaz cuando te nombra;  
sólo quien te rindió fué *la fortuna*.

Tú bien sabías que la inmensa mole  
que no llenan los hombres es el cielo:  
quien allí su bandera no enarbole,  
una oruga y no más será en el suelo.

Él te enseñó que los colosos huella  
el tiempo al fin con iracundas leyes;  
que cien tronos no valen una estrella,  
y no valéis un sol todos los reyes.

Dijiste: *Soy el grande de la tierra:*  
*no tengo en ella ya digno enemigo.*  
Grande mi patria, te llamó á la guerra;  
porque eras grande tú, lidió contigo.



## LA SORPRESA DE ZAHARA

## ROMANCE DE 1481

## I

Está Zahara en una altura,  
entre montaña y colina,  
sentada en la peña dura,  
que asoma la cresta oscura  
por entre Ronda y Medina.

Cuando encienden los cristianos  
de noche hogueras en ella,  
no distinguen los paisanos  
si son sus fuegos lejanos,  
luz de atalaya ó de estrella.

Y, al bajar al Occidente,  
confunde la luz del sol  
las lágrimas de la fuente  
y el arnés resplandeciente  
del centinela español.

Y si alguna nube errante  
del valle exhalada sube,  
parece el pendón flotante,  
hijo de la blanca nube,  
que va saltando delante.

Allí los moros pusieron  
sus atalayas un día;  
un foso después abrieron,  
y la villa concluyeron  
porque el invierno venía.

Tuviéronla muchos años  
de los cristianos guardada,  
y con mil modos extraños  
causáronles muchos daños  
en guerra tan prolongada.

Que á la sombra guarecidos

de las huertas y olivares,  
bajaban como bandidos,  
y robaban atrevidos  
alquerías y lugares.

Los cristianos toleraban  
con rabia tales desmanes,  
y vengarse meditaban,  
mientras ufanos ocupaban  
la villa los musulmanes.

Estos, por cierto, valientes,  
eran pocos, confiados  
en el brío de sus gentes;  
los otros, que eran prudentes,  
los cogieron descuidados.

Con fosos y torreones  
guarda hoy la morisca villa,  
en sus pardos murallones,  
los sobrepuestos blasones  
de Aragón y de Castilla.

Que los nuestros la asaltaron,  
y guardarla no supieron  
los moros que la fundaron:  
cinco veces la ganaron  
y otras cinco la perdieron.

Por eso los vencedores  
alzaron doble muralla,  
y alzaron torres mayores,  
para quedar los mejores  
en el sol de la batalla.

Por eso una sola senda  
dejaron en todo el cerro,  
porque más fácil se atienda  
la sola puerta de hierro  
si se empeña la contienda.

Por eso están los cristianos  
malamente entretenidos,  
en casa de los villanos,  
en pensamientos livianos  
con las mozas divertidos.

Que osados y licenciosos  
son además los soldados  
cuando en puestos apartados  
les dejan vivir ociosos  
por fuertes ó por cansados.

Pero avaros de venganza,  
más advertidos los moros,  
hicieron punta á su lanza,  
mientras ellos en holganza  
jugaban zambras y toros.

«De más á esos perros ya  
»la villa estuvo sujeta—  
dijeron.—Vamos allá,  
»que por nosotros está  
»la voluntad del Profeta.»

Misteriosa expedición  
propusieron á tal fin,  
y para aquesta ocasión  
dieron gentes en unión  
la Alhambra y el Albaicín.

Salió el viejo rey Hazém  
con gente muy escogida,  
y dicen los que le ven:  
«Alá te lleve con bien  
»y vuelvas con honra y vida.»

Saludóles al pasar  
el musulmán con la mano,  
diciendo el arco al cruzar:  
«Le tengo de festonar  
con cabezas de cristiano.»

—

La tarde estaba nublada,  
el viento ronco mugía,  
y gruesa lluvia pesada,  
la noche apenas entrada,  
en anchas gotas caía.

Veló medrosa la faz  
la luna entre nubes pardas,  
y brilló en la oscuridad

el relámpago fugaz  
en broqueles y alabardas.

Caídos los martinetes  
sobre las mojadadas telas  
revueltas en los almetes,  
caminaban los jinetes,  
el lodo hasta las espuelas.

Mohíno el rey por demás,  
iba escuchando el rumor  
de los pasos á compás;  
después iba un atambor,  
y los soldados detrás.

Iban entre los peones,  
en vez de picos y palas  
y estrepitosos cañones,  
muchos moros con escalas  
para entrar los torreones.

La luz del siguiente día  
apenas cumplida fué,  
ya Zahara se descubría;  
llegó la noche sombría  
y la tocaron al pie.

Contó el rey cuidadosamente  
las hogueras y señales;  
consultando diligente  
sus espías, y su gente  
partió en dos bandas iguales.

Guardando el cerro dejó  
los jinetes y escuderos;  
y él mismo después trepó  
con algunos caballeros  
y soldados que tomó.

Seguía la tempestad;  
zumbaba agitado el viento  
rodando en la oscuridad,  
y azotando la ciudad  
con temeroso concento.

Se oía caer bramando  
la lluvia de las montañas  
de peña en peña chocando,  
á la llanura arrastrando  
espinos, olmos y cañas.

Y en el alto torreón,  
aturdido el centinela,  
murmuró humilde oración,

acurrucado al rincón  
de la covacha en que vela.

Y al calor de su gabán,  
con el monótono arrullo  
que allí las aguas le dan,  
durmió rendido su afán  
oyendo el vago murmullo.

Soltó la lanza su mano,  
fijó el rostro en la rodilla,  
y así soñó el veterano  
una aurora de verano  
en un lugar de Castilla.

## II.

Es grato en el blando lecho  
oir el viento que brama,  
y el agua que se derrama  
sobre los techos rodar;  
oir en la estrecha calle  
el rumor acelerado  
de las armas del soldado  
que acaban de relevar.

Y en confuso remolino  
oir crecer la tormenta  
que cambia, al pasar violenta,  
las veletas del metal.  
Y oír zumbar sacudida  
la mal sujeta campana,  
y oír en la ancha ventana  
temblar hendido el cristal.

El desvelado maldice;  
el tímido infante llora;  
la madre le mece y ora  
con religioso pavor.  
El enfermo se acongoja  
y el amante desespera;  
que acaso vela y le espera  
entre las rejas su amor.

Los de Zahara, silenciosos,  
ó velaban ó dormían:  
sólo en la villa se oían  
en la densa oscuridad  
el agua de las goteras,  
el vago mugir del viento

y el ronco y medroso acento  
de la negra tempestad.

Sólo en apartada torre  
del mal guardado castillo,  
con el fulgor amarillo  
de una lámpara al morir,  
velan algunos soldados  
y se siente desde fuera  
el rumor de una quimera  
y jurar y maldecir.

Se sienten sus carcajadas,  
sus apodos insolentes;  
que en todo hallan tales gentes  
contentamiento y placer.  
Se juntan en borracheras  
para acabarlas riñendo,  
y vuelven en concluyendo  
desde reñir á beber.

Y en el calor de las orgías  
y el vapor de los licores  
disertan de sus amores  
en obsceno platicar:  
que su lengua irreligiosa,  
sin respetos y sin vallas,  
sólo de sangre y batallas  
ó mujeres ha de hablar.

De éstas se miran algunas  
con los soldados más mozos,  
en impúdicos retozos  
y deshonesto ademán,  
que osadas y descompuestas,  
ó blasfemando ó riñendo,  
hasta embriagarse bebiendo  
desatinadas están.

La trémula llamarada  
de una hoguera agonizante,  
presta á su rudo semblante  
una expresión más feroz;  
y recibiendo la bóveda  
la algarazara en su ancho hueco,  
remeda con largo eco  
la desentonada voz.

Harto de vino y de amores,  
en dos bancos apoyado,  
cantaba un viejo soldado  
al son de un roto rabel;

é hiriendo á compás la mesa  
con plato, copa ó cuchillo,  
aullaban el estribillo  
ellos y ellas con él.

Brindaban, y á cada brindis,  
insensatos, blasfemaban,  
y reían y danzaban  
completando la embriaguez;  
y sus sombras en silencio,  
gigantescas, agitadas,  
cual fantasmas convidadas  
erraban por la pared.

«¡A ellos!» gritaron voces,  
y entraron al aposento,  
diez á diez y ciento á ciento,  
los moros del rey Hazém;  
y apenas á las espadas  
acudieron los cristianos,  
les cercenaron las manos,  
y las cabezas también.

Lidiaron acaso algunos;  
pero tantos les entraron,  
que al fin les acuchillaron,  
con las hembras á la par.  
A los gritos de los moros  
los cristianos despertaban;  
¡pero los tristes se hallaban  
cautivos al despertar!

La soñolienta pupila  
prestaba crédito apenas  
á las cuerdas y cadenas  
con que, atados dos á dos,  
por los árabes se vieron,  
á quienes con lengua y ojos  
pedían piedad de hinojos,  
en el nombre de su Dios.

Las lágrimas de las madres,  
de los niños los sollozos,  
los esfuerzos de los mozos,  
el dolor de la vejez,  
son inútil resistencia;  
porque á todos los infieles,  
atados como lebreles,  
los arrastran á la vez.

En vano lucha la virgen  
desesperada con ellos;

que con sus propios cabellos  
mordaza ó cordel la dan;  
en vano niños y enfermos  
yacen sin fuerzas postrados:  
en tropel, como ganados,  
todos á los hierros van.

Fueron, por Dios, tristes horas  
las de noche tan sangrienta.  
¡A quien de allá pidan cuenta,  
malas cuentas ha de haber!  
Que si hay justicia en los cielos,  
de tanta vida inocente,  
una vida solamente  
ha muy mal de responder.

### III

Medrosa de tanto duelo  
subió al Oriente la aurora,  
entre cortinas de nubes  
que la apagan ó la embozan.  
Lloraba el cielo por ellas  
hilo á hilo, y gota á gota,  
sin que el sol tornasolara  
las lágrimas con que lloran.  
Andaba el aire aturrido  
sin hallar sitio en la atmósfera,  
que asaltada por la lluvia,  
entre la lluvia se ahoga;  
y tanta gala los cielos  
ostentan cuando la acosan,  
que con mundos de cristal  
la bloquean y la toman.  
Lloraba el cielo por Zahara,  
que acaso por pecadora  
la castiga, y ver no quiere  
los males con que la azota.  
Cerróse en agua, y con ella  
cerró su misericordia;  
vendó con nieblas sus ojos,  
y su clemencia hizo sorda  
por no ver al rey Hazém  
que, en medio la gente mora,  
amarrá dos mil cristianos  
al carro de su victoria.  
Cabalgaba el agareno

sobre una yegua de Córdoba,  
 con la crin hasta el estribo,  
 y hasta la tierra la cola.  
 Y como el cielo la empapa  
 en las aguas que la mojan,  
 la cola y la crin parecen  
 de espumas, algas y esponjas.  
 La plaza cercan los moros,  
 donde, dos á dos, arrojan  
 los cristianos que cautivan,  
 los cautivos que sollozan.  
 Allí mujeres y ancianos,  
 allí vírgenes y esposas,  
 juntan á golpes y á gritos  
 entre algazara y chacota.  
 Casi desnudos los llevan  
 á todos por más deshonra  
 hasta el centro de la plaza,  
 donde á la intemperie opongan  
 la desnudez de las carnes,  
 su temblor y sus congojas,  
 y á los ojos de los moros  
 los defectos de las formas  
 ó las castas perfecciones,  
 que con torpes ojos hozan.  
 El noble rostro hacia el suelo  
 los tristes vencidos tornan,  
 por ocultar en los ojos  
 las lágrimas con que lloran:  
 que la libertad perdida  
 sin infamia nos agobia,  
 pero mata y avergüenza  
 perder libertad y honra.  
 Caíales por los hombros  
 el agua, porque, furiosas,  
 en su cabeza las nubes  
 reventadas se desploman;  
 que cuando al fin Dios castiga,  
 muestra su justicia toda,  
 pues la maldad de los hombres  
 toda su clemencia agota.

Mandó Hazém que los cristianos,  
 guardados por buena escolta,  
 vayan delante á Granada  
 por la vereda más corta;  
 mas viendo que los ancianos

y los enfermos le estorban,  
 á su guardia de gomeles  
 dijo impaciente en voz ronca:

«Llegarán los que llegaren:  
 »los mozos á las mazmorras,  
 »las muchachas al serrallo,  
 »y los viejos á la horca.»

Preparan los granadinos  
 bohordos en Vibarrambla,  
 torneos para los nobles,  
 para el pueblo luminarias.  
 Cuelgan de púrpura y blanco  
 miradores y ventanas,  
 y el populacho á las puertas  
 al rey, impaciente, aguarda.  
 En la vega están los ojos  
 y en la vía de Zahara,  
 que el rey envió corredores  
 á decir que está ganada.  
 Añafles y atabales  
 por honra y por fiesta sacan,  
 y, en corros moros y moras,  
 gritando y riendo saltan.  
 «¡Viva el rey!», dicen algunos;  
 y otros gritan: «¡Muera Zahara!»,  
 y todos á los vencidos  
 insultan, mofan é infaman;  
 que siempre quien vence grita,  
 porque los vencidos callan;  
 porque las lenguas se sueltan  
 donde las manos se atan;  
 porque la risa provoca  
 tal vez la ajena desgracia,  
 y, al que nace desdichado,  
 hasta compasión le falta;  
 que quien cae pone á los otros  
 para que pasen la espalda,  
 y maldición es que lloren  
 algunos lo que otros cantan.  
 Así ondean los pendones  
 en las torres de la Alhambra;  
 así Granada la bella  
 se viste imbécil de gala,  
 cantando hoy loca las glorias

que ha de maldecir mañana.

Venir se ven los cautivos  
entre la neblina parda,  
á pasos descompasados,  
como los cautivos andan:  
que, como el alma les pesa,  
así les tiembla la planta.  
Delante y detrás los moros  
y por los lados los guardan,  
los alfanjes en la diestra,  
los broqueles á la espalda.  
Siguen después los jinetes  
y nobles con el monarca,  
los lanzones en la cuja,  
en el arzón las adargas;  
mostrando bien los caballos  
en su perezosa marcha  
la fatiga del camino,  
lo largo de la jornada;  
que traen el arnés mohoso,  
deslucidas las gualdrapas;  
hasta las crines el lodo,  
desde las crines el agua.  
Cuando á la puerta de Elvira  
los zahareños llegaban,  
cantaba el pueblo su triunfo  
con vítores y algazara.  
Aplaudían con las manos,  
con panderos y sonajas,  
al son de los duros hierros  
que los otros arrastraban.  
Cesó de pronto el aplauso;  
susurraron en voz baja  
palabras que nadie oía,  
pero todos murmuraban.  
Ojos había en la turba  
oscurecidos con lágrimas,  
y ojos que, con luz sombría,  
para maldecir miraban.  
Desnudos y á la intemperie  
los prisioneros entraban,  
ancianos, madres y niños,  
entre broqueles y lanzas,  
sin respeto á su inocencia,  
á su sexo y á sus canas.  
Las madres sus muertos hijos

traían, desesperadas,  
en los maternales brazos  
y en los brazos de su alma.  
Movidos á compasión  
los moros de pena tanta,  
sus ojos de los cautivos  
indignados apartaban.  
Las madres libres llorando,  
atropellando los guardias,  
á las cristianas cautivas  
sus propias telas regalan,  
y parten los alimentos  
que á los moros preparaban  
entre los tristes esclavos,  
que los devoran con ansia.  
Algunos, más altaneros,  
acaso los rehusaban;  
que el pan de la esclavitud  
entre los labios amarga.

Alzóse Muley Hazém  
en los estribos de plata,  
viendo la piedad del pueblo  
y la miseria cristiana.  
Rabioso de que la plebe  
le eche su crueldad en cara,  
atropelló con su yegua  
por la turba aglomerada,  
dividiendo así los moros  
y los esclavos de Zabara.  
«¡Adelante!»—gritó airado  
con la voz ronca de rabia.—  
Todos son esclavos míos:  
al Serrallo las muchachas;  
los mozos á las mazmorras,  
donde más á luz no salgan,  
y los viejos que los maten,  
pues no me sirven de nada.»  
Calló el pueblo amedrentado,  
obedecieron los guardias,  
y el rey subió con los nobles  
á toda rienda á la Alhambra.

#### IV

Sentado está el rey Hazém  
en un morisco almohadón,

y muchos moros se ven  
cruzar el ancho salón  
para darle el parabién.

A las puertas, reverentes,  
delante su rey se paran,  
doblando humildes las frentes;  
que al rey miran tales gentes  
como al mismo Dios miraran.

Mirra y esencias de flores  
arden en pebetes de oro,  
y el sol de los miradores  
anubla el humo de olores,  
que avaro respira el moro.

El aire colman de ruido  
dos fuentes azafranadas,  
y en su murmullo perdido  
se oye el trinar dolorido  
de las aves enjauladas.

Porque en nichos de cristal  
cerradas las hay tan bellas  
en la bóveda oriental,  
que el aire parece mal  
sólo porque está sin ellas.

Las miró el viejo Muley,  
y, viéndolas, suspiró:  
«En vano me llaman rey—  
»dijo,—si, como ellas, yo  
»esclavo soy de mi ley.

»Que penan ellas así  
»en ese encierro imaginó;  
»mas ellas placen ahí,  
»y en eso quiso el destino  
»diferenciarlas de mí.»

Volvió, con tal pensamiento,  
á suspirar otra vez;  
bajó el rostro macilento;  
pero, repuesto al momento,  
demandó con altivez:

—Los cristianos, ¿qué se hicieron?  
—En las mazmorras están  
en cadenas—respondieron.  
—¿Los condenados murieron?  
—Si no han muerto, morirán. —

Volvió el rey á meditar  
de los suyos recelando,  
y siguieron á la par

las fuentes en susurrar  
y los pájaros cantando.

—Alá nos dió la victoria—  
siguió el rey:—¿qué dicen de ella?  
Todos callaron. «Fué gloria  
ganarles villa tan bella.  
Tendránlo, á fe, en la memoria.»

Harto el rey Hazém habló;  
los cortesanos callaron;  
que el pueblo indignado vió  
que los cautivos entraron  
como perros que él ató.

Y los moros presentían  
que, la tregua quebrantada,  
los cristianos entrarían  
por las vegas de Granada  
y á Zahara no olvidarían.

Por eso ante el rey estaba  
la turba sin contestar,  
que mal con su rey andaba  
desque vido que mandaba  
á los viejos degollar.

Callaba Muley Hazém,  
sin hallar paso mejor;  
que sabe el príncipe bien  
que sangre mancha también  
el laurel del vencedor.

Corrían entrambas fuentes,  
trinaban los ruiseñores,  
y el sol en ambas corrientes  
sus rayos más transparentes  
deshacía en mil colores.

Los vidrios de las ventanas,  
contornos dando á sus sombras,  
estampan las formas vanas  
de sus historias livianas  
en las moriscas alfombras.

El silencio á interrumpir  
vino una voz de dolor:  
«Preparáos á morir»,  
se oía á gritos decir  
á un hombre en un corredor.

Todos el rostro tornaron  
impacientes á la entrada,  
y repetir escucharon:

«Tus glorias se marchitaron:  
»¡ay de tí, bella Granada!»

Entró el hombre en el salón,  
de musulmanes cercado:  
érase el tal un santón  
que vivía en la oración,  
del tumulto retirado;

Pasó la noche corriendo  
gritando en la oscuridad:  
«¡Granada! Los estoy viendo:  
»¡ay de la hermosa ciudad!  
»Tus muros están cayendo!»

Los moros, viéndole entrar,  
delante se le inclinaron,  
y él siguió en su predicar:  
«¡Los estoy viendo llegar,  
»y vuestros días contaron!

»¡Ay de tí! La desdichada  
»ciudad reina de ciudades,  
»por el cimiento horadada,  
»los cielos en tí, Granada,  
»lloverán calamidades.

»Es en vano resistir:  
»¡ay de tí, reina de Oriente!  
»Alá te manda morir;  
»los estoy viendo venir;  
»¡ay ciudad! ¡ay de tu gente!»

Harto ya Hazém de escucharle,  
furioso le preguntó:  
«¿Quién eres?» Sin contestarle,  
gritando el santón siguió,  
y el rey volvió á preguntarle.

«Enviado soy de mi Dios—  
dijo el moro—y dióme el cielo

un mensaje para vos.»

Y el rey: «Pues ve que en el suelo  
»no hay más oídos que dos.»

Siguió entonces el santón,  
muy loco ó muy confiado,  
su doliente relación,  
con el monarca encarado,  
y á guisa de inspiración:

«La tregua está quebrantada,  
»y á muerte al traidor sujeta.  
»¡Ay de tí, bella Granada!  
»¡Cayó en tí, desventurada,  
»la maldición del Profeta!

»Borrada su suerte hallé  
»del pensamiento divino;  
»por tí, ciudad, mucho oré,  
»y, para leer tu destino,  
»hasta el cielo penetré.»

Oyóle Hazém un momento,  
y enfurecido además  
dijo, dejando su asiento:  
«¡Quien leyó en el firmamento  
no puede llegar á más!»

La turba ve estremecida  
la rabia del rey, y calla;  
y el rey dijo á su salida:  
«Quitad á ese hombre la vida  
»en lo alto de la muralla.»

«Cuando vengan los cristianos—  
siguió volviendo á los moros—  
»lanzas tenéis en las manos:  
»cerrad con ellos, villanos,  
»como cerráis con los toros.»



# A LOS INDIVIDUOS ARTISTAS DEL LICEO

Noviembre de 1837

I

Allí está lo que el mundo llama mundo,  
arrastrándose imbécil por la tierra;  
ese reptil raquítico é inmundo  
que en el sepulcro su ambición encierra.

Allí está con sus circos y jardines,  
vano de amor y espléndido de amores,  
mal envuelto entre farsas y festines,  
como esqueleto entre marchitas flores.

Vestido está de alcázares y escudos;  
mas, torpe esclavo de egoístas leyes,  
lleva sus pueblos á danzar desnudos  
en derredor del lujo de sus reyes.

¡Vano placer! ¡Quimérica algazara!  
¡Flor de una aurora, sola y pasajera...!  
De cerca un cementerio nos mostrara  
al resplandor de moribunda hoguera.

Los hombres de ese mundo no son  
[hombres,  
las mujeres de allí no son mujeres;  
ellos cubren su nada con sus nombres,  
y ellas no tienen más que sus placeres.

Cuando Dios, que les dió el ánima no-  
las ánimas demande enfurecido, [ble,  
su ángel, de hinojos con vergüenza doble,  
*Señor, contestará, ¡las han perdido!*

Autómatas que viven porque viven,  
hoy, al rumor de estrepitosa orquesta,  
el ajeno renombre que reciben  
llevan, como sus padres, á una fiesta.

Contentos con sus vanos oropeles,  
atraillando al cuerpo el pensamiento,  
de un heredero nombre hacen laureles,  
gloria y valor del alto nacimiento.

Cielo es para ellos el azul que miran;  
es la tierra un inmenso anfiteatro,  
y ellos, que en esa atmósfera respiran,  
los actores tal vez de ese teatro.

Y en tanto que en sus necias pantomi-  
se gozan y en estúpidos placeres, [mas  
canta el poeta en gigantescas rimas  
el ser tremendo que abortó los seres.

Pinta el pintor el cielo y los colores,  
arrebata la luz al medio día,  
y el músico á los vientos bramadores,  
á las aves y fuentes la armonía.

Hijo de rey, conquista su corona;  
hijo de Dios, como su Dios concibe  
que con sus obras su nobleza abona,  
y no infama su estirpe mientras vive.

Noble es el grande, y grande es el va-  
[liente,  
quien, por ser como Dios, como Dios crea:  
ése es el noble que alzaré la frente,  
trepando al sol hasta que sol se crea.

Ese á la tumba bajará ignorado,  
ése en la tierra vivirá mendigo;  
á ése nada los hombres le hemos dado:  
su padre, que fué Dios, será su amigo.

Y cuando él, que le dió el ánima noble,  
las ánimas demande enfurecido,  
dirá el ángel con orgullo doble:  
*Hombre le hicistes, ángel le he traído.*

Es grande quien nace esclavo  
y baja al sepulcro rey,  
cambiando altivo en diadema  
los hierros que atan sus pies.

Es grande el hombre de polvo  
que, meditando en su ser,  
del sol envidia los rayos,  
por brillar tanto como él.

Quien en un cuerpo mezquino  
un alma gigante ve,  
y hacer lo que Dios pretende,  
porque hijo de Dios se cree.  
Quien, sintiéndose con alas,  
se arroja el viento á romper  
y va osado á las estrellas  
á preguntarlas *quién es*.

Ese es el grande y el noble;  
ése es el hombre por quien  
hizo un Dios en siete días  
del cielo un ancho dosel,  
de toda la tierra un trono,  
de una existencia un placer,  
del sol una eterna hoguera,  
y, apenas el hombre fué,  
tendió el mar en la llanura  
por alfombra de sus pies.  
No es noble ¡viven los cielos!  
quien muestra un viejo broquel,  
por sus abuelos ganado,  
que derribando á cercén  
la cabeza de algún moro,  
le hicieron suyo después,  
dividiéndole en cuarteles  
los heraldos para él.

No es noble quien pasa el día  
encerrado en un harem,  
entre eunucos y mujeres;  
como impúdica mujer,  
guardando del sol la frente  
y de la arena los pies,  
con un altar y un serrallo,  
y el alma estéril sin fe.

No es noble quien cuenta ufano  
en su alcázar cinco, diez,  
veinte nombres en hilera  
colgados en la pared,  
al pie de veinte retratos  
de veinte nobles con él.  
No son la virtud y el genio  
cetro y corona de rey,

ni se heredan como escudos,  
que el oro compra también:  
los escudos enmohecen,  
los tronos pueden caer;  
pero la virtud y el genio  
se levantan de una vez,  
eternos como su stirpe,  
que sólo Dios les da el ser.

## II

Nobles, al cielo subiréis vosotros  
con esa gloria que buscáis inquietos,  
y aquí en la tierra dejarán los otros  
sus armas, y detrás sus esqueletos.

Que empieza en el sepulcro vuestra glo-  
[ria,  
que hoy el mezquino mundo menoscaba,  
porque el placer del mundo y su memoria  
llega á la tumba y en la tumba acaba.

Ellos la suya comprarán con oro,  
porque su mármol su nobleza abona:  
la vuestra, en vez de mundanal decoro,  
sólo un nombre tendrá y una corona.

En ella colgarán vuestros laureles,  
por que duerma tranquila la cabeza,  
y al pie pondrán el arpa y los pinceles  
que al mundo contarán vuestra nobleza.

Vuestra nobleza, mágicos pintores,  
que, de la creación rasgando el velo,  
formáis, como Jehová, luz y colores,  
para vestir la lobreguez del suelo.

Él ocultó la voz de la armonía  
en el torrente y en la selva en vano;  
allí, músicos, fué vuestra osadía  
á sorprenderla con robusta mano.

Alzáronse al Señor templos y altares,  
y allí fueron poetas y pintores;  
vosotros le ensalzasteis con cantares  
porque os dieron su voz los ruseñores.

Los ángeles le cantan en el cielo,  
y le cantáis vosotros en la tierra,  
mientras, de hinojos en el sacro suelo,  
escucha humilde el hombre, ora y se  
[aterra.

Un solo libro nuestra iglesia tiene,  
que poetas cantaron y escribieron...  
ó al alma Dios de los poetas viene,  
ó ellos un Dios en su cantar mintieron.

—

No importa que hoy, ignorados,  
cruceís el desierto mundo,  
sin corona y sin blasones  
que doren el nombre oscuro:  
que ley es morir mañana  
que á todos Dios nos impuso,  
y después de vuestra muerte  
cercarán vuestro sepulcro  
los que aborrecen en vida  
y al grande envidian difunto.  
Perros que ladran cobardes  
en torno un toro robusto

que yace rendido en tierra,  
acogotado entre muchos.  
Los que aman oro en la tierra  
y de sus honras el humo,  
ladran á los pies del genio,  
sin que sus gritos agudos,  
al tocar en sus oídos,  
turben la paz de su orgullo.  
Y si á envidiar van sus rayos  
en derredor de su túmulo,  
no temáis, no, para entonces,  
porque sus ojos confusos,  
si osan mirar vuestra lumbre,  
han de cegar á su impulso.  
Pues aunque á despecho brille  
del alma imbécil de muchos,  
ocultarla podrán todos,  
pero apagarla ninguno.



# EL AMOR Y EL AGUA

## EL AMOR

—Pues en tí, fuente, se mira,  
 por que su beldad retrates,  
 y los rayos de sus ojos  
 reverberan tus cristales,  
 deja, fuente, que los míos  
 agua en tus aguas derramen;  
 que las aguas con las aguas  
 se borran ó se deshacen:  
 porque, si sueltos dejara  
 entrambos á dos raudales,  
 pusieran fuego á la tierra,  
 según al verterlas arden.  
 Y al menos, como en tus ondas  
 no han de quedar sus señales,  
 el consuelo de no verlas  
 hará que menos amarguen.  
 Como á ella, pues, la duplicas  
 sus contornos celestiales,  
 haz, reflejando mi duelo,  
 que yo mismo me acompañe.  
 Engáñame con mi sombra,  
 por que yo mismo me engañe  
 pensando que lloran dos,  
 uno en mí y otro en mi imagen.  
 Porque tú no sabes, fuente,  
 cuánto endulzan los pesares  
 las lágrimas de otro triste  
 que llora duelos iguales.

Pero ya que no me guardas,  
 por traición ó por desaire,  
 sobre tus aguas sus formas,  
 por que yo aquí no las halle,  
 deja que llorando en ellas  
 que salga al jardín aguarde,

por verla pasar de lejos,  
 aunque indiferente pase;  
 pues he de ser tan humilde  
 y tan respetuoso amante,  
 que, porque no la dé enojos  
 el disgusto de encontrarme,  
 he de volverme de espaldas,  
 mirando hacia tus cristales.  
 Pero prométeme, fuente,  
 que, si por fortuna sale,  
 cuando yo mire tus ondas,  
 tus ondas me la retraten.

Así, á tu blando murmullo,  
 enajenadas las aves,  
 á compás del agua trinen  
 enamorados compases;  
 así juguetonas vengan  
 en tu corriente á bañarse,  
 robando al alba matices  
 que por tus espejos cambien.  
 Y tantas á verte acudan,  
 que, cuando el sol se levante,  
 piense que, en vez de rocío,  
 las nubes lloraron aves.  
 Así te arrullen las hojas  
 que tapizan esos árboles,  
 por que no sientan las flores  
 que, si te adormeces, calles.  
 Así en tí las flores viertan  
 el bálsamo de sus cálices,  
 brotando de hoy á porfía  
 en tus bordes á millares,  
 y así cayendo tus aguas,  
 desde la taza de jaspes,  
 á gotas, las tornasole  
 el rojo sol de la tarde,

y partiéndolas en hebras,  
cuando como espejos salen,  
las rice, columpie y trence,  
suelto y revoltoso el aire.

## EL AGUA

—Bien pensé, amor, que eras loco,  
mas no que tan loco fueses,  
que buscaras en mis ondas  
tus hermosuras rebeldes.

Si las hermosas se miran  
en el cristal de las fuentes,  
es porque el perfil se borra  
cuando el lindo rostro vuelven.  
Que si en el cristal quedaran  
sus imágenes perennes,  
por celos de aquella copia  
no se asomaran á verse.

Vano consuelo es que quieras  
ver la tuya en mi corriente,  
para que, viendo tu sombra,  
con tu sombra te consueles.  
Porque si tal es el fuego  
que tus turbios ojos vierten,  
tal hará que hierva el agua  
que tu sombra no refleje.

Mas si al jardín, como dices,  
por tu ventura saliere,  
que la has de volver la espalda,  
si te lo persuades, mientes.  
Que, ó por prestarte á sus plantas,  
ó por que mejor te viere,

iráste loco tras ella,  
aunque de verte la pese.  
Y si te pinto su imagen  
en mis aguas transparentes,  
acaso, en tu desvarío,  
tanto por ella te ciegues,  
que, para abrazarla, osado  
por mis ondas atropelles,  
confundiendo ambos retratos  
con barros, algas y peces.

No extrañes que tal te diga,  
amor, si oirme te ofende;  
que, según lo que deliras,  
no es extraño que tal piense.  
Y has de saber, pues en premio  
de mi compasión me ofreces  
que sol, aves, hojas, flores,  
amorosos me requiebren,  
que, aunque tú no lo mandarás,  
en esto ellos te obedecen;  
pues si las aves me trinan,  
es porque mis aguas beben;  
si los árboles me arrullan,  
es por que yo les remede;  
si las flores me embalsaman,  
por que mis aguas las rieguen;  
y si el sol me tornasola,  
es por que yo le refleje.  
Y el aire es tan galán mío,  
que imposible me parece  
que ondular puedan mis hebras  
sin que blando me las bese  
y, revoltoso, jugando  
las rice, columpie y trence.



## Á LA MUERTE DE.....

¿Qué te harás sola en el sepulcro lóbrego  
sin oír las palabras de un amigo? [go,  
¡Si al menos, ¡ay!, los días que me restan,  
bajo la húmeda losa  
pasara yo contigo!

Yo cubriría con mi cuerpo el tuyo  
cuando la lluvia fría penetrara  
la piedra que te oculta de mis ojos,  
y el cierzo de la noche  
tus sienes no tocara.

Y mis manos la hierba arrancarían  
que creciera en la tumba abandonada,  
y alejaría el fétido gusano  
que se arrastrara hambriento  
con su sorda pisada.

Mas tú ¡alma mía! por tus rubias trenzas  
bullir le sentirás y por tu frente,  
sin poder rechazarle, mientras el hombre  
contemplará tu tumba  
con ojo indiferente.

—  
¡Si al fin quedaran las almas  
velando el difunto cuerpo  
en pláticas amorosas  
con las almas de otros muertos;  
si al fin así descansaras  
bajo el pabellón del cielo,  
sin que el tumulto del mundo  
turbara nunca tu sueño;  
si el amor que se hubo en vida  
muriera en el cementerio,  
y no hubiera en otro mundo  
memoria del mundo nuestro...!  
Mas ¡ay! que vendrán los hombres,  
falsas plegarias mintiendo,

todos los años un día  
á visitar vuestro lecho.  
Vendrán con sus oropeles,  
sus farsas y devaneos,  
la vanidad en el alma,  
la vida en el pensamiento.  
No á mullir vuestras almohadas;  
no á daros santos consuelos,  
derramando en vuestras tumbas  
las flores de los recuerdos;  
no á reconocer su nada  
en los despojos del tiempo;  
no á ver lo que sois vosotros  
para ver lo que son ellos:  
que aunque un espejo es la tumba,  
cubrir su cristal supieron  
con velos de mármol y oro,  
cuyo cortinaje espeso,  
robando al cristal las luces,  
impide que, á sus reflejos,  
el vidrio fatal les pinte  
el polvo donde nacieron.  
No: que vendrán á deciros  
que han mentido en otro tiempo,  
cuando, al daros un sepulcro,  
*Dormid en paz*, os dijeron.

—  
Mas habrá un cielo, por dicha,  
detrás de ese cielo azul,  
donde irán, paloma mía,  
los que mueren como tú.  
Allí viviréis tranquilos  
en alcázares de luz,  
con los ángeles que velen  
por vuestra santa quietud.

En pabellones de estrellas  
alfombrados de tisú,  
libres de ingratos recuerdos  
de la desdicha común;  
porque, al abrirse las puertas  
del misterioso ataúd,  
hallan paz, vida y contento  
los que mueren como tú.

Que fresca brisa serena  
halague tu casta sien  
del bello jardín de Edén,  
¡oh, purísima azucena!  
Duerme pacífica, sí,  
en un lecho de alelí  
que te formen para tí  
los ángeles del Señor,  
y en un porvenir risueño  
duerme, duerme, dulce dueño,  
y que te vele tu sueño  
un espíritu de amor.

Y dé placer á tu oído,  
susurrando mansamente,

de alguna encubierta fuente  
el misterioso ruido.  
Y en tus ensueños de paz  
te preste grato solaz,  
con su armonía fugaz,  
algún lejano laúd;  
y por tu mente resbale  
aérea ilusión que iguale  
de blanca luna que sale  
á la transparente luz.

Mientra en brazos del destino,  
en las tinieblas que estoy,  
á ciegas buscando voy  
de tu morada camino.  
Y pasan las horas mías  
como turbias ondas frías,  
que sus revoltosos días  
sañudo invierno formó.  
Como barquilla que mece  
ruda tormenta que crece;  
cual se agosta y desaparece  
flor que en la nieve brotó.



# LA ORGÍA

---

La sombra nos cobija  
 con su tapiz de duelo:  
 cansado ya del cielo,  
 el sol se hundió en la mar.  
 El mundo duerme imbécil,  
 vacilan las estrellas:  
 en torno á las botellas  
 venid á delirar.

Venid, niñas sedientas  
 de libertad y amores,  
 que fiestas y licores  
 dan libertad y amor.  
 Húmedos de esperanza  
 traed los ojos bellos,  
 sin trenzas los cabellos,  
 la frente sin rubor.

La vida es una farsa  
 hipócrita y demente,  
 y el mundo indiferente  
 se causa del placer;  
 el mundo se ha dormido;  
 romped vuestros papeles;  
 dejad los oropeles  
 que vano os prestó ayer.

Dejad de esa comedia  
 el torpe fingimiento;  
 ahogad el preso aliento  
 con larga libación.  
 La sombra, si ese cielo  
 su luz tiende importuna,  
 envolverá la luna  
 en tocas de crespón.

¡Oh! Lejos de los ojos  
 de la curiosa plebe,

la copa en que se bebe  
 nos abre un ancho Edén;  
 el fondo cristalino  
 las luces multiplica,  
 y, de vapores rica,  
 perfuma nuestra sien.

Los labios desfrenados,  
 la lengua desatada,  
 en larga carcajada  
 prorrumpen sin cesar.  
 La lumbre de los ojos,  
 inquieta y licenciosa,  
 los ojos de una hermosa  
 se afana en reflejar.

Venid á los festines,  
 avaras de placeres;  
 que el cielo en las mujeres  
 atesoró el placer.

Venid, niñas, sin cuitas,  
 desnudo el albo seno,  
 porque quiero el veneno  
 de vuestro amor beber.

Cuando la inquieta mente  
 con el vapor vacile,  
 y revoltosa apile  
 fantasma de vapor,  
 veréis cómo insensata  
 el ánima delira,  
 y voluptuosa aspira  
 el ámbar del amor.

Entonces, en la sombra  
 las pardas muselinas,  
 visiones peregrinas  
 flotando mostrarán,

y en cada marco de oro,  
cerradas las pinturas,  
diabólicas figuras  
al vidrio asomarán.

Entonces cada lámpara  
parodiará una hoguera  
que miente y reverbera  
las lámparas del sol;  
y en el balcón la luna  
parecerá una estrella  
donde arde una centella  
del fúlgido farol.

Cada sonoro brindis  
de la animada fiesta  
nos fingirá una orquesta  
de mágica ilusión;  
un eco misterioso  
sin canto ni instrumento,  
que irá con el aliento  
á dar al corazón.

De cada ardiente beso  
el lúbrico estallido  
rasgará el sostenido  
murmullo bacanal,  
como reloj deshecho  
que, sin marcar las horas,  
sacude las sonoras  
campanas de metal.

El mundo duerme, niñas:  
bebamos y cantemos;

que más no sacaremos  
del mundo engañoso;  
húmedos de esperanza  
traed los ojos bellos,  
sin trenza los cabellos,  
la frente sin rubor.

Venid, y mal prendidos  
los velos y los chales,  
prodiguen liberales  
la luz de vuestra tez;  
los ondulantes rizos  
flotando por la espalda,  
la mal ceñida falda  
mintiendo desnudez.

Y las de negros ojos  
que ostenten su mirada  
altiva, enamorada,  
con infernal pasión;  
y las rubias ostenten,  
sin máscaras de tules,  
las pupilas azules  
y rojo el corazón.

La noche se desliza,  
su llama el sol enciende,  
el día nos sorprende:  
va el mundo á despertar.  
¡Cantemos y bebamos!  
que, cuando venga el día,  
el sueño de la orgía  
le volverá á apagar.



# EL CANTO DE LOS PIRATAS

Traducción de Víctor Hugo

Alerte! Alerte! Voici les pirates  
d'Ochali qui traversent le détroit.

*Le captif d'Ochali.*

Con cien cautivos llevamos  
fletada nuestra galera,  
que en una y otra ribera  
para el harem reclutamos.  
¡Al mar! ¡Al mar, marineros!  
En Fez entramos mañana.  
Somos ochenta remeros  
sobre nuestra capitana.

Cabe un convento botamos  
al agua el ancla tenaz;  
linda muchacha apresamos,  
dormida en traidora paz:  
mil fantasmas hechiceros  
soñaba, á la mar cercana.  
Somos ochenta remeros  
sobre nuestra capitana.

—Forzoso es, niña, callar.  
¡Ea, ganemos el viento!  
Esto no es más que cambiar  
por un harem un convento.

Os haremos mahometana,  
y el sultán ha de quererlos.  
Somos ochenta remeros  
sobre nuestra capitana.

Huir desesperada quiso.  
—¡Y osáis, hijos de Satán...!—  
Lloró, suplicó.—Es preciso—  
la contestó el capitán.  
Sus clamores lastimeros,  
su resistencia fué vana.  
Somos ochenta remeros  
sobre nuestra capitana.

En su dolor parecían  
sus ojos un talismán;  
mil zequíes bien valían:  
la hemos vendido al sultán.  
Lo debe á mis compañeros:  
ayer monja y hoy sultana.  
Somos ochenta remeros  
sobre nuestra capitana.



## ORIENTAL

De la luna á los reflejos,  
 á lo lejos  
 árabe torre se ve,  
 y el agua del Darro pura  
 bate oscura  
 del muro el lóbrego pie.

Susurra el olmo sombrío  
 sobre el río,  
 dando al oído solaz,  
 y en los juncos y espadañas  
 y en las cañas  
 susurra el aura fugaz.

Se abre en la arena amarilla  
 de la orilla,  
 vertiendo aroma, la flor,  
 y las plumas de colores  
 en las flores  
 estremece el ruiseñor.

Vierte en gotas cristalinas  
 peregrinas  
 el rocío su cristal,  
 y en cada perla de plata  
 se retrata  
 el alcázar oriental.

Descorridas las sombrías  
 celosías  
 del calado torreón,  
 está en la árabe ventana  
 la sultana  
 murmurando una canción.

Y en la atmósfera serena  
 libre suena  
 la melancólica voz,  
 y abajo en la hierba verde  
 al fin la pierde  
 con la ráfaga veloz.

Y al compás de su garganta  
 rauda canta  
 contestando el colorín,  
 saltando entre los galanes  
 tulipanes  
 del espléndido jardín.

Y al rumor del dulce trino  
 peregrino  
 de arpa, bella y ruiseñor,  
 oído prestan atento  
 agua, viento,  
 olmo, alcázar, campo y flor.

Así la mora decía,  
 y respondía  
 en la rama el colorín,  
 y esto el moro la escuchaba  
 que velaba  
 receloso en el jardín:

«Danme el ánima de un moro  
 »perlas y oro,  
 »y coronas en la sien.  
 »¡díme, flor, á mi ventura  
 »y hermosura  
 »lo que falta en el harem!

»Danme chales los califas  
 »y alcatifas,  
 »y guirnaldas en la sien.  
 »¡Díme, huerto, á mi ventura  
 »y hermosura  
 »lo que falta en el harem!

»Danme baños y festines  
 »y jardines  
 »que me mienten el Edem.  
 »¡Díme, río, á mi ventura  
 »y hermosura  
 »lo que falta en el harem!

»Transparentes como espumas  
 »danme plumas,  
 »y atan velos á mi sien.  
 »¡Ruiseñor, dí á mi ventura  
 »y hermosura  
 »lo que falta en el harem!

»Nada al fin que les dé enojos  
 »ven mis ojos,  
 »nada que arrugue mi sien.  
 »¡Díme, luna, á mi ventura  
 »y hermosura  
 »lo que falta en el harem!»

Llegaba aquí, y una sombra  
 en la alfombra  
 la lámpara dibujó:  
 á su lado en la ventana  
 la sultana  
 con el sultán se topó.

«Tienes torres—dijo el moro—  
 »perlas y oro  
 »y guirnaldas en la sien.  
 »¡Díme, hermosa, á tu ventura  
 »y hermosura  
 »lo que falta en el harem.

»¿Qué hay en el huerto sombrío  
 »y en el río,  
 »y en el ave y en la flor,  
 »que al rayar el claro día  
 »¡vida mía!  
 »no te traiga tu señor?

»¡Dí! ¿qué falta á tu belleza,  
 »á tu riqueza  
 ó á tu loca voluntad?»—  
 —«Señor: esos ruiseñores,  
 »en las flores,  
 »tienen *aire y libertad.*»



## LA PLEGARIA

Helos al pie de la cruz,  
en oración reverente:  
la virtud brilla en su frente  
como la primera luz  
del sol que alumbra en Oriente.

Niños tal vez desvalidos,  
que pasan desconocidos  
con la inocencia en el alma,  
como en desiertos perdidos  
con sus racimos la palma.

Angeles acaso son  
que, el mundo sin conocer,  
llevan en el corazón  
una sublime oración,  
y las virtudes de ayer.

Sus ojos ven solamente,  
á través del blanco velo  
que cerca el alma inocente,  
vida en la tierra inclemente,  
luz y armonía en el cielo.

Ven en el alba colores,  
y en el llano hierba y flores;  
sombra, del valle en la hondura,  
y en el aire ruiseñores,  
y peñascos en la altura.

Para ellos, música el viento  
es si las alas despliega,  
si en las secas hojas juega,  
ó entre las flores se pliega  
con lascivo movimiento.

Y son las flotantes ramas,  
del sol á las rojas llamas,  
del prado verdes espumas,  
de aérea serpiente escamas,  
de águila terrestre plumas.

Y son los hombres hermanos,  
y oran por ellos contentos,  
hasta que los hombres vanos

pongan, leones hambrientos,  
en su inocencia las manos.

Sabe ella que es virgen bella,  
y él un ángel hechicero,  
porque no dudan él ni ella  
que *ella* es de virtud estrella,  
y *él* de inocencia lucero.

Mas ¡ay! que del pedestal  
á la sombra cobijado,  
acaso un ojo carnal  
está en la virgen posado,  
con una idea brutal.

Y sobre la tez de rosa  
la lágrima de dolor  
que ella derrama piadosa,  
el hombre la cree de amor,  
y llama al ángel *hermosa*.

Que tal vez pintarse intenta  
aquella avara pupila,  
de torpes formas sedienta,  
mil perfecciones que aumenta  
en esa virgen tranquila.

Así incompletas y vanas  
las cosas del mundo son,  
que á turbar vienen livianas  
esa angélica oración  
con imágenes mundanas.

¿Por qué, pintor, ideaste  
una plegaria tan bella,  
si la cruz que levantaste,  
luego, pintor, la ultrajaste  
pintando al hombre tras ella?

No digas quién la creó.  
¡Que en ambos culpa no arguya!  
Tú fuiste quien la pintó;  
mas la malicia no es tuya,  
que quien la escribe soy yo.

# LA JUVENTUD

Tengo ojos y no ven,  
tengo oídos y no escuchan,  
tengo manos y no tocan,  
tengo labios y no gustan;  
y, en fin, sin entendimiento  
ni albedrío que me acuda,  
tengo aliento que no alienta,  
y corazón que no pulsa.

CALDERÓN: *La vida es sueño.*

Cuando á las puertas del nacer llama-  
senda de flores á los pies tenemos: [mos,  
do quier que el rostro en derredor volva-  
padres y amigos cariñosos vemos; [mos,  
doquier los brazos débiles tendamos,  
un ósculo inocente merecemos;  
y así contentos á vivir salimos,  
sólo porque ignoramos que vivimos.

Cuando el mundo se ve desde la cuna,  
flores se hallan en él, pero no espigas;  
se ven en él sus mares y su luna,  
sus prados y cascadas cristalinas;  
sin noche el sol, sin rueda la fortuna,  
poblado de fantasmas peregrinas;  
tocado, en fin, con el flotante velo  
del estrellado pabellón del cielo.

La paz de la niñez nos va llevando  
por senda usada, fácil y tranquila,  
donde, rebelde nuestra edad brotando,  
en lechos de oro víctimas apila;  
donde asombrada se dilata entrando  
de luz avara la infantil pupila;  
do á manos llenas el placer derrama  
lo que *vida de amor* el hombre llama.

Cercada de fantasmas halagüeños,  
allí la ardiente juventud habita,  
quedando lindas formas á sus sueños,  
el imperio del mundo solicita:

como para acabar tantos empeños  
todo lo hermoso y fuerte necesita,  
presenta á nuestra mente deslumbrada  
todo el vano esplendor de su morada.

En tazas de cristales quebradizos  
nos muestra seductora en sus planteles  
las flores sin olor de sus hechizos,  
el temprano verdor de sus laureles;  
y en campos de placer resbaladizos  
sus palacios nos muestra de oropeles,  
donde yacen en blandos almohadones,  
impúdicas rameras, las pasiones.

Allí están los fantásticos espejos  
que mienten la ilusión de los amores,  
pintando voluptuosos á lo lejos  
sombras de amor entre pintadas flores;  
y de engañoso sol á los reflejos,  
dando al turbio cristal ricos colores,  
nos muestra el mundo fuente de placeres,  
y manantial del mundo las mujeres.

El ánima inocente todavía,  
virtud creyendo el cenagal del vicio,  
se lanza, en pos de tan brillante día,  
de la vida en el hondo precipicio,  
y á par que corre por la errada vía,  
comprende de la edad el artificio:  
que aquel jardín de flores peregrinas  
era el reloj no más de las espigas.

¡Juventud! ¡Fácil balanza!  
 ¡Qué presto arrastras vencida  
 el peso de la esperanza  
 con el pesar de la vida!  
 ¡Qué presto se desvanecen  
 los fantasmas halagüeños  
 que nuestra infancia adormecen  
 con raquíuticos ensueños!

¡Qué rápida te deslizas  
 entre las horas que hechizas,  
 dejándonos tus cenizas  
 donde vamos oro á ver!  
 ¡Juventud! ¡Edad de flores!  
 ¡Sombras son ¡ay! tus colores,  
 artificio tus primores,  
 amarguras tu placer!

Ojos nos das y no vemos,  
 pensamiento y no pensamos;  
 que es falso cuanto creemos,  
 y falso cuanto ideamos.  
 Es mentida tu hermosura,  
 es tu fortuna liviana,  
 tus esperanzas locura,  
 tu paz y tu gloria vana.

Espejo de cien cristales,  
 que mientes lo que no vales,  
 cuyas luces desiguales  
 multiplican la ilusión,  
 ¡tú doras tus arboles  
 con lumbre de mil faroles,  
 y llamas, osada, soles  
 á lo que pavesas son!

Soñando á vivir venimos;  
 pero, en tu región vacía,  
 cuantos más días vivimos,  
 soñamos más cada día.  
 Te sueña la pasión loca  
 y ambiciona tus laureles;  
 cuando la razón te toca,  
 maldice tus oropeles.

La pasión juzga en su anhelo  
 que ese cristal es un cielo;  
 la razón te rasga el velo  
 hasta ver tu vanidad,  
 y en vez de tus clavellinas

y tus rosas purpurinas,  
 nos muestra al fin tus espinas  
 el farol de la verdad.

Espinas son fama y gloria,  
 cuanto bien el hombre alcanza;  
 espinas de la memoria;  
 carcomas de la esperanza.

Espinas son amistades,  
 espinas ¡ay! son favores...  
 que espinas son las verdades,  
 y son espinas sin flores.

Si espinas son solamente  
 amistad, gloria y favor,  
 ¿dónde está, suerte inclemente,  
 de tanta espina la flor?

Si espinas tan sólo dan  
 lisonjas de juventud,  
 acaso espinas serán  
 la nobleza y la virtud.

Y espinas estudio y ciencia,  
 pues dejan sus vanidades  
 demencia nuestra demencia,  
 y verdades las verdades.

La fe del ánima espinas,  
 y espina el amor del hombre,  
 mentiras son más divinas  
 con más hechicero nombre.

Y si espinas solamente  
 son virtud, ciencia y amor,  
 ¿dónde está, suerte inclemente,  
 de tanta espina la flor?

Edad de sombras pueriles  
 que la verdad desvanece,  
 ¡ni olvidada en tus pensiles  
 una flor tan sólo crece!

Pues espinas son tus flores  
 y espinas son tus placeres,  
 entre tan falsos colores,  
 una mientes y otra eres.

Si espinas de desconsuelos  
 son horas tan peregrinas,  
 ¿dónde guardaron los cielos  
 flores de tantas espinas?

## LA AMAPOLA

Flor solitaria y silvestre,  
 que á la luz sacas del sol  
 cuatro pendones de púrpura  
 que guarda tosco botón;  
 pues en el campo te quedas  
 y yo del campo me voy,  
 tú con tus hojas de fuego  
 y con mis lágrimas yo,  
 dile al alma de mi alma  
 que voy muriendo de amor;  
 que entre tus hojas la dejo  
 un ósculo y un adiós.  
 Porque tú, que habitas triste  
 en las soledades, flor,  
 los espinos por abrigo,  
 el césped en derredor,  
 por armonías del aire  
 la ruda y salvaje voz,  
 sin tallo que te sostenga  
 cuando, á la lumbre del sol,  
 brotando en agua las nubes  
 se revientan en turbión;  
 tú, flor, que ostentas tan sola  
 tan encendido color,  
 que me pareces tostada  
 al calor de un corazón,  
 bien puedes ser mensajera  
 de un enamorado adiós:  
 que tan sola, pobre y débil,  
 tan sin follaje ni olor,  
 de pasar en amargura  
 tu existencia de aficción,  
 más razón no se me alcanza  
 que tu solitario amor.

Porque, expuesta al rudo viento  
 y á la intemperie olvidada,  
 recuerda tu nacimiento  
 la soledad y el tormento  
 del ánima enamorada.

Porque, insensible á otra idea  
 que al delirio de tu amor,  
 el zarzal que te rodea  
 y el vendaval que te orea  
 dan encanto á tu dolor.

Ni sientes del cierzo el ala  
 que te sacude y arruga,  
 ni cómo el tronco te escala,  
 hollando la torpe oruga  
 tu tosca y silvestre gala.

Ni cómo el áspero espino  
 te rasga el manto de grana,  
 cuando sacude sin tino  
 sobre tu pompa liviana  
 su ropaje campesino.

Y pues sé, triste amapola,  
 que ese encendido color  
 que el rojo sol tornasola  
 no es más que un barniz de amor,  
 y por amor vives sola,

Pues yo parto por amores  
 ¡oh flor! muy lejos de aquí,  
 y en tí no he encontrado olores  
 como encontré en otras flores  
 que por los jardines ví.

En tu cáliz dejo preso  
 un ósculo y un adiós.  
 Si te agobia tanto el peso,  
 guárdale á mi amor el beso,  
 que para *ella* son los dos.

# LA NOCHE Y LA INSPIRACIÓN

## Á MI AMIGO EL ARTISTA DON JULIÁN ROMEA

### I

La noche, sobre el mundo desplomada,  
tendió en él de su sombra el ancho velo,  
porque su sueño no turbase osada  
la lumbré de las lámparas del cielo.

Pero temiendo acaso que le ahogara  
con tan espesa red sombra importuna,  
antes que con pavor se desvelara,  
trepó al cenit la transparente luna.

A la amarilla luz con que ilumina,  
cobíjase la sombra en los rincones;  
y reflejan su llama peregrina  
ríos, fuentes, pizarras y balcones.

Como en delirio de amoroso ensueño,  
de la virgen sonrío el labio amante,  
la tierra desplegó su adusto ceño  
al fugitivo resplandor errante.

Duerme allá en su palacio el poderoso,  
duerme el pastor cansado en su cabaña;  
éste tranquilo, el otro receloso,  
soñando avaro la fortuna extraña.

Duerme al pie de sus armas el soldado,  
duerme el mendigo tras de larga vela;  
mientras por éste vela su cuidado,  
y por aquél el tardo centinela.

Duerme el ave en las ramas guarecida,  
duerme la fiera en su morada impura;

aquella por las ráfagas mecida,  
ésta al rumor del agua que murmura.

Deslízase la brisa temerosa,  
guardan las nubes la tormenta inerme;  
todo entre sombras á la par reposa,  
el viento calla, la tormenta duerme.

Tú, dulce amigo, que en la noche umbría  
al grato son del arpa melodiosa  
ensayabas cantares algún día  
bajo el balcón de tu adorada hermosa,

Déjame que hoy en soledad delire,  
y á delirar contigo me aventure;  
que en tus brazos un hora en paz respire,  
y del dormido mundo en paz murmure.

Yo soy el que canté fiestas y amores  
en insensatos himnos juveniles,  
y el arpa tosca coroné de flores  
al ensayar mis cánticos pueriles.

Yo soy el que soñé gloria y laureles,  
y, con la vida en mi ilusión luchando,  
orlé el mundo de falsos oropeles  
allá en mi loca juventud soñando.

Ya desperté: mis fábulas soñadas,  
mis delirios de amor perdí en el viento;  
y el viento, como ramas desgajadas,  
las apartó del tronco macilento.

Hoy no conservo de la edad primera  
más que la voz un poco enronquecida,  
y el velo de la negra cabellera  
sobre la frente sin color tendida.

Quédame de mí mismo la esperanza,  
y el afán de cantar mientras aliente;  
mientras gravite en la vital balanza  
la vanidad del corazón demente.

Quédame aún, altivo y vigoroso,  
de noble inspiración el fuego santo;  
quédasme tú, poeta generoso,  
para escuchar mi desmayado canto.

Tú, que vas á las tumbas de los hombres  
á buscar un disfraz y una careta,  
para esudar con los difuntos nombres  
tus amargas creencias de poeta.

Tú, que al abrigo de ignoradas leyes,  
con la antifaz de un muerto, en gesto bravo  
parodias los esclavos y los reyes,  
riéndote del rey y del esclavo.

Tú, que en la farsa del ocioso mundo,  
preparando otra farsa al mundo mismo,  
le das á devorar su cieno inmundado  
en formas de virtud y de heroísmo.

Quédasme tú y la noche silenciosa  
con su turbio fanal, tocas azules;  
la soledad del bosque religiosa  
con su manto de pinos y abedules.

Quédame el templo con su acorde coro,  
sus capillas, sus lámparas y altares,  
su santa cruz, sus incensarios de oro  
y sus gigantes góticos pilares.

Quédame el mundo sin la imbécil farsa  
que en su tablado inmenso se coloca;  
todo el teatro, en fin, sin la comparsa  
que bulle en él desordenada y loca.

No más la cantaré sus devaneos;  
ya se acabó mi cántico mundano:  
que me cansan sus falsos galanteos  
y el necio aplauso de su torpe mano.

Ronca la voz y seca la garganta,  
espiró mi cantar, rompí mi lira;  
sólo mi lengua mis caprichos canta,  
sólo esa farsa compasión me inspira.

Puesto que un mundo me fingí tan bello  
cuanto le encuentro descompuesto y loco,  
hoy por la turba impávido atropello,  
porque le creo á mis delirios poco.

Y hoy, á la lumbre de la blanca luna,  
escúchame la inspiración sublime  
que me bulle en el ánima importuna  
y el perezoso corazón me oprime.

[bra  
Porque ese cielo azul y esa ancha som-  
que mitiga la luz que el sol enciende,  
con que la noche su palacio alfombra,  
y esa brisa fugaz que el aura hiende,

Y ese mudo y silencio pavoroso  
que regala el cansancio del oído,  
y en pabellón convierte de reposo  
el mundo que á sus pies yace dormido,

Son una inspiración dulce, tranquila,  
vaga armoniosa, en que se aduerme el al-  
en que el dudoso corazón vacila... [ma,  
la que habló Calderón y agitó á Talma.

Esa no la conocen los profanos,  
ni revelarla osó ningún profeta. [danos,  
¡Oh, ven! Que, mientras duermen los mun-  
yo siento en mí la inspiración inquieta.

Óyela tú, que brota solitaria  
para tí, en tu pacífico retiro,  
como amorosa y lánguida plegaria,  
como amistoso y postrimer suspiro.

## II

Pende del cenit la luna,  
reverberan las estrellas;  
la vida se vierte de ellas,  
porque pensar es vivir.  
Vacila inquieta la mente,  
el pensamiento medita;  
ociosa el alma se agita  
y deliramos sentir.

Cual mana en oculta peña  
cristalina y mansa fuente,  
crea imágenes la mente  
que se ofuscan al brotar.  
Nos presta honda, solitaria,  
una idea el pensamiento,  
y sin gozo y sin tormento  
la sentimos resbalar.

Una idea libre, vaga,  
turbulenta, revoltosa;  
un fantasma de una cosa  
que no hemos visto jamás;  
una fosfórica llama  
que nos sigue y la seguimos,  
adelante si la huímos,  
si la buscamos, detrás.

Idea que brota informe  
en la languidez del alma,  
que nace y muere en la calma  
del placer ó del pesar;  
una idea que no estorba  
para ver lo que se mira,  
que nada en el alma inspira  
y en nada deja pensar.

No es mujer, demonio ni ángel;  
no es esperanza ni gloria,  
pero existe en la memoria  
sin fuerza y sin voluntad;  
si el alma padece, es triste,  
y si goza es monjera;  
y si el alma desespera  
la idea es la eternidad.

Esa idea nos agobia,  
se revuelve y se acrecienta  
de la noche amarillenta  
al silencioso rumor;  
y el susurro de una brisa,  
el murmullo de una fuente  
la mantienen en la mente  
sin hacérsola mejor.

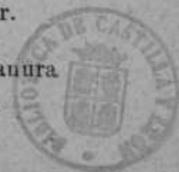
Entonces es cuando el hombre  
piensa sin saber qué piensa,  
y aborta una idea inmensa,  
sin concebirla tal vez;  
entonces es cuando mira  
en la tierra un hondo foso,  
y un pabellón de reposo  
del cielo en la brillantez.

La soledad y el silencio  
exhalan vaga armonía  
que el oído no oiría,  
y atenta el alma escuchó.  
Una música con formas  
que, al resbalar en la mente,  
nos deja lánguidamente  
la idea de que pasó.

Entonces nuestros sentidos  
en blando sueño deliran,  
y en torno al ánima giran  
ilusiones mil á mil.  
El oído oye murmullos,  
el olfato aspira olores;  
los ojos crean colores  
en delirio tan pueril.

Vemos entonces paisajes  
con ruinas, templos y fiestas,  
y oímos coros y orquestas,  
y suspirar y reir;  
sentimos ríos que corren,  
vistosas aves que vuelan,  
manantiales que ríelan  
por entre juncos salir.

Vemos en vasta llanura  
sotos y villas lejanas,



y oímos de sus campanas  
el apagado doblar;  
vemos formas misteriosas  
que sonrían pasajeras,  
y lumbre de mil hogueras  
que reflejan en la mar.

Vemos árboles, cascadas,  
insectos, monstruos y flores,  
que nos dan ricos colores  
y movimiento que ver;  
vemos un mundo cerrado  
en transparentes encajes,  
entre flotantes celajes  
cercano á desaparecer.

Y oímos dentro del pecho  
el uniforme latido  
del corazón abatido  
que dentro velando está,  
como un reloj cuya péndola,  
sorda, monótona y lenta,  
los pasos del tiempo cuenta  
que á hundirse en la nada va.

En este estado sin nombre,  
ni dormimos ni velamos;  
vemos lo que no miramos,  
sentimos lo que no es;  
y á un movimiento, á un suspiro  
que olvidados exhalemos,  
todos nuestros sueños vemos  
pavesas á nuestros pies.

No es dormir, y se despierta;  
no es muerte, y se vuelve á vida;  
y allá en la mente escondida  
se levanta una creación.  
Entonces el pintor pinta,  
el músico escucha y toca,  
y el poeta halla en su boca  
palabras de inspiración.

Entonces siente arrobado  
de fuego su pensamiento,  
de fuego el osado aliento,  
de fuego el alma mortal;

hay un volcán en su lengua  
y un volcán en su mirada,  
y cruza el mar de la nada  
con su mirada inmortal.

Entonces escribe Byron,  
entonces pinta Murillo,  
y el sol vierte escaso brillo  
para su aborto alumbrar;  
entonces Hoffman delira,  
y en torno de su ponchera,  
como en torno de una hoguera,  
ve sus fantasmas flotar.

Entonces Calderón llama,  
y á su vigoroso acento,  
cielo, infierno, en un momento  
parecen delante de él.  
Y paseando allí sus ojos,  
seres buscando inmortales,  
sus *Autos sacramentales*  
arroja al mundo en tropel.

Entonces el cuerpo duerme,  
este alcázar de ceniza  
que el ánima diviniza  
por ser cárcel de los dos,  
mientras ella libre, ufana,  
hija de celeste prole,  
de su estirpe soberana  
demanda cuenta á su Dios.

El mundo ansiosa registra,  
sin respetos ni barreras,  
en pos de lindas quimeras  
con que hacer mundo mejor;  
y ni templos ni palacios,  
ni presentes ni futuros,  
en la nada están seguros  
de su ímpetu creador.

A su voz dejan los muertos  
sus encierros funerarios,  
envolviendo en los sudarios  
lo que queda de su ser:  
santos, criminales, niños,

esclavos, soldados, reyes,  
sus caprichos como leyes  
se aprestan á obedecer.

Entonces la tierra es fango  
ante su origen divino,  
el universo mezquino  
á su noble inmensidad:  
Dios es el fin de su raza,  
es la atmósfera su aliento,  
su alcázar el firmamento,  
su tiempo la eternidad.

Entonces brota en sonidos  
el fuego febril del alma:  
Lope, Schiller, Máiquez, Talma,  
atan el mundo á sus pies.  
Y entonces, ¡oh, actor poeta!  
en tu espíritu altanero,  
ni el poeta está primero  
ni el actor está después.

Es el teatro tu imperio,  
es el pueblo esclavo tuyo;

tus derechos el misterio  
de tu osada inspiración;  
y nosotros los profanos,  
asombrados, te rendimos  
sonoro aplauso en las manos,  
respeto en el corazón.

Y en la altivez de tu orgullo  
llegan á tí nuestras voces,  
como el imbécil murmullo  
que alza un insecto al volar;  
y á tu vista somos solo  
nosotros un pueblo entero,  
un revoltoso hormiguero  
que va tu planta á cegar.

Entonces, magnates, reyes,  
caudillos, conquistadores,  
privados, emperadores,  
son allí menos que tú;  
y ante tus falsos disfraces  
es tierra, harapos y talco  
cuanto ostenta altivo palco  
de oro, perlas y tisú.



## UN RECUERDO DEL ARLANZA

Río Arlanza, si las fuentes  
que en Burgos te dan el ser  
no cegaron sus corrientes,  
y aun en tí van á verter  
sus cristales transparentes;

Si tus ondas revoltosas  
entre arenas amarillas  
se deslizan bulliciosas,  
bañando las mismas rosas  
sobre las mismas orillas;

En verdad que en una altura  
hay un pardo torreón  
que pinta en el agua pura  
su descarnada figura  
como extraña aparición.

Acaso tú, río Arlanza,  
no te acuerdes de su nombre,  
porque á tí no se te alcanza  
con cuánto afán compra el hombre  
el placer de la esperanza.

Tú cruzas el campo ameno  
entre flores susurrando,  
y pasas libre y sereno  
del triste que queda ajeno  
en la ribera llorando.

Tú, río, que nunca amaste,  
no guardas en la memoria  
los lugares que dejaste;  
que no te importa la historia  
de los que una vez pasaste.

No sabes, sonoro río,  
lo que pesa un pensamiento;  
no sabes cómo en el mío  
me atosiga y da tormento  
ese peñasco sombrío.

Pero, ¿qué extraño que ignores  
su nombre y el de su gente,  
si sus escombros traidores  
desplomó sobre la frente  
de sus caídos señores?

Si al tender por ese llano  
los perfiles de tus olas,  
hallas un cerro cercano,  
envuelto en tapiz liviano  
de silvestres amapolas,

Donde tu corriente clara  
entre los juncos se pliega  
y en un remanso se para  
que de los restos se ampara  
de Celada y de Pampliega,

Allí, Arlanza, has de encontrar  
una torre en una altura;  
mírala ¡oh río! al pasar:  
no te avergüence el andar  
arrastrando por la hondura.

Que sin foso y sin rastrillo  
verás sólo un torreón  
solitario y amarillo,  
que ayer se llamó castillo  
y hoy *el alto de Muñón*.

Ya son presa del olvido  
sus blasones y baluartes.  
¡Mírale, Arlanza, atrevido!  
¡Sus gentes, cuando han huído,  
perdieron sus estandartes!

Mira ¡oh río! en caridad  
si, de ese fantasma al pie,  
una afligida beldad  
llorando tal vez se ve  
su amor y su soledad.

Y si en tu margen desnuda  
las resbaladizas ondas  
contempla llorosa y muda,  
antes, río, la saluda  
que por la vega te escondas.

Y no la dejes ¡oh río!  
por respeto ó por temor  
de su doliente desvío:  
el llanto que vierte es mío,  
que está llorando de amor.

¡Ay de la blanca azucena  
que sin lluvia bienhechora  
se agosta en la seca arena!  
¡Ay de la niña que llora  
sobre las aguas su pena!

¡Ay de la angustiada hermosa  
por cuyos ojos deliro,  
por cuyos labios de rosa,  
por cuya risa amorosa  
enamorado suspiro!

¡Ay de la que piensa en mí  
en la margen del Arlanza!...  
¿Qué aguardas, hermosa, dí,  
sin consuelo ni esperanza,  
tan acongojada aquí?

¿Por qué tus alegres horas  
vertiendo lágrimas pierdes  
sobre las ondas sonoras

que cruzan murmuradoras  
por esas campiñas verdes?

Esas aguas que hallan flores  
en la ribera al pasar,  
por más que sobre ellas llores,  
nunca tus cuitas de amores  
sabrán, niña, consolar.

Ni por más que tu amargura  
en son de queja las cuentas,  
á la falda de esa altura,  
movidas de tu hermosura,  
han de parar sus corrientes.

Porque, ajenas de tu afán,  
por el valle resbalando  
indiferentes irán,  
y nunca más volverán,  
aunque tú quedes llorando.

Ni pienses que has de venir  
á contarme el desconuelo  
en que te vieron gemir;  
que á darnos no alcanza el suelo  
más placer que el de morir.

El cielo nos dió pasiones,  
nos dió luz, vida y calor,  
pobló el alma de ilusiones;  
mas negó á los corazones  
el consuelo en el dolor.

Tanta luz, tantos colores,  
tantas galas y primores,  
son mentira y oropel:  
que el mundo alfombra con flores  
los pantanos que hay en él.

Las flores se desvanecen,  
y corrompidas no arojan;  
los ríos furiosos crecen,  
y torrentes se desploman  
sobre el prado que florecen.

Lo que ayer palacio fué,  
hoy vemos informe ruina,

por más que el grosero pie  
mirando su sombra esté  
sobre el agua cristalina.

De ese adusto monumento  
que levanta en el espacio  
su esqueleto ceniciento,  
demándale, niña, al viento  
si fué cárcel ó palacio.

Demándale al claro río  
que baña el valle que habitas,  
qué hizo ayer el tiempo impío  
del feudo y del poderío  
de esa peña en que meditas.

Pregúntale qué se hicieron  
los nobles de esa Castilla,  
los castillos que vivieron,  
los planteles que tuvieron  
en su ribera amarilla.

Pregúntale qué misterio  
encubre esa cruz que riega  
cual árbol de un cementerio,  
donde tuvo un monasterio  
para sus reyes Pampliega.

Pregunta si entre las rejas  
de su bizantino muro  
oyó las amargas quejas  
del rey, que en su templo oscuro  
lloró virtudes añejas.

Pregunta si oyó decir  
al monarca, en su abandono,  
que un puñal le hizo subir  
los escalones del trono,  
y un vaso se le hizo huir.

Para escoger le llamaron,  
entre morir ó reinar:  
los que ayer le coronaron

su venia no demandaron  
el tósigo á preparar.

¡Triste Wamba! Por mancilla  
la púrpura te vistieron  
esos grandes de Castilla  
que tu sepulcro tendieron  
á las puertas de esa villa.

¡Río Arlanza! ¡Río Arlanza,  
que el florido campo pules  
derramándote en holganza;  
tan frágil es mi esperanza  
como tus ondas azules!

¡Quién pudiera, río manso,  
resbalando indiferente,  
hallar, como tú, descanso  
cuando apilas tu corriente  
en escondido remanso!

Pues pasas murmurador  
bordando el campo de flores,  
¡arrulla, Arlanza, el dolor  
de esa niña sin amores  
que está llorando de amor!

Díla, Arlanza, que ha mentido  
quien encontró á mis cantares  
el placer que no he sentido;  
que en ello gozo he fingido  
por adormir mis pesares.

Díla que si suelto al viento,  
al compás del arpa loca,  
alegre y báquico acento,  
es que cierro á mi tormento  
los caminos de mi boca.

¡Río Arlanza! ¡Río Arlanza,  
que el florido campo pules  
derramándote en holganza,  
díla que está mi esperanza  
cabe tus ondas azules!

# Á BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO

## Tradición de Toledo

### I

Entre pardos nubarrones  
pasando la blanca luna,  
con resplandor fugitivo  
la baja tierra no alumbra.  
La brisa con frescas alas  
juguetona no murmura,  
y las veletas no giran  
entre la cruz y la cúpula:  
tal vez un pálido rayo  
la opaca atmósfera cruza,  
y unas en otras las sombras  
confundidas se dibujan.  
Las almenas de las torres  
un momento se columbran,  
como lanzas de soldados  
apostados en la altura.  
Reverberan los cristales  
la trémula llama turbia,  
y un instante entre las rocas  
riñela la fuente oculta.  
Los álamos de la vega  
parecen en espesura,  
de fantasmas apiñados  
medrosa y gigante turba;  
y alguna vez desprendida  
gotea pesada lluvia,  
que no despierta á quien duerme,  
ni á quien medita importuna.  
Yace Toledo en el sueño  
entre la sombra confusa,  
y, el Tajo á sus pies pasando,  
con pardas ondas la arrulla.  
El monótono murmullo  
sonar perdido se escucha,

cual si por las hondas calles  
hirviera del mar la espuma.  
¡Qué dulce es dormir en calma  
cuando á lo lejos susurran  
los álamos que se mecen,  
las aguas que se derrumban!  
Se sueñan bellos fantasmas  
que el sueño del triste endulzan;  
y, en tanto que sueña el triste,  
no le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría  
como la noche que enluta  
la esquina en que desemboca  
una callejuela oculta,  
se ve de un hombre que aguarda  
la vigilante figura;  
y tan á la sombra vela,  
que entre la sombra se ofusca.  
Frente por frente á sus ojos,  
un balcón á poca altura  
deja escapar por los vidrios  
la luz que dentro le alumbra,  
mas ni en el claro aposento,  
ni en la callejuela oscura,  
el silencio de la noche  
rumor sospechoso turba.  
Pasó así tan largo tiempo,  
que pudiera haberse duda  
de si es hombre, ó solamente  
mentida ilusión nocturna;  
pero es hombre, y bien se ve,  
porque con planta segura,  
ganando el centro á la calle,  
resuelto y audaz pregunta:  
—¿Quién va?—y á corta distancia

el igual compás se escucha  
de un caballo que sacude  
las sonoras herraduras.  
—¿Quién va?—repite; y, cercana  
otra voz menos robusta  
responde:—Un hidalgo. ¡Calle!—  
y el paso el bruto apresura.  
—¡Téngase el hidalgo!—el hombre  
replica, y la espada empuña.  
—Ved más bien si me haréis calle—  
repusieron con mesura;—  
que hasta hoy á nadie se tuvo  
Iván de Vargas y Acuña.  
—Pase el Acuña, y perdone—  
dijo el mozo en faz de fuga;  
pues, teniéndose el embozo,  
sopla un silbato y se oculta.  
Paró el jinete á una puerta,  
y con precaución difusa  
salió una niña al baleón  
que llama interior alumbrada.  
—¡Mi padre!—clamó en voz baja;  
y el viejo en la cerradura  
metió la llave, pidiendo  
á sus gentes que le acudan.  
Un negro, por ambas bridas  
tomó la cabalgadura;  
cerróse detrás la puerta,  
y quedó la calle muda.  
En esto, desde el baleón,  
como quien tal acostumbra,  
un mancebo por las rejas  
de la calle se asegura.  
Asió el brazo al que apostado  
hizo cara á Iván de Acuña,  
y huyeron en el embozo  
velando la catadura.

## II

Clara, apacible y serena  
pasa la siguiente tarde,  
y el sol, tocando su ocaso,  
apaga su luz gigante.  
Se ve la imperial Toledo  
dorada por los remates,

como una ciudad de grana  
coronada de cristales.  
El Tajo por entre rocas  
sus anchos cimientos lame,  
dibujando en las arenas  
las ondas con que las bate.  
Y la ciudad se retrata  
en las ondas desiguales,  
como en prendas de que el río  
tan afanoso la bañe.  
Á lo lejos en la vega  
tiende galán, por sus márgenes,  
de sus álamos y huertos  
el pintoresco ropaje;  
y porque su altiva gala  
más á los ojos halague,  
la salpica con escombros  
de castillos y de alcázares.  
Un recuerdo es cada piedra  
que toda una historia vale,  
cada colina un secreto  
de príncipes ó galanes.  
Aquí se bañó la hermosa  
por quien dejó un rey culpable  
amor, fama, reino y vida  
en manos de musulmanes.  
Allí recibió Galiana  
á su receloso amante,  
en esa cuesta que entonces  
era un plantel de zahares.  
Allá, por aquella torre  
que hicieron puerta los árabes,  
subió el Cid sobre Babieca,  
con su gente y su estandarte.  
Más lejos se ve al castillo  
de San Servando, ó Cervantes,  
donde nada se hizo nunca  
y nada al presente se hace.  
Á este lado está la almena  
por do sacó vigilante  
el conde Don Peranzules  
al rey, que supo una tarde  
fingir tan tenaz modorra,  
que político y constante  
tuvo siempre el brazo quedo,  
las palmas al horadarle.

Allí está el Circo romano,  
 gran cifra de un pueblo grande,  
 y aquí la antigua Basílica  
 de bizantinos pilares,  
 que oyó en el primer Concilio  
 las palabras de los Padres  
 que velaron por la Iglesia  
 perseguida ó vacilante.

La sombra en este momento  
 tiende sus turbios cendales  
 por todas esas memorias  
 de las pasadas edades,  
 y del Cambrón y Visagra  
 los caminos desiguales,  
 camino á los toledanos  
 hacia las murallas abren;  
 los labradores se acercan  
 al fuego de sus hogares,  
 cargados con sus aperos,  
 cansados de sus afanes.

Los ricos y sedentarios  
 se tornan con paso grave,  
 calado el ancho sombrero,  
 abrochados los gabanes;  
 y los clérigos y monjes,  
 y los prelados y abades,  
 sacudiendo el leve polvo  
 de capelos y sayales.

Quédase solo un mancebo  
 de impetuosos ademanes,  
 que se pasea ocultando  
 entre la capa el semblante.

Los que pasan le contemplan  
 con decisión de evitarle,  
 y él contempla á los que pasan  
 como si á alguien aguardase.

Los tímidos aceleran  
 los pasos al divisarle,  
 cual temiendo, de seguro,  
 que les proponga un combate;  
 y los valientes le miran  
 cual si sintieran dejarle  
 sin que libres sus estoques  
 en riña sonora dancen.

Una mujer también sola  
 se viene el llano adelante,

la luz del rostro escondida  
 en tocas y tafetanes.

Mas, en lo leve del paso  
 y en lo flexible del talle,  
 puede á través de los velos  
 una hermosa adivinarse.

Váse derecha al que aguarda,  
 y él al encuentro la sale  
 diciendo... cuanto se dicen  
 en las citas los amantes.

Mas, ella galanterías  
 dejando severa aparte,  
 así al mancebo interrumpe  
 en voz decisiva y grave:

—Abreviemos de razones,  
 Diego Martínez: mi padre,  
 que un hombre ha entrado, en su au-  
 dentro mi aposento sabe; [sencia,  
 y así, quien mancha mi honra,  
 con la suya me la lave:

ó dadme mano de esposo,  
 ó libre de vos dejadme.—

Miróla Diego Martínez  
 atentamente un instante,  
 y, echando á un lado el embozo,  
 repuso palabras tales:

—Dentro de un mes, Inés mía,  
 parto á la guerra de Flandes;  
 al año estaré de vuelta,  
 y contigo en los altares.

Honrá que yo te desluzca,  
 con honra mía se lave;  
 que por honra vuelven honra  
 hidalgos que en honra nacen.

—Júralo—exclamó la niña.

—Más que mi palabra vale  
 no te valdrá un juramento.

—¡Vive Dios que estás tenaz!

—Dalo por jurado y baste.

—No me basta; que olvidar  
 puedes la palabra en Flandes.

—¡Voto á Dios! ¿Qué más pretendes?

—Que á los pies de aquella imagen  
 lo jures como cristiano,  
 del Santo Cristo delante.—

Vaciló un punto Martínez;

mas, porfiando que jurase,  
 llevóle Inés hacia el templo  
 que en medio la vega yace.  
 Enclavado en un madero,  
 en duro y postrero trance,  
 ceñida la sien de espinas,  
 descolorido el semblante,  
 víase allí un Crucifijo  
 teñido de negra sangre,  
 á quien Toledo devota  
 acude hoy en sus azares.  
 Ante sus plantas divinas  
 llegaron ambos amantes,  
 y haciendo Inés que Martínez  
 los sagrados pies tocase,  
 preguntóle:—Diego, ¿juras  
 á tu vuelta desposarme?—  
 Contestó el mozo:—¡Sí juro!—  
 Y ambos del templo se salen.

## III

Pasó un día y otro día,  
 un mes y otro mes pasó,  
 y un año pasado había,  
 mas de Flandes no volvía  
 Diego, que á Flandes partió.

Lloraba la bella Inés,  
 su vuelta aguardando en vano;  
 oraba un mes y otro mes  
 del Crucifijo á los pies  
 do puso el galán su mano.

Todas las tardes venía  
 después de traspuesto el sol,  
 y á Dios llorando pedía  
 la vuelta del español,  
 y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,  
 sin dueña y sin escudero,  
 en un manto una mujer  
 el campo salía á ver  
 al alto del *miradero*.

¡Ay del triste que consume  
 su existencia en esperar!  
 ¡Ay del triste que presume  
 que el duelo con que él se abruma  
 al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos  
 precioso y funesto don,  
 pues los amantes desvelos  
 cambian la esperanza en celos  
 que abrazan el corazón.

Si es cierto lo que se espera  
 es un consuelo en verdad;  
 pero, siendo una quimera,  
 en tan frágil realidad  
 quien espera desespera.

Así Inés desesperaba  
 sin acabar de esperar,  
 y su tez se marchitaba,  
 y su llanto se secaba  
 para volver á brotar.

En vano á su confesor  
 pidió remedio ó consejo  
 para aliviar su dolor;  
 que mal se cura el amor  
 con las palabras de un viejo.

En vano á Iván acudía  
 llorosa y desconsolada:  
 el padre no respondía;  
 que la lengua le tenía  
 su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,  
 callando el padre severo  
 y suspirando la bella,  
 porque nació mujer ella,  
 y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron  
 en esperar y gemir,  
 y las guerras acabaron,

y los de Flandes tornaron  
á sus tierras á vivir.

Pasó un día y otro día,  
un mes y otro pasó,  
y el tercer año corría.  
Diego á Flandes se partió,  
mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena:  
doraba el sol de Occidente  
del Tajo la vega amena,  
y apoyada en una almena  
miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas  
las riberas azotando  
bajo las murallas solas,  
musgo, espigas y amapolas  
ligeramente doblando.

Algún olmo que escondido  
creció entre la hierba blanda  
sobre las aguas tendido,  
se reflejaba perdido  
en su cristalina banda.

Y algún ruiseñor colgado  
entre su fresca espesura,  
daba al aire embalsamado  
su cántico regalado  
desde la enramada oscura.

Y algún pez con cien colores,  
tornasolada la escama,  
saltaba á besar las flores  
que exhalan gratos olores  
á las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo  
el torreón se dibuja,  
como el contorno redondo  
del hueco sombrío y hondo  
que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba  
el rigor de su fortuna,  
y así la tarde pasaba,  
y al horizonte trepaba  
la consoladora luna.

A lo lejos, por el llano,  
en confuso remolino,  
vió de hombres tropel lejano,  
que en pardo polvo liviano  
dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,  
y, llegando recelosa  
á las puertas del Cambrón,  
sintió latir zozobrosa  
más inquieto el corazón.

Tan galán como altanero  
dejó ver la escasa luz,  
por bajo el arco primero,  
un hidalgo caballero  
en un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado,  
banda azul, lazo en la hombrera,  
y, sin pluma, al diestro lado  
el sombrero derribado,  
tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,  
bota de ante, espuela de oro,  
hierro al cinto suspendido,  
y á una cadena prendido  
agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete,  
sobre potros jerezanos,  
de lanceros hasta siete,  
y en adarga y coselete  
diez peones castellanos.

Asióse á su estribo Inés,  
gritando:—Diego, ¿eres tú?—  
y él, viéndola de través,  
dijo:—¡Voto á Belcebú,  
que no me acuerdo quién es!

Dió la triste un alarido,  
tal respuesta al escuchar,  
y á poco perdió el sentido,  
sin que más voz ni gemido  
volviera en tierra á exhalar.

Franciendo ambas á dos cejas,  
encomendóla á su gente,  
diciendo:—¡Malditas viejas,  
que á las mozas malamente  
enloquecen con consejas!—

Y aplicando el capitán  
á su potro las espuelas,  
el rostro á Toledo dan,  
y á trote cruzando van  
las oscuras callejuelas.

#### IV

Así por sus altos fines  
dispone y permite el cielo  
que puedan mudar al hombre  
fortuna, poder y tiempo.  
Á Flandes partió Martínez  
de soldado aventurero,  
y por su suerte y hazañas,  
allí capitán le hicieron.  
Según alzaba en honores  
alzábase en pensamientos,  
y tanto ayudó en la guerra  
con su valor y altos hechos,  
que el mismo rey, á su vuelta,  
le armó en Madrid caballero,  
tomándole á su servicio  
por capitán de lanceros.  
Y otro no fué que Martínez  
quien ha poco entró en Toledo,  
tan orgulloso y ufano  
cual salió humilde y pequeño.  
Ni es otro á quien se dirige,  
cobrado el conocimiento,  
la amorosa Inés de Vargas,  
que vive por él muriendo.

Mas él, que, olvidando todo,  
olvidó su nombre mesmo,  
puesto que Diego Martínez  
es el capitán Don Diego,  
ni se ablanda á sus caricias  
ni cura de sus lamentos,  
diciendo que son locuras  
de gentes de poco seso;  
que ni él prometió casarse,  
ni pensó jamás en ello.  
¡Tanto mudan á los hombres  
fortuna, poder y tiempo!  
En vano porfiaba Inés  
con amenazas y ruegos:  
cuanto más ella importuna  
está Martínez severo.  
Abrazada á sus rodillas,  
enmarañado el cabello,  
la hermosa niña lloraba  
prosternada por el suelo.  
Mas todo empeño es inútil,  
porque el capitán Don Diego  
no ha de ser Diego Martínez,  
como lo era en otro tiempo.  
Y así, llamando á su gente,  
de amor y piedad ajeno,  
mandóles que á Inés llevaran,  
de grado ó de valimiento.  
Mas ella, antes que la asieran,  
cesando un punto en su duelo,  
así habló, el rostro lloroso  
hacia Martínez volviendo:  
—Contigo se fué mi honra,  
conmigo tu juramento;  
pues buenas prendas son ambas,  
en buen fiel las pesaremos.—  
Y la faz descolorida  
en la mantilla envolviendo,  
á pasos desatentados  
salióse del aposento.

#### V

Era entonces de Toledo,  
por el rey gobernador,  
el justiciero y valiente

Don Pedro Ruiz de Alarcón.  
 Muchos años por su patria  
 el buen viejo peleó;  
 cercenado tiene un brazo,  
 mas entero el corazón.  
 La mesa tiene delante,  
 los jueces en derredor,  
 los corchetes á la puerta,  
 y en la derecha el bastón.  
 Está, como presidente  
 del Tribunal superior,  
 entre un dosel y una alfombra,  
 reclinado en un sillón,  
 escuchando con paciencia  
 la casi asmática voz  
 con que un tétrico escribano  
 solfea una apelación.  
 Los asistentes bostezan  
 al murmullo arrullador;  
 los jueces, medio dormidos,  
 hacen pliegues al ropón;  
 los escribanos repasan  
 sus pergaminos al sol.  
 Los corchetes á una moza  
 guiñan en un corredor,  
 y abajo en Zocodover  
 gritan en discorde son  
 los que en el mercado venden,  
 lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto,  
 en faz de grande afición,  
 rojos de llorar los ojos,  
 ronca de gemir la voz,  
 suelto el cabello y el manto,  
 tomó plaza en el salón,  
 diciendo á gritos:—¡Justicia,  
 jueces! ¡Justicia, señor!—  
 Y á los pies se arroja humilde  
 de Don Pedro de Alarcón,  
 en tanto que los curiosos  
 se agitan alrededor.

Alzóla cortés Don Pedro,  
 calmando la confusión  
 y el tumultuoso murmullo  
 que esta escena ocasionó,  
 diciendo:—Mujer, ¿qué quieres?

—Quiero justicia, señor.  
 —¿De qué?  
     —De una prenda hurtada.  
 —¿Qué prenda?  
     —Mi corazón.  
 —¿Tú le diste?  
     —Le presté.  
 —¿Y no te le han vuelto?  
     —No.  
 —¿Tienes testigos?  
     —Ninguno.  
 —¿Y promesa?  
     —Sí, ¡por Dios!  
 que, al partirse de Toledo,  
 un juramento empeñó.  
 —¿Quién es él?  
     —Diego Martínez.  
 —¿Noble?  
     —Y capitán, señor.  
 —Presentadme al capitán,  
 que cumplirá si juró.—  
 Quedó en silencio la sala;  
 y á poco, en el corredor,  
 se oyó de botas y espuelas  
 el acompasado son.  
 Un portero, levantando  
 el tapiz, en alta voz  
 dijo:—El capitán Don Diego.—  
 Y entró luego en el salón  
 Diego Martínez, los ojos  
 llenos de orgullo y furor.  
 —¿Sois el capitán Don Diego—  
 díjole Don Pedro—vos?—  
 Contestó altivo y sereno  
 Diego Martínez:  
     —Yo soy.  
 —¿Conocéis á esta muchacha?  
 —Ha tres años, salvo error.  
 —¿Hicisteis la juramento  
 de ser su marido?  
     —No.  
 —¿Juráis no haberlo jurado?  
 —Sí, juro.  
     —Pues id con Dios.  
 —¡Miente!—clamó Inés, llorando  
 de despecho y de rubor.

—Mujer, ¡piensa lo que dices!

—Digo que miente; juró.

—¿Tienes testigos?

—Ninguno.

—Capitán, idos con Dios,  
y dispensad que, acusado,  
dudara de vuestro honor.—

Tornó Martínez la espalda  
con brusca satisfacción,  
é Inés, que le vió partirse,  
resuelta y firme gritó:

—¡Llamadle! Tengo un testigo.

¡Llamadle otra vez, señor!

Volvió el capitán Don Diego,  
sentóse Ruiz de Alarcón,  
la multitud aquietóse,  
y la de Vargas siguió:

—Tengo un testigo á quien nunca  
faltó verdad ni razón.

—¿Quién?

—Un hombre que de lejos  
nuestras palabras oyó,  
mirándonos desde arriba.

—¿Estaba en algún balcón?

—No; que estaba en un suplicio  
donde ha tiempo que espiró.

—¿Luego es muerto?

—No, que vive.

—Estáis loca, ¡vive Dios!

¿Quién fué?

—El CRISTO de la Vega,  
á cuya faz perjuró.—

Pusiéronse en pie los jueces  
al nombre del Redentor,  
escuchando con asombro  
tan excelsa apelación.

Reinó un profundo silencio  
de sorpresa y de pavor,  
y Diego bajó los ojos  
de vergüenza y confusión.

Un instante con los jueces  
don Pedro en secreto habló,  
y levantóse diciendo  
con respetuosa voz:

—La ley es ley para todos:  
tu testigo es el mejor;

mas, para tales testigos,  
no hay más tribunal que Dios.  
Haremos... lo que sepamos.  
Escribano: al caer el sol,  
al CRISTO que está en la vega  
tomaréis declaración.

## VI

Es una tarde serena,  
cuya luz tornasolada  
del purpurino horizonte  
blandamente se derrama.  
Plácido aroma las flores  
sus hojas plegando exhalan,  
y el céfiro, entre perfumes,  
mece las trémulas alas.  
Brillan abajo en el valle  
con suave rumor las aguas,  
y las aves en la orilla  
despidiendo al día cantan.

Allá por el *miradero*,  
por el Cambrón y Visagra,  
confuso tropel de gente  
del Tajo á la vega baja.  
Vienen delante Don Pedro  
de Alarcón, Iván de Vargas,  
su hija Inés, los escribanos,  
los corchetes y los guardias;  
y detrás monjes, hidalgos,  
mozas, chicos y canalla.  
Otra turba de curiosos  
en la vega les aguarda,  
cada cual comentando  
el caso según le cuadra.  
Entre ellos está Martínez,  
en apostura bizarra,  
calzadas espuelas de oro,  
valona de encaje blanca,  
bigote á la borgoñesa,  
melena desmelenada,  
el sombrero guarnecido  
con cuatro lazos de plata,  
un pie delante del otro,  
y el puño en el de la espada.

Los plebeyos de reajo  
 le miran de entre las capas,  
 los chicos al uniforme,  
 y las mozas á la cara.  
 Llegado el gobernador  
 y gente que le acompaña,  
 entraron todos al claustro  
 que iglesia y patio separa.  
 Encendieron ante el Cristo  
 cuatro cirios y una lámpara,  
 y de hinojos un momento  
 oraron allí en voz baja.

Está el Cristo de la Vega  
 la cruz en tierra posada,  
 los pies alzados del suelo  
 poco menos de una vara.  
 Hacia la severa imagen  
 un notario se adelanta,  
 de modo que con el rostro  
 al pecho santo llegaba.  
 A un lado tiene á Martínez,  
 á otro lado á Inés de Vargas;  
 detrás al gobernador,  
 con sus jueces y sus guardias.  
 Después de leer dos veces  
 la acusación entablada,  
 el notario á Jesucristo  
 así demandó en voz alta:

— *Jesús, Hijo de María,*  
*ante nos esta mañana*  
*citado como testigo*  
*por boca de Inés de Vargas:*

*¿juráis ser cierto que un día,*  
*á vuestras plantas divinas,*  
*juró á Inés, Diego Martínez*  
*por su mujer desposarla?*

Asida á un brazo desnudo  
 una mano atarazada,  
 vino á posar en los autos  
 la seca y hendida palma,  
 y, allá en los aires, ¡SÍ JURO!,  
 clamó una voz más que humana.  
 Alzó la turba medrosa  
 la vista á la imagen santa...  
 los labios tenía abiertos,  
 y una mano desclavada.

#### CONCLUSIÓN

Las vanidades del mundo  
 renunció allí mismo Inés,  
 y, espantado de sí propio,  
 Diego Martínez también.  
 Los escribanos, temblando  
 dieron de esta escena fe,  
 firmando como testigos  
 cuantos hubieron poder.  
 Fundóse un aniversario  
 y una capilla con él,  
 y Don Pedro de Alarcón  
 el altar ordenó hacer,  
 donde hasta el tiempo que corre,  
 y en cada un año una vez,  
 con la mano desclavada  
 el Crucifijo se ve.



# À ROMA

Aun niño, me contaron  
 un *no sé qué* de Césares y reyes,  
 de alcázares que alzaron,  
 de imperios que asolaron  
 para escribir con sus escombros leyes.

Y yo me imaginaba,  
 allá en mi débil pensamiento loco,  
 cuando en Roma pensaba,  
 que, cuanto grande hallaba,  
 para fingirlo en Roma era bien poco.

Palacios imperiales,  
 circos y templos, acueductos, fuentes,  
 trofeos colosales,  
 obeliscos triunfales,  
 termas, jardines, pórticos y puentes,

Perfumes, y oro y ruido,  
 y sabios, y vestales, y guerreros  
 soñé desvanecido;  
 y todo confundido  
 como los días de mi edad primeros.

¡Pobre niño ambicioso!  
 No conté con las sordas tempestades  
 del tiempo proceloso,  
 que arrebató impetuoso,  
 reyes, palacios, gentes y ciudades.

Y ciego y exhalado  
 á impulso de mi joven fantasía,  
 volé desatentado  
 á ver lo atesorado,  
 lo que pensaba yo que no moría.

Tras ese haz de despojos  
 que al ancho Tíber las espaldas doma,  
 me prosterné de hinojos,  
 para tornar los ojos  
 á sorprender la eternidad de Roma.

Y ahí encontré tendida  
 esa Roma, terror de las naciones,  
 desplomada y hundida;  
 ramera embrutecida,  
 hija de lobos, madre de Nerones.

Leona agonizante  
 que rabiosos los tigres dividieron,  
 y á su raza triunfante  
 la presa palpitante  
 de sus cachorros en venganza dieron.

Púrpura del tirano  
 que dió su vida en prenda de mil muertes,  
 y el esclavo villano  
 con insolente mano  
 echó sobre ella y sobre el trono suertes.

¿Qué se hicieron, señora,  
 tus severos y nobles senadores?  
 Tu gente vencedora,  
 ¿en dónde oculta ahora  
 el sitio de tus libres dictadores?

¿Do están los ciudadanos  
 que nacían señores de la tierra,  
 vasallos soberanos  
 cuyas potentes manos  
 daban al universo paz ó guerra?

¿Do están esas legiones  
que á su placer la púrpura ofrecían,  
y por altas razones  
á las otras naciones  
enviaban nuevo rey cuando querían?

¿Do están esos valientes  
á quien seguían miles de soldados  
á avasallar las gentes,  
arrastrando insolentes  
los vintos reyes á su triunfo atados?

¿Do está, Roma caída,  
aquella multitud que iba serena  
á tus circos, servida  
con ver cómo la vida  
jugaban sus esclavos en la arena?

¡Tú sola te perdiste!  
¡Tú sola ¡oh Roma! tu grandeza hollaste,  
pues la prez que te diste  
velarte no supiste,  
y tu seno con crímenes manchaste!

Porque diste humillada  
á un César un puñal y una corona,  
su raza entronizada  
en tu cerviz hollada,  
por eso cantos de furor entona.

Por eso en sus salones  
tus matronas tomó por concubinas;  
por eso á sus legiones,  
con tan torpes lecciones,  
hizo á Roma poblar de Mesalinas.

Y en su embriaguez y hartura,  
contando como perros sus vasallos,  
quisiera en su locura  
esa progeñie impura  
palacios levantar á sus caballos.

Y por eso de flores  
coronada la sien, iban beodos  
esos emperadores,  
los crímenes mayores  
á presenciar, para saberlos todos.

Por eso ardías, Roma,  
mientras Nerón al resplandor cantaba;  
y, al par que se desploma  
tu grandeza, el aroma  
del humo ardiente tu señor gozaba.

Por eso en tus hogueras  
morían inocentes los cristianos,  
y tus legiones fieras,  
en dobladas hileras,  
apoyaron la ley de tus tiranos.

Por eso del Oriente,  
tras el pendón del Redentor divino,  
bravo tropel de gente  
vino y clavó en tu frente  
el Lábaro triunfal de Constantino.

Y por eso, más tarde,  
tu hora fatal atentos esperaban  
¡y ansiando que no tarde!,  
los que, en vejez cobarde,  
del desierto al lindel te contemplaban.

El desierto dejaron  
los que tu fértil, opulento y rico  
imperio devastaron,  
y en sangre se bañaron  
las formidables hordas de Alarico.

Del desierto vinieron  
los hijos de esa raza que aniquila  
cuanta pompa en tí vieron,  
y tus muros se hundieron  
bajo el caballo del sangriento Atila.

«¡Sangre! ¡exterminio! ¡fuego!  
»¡cebáos ahí en carne de villanos!»,  
gritaba de ira ciego;  
«¡que no se encuentre luego  
»uno con libertad de esos romanos!

»Sangre á beber vinimos.  
»¡Hartáos de sangre, mis sedientos pe-  
»¡Doquiera que estuvimos, [rros!  
»que muestre que vencimos  
»la marca funeral de nuestros hierros!

»¡Sangre! ¡exterminio! ¡fuego!  
 »¡Sangre, lebreles! Si sus dioses hallo,  
 »y hasta su templo llego,  
 »venid á verlos luego  
 »atados por los pies á mi caballo.»

Y así Atila clamando,  
 giró en carrera rápida y violenta  
 sus tigres azuzando,  
 la ancha espada mostrando  
 hasta el torcido gavilán sangrienta.

¡Fiesta horrible, espantosa,  
 festín de sangre en tu recinto dieron!  
 ¡Oh Roma poderosa!  
 La sangre generosa  
 de tus hijos los bárbaros bebieron.

La compasiva luna  
 requirió los cendales enlutados  
 de la sombra oportuna,  
 por no ver tu fortuna  
 hecha presa y botín de sus soldados.

¿Qué te quedó aquel día  
 ¡oh Roma! de tu espléndida grandeza?  
 ¿Quién lloró tu agonía?  
 ¿Quién, como tú, gemía  
 sosteniendo en sus brazos tu cabeza?

¡Otra amorosa gente,  
 víctima del furor de tus tiranos,  
 enjugó diligente  
 el sudor de tu frente  
 con maternales y dolientes manos!

Otra raza más pura,  
 en vez de tus Penates y tus Lares,  
 te prestó en tu amargura  
 otro Dios de ventura,  
 otro templo mejor y otros altares.

Mas tú, infame ramera,  
 por el antiguo vicio ya estragada,  
 á tu maldad primera  
 volvistes altanera,  
 tal vez sin fuerzas, pero no cansada.

Y tornaron más fieros  
 con leyes de piedad otros Nerones,  
 que, lobos carniceros

con pieles de corderos,  
 volvieron á dar *sangre* á las naciones.

Y tornaron profanas  
 á levantarse torpes concubinas  
 tus bellezas livianas;  
 tornaron las romanas  
 á aprender el papel de Mesalinas.

Y tornaron ladinos,  
 en lugar de tus monstruos imperiales,  
 otros reyes dañinos  
 en faz de peregrinos,  
 ornados de capelos y sayales.

¡Tuya es la culpa, ¡oh Roma!,  
 tuya es la culpa, y de tu suelo ardiente,  
 si te hundió tu carcoma;  
 del rojo sol que asoma  
 por ese azul y voluptuoso Oriente!

Culpa es de esos jardines  
 que brotan fuentes, y árboles y flores,  
 y toldos de jazmines,  
 que inspiran los festines  
 y el vértigo carnal de los amores.

Ciudad de las ciudades,  
 águila vieja cuya frente hollaron  
 las negras tempestades  
 en que tus mil edades  
 sobre tu cana frente reventaron,

—Adiós, con tus señores,  
 y ¡guay! que, mientras tú duermes tran-  
 no tornen vencedores [quila,  
 los tigres vengadores  
 de las legiones del sangriento Atila.

¡Guay! no vuelva azuzando  
 sus tigres de su cólera violenta,  
 sin compasión clamando,  
 la ancha espada mostrando  
 hasta el torcido gavilán sangrienta:

«¡Sangre! ¡exterminio! ¡fuego!  
 »¡Sangre, lebreles! Si sus dioses hallo,  
 »y hasta su templo llego,  
 »venid á verlos luego  
 »atados por los pies á mi caballo.»

## LA NOCHE INQUIETA

## FANTASÍA

## I

## LA ÚLTIMA LUZ

Hay más horas sin hora  
 en que nuestras horas cesan,  
 horas que en el alma pesan  
 como inmensa eternidad.  
 Unas horas sin Oriente,  
 sin Occidente y sin nombre,  
 en que atosigan al hombre  
 la mentira y la verdad.

Horas sin voz, en que quiere  
 escuchar algo el oído,  
 y el aire no tiene ruido  
 que poderle dar á oír;  
 en que quiere hablar la lengua  
 y se detiene medrosa,  
 porque teme alguna cosa  
 que la pueda interrumpir.

En que con ojos avaros  
 miramos lo que no vemos,  
 en que delirar creemos  
 y deliramos creer;  
 horas en que duerme entero  
 este mundo que habitamos,  
 y nosotros despertamos  
 su descanso á sorprender.

En los pliegues de la sombra,  
 como antípodas del día,  
 estas horas de agonía  
 caminando amargas van;

el tiempo abortó esas horas  
 para el alma que medita;  
 que el cuerpo no necesita  
 horas de tan noble afán.

Pasan sobre el grato sueño  
 del labrador fatigado,  
 sobre el sueño descuidado  
 del indolente señor:  
 sobre el del tranquilo esposo,  
 y el del necio indiferente,  
 y el de la hermosa inocente  
 que sueña el primer amor.

Pasan sobre la sonrisa  
 de la madre cariñosa,  
 que amante, madre y esposa,  
 en un amor goza tres;  
 pasan respetando el sueño  
 del olvidado mendigo,  
 que, al dar á la sien abrigo,  
 deja desnudos los pies.

Y buscan el sueño inquieto  
 de algún pensador profundo,  
 que aguarda más ancho mundo,  
 de éste otro mundo detrás;  
 buscan al hombre que piensa,  
 y que, al pensar que es eterno,  
 cambiara por un infierno  
 el posible de ser más.

Al asentarse en su lecho,  
 á sus párpados llamando,

el ánima despertando  
por el párpado miró.  
Presentósele la sombra,  
como imagen de la nada,  
á la roja llamada  
que la lámpara brotó.

Escucha, y oye silencio;  
mira, y los ojos ven sombra,  
habla, y el eco le asombra  
sin responder á su voz.  
Sólo aprende que es de noche,  
que su mente inquieta vaga,  
que su lámpara se apaga  
y que el sueño huyó precoz.

Entonces lucha afanado  
el cuerpo con la costumbre,  
el ojo busca la lumbre,  
busca el oído rumor;  
y el alma, sin luz ni ruido  
que su pensamiento estorbe,  
vuela libre por el orbe  
en pos de mundo mejor.

Pero estando condenada  
á la cárcel de la tierra,  
vuelve al cuerpo que la encierra,  
para meditar en él.  
Entonces, sujeta al cuerpo,  
mar que en las rocas se estrella,  
para sentir como aquélla,  
sentidos le presta aquél.

Débil como el cuerpo entonces,  
por ojos de carne mira,  
y ve lo que ver delira  
por aquel turbio cristal;  
ve que la lámpara seca  
la luz postrera derrama,  
y ve en la convulsa llama  
un no sé qué de infernal.

Aquellas ráfagas tibias,  
llamaradas de un momento  
que alumbran el aposento  
para ofuscarle otra vez;

que confundiendo las formas,  
dando espacio á los objetos,  
pintan manchas y esqueletos  
que cruzan por la pared.

Aquella lumbre oscilante  
que en torno al pábilo flota  
aérea, vibrante, rota,  
de indefinible color,  
dibuja en los pardos vidrios  
y en las blancas muselinas  
creaciones peregrinas  
que nos llenan de terror.

Asoma rostros deformes  
de diabólicos contornos,  
que en colgaduras y adornos  
nos parece ver girar;  
ya son gigantes monstruosos  
que desaparecen livianos,  
ya ridículos enanos  
que se juntan á danzar.

Ya son pájaros flotantes,  
ya son repugnantes viejas,  
ya son fantasmas distantes,  
negras visiones *sin luz*;  
ya son vivientes que pasan,  
ya son antorchas que cruzan,  
cuyo fulgor desmenuzan  
líneas hendidas en cruz.

Ya charolado vacío  
de estrellas rojas orlado,  
ú hondo hueco iluminado  
por agonizante hachón;  
ya pardos grupos de sombra,  
ya misteriosos paisajes,  
ya pabellones de encajes  
ó tapices de crespón.

La llama trémula en tanto,  
de un momento á otro momento,  
su resplandor ceniciento  
amaga inquieta matar:  
flota en el aire exhalada,  
del pábilo desprendida,

y torna, al pábilo asida,  
segunda vez á brotar.

Ó lame blanda los bordes  
del vaso que la contiene,  
y á reconcentrarse viene  
en el pábilo otra vez;  
y moribunda vacila,  
como vibra y pestaña,  
malherido en la pupila,  
un ojo con rapidez.

Acaso un insecto imbécil,  
de nuestro pavor objeto,  
viene á revolcar inquieto  
de la llama en derredor;  
y en su fantástico vuelo  
cruzando la luz, parece  
que aumenta en formas y crece  
como ensueño aterrador.

Se desvanece un momento,  
luego flotando aparece,  
y con la llama se mece,  
cual si la hiciera vivir;  
mil veces la hiende y cruza,  
cual si un espíritu fuera  
que danzara en una hoguera  
donde alguno ha de morir.

Se le ve sobre la llama  
volar errante zumbando,  
ó bien, las alas plegando,  
la opaca lumbre beber;  
se le ve en el vidrio hueco,  
sobre sus pies transparentes,  
sus pasos indiferentes  
de uno á otro lado mover.

Y si del fuego aturdido,  
la claridad evitando  
y su vuelo acelerando  
se le ve cerca pasar,  
el rostro se hunde en las ropas;  
y mientras el miedo pasa,  
la luz que ilumina escasa  
se acaba al fin de apagar.

## II

## EL SILENCIO Y LA OSCURIDAD

Cuando, tras vela afanosa,  
fatigados nos dormimos,  
soñamos con lo que vimos  
ó lo que creímos ver.  
Así en tropel misterioso  
se agitan confusamente  
los delirios que la mente  
despreció velando ayer.

Por huir de ella tan sólo  
en ella se cobijaron,  
y dentro de ella aguardaron  
de revelarse ocasión;  
que esos fantásticos sueños  
que turban nuestro reposo,  
del ánimo religioso  
secretos abortos son.

Porque el que cree y el que duda,  
por descuidado que viva,  
en algo el creer estriba,  
y en algo estriba el dudar;  
y alguna vez, engañado  
por las que creyó evidencias,  
en sus dudas y creencias  
ha por fin de vacilar.

El ruido y el movimiento,  
la voz y la compañía  
que nos da la luz del día  
impiden pensar tal vez;  
y entonces, creencias, dudas,  
dentro del ánimo callan  
y, en él guarecidas, hallan  
asilo en su timidez.

Por eso, en orgia insensata  
el disoluto mancebo,  
dice: «En el licor que bebo  
ahogo cuanto creí.»  
Por eso, en placer sumido,  
dice el embriagado amante:  
«Yo no creo en este instante  
¡vida mía! más que en tí.»

Por eso, ante sus monedas  
 el jugador avariento,  
 dice con audaz acento:  
 «Creo en el oro y no más.»  
 Y por eso, el pendenciero  
 que el triunfo lidiando alcanza,  
 dice osado á su venganza:  
 «Honra, satisfecha estás.»

Pero si en la noche umbría,  
 tras sueño inquieto despierta,  
 cada sentido una puerta  
 á sus creencias le da;  
 y duda, y teme, y vacila,  
 y azorado el hondo pecho,  
 en derredor de su lecho  
 fantasmas fingiendo está.

Su lámpara ya apagada,  
 al matar la última lumbre,  
 dejó sombra en la techumbre,  
 dejó sombra en la pared;  
 cerrado dentro la alcoba  
 el aire falto de ruido,  
 escucha en vano el oído  
 la voz de la lobreguez.

En vano miran los ojos  
 la sombra descolorida;  
 con una ilusión mentida  
 vienen á topar al fin;  
 doquier que avaros se tornan,  
 ven una masa uniforme,  
 una sombra espesa, enorme,  
 que no se ciñe á confin.

La mente duda medrosa,  
 los sentidos se adormecen  
 y embriagados se estremecen  
 con cada nueva ilusión:  
 todo en la mente se agita,  
 todo en la mente se embota,  
 todo en torno nuestro flota  
 en callada confusión.

Y á tanto mirar los ojos,  
 á tanto oír los oídos,

fatigados, aturridos,  
 rumor oyen, sombras ven;  
 el ánima se amedrenta,  
 y brotan los pensamientos  
 medrosos y antiguos cuentos  
 que la atosigan también.

Entonces es cuando el eco  
 de un cabello que tropieza  
 nos retumba en la cabeza  
 con chasquido colosal;  
 entonces semeja el roce  
 de la ropa mal plegada,  
 la voz seca y prolongada  
 de rápido vendaval.

Entonces es cuando el ruido  
 de nuestro azorado aliento  
 nos parece el sordo acento,  
 la lejana confusión  
 de las invisibles alas  
 de aves mil desconocidas,  
 que van cruzando perdidas  
 los aires en rebelión.

Y escuchamos á lo lejos  
 huellas de pies recelosos,  
 y vagidos vaporosos  
 que se apagan al nacer;  
 y crujen en las vidrieras  
 confusos sacudimientos,  
 y aullidos, gritos y acentos  
 de rabia, espanto y placer.

Entonces fingen los ojos,  
 á compás de estos rumores,  
 mil fantásticos colores,  
 sombras y delirios mil;  
 bultos que ruedan informes  
 círculos de luces bellas,  
 vagas y raudas centellas,  
 del miedo aborto febril.

Y fantasmas que en tumulto  
 pasan, corren, flotan, vuelan,  
 y se apagan y ríelan,  
 sin tener luz ni color;

y parece que, cruzando  
por las tinieblas oscuras,  
arrastran sus vestiduras  
con repugnante rumor.

Caprichos, menos que nada,  
de esencia desconocida;  
delirios sin voz, sin vida,  
nada pueden, nada son;  
mas, sin cuerpos ni colores,  
tienen cuerpos y semblantes  
que los ojos delirantes  
les prestan en su ilusión.

Les presta voz el oído  
y movimientos la mente,  
y vienen confusamente  
mente y oído á acosar;  
y mente y ojos y oídos,  
con tan fantástico empeño,  
alejan el blando sueño  
y empiezan á delirar.

Llenan entonces el aire  
peregrinas ilusiones  
y frágiles creaciones  
de la duda y de la fe,  
donde, entre iguales contornos  
una en otra confundida,  
la miseria de la vida  
y la religión se ve.

Allí, entre un miedo mundano  
y entre una creencia errada,  
va un idea de la nada  
ó una olvidada verdad;  
y en tan cumplidas tinieblas,  
en silencio tan completo,  
se transparenta un objeto  
inmenso... la eternidad.

¿Quién no cree y quién no duda  
cuando, á solas en su lecho,  
en el reloj de su pecho  
sus horas contando está?  
¿Quién no cree y no duda entonces  
en el silencio y la sombra?

¿Quién, pensando, no se asombra  
lo que existe *más allá*?

Porque esos seres aéreos  
que en redor nuestro sentimos;  
el rumor que percibimos  
en torno nuestro bullir;  
aquel extraño delirio  
en que creemos dudando  
que hay quien nos está mirando  
sin podérselo impedir;

Ese rumor misterioso  
con que la sombra murmura;  
esa luz leve, insegura,  
que radia la oscuridad;  
ese temor sin objeto  
que la sombra nos infunde  
y en la mente nos confunde  
la mentira y la verdad;

Ese insectillo nocturno  
que nos asalta y aterra,  
que con nosotros se cierra  
importuno á combatir;  
que en monótona algazara,  
en ronco y sonoro ruido  
acosa nuestro descuido  
sin dejar de ir y venir;

Ese insecto á quien juzgamos,  
en nuestra afición medrosa,  
un ser, un soplo, una cosa  
que nos dice *no sé qué*,  
un *no sé qué* misterioso  
que nos traspasa de miedo,  
que de un labio revoltoso  
se derrama y no se ve;

Y aquel afanoso empeño  
con que dormir procuramos,  
y con quien tanto porfiamos,  
que hace inútil nuestro afán,  
son voces de nuestra nada  
que soñando comprendemos,  
y que á gritos—si creemos—  
preguntándonos están.

Por eso, si en orgia inmunda  
el disoluto mancebo  
dice: «En el licor que bebo  
ahogo cuanto creí»;  
por eso, si en sus placeres  
dice el insensato amante:  
«Yo no creo en este instante  
¡vida mía! más que en tí»;

Por eso, si ante su oro  
el jugador avariento  
dice con seguro acento:  
«Creo en el oro y no más»;  
por eso, si el pendenciero  
que el triunfo lidiando alcanza,  
dice altivo á su venganza:  
«Honra, satisfecha estás»,

En la sombra de la noche,  
con su corazón á solas,  
luchan con las turbias olas  
de la duda y el temor,  
el uno por sus festines,  
el otro por su dinero,  
por su honor el pendenciero,  
y el amaute por su amor.

Porque ese fugaz murmullo,  
ese crepúsculo vago,  
son el reflejo, el amago  
del final de nuestro ser;  
y dudar en el silencio,  
temer en la sombra oscura,  
no es ni duda ni pavora:  
es conocerse y creer.

Que la sombra y el silencio  
reflejan la eternidad,  
como la luz de los cielos  
reverbera en un cristal;  
y recordando su polvo  
á la flaca humanidad,  
son clamor de nuestra nada  
que diciéndonos está:  
«Creed, ó velad.»

Que el no atreverse á creer  
es decidirse á dudar,  
y dudar es tener miedo  
de creer una verdad.  
Dudar es estar en vela,  
creer es tranquilo estar,  
y es fuerza, por duda ó miedo,  
puesto que tan juntos van,  
creer, ó velar.

Pues no es más el corazón  
que un indestructible altar,  
de donde nuestras creencias  
no se separan jamás;  
y el jugador y el valiente,  
y el disoluto galán,  
tienen allá en la alta noche  
un momento sin solaz  
en que sus vagos temores,  
y su inquietud y su afán,  
les están diciendo á voces  
en la muda oscuridad:  
«Creed, ó velad.»

Que ese rumor del silencio,  
y esa ráfaga fugaz  
que deliramos que alumbraba  
la callada oscuridad,  
y ese temor sin objeto,  
y ese insecto pertinaz  
que zumba y silba y se agita,  
sube y baja, y viene y va,  
y ese empeño, esa porfía  
con que en nuestro torpe afán  
procuramos el descanso,  
¡vive Dios! que no son más  
que el miedo á nosotros mismos  
que nos impone tenaz  
creer, ó velar.

Es la sombra incomprensible  
de ese oculto *más allá*  
tras de cuyo pensamiento  
no alcanzamos á ver más  
que lo que envuelve la noche:  
*silencio y oscuridad.*

## III

## EL AMANE CER

Y al fin de tanto temer,  
tanto soñar sin dormir  
y tanto afán,  
el alba esperando ver,  
cerrándose sin sentir  
los ojos van.

Al menor ruido que oímos  
vuelven á abrirse otra vez  
lentamente;  
mas, apenas los abrimos,  
tornan á su lobreguez  
muellemente.

Y todavía creemos  
que sentimos y miramos  
desvelados,  
y lo que oímos y vemos  
es sólo lo que soñamos  
fatigados.

Todavía en la cabeza  
se agitan los pensamientos  
confundidos,  
y con lánguida preza  
dejamos sus movimientos  
vagar perdidos.

Y las nocturnas visiones  
que nuestro capricho loco  
nos fingía,  
sus medrosas ilusiones  
desvanecen poco á poco  
con el día.

Una luz tibia, insegura,  
el quicio de alguna reja  
iluminando,  
sobre la pared oscura  
la luz que fuera refleja  
va pintando.

Y en el rayo fugitivo  
que se pierde en el flotante  
polvo leve,

aquel insectillo esquivo,  
cruzando á su torno errante  
la luz le bebe.

Y pasa, y se mece, y gira,  
sube y baja, y huye y viene  
sin recelo,  
y se pierde y se retira,  
y sobre la luz se tiene  
en ronco vuelo.

De alguna torre cercana  
el esquilón nos despierta  
un momento,  
y en una ilusión liviana  
concibe la luz incierta  
el pensamiento.

Y el rayo del sol naciente,  
y el insecto pertinaz  
que bulle en torno,  
pasan un punto en la mente  
como una sombra fugaz  
sin contorno.

Y en la duda vacilando  
si velamos ó dormimos,  
nos parece  
que el sueño á que nos rendimos  
nos va la luz apagando  
que amanece.

Y pasando del dudar  
al descanso del dormir,  
olvidamos  
lo que nos vino á turbar,  
y lo que pudo existir  
ó soñamos.

Y, al despertar otro día,  
ya no guardamos memoria  
ni recelo  
de la inquietud y agonía,  
de la fantástica historia  
de aquel desvelo.

Porque así pasan sombrías  
las horas de nuestros días  
revoltosos;  
las noches de dudas llenas,  
los días llenos de penas  
y azarosos.

Las noches creyendo ver  
lo que habemos de creer  
y dudamos;

y los días sin pensar  
en lo que hemos de soñar  
cuando durmamos.

¡Oh! ¡Verted blando beleño,  
tardas noches, en mi sueño  
al resbalar,  
y, tras sueño inquieto y largo,  
no tenga un recuerdo amargo  
al despertar!



## SOLEDAD DEL CAMPO

¡Salve, fértil campiña y prado ameno,  
 cespicio collado, y valle, y soto umbrío,  
 donde, de cuitas é inquietud ajeno,  
 libre vagaba el pensamiento mío!

¡Salve, y las leves auras te murmuren,  
 y el sol te dé riquísimos colores,  
 y abundosa las lluvias te aseguren  
 tu cosecha de espigas y de flores!

[cura,  
 ¡Quién me diera ¡ay de mí! tu sombra os-  
 donde tornara al que perdí reposo!  
 ¡Quién me tornara ¡oh soto! á la frescura  
 de tu arbolado suelo tan frondoso!

¡Quién me diera el pacífico murmullo  
 de tus olmos mecidos mansamente,  
 de tus palomas el sentido arrullo,  
 y el grato son de tu escondida fuente,

Cuando en tu blanda hierba recostado,  
 lejos de los impúdicos festines,  
 en apacible trino regalado  
 me adormían los sueltos colorines,

Y yo les vía en las batientes plumas  
 sostenerse y picar la espesa grama,  
 y turbar del remanso las espumas,  
 y en el árbol saltar de rama en rama!

¡Ay, cuánto habrán los afanosos días  
 hollado tanta gala y donosura!  
 ¡Cuántas tormentas, al pasar bravías,  
 habrán roto tan frágil hermosura!

¡Cuán mal sonará ya mi voz mundana  
 bajo ese techo de hojas campesino,  
 sobre esa alfombra espléndida y liviana  
 que reverdece arroyo cristalino!

¡Ah! ¡Lejos ya de mí tan torpe empeño!  
 Apagaré el compás del arpa loca,  
 y de tus aves el sabroso sueño  
 no turbarán los himnos de mi boca.

¡Contento quedaré con saludarte,  
 con ver de lejos tu silvestre pompa...!  
 Tal vez, ¡oh fresco soto!, al contemplarte,  
 en lágrimas de amor causado rompa.

Que nada son los fáciles laureles  
 con que el mundo nos brinda lisonjero,  
 si, al prestarnos su manto de oropeles,  
 rasga y desnuda el corazón primero.

Cuando seguí desatentado y loco  
 del mundano placer las torpes huellas,  
 aprendí que el placer vale bien poco...  
 Siempre, al pisarlas, resbalaba en ellas.

Y siempre, cuando en orgía estrepitosa  
 la perfumada copa levantaba,  
 al apartarla de la faz jugosa,  
 en el vaso una lágrima encontraba.

Y siempre el son de la caliente fiesta,  
 las canciones, la báquica armonía,  
 me hacía apetecer la blanda siesta,  
 y el rumor de los olmos me traía.

Y siempre en su cantar la cortesana,  
 y siempre en su tañer la danza impura,  
 me acordaba la música villana  
 con que la amena soledad murmura.

Que allí la hermosa con mentidas flores  
 la sien tocaba y el desnudo cuello,  
 sin pedir á sus cálices olores  
 con que aromar las hebras del cabello.

Que allí los ruiseñores, suspendidos  
entre grillos y cárceles de oro,  
con el ronco tumulto ensordecidos,  
no soltaban el cántico sonoro.

Y el aire que aspirábamos pesado  
nos abrasaba al aspirarle el pecho,  
y el inmenso salón entapizado  
érale al corazón pobre y estrecho.

Y allí también cansado suspiraba  
¡oh deleitable soledad campestre!  
por el sosiego y paz que en tí gozaba,  
bajo tu tosco pabellón silvestre.

¡Oh, que me place, soledad sabrosa,  
del fresco soto y del sombrío ameno  
la tibia luz y el aura bulliciosa  
que alumbra y riza tu enramado seno!

Allí miraba mi infantil pupila,  
en el fondo de lóbrega laguna,  
cuál resbalaba en ilusión tranquila  
la turbia imagen de la blanca luna.

Allí crecían las sonantes cañas,  
la verde juncia y la amistosa hiedra,  
do tejen campesinas las arañas  
su estrecha red entre horadada piedra.

Allí venía el silbador mosquito;  
y, en tanto que en los hilos se enredaba,  
acechábale oculta de hito en hito  
la cazadora ruin que le esperaba.

Allí vía, constante en su fatiga,  
ir y venir por la vereda usada  
á lentos pasos la afanosa hormiga,  
con la futura provisión cargada.

Y allí, en la rama que la noche fría  
con niebla moja y con el aura enjuga,  
yo al sol del alba columpiarse vía  
en baba frágil la vellosa oruga.

Y allí también, sin fueros de jardines,  
vía huertos con parras entoldados,

do había pabellones de jazmines  
de las paredes ásperas colgados.

Y allí brotaban escondidas violas,  
lirios azules, rosas purpurinas,  
jacintos y sangrientas amapolas,  
madreselva y fragantes clavellinas.

Y sus líquidas trenzas derramando  
cruzábale un arroyo, y amarillas,  
el césped de la margen salpicando,  
mil vistosas le orlaban florecillas.

Y allí andaba la súelta mariposa  
libre de flor en flor volando ufana,  
su librea ostentando revoltosa  
de oro y de azul, de púrpura y de grana.

Ya posaba en los altos mirabeles,  
ya esquivaba al pasar las otras flores,  
avergonzando lirios y claveles  
sus puros y magníficos colores.

Y, arrastrando su alcázar en la espalda,  
el perezoso caracol salía,  
del fresco sureo á la pintada falda,  
á bañarse en el sol de Mediodía.

Y sobre alguna fácil eminencia  
extendiendo su cuerpo transparente,  
tornaba á bendecir la omnipotencia,  
los elásticos ojos al Oriente.

Y allí zumbando la oficiosa abeja  
entre los frutos del jardín opimos,  
la blanca miel que en sus panales deja  
chupaba en los espléndidos racimos.

¡Oh silencio! ¡Oh pacífica ventura!  
¡Oh soledad del campo deleitosa!  
En tí, de la inquietud de su locura,  
el fatigado corazón reposa.

[bría  
¿Quién me tornara á la enramada um-  
donde ecos tuvo mi cantar primero?  
¡Casos alegres el arpa sonaría  
al blando son del céfiro ligero!

Mas ¡ay! que acaso en apartados climas  
por la importuna suerte arrebatado,  
he de cantar en lamentosas rimas  
la patria soledad que habré dejado.

¡Adiós entonces, venturoso suelo  
donde libre nací, pero desnudo:  
cúbrate en paz el compasivo cielo,  
en tanto que de lejos te saludo!

¡Salve, fértil colina y prado ameno,  
crespo collado, y valle, y soto umbrío,  
donde, de cuitas é inquietud ajeno,  
libre vagaba el pensamiento mío.

¡Salve, y las leves auras te murmuren,  
y el sol te dé riquísimos colores,  
y abundosa las lluvias te aseguren  
tu cosecha de espigas y de flores!



## SONETO

Cólmame, Juana, el cincelado vaso  
hasta que por los bordes se derrame,  
y un vaso inmenso y corpulento dame  
que el supremo licor no encierre escaso.

Deja que afuera por siniestro caso  
en son medroso la tormenta brame,  
y el peregrino á nuestra puerta llame,  
treguas cediendo al fatigado paso.

Deja que espere, ó desespere, ó pase;  
deja que el recio vendaval sin tino,  
con rauda inundación tale y arrase;

Que si viaja con agua el peregrino,  
á mí, con tu perdón cambiando frase,  
no me acomoda caminar sin vino.



## Á BLANCA

¡Oh, que me place, Blanca,  
cerca de mí tenerte,  
cuando la noche turban  
nuestros brindis alegres!

Cuando la luz se quiebra,  
trémula y transparente,  
de las colmadas copas  
en los cristales tenues.

Cuando los ojos húmedos,  
de luz avaros, hierven,  
y en cada luz, sin tino,  
vacilan y se hieren.

¡Si vieras cómo brillan  
debajo de tu frente  
tus ojos de azabache  
y hogueras me parecen!

¡Oh, que me place, Blanca!  
Bebe, alma mía, bebe,  
y el mundo que murmure,  
que el mundo es un imbécil.

Caiga el cabello en rizos  
por los hombros de nieve,  
cual pabellón que guarda  
del rocío las sienas.

El cuello sin cendales  
el aura mansa oree,  
y el calor de tu seno,  
vagando en torno, temple.

Y los torneados dedos  
entre las copas jueguen,  
como niños sin juicio  
ni dueña que les vele.

Los entreabiertos labios  
la roja lengua muestren,  
formando las palabras  
con el vino á traspieses.

Y la impetuosa risa  
brotando de repente,  
la blanca dentadura  
y la honda voz enseñe.

Y en desigual latido  
veré cómo turgente  
el agitado pecho  
convulso se estremece.

¡Qué hermosa estás, mi Blanca!  
Bebe, alma mía, bebe,  
y el mundo que murmure,  
que el mundo es un imbécil.

Dicen que hay una tierra  
do habitan unas gentes,  
con lanzas en las manos  
y cascos en la frente,

Que sin solaz ni tregua  
se acechan y acometen,  
velando atentos unos  
mientras los otros duermen,

Que guardan las ciudades  
con torres y con puentes,  
y que, cuando unos mandan,  
los otros obedecen.

¡Locuras, Blanca mía,  
estar lidiando siempre  
por que los unos salgan  
ó que los otros entren!

Sin duda que han perdido  
su vino y sus mujeres,  
cuando en tales manías  
han dado aquellas gentes.

¡Bebamos, Blanca hermosa,  
Brindemos!... Mas ¿qué tienes?  
¿Por qué el cendal descienes  
de tu cintura leve?

¿Por qué sobre la mano  
doblas así la frente?  
Acaso los licores...  
¡Ay, Blanca, tú te duermes!

Besaréla en los labios:  
tal vez, cuando despierte,  
mi blando beso en ellos  
acaricie y estreche.

Adiós, hermosa Blanca:  
tranquila y quieta duerme;  
y, si despiertas pronto,  
á los licores vuelve.

Así se goza, Blanca.  
¡Bebe, alma mía, bebe,  
y el mundo que murmure,  
que el mundo es un imbécil!



# ODA

---

Prestadme el dulce canto,  
aves del valle y de la selva umbría,  
y levantad en tanto,  
para arrullar mi llanto,  
frescas hojas, monótona armonía.

Y tú, sonoro viento,  
tus alas de vapor lánguido mece,  
y en blando movimiento,  
con perfumado aliento,  
las hojas y las aguas estremece.

Porque éstos mis cantares  
de vosotros no más serán oídos;  
que el duelo y los pesares  
sólo en nuestros hogares  
ser deben, ó en los bosques, repetidos.

Que el mundo maldiciente  
murmura del que llora y del que pena,  
del que placer no siente,  
y el triste eternamente  
ha de arrastrar, cantando, su cadena.

Que es el mundo un tirano  
que sólo da suplicios y agonías,  
y exige soberano  
que llame el triste humano  
imperio paternal su tiranía.

Mas ¿qué vale que errante  
y sólo de los ecos atendido  
mis amarguras cante,  
y el aire se levante  
devorando mi cántico perdido?

Aquí en la selva umbrosa,  
¿no cantan á la par los ruiseñores?  
¿No susurra armoniosa  
el agua bulliciosa,  
y les escuchan las atentas flores?

Y el céfiro ligero,  
cuando el rocío de su bosque orea,  
¿no suena lisonjero,  
y en murmullo hechicero  
las hierbas y los árboles menea?

¡Maldita mi locura!  
¿No valdrá más cantar cual ellos cantan,  
que acrecer mi amargura  
mientras en la espesura  
tan alegres rumores se levantan?

¡Oh! Ven, arpa sonora,  
y rompe loca en himnos bulliciosos,  
cantando seductora  
al son que bulle ahora  
de arroyos y de vientos sonoros.

Pues que es breve la vida,  
y es el mundo no más pompa liviana,  
y al fin la tierra hendida,  
su farsa concluída,  
sepulcro universal será mañana,

Cantaré descuidado  
lo inútil de esta mísera existencia,  
ya el cielo esté nublado,  
ya en calma y sosegado,  
ya el huracán reviente con violencia.

Porque, en verdad, ¿qué importa  
el mundanal orgullo y la ventura  
de esta vida tan corta,  
si en igual fin aborta,  
tocando en fin igual, nuestra locura?

¿De qué sirvió al valiente  
Alejandro ser rey en Macedonia,  
y avasallar la gente,  
y pretender, demente,  
ser adorado un Dios en Babilonia,

Si por extraño modo,  
sin poder apurar el hondo vaso,  
dió el aliento beodo,  
y dió, por fin de todo,  
desde su fiesta á su sepulcro un paso?

¿De qué sirvió la gloria  
cantar de Grecia al inmortal Homero,  
y á su nombre en la historia  
dejar alta memoria,  
si Grecia ingrata le olvidó primero?

¿De qué sirvió á Rodrigo  
la hermosa Caba, el cetro de los godos,  
si, huyendo al enemigo,  
dichas y amor consigo  
perdió el monarca y se perdieron todos?

¿De qué sirve á Cervantes  
que esas estatuas hoy le levantemos  
de los años triunfantes,  
si sus libros gigantes  
á sola su miseria le debemos?

¿Qué sirven esos mudos  
bustos dorados de los muertos reyes,  
sus palacios y escudos,  
si sus pueblos desnudos  
ignoran, por inútiles, sus leyes?

¿Qué sirve á las naciones  
que sus pueblos se inmolen y combatan  
al pie de sus pendones,  
si sus nobles legiones  
han de morir al fin si no se matan?

¿Qué salvó la altanera,  
la grande Roma, de su pompa y brío,  
y su beldad primera...  
esa vieja ramera  
cuyo esqueleto duerme sobre un río?

¿Y qué han salvado apenas  
de tal desorden y tamaño estrago,  
las de riquezas llenas  
Tiro, Palmira, Atenas,  
Tebas, Corinto, Menfis y Cartago?

¡Escombros y memorias...!  
Humo de aromas, tumba de tiranos  
que manchan las historias,  
dando en cifras mortuorias  
polvo á la tierra y casa á los gusanos.

Y si esto sólo resta,  
y esto por fin de nuestro afán nos toca,  
tonos ¡arpa! me apresta,  
que quiero, en muelle siesta,  
reir cantando vanidad tan loca.

Aquí á mis pies resbala,  
claro, inquieto y sonoro, un arroyuelo  
que la arenilla cala  
y su margen iguala  
entre las flores con que borda el suelo.

Los sauces de su orilla  
le dan manso murmullo y grata sombra,  
y la caña amarilla  
la alta cerviz le humilla  
dándole al paso pabellón y alfombra.

Y le saltan trinando  
pardos mirlos y rojos colorines,  
y en su césped posando  
las palomas, pasando,  
le beben, y le pican los jazmines.

Junto al agua sonora  
de ese arroyuelo que en mis versos pinto  
cantar me place ahora,  
y quédense en buen hora  
con sus historias Menfis y Corinto.

¿Qué importa que mi nombre  
 llegue á mi gente con baldón ó fama  
 en la mansión del hombre,  
 y al universo asombre,  
 si á mí la muerte á concluir me llama?

Cantar tranquilo quiero  
 mi voluptuosa y lánguida pereza,  
 pues ni pierdo ni espero;  
 y otro cante altanero  
 la gloria de su patria y su grandeza.

Que asimismo cantaron  
 Tasso, Homero y Cervantes, y murieron,  
 y sus pueblos amaron;  
 y los pueblos que honraron,  
 conocerlos en vida no quisieron.

Que es la vida un camino  
 sin medida ni fin, coto ni valla,  
 do desnudo y sin tino,  
 si encuentra el peregrino  
 sombra alguna ó placer, eso se halla.

No estatuas algún día,  
 cual dan á Homero y á Cervantes, quiero,

si hoy en la patria mía  
 fortuna tan impía  
 como Cervantes lloraré y Homero.

Y si el plazo cumplido  
 en que esta vida y tierra se abandona  
 libre acaso de olvido,  
 mi sepulcro escondido  
 me conserva tal vez una corona,

Eso hallará mi gente  
 en mi sepulcro al encontrar mi nombre;  
 mas no dirá insolente  
 que me pesó en la frente  
 ese lauro quimérico del hombre.

Cantar tranquilo quiero  
 mi voluptuosa y lánguida pereza,  
 pues ni pierdo ni espero,  
 y otro cante altanero  
 las glorias de su patria y su grandeza.

Junto al agua sonora  
 de ese arroyuelo que en mis versos pinto  
 cantar me place ahora,  
 y quédense en buen hora  
 con sus historias Menfis y Corinto.



## LA MARGEN DEL ARROYO

¡Qué dulce es ver muellemente,  
de un olmo á la fresca sombra  
descansando,  
un arroyo transparente  
que va por la verde alfombra  
murmurando!

Ver cómo la hierba blanda  
en la margen se le inclina,  
y cómo crece  
de violas morada banda,  
que la linfa cristalina  
salpica y mece.

Los juncos de las riberas,  
en haz espeso apiñados,  
se le encorvan,  
y las raíces someras  
evita por ambos lados  
si le estorban.

Insectos de mil colores,  
con mil susurros campestres  
le dan ruido,  
y, en vez de cuidadas flores,  
rueda entre lirios silvestres  
escondido.

Y no han de envidiar sus olas  
de cortesanos jardines  
la hermosura,  
porque á cientos amapolas,  
jacintos brota y jazmines  
su frescura.

Ni han de envidiar á los ríos  
los alcázares y puentes  
que sustentan,  
porque esos monstruos sombríos,  
más que coronar sus frentes  
las afrentan.

Ni á las fuentes y cascadas  
sus tazas de jaspe y oro,  
ni sus rocas,  
aunque se vierten hinchadas  
en estrépito sonoro  
por cien bocas.

Que ambas le cercan orillas,  
entre agudas espadañas  
cortadoras,  
esponjadas y amarillas,  
altas y sonantes cañas  
cimbradoras.

Ni ha de envidiar á los mares  
de buques la excelsa pompa  
y gritería,  
ni sus altos alminares,  
ni de su bélica trompa  
la voz impía.

Porque tiene en un remanso  
sauces y olmos corpulentos  
encopados,  
que le hacen murmullo manso  
al suspirar de los vientos  
perfumados.

Y en vez de roncros clarines,  
 columpia, trinando, amores  
 la ancha copa,  
 de mirlos y colorines  
 y vistosos ruisseñores  
 pintada tropa.

¡Oh, dulce es ver muellemente,  
 de un olmo á la fresca sombra  
 descansando,  
 un arroyo transparente  
 que va por la verde alfombra  
 murmurando!

¡Oh, que es dulce contemplar  
 el agua los pies venir  
 á lamer,  
 y susurrando pasar,  
 y, al intentarla seguir,  
 la perder!

Y aquel bullir sin sosiego,  
 y aquel seguir siempre igual  
 su camino,  
 y aquel transparente juego  
 que hace el voluble cristal  
 tan contino.

Y aquellas mil piedrezuelas  
 que se arrastran y se empujan  
 y se acosan,  
 y aquellas redes y telas  
 que en las arenas dibujan  
 do se posan.

Y aquellas cintas de plata  
 que en el perfil de las ondas  
 finge el sol,  
 donde, entre gotas redondas,  
 duplica, aviva y retrata  
 su tornasol.

Y aquella colgada oruga  
 que en hilos imperceptibles  
 baja á vellas,  
 y al tocarlas las arruga,  
 y, al sentir las tan movibles,  
 huye de ellas.

Y aquel insecto que nada,  
 medio mosca y medio pez,  
 sobre alguna,  
 siempre en la misma jornada,  
 y el paso más cada vez  
 se importuna.

Siempre en el mismo lugar,  
 en su afán sin concluir,  
 noche y día,  
 la oruga siempre en hilar,  
 siempre el insecto en seguir  
 su porfía.

Y aquel entorpecimiento  
 en que gozan los sentidos  
 viendo tal,  
 que duda el entendimiento  
 si duermen al son mecidos  
 del cristal.

¡Oh, dulce es ver muellemente,  
 de un olmo á la fresca sombra  
 descansando,  
 un arroyo transparente  
 que va por la verde alfombra  
 murmurando!

—  
 ¡Arroyo, es muy triste  
 pensar, junto á tí,  
 que así van las vidas  
 rodando á su fin!  
 Hoy tiende en tu margen  
 sus flores Abril;  
 tus ondas perfuman  
 el lirio y jazmín;  
 su sombra te prestan  
 tus árboles mil;  
 te canta armonioso  
 su amor desde allí,  
 bebiendo tus aguas,  
 libre el colorín,  
 te arrulla sonora  
 la caña gentil;  
 tu orilla es un fresco  
 y ameno jardín

que el sol tornasola  
de el alto cenit...

Pero ¡ay! que es muy triste  
pensar, junto á tí,  
que así van las vidas  
rodando á su fin!

¡Arroyo, así viven  
los que han de morir,  
gozando embriagados  
el tiempo feliz!  
Vendrá Julio ardiente  
tu pompa á extinguir,  
y, á impulso de oculto  
veneno sutil,  
secarán tus lirios  
su tallo y raíz;  
perderá tu hierba  
su verde turquí,  
las rojas violetas  
su aroma y matiz;  
iráse estrechando  
tu manso perfil;  
tus cañas y juncos  
vendrán á rendir  
encima tus aguas  
la seca cerviz,  
y al fin tu corriente,  
en hilo sutil,  
su curso en la arena  
vendrá á concluir...

¡Ve, arroyo, que es triste  
pensar, junto á tí,  
que así van las vidas  
rodando á su fin!

—  
Arroyo, sigue corriendo  
por esa silvestre calle  
de verdura,

que abajo te están abriendo  
los cenagales del valle  
sepultura.

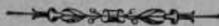
Arroyo, sigue bañando  
mientras te preste sus flores  
primavera,  
que al valle irá resbalando  
con sus galas y primores  
la primera.

Ella nunca será más  
que un mensaje del verano  
fugitivo;  
pero tú, arroyo en el llano,  
lago en el valle serás  
siempre vivo.

Allí no tendrás jazmines,  
ni juncos, ni esbeltas cañas,  
ni amapolas;  
ni vendrán los colorines  
á tus márgenes extrañas  
siempre solas;

Mas, yendo y viniendo días,  
tú, á merced de una fortuna  
siempre igual,  
tendrás suelo y ondas frías,  
bien sea arroyo ó laguna  
tu cristal.

Pues agua siempre has de ser,  
sigue por la verde alfombra  
murmurando,  
que es dulce verla correr  
de un olmo á la fresca sombra  
descansando.



# AL ÚLTIMO REY MORO DE GRANADA

## BOABDIL EL CHICO

---

## I

Una ciudad riquísima, opulenta,  
el orgullo y la prez del Mediodía,  
con regia pompa y majestad se sienta  
en medio la feraz Andalucía.

Y allí vierte su lumbre el sol de España  
en hebras de purísimos colores,  
y brotan, al calor con que la baña,  
en vasta profusión frutos y flores.

Allí el aura sutil espira aromas,  
y la estremecen sobre cien jardines  
bandadas de dulcísimas palomas  
y pintado tropel de colorines.

El Darro y el Genil con turbias olas  
en su verde llanura se derraman,  
y á su confín, en playas españolas,  
del revoltoso mar las ondas braman.

Mofa son sus alcázares del viento,  
fatiga de los fastos sus memorias;  
su grandeza y tesoros son sin cuento,  
y no se encuentra fin á sus historias.

Allí es el cielo azul y transparente,  
fresca la brisa, amiga la fortuna,  
fértil la tierra, y brilla eternamente  
sereno el rojo sol, blanca la luna.

Y, afrenta de las tierras más remotas,  
vense allí, como en otro Paraíso,  
los pomposos laureles del Eurotas  
y los húmedos tilos del Pamiso.

Crece allí las palmas del desierto,  
de Cartago los frescos arrayanes;  
las cañas del Jordán, en son incierto,  
arrullan de Stambul los tulipanes.

Y entre pajizas y preñadas mieses  
las vides de Falerno allí se olean,  
y los de Jericó mustios cipreses  
con los cedros del Líbano cimbrean.

Y hay allí robustísimos nogales,  
lúgubres sauces, altos mirabeles,  
y olivos y granados y morales,  
ceñidos de jacintos y claveles.

El zumo de sus vides deliciosas  
tal vez la alegre Italia envidiaría,  
y por sus anchas y fragantes rosas  
sus rosas la trocará Alejandría.

El jaspe, el oro, el mármol, los cristales  
se ostentan en su espléndido recinto,  
y ansiaran sus recuerdos orientales  
los escombros de Atenas y Corinto.

Y no la iguala en lujo y en riqueza  
la voluptuosa pompa del Oriente;  
que entre flores y lánguida pereza  
vive tranquila su atezada gente.

Unos hombres de Oriente la robaron  
para asentar en ella su morada:  
los hombres á quien de ella despojaron  
lloraron siete siglos su Granada.

Y era un tiempo de guerras y de amores  
en que el compás de berberisca zambra  
y el son de los clarines y atambores  
estremecían á la par la Alhambra.

Y era un rey exquisito en sus placeres,  
y un pueblo en su molicie adormecido,  
que gozaba en su paz nuestras mujeres,  
esclavizando al padre y al marido.

Y era también el término llegado  
del brío y del poder de aquella gente,  
y al postrimero rey había tocado  
el sitial de las razas del Oriente.

La hora fatal á la morisca luna  
los sabios en su horóscopo leyeron,  
y tal vez mereció mejor fortuna  
de la que sus horóscopos le dieron.

¡Ay, Boabdil! ¡Levántate y despierta,  
apresta tu bridón y tu cuchilla,  
porque mañana llamará á tu puerta,  
con la voz de un ejército, Castilla.

Mañana, de su mengua avergonzados,  
te cercarán los tigres españoles,  
y echarán sobre tí, desesperados,  
de siete siglos los sangrientos soles.

## II

«¿Qué quieren esos cristianos  
á las puertas de la villa?  
¿Qué buscan esos villanos  
que traen á su rey ufanos  
tras el pendón de Castilla?

»¿No son reyes en su tierra?  
¿Por qué pasan esa sierra,  
talando el solar ajeno?  
¿No les basta su terreno  
para sus fiestas de guerra?

»¿Por qué, en confusión extraña,  
levantan en esos cerros  
tantas tiendas de campaña?  
¿Por qué ladran esos perros  
á los pies de esa montaña?

»Si sus padres espiraron,  
y á su muerte les dejaron  
en desastres tan prolijos,  
¿por qué no se contentaron,  
como los padres, los hijos?

»Frente á sus tiendas reales,  
¡que brillen altas y ufanas  
en las torres principales  
las enseñas orientales  
y las lunas otomanas!

»¡Al arma! ¡Al campo! ¡A cambiar  
las marlotas y alquiceles  
por arneses de lidiar!  
¡Los jinetes á aprestar  
los caballos y broqueles!

»La sed de sangre me irrita.  
¡Que doblen los atambores!  
¡Que cierren en la mezquita  
esa multitud que grita  
en rejas y miradores!

»¡Los fuegos prontos estén,  
las calles libres también!  
¡Los hombres á la muralla,  
las mujeres al harem!...  
¡Paso y silencio, canalla!»

Tal *Muza* prorrumpie airado  
ante la puerta de Elvira,  
entre el tumulto apiñado,  
del pueblo que, consternado,  
al campo cristiano mira.

¡Ay! Él es solo el valiente  
con corazón en Granada;  
él sólo lleva insolente  
á la recia lid su gente,  
que se torna destrozada.

Solo la esperanza alienta  
de su humillada nación,  
solo lidia y se ensangrienta,  
abriéndose sin afrenta  
una tumba de varón.

Mas con ojos avarientos,  
en redor de su caballo,  
sus soldados macilentos  
le están demandando, hambrientos,  
hasta el pan de su serrallo.

Y con el llanto á los ojos,  
en desmayado tropel,  
su pueblo, puesto de hinojos,  
llora los yertos despojos  
de los que lidian por él.

Guerrero, ¡ay de los valientes!  
¿Qué vale que en tu despecho  
á tus soldados alientes,  
y quieras dar á tus gentes  
todo el valor de tu pecho,

Si en tanto á pasos gigantes  
van arrastrando á su fin  
sus muy poderosos antes  
alcázares elegantes  
la Alhambra y el Albaicín?

¿Si allí está el triste Boabdil,  
sin amparo que le acorra,  
llorando sobre el Genil,  
como una cobarde zorra  
entrampada en un redil?

¿Si allá en la empinada sierra,  
amancillando tu gloria,  
cantan en compás de guerra  
los castellanos victoria,  
ensordeciendo la tierra?

¡Ah! ¡Su corona usurpada  
tener en la sien no supo!...  
Mal hiciste tu jornada,  
¡pobre rey!, y hora menguada  
en tu horóscopo te cupo.

Los cristianos te ayudaron  
para vencerte mejor;  
y los tuyos que quedaron,  
al hundirse te llamaron  
hasta apóstata y traidor.

Las mujeres que te dieron  
sus hijos y sus preseas,  
al saber que se perdieron,  
espirando te dijeron:  
—¡Cobarde, maldito seas!

Y de tu reino señores  
los cristianos vencedores,  
te pagaron tus ofrendas  
con agrio pan de dolores  
que amasaron en sus tiendas.

Porque, al fin, ¿qué ha de esperar  
del vencedor el vencido  
sino vergüenza y pesar?  
¿Qué sino burla ha de dar  
el que subió al que ha caído?

¡Oh! Esas torres orientales  
que, levantando insolentes  
sus agujas desiguales,  
mecen las auras corrientes  
en trémulas espirales;

Y esas cifras misteriosas  
que, cual labor sin objeto  
de esas cuadras ostentosas,  
de crónicas amorosas  
guardan el dulce secreto;

Y esos anchos sicomoros,  
y esos arroyos sonoros  
que tienen marcas y nombres  
que no entendemos los hombres  
y que comprendéis los moros;

Las tortuosas galerías  
que se derraman sombrías  
por ese fresco recinto,  
en faz de intrincadas vías  
de confuso laberinto;

Y esos mágicos retretes,  
y esos hondos gabinetes  
donde el ánima adormida  
pasó gozando la vida  
al vapor de los pebetes;

Con ojos desvanecidos  
los cristianos gozarán,  
en conjeturas perdidos,  
sin pensar en los vencidos,  
que lo que ignoran sabrán.

Y los secretos de amor  
de esos alcázares bellos  
no tendrán ¡ay! más valor  
ni más nombre para ellos  
que el botín del vencedor.

¡Llora, rey, llora sin duelo;  
desespérate, Boabdil,  
y ven en tu desconsuelo  
á espirar bajo este cielo  
que flota sobre el Genil!

Que á elegir entre acabar  
y sufrir la ajena ley,  
¡vive Dios que era acertar  
como hombre á la lid bajar  
para morir como rey!

### III

Así estaba escrito,  
monarca infeliz:  
que fuese tu raza  
contigo á su fin.  
Así estaba escrito:  
que libre el Genil  
corriera entre flores  
muy lejos de tí.  
Por eso fué un día  
forzoso salir  
en lúgubre pompa  
y en gesto servil,  
tu cetro y tu fama  
vencido á rendir.

Y allá se quedaron  
para otro adalid  
tu espléndido alcázar,  
tu fresco jardín.  
Y allá se quedaron  
¡ay triste Boabdil!  
tu muerto por siempre  
falaz porvenir,  
de blanca esperanza  
tu sueño febril,  
que fué, como el humo,  
al viento á morir.  
Y allá se quedaron  
tu Alhambra gentil,  
tus altas techumbres  
de azul y turquí;  
tus ricas alfombras  
de gualda y carmín;  
tus pájaros presos  
en jaula sutil;  
tus fuentes sonoras,  
que en fresco bullir,  
con música blanda  
murmuran allí.  
Y allá se quedaron,  
cual juego infantil,  
cual copas rompidas  
después del festín,  
tus lechos clavados  
de cedro y marfil,  
tus baños que exhalan  
clavel y alelí,  
rosa y azucena,  
y azahar y jazmín.  
Y allá se quedaron  
¡ay triste de tí!  
las cifras y motes  
que en tiempo feliz  
mandaste en los muros  
con oro escribir,  
pensando que el tiempo,  
que corre sin fin,  
querría en tu Alhambra  
dejarte vivir.  
Y allá se quedaron  
sin fruto ni fin;

que, rotas y mudas,  
son hoy sólo allí  
cual fleco postizo  
que afea un tapiz,  
y nada nos pueden  
valer ni decir.

¡Oh, si un solo instante  
volvieras tú aquí,  
si un punto tornaras,  
vencido Boabdil...!  
¡Tú sí que leyeras  
con ansia, tú sí!  
¡Tú sí que gozaras  
con calma pueril,  
aunque todo un pueblo  
volviera tras tí!  
Mas ya sólo resta  
llorarlo y sufrir;  
que así estaba escrito,  
y cúmplese así.

Mas ya que nos tornas  
la espalda, señor,  
camina despacio  
mientras dura el sol.  
Recoge las riendas  
al suelto bridón:  
tras de esa colina  
no hay luz ni color;  
no hay cielo ni vida  
tras ese peñón.  
¡Camina despacio,  
espacio, por Dios!

A verse aún alcanza  
Granada, señor,  
tras esa colina;  
más lejos... ¡ya no!  
¡Al fin la abandonas  
á fuerza mayor!  
¡Al fin te la arrancan,  
con mengua y baldón,  
tu perla más rica,  
tu joya mejor!

¡Oh! Vuelve por ella,  
que aun tarde no es hoy:  
azuza tu ardiente  
caballo veloz;  
fulmina el alfanje,  
apresta el lanzón,  
acosa á tu gente  
con brazo y con voz.  
¡Ah! ¡Y muera tu escaso  
postrer escuadrón,  
con rabia á lo menos,  
si no con valor!  
¡Oh! Vuelve á Granada,  
tu cara mansión;  
no llores, huyendo,  
cobarde ó traidor.  
Y si al fin no quieres  
lavar tu baldón,  
¡camina despacio,  
espacio, por Dios!  
Que, si aun la contemplas,  
más lejos... ¡ya no!  
Granada se pierde;  
y, al caer ese sol,  
la vez postrimera  
verásla, señor.  
¡Camina despacio,  
espacio, por Dios!

## IV

—Espera, señor, espera  
sólo un momento á llorarla,  
sólo un instante á mirarla  
desde el cerro del Padul...  
¡Oh, cuán hermosa se ostenta  
á los últimos reflejos  
del sol que brilla á lo lejos  
entre la atmósfera azul!

Espera, señor, espera,  
y, ante ella puestos de hinojos,  
volvamos los turbios ojos  
para decirla un ¡adiós!

Contempla que es nuestra patria,  
nuestro dulce paraíso...  
aunque el Profeta no quiso  
conservárnosla con vos.

Allí está. ¡Patria querida,  
cuán dolientes te dejamos!  
Y antes, patria, que volvamos,  
¡cuántos años pasarán!  
¡A tí, en la opuesta ribera  
de ese mar que nos divida,  
al dejar la amarga vida  
los ojos se tornarán!

Cuando errantes y perdidos  
por el desierto vaguemos,  
nuestro afán adormiremos  
hablando, patria, de tí,  
y los hijos que nos nazcan  
guardarán en su memoria  
la infausta y sangrienta historia  
de los que fuimos aquí.

«Hijos míos, les diremos;—  
allá, lejos de nosotros,  
¡harto lejos!, viven otros  
en Granada, en un Edem.  
¡Y allí tuvimos un tiempo  
reyes, pueblos y vasallos,  
arcabuces y caballos,  
mezquitas, cañas y harem!

»Allí el placer es la vida,  
siempre luce en calma el cielo,  
siempre hay flores en el suelo,  
y en el ambiente azahar.  
¡Ah! Si por dicha, algún día  
tenéis lanzas y corceles,  
aprestad vuestros bajeles  
y botadlos á la mar.

«Si sois muchos y valientes  
y ganáis la opuesta orilla,  
¡oh, cerrad contra Castilla  
hasta arrastrar su pendón!  
No dejéis en nuestra Alhambra  
uno de esos castellanos.

¡Arrancadles con las manos  
los ojos y el corazón!»

Tal diremos, cara patria,  
nosotros á nuestros hijos,  
cuando duelos tan prolijos  
escuehándonos estén  
en el desierto, á la sombra  
del fardo de los camellos...  
y tal se lo dirán ellos  
á nuestros nietos también.

Nosotros ya, pobres viejos,  
en el umbral de la vida  
tan sólo una despedida  
podremos darte no más.  
¡Las manos te tenderemos  
á bendecirte llorando,  
como quien va caminando  
volviendo el rostro hacia atrás!

¡Y si, huyendo de Noviembre  
las arrecidas neblinas,  
vemos á las golondrinas  
de nuestra patria volver,  
al dintel de nuestras tiendas  
á saludarlas saldremos,  
y de gozo lloraremos  
mientras se alcancen á ver...!

Señor, besad esa tierra,  
orad un punto y partamos,  
¡ó tornemos y muramos  
de una vez junto al Genil...!  
¡Tenéis razón! Partid presto,  
antes que ondee en Granada  
la cristiana cruz clavada  
sobre el tronco de Boabdil.

Mas ¡ay! ya es tarde; que truena  
la cóncava artillería,  
y el humo escurece el día  
y roba á la tierra el sol.  
¡Huid sin tornar los ojos,  
no os detenga la fatiga,  
que os es la tierra enemiga  
en vuestro suelo español!

Que no oigan vuestros oídos  
ese triunfal campaneó,  
ese estruendo y clamoreo  
que á vuestra espalda dejáis.  
¡Huid sin contar los pasos  
que vais prófugos haciendo,  
¡ay! y aunque lloréis huyendo,  
desdichados, no volváis!

¡Huid presto, huid proscritos  
de vuestra patria perdida,  
y al darla la despedida  
desde el alto del Padul,  
que se pierdan á lo lejos  
los contornos vacilantes  
de vuestros blancos turbantes  
entre la atmósfera azul!

Huye, Boabdil, aunque llores  
el rigor de tu fortuna:  
basta la luz de la luna  
para quejarse y huir.  
Traspón la tierra y los mares,  
no tu desdicha te asombre,  
que nunca le falta al hombre  
madre tierra en que morir.

Huye; y si, al pasar huyendo,  
tu camino te embaraza  
en torvo tropel tu raza  
cercándote con afán,  
cuando ansiosos te pregunten  
por los bravos que lidiaron,  
¡ay! díles:—¡Allá quedaron!  
¡No esperéis, que no vendrán!—

## V

Huye, rey infeliz, y huyendo borra  
de tu camino la cansada huella:  
huye do el agua del Genil no corra,  
ni tu blanca ciudad refleje en ella;  
donde fortuna más leal te acorra;  
donde no alumbre tan fatal tu estrella;  
donde fieras las huestes castellanás  
no derriben las lunas otomanas.

Huye el brillante sol de Andalucía,  
el voluptuoso aroma de sus flores,  
la sonora y dulcísima armonía  
de sus libres y amantes ruiseñores,  
los amenos jardines do algún día  
gozaste en soledad blandos amores,  
de sus frescos arroyos al murmullo,  
de sus palomas al sentido arrullo.

Tal vez haya otra tierra más serena  
do al fin te presten cariñoso asilo;  
donde, aunque errante y á merced ajena,  
treguas te dé tu corazón tranquilo;  
donde en ignota soledad amena  
crezca de tu existencia el frágil hilo,  
y el blando son de la campestre zambra  
no te recuerde tu pérdida Alhambra.

Mas ¡ay! que á cada punto mástenaces  
los duelos sobre tí se atropellaron,  
y fué en vano esperar; que en vano auda-  
en Granada tus árabes lidiaron; [ces,  
que tus cansadas y sangrientas haces  
en la vega sin honra se quedaron,  
y allá yacen sin tumba ni laureles  
Zegríes, Bencerrajes y Gomeles.

Y ancho sepulcro á tu cadáver dieron  
del Guatis ved las turbulentas olas;  
y esas aguas, Boabdil, que te sorbieron,  
no azotan nunca playas españolas,  
y ni aun sin rumbo por su faz hendieron  
nuestras rojas y sueltas banderolas.  
No esperes, á su margen olvidada,  
nuevas oír de tu gentil Granada.

Duerme, rey sin vasallos ni corona,  
fantástica irrisión de la fortuna,  
á quien amigo ni enemigo abona,  
ni cruz triunfante ni vencida luna.  
Ya que así el cielo contra tí se encona,  
esa estrella fatal sufre importuna,  
pues quisiste, mal rey, vasallo bueno,  
perder lo tuyo y defender lo ajeno.

Duerme, si aun gozas apenas  
un sepulcro en que dormir;  
si esas húmedas arenas  
te prestan almohadas buenas  
para el sueño del morir.

Duerme en paz; y si velando  
estás por tu estrella aún,  
consuélate, rey, pensando  
que nos es vivir llorando  
una maldición común.

Duerme, y dénte descuidados  
grato murmullo, si velas,  
los pasos atropellados  
de los pies acelerados  
de las errantes gacelas.

Y en vez de las funerarias  
roncas preces de los muertos,  
arrullente solitarias  
con sus salvajes plegarias  
las aves de los desiertos.

Y si á tí tienden cercanas  
sus sombras árboles bellos,  
bajo sus hojas livianas  
respiren las carabanas  
y descansen sus camellos.

Mas que en tu huesa tu nombre  
no lean los de tu ley,  
no les humille y asombre  
que, si supiste ser hombre,  
no alcanzastes á ser rey.



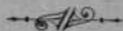
# EL VELO

TRADUCCIÓN DE VÍCTOR HUGO

¿Has hecho esta tarde oración, Desdémona?

SHAKESPEARE.

- LA HERMANA. ¿Qué tenéis, hermanos míos?  
¡Los ojos traéis sombríos  
como cirios funerales...!  
¡De la faja á los dobleces  
han asomado tres veces  
las hojas de los puñales!
- HERM. MAYOR. ¿Has alzado tus velos virginales?
- LA HERMANA. Acaso... era al medio día...  
tal vez... Del baño volvía  
en mi palanquín cubierto;  
el calor me sofocaba,  
y la brisa que pasaba  
tal vez me habrá descubierto.
- EL SEGUNDO. Pasaba un hombre con caftán, ¿es cierto?
- LA HERMANA. ¡Oh! Tal vez... un solo instante.  
Yo cubrí al punto el semblante...  
¿Qué decís...? ¿Qué pude hacer?  
¡Habláis en secreto... hermanos!  
¡Oh! ¿Pondrías vuestras manos  
en una débil mujer?
- EL TERCERO. ¡Sangriento estaba el sol hoy al caer!
- LA HERMANA. ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Oh! ¿Qué he hecho?  
¡Ah, me desgarráis el pecho!  
¿En qué, hermanos, hice mal...?  
¡Sostenedme... hermanos míos...!  
Siento ya en los ojos fríos...  
¡Siento... un velo funeral!
- EL CUARTO. ¡Al menos no alzarás ese cendal!



## VANIDAD DE LA VIDA

## FANTASÍA

Era un día de orgía y de locura,  
de esos días de vértigo infernal  
en que, embriagados de falaz ventura,  
tras el placer volamos mundanal.

Uno de aquellos vergonzosos días  
en que, henchidos de vida y juventud,  
buscamos entre locas teorías  
la vanidad y el polvo en la virtud.

Uno de aquellos días en que ansiosos  
despertamos de crápula y de amor,  
y manchamos los días más hermosos  
de nuestra vida y nuestra edad mejor.

El sol estaba espléndido y sereno,  
el aura mansa, diáfana y azul;  
la luz doraba nuestro huerto ameno  
con tornasoles de flotante tul.

Posábanse las sueltas mariposas  
de flor en flor con revoltoso afán,  
ya en la más ancha de las frescas rosas,  
ya en el más esponjado tulipán.

La brisa murmuraba en las acacias,  
tornábase al Oriente el girasol,  
y las violetas se doblaban lacias,  
cual vergonzosas ante el rojo sol.

Alguna nube blanca y transparente,  
por la serena atmósfera al cruzar,  
tiñendo los objetos suavemente,  
veníase en la hierba á dibujar.

Y en pos las aves, de frescura y sombra  
salpicaban en varia confusión,  
del blando césped la mullida alfombra,  
del olmo verde el ancho pabellón.

Víanse allí las amarillas pomas  
las enramadas débiles vencer,  
y á su sombra bajaban las palomas  
en el arroyo límpido á beber.

Y allí extendiendo las pomposas plumas  
le cubrían en cándido tropel,  
como si fueran trémulas espumas  
que hubiesen lecho y nacimiento en él.

Nosotros, apurando los placeres,  
guarecidos de oculto cenador,  
buscábamos la vida en las mujeres,  
la gloria y la fortuna en el amor.

Oíanse en tumulto desde fuera  
los brindis de la libre bacanal,  
y el rumor de una báquica quimera,  
y el crujido del beso criminal.

Yo bebía el amor hasta apurarlo,  
de unos impuros labios de carmín,  
que me enseñaron ¡ay! á desearle,  
y me le hicieron detestar al fin.

Dentro mi mente sin cesar bullían  
fantasmas, que al pasar con rapidez,  
ya lloraban, danzaban ó reían,  
como ilusión febril de la embriaguez.

Mis amigos reían y cantaban  
en lúbrico desorden junto á mí,  
y sin tregua los brindis resonaban...  
todo sin tiempo y sin razón allí.

Y entre el murmullo de la fiestaim pu-  
los licores, los gritos y el vapor, [ra,  
alzábamos á impúdica hermosura  
himnos ardientes de encendido amor.

Entre insolentes ebrias carcajadas  
blasfemamos tal vez de Jehová.  
«¡Virtud!—dijimos—¡fábulas soñadas!...  
»Ahora, el Dios que aterra, ¿adónde está?

»¿Adónde está la sombra de su dedo  
»que escribe una sentencia en la pared?  
»¡Creaciones fantásticas del miedo!...  
»¡Bebed, amigos, sin pesar bebed!»

Vino la noche; y al salir cansados  
hartos ya de beber y de gozar,  
una campana, en golpes compasados,  
cerca sentimos con pavor doblar.

Era un templo alumbrado en su reposo  
de diez blandones á la roja luz,  
que velaban en círculo medroso  
el secreto fatal de un ataúd.

Quedaba en nuestra mente todavía  
el rastro de la infame bacanal,  
y mal entre sus nieblas comprendía  
la silenciosa paz de un funeral.

Las lúgubres salmodias empezaron;  
el pueblo reverente se postró;  
cuando con *paz* al muerto conjuraron,  
el nombre del que fué nos aterró.

En vano los sentidos se empeñaban  
en mentirnos un sueño baladí;  
los blandones el círculo cerraban,  
y una hermosura descansaba allí.

¡Y era hechicera, y lánguida y liviana;  
la envidia de un salón érase ayer;  
y, á pesar de su pompa cortesana,  
hoy hediondo cadáver pudo ser!

Faltónos ¡ay! la voz con el aliento;  
temblónos el cobarde corazón;  
ciertos los ojos y el oído atento,  
nos dijimos al fin:—¡No es ilusión!

*¡Allí estaba la sombra de ese dedo,  
que escribe una sentencia en la pared!...  
¡Y era fiesta también!... Llegad sin miedo.  
¡Cantad, amigos, sin pesar bebed!*



## TENACIDAD

—Serrana, ve si ha de ser,  
 porque yo te he de esperar  
 en la fuente sin ceder;  
 y, ó no tienes de beber,  
 ó te tengo de encontrar.

Y que me canse no aguardes,  
 que nada esperar me importa  
 noches, mañanas y tardes;  
 toda una vida que tardes  
 será, esperándote, corta.

Y á más, serrana, hay aquí  
 sitio tan fresco y tan blando,  
 que tengo yo para mí  
 que anhelo tardanza en tí  
 por sólo estarte aguardando.

Aquí las aguas sonoras  
 rodando en la hierba van,  
 y aquí las aves canoras,  
 del bosque alegres cantoras,  
 música dulce me dan.

Aquí las flores campestres  
 me dan los blandos perfumes  
 de sus cálices silvestres,  
 y gozo en que me te muestres  
 mucho más que tú presumes.

Pues si al fin has de salir  
 altiva, asaz y enojada,  
 tarda, serrana, en venir;  
 que el alma te ha de fugir  
 más fácil y enamorada.

Ve, pues, lo que has de ganar  
 si más piensas en mi daño  
 así esquivarme y tardar,  
 porque más quiero esperar  
 que saber un desengaño.

Y bástame á mí saber  
 que á cada punto te veo  
 cuando yo te quiero ver;  
 que mucho vale tener  
 de centinela al deseo.

Tras cada tronço arrugado  
 en que la vista repara,  
 tras cada espino enredado,  
 tras cada sitio enramado,  
 estoy buscando tu cara.

De cada hoja que se mece  
 á la vibración ligera,  
 el alma se me estremece,  
 y todo el valle parece  
 que tu rostro reverbera.

Siempre estoy adivinando  
 esos dos ojos crueles  
 que á traición me están mirando  
 tras de un haz de juncos blandos,  
 tras un pie de mirabeles.

Siempre, á cada incierto ruido  
 que hace el aura entre las ramas,  
 vuelvo el gesto sorprendido,  
 pensando que tú me llamas  
 de algún lugar escondido.

A cada vago lamento  
que los olmos azotando  
alza repentino el viento,  
me finge mi pensamiento  
que tú pasabas cantando.

Y si una tórtola bella  
suelta triste en la espesura  
su enamorada querella,  
digo:—Así llegara á ella  
mi amorosa desventura.

Y todo es pensar en tí,  
todo buscarte y quererte,  
en tanto que aguardo aquí,  
aunque me pesa ¡ay de mí!  
desearte y no tenerte.

Que si al fin de mi esperar,  
de mi amoroso gemir,  
te dejaras ablandar,  
y saliendo del lugar  
acabaras por venir;

Si cual las aguas hicieras  
que aquí murmurando están,  
y entre arenillas ligeras  
bullendo en tropel parlaras  
al valle rodando van;

Si hicieras como esas flores  
que cierran de noche al frío  
sus tocas de cien colores  
y despliegan sus primores  
del alba al fresco rocío,

Delicioso por demás  
fuera esperarte, serrana;  
mas, si hoy al fin no vendrás,  
será persuadirme más  
de que tampoco mañana.

¡Pero no has de holgarte, á fe!  
Pues tan tenaz como soy  
al fin de buscarte, sé  
que, si no te encuentro hoy,  
mañana te encontraré.

Que he dejado mi ciudad,  
serrana, y venido así  
tan sólo por tu beldad,  
y ya, por tu terquedad,  
no he de volverme sin tí.

Y cuenta con lo que digo,  
que he de estar eternamente  
de estos olmos al abrigo;  
y no te finjas que intente  
partirme sino contigo.

Haréme por el verano  
un toldo con espadaña;  
y haré en el invierno cano,  
por burlar al viento insano,  
mi hoguera en una cabaña.

Conque así, ve si ha de ser,  
porque yo te he de esperar  
en la fuente sin ceder;  
y, ó no tienes de beber,  
ó te tengo de encontrar.—



## HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN

NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN

## Leyenda

## INTRODUCCIÓN

En un rincón de Castilla,  
allá en el fondo de un valle,  
sobre tres cerros distintos  
hay tres torres semejantes.  
Castillos los llaman unos,  
otros atalayas árabes;  
mas, su origen positivo  
á la verdad no se sabe.  
Un río humilde, el *Esgueva*,  
la falda á los cerros lame,  
y entre huertas y majuelos  
lleva á rastra sus cristales.  
Entre los olmos y vides  
con que tapiza su margen,  
y ambas filas de colinas  
que le interrumpen el aire,  
hay derramados sin orden  
más de un ciento de lugares,  
que, amasados todos ellos,  
un pueblo tal vez no valen.  
Pues los pueblos con el río,  
y las huertas de la margen,  
las colinas que le cercan  
en dos bandas desiguales,  
y los tres cerros distintos  
con tres torres semejantes,  
de tal modo unos en otros  
vegetan, pasan ó yacen,  
que todo el conjunto entero,  
sin que esto lo dude nadie,  
tomando nombre del río,  
forma sin disputa el valle.

## I

Está la noche espirando,  
y allá, en el fin de la sombra,  
en vacilante crepúsculo  
tiñe el Oriente la aurora.  
La luna en el Occidente  
su pálida luz ahoga,  
y las estrellas la siguen,  
luz reflejando medrosa.  
Silba el cierzo entre las ramas  
de los árboles sin hojas,  
y con espejos de hielo  
Esgueva sus aguas orla:  
ostenta el campo escarchado  
trémula alumbrada alfombra,  
que á veces parece el alba,  
y agua á veces silenciosa,  
que allá en la sombra confusa  
humeando se evapora.  
Se oye el murmullo del río,  
que por la pesquera rota  
se filtra, tornando el agua  
en espuma bulliciosa.  
Ya en copos blancos se eleva  
trenzada y murmuradora;  
ya cae en hebras de plata,  
y se arrastra tumultuosa;  
ya trepando por las piedras  
se columpia de una en otra;  
ya por evitar un canto  
serpenteando se encorva,  
y ya, tornando á ser agua,  
susurra en la hierba tosca.

Allá en la opuesta ribera  
se alcanza una torre octógona,  
con que la frente de un cerro  
entre brezos se corona.

Un pueblo, frente por frente,  
junto á las aguas sonoras,  
con casas de tierra y ramas,  
de hidalgo y leal blasona;  
y una casa que, más lejos  
de la orilla y de las otras,  
puede pasar por alcázar,  
según aumenta en las formas,  
yace al pie de una colina,  
olvidada, triste y sola,  
con lienzos en las ventanas,  
que honores de vidrio gozan.  
Entre una luz y los lienzos  
cruza á veces una sombra  
que, sobre ellos destacada,  
parece bien que se asoma;  
y á veces, inmoble y fija,  
cubre la ventana toda,  
cual si estorbar pretendiera  
paso á la vista curiosa.  
A veces semeja un hombre  
que, vuelto el rostro á la antorcha,  
dibuja un bulto sin gesto  
que descansa en una gola;  
y á veces, raudo pasando,  
de un rostro el perfil contorna  
de agudo y crespo bigote  
que con la gorguera toca.  
Mas puede á veces dudarse  
si es una ó son dos las sombras,  
si pasean ó si danzan,  
si luchan ó si retozan;  
porque hay puntos en que cruzan  
dos bultos de varia forma:  
una cabeza con rizos,  
con barba y bigotes otra.

Casi al pie de la colina  
en que la casa se apoya,  
hacia el pueblo más cercano  
una senda desemboca.  
Un hidalgo, á pasos lentos,  
la vuelta del cerro toma;

un mozo trae adelante  
debajo una yegua torda,  
y un largo ropón oculta  
lo demás de su persona.  
Tendió á la casa la vista;  
tembló, paróse y tendiôla  
por todo cuanto en el valle  
abarca, sombría y torva.  
Echó pie á tierra, y á poco  
la mirada escrutadora  
alcanzó la luz movable  
por entre la puerta rota:  
en faz de asombro y de duda,  
ó de vergüenza y de cólera,  
la planta trémula tuvo,  
y, agachándose en la sombra,  
clavó en la puerta los ojos,  
y el puño en la tierra fofa.  
Se abrió la puerta: un mancebo,  
la faz envolviendo toda  
de un gabán entre las pieles,  
en apostura amorosa  
de una mujer se despide  
que á despedirle se asoma.  
Juró airado el escondido  
en voz sofocada y ronca;  
sonó en el umbral un beso,  
cerró la puerta la moza,  
y el galán, pasando el vado,  
hacia la torre se torna.  
Cuando él llegó al pie del puente,  
ya con mano vigorosa  
á sendas aldabonadas  
el otro á su puerta dobla.  
Abrióla al fin la mujer,  
y al cerrarla cuidadosa,  
ya por Oriente venía  
la tornasolada aurora.

## II

El codo sobre la mesa,  
sobre la mano ambas sienes,  
entrambas cejas fruncidas,  
arrugada la ancha frente,  
la otra mano en la cintura,

los pies en un taburete,  
 en un sillón de baqueta  
 está meditando Pérez.  
 Una lámpara de hierro  
 á un lado en la mesa tiene,  
 cuya luz lucha oscilando  
 con el día que amanece.  
 Al otro lado un tintero,  
 y en el centro unos billetes  
 cuya firma está abrasando  
 con pupilas de serpiente.  
 Desigual suelta el aliento  
 por los apretados dientes,  
 y mal ahogados suspiros  
 dentro del pecho le hierven.

«¡Mendo Abarca...! que me place:  
 »un día tras otro viene,  
 »y honra con honra se paga,  
 »vida por vida se pierde.»  
 Esto en voz baja diciendo,  
 asíó la luz de repente,  
 y á voces en la escalera  
 llamó á Margarita, Pérez.

Subió al punto la muchacha,  
 tranquila, hechicera, alegre,  
 mostrando en la tez de rosa  
 sus abriles diez y nueve.  
 Y es la niña un embeleso,  
 una hermosura de Oriente,  
 cogido el cabello en trenzas,  
 que con dos agujas prende;  
 cintura escasa y flexible,  
 que cimbre y se estremece;  
 tez morena, negros ojos,  
 paso resuelto y pie breve.  
 Con la sonrisa en los labios  
 y con la paz en la frente,  
 rebotando amor y hechizos  
 que irresistibles parecen,  
 entró por el aposento  
 preguntando:

—¿Qué me quieres?—  
 Pérez, bajando los ojos,  
 contestóla:

—Que te sientes.—  
 Sentóse, y siguió el marido:

—¿Tienes, querida, presente  
 cuánto tiempo ha nos casamos?  
 —Sí por cierto; treinta meses.  
 —Pues eso há que nuestra honra  
 nos prestamos mutuamente.  
 —Y ahora ¿á qué recordarme...?  
 —Díme: y esto ¿cuántas veces  
 si se pierde se recobra?  
 —¿A qué viene esto, Ruy Pérez?  
 —¿Sabes, Margarita mía,  
 que cada sentido tiene  
 una puerta por do sale  
 nuestra honra y nunca vuelve?  
 —¡Pero!...

—¿Y sabes, Margarita,  
 que no sois más las mujeres  
 que un alcázar donde la honra  
 guardada los hombres tienen?  
 —¡Por Dios, Pérez, que no alcanzo  
 lo que con esto pretendes!  
 —¿Sabes que un alma con honra  
 otra alma con honra quiere,  
 porque es justo que se guarden  
 las reinas para los reyes?  
 —¡Pero!...

—¿Y sabes, Margarita,  
 que el marido que la pierde,  
 compra una marca de infamia  
 que lleva en el rostro siempre?  
 —¡Pero!...

—¿Y sabes, Margarita,  
 que, en tanto que no la vengue,  
 ni de hidalgo ni de hombre  
 el vano nombre merece?  
 —¡Pero!...

—¿Y sabes, Margarita,  
 que si por ella no vuelve,  
 hasta las dueñas escupen  
 de su blasón los cuarteles?  
 —¡Mas yo!...

—¿Y sabes, Margarita,  
 que nació hidalgo Ruy Pérez,  
 y no ha de vivir sin honra,  
 aunque al mismo Dios le pese?  
 —¡Cielo!...

—¿Y sabes, Margarita,

que un remedio hay solamente  
para dolencia tan grave?...

—¡Pero escucha!...

—¿Y que es la muerte?

—¡Pero!...

—¡Silencio!

—¡Oye!...

—¡Calla!

Mas hablando no me afrentes,  
y lee, si te queda aliento,  
Margarita, esos papeles.—  
Y esto diciendo, á la cara  
tiróla Ruy los billetes,  
y ella cayó de rodillas,  
clamando: —¡Cielos, valedme!

Pasaron unos instantes  
en silencio tan solemne,  
que de entrambos corazones  
contarse los golpes pueden.  
Pérez, crispados los puños,  
atenazados los dientes,  
amoratados los labios,  
fuego por los ojos vierte.  
Margarita, de rodillas,  
doblada al pecho la frente,  
cruzadas las blancas manos,  
pálida como la muerte,  
correr por ambas mejillas  
deja una lágrima ardiente,  
que, resbalando hasta el suelo,  
en vapor se desvanece.  
Pérez, inmóvil de rabia,  
en el sillón se mantiene;  
y ella, de miedo y vergüenza,  
convulsiva se estremece.  
Al cabo, con voz sombría  
dijo á Margarita, Pérez:  
—Mujer, yo adoraba en tí;  
por tu capricho más leve,  
por sólo un cabello tuyo  
hubiera muerto mil veces.  
Y el amor que compré un día  
con vida y con alma, ¡imbécil!,  
hollando tus juramentos,  
¿así en mi ausencia me vendes?

—¡Perdón—clamó Margarita!—  
¡Oh, me detesto...!

—Detente:

que con que tú te aborrezcas,  
él mi honra no me vuelve.

Pero ¡por Dios! que no es tarde...

—¡Cielo santo! ¿Qué pretendes?

¡Perdón! ¡Perdón! ¡A tus plantas  
me arrastraré eternamente!

—Y el polvo en que tú te arrastres,  
¿podrá mi honra volverme?

—¡Lloraré al pie de tu lecho,  
velando mientras tú duermes!

—¿Y qué sueño ha de acudir  
á quien sin honra se acueste?

—¡Seré menos que tu esclava!  
¡Besaré el polvo que huelles!

—¿Y qué harás con esas manos  
que toman estos billetes?

—¡Perdón!

—¡Pídesele al cielo,—  
que él solo dártele puede!»

### III

Es un salón cuadrilongo  
dentro de la antigua torre  
en que desterrado habita  
don Mendo Abarca y Quiñones.  
Sobre un tapiz toledano,  
bordado en torno de flores,  
hay una imagen de Cristo  
colgada de dos cordones.  
De la alta bóveda ojiva,  
por medio una argolla corre  
otro cordón que sustenta  
una lámpara de cobre.  
En una de las paredes  
hay un nicho y dos balcones,  
y el sol pasa macilento  
por los vidrios de colores.  
Allá en el opuesto lado,  
gigantesca en dimensiones,  
hay, á guisa de herrería,  
una chimenea en donde

se exhala en llamas y en humo,  
tendido en seis pies de bronce,  
amenazando un incendio,  
muy cerca de medio roble.

Y de cara hacia la llama,  
magro, silencioso, inmóvil,  
entre enterrado y tendido,  
dentro de un sillón un hombre.

Una mujer, no muy lejos,  
en silencio borda ó cose  
una alfombrilla de sedas  
que sobre un cojín recoge.

Entre ellos el ruido sordo  
de la chimenea se oye,  
y afuera el cierzo que zumba  
en los ángulos del Norte.

En cuanto á ambos personajes,  
siguen sus meditaciones  
sin que, al parecer, al uno  
nada del otro le importe.

Cada cual en su trabajo  
su atención entera pone:  
ella contando sus hebras,  
él contando sus tizones.

Al fin, rompiendo el silencio,  
dijo la mujer al hombre:  
—¡Estás triste!

—No; cansado  
de velar toda la noche.

Y como volviendo en sí,  
el que respondió: turbóse.  
Rápida, mas de hito en hito,  
ella un punto contemplóle;  
mas él siguió:—¿No lo sabes?  
Volveremos á la corte. —

Soltó la alfombra Leonor,  
y, acariciando á Quiñones,  
le dijo:—¡Y me lo ocultabas!  
—Quise sorprenderte: el conde  
me escribe ayer que á mi autojo  
la vuelta de Madrid tome.  
—¿Y será pronto?

—Muy pronto,  
que ya me cansa esta torre,  
donde hemos estado un año  
escondidos como hurones.

—¡Cuánto he rezado á ese Cristo  
por que á este día nos torne!—  
Don Mendo se puso en pie  
al escuchar este nombre,  
y, llorando de contento,  
ella del cuarto salióse.

En esto, por otra puerta  
entró el paje Diego López,  
y, ante su señor llegando,  
cortésmente saludóle.

—¿Qué tenemos?—en voz baja  
preguntó al mozo Quiñones.

—Nada, señor; ha seis días  
que huyeron ambos.

—¿Adónde?

—Imposible adivinarlo:

la casa registré anoche.

¿De quién hubiste las llaves?

—La escalé por los balcones.

—¿Y qué?

—La casa desierta;

las camas hechas, los cofres  
cerrados; no falta nada;  
todo en silencio y en orden.

—¿Y nadie responde de ellos?

—¡Imposible! Unos pastores  
dicen que le vieron solo

pasar el puente ha dos noches,  
pero que, al ponerse el sol,  
iban los dos por el bosque.

—¿Los dos, y volvía Pérez?

—Solo.

—¡Es bien extraño...! López,  
dentro de muy pocos días  
volveremos á la corte.

—Está bien, señor.

—Escucha;

para lo de ayer disponte.

—¿Dos caballos?

—Por supuesto.

—¿A qué hora será?

—A las doce. —

Dejó el aposento el paje,  
y entre sí mismo Quiñones  
murmuró:—¡Si volvió Pérez,  
y sospechando...! ¡Oh! Entonces

mañana mismo á Madrid,  
y ahí se las haya el buen hombre.—  
Y al calor de la fogata,  
sobre la mano durmióse.

## IV

Está la torre que habita  
don Mendo junto al Esgueva,  
en una colina oscura,  
sin árboles y sin hierba;  
sin foso que la circunde,  
sin torres que la defiendan,  
desmantelados los muros,  
derrribadas las almenas.  
Asido con dos argollas  
entre dos postes de piedra,  
tiene un puente levadizo  
suspendido en dos cadenas.  
Oprime al caer este puente  
otra torre más pequeña,  
en cuyo centro macizo  
hay torcida una escalera,  
y alzado el puente de noche  
aislada la torre deja,  
de modo que á un tiempo mismo  
sirve de puente y de puerta.  
Por inútiles sin duda  
sus ventanas y lucernas,  
hanlas tornado en balcones  
y suprimido las rejas;  
y es justo, á nuestro entender,  
que tal mudanza sufrieran,  
pues sirven de algo en la paz  
y eran estorbo en la guerra.

Era la noche siguiente,  
y la media noche apenas;  
el cierzo airado zumbaba  
del olmo en las ramas secas,  
y murmuraban las aguas  
azotando las riberas,  
atropellando sonoras  
raíces, algas y piedras,  
haciendo con sus espumas  
espejos, lazos y trenzas.

El cielo, entre opacas nubes  
velando luna y estrellas,  
el valle, el río y la torre,  
encapotaba en tinieblas.  
No brillaba en los linderos  
la luciérnaga rastrera;  
no había parleras aves  
que cantaran en la selva,  
ni insectos que susurraran  
entre la flexible hierba;  
no había pajizas flores  
que en los céspedes crecieran,  
ni pastores que velaran,  
ni silbadoras culebras,  
ni lobos que con la luna  
cruzaran por la pradera.  
Que es la noche sobre oscura,  
de Diciembre opaca y negra,  
y húmeda, gruesa y pesada,  
acosa al aire la niebla.  
Bajóse en la torre el puente,  
y trasponiendo la cuesta,  
dos hombres hacia los vados  
echaron por una senda.  
—¿Traes las llaves?—dijo el uno.  
—Sí, señor.  
—¿Y allá quién queda?  
—Martín Muñoz en la escala,  
durmiendo la camarera,  
y Lucas con los caballos  
aguarda junto al Esgueva.  
Los demás hacia la corte  
irán ya lejos, y apenas... —  
Una ráfaga silbando,  
el resto arrastró con ella.

Entonces, de entre la sombra,  
alzóse callada y lenta  
una figura embozada,  
que mucho á un hombre semeja.  
Tanto guarda de fantasma  
como de humano conserva,  
porque ella anda ó se desliza  
sü que, al moverse, se sientan  
el compás de sus pisadas  
ó el rumor de sus espuelas;

y el murmullo que se escucha  
dentro de su boca misma,  
no se sabe si es que gime,  
conjura, amenaza ó reza.  
Pero hombre, ilusión ó duende,  
al pie de la torre llega,  
y sin vacilar un punto,  
con una escala de cuerdas  
asiendo el balcón más bajo,  
desembozándose trepa,  
y de un corredor desierto  
se pierde por las revueltas.

En una apartada alcoba,  
á la luz de una linterna,  
la esposa de Mendo Abarca  
sola y destocada sueña.  
Y los labios la sonríen,  
y la lengua balbucea,  
y toda la paz del alma  
la faz dormida refleja.  
Con el fin de su destierro  
descuidada devanea,  
y la pasan por la mente  
viajes, luminarias, fiestas,  
y con sus mil armonías  
de campanas y pendencias,  
obras, caballos y carros  
se finge una corte entera.  
Los nobles que la visitan,  
las damas que la contemplan,  
los lacayos que la aguardan,  
y los pajes y las dueñas,  
los billetes de convite,  
las joyas y las preseas,  
todo la pasa en tumulto  
en ilusión halagüeña.  
En esto el mismo fantasma  
asomó osado en la puerta,  
corrió por dentro el cerrojo,  
contempló un punto á la bella,  
y luego, ahogando la luz,  
dejó la estancia en tinieblas.  
Se oyó en la sombra un suspiro...  
y en faz de rauda tormenta  
siguió estrellándose el cierzo  
en las pintadas vidrieras.

Las puertas estremecidas  
sobre los quicios retiemblan,  
y silba y cruje y se rasga  
con ímpetu en las troneras;  
y ni gemidos ni pasos  
tornan á oirse, ni quejas:  
todo el viento lo devora,  
lo mata, sofoca ó lleva.

Á poco don Mendo y López  
tornaron la misma senda,  
y tornó á oirse del puente  
rechinando la cadena,  
y oyóse que el uno hablaba  
y el otro daba respuesta.

—¿Cogió las cartas?...

—Sin duda.

—Más vale así.

—Que no vuelvan.

Pasado mañana, López,  
á Madrid damos la vuelta.

Cruzaron ambos el puente,  
volvió á sonar la cadena,  
y siguió el viento zumbando  
por los ángulos y rejas.  
Y en esto, en el balcón mismo  
la misma escala de cuerdas  
cayó al campo, y el mismo hombre  
bajó embozado por ella.  
Llegó al suelo, y percibióse  
de Pérez la voz severa,  
que á lo lejos murmuraba,  
como quien conjura ó reza:

«Quien á hierro mata, es justo  
»que igualmente á hierro muera:  
»HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN,  
»NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN.»

## V

Vino un día y otro día,  
y vino un mes y otro mes,  
y año tras año venía;  
el segundo concluía,  
y pasaron hasta tres.

Pérez desapareció,  
su casa quedó en escombro;  
don Mendo á Madrid volvió,  
y con estruendo y asombro  
la torre se desplomó.

Contaron de ello medrosas  
las gentes varias consejas  
y fábulas espantosas:  
de amoríos las hermosas,  
y de visiones las viejas.

Quién dijo (y á tal contar  
el más valiente se pasma)  
que vió, el alba al despuntar,  
junto á la torre vagar  
blanca y sola una fantasma.

Quién dijo que, atravesando  
de noche por la pradera,  
la colina coronando,  
vió hasta cien almas danzando  
en derredor de una hoguera.

Ni faltó en pleno concejo  
un hidalgo de lugar  
que, arrugando el entrecejo,  
contara que un moro viejo  
huyó de verla pasar.

Ni un muchacho revoltoso  
á quien, por calmar el llanto,  
contaran en son medroso  
aquel cuento tan famoso,  
y el chico calló de espanto.

Y aun diz que dió una doncella  
con un espectro galán,  
y que una devota bella  
le alcanzó á ver después de ella  
en casulla ó balandrán.

Todo eran apariciones,  
raros acontecimientos,  
secretas conversaciones;  
todo ruidos y visiones  
y diabólicos portentos.

Los unos vieron gigantes,  
otros toparon enanos,  
otros hogueras volantes,  
otros mágicos errantes,  
y otros brujas y gitanos.

Y alguno más entendido,  
más ducho ó más suspicaz,  
creyó allí haber sorprendido  
algún amor protegido  
con el murmullo falaz.

Vino un día y otro día,  
y vino un mes y otro mes,  
y el tercer año corría;  
el segundo concluía,  
y pasaron hasta tres.

Las visiones acabaron,  
y, olvidadas las consejas,  
los mozos las despreciaron,  
las muchachas se casaron,  
y se murieron las viejas.

Con esto el miedo pasó  
y el valle quedóse en calma.  
Mendo Abarca no volvió,  
ni á nadie se apareció  
Pérez en cuerpo ni en alma.

## VI

En un salón adornado  
con alfombras toledanas,  
con pabellones de sedas,  
con mecheros y con lámparas,  
vestido de terciopelos  
festionados de oro y plata,  
cercado de taburetes  
y de cojines de grana,  
hay hasta cuatro personas  
en plática sosegada,  
que esperan como en familia  
alguna cosa que tarda.  
Una es don Mendo Quiñones,

otra es una antigua dama,  
 otra es doña Leonor,  
 y otra un clérigo, que calla.  
 Está Leonor cual lo exige  
 la ceremoniosa usanza  
 de aquellos revueltos tiempos  
 de fiestas y de batallas.  
 Corpiño y falda turquí  
 bordados de seda blanca,  
 con dos filas de botones  
 de costosa filigrana.  
 Desnudo el cuello y los hombros,  
 bajo un collar de esmeraldas,  
 con un lazo de brillantes  
 que por una cruz remata.  
 Los cabellos divididos  
 en dos trenzas derribadas  
 que á ambos lados se recogen  
 en dos agujas de plata;  
 y en la mano un abanico  
 con que la faz del sol guarda,  
 tras de cuyo varillaje  
 mira á salvo y no es mirada.  
 Con igual lujo y riqueza  
 está engalanado Abarca:  
 el jubón de terciopelo,  
 acuchilladas las mangas,  
 capotillo carmesí,  
 calzón negro y gola blanca,  
 y en un cinturón de seda  
 colgados estoque y daga.  
 De aquestos tres personajes,  
 Quiñones y las dos damas,  
 el cuarto los atavíos  
 está contemplando en calma.

Empieza en una corona  
 y en un acicate acaba;  
 tanto conserva de monje  
 como de soldado guarda.  
 El gesto tiene severo  
 y la frente despejada,  
 empinados los bigotes,  
 espesa y luenga la barba.  
 El jubón negro y sin cuello,  
 el ropón tocando en capa,

la gola negra y sencilla,  
 botas, espuelas y espada.  
 Si fija en otros sus ojos,  
 no pueden con sus miradas;  
 si habla, le escuchan atentos;  
 no le importunan si calla.  
 Mas su mirada es modesta,  
 contenidas sus palabras:  
 si reconviene no ofende,  
 y si aconseja no cansa.  
 Los valientes le saludan,  
 los pordioseros le aguardan,  
 las damas le reverencian,  
 los cortesanos le halagan.  
 Y algunas lenguas mordaces  
 sólo un defecto le achacan:  
 ser celoso en demasía  
 de la honra y buena fama.  
 Es capellán de Quiñones,  
 con quien tiene mesa y casa,  
 y á quien salvó vida y honra,  
 dicen que en una batalla.  
 De entonces, él y don Mendo,  
 un punto no se separan;  
 son un cuerpo y una sombra,  
 cuerpo y sombra con un alma.  
 Es á un tiempo secretario,  
 consejero, amigo y guarda.  
 Don Mendo, sin su presencia,  
 ni come, ni abre las cartas:  
 á un sermón y á un desafío  
 igualmente le acompaña;  
 procura evitar contiendas;  
 pero, una vez empeñadas,  
 el cáliz por el estoque,  
 por la malla el ropón cambia,  
 y, á pretexto de padrino,  
 da la postrer cuchillada.

Ni es de extrañar que esto sea,  
 porque, en los tiempos que alcanza,  
 los obispos son alcaides,  
 y sus palacios son plazas;  
 no pagan pecho á sus reyes,  
 mantienen á sueldo lanzas;  
 antes de prestarle ayuda

juzgan despacio su causa,  
y como más les va en ello  
le acuden ó se desmandan,  
y viven entre placeres  
con familiares y damas.

Así como es el espejo  
es la imagen que retrata,  
y así como andan los reyes,  
la corte y vasallos andan.

Tales son los personajes  
que en plática sosegada  
esperan como en familia  
alguna cosa que tarda.  
Al fin, al doblar sonoro  
de una ligera campana,  
abrióronse los balcones,  
entró el sol de la mañana,  
y de galanes y hermosas  
fuése llenando la sala.  
Oyóse el rumor del pueblo  
que abajo se agita y pasa,  
y el capellán y Quiñones,  
haciendo venia á las damas,  
salieron hacia la iglesia  
donde doblan las campanas,  
porque es el día del Corpus  
y está la corte de gala.

## VII

Al doble y revuelto son  
de campanas y atabales,  
hierva y bulle un pueblo entero  
en plazas, rejas y calles.  
Es un bello sol de Junio,  
que derramado se esparce  
por techos, plazas y torres,  
gran farol de fiesta grande.  
Sus rayos de grana y oro  
se quiebran y se deshacen,  
se estremecen y reflejan  
en pizarras y cristales.  
De los sueltos pabellones,

de los tapices brillantes  
que orlan, visten y coronan  
los balcones desiguales,  
en cada hebra de oro y plata  
y en cada lazo ondulante  
reverberan mil colores  
que tornasolan el aire.  
Entre guirnaldas de flores,  
entre velos y cendales,  
entre abanicos de plumas,  
entre dueñas y entre pajes,  
decoran las celosías,  
que recorren fiestas tales,  
cuantas damas de Castilla  
dentro de la villa caben.  
La luz de un sol tan alegre,  
la interposición del aire,  
los suntuosos atavíos  
y el placer de los semblantes  
hacen que de cada hermosa  
finjan en ensueño un ángel  
los enamorados ojos  
de los felices galanes.  
¡Cuántos hidalgos osados,  
deteniendo el paso errante  
al pie de unos miradores,  
contemplan un gesto grave!  
¡Cuánto celoso mancebo,  
al revolver de una calle,  
el sombrero hasta los ojos,  
aguarda amoroso trance!  
¡Cuánta dueña en una reja,  
en tanto la dama sale,  
espera en faz compungida  
que el audaz citado pase!  
¡Cuántos suspiros se ahogan  
entre el son interminable  
con que el gentío murmura  
cuando del pecho se parten!  
¡Cuánta ardorosa mirada  
intercepta el velo frágil  
de una pluma que un tercero  
cruzó entre ambos un instante!  
¡Cuántos ojos arrobados  
en otros del cielo imagen  
se topan detrás de aquellos

otros ojos centellantes!  
 ¡Cuántas citas amorosas  
 camino á escondidas se abren  
 entre aquel rumor confuso  
 que un millón de bocas hace!

Calmando al fin del gentío  
 la voz sorda y susurrante,  
 diez maceros á caballo  
 la gente por medio parten.  
 Bajáronse los sombreros,  
 y tornáronse anhelantes,  
 impacientes y curiosos,  
 mil rostros hacia una calle.  
 Pasaron lanzas y cruces,  
 alabardas y estandartes,  
 cirios, clérigos, soldados,  
 mangas y comunidades.  
 Pasaron urnas, reliquias,  
 chirimías y ciriales,  
 congregaciones y escuelas,  
 nobles, juntas y hermandades.  
 Hasta que al fin, de improviso  
 levantó su voz gigante  
 el pueblo, que vió á lo lejos  
 la engalanada falanje  
 de hidalgos, condes y duques,  
 obispos y cardenales  
 que en torno del rey Enrique  
 traen á su Dios por delante.

Quedábale á Enrique Cuarto,  
 por don de sus mocedades,  
 el fastidio y la osadía  
 de placeres y desmanes;  
 que, aun niño, rompiendo el yugo  
 del respeto al rey su padre,  
 tuvo en Segovia una corte  
 con pueblo y leyes aparte.  
 Y allí anegado en deleites,  
 sin conocer vasallaje,  
 pasó los años primeros  
 siempre en faz de rebelarse.  
 Hoy ya rey, abrió su corte  
 á cuanto ilusorio y grande  
 quiso con sus reales culpas

de las suyas escudarse.  
 Vinieron aventureros  
 sin más haber que su sable,  
 y vinieron cortesanas  
 que allá en países distantes  
 fueron nobles y duquesas  
 de real solar y real sangre,  
 á quien echan de su patria  
 opiniones populares.  
 Vinieron monjes robustos,  
 todos rectores y abades,  
 de costumbres de gran peso  
 y profesión impalpable.  
 Y entre discordia y licencia,  
 entre amores y combates,  
 andando allí confundidos  
 los soldados y los frailes,  
 logróse sin gran trabajo  
 que fuesen en tiempos tales  
 las audiencias galanteos,  
 los amores liviandades,  
 y las damas cortesanas  
 y los clérigos galanes.  
 Que así como es el espejo  
 es la retratada imagen,  
 y hacen, si andan mal los reyes,  
 que mal los vasallos anden.  
 Los monjes á par alternan  
 las mallas y los sayales,  
 y el que ayer era prelado,  
 mañana á campaña sale.  
 Tales gentes y tal fiesta  
 bajan la calle adelante,  
 y hasta doscientos jinetes  
 dan á la función remate.

Entre las gentes que al rey  
 prestan honra y homenaje,  
 ni cerca de su persona,  
 ni lejos del condestable,  
 van dos nobles caballeros  
 que en severos ademanes,  
 entre secretas palabras,  
 secretas razones traen.  
 Tan en secreto las cruzan,  
 que, en verdad, no fuera fácil

que pudiera algún curioso alcanzar de lo que traten. Mas que es cosa de importancia bien pudiera asegurarse, pues á veces hace el uno que el otro los ojos baje, y á veces, levantando éste la mirada penetrante, torna á bajarla irritado, cual devorando un ultraje que el otro le recordara y mucho á su honra tocase. Cuanto más uno se turba sigue el otro imperturbable, y ambos miran de continuo á un balcón, luego á la calle. Es el uno Mendo Abarca, que, inclinado hacia adelante, con su capellán conversa en razones semejantes:

—¡Pero, padre, eternamente la misma conversaci6n!

—Señor, siempre esta ocasi6n me está en el alma presente.

—¡Maldita ocasi6n la vuestra, que en todas partes la veis!  
—Señor, que fué bien sabéis la experiencia mi maestra.

—¿Y lo que os sucede á vos ha de acontecerme á mí?

—¡La honra, señor, que perdí no basta á dárme la Dios!

Y cuando vos la perdáis...

—Yo mismo la cobraré.

—Yo también me lo pensé; pero, como yo, la erráis.

Que es la mujer un cristal que, si se empaña una vez, la mancha ó la palidez se lavan luego muy mal.

Mirad, don Mendo, al balcón y á la calle atentamente.

—¡Padre, padre, eternamente la misma conversaci6n!

—Si os salvé, señor, la vida, la honra os he de salvar; yo por ella he de velar si vuesa merced la olvida.

—Ved que vos podéis muy bien dar camino á una sospecha.

—Ved que en cuenta tan estrecha podéis vos errar también.

—¡Ved que soy yo su marido!

—¡Ved que ella es vuestra mujer!

—Sé que me ama.

—Puede ser.

—Y pudiera...

—Haber mentido.

—Mas, padre, vos...

—Vedla allí.

Y aunque así á vos no os ofende, pensad que á todos atiende menos á vos...

—¡Eso sí!

—Pues si os ama, ¿cómo á vos es á quien busca el postrero?

—¡Ay, triste del que altanero me compita, vive Dios!—

Así en voz baja platican aquellos dos personajes, al ir de su propia casa avistando los umbrales; y saludando á Leonor, que al balcón á verlos sale, con la procesi6n siguieron toda la plaza adelante.

## VIII

En un estrecho aposento, al amarillo fulgor que por entre seis cristales despidе un turbio farol,

el capellán y don Mendo,  
en tenue y secreta voz,  
tienen, de alta consecuencia,  
trabada conversación.

Don Mendo está pensativo,  
encendido de color,  
la mano puesta en la frente,  
mal sentado en un sillón,  
los cabellos en desorden,  
luchando con su interior  
y retratando en el gesto  
la inquietud del corazón.

El capellán tiene el rostro  
entre hipócrita y feroz,  
y contempla al de Quiñones  
con ojo escudriñador.  
Al abrigo guarda el suyo  
de la sombra del farol,  
cuidando de que á don Mendo  
ilumine el resplandor.

Entre ambos hay extendido  
un macizo velador,  
en que, para estar más cerca,  
se apoyan tal vez los dos.  
A una pregunta de Abarca,  
de extremada concisión,  
con otra pregunta idéntica  
el capellán contestó.

—Y su tristeza y despego  
¿no veis de entonces, señor?

—Mas ved, padre...

—¿Y no decís  
que, al saber vuestro perdón,  
casi loca de alegría,  
vuestra vuelta aceleró?

—Es verdad.

—¿Y no decís  
que advertisteis variación  
desde la misma mañana  
en que en la corte se vió?

—¿Y eso, padre?...

—¿Y no decís  
que un ensueño aterrador  
la atosiga desde entonces  
y la pone en aflicción?

—Es verdad.

—¿Y no decís  
que de aqueste torcedor,  
nunca la secreta causa  
vuestra esposa os reveló?

—Y eso prueba...

—Que en su pecho  
hay secretos para vos,  
y las mujeres no tienen  
más secretos que el amor.—

Don Mendo apretó los puños  
cuando tal respuesta oyó,  
y en la inquietud de sus ojos,  
que revuelve en derredor,  
se ve bien que busca el triste  
otra disculpa ó razón.

En tanto el cura le atiende  
con sonrisa de traidor,  
y rebosan sus pupilas  
sangrienta satisfacción.

Por fin, como quien despliega  
todo el último valor,  
con hondo y trémulo acento  
Mendo Abarca replicó:

—Tal vez de mujeres, padre,  
secretos caprichos son  
que sólo consultar deben  
allá con su confesor.

—Los caprichos mujeriles,  
ya os dije, don Mendo, yo,  
que si al marido se celan  
no son más que otra pasión.

—Callad, padre, porque me hacen  
vuestras palabras pavor,  
y es tan profunda esta herida,  
que me duele, ¡vive Dios!

—Pues buscad presto remedio,  
don Mendo; porque si no,  
la herida se os hará cáncer  
que gangrene vuestro honor.  
Mañana tal vez...

—¡Por cierto,  
que es tremenda precisión!  
Dejadme, que bien pensado,  
el tiempo...

—¡Tiempo veloz,

tiempo rápido! Que el tiempo carcome la reflexión.

—Pero, padre, ¿ved que errarlo no fuera?...

—Nunca peor; que en cuidar mucho su honra jamás hidalgo pecó.

Ved que yo he perdido el mío; y aunque hice venganza atroz, ni le he cobrado, ni el tiempo me ha quitado este borrón.

—Pues bien; si es cierto, á impedirlo ó á vengarlo pronto estoy.

—Pues el remedio ó venganza; ved que urge.

—Tenéis razón; y pues sabéis la dolencia, buscadme el remedio vos. —

Guardaron ambos silencio en torva meditación: don Mendo, fijos los codos sobre el ancho velador, las sienes entre las manos y el cabello en confusión, como quien devora y siente secreto afán interior. Su sombrío compañero, de espaldas en el sillón, es un hombre á quien se puede partir la figura en dos. Unas veces es un monje, ministro santo de Dios, cuya presencia es consuelo á mundanal aflicción; cuyo rostro da franqueza; cuya majestuosa voz aconseja dulcemente, dando calma al corazón. Otras es un hombre osado, duro, hipócrita ó traidor, que aguarda en faz misteriosa una pensada ocasión; un tigre que acecha oculto la presa que descubrió, y hace que duerme tranquilo

para asaltarla mejor. Si baja al suelo los ojos, dirían que hace oración; mas arden, cuando los alza, en fuego fascinador; y al fijarlos en don Mendo, tan horrible es su expresión, que, más que monje, dijera que semeja un salteador. A veces pintan la ira, y á veces la compasión, y á veces pintan los celos, y otras veces el furor; y el orgullo y la vergüenza, y el duelo y la confusión, y la venganza y la rabia, la constancia y el valor, á un tiempo brillaba en ellos... Mas todo cambió veloz cuando don Mendo la frente de entre las manos alzó. Fué otra vez el mismo monje amigo y consolador que la existencia de Abarca en el combate salvó. La mirada que Quiñones tendió angustiado en redor, á la del monje pedía, más que justicia, perdón. Mas el clérigo inflexible, en sorda y siniestra voz, así dijo, entre los dedos deshilachando el ropón: —Escuchadme, Mendo Abarca: en negocios como el de hoy, hasta que todo se aclara, disimular es mejor. Sólo un medio se me alcanza: pues que capellán soy yo, disponed que á vuestra esposa oiga un día en confesión... — Y esto diciendo, brillaban sus ojos con tal fulgor, que semejaron la lumbre de enrojecido carbón. El marido, que, turbado,

tal vez no le comprendió,  
replicóle:

—¡Entonces, padre,  
lo alcanzaréis sólo vos!

Á lo que el clérigo dijo:

—Muy torpe, don Mendo, sois,  
pues se oye desde una alcoba  
lo que se habla en un salón.

—Cierto, padre; pero... hay puntos  
que en ofensa son de Dios.

—Cierto, Abarca; mas hay prendas  
que encierran tanto valor...

—¡No os comprendo!

—Concluyamos  
tan necia conversación.

Si sois hidalgo, don Mendo,  
curad bien de vuestro honor,  
ó sufrid que el pueblo ría  
á vuestra faz...

—¡Eso no!

¿Decís que el pueblo se ríe?

—¿Quién lo duda?

—Y tal baldón,

¿llevará junto mi nombre...?

—El de marido, señor.

—¿Y mi esposa...?

—Ha de infamaros  
si es cierto que os engañó.

Iréis con ella á la corte,

y han de mofarse de vos.

El rey os hablará de ella,

y ha de mofarse de vos;

la verán al lado vuestro,

y han de mofarse de vos;

y os tendrán, á no vengaros,

por necio ó encubridor.

—¡Basta, padre, ó con la lengua  
os arranco el corazón!

Que verdades tan amargas  
las tolera sólo Dios.

¡Basta á fe...! Fingiré un voto

de una peregrinación:

su confesión en voz alta

la tomaréis, padre, vos;

pero dentro de la alcoba

la he de escuchar también yo.—

Y alzándose del asiento  
tomó don Mendo el farol,  
dirigiéndose á una puerta  
que da paso á un callejón.

El clérigo le seguía

en ademán triunfador,

y, al trasponer los umbrales,

entre dientes murmuró:

«Este mes hace tres años.

»Mañana, al salir el sol,

»un crimen y un duelo mismo

»tendremos que llorar dos.»

Tornóse Mendo, y pensando

que dudaba, preguntó:

—¿Qué decís, padre?

—Rezaba:

Id adelante, señor.

## IX

En una sala cuadrada,  
con tres tapices cubierta,  
al pie de un reclinitorio  
de cincelada madera,  
ante un monje de rodillas,  
con un velo en la cabeza,  
doña Leonor de Quiñones  
cristianamente confiesa.  
El rojo sol de Occidente,  
reflejando en las vidrieras,  
por las entornadas hojas  
con trémula luz penetra.  
Y en los tapices tendiendo  
una ráfaga postrera,  
con paso incierto, al huirse,  
pasa de una en otra hebra.  
Hay á un lado de la sala  
con un cerrojo una puerta,  
y en el otro un gabinete  
con una cortina negra.  
La mujer en faz humilde,  
el monje en faz altanera,  
seguían la confesión  
en preguntas y respuestas.  
Pregunta el monje en voz alta,

responde en voz débil ella;  
 él pregunta—¿No es así?  
 y ella—Sí, padre—contesta.  
 Parece, según lo exacto  
 con que pregunta y acierta,  
 que está el confesor leyendo  
 la pregunta en la conciencia.  
 Decía el monje:—¿Una noche?

—Sí, padre.

—¿Las doce eran?

—Sí, padre.

—¿Zumbaba airada

en las torres la tormenta?

—Sí, padre.

—¿Amáis á don Mendo?

—Sí, padre.

—¿Y sabéis que es fuerza

guardar entera la honra  
 que un hombre á su esposa entrega?

—Ved, padre, que yo dormía.

—¿Y quién guardaba las puertas,  
 que así osó llegar un hombre  
 hasta la cámara vuestra?

¿Sabéis que no bastan llaves,  
 murallas ni centinelas  
 para guardar dignamente

la fama y la honra ajena?

¿Sabéis que son las mujeres  
 sólo un arca donde cierran  
 todo su honor los maridos  
 con candados de vergüenza?

¿Sabéis que mujer sin honra  
 es sólo un padrón de afrenta  
 que eternamente en el rostro  
 el vendido esposo lleva?

—Ved, padre, que yo dormía.

¿No fué crimen, sino fuerza!

—¿Y no pedisteis á Mendo

venganza horrorosa y presta?

—Faltóme, padre, el valor.

—¡Luego fué traición completa,  
 pues que lanzasteis el dardo  
 y escondisteis la ballesta!—

Trémula, medrosa, ahogada  
 la frente contra la tierra,  
 el rostro entre las dos manos,  
 clamó acelerada ella:

—Callad, padre, y, si pequé,  
 imponedme penitencia.—

En esto alzó la cortina  
 don Mendo, que tal oyera,  
 y, asiéndola del cabello,  
 la dijo:

—¡Pues que confiesas  
 que cometiste la culpa,  
 sufre, traidora, la pena!—

Y escondiéndola la daga  
 dentro la garganta misma,  
 luchando con la agonía,  
 sobre la alfombra la suelta.

A su espalda, en este punto,  
 horrible, insultante, hueca,  
 oyóse una carcajada,  
 y el capellán con violencia,  
 poniendo mano al estoque,  
 gritó á don Mendo en voz recia:

—Yo asesiné á Margarita,  
 y lavé mi honra en la vuestra.

¡Don Mendo, yo soy *Ruy Pérez*,  
 que ha tres años que os acecha,  
 que os acosa y os persigue,  
 porque sabe, aunque le pesa,

QUE HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN  
 NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN!



# TEMPESTAD DE VERANO

Toledo, 23 de Julio de 1834.

## FRAGMENTOS

### I

Por entre moradas nubes  
derrama su lumbre el sol,  
y el valle, el monte y el llano  
ascuas á su impulso son.

Busca el pájaro en las ramas  
abrigo consolador,  
y al pie del robusto tronco  
dormita el toro feroz.

La lengua tinta de espuma  
tiene de turbio color;  
secas las fauces, que tragan  
abrasada aspiración.

Tardos vagan los reptiles,  
de sus grutas en redor,  
entre la tostada hierba,  
huyendo la luz del sol.

No arrulla tórtola triste  
con lastimero clamor  
entre el follaje sombrío  
su enamorada aflicción;

Ni estremeciendo las plumas,  
al dar arranque á la voz,  
en dulces trinos gorjea  
armonioso ruiseñor.

Ni se oye de los insectos  
el ronco y cansado son,  
ni los olmos se columpian  
con susurrante rumor.

Ni las espigas se doblan  
en vistosa confusión,  
ni entona groseras letras  
allá en el valle el pastor.

Ni trepa la suelta cabra  
por el agudo peñón,  
de una vana hierbecilla,  
libre y caprichosa, en pos.

Ni ladra el mastín atento,  
ni aúlla el lobo traidor,  
ni cruza por la vereda  
de hormigas largo cordón.

Ni en la ciudad ni en el llano,  
ocioso ni reñidor,  
aguarda en peña ó esquina,  
amigo, dueña ó matón.

Ni asoman dos ojos negros  
velando en un mirador  
la estrecha y oscura calle  
con diligente atención.

Todo calla, inmoble y mustio,  
de Toledo en derredor,  
bajo la choza pajiza,  
bajo el calado artesón.

Que al lejos, como la sombra  
del brazo airado de Dios,  
avanza con dobles alas  
nublado amenazador;

Y con él nubes y nubes  
en apiñado escuadrón,  
que, encapotando los cielos,  
van á atropellar al sol.

Allá en su cóncavo seno  
brama oculto el aquilón,  
el trueno encerrado muge,  
hierva el rayo asolador.

Y todo en informe masa,  
en espantoso montón,  
sin fuerzas ni ley que basten  
á detener su furor.

Rueda en la atmósfera á ciegas,  
como buque sin timón,  
como peñasco gigante  
que ancho volcán vomitó.

Doblan roncadas las campanas,  
y á su colosal clamor  
se estremece el aura densa  
con rápida vibración.

El firmamento desploma  
en hábito abrasador  
cuanto fuego en sus entrañas  
el Altísimo encerró.

Sólo el monje fatigado  
cruza tarde el callejón  
hacia el silencioso templo,  
á alzar himnos al Señor.

Tal vez del lecho le arranca  
el importuno reloj,  
y va acongojado y lento  
murmurando una oración,

En imperceptibles voces  
y murmurante rumor,  
que, entre el son de las campanas,  
al elevarse se ahogó.

Al cabo desaparece,  
y apostado en el portón,  
el mendigo le saluda  
con desfallecida voz.

¡He aquí el negro nublado,  
que, como hambriento dragón,  
toda la lumbre del día  
de un solo empuje sorbió!

¿Quién sabe al flotante monstruo  
la fuerza que ha dado Dios?  
¿Quién sabe las maldiciones  
con que su vientre preñó?

¿Quién sabe, después que pase,  
lo que ha de dejar en pos?  
¿Quién, de los que ora le vemos,  
podrá decir que le vió?

Cuando rasgue sus tinieblas,  
cuando derrame su voz,  
¿qué luz brillará en el polvo?  
¿Qué garganta hará rumor?

## II

Quedaron en calma un punto  
ambos á par, aire y tierra,  
del imponente nublado  
bajo las alas espesas,

Y á la luz de aquel crepúsculo  
que, más que ilumina, ciega,  
en la horrible incertidumbre  
de la luz y las tinieblas,

El aire que se respira,  
la avara garganta seca,  
y en el sudor de la frente  
húmedo el rostro gotea.

Relincha el caballo inquieto  
en la cuadra que le encierra;  
el perro, espantado, aúlla,  
y, receloso, olfatea.

El pájaro de su jaula  
contra el alambre se estrecha,  
y al abrigo de sus plumas  
escucha, mira y recela.

Sólo la afanosa araña  
su red y su caza deja,  
é inmóvil y pegada al muro,  
el trueno y la lluvia espera.

Ancha, redonda, abrasada  
bajó una gota que, apenas  
mojando el sitio en que posa,  
desvaneciéndose humea.

Dobla el calor, y la calma  
y la fatiga se aumentan,  
y en trémula expectativa  
todo calla y todo vela.

Y el mundo semeja un reo  
que mira desde una reja  
cómo en la plaza su cómplice  
al pie del cadalso llega.

Y duda, y vacila, y teme  
que se salve y que perezca,  
porque una palabra suya  
ó le salva ó le condena.

### III

¡Un relámpago!—Al punto desatadas,  
el arenal las ráfagas barrieron,  
y, en espeso tumulto aglomeradas,  
las nubes el crepúsculo sorbieron.

En tinieblas cerróse el aire impuro;  
el hombre, amedrentado y temeroso,  
el recio temporal llamó á conjuro,  
de las campanas al doblar medroso.

Y rotas las barreras del nublado,  
la lluvia y el granizo se desploman,  
y allá en su centro, en círculo abrasado,  
los fugaces relámpagos asoman.

Sin tregua entonces, ni piedad ni freno,  
agua, granizo y viento se esparraman,  
y al hondo son del prolongado trueno  
talan, devoran y en tumulto braman.

Hierve el turbión, cegáronse las fuentes;  
los arroyos hinchados y bravíos  
bajaron, convertidos en torrentes,  
á desgarrar los diques de los ríos.

Sus altaneras ondas vencedoras  
los campos adelante se llevaron,  
y, envueltos en las ondas bramadoras,  
mieses, cabañas y árboles bajaron.

Peñas, casas, ganados y pastores,  
todos siguieron el fatal destino;  
presa de sus esfuerzos vengadores,  
no quedó senda, ruta ni camino.

.....  
.....

Y oran allí, á los pies de los altares,  
en humilde tropel las criaturas,  
al Dios que las tormentas y los mares  
humilla con su voz en las alturas.

Del ronco viento al vigoroso empuje,  
del templo gime el colosal cimiento;  
estremecida la techumbre cruje,  
y en sus esquinas se desgarran el viento.

[blado,

Crece el turbión: las sombras del nu-  
ancha guardada por el templo toman,  
y en el cristal del rosetón pintado  
rápidos los relámpagos asoman.

A veces, como grupos encendidos  
de espectros y diabólicas figuras,  
vacilan en los vidrios sacudidos,  
variando de contornos las pinturas.

El áspero granizo les azota;  
y al darles luz la exhalación por fuera,  
cada en los vidrios suspendida gota,  
un sol y una fantasma reverbera.

Es el aire un murmullo indefinible,  
donde sin leyes, ni prisión ni valla,  
los espíritus dan, en ronda horrible,  
zambra impura y quimérica batalla.

Cada puerta ojival, cóncava y hueca,  
entre su red de góticas labores,  
una osamenta descarnada y seca  
dibuja entre fantásticos colores.

Cada verja una hilera de esqueletos,  
cada capilla un antro de vampiros  
que columpian y doblan los objetos,  
que lanzan ayes, cantos y suspiros.

Cada ventana una abrasada boca  
que, abierta en espantosa carcajada,  
apenas el relámpago la toca,  
respira una sulfúrea llamarada.

Hoguera horrible, á cuya luz errante  
en rauda confusión saltan y flotan  
las figuras que el vidrio vacilante  
con cuerpos de color manchan y embotan.

Y á la par, en un punto, en todas par-  
en cada vidrio que la lumbré hiere, [tes,  
gestos, hachones, cruces, estandartes...  
y el relámpago pasa, y todo muere.

¡Tropa infernal de sombras vaporosas!  
¡Abortos estrambóticos del miedo,  
á quien da faz y formas religiosas,  
crédula y fácil, la oriental Toledo!

## IV

Y entre nubes purpurinas  
peregrinas  
de azulado tornasol,

tendió el iris á lo lejos  
los reflejos  
de los colores del sol.

Tendió en riquísimas bandas  
siete randas  
sobre el invisible tul  
con que tan falaz nos miente  
el manso ambiente  
ese firmamento azul.

¡Salve, ilusión de consuelo  
con que el cielo  
cierra el paso al vendaval,  
levantando en su alegría  
al claro día  
arco espléndido triunfal!

¡Salve, luz tornasolada  
delicada,  
prenda mágica de paz,  
en que el cielo jura al alma  
dulce calma  
tras la negra tempestad!

¡Salve, oh iris pasajero,  
mensajero  
del Supremo Criador,  
en cuyos colores siete  
nos promete  
solaz y treguas y amor!

Por tí en el rojo Occidente  
transparente  
vuelve el sol á levantar  
la faz pura, esplendorosa  
y luminosa  
al acostarse en el mar.

Por tí con cánticos suaves  
van las aves  
surcando el aura otra vez,  
loando en dulces rumores  
los primores  
de tu excelsa brillantez.

Por tí en delicadas tocas  
de las rocas  
se desprende virginal  
la melancólica niebla  
cuando puebla  
el ámbito celestial.

Por tí á través de su vuelo  
luz da al cielo  
la luna en turbio crespón,  
como reina macilenta  
que se ostenta  
en magnífica ilusión.

Por tí dejan las estrellas  
blancas huellas  
de su opaca reina en pos,  
como lámparas dudosas  
ostentosas  
en el alcázar de Dios.

¡Salve, ilusión de consuelo  
con que el cielo  
cierra el paso al vendaval,  
levantando en su alegría  
al claro día  
arco espléndido triunfal.



## RECUERDO Á N. P. D.

Bajad del monte al escondido valle,  
frescos arroyos, cristalinas fuentes,  
que en esas rocas anchurosa calle  
buscáis á vuestras rápidas corrientes,  
y en un remanso recogido acalle  
vuestra linfa sus ondas maldicientes,  
por que, sorbiendo el valle su frescura,  
cargue su espalda de eternal verdura.

Bajad, aguas, del monte susurrando,  
sobre las calvas peñas destrenzadas,  
los colores del sol reverberando  
en gotas con el sol tornasoladas;  
que manantiales os irán prestando  
esas agudas cumbres escarchadas  
donde se está filtrando en hilos leves  
la eterna plata de las limpias nieves.

Claros, sonoros, libres arroyuelos  
que vais de piedra en piedra juguetones  
césped brotando y derritiendo hielos  
en curso inquieto y deleitables sonos,  
felices sois, pues que mundanos duelos  
no adornáis, ni raquílicas pasiones [ma  
al compás con que os suelta y desparra-  
desde sus canas cumbres Guadarrama.

Pues naciendo en recónditos asilos,  
rodáis por esas mudas soledades,  
en anchas ondas, ó en delgados hilos,  
por altas rocas ú hondas cavidades,  
ya os arrullen los céfiros tranquilos,  
ya el soplo de revueltas tempestades.  
¡Felices vuestras aguas transparentes,  
libres arroyos y perdidas fuentes!

Bajad del monte, y si en el valle um-  
bajo su tosco pabellón de pinos [broso,  
la soledad os causa y el reposo  
de sus antros y sotos peregrinos,  
torced el suave paso rumoroso,  
trasponed puentes y cruzad caminos,  
ganando tierra y conquistando calle  
hasta los bordes del postrero valle.

Cual solitaria y lánguida palmera  
que el sol marchita y Aquilón azota,  
veréis allí á Segovia la altanera,  
ya por el tiempo consumida y rota,  
tal vez caduca, pero hidalga y fiera  
con su pujante antigüedad remota;  
que aun la ofrecen sus claros manantiales  
sobre torres sin tiempo arcos triunfales.

Bajad, arroyos: la veréis ufana,  
raudos al deslizar vuestra corriente,  
sobre esa enorme creación romana  
que al par la sirve de obelisco y puente;  
noble corona que sustenta vana  
sobre la apenas poderosa frente;  
yugo gigante que la abruma el cuello,  
de su antigua grandeza último sello.

Dejad, arroyos, la empinada cumbre,  
el verde soto y soledad amena,  
y cruzaréis la inmensa pesadumbre  
de la alta puente, de hendeduras llena:  
de veinte siglos la continua lumbre  
su tez ha puesto pálida y morena,  
pero aun se tiene colosal y erguida,  
vertiendo fuerza y ostentando vida.

Bajad, arroyos, y veréis cuán vanos,  
 junto á ese eterno y portentoso escombro,  
 parecen los escombros cortesanos  
 de otra más flaca edad timbre y asombro.  
 Ellos al fin hundiéronse livianos;  
 mas ése aun presta infatigable el hombro,  
 mostrando audaz á la flaqueza humana  
 el vigor de su estirpe soberana.

¡Oh! Esos mezquinos restos solitarios  
 que yacen por los llanos extendidos,  
 negras torres, desiertos campanarios,  
 solares sin señor, templos hundidos,  
 en eriales y cuevas y calvarios  
 y en olvidado polvo convertidos,  
 no pudieron guardar en la memoria  
 ni aun de sus dueños la vecina historia.

Ahí están esas góticas capillas  
 orladas de magníficos relieves,  
 cargadas de sutiles maravillas  
 en sus aéreos arabescos leves.  
 Ven, y en esas ruinas amarillas,  
 escritadora edad, lee si te atreves,  
 por más que rompas al pasar los diques  
 más que confusos Álvaro y Enríques.

Avanza un siglo más en tu camino  
 y un poco más tu huella profundiza,  
 y de Álvaro y Enríques el destino  
 se hundirá con la tierra quebradiza;  
 y mañana, pasando el peregrino,  
 al topar de sus huesos la ceniza,  
 dirá por conjeturas: *¡Aquí fueron!*,  
 pero podrá jurar que *aquí murieron*.

Ahí queda, en ese alcázar mutilado,  
 bajo los opulentos artesones,  
 de reyes un espléndido senado,  
 con sus cetros, coronas y blasones;  
 y hoy, en su puente roto y derribado  
 y en sus pintarrajados murallones  
 acaso en vano el pensador profundo  
 las huellas buscará de Juan Segundo.

Que aun tres siglos su faz surcan apenas,  
 y tres veces tal vez le apuntalaron:  
 el uno vació en lanzas sus cadenas,  
 y las lluvias del otro le minaron.  
 Cegó el otro de adobes sus almenas,  
 y los tres al pasar le profanaron,  
 cual copa así que en el festín rompieron  
 y por juguete á los muchachos dieron.

Doquier se tiendan los avaros ojos,  
 escombros hallan, débiles memorias,  
 que apenas en estériles despojos  
 rastro dudoso dan de sus historias:  
 donde quiera, en fatídicos manojos,  
 huesos se hacinan y se esconden glorias,  
 sin que sepan decir tantos osarios  
 si eran romanos, godos ó templarios.

Mas id á demandar á ese coloso  
 el nombre de la patria y la alta cuna  
 de la raza del pueblo poderoso  
 que ató á sus pies el tiempo y la fortuna,  
 y en ese audaz esfuerzo prodigioso  
 con que á la edad fatiga é importuna,  
 con que de veinte siglos la carcoma  
 se atreve á rechazar, veréis á Roma.

En vano airado le sacude el viento,  
 y en vano el ronco temporal le moja,  
 y en vano sobre el monstruo macilento  
 tan larga edad su pesadumbre arroja;  
 que siempre altivo y grande y opulento,  
 ni el vendaval ni la vejez le enoja;  
 y siempre rico, en su ciudad derrama  
 los arroyos que bebe en Guadarrama.

Bajad del monte, frescos riachuelos,  
 aguas puras de fuentes cristalinas  
 que holláis el césped y chupáis los hielos  
 en esas cumbres á la luz vecinas;  
 bajad del monte si abrigáis desvelos  
 en vuestras soledades peregrinas,  
 cansados ya de la desierta sierra  
 de ver más ancha y bulliciosa tierra.

De esa colina en la escondida falda,  
 donde entre brezos de color pajizo  
 tiende la hierba trenzas de esmeralda  
 con que á sus solas sus alfómbra hizo;  
 donde, con flores de jazmín y gualda,  
 corona vuestro espejo movedizo,  
 hay una puerta en el hendido casco  
 de los doblados lomos de un peñasco.

No hay á su paso impertinente estorbo,  
 ni crece á su dintel adelfa amarga,  
 ni fiera alguna de talante torvo  
 la linfa turba en su carrera larga:  
 torced por ella vuestro curso corvo  
 sobre el peñasco que el camino alarga,  
 hasta que vuestros rápidos cristales  
 rueden sobre los arcos imperiales.

Surquen ¡oh fuentes! en tropel sonoro  
 por la ancha espalda del excelso puente,  
 reverberando las madejas de oro,  
 vuestras gotas, del sol resplandeciente.  
 Bajad del monte en susurrante coro,  
 agitando la límpida corriente;  
 veréis el sello con que el hombro doma  
 de veinte siglos la opulenta Roma.

Y si pasando desde el alto lecho  
 do el puente os presta soledad y abrigo,  
 veis por las grietas del canal estrecho  
 tal vez llorando á mi amoroso amigo,  
 si es que las llagas de su herido pecho  
 consuelo admiten ó á su mal testigo,  
 decidle que hay quien su pesar agora  
 del Manzanares á la margen llora.

Frescas, puras, corrientes, cristalinas  
 fuentes sonoras, limpios arroyuelos,  
 que de esas cumbres á la luz vecinas  
 holláis el césped y bebéis los hielos,  
 si halláis en tantas flores las espinas  
 de sus antiguos y cansados duelos,  
 dadle de vuestra fugitiva randa  
 con el claro compás música blanda.

Y así reviente en matizadas flores  
 y en madre selvas vuestra verde orilla,  
 y os preste sombra, arroyos bullidores,  
 la caña cimbradora y amarilla,  
 y así bajen los lindos ruiseñores,  
 la suelta garza y triste tortolilla  
 á hundir en vuestras frágiles espumas  
 los tiernos picos y esponjadas plumas.



## Á LA NIÑA C. D. G.

Niña que creces ufana,  
 flor temprana  
 de la vida en el verjel,  
 ostentando primorosa  
 flor pomposa  
 tus mil matices en él;

Ríe y canta mientras dura  
 la frescura  
 y la pompa de tu abril,  
 mientras luce claro el día  
 ¡vida mía!  
 de tu fortuna infantil.

Que de vida y de luz lleno  
 hoy sereno  
 brilla espléndido tu sol,  
 y con vivo lampo dora  
 de tu aurora  
 el purísimo arrebol.

Ríe y canta: que este yerto  
 gran desierto  
 que llamamos mundo aquí,  
 aun guarda blandos olores,  
 ricas flores  
 y regalo para tí.

Aun en él para tu infancia  
 hay fragancia,  
 calma, sombra, fresco y paz,  
 sin que viento revoltoso  
 tempestuoso  
 interrumpa tu solaz.

Aun podrás colgar tu cuna  
 de la luna  
 al tranquilo resplandor,  
 mientras el aura estremece  
 y te adormece  
 con su canto el ruiseñor.

Aun podrás con tu sonrisa  
 blanda brisa  
 conjurar para dormir,

sin que turbe tu contento  
 un pensamiento  
 del dudoso porvenir.

Aun podrás en deliciosos  
 vaporosos  
 blancos sueños delirar,  
 sin temer que el desengaño  
 vele hurraño  
 á tu lado al despertar.

Que los niños, mientras os dura  
 la ventura  
 de la cándida niñez,  
 siempre halláis un seno amigo  
 que os da abrigo,  
 calma y defensa á la vez.

Ramas de amorosa hiedra  
 que á la piedra  
 que os ampara os acogéis,  
 pagándola en fortaleza  
 y en belleza  
 el favor que la debéis.

¡Ah! Y podéis tornar los ojos  
 sin enojos  
 ni zozobra criminal  
 á buscar un tierno abrazo  
 en el regazo  
 que os sustenta maternal.

Que sois ángeles los niños  
 como armiños  
 en pureza y en candor;  
 dulces prendas de consuelo  
 que en su duelo  
 da á los hombres el Criador.

Ríe y canta, niña hermosa,  
 flor pomposa  
 de la vida en el verjel;  
 ríe y canta mientras dura  
 la ventura  
 y la paz que hallas en él.

Ríe y canta tu alegre primavera,  
mariposa de cándido color,  
que te meces inquieta y pasajera  
de árbol en árbol y de flor en flor.

Mientras puedes gozar, goza y delira;  
mientras, en este yermo baladí,  
la ráfaga que abrasa al que la aspira,  
brisa te da consoladora á tí.

Goza, niña, tranquila y descuidada  
las dulces horas que de amor te dan,  
sin acordarte de la edad pasada,  
ni del dudoso y venidero afán.

Goza, niña, en tan mágico embeleso  
el puro halago del materno amor,  
el labio atento al regalado beso,  
la frente tinta de infantil rubor.

Esa es tu dicha, tu placer, tu vida,  
vivir amando, y para tí no hay más,  
en el regazo maternal dormida,  
sin ver delante y sin mirar atrás.

¡Oh, ven, hermosa, á mis cansados bra-  
[zos!  
Yo quiero amarte y delirar también;  
quiero gozar tus débiles abrazos,  
besar tus labios y tu blanca sien.

¡Si tú alcanzaras á saber de un niño  
los mimos inocentes lo que son,  
y cuánto calma un infantil cariño  
la amargura y pesar del corazón...!

—  
Ven: sentada en mis rodillas,  
tus mejillas  
amoroso besaré;  
beberé en tus ojos bellos  
cuanta vida encuentre en ellos,  
y en su luz me miraré.

Si en mis brazos arrullada  
fatigada  
te pluguiera dormirar,

por que duermas muellemente  
alzaré confusamente  
algún lánguido cantar.

Y si alegre, entretenida  
estás ¡mi vida!  
escuchándome decir,  
te contaré lindos cuentos  
de hadas y encantamientos  
que te halaguen al dormir.

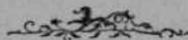
Te diré historias tan bellas  
que con ellas  
sueñes, niña, sin cesar;  
te diré cosas tan suaves  
como el canto de las aves  
y del aura el susurrar.

Ríe, niña, y canta ufana,  
flor temprana  
de la vida en el verjel;  
ríe y canta mientras dura  
el regalo y la ventura  
y la paz que hallas en él.

Antes que tu edad contenta  
la tormenta  
desgarre de una pasión,  
ríe y canta mientras inerme  
en la paz del tiempo duerme  
encerrado el aquilón.

Mientras lejos de tí braman  
y esparraman  
las venturas del vivir  
los mundanos vendavales,  
tú las dichas terrenales  
apresúrate á reír.

Ríe y canta, niña hermosa,  
flor pomposa  
de la vida en el verjel;  
ríe y canta mientras dura  
el regalo y la ventura  
y la paz que hallas en él.



# Á UNA CALAVERA

## FANTASÍA

—¿Conoces á ese hombre?

—No, por cierto.

—Mirale bien, y tómale las señas.

—Imposible. Lleva una máscara tan impenetrable como las tinieblas.

F. COOPER.

¡Ahí estás tú, secreto de la vida,  
espantosa memoria de la muerte!  
Cifra cuanto fatal desconocida,  
¿quién alcanzó jamás á comprenderte?

Honda verdad donde el vivir se encie-  
jeroglífico audaz, testigo mudo, [rra,  
que incrustó en los dinteles de la tierra  
quien sostenerse á su dintel no pudo.

Ahí estás, con tu irónica sonrisa,  
tus huecos ojos y tu calva frente,  
aguardando tal vez la última brisa  
que al puerto del morir lleve la gente.

¿Qué miran, dí, tus cóncavos vacíos?  
¿Qué escuchan tus oídos sin orejas?  
¿Rien de los humanos desvaríos  
con gesto inmóvil tus encías viejas?

¿Quién eres, dí, desnuda calavera,  
erédito del que fué, prenda de alguno,  
que, por ser una prenda de cualquiera,  
no como suya te querrá ninguno?

¿Fuistes hermosa y joven, y adorada,  
fuiste grande, feliz, rica y temida,  
ó cruzastes el mundo despreciada  
mendigando tu pan desconocida?

Si fuiste rey, ¿qué se hizo tu corona?  
Si grande, ¿qué se hicieron tus blasones?  
¿Quién tu nobleza y tu poder abona  
del callado sepulcro en las regiones?

¿Oyes alguna vez esa campana  
que dobla por los vivos que murieron?  
Al eco de su voz triste y lejana,  
¿sabes tú si las almas acudieron?

¿Alguna vez, sombría calavera,  
acaso algunos monjes te llevaron  
á un templo, donde en pompa lastimera  
sobre un negro ataúd te colocaron?

Si registraste su morada oscura,  
¿sin duda que gozaras cuando vieras  
tantas cabezas, que la tierra impura  
ha de tornar en tantas calaveras!

Si dejaste la luz triste y mendigo,  
¿no te halagaba, en la mortuoria fiesta,  
en recinto común tener contigo [ta?  
un pueblo, un trono, un ara y una orques-

Cuando á la roja luz de los blandones  
en el metal del ara te veías,  
al contemplar tus cóncavas facciones,  
tu espantoso mohín, ¿no te reías?

Al revolver tus viejos pensamientos,  
si acaso pensamientos te dejaron  
las lluvias, los gusanos y los vientos,  
¿no te excitó á reir lo que pensaron?

Aquella niña hermosa que escondía  
los dedos de marfil, torneados, puros,  
entre los rizos que en la sien mecía  
en confusión, como la sombra oscuros;

Sus ojos de azabache, que espiaban  
los ojos del mancebo irreverente  
á cuyo fuego criminal brotaban  
las rosas del pudor sobre su frente;

Aquella niña bulliciosa, inquieta,  
la sien ceñida de crespón y flores,  
que, por ajeno parecer sujeta,  
á los pies del altar soñaba amores;

Tú la veías seca y descarnada,  
sin cuanto bello en la hermosura hechiza,  
calva la frente, huera la mirada,  
los labios de coral vueltos ceniza.

¡Oh! ¡Gran cosa ha de ser sobre una  
contemplar en el polvo reunida [tumba  
la loca multitud que se derrumba  
por el gran precipicio de la vida!

Gran cosa ¡vive Dios! llamar á fiesta  
con la gigante voz de las campanas,  
y encender cirios y aprestar orquesta,  
y alzar altares y entoldar ventanas,

Y convidar á celebrar su nada  
á cuanta juventud, pompa y belleza  
vegeta en una tierra condenada  
á acabar en la nada donde empieza.

¡Oh! ¡Gran cosa tener en una farsa  
el principal papel, la voz primera,  
y ver alrededor pueblo y comparsa  
siendo en un funeral la calavera!

¡Tener un rey y un pueblo prosternado,  
cabizbajo y sin voz, humilde y quedo;  
todo el poder del mundo arrodillado,  
lleno el cobarde corazón de miedo!

¡Oh! ¡Gran cosa tener reyes y hermo-  
descubierta y doblada la cabeza, [sas  
sin poder en las manos poderosas,  
sin encantos ni gracia en la belleza!

¡Y en un sitial de muerte y podredum-  
sentirle bajo el pie como un juguete, [bre  
y reir de la esclava muchedumbre  
á la sombra de sórdido bonete!

¡Gran corona imperial! ¡Grave tocado!  
¡Entre un harapo inútil é irrisorio,  
un esqueleto seco y cercenado,  
presidiendo en un túmulo mortuorio!

¡Grave fiesta terrena! ¡Regia pompa,  
donde vamos los míseros mortales,  
al ronco son de la funesta trompa,  
á cantar nuestros propios funerales!

¡Donde, á la entrada del fatal recinto,  
suenan los brindis, la algaraza y grita  
que dentro del mundano laberinto  
al insensato populacho irrita!

¡Oh! Tú puedes decirle al mundo ente-  
«Ríete y bebe, miserable, y danza, [ro:  
mientras en el lecho funeral te espero,  
porque yo soy tu fin y tu esperanza.»

¿Y no ríes, sombría calavera?  
¿No se te antoja descender al llano,  
y entrar en el festín como cualquiera  
y á una hermosa ofrecer la seca mano?

¿Agitar tu esqueleto en danza loca,  
con tus huesos ceñir una cintura,  
y preparar en la desierta boca  
un ósculo á la gracia y la hermosura?

Porque, si fuiste bella en otros días,  
con ojos negros, labios de corales,  
alguna vez sin duda gustarías  
la dulce hiel de halagos criminales.

Porque, si fuiste grande y poderoso,  
sin duda que en ensayos seductores  
sondaras el secreto vergonzoso  
de trastornar en duelos los amores.

Porque, si esclavo fuistes ó mendigo,  
ansiarías de grandes y de dueños  
los que no dividieron ¡ay! contigo  
torpes placeres y nefandos sueños.

Porque, si fuiste austero solitario,  
allá en la soledad de tu retiro  
alguna vez lanzaras temerario  
en pos de otro placer algún suspiro.

¿No se te antoja descender al llano,  
engalanada y fácil, y ligera,  
y en la fiesta mostrar al mundo insano  
de repente tu calva calavera?

¡Oh! ¿Qué te falta para bien tamaño?  
¿Una piel transparente y delicada  
que cubra el espantoso desengaño  
del secreto fatal de nuestra nada?

¿Y qué importa la piel? Manto gastado  
que nos presta al nacer la tierra ruda,  
serás una beldad que han convidado  
y por mostrarla más, viene desnuda.

¡Oh! Ven á delirar donde deliren,  
y serás la verdad á quien adoren,  
y el espejo serás en que se miren  
cuando, al tocar su fin, clamen y lloren.

Y ven á murmurar donde murmuren,  
á cantar donde canten, las botellas  
á apurar donde en orgía las apuren  
en ebria confusión ellos con ellas.

Brinda altanera cuando brinden todos,  
y con todos también jura y blasfema,  
hasta que doblen la cerviz, beodos,  
para alzarla á la voz de tu anatema.

—  
Harapo que deja el hombre  
por que su raza al pasar  
el suelo en su viaje alfombrado;  
firma fatal cuyo nombre  
no se alcanza á deletrear.

¿Y es cierto, cráneo pajizo,  
que, aunque pese al corazón,  
eres tú para quien se hizo  
tanta gala y tanto hechizo,  
tanta y tanta creación?

¿Es cierto que en otros días,  
con otra faz y otra tez,  
como yo vivo vivías,  
como yo río reías,  
ajeno de tu hediondez?

¿Que en esos cóncavos hondos  
dos ojos aposentabas  
vivos, inquietos, redondos,  
y que esos dientes hediondos  
en dos labios encerrabas?

Que en tu roída mejilla  
brillaron matices bellos  
en tu tierna edad sencilla,  
y que en tu sien amarilla  
se arraigaron los cabellos?

¿Es cierto, dí, que esa boca  
sin contornos ni calor,  
que hoy sólo la muerte evoca,  
manó en tu esperanza loca  
dulces palabras de amor?

¿Que acaso el labio amoroso,  
en suavísimo embeleso,  
á un amante cariñoso  
demandaba voluptuoso  
regaladísimo beso?

¿Que tal vez, sabio profundo  
pasabas tus largas horas  
sombrió y meditabundo,  
buscando avaro en el mundo  
venturas engañadoras?

¿Que tal vez, el ojo atento  
sobre un libro amarillento  
en tu amarga soledad,  
se agotó tu pensamiento  
pensando tu eternidad?

¿Que tal vez, señor mundano  
de alcázares y jardines,  
viviste torpe y liviano,  
entre tropel cortesano,  
en impúdicos festines?

Y ese mundo baladí,  
sabio, amante, loco ó rey,  
te trajo con mofa aquí,  
diciéndote: «Esta es la ley.  
Cadáver, descansa ahí.»

¡Oh! ¡Nada nos deja ver  
de tus historias de ayer,  
tras de tu faz deleznable,  
tu máscara impenetrable,  
imposible de romper!

Todo lo envuelve esa muda,  
vaga, insondable verdad  
que tu inmoble gesto escuda;  
esa verdad que desnuda  
la invisible eternidad.

Y el pensamiento altanero  
viene á estrellarse ¡ay de mí!  
en ese gesto severo,  
que es un centinela fiero  
de lo que hay detrás de tí.

En vano dentro la mente  
se revelan revoltosas  
las ideas locamente,  
creándose de repente  
teorías mentirosas.

Todas vienen á espirar  
en tus cóncavos vacíos,  
cual las fuentes van á dar  
sus arroyos á los ríos,  
y los ríos á la mar.

En vano la vida entera  
contra tu verdad conspira,  
desdeñosa calavera;  
que todo en tu faz severa  
se desvanece ó espira:

En esa cerviz curada  
al soplo de la tormenta,  
por el tiempo descarnada,  
cuya vida inanimada  
ni el tiempo ni el sol calienta;

Y en tu mirada indecisa,  
y en tu irónica sonrisa,  
y en esa hendida y entera,  
seca y solitaria hilera  
de tu dentadura lisa.

Y ahí te estás entre la arena,  
como una cosa caída;  
como inútil prenda ajena,  
á quien nadie juzga buena  
sólo porque está perdida.

Y ¡por Dios! que, si los hombros  
que un día te sustentaran,  
volvieran á estos escombros  
á buscarte, ¡con qué asombros  
de placer te acariciarán!

¡Oh! ¡Si, alzándote una vez,  
aún te pluguiera ostentar  
la pérdida esplendidez,  
y quisieras tu hediondez  
con tu vida engalanar;

Y prendieras en tu frente  
unos cabellos postizos,  
que en madeja reluciente  
cayeran confusamente  
en mil perfumados rizos;

Y el esqueleto sonoro  
velaras altiva tú  
con minucioso decoro  
entre nácar, perlas y oro  
y entre crujiente tisú;

Cubrieras el seco cuello  
entre las flotantes plumas,  
los collares y el cabello,  
velos echando sobre ello  
tan sutiles como espumas;

Y el repugnante mohín  
de tu inmoble rostro viejo,  
con esa risa sin fin  
asomaras á un festín,  
tomándole por espejo!

.....

Si acaso, rey destronado,  
se te antojara salir  
para ver do está enterrado  
el ejército arrojado  
que llevaste á combatir;

Y allá en el campo desierto  
do fué tu postrer batalla,  
de aquel mausoleo abierto,  
tu pueblo evocarás muerto,  
de entre el polvo en que se halla;

Y si, á tu voz poderosa  
despertando con asombro,  
tu nación volviera ansiosa,  
trayendo el arnés al hombro  
en faz de guerra espantosa...

¡Oh! ¡Diabólico senado,  
medrosa, horrible ilusión,  
ver tanto esqueleto armado  
en torno un rey, convocado  
al dintel del panteón!

Y si vagaran errantes  
ensordeciendo la tierra,  
combatiéndose pujantes  
con clamores insultantes  
pregonando su impía guerra...

—  
¡Ah! ¡Delirios son del alma,  
que no te alcanza, Señor,  
en los terribles secretos  
de tu infinita creación!

En los tormentosos días  
de mi mundanal dolor,  
medité desesperado  
sobre los sepulcros yo.

Pasé de tumbas á tumbas,  
de mi porvenir en pos,  
y en todas encontré polvo,  
en todas polvo, Señor.

En todas esa sentencia  
que cae sobre quien nació,  
desde esos gestos inmóviles  
sin miradas y sin voz.

En todas esos despojos,  
en cuya horrible atención,  
en cuya eterna sonrisa  
de complacencia feroz;

En cuyo todo espantoso  
deletrea el corazón  
la triste palabra NADA,  
confundido de pavor.

¿Y es ése, Señor, el hombre  
que de tu mano salió,  
hecho á semejanza tuya,  
aborto digno de un Dios?

¿Es ésta, Señor, la vida,  
que como una maldición  
nos carcome cuanto bello  
tu bondad nos regaló?

Entonces ¡ay! ¿qué nos vale  
que alumbre tan puro el sol,  
y en la noche se refleje  
la luna en su resplandor?

¿Qué sirve que allá en los bosques,  
en pintada confusión,  
canten en bandos alegres  
el mirlo y el ruiseñor?

¿Que los árboles murmuren  
en melancólico son,  
y esponje á su blanda sombra  
su dulce cáliz la flor?

¿Qué sirve que en blanda arena  
tienda su curso veloz  
el arroyuelo que viste  
la pradera de verdor,

Y con sus líquidas perlas  
los jazmines, juguetón,  
salpique, con que la pródiga  
primavera le alfombró?

¿Que el mar se encorve bramando  
de las playas en redor,  
y le azote y le sacuda  
revoltoso el aquilón?

¿Qué sirve ese cielo azul  
en cuyo centro adunó  
mil nubes tornasoladas  
en caprichoso montón,

Si todo no es más, al cabo,  
este universo, Señor,  
que de una inmensa familia  
el inmenso panteón?

¿Qué sirve á esa calavera  
una existencia de honor,  
una vida de virtudes,  
de crimen ó de aflicción?

¿Qué le vale todo un siglo  
de penitencia ó de amor,

la corona ó la cadena  
que en este mundo arrastró,

Si el hombre que la llevaba,  
al salir de esta mansión,  
como una máscara inútil,  
despechado, la arrojó?

En vano la he demandado  
por la infamia ó el blasón  
del dueño que en ese osario  
entre el polvo la olvidó.

Su vago mirar me espantá,  
su sonrisa me hace horror,  
y su boca tiene ahogada  
en su garganta la voz.

¿Qué espera? Tal vez lo ignora.  
Ahí está, al aire y al sol,  
eternamente riendo  
de cuanto pasa y pasó,

Al borde de la vereda  
que conduce al panteón,  
diciendo á cada viajero  
con eterna risa:—¡Adiós!



# LAS HOJAS SECAS

## Á MI MADRE

Dicen que todo al fin se desvanece,  
todo pasa, se olvida, pierde y borra...  
Yo no soy infeliz, mas vivo triste,  
y un torcedor arrastro en mi memoria.

Un templo, un bosque, un ave que pasando  
cruza en el viento descarriada y sola,  
presan mi corazón, y á mis pupilas  
solitaria una lágrima se asoma.

Pláceme ver un claro riachuelo  
lamer su orilla con azules ondas,  
y al resplandor del trémulo crepúsculo  
sentir la fuente murmurar sonora.

Pláceme ver tras el opuesto monte  
hundir al sol su faz esplendorosa,  
y despedirle desde el hondo valle  
al compás de las aguas y las hojas.

Y pláceme en paseos solitarios,  
en dulces sueños delirando sombras,  
perderme en la floresta sin camino,  
ideando quiméricas historias.

La mía es triste: cansa y no interesa;  
sin aventuras intrincadas, corta:  
es una historia solamente mía,  
como otras muchas que á la vez se ignoran.

Es la historia de un sueño fatigoso  
en que nada sucede, nada importa;  
no se comprende, pero no se olvida,  
y sus vagos recuerdos nos acosan.

Yo la recuerdo con vergüenza siempre;  
temo profundizarla, y sus memorias,  
como gotas de mágico veneno,  
caen en mi corazón una tras otra.

¿Qué os hicisteis, dulcísimos instantes  
de mi infancia gentil? ¿Do están ahora  
los labios de coral que me colmaron  
de blandos besos que mis ojos lloran?

¿Do está la mano amiga que trenzaba  
las hebras mil de mi melena blonda,  
tejiéndome coronas en la frente  
de azucenas silvestres y amapolas?

[ces,

Era ¡ay de mí! mi madre: alegre enton-  
taanquila, amante, como el alba hermosa:  
jamás me ha parecido otra hermosura  
tan digna de vivir en mi memoria.

¡Apartáos, impúdicas quimeras!  
Más os detesto cuanto más vosotras  
tenaces me seguís; ya no sois nada:  
cesó el festín, rompiéronse las copas.

Ella es mi madre: sus ardientes besos  
con vuestra vil presencia se inficionan.  
¡Idos en paz, que el llanto de sus ojos,  
del alma impura vuestra imagen borra!

—  
¡Madre, te encuentro llorando!  
¡Ah, no atiendes á mis voces!

Mírame: ¿no me conoces?  
 ¿Tan mudado, madre, estoy?  
 ¿Tan pronto borrar pudieron  
 mi rostro las desventuras...?  
 ¡Bebí tantas amarguras!  
 Pero, al fin, madre, yo soy.

¡Cuán trémula está tu mano!  
 ¡Tu corazón cuán opreso!  
 Madre, ¿no tienes un beso  
 ni una queja para mí?  
 ¡Lloras! Beberé tu llanto...  
 Mas abrasan tus mejillas...  
 Heme, madre, de rodillas,  
 avergonzado ante tí.

Apartas de mí los ojos;  
 sufres viéndome, lo veo;  
 mas estoy como está el reo  
 humillado ante su Dios.  
 Tornadme el rostro, señora;  
 y aunque lo tornéis severo,  
 aunque sea el favor postrero,  
 por que me ausente de vos.

Lo sé: receláis acaso  
 que vendí vuestro cariño  
 por el impúdico aliño  
 de otro amor más terrenal.  
 Este color de mi frente,  
 tal vez os parece impuro...  
 ¡Oh, madre mía, os lo juro!  
 Me habéis comprendido mal.

Soñé y me desvanecieron  
 mis fatales ilusiones;  
 sentí mis locas pasiones  
 dentro de mi pecho arder.  
 La tempestad era horrible;  
 la noche lóbrega, densa;  
 la mar tormentosa, inmensa;  
 mi barca débil... ¿Qué hacer?

Lanzado al mar sin aviso,  
 dejéme llevar del viento;  
 sacóme el mar turbulento  
 á otra playa de ilusión:

yo á lo lejos la miraba;  
 y era una tierra tan bella,  
 que el pasar, madre, por ella  
 fué terrible tentación.

Bebí el agna de sus fuentes,  
 gocé el aura de sus flores;  
 embriagado en sus amores,  
 en sus bosques me adormí:  
 allí el placer me esperaba,  
 vos en la opuesta ribera...  
 Horrible tentación era;  
 mas luché, madre, y vencí.

Tal vez en mi sien soñaba  
 glorioso laurel naciente:  
 yo le arranqué de mi frente:  
 pensaba en vos, y le hollé.  
 Allí quedó entre la arena;  
 y, al lanzarle, dije:—Crece;  
 que si mi sien te merece,  
 más ansioso volveré.

En vano mis ilusiones  
 me acosaron tumultuosas;  
 á las ondas procelosas  
 me arrojé audaz y volví.  
 Sin fuerza, sin esperanza,  
 madre, en mi congoja fiera,  
 tu imagen fué la postrera  
 que guardé mientras viví.

¡Mas tú inconsolable lloras  
 sin atender á mis voces!  
 Mi vida, ¿no me conoces?  
 ¿Tan mudado, madre, estoy?  
 ¿Tan pronto borrar pudieron  
 mi rostro las desventuras?  
 ¡Bebí tantas amarguras...!  
 Pero, al fin, madre, yo soy.

¡Mas no me escuchas! ¡Llorando,  
 la faz amorosa escondes!  
 Te llamo y no me respondes.  
 ¿Tanto, madre, te ultrajé?  
 Te entiendo, por fin: yo solo  
 no basto ya á consolarte:

me será fuerza dejarte,  
y á la mar me volveré.

Mas oye. Es el otoño: rebramaudo,  
el ábrego los árboles sacude;  
de roncós cuervos el siniestro bando  
á los peñascos cóncavos acude.

Brilla sin fuerza el sol en Occidente,  
y allá en la falda de espinoso risco  
guía el pastor con paso indiferente  
las humildes ovejas al aprisco.

Seco el follaje de la selva umbría,  
de sus verdes doseles se despoja,  
y, al empuje de ráfaga bravía,  
el bosque se desnuda hoja por hoja.

El ábrego las huella y arrebatá,  
las arrastra en revuelto torbellino,  
ciega en la fuente la serena plata,  
borra los lindes del igual camino.

Triste fantasma del verjel ameno  
y esqueleto fantástico semeja  
cada desnudo tronco, un día lleno  
de la sombra magnífica que deja.

Flores, ¿en dónde estáis y do se esconden  
los céspedes que amenos os cercaban? [den  
¿Cómo los ruiseñores no responden  
al son de las alondras que pasaban?

¿Qué es del arrullo de la mansa fuente  
donde á beber bajaban las palomas?  
¿Qué es del aura que erraba suavemente  
cargada de suspiros y de aromas?

Las galas del Abril se marchitaron,  
los céfiros errantes se extinguieron,  
en ayes los murmullos se tornaron,  
y anchos arroyos las corrientes fueron.

Todo pasó. En el valle pantanoso  
hay, en vez de una fuente, una laguna,  
y en las ramas del álamo pomposo  
las hojas se desprenden una á una.

Así, madre, van mis días,  
con las hojas de consuno,  
desprendiéndose uno á uno,  
al vaivén de la pasión.  
Y así van las ilusiones  
de mi esperanza importuna,  
desprendiéndose una á una,  
de mi seco corazón.

Como esas hojas marchitas  
no volverán á su rama,  
el cierzo las desparrama,  
la lluvia las pudrirá.  
Como el bosque queda triste,  
y silencioso y desnudo,  
seco y solitario y mudo  
mi corazón siento ya.

Esas hojas amarillas  
que ayer nos prestaron sombra,  
ni aun las querrá por alfombra  
el tornasolado Abril:  
míralas, madre, cuál ruedan  
entre la arena perdidas,  
Holladas y sacudidas  
por el aura más sutil.

Eso son nuestras creencias,  
nuestras míseras ficciones;  
eso son nuestras pasiones,  
nuestra vida terrenal:  
nacen, dan sombra un instante,  
suenan, se mecen, se cruzan,  
caen, ruedan, se desmenuzan  
y las lleva el vendaval.

Si ellas al rápido soplo  
del cierzo desaparecen,  
otras en el árbol crecen  
y se apiñan otra vez:  
mas yo iré, cual hoja seca  
por el viento desprendida,  
arrastrando de mi vida  
la juventud, la vejez.

Y el negro remordimiento  
irá por do quier conmigo,

como verdugo y testigo  
de mi perdurable afán.  
Y cuando á su vieja llama  
encanezcan mis cabellos,  
madre, debajo de aquéllos  
jamás otros nacerán.

Porque estas hojas errantes  
que por mi memoria vagan;  
estos recuerdos que amagan  
no dejarme hasta morir;  
hojas secas de mí mismo,  
que, arrancadas de mi centro,  
á mí asidas las encuentro  
sin poderlas desasir;

No pasarán como pasan  
esas hojas del otoño:  
no tienen otro retoño,  
mas tampoco tendrán fin:  
sopla el viento y no las lleva,  
cae la lluvia y las perdona;  
igualmente las abona  
el desierto y el jardín.

—  
Dicen que todo al fin se desvanece,  
todo pasa, se olvida, pierde ó borra...  
¿Soy infeliz? No sé. Mas vivo triste  
y un torcedor arrastro en mi memoria.

Madre, ¿creerás también que todo pasa,  
como en alas del ábreo las hojas,

como del vago céfiro los ayes,  
como del mar las fugitivas ondas?

¿Crees tú que pasarán para tu hijo,  
como del bosque la agostada pompa,  
tus recuerdos, tu amor, tu sacra imagen,  
que todo el corazón le ocupa sola?

¿Crees, madre, que, al huir desesperado  
á playas extranjeras y remotas,  
corre tras la molicie y los placeres,  
busca una libertad cínica y loca?

¿Crees tú que anhela en climas aparta-  
libre gozar su juventud fogosa? [dos  
¿Crees que olvidado de su madre viva...?  
Quien lo dijo, mintió, madre y señora.

Doquier que arrastre su existencia inú-  
suerte feliz ó mísera le acorra, [til,  
ya duerma en los harapos del mendigo,  
ya en blanda pluma de opulenta alcoba;

Ya espere un porvenir sin esperanza,  
ya circunde su sien verde corona;  
en la mazmorra, en el alcázar... madre,  
donde quiera que aliente, allí te adora.

[gen

Que es mi pecho tu altar, y aquí tu ima-  
nunca pasa, se olvida, pierde ó borra,  
como pasan, al aire del otoño,  
del bosque umbrío las marchitas hojas.



# RECUERDOS DE VALLADOLID

## Tradicción

### I

DON TELLO

Señora, ¡por vida mía!  
que os dí siete meses más,  
y es un plazo que quizás  
concederos no debía.

¿Paréceos aún poco?

DOÑA ANA

No.

DON TELLO

Pedisteis un año.

DOÑA ANA

Sí.

DON TELLO

Si año y medio os concedí,  
¿qué más hacer pude yo?

Don Juan de Vargas no viene.

DOÑA ANA

Harto, por mi mal, lo sé.

DON TELLO

Pues que tanto os aguardé,  
no esperar más me conviene.

Que fuera lance fatal  
que mi imprudencia pudiera  
dejar que don Juan volviera  
con derecho al mío igual.

DOÑA ANA

Tenéis, don Tello, razón.  
Pedí por término un año,  
pues tan fiero desengaño  
no aguardó mi corazón.

Prometí que, si en todo él,  
el de Vargas no volvía,  
con vos me desposaría.  
¡Creíle menos infiel!

Año y medio me esperó,  
don Tello, vuestra nobleza,  
y en tan hidalga grandeza  
no habré menos de ser yo.

A mi padre responded  
lo que os dije: vuestra soy;  
mas, si don Juan vuelve hoy...

DON TELLO

Doña Ana, el labio tened,  
Ó mirad lo que decís.

DOÑA ANA

¡Si acabar no me dejáis...!

DON TELLO

No: que ó todo lo negáis  
ó todo lo consentís.

Vuestra fe daréis entera,  
como os la pide, á don Tello;  
que si Vargas vuelve, en ello  
yo sé bien lo que me hiciera.

DOÑA ANA

¿Qué decís, Tello?

DON TELLO

Doña Ana,  
yo os pedí para mujer:  
mirad si lo habéis de ser,  
y vuelva Vargas mañana.

DOÑA ANA

Que sí os dije; pero si hoy  
viniera Vargas, ya no.

DON TELLO

Ya en eso me veré yo,  
pues vuestro marido soy.

DOÑA ANA

Pues, don Tello, si viniera...

DON TELLO

¡Vive Dios que le matara,  
pues porque yo os esperara  
no era justo que os perdiera!

DOÑA ANA

¡Don Tello!

DON TELLO

Miradlo bien:  
que pues más no he de esperar,  
conmigo habéis de casar  
si viene, y si no también.

DOÑA ANA

Don Tello, pues ha de ser,  
no haré en ello oposición:  
ya que tenéis razón,  
mirad lo que habéis de hacer.

Esto hablaban una tarde,  
ya muy cercana la noche,  
doña Ana Bustos Mendoza,  
y don Tello Arcos de Aponte.

Iguales en lustre ostentan  
sus heredados blasones,  
ella envidia de las damas,  
él galán entre los hombres.

Y ella hermosa y él valiente,  
por especiales razones  
unirlos en casamiento  
sus parientes se proponen.

Don Tello adora á doña Ana;  
mas como valiente noble,  
ha más de un año que espera  
que su afán se le malogre;

Porque ha tanto que la niña  
tiene asentado en otro hombre  
el pensamiento amoroso,  
y ni sosiega ni come.

Es su amor don Juan de Vargas,  
que á Italia oculto fugóse,  
por no sé qué muerte oculta  
en las sombras de la noche.

Mas don Juan, desde aquel día,  
tan de veras ocultóse,  
que de su estado y persona  
cartas ni amigos responden.

En vano tras nuevas suyas  
se rastrearon en la corte  
mil exquisitas pesquisas,  
mil cortesanos favores.

La justicia dióle libre;  
el mismo rey perdonóle;  
pidieron á todas partes  
cartas y noticias dobles;

Mas en todas fueron vanos  
al misterio que le esconde  
los parabienes presentes,  
las antiguas precauciones.

De todas partes los pliegos  
vuelven bajo el mismo sobre,  
porque en ninguna parece,  
ni en ninguna le conocen.

Cansado por fin don Tello  
de plazos y condiciones,  
y recelando que al cabo  
parezca don Juan y torne,

Resuelto y tenaz decide  
que, pues año y medio corre,  
de grado ó de valimiento  
se cumpla cuanto pactóse.

Y la verdad, que doña Ana,  
más tibia ya en sus amores,

no con enojos escucha  
de don Tello las razones,

Ni estorba que la festeje,  
ni que vista sus colores,  
ni entre en su casa de día,  
ni que sus rejas la ronde.

Porque en esto de firmezas  
en ausencias y en amores,  
era, sin duda, lo mismo  
que en nuestros tiempos entonces.

Quedó, pues, dicho y jurado  
que, excusadas dilaciones,  
la boda se concluyera  
dentro de la misma noche.

Y en todo Valladolid,  
cuantos hay vecinos nobles,  
á dar sus enhorabuenas  
á los novios se disponen.

Mas es preciso advertir  
que, mientras en los salones  
danza y festejos preparan  
juntos Mendozas y Apontes,

Las puertas del Campo Grande  
cruza á resuelto galope,  
embozado en una capa,  
sobre un potro negro, un hombre.

Es una noche de Octubre,  
que la atmósfera encapota  
entre las dobles cortinas  
de la niebla y de la sombra.

En ráfagas desiguales  
el \*cierzo á intervalos sopla,  
quebrándose en las esquinas  
con voz destemplada y bronca.

Lucen en ellas apenas,  
como sombras vaporosas,  
mas esparcidos, faroles  
que entre la niebla se ahogan.

Y á su esplendor vacilante,  
por las calles tortuosas  
apenas á ver se alcanza  
de los que pasan la forma.

Que no es tan tarde que en sueño  
la ciudad repose toda,

ni tan pronto que aun excusen  
los rondadores su ronda.

Óyese el sordo murmullo  
de las fugitivas ondas  
con que el revuelto Pisuerga  
ambas orillas azota;

Y entre su son temeroso,  
la voz compasada y ronca  
con que las huecas campanas  
al toque de ánimas doblan.

Allá por sobre las cercas  
que el Campo Grande aprisionan,  
turbias luces se perciben  
por entre ventanas rotas,

Á cuya opaca lumbrera  
algún penitente ora,  
y con el llanto del monje  
las culpas del hombre borra;

Ó algún sabio solitario,  
en meditación más honda,  
del vano mundo desprecia  
la mal olvidada pompa.

¡Cuán grato es ir sin camino,  
con el corazón á solas,  
en la deliciosa calma  
de la noche silenciosa,

Sin testigos que sorprendan  
sobre la faz melancólica  
las lágrimas que se escapan  
de los ojos gota á gota!

¡Noche, consuelo del triste,  
bendita tu amiga sombra,  
entre cuyos densos pliegues  
no se avergüenza quien llora!

Yo también, triste poeta,  
al compás del arpa ronca,  
te rindo tributo en lágrimas,  
plegarias de mis memorias;

Y una y mil veces bendigo  
tu espesa tiniebla lóbrega,  
desciñendo las guirnaldas  
que el arpa cansada adorna.

¡Noche, consuelo del triste,  
bien haya tu amiga sombra,  
entre cuyos densos pliegues  
no se avergüenza quien llora!

Cruzando del Campo extenso  
la soledad misteriosa,  
á lentos pasos camina  
un hombre de cuya forma

Se distingue solamente  
la pluma que en alto flota,  
las espuelas en que acaba  
y la espada que le abona.

Lo demás de su figura  
lo velan, guardan y embozan  
los secretos de una capa  
en que envuelve la persona.

Ganó la vuelta á la plaza  
por una calleja corva,  
de casa en casa pasando,  
señas tomando de todas.

Delante de una al tenerse,  
que de palacio blasona,  
«Ésta es», dijo, y en la puerta  
la mano atrevida posa.

Mas no bien dentro del patio  
el son de la aldaba dobla,  
corriendo dentro un cerrojo,  
un hombre al dintel asoma.

Haciendo paso al que sale,  
el que iba á entrar se reporta,  
y al tiempo mismo en su rostro  
reflejó la luz dudosa.

—¡Don Juan!—¡Don Tello!—excla-  
en voz descompuesta y honda [maron  
ambos á dos personajes,  
como quien duda y se asombra.

—¿A don Juan mirando estoy?  
—¿A quien veo es á don Tello?  
—¡Por Dios, que no erráis en ello!  
—Ni vos en mí: don Juan soy.  
—Seguidme.

—¿Adónde?

—A reñir.

—Vamos; mas reñir, ¿por qué?  
—Seguidme, don Juan, que á fe  
que os lo tengo de decir.—

Calló don Juan, y don Tello,  
en faz decidida y torva,  
«Por aquí», dijo, y airado  
la vuelta del Campo toma.

Los estoques en la mano,  
sueltas en tierra las capas,  
están dos hombres á puuto  
de cerrarse á cuchilladas.

DON TELLO

Reñid, don Juan, ó vos mato.

DON JUAN

Grande será vuestra causa,  
don Tello; mas ¡vive Dios!  
que yo en saberla me holgara.

DON TELLO

Reñid, don Juan.

DON JUAN

Vos, parece  
venís á reñir con rabia;  
mas yo, que ignoro...

DON TELLO

Ó reñís,  
ú os asesino á estocadas.

DON JUAN

¡Tello!

DON TELLO

Reñid ¡voto á Cristo!

DON JUAN

Mas decid una palabra,  
una razón, un pretexto,  
y riño.

DON TELLO

¡Pese á mi alma!  
¿En Valladolid no estáis?

DON JUAN

Bien se ve.

DON TELLO

¿Y á quién buscabais?

DON JUAN

A doña Ana de Mendoza.

DON TELLO

Reñid, pues, que ésa es la causa.

DON JUAN

¡Doña Ana! ¿Qué...?

DON TELLO

Esposa mía...

DON JUAN

¿Es?

DON TELLO

Será.

DON JUAN

¿Cuándo?

DON TELLO

Mañana.

DON JUAN

Defendeos bien, don Tello,  
que la razón es sobrada.

Cruzáronse los estoques,  
adelantaron las dagas,  
y empezaron los aceros  
do acabaron las palabras.

El ruido de entrambas hojas  
en la oscuridad sonaba,  
sin que en la sombra se alcance  
cuál es más feliz de entrambas.

El aliento á resoplidos  
ambos, fatigados, lanzan;  
mortales golpes se tiran,  
mortales golpes se paran.

Sin duda que corre sangre,  
sin duda el brazo se cansa,  
porque los golpes son menos,  
la respiración más tarda.

Y sin duda que es temible  
la contienda solitaria:

don Tello no cede un paso,  
don Juan un paso no avanza.

No suena un golpe que á fondo  
recto al corazón no vaya;  
no hay un quite que no pare  
la postrimera estoqueada.

Es el brazo que defiende  
tan fuerte como el que ataca;  
que á acertar un solo golpe,  
con él la lid acabara.

Jura el uno, calla el otro;  
ni uno cede, ni otro avanza;  
con más arrojo don Tello,  
don Juan con mejor constancia.

Y en vano son los ardides,  
los esfuerzos y las mañas,  
los amagos engañosos,  
las embestidas trocadas.

Siempre un golpe encuentra un quite,  
siempre un estoque una daga,  
y un esfuerzo inesperado  
una defensa pensada.

Entrambos, desfallecidos,  
pierden tierra y tierra ganan:  
mas en ganar y en perder  
siempre es igual la ventaja.

Desesperado don Tello,  
don Juan en siniestra calma,  
así igualmente se estrechan,  
é igualmente se rechazan.

Y está la muerte dudosa  
en ambos aposentada,  
la mano en entrambas vidas,  
sin atreverse con ambas.

Abrasado al fin don Tello  
en el volcán de su rabia,  
no mirando ya su honra,  
sino sólo su venganza;

Viendo que don Juan no cede,  
y que él tampoco adelanta,  
pensó en ganar por traidor  
lo que por audaz no gana.

Y cerrando más brioso  
con tan traidora esperanza,  
como si alguno amagase  
á don Juan por las espaldas,

Gritó: ¡Tente! ¡No le mates!  
Y al volver don Juan la cara,  
hasta la cruz escondióle  
dentro del pecho la espada.

Cayó don Juan, y don Tello,  
ganando apenas su casa,  
guardó en la vaina su estoque,  
y su secreto en el alma.

## II

Lejos del mundo y de su pompa vana,  
harto de juveniles devaneos,  
el polvo hollando que la raza humana  
encierra en sus placeres y deseos,  
renunciando su gala cortesana  
y de su clara estirpe los trofeos,  
en celda estrecha y solitaria habita  
un austero y humilde cenobita.

Pasó su juventud en ardua guerra,  
derramando su sangre generosa  
por ensanchar los lindes de su tierra  
y engrandecer su patria poderosa.  
En el valle acampó, saltó la sierra  
tremolando la enseña victoriosa,  
y los vencidos le debieron leyes,  
conquistas su nación, oro sus reyes.

Hoy, porque al mundo su valor asombre,  
ó porque su valor ponga en olvido,  
vela en el claustro el opulento nombre  
con que ha valiente capitán vivido,  
y olvida con lo mísero de hombre  
cuanto de grande é inclito ha tenido,  
curando en santa y religiosa calma  
las hondas cicatrices de su alma.

Que entre ásperas y crudas penitencias  
buscó su Dios el alma atormentada  
por el revuelto golfo de las ciencias,  
por el desierto de la inmensa nada;  
así avivó su fe con sus creencias,  
así acalló su carne macerada;  
mas, en lucha tenaz consigo mismo,  
en sus creencias encontró un abismo.

Creyó y dudó; y en duda irreverente  
tornó á creer, y recayó en la duda;

hundió en el polvo la humillada frente,  
en su cuita á su Dios pidiendo ayuda;  
creyó segunda vez, pero igualmente  
dudó segunda vez el alma ruda;  
oró, su pertinacia castigando;  
mas creyendo dudó, y creyó dudando.

Doquier su incertidumbre y su impe-  
el orden de las cosas reprochaba; [ricia  
la virtud presa, impune la malicia,  
doquier de sus creencias recelaba;  
mal segura y torcida la justicia,  
de la justicia celestial dudaba,  
y de los males del viciado suelo  
culpa argüía en el dormido cielo.

Con sus dudas así y con sus creencias  
arrastraba el severo capuchino  
su vida entre recónditas dolencias,  
y dudaba tal vez de su destino.  
En vano con austeras penitencias  
pedía al cielo su favor divino:  
siempre acosaba al pensamiento adusto  
la duda de lo justo y de lo injusto.

Siempre sus penitentes oraciones,  
y su estudio, y sus horas solitarias,  
turbaban sus incrédulas ficciones,  
siempre con causas ó con hechos varias:  
ni el turbulento mar de sus razones  
sosegaban su llanto y sus plegarias:  
que cuanto más oraba penitente  
se revelaba el corazón demente.

El pueblo, al contemplar su faz severa,  
que con el tosco capuchón ceñía;  
el paso grave, la mirada austera,  
la barba que á los pechos le caía,  
su misteriosa forma pasajera,  
que tan sólo en el templo aparecía,  
reputación de justo le otorgaba,  
y por justo varón le respetaba.

El sabio que en su cámara medita  
en un confuso libro amarillento  
las ideas que el sabio cenobita  
creó en la soledad de su convento,  
viendo que su honda creación gravita  
sobre su aventajado pensamiento,  
ambas razones balanceando cede,  
y el renombre del sabio le concede.

Mas tal es la mundana inconsecuencia  
y el frágil peso del consejo humano,  
que yerra el corazón, yerra la ciencia  
en el juicio más fácil y liviano:  
en medio de su airada penitencia,  
presa á su vez del pensamiento humano,  
bajo el sayal del hombre penitente  
el incrédulo habita impunemente.

Doquiera le mantiene arrebatado  
honda meditación que le divierte  
por el gran laberinto en que, obcecado,  
razones busca á la insensata suerte;  
y el mundano doquier cura engañado  
de que en su arrobo el justo no despierte  
y la sagrada inspiración no acuda;  
mas el sabio no adora, sino duda.

Es una mañana clara  
de una fresca primavera;  
la brisa arruga ligera  
la hierba, el agua y la flor.  
El sol asoma al Oriente  
su cabellera inflamada,  
y alza el ave en la enramada  
dulces himnos al Criador.

Orlan el campo las perlas  
que ha derramado el rocío;  
murmura allá abajo el río  
la orilla al acariciar;  
y en niebla azulada y tenue,  
que remeda al limpio cielo,  
vapores exhala el suelo  
de jazmines y azahar.

Las inquietas mariposas  
despliegan sus cien colores,  
columpiándose en las flores  
con revoltoso bullir.  
Posando en todas livianas,  
sólo al lindel dejan sola  
sin sus besos la amapola  
el tosco vaso al abrir.

Ostenta cuantos primores  
en su ancho tapiz encierra  
á la luz del sol la tierra,  
respirando juventud:

todo es calma, luz y vida  
en la dulce primavera;  
mas ¡ay, cuánto es pasajera  
su belleza y su quietud!

También gozó de su infancia,  
su vigor y su opulencia  
esa ciudad de existencia  
más remota y más feliz;  
mas si no alcázar de reyes,  
aun conserva la nobleza  
en que muestra su grandeza  
lo que fué Valle de Olid.

.....  
.....  
A un lado del Campo Grande,  
en un balconcillo estrecho,  
el codo en el antepecho,  
sobre la mano la sien,  
un austero capuchino  
el campo está contemplando,  
la baja tierra mirando  
con religioso desdén.

Si sufre, goza ó medita;  
si bien ríe ó males llora;  
si desespera ó si ora,  
es difícil de atinar.  
Los ojos fijos en tierra;  
la tez rugosa, amarilla;  
en la palma la mejilla;  
siempre en el mismo lugar,

Siempre en la misma postura,  
en el mismo arrobamiento,  
sin voz y sin movimiento,  
sin aparente razón,  
insondable el alma viva,  
tras aquella estampa muda,  
una cifra es de la duda  
de imposible comprensión.

Al pie del mismo convento,  
en paseo solitario,  
desde la iglesia al osario  
vagar un hombre se ve.  
Ambos brazos á la espalda,  
hasta la ceja el sombrero;  
larga daga, agudo acero,  
y espuela dorada al pie.

. Su pensamiento no aclaran  
su talante ni su paso:  
tal vez estará al acaso  
y sin voluntad allí;  
creeráse que reconoce  
el lugar en que se mira:  
se tiene, calla, suspira,  
viene y va, y constante así.

Del cementerio á la iglesia,  
de la iglesia al cementerio,  
siempre en el mismo misterio,  
siempre en el mismo vagar:  
ni él ve al monje que á su reja  
asomado ora ó medita,  
ni se cura el cenobita  
su ocupación de acechar.

Seméjase el capuchino  
á un ilustre prisionero,  
y semeja el caballero  
el vencedor capitán;  
mas el uno en su ventana,  
en imperturbable vela,  
y el otro en su centinela,  
indiferentes están.

En esto, del fin del Campo,  
que ambos á espalda tenían,  
uno tras otro venían  
dos hidalgos á la vez.  
La del primero era fuga,  
la del otro seguimiento,  
y víase bien su intento  
en su tenaz rapidez.

Desarmado el de delante  
y la faz desencajada;  
en la derecha la espada,  
ya cerca el perseguidor,  
ambos á par se empeñaban  
en su fuga y su denuedo:  
el de delante era miedo,  
el de atrás era furor.

—¡Detenerlos!—gritó el monje.  
Tornó el caballero el gesto,  
y un punto en el mismo puesto  
viéronse iguales los tres.  
Mas antes que el más cercano  
acudiera al homicida,

el otro cayó sin vida  
bañado en sangre á sus pies.

Seguir al vivo era en vano:  
como una sombra fugóse.  
Al desplomado tornóse,  
mas era inútil también;  
y antes que reconociese  
de la herida la malicia,  
llegó á punto la justicia,  
gritándoles que se den.

Prestó atención exquisita  
desde lo alto el capuchino.  
«¡Este es, éste, el asesino!»  
á la ronda oyó decir:  
requirió el preso su espada  
para dar final respuesta,  
pero otra mano más presta  
vino su intento á impedir.

—Déjese sin fuerza, hidalgo,  
y hacia la cárcel se apronte.  
¿Quién es?

—Don Tello de Aponte.

—¡Préndanle y vengan en pos!—  
Cerró el monje la ventana,  
la prisión injusta viendo,  
con voz cóncava diciendo:  
«¡Si no hay justicia, no hay Dios!»

### III

Tras una mesa cubierta  
con un terciopelo verde,  
en tres sillones de brazos  
están sentados tres jueces.

En más ínfimo lugar,  
y de ellos frente por frente,  
espera en silencio un hombre  
sentado en un taburete.

Serenos tiene los ojos,  
alta y tranquila la frente,  
el rostro descolorido,  
y ambos pies en un grillete.

Mas nada hay en su persona  
que á imparciales ojos muestre,  
que tan orgulloso porte  
acompañe á un delincuente.

Que es noble, se ve en su nombre;  
que es criminal, en las leyes;  
que no es traidor, en su rostro;  
y en su talle, que es valiente.

Mas que importa su custodia  
se ve bien en los mosquetes  
que, esparcidos por la sala,  
las entradas la defienden.

Por las puertas y tapices  
se alcanzan confusamente  
las cabezas apiñadas  
de la multitud que atiende;

Y en el inquieto murmullo  
que discurre entre la gente  
se ve que todos escuchan,  
pero que pocos entienden.

Confusas, distantes, rotas,  
concebirse apenas pueden,  
de preguntas y respuestas,  
las razones diferentes.

El juez pregunta, y el reo  
responde; los escribientes  
escriben, los guardias guardan,  
y el pueblo murmura siempre.

EL JUEZ

¿Quién sois?

EL REO

Un hombre.

EL JUEZ

¿Su nombre?

EL REO

Don Tello de Aponte soy.

EL JUEZ

Levantaos.

DON TELLO

Bien estoy.

EL JUEZ

Ved que soy el juez.

DON TELLO

Yo el hombre.

EL JUEZ

Ved que es fuerza obedecer.

DON TELLO

Que me desaten decid,  
ó en preguntar proseguid,  
que así os he de responder.

EL JUEZ

¿Matasteis á un hombre...?

DON TELLO

No.

EL JUEZ

Con el muerto os sorprendieron,  
y os acusan.

DON TELLO

Pues mintieron.

EL JUEZ

Fué la justicia.

DON TELLO

Mintió.

EL JUEZ

Esta espada, ¿de quién es?

DON TELLO

Si en esta mano estuviera,  
mejor ella lo dijera.

EL JUEZ

¿No os la hallaron?

DON TELLO

Sí, á los pies.

EL JUEZ

¡Bañada en sangre!

DON TELLO

Es así.

EL JUEZ

Y un hombre teníais muerto  
junto á vos.

DON TELLO

También es cierto.

EL JUEZ

Luego fuisteis...

DON TELLO

Yo no fuí.

EL JUEZ

Decid, pues, quién le mató.

DON TELLO

Un hombre que le seguía.

EL JUEZ

¿Cúyo nombre?

DON TELLO

Él lo sabría;

y si no se huyera, yo.

EL JUEZ

¿Luego huyó?

DON TELLO

Dije que sí.

EL JUEZ

¿Le conocierais, á verle?

DON TELLO

Mal pudiera conocerle  
si nunca el rostro le ví.

EL JUEZ

¡Bien lo fingís!

DON TELLO

Bien lo cuento:  
que ésto sólo aconteció.

EL JUEZ

¿Confesáis el crimen?

DON TELLO

No.

EL JUEZ

Pues ponedle en el tormento.

DON TELLO

Vedlo bien.

EL JUEZ

Lo ví.

DON TELLO

Pues voy;  
pero mirad que inocente.

EL JUEZ

Vos nombraréis delincuente.

DON TELLO

Puede ser, pues hombre soy.

Mas si el dolor da por mí  
alguna declaración,  
anulo mi confesión,  
y en cuanto diga mentí.

Sacáronle de la sala,  
y en sus sillones los jueces  
callaron, mientras susurra  
en son siniestro la plebe.

A verse en la puerta alcanza  
que en el fondo el salón tiene,  
una alfombra de cabezas  
que bullen eternamente.

Un montón desordenado  
de ojos de hombres y mujeres,  
que giran en muchos gestos,  
ya curiosos, ya impacientes.

Acá y allá algunas damas  
que en los tupidos dobles

de un velo en que acaba un manto,  
la faz ruborosa envuelven.

Y esta multitud inquieta,  
cuchicheando sordamente,  
esperando alguna cosa  
de otra cosa que sucede;

Ya de parte de don Tello,  
ya de parte de los jueces,  
y ya bien como en comedia  
aguardando lo siguiente;

Dispuesta del mismo modo  
á escuchar lo que dijeren,  
á partir cuando se acabe,  
y á esperar mientras le dejen,

Forma un susurro monótono  
que por el aire se extiende,  
y un acento sin palabras  
en la atmósfera mantiene.

Los centinelas pasean;  
el escribano se duerme  
con la barba sobre el puño,  
y el puño entre los papeles.

Los galanes rostro á rostro  
plática entablada tienen;  
que amantes, serán amantes  
donde quiera que se encuentren.

Los muchachos la paciencia  
con aquel silencio pierden,  
y hacen los viejos á solas  
comentarios de las leyes

En favor de la justicia  
que andaba, allá en sus niñeces,  
porque sin duda es muy bueno  
lo malo que se nos pierde.

Así en paciencia ó enojo  
mantuviéronse igualmente,  
en son confuso de muchos,  
jueces, soldados y plebe.

Alzóse al fin la cortina;  
impusieron los corchetes  
silencio, y todos los ojos  
tornáronse de repente.

Retratada en el semblante  
la agonía de la muerte,  
salió el primero don Tello,  
que apenas basta á tenerse.

Alzáronse en el salón  
vagos murmullos al verle,  
que más que á satisfacciones,  
á amenazas se parecen.

Mas á una señal airada  
de los irritados jueces,  
y á la vista de vecinas  
alabardas y mosquetes,

Reinó el silencio en la sala,  
capitulando la plebe,  
que, cuanto más atrevida,  
es tanto menos valiente.

EL JUEZ

(¿Confesó?)

UNO

(Confeso está.)

EL JUEZ

Decid, pues, ¿quién le mató?

DON TELLO

El asesino soy yo,  
si no estáis cansados ya.

EL JUEZ

Hablad más claro.

DON TELLO

El tormento  
dejó menos fuerza en mí;  
á todo digo que sí,  
pero en cuanto digo miento.

EL JUEZ

¿Le matasteis?

DON TELLO

Le maté.

EL JUEZ

¿Por acaso ó por razón?

DON TELLO

Por intento y á traición.

EL JUEZ

¿La razón?

DON TELLO

Yo me la sé.

EL JUEZ

Decidla, si la tenéis.

DON TELLO

¿No basta que le matara?

EL JUEZ

Sí, por cierto, que bastara.

DON TELLO

Ruégooos, pues, que despachéis.

EL JUEZ

Sobre ese libro jurad  
que por traición le habéis muerto.

DON TELLO

Dadme el libro; todo es cierto:  
jurado está, y despachad.Entró en esto, atropellando  
por los guardias y la gente,  
sin que curiosos ni guardias  
bastasen á detenerle,Un capuchino severo,  
de lengua barba, ancha frente,  
claros ojos, talle erguido,  
grave paso y voz solemne.Sin duda por sus virtudes  
alto respeto merece,  
porque todos en silencio  
aparentan conocerle.Díjole el juez:—Perdonadnos,  
porque, en vela de las leyes,  
somos por nuestro destino  
hombres afuera, aquí jueces.—Y con acento más firme,  
al capuchino volviéndose,  
en ademán imperioso  
díjole:—Padre, ¿qué quiere?—El religioso, sereno,  
en faz y gesto imponente,  
contestó:—Apoyo del justo:  
que la justicia no yerre.—

EL JUEZ

Si erró la justicia acaso,  
nos fuera ayudarla en gozo.  
Decid dónde.

EL MONJE

En este mozo,  
que ya con ánimo escasoHabló á impulsos del dolor,  
y en cuanto dijo ha mentido.

DON TELLO

Padre, tarde habéis venido,  
y que os volváis es mejor.

EL MONJE

Escuchadme.

EL JUEZ

Ya es en vano.

EL MONJE

Oidme.

EL JUEZ

Dije que no.  
Como reo confesó,  
y juró como cristiano.

EL MONJE

Ved que ha de saberlo el rey,  
y que en ello soy testigo.

EL JUEZ

Yo no soy quien le castigo,  
que escrita me dan la ley.

EL MONJE

Mirad que él no le mató,  
que desde un balcón lo ví;  
no es el reo.

EL JUEZ

Será así.

EL MONJE

¿Condenáisle?

EL JUEZ

Confesó.

EL MONJE

Ha mentido.

EL JUEZ

No lo sé.

Don Tello, otra vez jurad.

DON TELLO

¿Queréis matarme? Acabad.

Juro que á un hombre maté.

EL JUEZ

Pues veis que otorga el delito,  
dejadle sufrir la pena.

EL MONJE

¡Ved que el miedo le condena!

EL JUEZ

Padre, en la ley está escrito.

Quedó el monje meditando  
del reo la confesión,  
inmóvil en el salón,  
de lo que mira dudando.

Firmó la sentencia el juez,  
y del estrado al bajar,  
en voz alta á preguntar  
volvióle el monje otra vez:

—¿Conque muere?

—Vedlo vos—

contestó el juez: y aun dudando  
fuése el monje murmurando:  
«¡Si no hay justicia, no hay Dios!»

El sol, en trémulas hebras  
tornasolando los aires,

tranquilo, radiante y puro  
en colores se deshace.

Doquier el pueblo se agolpa,  
doquier los balcones abren,  
en faz de ver ó esperar  
lo que pasa ó lo que pase.

Doquier bellas en las rejas,  
doquier hidalgos galanes,  
doquier desenvueltas mozas,  
clérigos y militares.

Todo es turba y movimiento,  
tropezar y atropellarse;  
todos van hacia la plaza,  
ganando esquinas y calles.

Todos por bajo platican,  
cual si una historia contasen,  
que, preguntándola todos,  
todos á la par la saben.

Comprenderse apenas puede  
en razones desiguales  
la razón de lo que á todos  
tan afanosos los trae.

Óyense en palabras sueltas,  
entre otras mil, estas frases:

—Es justicia.—Son las doce.

—¡Quien tal hace, que tal pague!

—Del rey aguardan indulto.

—Ya daban vuelta á la cárcel.

—Hace ocho días.—Es noble.—

—¡Sálvele Dios! —¡Pobre fraile!

Y á veces, allá á lo lejos,  
en lastimosos compases,  
otra voz reza ó pregona  
con acento suplicante.

Hierve en la plaza la gente;  
puertas cierran, rejas abren,  
y á un tiempo todos los ojos  
se vuelven hacia una calle.

Por ella en orden siniestro,  
muchos soldados delante,  
de dos en dos, muchos hombres,  
á otro hombre á la plaza traen.

Atadas tiene las manos,  
descolorido el semblante,  
descubierta la cabeza,  
desaliñado en el traje.

Sin valona y sin espada,  
capotillo ni acicates,  
sobre una enlutada mula,  
y acompañado de un fraile.

Van detrás algunos monjes  
de varias comunidades,  
con cirios que al sol del día,  
aunque no le alumbran, arden.

Los ministros de justicia,  
el reo y el pueblo parten,  
y el pregonero decía,  
en lúgubre son, delante:

«Esta es la final sentencia  
que hoy debe de ejecutarse  
en don Tello Arcos y Aponte,  
por mano de Luis Hernández,

»Ejecutor por el rey...»  
Y al trasponer una calle,  
perdióse con el bullicio  
la sentencia con la frase.

Abrióse la muchedumbre,  
y entraron con paso grave  
dentro de la plaza juntos,  
los que vienen y el que traen.

Llegados á una escalera,  
con que unos maderos hacen  
ancha subida á un cadalso,  
dijo una voz: «Que le bajen.»

Bajó el reo, y en la escala  
el religioso sentándose,  
dijole con voz inquieta  
que de hinojos se postrase.

Así fué, y ambos quedaron  
en posición semejante,  
sin que sus tenues palabras  
alcanzara osado nadie.

Mas sobre el hombro del reo,  
algún ojo penetrante,  
á saberlo, ver pudiera  
el ojo atento del fraile.

Y en su inquietud confiada,  
más bien que reconciliarle,  
víase que era dar tiempo  
á que tiempo se ganase.

Avisóle la justicia;  
se alzó el reo, calló el padre;

llegaron hasta el cadalso,  
y tornaron á postrarse.

Tornó á avisar la justicia  
y á la confesión el fraile,  
y más de las doce y media  
señalaba ya el cuadrante.

—Don Tello—decía el monje—  
dad tiempo á que el tiempo pase;  
que fuera mengua en el rey  
que su perdón os negare.

—Pluguiera, buen monje, al cielo  
que así tan ciego no errarais.—  
—Siendo testigo...

—¿Qué importa?

—Fuera otro crimen.

—¿Quién sabe!

—Yo sé que sois inocente,  
puesto que no le matasteis.

—Secretos del cielo son,  
como el cielo impenetrables.

—¡Imposible...!

—¡Padre, pronto!

—¡Que tanto el indulto tarde!

—¡Padre, es vano!

—¡Oh, que no hay cielo,

cuando acudiros no sabe!—

Y el capuchino azorado,  
las miradas suplicantes  
desesperado tendía,  
sin aliento, á todas partes.

Por vez postrera volvieron  
con más empeño á avisarle,  
y el reo dijo:—¡Es inútil!  
¡Padre, que muera dejadme!

—No, don Tello, ¡por mi vida!—  
Y volviéndose anhelante  
el monje á la multitud,  
así rompió á voces grandes:

—¡Está inocente...!—En tumulto  
impidió que terminase  
la turba, que, por oírle,  
gritaba á su vez:—¡Dejarle!

—¡Está inocente!—decía  
el monje, y en voz pujante  
decía el pueblo en tumulto,  
sofocándole:—¡Dejarle!—

Gritaba el pueblo, y el monje  
gritaba, y palabras tales  
se le oían:—¡Dios... testigo...  
indulto... el rey.—¡Todo en balde!

Unos decían:—¡Oidle...!—  
Otros decían:—¡Salvadle...!  
Pero cuando todos hablan  
es cuando no escucha nadie.

Arrodillado don Tello,  
y el ejecutor delante,  
hizo la justicia seña,  
y el verdugo hizo su parte.

Calló el pueblo, calló el monje;  
y, al ver la cabeza en sangre  
bañada, desesperado  
se perdió en la turba el fraile.

Y allá en el fin de la plaza,  
volviendo el rostro un instante,  
«¡Si no hay justicia, no hay Dios!»—  
dijo, y traspuso la calle.

## IV

## CONCLUSIÓN

Coronada de juncos y espadañas  
hay en un soto cristalina fuente,  
donde, al abrigo de sonantes cañas,  
en arroyo se cambia mansamente.

Espérala el Pisuerga, y de sus olas  
la abre amoroso el transparente seno,  
con silvestres espigas y amapolas  
de su margen bordando el cerco ameno.

Á su amoroso halago nunca ingrata,  
la fresca y sonora fuentecilla  
mezcla constante su raudal de plata  
con la del padre río, agua amarilla.

Y allá á lo lejos, por la angosta calle  
que la abren en dos bandas cien colinas,  
Valladolid dibújase en el valle,  
velada entre las pálidas neblinas.

Y la vieja Simancas, más ufana,  
alza á su espalda la torreada frente,

que pintan á la par en la onda vana  
los tres ríos que abarca con su puente;

Do empiezan á tender los arenales  
su enmarañado pabellón de pinos,  
por donde abren en grietas desiguales  
sus engañosos lindes los caminos.

Era la hora en que, cansado acaso  
de su rauda y magnífica carrera,  
el moribundo sol hunde en ocaso  
su universal espléndida lumbrera.

Dábale el ruiseñor su despedida  
desde el olmo sombrío que le oculta,  
alegre adiós á la gloriosa vida  
del astro-rey que en sombra se sepulta.

Despídenle las auras y las hojas,  
y las sutiles auras que adormecen,  
y las coronas de los pinos rojas  
á su luz despidiéndole se mecen.

Todo era paz y lánguido sosiego  
en la fresca pradera y soto umbrío;  
todo aspiraba el esplendente fuego  
en derredor de fuente, soto y río.

La luz tendiendo de los ojos vagos  
sobre el rápido arroyo campesino,  
del llanto preso resistiendo amagos,  
velaba el solitario capuchino.

Y allí con él su exasperada duda,  
revolviéndose audaz dentro del pecho,  
hondo tormento daba al alma ruda,  
sitio en el corazón hallando estrecho.

Continuo presentábale su mente  
la ensangrentada imagen de don Tello,  
á quien de un crimen defendió inocente  
y á quien la injusta ley mató por ello.

Y allá en su alma, á quien vicia  
de lo humano la miseria,  
así la ruda materia  
luchaba con su impericia.

«No hay Dios donde no hay justicia;  
 porque, á ser de otra manera,  
 ó Tello no pereciera  
 con tan clara sinrazón,  
 ú ojera el rey mi razón,  
 ó el matador pareciera.

»Que Tello al cabo murió,  
 ojalá no fuera cierto;  
 que no es reo en lo del muerto,  
 por mis ojos lo ví yo.  
 Si la ley le condenó  
 con ignorancia ó malicia,  
 manifiesta la injusticia  
 en entrambos casos fué:  
 que si Dios existe, á fe  
 no está Dios do no hay justicia.

»Porque hacer el bien y el mal,  
 y negar al mal el bien,  
 arguyera error también  
 en la justicia eternal.  
 Que amparar al criminal  
 é ir del inocente en pos  
 contra el justo, de los dos,  
 fuera en Dios ley bien tirana;  
 luego en consecuencia llana,  
 do no hay justicia no hay Dios.

»Y puesto que si es, no es justo  
 siendo así Dios no cabal,  
 en obrar el bien ó el mal  
 cuerdo es no forzar el gusto.  
 Pues no es Dios un Dios injusto,  
 no quiero, por mi impericia,  
 tener un Dios de injusticia,  
 de sus hechuras ajeno:  
 que en este mundo terreno  
 no está Dios, pues no hay justicia.

»Y si niegas, Dios, aquí  
 tu justicia, aquí no estás;  
 y, donde no estés, de hoy más  
 quiero vivir para mí;  
 que si hijo tuyo nací,  
 es bueno y justo á los dos

que el hijo te vaya en pos  
 y que tú acudas al hijo,  
 ó mintió quien tal nos dijo,  
 pues sin justicia no hay Dios.»

—  
 Así pensaba el monje, vacilando,  
 sin razón ni creencia que le acuda,  
 cuanto más convencido, más dudando,  
 por entre el laberinto de la duda;

Y triste y macilento, y sin destino,  
 sin fe en el mismo Dios, que á par confie-  
 sentóse á las orillas del camino, [sa,  
 como fardo á posar que mucho pesa.

Miserable reptil, busca en la tierra  
 lo que la tierra misma no merece,  
 y el ciego pensamiento se le cierra,  
 y el atrevido pensamiento crece.

Acosado de amargos pensamientos,  
 de negras dudas entre turbias nieblas,  
 nave presa de ciegos elementos,  
 hasta en su propia luz halla tinieblas.

Y así, al dulce rumor del agua mansa,  
 son de las hojas, trino de las aves,  
 su fatigado corazón descansa  
 á los murmullos lánguidos y suaves.

Tal vez, abriendo los cansados ojos,  
 la moribunda luz goza un momento,  
 y la imagen de Tello le da enojos,  
 y el sueño se la roba al pensamiento.

Tal vez, aun en duda congojosa,  
 razones sueña y vanidad delira,  
 la claridad fingiendo misteriosa  
 de lo que le huye más, cuanto más mira.

Que así lo muestra el fatigado aliento  
 que el pecho en sueño atosigado lanza,  
 revuelto mar que el torvo movimiento  
 del gran volcán del pensamiento alcanza.

Sorbió el falaz crepúsculo la noche,  
 ganó el espacio la callada sombra,  
 la flor cerró su perfumado broche,  
 veló la tierra su pintada alfombra.

Allá á lo lejos, tras el negro monte,  
á tardos pasos asomó la luna,  
tibia alumbrando el lóbrego horizonte,  
rasgando el velo que la sombra aduna.

Vagaba el aura y susurraba el río,  
murmuraba la fuente que corría,  
y de ella al pie, con ademán sombrío,  
el capuchino su pesar dormía.

—  
Iba la parlera fuente  
resbalando entre la hierba,  
en son acorde lamiendo  
la parda y menuda arena.

Y á la fugitiva lumbre  
que en sus ondas reverbera,  
la luna en su espejo errante,  
la pálida faz refleja.

Brotaba espumas de plata  
el ronco y turbio Pisuegra,  
bañando en corvos cristales  
entrambas á dos riberas.

Y al compasado murmullo  
de aguas, hojas, aura y presas,  
en insomnio inquieto el monje,  
tendido á la orilla sueña.

Alzando á veces los párpados,  
como quien duerme y le pesa,  
la luz se pinta en sus ojos  
entre cendales de niebla.

Siente el agua que murmura  
y el aura que bulle apenas,  
y en vago adormecimiento  
oye, ve, respira y piensa.

A través del agua mansa  
que el límpido arroyo lleva,  
algún objeto confuso  
la luna blanca le muestra.

Duda y mira, y fatigoso  
otra vez los ojos cierra,  
y anda el torpe pensamiento  
en lucha con una idea.

Tornó á descórrer los párpados,  
y allá en el agua serena,  
entre las sombras del sueño,  
un rostro á mirar acierta.

Tornó á dudar, acosado  
entre si duerme ó si vela,  
contemplando aquel semblante,  
de igual color que la tierra.

Fantasma, ilusión ó ensueño  
que minucioso semeja  
al muerto don Tello Aponte  
que finó la tarde mesma.

Tornó á dudar, mal despierto  
y mal dormido en su vela,  
al ver detenida el agua  
y apilada en las riberas,

Y en el lecho del arroyo,  
al nivel de las arenas,  
todo el cadáver de un hombre,  
asido con su cabeza.

Alzóse despavorido  
el monje; mas teme y tiembla  
cuando el cuerpo de don Tello  
le dice así en voz severa:

—¿Conocéisme, padre?

—Sí.

—A que me siente ayudad.  
Bajo mi cuerpo mirad  
lo que hay debajo de mí.—

Miró el monje, y con asombro  
halló la faz macilenta  
de otro á quien Tello cubría  
pie á pie y cabeza á cabeza.

Temblaba el monje aterrado,  
de rodillas en la hierba,  
y don Tello, en voz solemne,  
díjole de esta manera:

«En duelo injusto los dos,  
á traición le asesiné;  
no preguntéis el por qué  
de la justicia de Dios.»

# Á BLANCA

Despierta, Blanca mía,  
que ya brillante y clara  
á largo andar se viene  
riendo la mañana.

Despierta, que ya alegres  
los ruiseñores cantan  
sus amorosas letras  
saltando entre las ramas.

Despierta, Blanca hermosa,  
y al bosque ameno baja,  
á dar al campo enojos  
y avergonzar al alba.

Y baja sin recelo;  
que quien aquí te aguarda  
no ha de cansarte, hermosa,  
contándote batallas.

No de su noble estirpe  
los títulos y hazañas  
te contará altanero,  
ni necias antiguallas.

Ni te dirá, en prolijas  
razones estudiadas,  
costumbres y opulencias  
de tierras más lejanas.

Ni en versos lastimeros,  
al ronco son del arpa,  
lamentará fanático  
desastres de su patria.

No; lejos de nosotros  
creencias tan livianas,  
estúpidos ensueños,  
que son al cabo nada.

Despierta, y ven al bosque,  
donde te espero, Blanca,  
por verte más hermosa  
que el sol que se levanta.

Aquí hay sombríos lechos  
con que la hierba blanda  
convida, al son acorde  
de fuentecilla mansa.

Aquí las mariposas  
sobre la frente vagan,  
y las pintadas flores  
revientan en fragancia.

Y bullen los arroyos  
y murmuran las ramas  
al compasado impulso  
de las sonantes auras.

El sol tiñe las cimas  
de las rocas lejanas,  
cubiertas de rocío  
sus asperezas calvas.

Aquí todo es contento,  
seguridad y calma.  
¡Oh, ven, paloma mía!  
A la floresta baja.

¡Oh, cuán hermosa viene!  
¡Qué bella estás, mi Blanca!  
¡Cantad, parleras aves,  
cantad y saludadla!

Te tengo entre mis brazos.  
¿Qué espero? ¿Qué me falta?  
La dicha de mirarte  
me enajena y embriaga.

Y... ¡lejos de nosotros  
los mundanos fantasmas,  
la gloria y el renombre,  
la grandeza y la patria!

¡Locuras, Blanca mía,  
ridículas palabras!  
La gloria y la grandeza  
son ilusiones vanas.

¿Te ríes, vida mía?  
¿Recuerdas aún las lágrimas  
que un día por la gloria  
vertí sin esperanza?

¡Oh, Blanca! Era otro tiempo.  
Ya más segura el alma,  
no soy más que un poeta  
que ocio y placeres canta.

¿Aun ríes? ¡Cómo brillan  
tus pupilas!... Me abrasa  
no sé qué fuego en ellas...  
¡Oh, dame un beso, Blanca!

La gloria es un ensueño,  
todo en la tierra pasa:  
dame un beso, y, si quieres,  
rompe mi lira, Blanca.



# CANCIÓN

---

Triste canta el prisionero  
encerrado en su prisión,  
y á sus lamentos responde  
su cadena en triste son.

Ábrele ¡oh viento! camino á la voz.

Van mis horas, van mis días  
mi esperanza carcomiendo,  
el valor va sucumbiendo,  
vase helando el corazón.  
Cuanto espero desespero;  
que en destierro tan tirano,  
sólo escucha el viento vano  
mi cantar y mi aflicción.

Ábreme ¡oh viento! camino á la voz.

Si á tu oído, vida mía,  
mi canción llegar pudiera,  
yo sé bien que no muriera  
al rigor de mi prisión.  
Mas tú gozas descuidada,  
de mis cuitas bien ajena,  
mientras, ronca mi cadena,  
me acompaña en triste son.

Ábreme ¡oh viento! camino á la voz.

¡Cuántas veces, despertando  
por el cristal del deseo,  
me imagino que te veo  
en amorosa ilusión!

Yo te llamo y te acaricio,  
los brazos audaz te tiendo;  
mas tú me huyes, y yo entiendo  
¡ay de mí! que sueños son.

Ábreme ¡oh viento! camino á la voz.

Ríe y canta, y goza y vive,  
mientras sueño y canto y lloro  
los hechizos que en tí adoro,  
vida y sol del corazón.

Aquí en tanto, hermosa mía,  
¡norte y faro de mis ojos!,  
al rigor de tus enojos  
y al dolor de su pasión,

Triste canta el prisionero  
encerrado en su prisión,  
y á sus lamentos responde  
su cadena en ronco son.

¡Ábrele, viento, camino á la voz!



## EL CREPÚSCULO DE LA TARDE

Sentado en una peña de este monte,  
tapizado de enebros y maleza,  
estoy viendo en el cárdeno horizonte  
reverberar el sol en su grandeza.

Y allá esconde su luz tras la colina,  
y se cree que su sombra nos oculta  
otra región luciente y cristalina  
do airado el sol su púrpura sepulta.

Arde la cima: el horizonte extenso  
trémulo brilla con purpúrea lumbre;  
un mar de grana le circunda inmenso,  
y un piélago de sol flota en la cumbre.

El sol se va: su rastro luminoso  
ha quedado un instante en su camino.  
¿Quién seguirá en su curso misterioso  
la infinita inquietud de su destino?

El sol se va: la sombra se amontona;  
las nubes en opacos escuadrones  
avanzan al ocaso, y se abandona  
la atmósfera á sus rápidas visiones.

Si es que despiden á la luz del día;  
si atropellan la luz por que se acabe;  
si son cifras de paz ó de agonía,  
desde el Sumo Hacedor, nadie lo sabe.

El sol se va: las nieblas se levantan;  
los fuegos del crepúsculo se alejan;  
murmura el árbol y las aves cantan;  
¿y quién sabe si aplauden ó se quejan?

Gime la fuente, y silban los reptiles  
que guarda entre sus algas la laguna,  
y las estrellas por Oriente á miles  
trepan en pos de la inocente luna.

El sol se va: ya en ilusión tranquila,  
de aérea nube entre el celaje gayo  
que tras su lumbre con afán se apila,  
desmayado pintó su último rayo.

¡Adiós, fúlgido sol, gloria del día!  
Duerme en tu rico pabellón de grana:  
ora nos dejas en la noche umbría,  
pero radiante volverás mañana.

Húndete en paz ¡oh sol! que yo te espe-  
yo sé que volverás de esas regiones [ro;  
do allende el mar, como á inmortal viajero  
te esperan otro mar y otras naciones.

Y te esperan allá, porque allá saben  
que al hundirte en la playa más lejana,  
les dejas en tinieblas por que alaben  
la nueva luz que les darás mañana.

Yo sé que volverás, ¡luz de los cielos!  
y ese volcán con que tu ocaso llenas,  
del alba al desgarrar los tenues velos,  
cinta será de blancas azucenas.

Vé en paz, y allá té encuentres bulli-  
otra feliz desconocida gente, [ciosa  
que ora tal vez pacífica reposa  
á la luz de la luna transparente.



Vé en paz ¡oh rojo sol! si allí te esperan;  
que allí, tras otros mares y otros montes,  
derramados tus rayos reverberan  
en otros infinitos horizontes.

Tú alumbras las recónditas riberas  
donde una gente indócil y atezada  
alza, en medio de bosques de palmeras,  
las tiendas en que duerme descuidada.

Tú alumbras las medrosas soledades  
donde no crecen árboles ni flores,  
donde ruedan las roncadas tempestades  
sobre un vasto arenal sin moradores.

Tú alumbras en sus márgenes cercanas  
un pueblo altivo que, á tu luz vasallo,  
te muestra sus bellísimas sultanas  
en el secreto harem de su serrallo.

Tú ves el blanco y voluptuoso seno  
de la europea en su niñez cautiva;  
el rojo labio de suspiros lleno;  
la frente avergonzada, pero altiva.

Tú ves la indiana de ébano, orgullosa  
con su tostada y vívida hermosura,  
que entre dos labios de encendida rosa  
asoma de marfil su dentadura.

Tú alumbras esas danzas y festines  
en que, negras y blancas confundidas,  
unas de otras se ven en los jardines,  
cual sombras de sus cuerpos desprendi-  
[das.

Tú alumbras los recuerdos portentosos  
de Atenas, de Palmira y Babilonia,  
y á par te esperan de tu lumbre ansiosos,  
monstruos de Egipto y cisnes de Meonia.

Te esperan las cenizas de Corinto,  
las playas olvidadas de Cartago,  
y del chino el recóndito recinto,  
y el salvaje arenal del indio vago.

Te esperan de Salén los rotos muros,  
del Muerto Mar los ponzoñosos riscos,

que de los pueblos de Gomorra impuros  
son á la par sepulcros y obeliscos.

Tú sabes dónde están las calvas peñas  
en donde los primeros cenobitas  
de Cristo tremolaron las enseñas,  
alcázares tornando sus ermitas.

Tú sabes el origen de las fuentes,  
los mares que no surcan raudas velas,  
en qué arenas se arrastran las serpientes,  
y en qué desierto vagan las gacelas.

Tú sabes dónde airado se desata  
el ronco y polvoroso torbellino;  
dónde muge la excelsa catarata;  
por dónde el hondo mar se abre camino.

Mas ya en tu ocaso tocas y te alejas.  
Ante ese inmenso pabellón de grana,  
¡cuán ciego sin tu luz ¡oh sol! me dejas...  
Mas vete en paz, que volverás mañana.

—  
¡Mañana! ¡Y en tanto crecen  
esos fantasmas de niebla  
con que el ambiente se puebla  
en fantástico tropel!  
Y se agolpan esas nubes  
que acaso al sol atropellan,  
se confunden y se estrellan  
despeñándose tras él.

¡Mañana! Y de aquesta sombra,  
entre el denso opaco velo,  
no veo el azul del cielo,  
valles, ni montes, ni mar.  
¡Mañana! Y ora encerrado  
en esta atmósfera oscura,  
sé que existe la hermosura  
sin poderla contemplar.

¡Mañana!... Y en esta noche  
tan tenebrosa en que quedo,  
me acongojan y dan miedo  
la noche y la soledad.

Doquier que vuelvo los ojos,  
doquier que tienda una mano,  
miro y toco el ser liviano  
de la negra oscuridad.

Siento que á mi lado vagan  
fantasmas que no conozco;  
veo luces que se apagan  
al intentarlas seguir;  
percibo voces medrosas  
que entre la niebla se pierden,  
sin saber lo que recuerden  
ni lo que intenten decir.

Siento herirme la mejilla  
un sopro vago y errante,  
como un suspiro distante  
de alguien que pasa por mí.  
Tiemblo entonces, temo y dudo:  
mis años y mis momentos  
me tienen mis pensamientos  
en estrecha cuenta allí.

¿Qué negro sueño es aquéste,  
qué delirio el que padezco?  
Esta sombra que aborrezco,  
¿cuándo pasa? ¿Adónde va?  
La siento sobre mi frente,  
que en masa gigante rueda,  
y siempre sobre mí queda,  
siempre ante mi vista está.

En la sombra, me dijeron,  
se delira y se descansa,  
el pesar duerme y se amansa,  
la aflicción toca en placer;  
en la sombra estamos solos,  
no nos oyen ni nos miran,  
todos los ecos conspiran  
nuestro mal á adormecer.

Mas yo, aquí conmigo mismo,  
oigo y veo, y toco y siento  
á mi propio pensamiento  
y á mi propio corazón:  
no estoy solo, no descanso;  
me oyen, me ven, no deliro...

Y estos fantasmas que miro,  
¿qué me quieren, quiénes son?

Oigo el agua que murmura,  
siento el aura que se mueve,  
miro y toco, y sombra leve  
hallo sólo en derredor:  
busco afanoso, y no encuentro;  
pregunto, y no me responden.  
¡Ay! ¿Do estan y do se esconden  
los consuelos del dolor?

No sé: que el cielo encapotan  
esas nubes cenicientas  
que se arrastran turbulentas  
por la atmósfera sutil.  
No sé... mas siento que todos  
los recuerdos de mi vida  
en tropa descolorida  
me asaltan de mil en mil.

No sé... ¡Porque no es reposo  
este nocturno tormento  
que el escuadrón macilento  
de mis recuerdos me da!  
¡Tantas imágenes bellas  
que giran en mi memoria!  
¡Tantas creencias de gloria  
que son ilusiones ya!

Flores marchitas del tiempo,  
de olor exquisito y sumo,  
que pasaron como el humo,  
que no volverán jamás...  
Sol, tú has hundido tu frente  
tras la espalda de ese monte:  
mañana en el horizonte  
otra vez te elevarás.

¡Sol! Mañana, más radiante,  
en los brazos de la aurora  
tornará tu encantadora  
soberana esplendidez.  
Sol, tú ruedas por los cielos;  
mas, por el cielo que pueblas,  
no tropiezas con las nieblas  
de esta vaga lobreguez.

Sol, tú vuelves más sereno  
de tu viaje cotidiano;  
sol, tú no esperas en vano  
que volverás desde allí.  
Sí, tú volverás mañana;  
mas, al tocar en tu oriente,  
¿sabes tú, sol refulgente,  
si mañana estaré aquí?

Mas vete en paz ¡oh sol! Baja tranquilo  
por ese rastro de esplendente grana.  
Yo en esta roca buscaré un asilo  
hasta que vuelvas otra vez mañana.

Me han dicho que en la noche silenciosa  
los espíritus vagan en el viento;  
que flotan en la niebla misteriosa  
sífides blancas de aromado aliento.

Que las aéreas sombras bienhadadas  
de los que eran aquí nuestros amigos  
vienen sobre las brisas desatadas,  
del nocturno reposo á ser testigos.

[tados,

Me han dicho que en los bosques apar-  
en las márgenes frescas de los ríos,  
por el agua y las hojas arrullados,  
en torno de los árboles sombríos,

Danzan, alegres, de su paz gozando,  
y á los que en vida con afán querían,  
desde la turba de su alegre bando  
ilusiones dulcísimas envían.

Y dicen que éstos son los halagüeños  
fantasmas que en la noche nos embriagan;  
esos los blancos y amorosos sueños  
que en nuestra mente adormecida vagan.

Tal vez será verdad: vendrán acaso  
nuestra vida á endulzar esas visiones,  
y de una estrella al resplandor escaso  
entonarán sus mágicas canciones.

Sí: tal vez á sus madres amorosas  
colmarán de purísimos cariños

las transparentes sombras vaporosas  
de los risueños inocentes niños.

Tal vez venga el esposo enamorado  
al triste lecho de la esposa viuda,  
á darla en paz el beso regalado  
que en su labio agostó la muerte ruda.

Tal vez sean en voz esos suspiros  
con que la oscura soledad resuena,  
y su aliento esa brisa á cuyos giros  
mansa murmura la floresta amena.

Tal vez será verdad... pero á mí, triste,  
que no me vela amante y cuidadosa  
esa sombra que á alguno en paz asiste,  
amigo, hermano, idolatrada esposa;

A mí, que no me cercan esos vagos  
benéficos fantasmas de la noche  
que en las ondas se mecen de los lagos,  
ó de la flor en el cerrado broche;

A mí ¡triste de mí! no me acompañan  
esas sombras de amor, blancas y bellas,  
porque mi adusta soledad extrañan,  
porque yo velo mientras vagan ellas.

Yo no tengo una madre ni un amigo  
que deje los alcázares del cielo  
y en nocturna visión venga conmigo  
á prestarme en mi afán calma ó consuelo.

Yo, á quien los suyos ofendidos lloran,  
á quien no deben más que su amargura,  
recelo de los mismos que me adoran,  
temo el misterio de la sombra oscura.

No hallo en ella ni sífides ni magas:  
que en esas solitarias ilusiones,  
sólo siento en redor, torvas y vagas,  
las memorias de hiel de mis pasiones.

No quiero sombra ¡oh noche! Te abo-  
Odio la luz de tu tranquila luna: ¡rezco!  
ante tus bellas sombras me estremezco,  
porque no tienes para mí ninguna.

Yo espero al sol: baja refulgente,  
revestido de pompa soberana:  
yo espero al sol, que por el rojo Oriente  
vuelve á nacer espléndido mañana.

Yo amo la luz, y el cielo y los colores;  
detesto las tinieblas, amo el día:  
todas en él las auras son olores,  
todos en él los ruidos armonía.

Entonces reverbera el manso río,  
abren su cáliz rosas y azucenas,  
y las lágrimas puras del rocío  
bordan sus hojas de perfume llenas.

Yo espero al sol: entonces se levanta  
la tierra á saludarle perezoza,  
y el ruiseñor entre los olmos canta,  
y llena blando son la selva umbrosa.

Yo espero al sol, porque su luz gigante  
me deslumbra y embriaga y enloquece,  
y, al seguirle en su curso rutilante,  
mi pesar en el pecho se adormece.

Sol... ¡inmortal y espléndido viajero!  
Yo, como tú, me perderé sin tino:  
iré, desconocido pasajero,  
sin término vagando y sin camino.

Ya bramen los revueltos temporales,  
ya murmuren las brisas perfumadas,  
ya cruce por desiertos arenales,  
ya me pierda en florestas encantadas,

En los mullidos lechos de un serrallo,  
en la triste mansión de una mazmorra,

altivo triunfador, servil vasallo,  
negra fortuna ó liberal me acorra,

Te buscaré á través de las cadenas  
bajo los ostentosos pabellones,  
del río por las márgenes amenas  
y á través de los rotos murallones.

Yo buscaré tu lumbre soberana,  
del mar tras los cristales movedizos,  
y soñando á los pies de una sultana,  
en la espiral de sus flotantes rizos.

Y tal vez de un proscrito los cantares,  
desde unas costas lúgubres y solas,  
lleguen cruzando los inmensos mares  
á sus queridas playas españolas.

¡Feliz entonces si á la fin pasados  
mis locos, criminales extravíos,  
de mis fúnebres cánticos tocados,  
les merezco una lágrima á los míos!

Conjuraré á los céfiros ligeros  
de aquellas selvas á la mar vecinas,  
y á los rápidos bandos pasajeros  
de las sueltas y pardas golondrinas.

[dido,

Que ingrato á cuanto amé, solo y per-  
un verdugo alimento en mi memoria;  
y, para hundirla entera en el olvido,  
loco delirio un porvenir de gloria.

[lante;

Gloria ó sepulcro ¡oh sol! busco anhe-  
gloria ó tumba tendrá mi audacia insana.  
Si buscas mi destino ¡oh sol radiante!,  
yo estaré aquí; levántate mañana.



# Á UN ÁGUILA

## ODA

Sube, pájaro audaz, sube sediento  
 á beber en el viento  
 del rojo sol la esplendorosa lumbre;  
 sube, batiendo las sonantes alas,  
 de las etéreas salas  
 á sorprender la luminosa cumbre.

Bien hayas tú, que ves osadamente  
 los cielos frente á frente,  
 y de cerca á tu Dios, ave altanera;  
 y que si el ronco torbellino crece,  
 vigoroso te mece,  
 siendo un impulso más á tu carrera.

¿Qué te importa que el sol ni el torbe-  
 crucen por tu camino, [llino  
 si en vuelo altivo y temerario arrojo  
 la tormenta te riza mansamente,  
 y el sol resplaudiciente  
 como precisa luz vibra en tu ojo?

¿Qué te importa de pájaros la ansiosa  
 confusión tumultuosa  
 que se afana en subir cuando tú subes,  
 si á su impotente y torpe movimiento  
 fuerza le falta y viento,  
 cuando tu vuelo real hiende las nubes?

Salve, ¡oh tú de la atmósfera señora,  
 águila voladora,  
 que, abandonando nuestra tierra oscura,  
 emperatriz del viento te levantas,  
 y solitaria cantas  
 de los lucientes astros la hermosura!

Tal vez escuches en tropel sonoro  
 las cítaras de oro  
 de los santos y céclicos festines;  
 y tal vez mires en distancias sumas  
 las espléndidas plumas  
 de los blancos y errantes serafines.

Tal vez oyes ¡oh reina soberana!  
 el infinito *Hosanna*,  
 y en torno al cielo respetuosa giras,  
 y en el cóncavo ambiente solitario  
 del místico incensario  
 el ámbar celestial libre respiras.

Y tal vez los espíritus errantes  
 que arrastran rutilantes  
 esos soles que ruedan en la esfera,  
 en cariñosa voz y amago blando  
 te acarician pasando  
 al encontrarte siempre en su carrera.

¡Bien hayas tú, del sol y el viento ami-  
 del esfuerzo y fatiga, [ga,  
 de arcángeles tal vez acariciada!  
 Bien hayas tú, que despreciando el suelo,  
 pides osada al cielo  
 libre, tranquila y liberal morada!

¡Bien hayas tú, que, lejos del inmundo  
 pantano de este mundo,  
 no sientes el dolor de los que lloran,  
 ni el vergonzoso son de las cadenas,  
 ni las de angustia llenas  
 quejas sin fin de los que ayuda imploran!

Ni oyes la bronca voz de la impía gue-  
 que ensordece la tierra [rra  
 y escribe en lanzas sus sangrientas leyes,  
 ni del vasallo el desvalido lloro  
 en derredor del oro  
 que brilla en el alcázar de sus reyes.

Bien haces en quedarte en esa altura,  
 recinto de ventura,  
 águila emperatriz, hija del viento,  
 y dejarnos aquí, ya que no osamos,  
 pues cobardes lloramos,  
 gozar tu libertad por tu ardimiento.

Déjanos, sí, que, esclavos de otros due-  
 en indignos empeños [ños,  
 las ajenas hazañas aplaudamos,  
 y, al ajustar nuestras contiendas fieras,  
 las ajenas banderas  
 y el extranjero pabellón sigamos.

Mientras, cruzando la región vacía,  
 tú en infinito día  
 la farsa ríes de la humana gente,  
 y al son de sus dementes alaridos  
 registras los perdidos  
 vaporosos espacios del Oriente.

Tú desde allí, en las ráfagas mecida,  
 segura y atrevida,  
 contemplas la mezquina y baja tierra,  
 la miseria del hombre y su inmundicia,  
 su orgullo y su injusticia,  
 sus vanos triunfos y ominosa guerra.

Tú, ave de libertad y de victoria,  
 del aire y del sol gloria,  
 desde la calva inmensurable peña  
 ves cómo se abre trabajosa calle  
 por el angosto valle  
 la armada gente tras la rota enseña.

Césares, Alejandro, Napoleones  
 dieron á sus legiones  
 tu vencedora imagen por bandera;  
 y tú en el viento, sin temor ni vallas,  
 al son de sus batallas  
 te adormistes ufana y altanera.

Y en vano con tu sombra se escudaron;  
 que á la fin tropezaron  
 en Roma y Babilonia y Santa Elena,  
 y allí vencidos la cerviz hundieron,  
 mientras, al morir, te vieron  
 rasgar el viento á tí, libre y serena.

¡Salve, reina del viento generosa,  
 águila poderosa,  
 ave del sol y de la luz querida!  
 ¡Salve, y pluguiera que en tu raudo vuelo  
 trepar pudiera al cielo  
 una esperanza de mi amarga vida!

¡Oh, si alcanzara, cándida María,  
 perdida gloria mía,  
 á enviarte con esa águila un suspiro!  
 ¡Si alcanzara esa osada mensajera  
 á decirte siquiera  
 que aun por tu solo amor canto y respiro!

¡Ay, fresca rosa que abrasó el estío,  
 perdido encanto mío,  
 tierna, amorosa y muerta ya María!  
 ¿En qué aura vaga tu fragante aroma?  
 ¿En qué escondida loma  
 me velas hoy tu cáliz, vida mía?

Tórname, hermosa, el rostro soberano,  
 y tiéndeme tu mano,  
 y dime dónde estás para mirarte;  
 para que tengan luz los ojos míos,  
 y se acallen bravíos  
 los duelos de mi vida al adorarte.

¡Vuela, pájaro audaz, águila erguida,  
 por la región perdida  
 donde espléndido el sol alza su oriente!  
 Y si aun es dado á tu gigante vuelo  
 escudriñar del cielo  
 la ignorada mansión resplandeciente,

Busca á mi vida, y díla que aun la ado-  
 y díla que aun la lloro, [ro,  
 al ronco son de la cansada lira;  
 pregúntala si, lejos de esta tierra,  
 en ese que la encierra  
 alcázar celestial, por mí suspira.

¡Los Césares así y los Napoleones  
leguen á sus legiones  
tu vencedora imagen por bandera,  
y tú en el viento, sin temor ni vallas,  
al son de sus batallas  
duermas ufana, libre y altanera!

¡Sube, pájaro audaz, sube sediento  
á beber en el viento  
del rojo sol la esplendorosa lumbre!  
¡Sube, batiendo las sonantes alas,  
de las etéreas salas  
á sorprender la luminosa cumbre!

No te importe que el sol y el torbellino  
cruzen por tu camino;  
sigue tu vuelo en temerario arrojo,  
que el huracán te riza mansamente,  
y el sol resplandeciente  
como precisa luz vibra en tu ojo.

Y si por caso encuentras en el viento  
mi lastimero acento,  
sigue cruzando á las etéreas salas;  
que los roncocos preludios de mi canto  
son los ayes del llanto  
que me arranca la envidia de tus alas.



## ORIENTAL

Larga y pesada es la noche,  
si de un cerrado balcón  
al pie se aguarda la lumbre  
de un enamorado sol;

Si á oscuras en una calle  
no se siente en derredor  
más que del aura perdida  
el interrumpido son.

Larga y pesada es la noche  
para el despierto amador  
que acecha una blanca mano  
que tal vez le hace traición.

Mientras, la diestra al estoque,  
ebria el ánima de amor,  
de rival desconocido  
recela la condición.

Larga y pesada es la noche  
para quien tanto aguardó;  
que el alba por el Oriente  
viene á ahuyentar su pasión.

Muy larga para el mancebo  
que en Córdoba penetró,  
de los ojos de una mora  
enredado en la prisión.

Está el cristiano apoyado  
en las rejas donde vió,  
mientras que lloró cautivo,  
á la prenda de su amor.

Y en vano á su doble seña  
una respuesta aguardó:  
las celosías tuvieron  
siempre velado el balcón.

Mas, viendo que á largos pasos  
veníase alzando el sol,  
entre amorosos suspiros,  
así dijo á media voz:

—He llamado á tu ventana,  
mi sultana,  
siempre fiel á mi pasión,  
y enojado me despido,  
pues dormido  
encontré tu corazón.

Adiós, mi dulce señora,  
ingrata mora;  
que, pues más no he de venir,  
bien harás, de mí olvidada,  
descuidada,  
en largo sueño dormir.

No esperes, no, que tu mano  
vuelva ufano  
enamorado á buscar,  
clavando del foso oscuro,  
sobre el muro,  
una escala en que bajar.

No esperes que en larga vela,  
centinela  
de tu cerrado balcón,  
aguarde ya entretenido,  
si dormido  
he de hallar tu corazón.

No esperes, no, que combata,  
mora ingrata,  
de tu celosía al pie,  
mientras en otros amores  
tus favores  
gozando un rival esté.

Que si á mi voz no respondes,  
por que escondes  
otro amor para mi amor,  
guarda los lances y cuitas  
de tus citas  
para quien ha tu favor.

Quédate, aunque yo te amaba,  
por esclava  
de un señor y de un harem,  
y muera con tu hermosura  
la ventura  
de tu existencia también.

Adiós: duerme, mi sultana,  
y tu ventana,  
testigo de mi pasión,

te diga si he conocido  
cuán dormido  
estaba tu corazón.—

Y así el mancebo diciendo,  
de sus celos al furor,  
de un tajo las celosías  
con la espada derribó.

Saltó del lecho la mora  
á tan descompuesto son,  
y, asomándose á la reja,  
quién era le preguntó.

Mas él, á larga distancia,  
revolviendo un callejón,  
tornó la espalda diciendo:  
Dormid en paz, que soy yo.



# CANCIÓN

Música del Sr. D. S. Iradier

CORO

¡Orgía, dadme flores!  
¡Orgía, dadme amores!  
La vida es un sueño,  
y el mundo un festín.

El tiempo nos roba  
las horas más bellas:  
romped las botellas  
y al baile venid.  
Que al son que murmura  
la danza insegura,  
sueño es de ventura  
la vida feliz.

¡Orgía, dadme flores!  
¡Orgía, dadme amores!  
La vida es un sueño,  
y el mundo un festín.

Soñemos gozando  
fortuna tan vana,  
y el sol de mañana  
que vea, al salir,  
que al son de la orquesta,  
danzando en la fiesta,  
no es carga funesta  
la vida feliz.

¡Orgía, dadme flores!  
¡Orgía, dadme amores!  
La vida es un sueño,  
y el mundo un festín.

Diránnos mañana  
que somos ceniza,  
que es dicha postiza  
la de este vivir;  
mas hoy gozaremos,  
dichosos seremos,  
en tanto olvidemos  
origen tan vil.

¡Orgía, dadme flores!  
¡Orgía, dadme amores!  
La vida es un sueño,  
y el mundo un festín.

Bailemos, bebamos:  
la vida es muy corta;  
tal vez nos importa  
pasarla feliz;  
y si al fin perdida  
se llora la vida,  
gozando se olvida  
tal lúgubre fin.

¡Orgía, dadme flores!  
¡Orgía, dadme amores!  
La vida es un sueño,  
y el mundo un festín.

Venid á mí, brillantes ilusiones,  
que engalanáis la juventud ardiente.  
Dadme, dadme fantásticas visiones  
con que embriagar la mente.

Suéñelas yo en mi necio desvarío,  
y en vistoso tropel pasen risueñas,  
como la espuma de sonante río  
resbala entre las peñas.

Dejadme, aunque ficción, ver á lo lejos  
esa radiante luz de la esperanza  
á cuyos ricos trémulos reflejos  
un porvenir se alcanza.

Y apartad de mi mente esos crespones  
que enlutan cuanto sueño y cuanto miro,  
que tornan al compás de mis canciones  
en húgubre suspiro.

Yo, que cruzo feliz, libre y contento,  
de la existencia el áspero camino,  
que, ayudado tal vez de noble aliento,  
cantar es mi destino.

¿Por qué, al herir ufano el arpa de oro  
en amoroso son, lanza perdido,  
en vez de canto espléndido y sonoro,  
fatídico gemido?

Y es en vano buscar cuanto risueño  
natura por doquier pródiga brota:  
de su ventura, á mi tenaz empeño,  
todo el raudal se agota.

He querido cantar radiante y puro  
al esplendente sol, y apelmazado,  
sorbando el día nubarrón oscuro,  
su disco me ha robado.

Quise cantar las danzas inocentes,  
los cándidos placeres campesinos,  
y de muertas naciones insolentes  
lamenté los destinos.

Quise cantar del águila altanera  
el imperial y soberano vuelo,  
y profano llegué, tras su carrera,  
á llamar en el cielo.

Quise cantar cascadas y jardines,  
los brindis y el placer, y ensangrentado  
hice girar en torno á los festines  
el fétetro enlutado.

Quise cantar de púrpura y de flores  
la senda del vivir entapizada,  
y caminé entre abrojos punzadores  
hasta el mar de la nada.

Mis cántigas de amor lamentos fueron,  
y ningún amador se holgó con ellas;  
blasfemias mis plegarias se volvieron,  
y mis himnos querellas.

Embriagado canté la amistad santa,  
soñé fraternidad y huyó el amigo;  
¡que lleva al fin quien desventuras canta  
la soledad consigo!

¿Dónde tornar los desolados ojos?  
¿Dónde tender las alas del deseo?  
Truécanseme las flores en abrojos,  
y es niebla cuanto veo.

Me dijeron acaso que el bullicio  
del loco mundo las tristezas cura...  
Cada sonrisa me costó un suplicio,  
doblando mi amargura.

Tal vez la calma el corazón consuela  
de la sombría noche misteriosa...  
Las noches he pasado en larga vela,  
en lucha congojosa.

[cuento?]

Flores, ¿en dónde estáis que no os en-  
Vago por el jardín y nunca os hallo:  
las raíces tal vez estarán dentro,  
mas no asoman el tallo.

¡Fúlgido sol, espléndidas estrellas,  
melancólica luna, yo os adoro!  
Y, al bendecir vuestras antorchas bellas,  
mudo os contemplo y lloro.

No importa que la tierra brote flores,  
el mar corales y los ríos peces:  
yo bendigo sus senos creadores,  
los adoro mil veces.

Pero, al volver al Dios que los ha hecho,  
jamás me pareció ni mar ni tierra  
más que un sepulcro cuyo borde estrecho  
nuestra miseria encierra.

# À MARIANA

## CANCIÓN

Limpia es la noche y callada:  
 la luna en el cenit brilla,  
 como lámpara colgada  
 en recóndita capilla.  
 La brisa errante y serena  
     mansa suena,  
 meciendo árbol, hierba y flor;  
 y el mundo, en descuido inerme,  
     goza ó duerme  
 sus pesares ó su amor.  
 Yo, constante en mi porfía,  
 paso la noche sombría  
 suspirando á tu ventana,  
     ¡Mariana mía!  
 Mas si han de espirar mis quejas  
     en tus rejas,  
 no me las abras, Mariana,  
     noche ni día.

¡Porque me es tan delicioso  
 saber cuándo al fin te roba  
 al necio mundo curioso  
 la oscuridad de tu alcoba...!  
 Tan grato espiar atento  
     el momento  
 en que tu luz espiró,  
 por poder decir ufano:  
     *¡Ora que vano  
 favorito es como yo?*  
 Me es tan dulce en mi agonía  
 saber que en la noche umbría  
 suspiro yo á tu ventana,  
     ¡Mariana mía...!  
 Mas, si han de espirar mis quejas  
     en tus rejas,  
 ¡oh!, no me las abras, Mariana,  
     noche ni día.

Yo bien pudiera mentirte  
 palacios, buques, caballos;  
 en luengas tierras decirte  
 que me respetan vasallos;  
 porque de tierras ignotas  
     y remotas  
 fuera muy fácil mentir;  
 mas decirte, aunque quisiera,  
     no supiera,  
 si me lo hubieras de oír,  
 sino que en tenaz porfía  
 paso la noche sombría  
 suspirando á tu ventana,  
     ¡Mariana mía!  
 Mas, si han de espirar mis quejas  
     en tus rejas,  
 no me las abras, Mariana,  
     noche ni día.

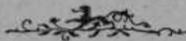
Yo no soy más que un poeta,  
 sin otro bien que mi lira,  
 un alma al amor sujeta  
 y un corazón que suspira:  
 y aunque es verdad que hay algunos  
     importunos  
 que me aplauden mi canción,  
 yo nunca he de hacerles caso,  
     porque acaso  
 hablillas del vulgo son.  
 Yo paso cantando el día,  
 pero la noche sombría  
 paso al pie de tu ventana,  
     ¡Mariana mía!  
 Mas, si han de espirar mis quejas  
     en tus rejas,  
 no me las abras, Mariana,  
     noche ni día.

Cuando, en tus cándidos sueños,  
oír tal vez te parece  
de compases halagüeños  
el son que se desvanece,  
no son los tenues lamentos  
de los vientos  
que murmuran al pasar,  
no es el ruido de la fuente  
transparente,  
sino el son de mi cantar.  
Porque siempre en mi porfía  
paso la noche sombría  
suspirando á tu ventana,  
¡Mariana mía!  
Mas, si han de espirar mis quejas  
en tus rejas,  
no me las abras, Mariana,  
noche ni día.

¿Oyes la lluvia que cae,  
y el aura en sus hilos rota,  
que una voz triste te trae  
mientras tus vidrios azota?  
No es la voz de la tormenta  
turbulenta  
que muge con el turbión;  
es el arpa que yo toco  
cuando evoco

tu sueño con mi canción.  
Porque, siempre en mi porfía,  
yo velo en la noche umbría  
suspirando á tu ventana,  
¡Mariana mía!  
Mas, si han de espirar mis quejas  
en tus rejas,  
no me las abras, Mariana,  
noche ni día.

Y si al fin de duelo tanto,  
de tan amorosas cuitas,  
te cansa el son de mi canto  
y te cansan mis visitas;  
si tu sueño ó tus placeres  
ya no quieres  
que turbe importuno más,  
manda que rompan la lira  
que suspira  
tan amoroso compás;  
mas si has de salir impía  
á maldecir mi porfía  
cuando lloro á tu ventana,  
¡Mariana mía!  
deja que estrelle mis quejas  
en tus rejas,  
y no las abras, Mariana,  
noche ni día.



# PRINCIPE Y REY

## ROMANCE HISTÓRICO

Está la noche serena:  
la luna, sin pardas nubes  
que la empañen, limpia y clara  
en el firmamento luce.  
En derredor las estrellas,  
con multiplicadas lumbres,  
tachonan del aire vano  
los pabellones azules.  
Eresma, por entre peñas,  
su escaso raudal conduce  
á las plantas de un alcázar  
que en sus arenas las hunde;  
y ya en montones de espuma  
revoltoso se derrumbe;  
ya con transparentes ondas  
manso y humilde murmure,  
nunca es más que un corto espejo  
que adula la excelsa cumbre,  
porque permite al palacio  
que en su cristal se dibuje.

Está la noche serena,  
y á pasos rápidos huye  
sobre la choza pajiza  
y la espléndida techumbre.  
Calla el viento; el aura apenas  
suelta ráfaga que ondule;  
Eresma hace que sus ondas  
no desvelen, sino arrullen;  
y si algún pájaro errante  
hay que el silencio interrumpe,  
avergonzado se duerme  
por no tener quién le escuche.

Mas no es tan hondo el silencio,  
que el aura á veces no crucen

los incompletos compases  
que danza vecina arguyen.  
Óyese el rumor lejano  
de contenta muchedumbre,  
que entre cánticos y brindis  
el sueño tenaz sacude.  
La danza es en el alcázar:  
que el príncipe Enrique cumple  
hoy años, y á malgastarlos  
junta los más que le ayuden.  
La copa de los placeres,  
para que ansiosos apuren,  
cuantas damas y galanes  
hay en Castilla reune.  
La vida es corta; los días  
se menguan y disminuyen,  
la molicie es cortesana,  
y los placeres son dulces.  
¿Qué importa que el rey Don Juan  
contra los rebeldes luche?

El príncipe vive y goza,  
que como á quien es le cumple.  
¡Fiestas y danzas! Los reyes  
no son hidalgos comunes  
en cuya frente se ostentan  
el valor y las virtudes.

Una frente coronada  
radia sólo tantas luces,  
que los ojos atrevidos  
á sus destellos sucumben.  
Por eso suenan alegres  
las chirimías y adules,  
haciendo que sus compases  
de sala en sala retumben;

por eso amoroso abrazo,  
 despertador de inquietudes,  
 los talles de las hermosas  
 al ceñidor sustituyen.  
 Por eso el cendal flotante  
 gira en círculo voluble,  
 revelando lo escondido  
 tras lo que traidor descubre.  
 ¡Oh! Hermosas son las hermosas  
 cuando, aspirando perfumes,  
 mas ocultos sus hechizos  
 entre transparentes tules,  
 sueltos los cabellos de ébano  
 en espirales y en bucles,  
 de amar y gozar sedientas  
 á los salones acuden.  
 Aquel aliento que envía  
 un suspiro á que se cruce  
 con un suspiro que deja  
 que aquél su lugar ocupe;  
 aquel murmullo continuo  
 que hace que el aura susurre  
 con mil acentos sin forma  
 que entre sus pliegues confunde;  
 aquella blanda sonrisa  
 que vida en un alma influye,  
 mientras aguarda favores  
 en penada incertidumbre;  
 aquellos húmedos ojos  
 á cuya luz se destruyen  
 los hielos del corazón  
 cuando de esquivo presume;  
 tantos acasos pensados  
 que en rodeos mil conducen  
 al revuelto laberinto  
 de amantes solicitudes;  
 y todo ello en un palacio  
 donde tormentosa bulle  
 cuanta pompa, intriga y gala  
 la faz de un príncipe influye,  
 hace que los corazones  
 tan embriagados se ofusquen,  
 que deliren paraísos  
 bajo el cielo que les cubre.  
 Espléndido está el salón;  
 y aunque mucho disimulen,

las damas están contentas  
 cuando los maridos sufren.  
 El príncipe galantea,  
 y las damas de más lustre  
 le deben hoy tantas flores  
 cuanto algunos pesadumbres.  
 Porque él, con una en los brazos,  
 toda una danza interrumpe,  
 haciendo que en raudos círculos  
 mil veces el salón cruce.  
 Pie con pie, mano con mano,  
 al muelle lánguido empuje  
 la lleva en pos blandamente,  
 la suspende y la sacude.  
 Ella, adormecida, suelta  
 sobre brazo tan ilustre,  
 más se abandona y descuida  
 por que más él la asegure.  
 Flotan los rizos de entrambos,  
 los alientos se confunden;  
 crúzanse los pies veloces,  
 vagan los mantos volubles,  
 el labio pide á los ojos  
 osadía, amor y lumbre,  
 y los labios á los ojos  
 suplican que no pronuncien.  
 Los ojos suplen las voces,  
 la sonrisa el fuego encubre,  
 y así al amor y al placer  
 todo sirve y todo suple.  
 Espléndido está el salón;  
 todo el aire son perfumes,  
 música, citas, suspiros,  
 murmullo, plumas y luces.  
 Mas hay un hombre sombrío,  
 á quien todos llaman duque,  
 y á quien ninguno aventaja  
 en la gala que le cubre,  
 cuyos dos ojos tenaces,  
 sin que se aparten ó muden,  
 en el príncipe están fijos,  
 cual si temiera que le hurten:  
 si algún importuno acaso  
 su tenacidad reduce,  
 siempre, á su objeto ambiciosos,  
 rápidos se restituyen.

Al acero se parecen;  
que, por más que se procure  
doblarle contra el imán,  
siempre hacia el imán resurte:  
mientras, descuidado el príncipe,  
sin que su gozo perturben,  
con una dama en los brazos  
por el salón baja y sube.  
Es cierto que, alguna vez,  
mira de reojo al duque;  
mas éste, firme y tranquilo,  
ni le busca ni le huye.  
Es verdad que, alguna vez,  
el primogénito ilustre  
su voluptuosa pareja  
por delante dél conduce;  
y tal vez, aunque no altivo,  
de distinguirle se excuse,  
no se alcanza á comprender

si es que le honre ó que le injurie;  
mas el duque no por ello  
en desmán alguno incurre:  
siempre el respeto le sobra,  
ya le responda ó le escuche.

Cesó la danza y la música:  
que ya el albor se descubre  
del alba, que por los vidrios  
asoma sus turbias luces.  
Quedó el alcázar tranquilo,  
despejó la muchedumbre;  
sonó un beso, y don Enrique  
entregó su dama al duque.  
Aquél dijo:—Hasta mañana.—  
Contestó éste:—Si á Dios cumple.  
Y don Enrique volviéndose,  
siguióle la servidumbre.



## LA CORTINA VERDE

Son unas horas después,  
y vense en su gabinete  
Inés en un taburete  
y don Enrique á sus pies.

Testigos de sus deslices  
en aquel retrete oscuro,  
están colgados del muro,  
de Flandes cinco tapices.

Toda sorpresa exterior  
previenen las celosías,  
y dos dueñas de vigías  
que están en el corredor.

Lucha la luz con la sombra;  
el rojo sol de Occidente  
colora confusamente  
las labores de la alfombra.

Las flores desde el jardín  
prestan al aura perfume,  
y otro al fuego se consume  
en el mismo camarín.

Todo es paz, calma y quietud  
en el retrete oriental;  
mas, si no es paz criminal,  
no es la paz de la virtud.

Don Enrique está hechicero;  
doña Inés como una estrella;  
voluptuosa está la bella,  
y galán el caballero.

En los ojos de la hermosa  
se está mirando el galán,  
y ambos atizando están  
hoguera tan peligrosa.

Ella en recreo infantil  
destréznale los cabellos,  
bucles haciéndole de ellos  
con sus manos de marfil.

Él con sonrisa liviana,  
en acento adulator,  
dulces palabras de amor  
la dice á la cortesana.

Ella de orgullo suspira  
gozando el favor real;  
aunque él interpreta mal  
la vanidad que la inspira.

El mancebo, y sin consejo,  
en su amor se está abrasando;  
pero ella está contemplando  
su contorno en un espejo.

Él la dice:—Hermosa estás.—  
Y en silencioso desdén  
dice ella.—Lo sé tan bien,  
que advertirlo está de más.—

Él, con el dulce reclamo  
del silencio engañador,  
traduciéndolo mejor,  
añade:—Inés, yo te amo.—

Ella, culpando su exceso,  
cuando más cerca la estrecha,  
le da de sí satisfecha  
por cada palabra un beso.

Y en larga conversación,  
ella altiva, él importuno,  
demuestra bien cada uno  
el afán del corazón.

Así el príncipe decía  
enajenado á la hermosa,  
y astuta y voluptuosa  
ella así le respondía:

DON ENRIQUE

Un reino me aguarda, sí:  
con él media vida diera

por gozar, Inés, siquiera  
la otra media junto á tí.

DOÑA INÉS

Siendo príncipe, señor,  
dierais, existiendo un año,  
cada mes un desengaño  
á vuestro constante amor.

DON ENRIQUE

Pasiones fueran livianas,  
pasatiempos nada más;  
que no encontrará quizás  
sino amor de cortesanías.

Mas Inés, viéndote á tí,  
esquivarte fuera en vano.

DOÑA INÉS

Hoy me aduláis cortésano,  
que estáis delante de mí.

DON ENRIQUE

Te lo juro, hermosa Inés:  
diera mis reales palacios,  
mis coronas de topacios,  
por vivir siempre á tus pies.

DOÑA INÉS

¿Tan bella, Enrique, os parezco?

DON ENRIQUE

Como tú no nacen dos,  
y por ello ¡vive Dios!  
sufro mal que no merezco.

DOÑA INÉS

¿Vos por mí males?

DON ENRIQUE

Sí á fe.

DOÑA INÉS

No os entiendo.

DON ENRIQUE

¿Me amas, dí?

DOÑA INÉS

En mi alma, de vos á mí,  
si hay diferencia no sé.  
Mas...

DON ENRIQUE

¿Qué, Inés?

DOÑA INÉS

¿Habéis oído?

¡Jurara que algo sonó!

DON ENRIQUE

Nada he percibido yo...  
Ilusión tuya habrá sido.

Quedó Inés un punto en pie  
escuchando perspicaz,  
y asíóla el príncipe audaz  
repetiendo:—Nada fué.—

\* Y á fe que era la quietud  
de aquel ansioso momento  
tan honda en el aposento  
como en desierto ataúd.

Ningún rumor la turbaba,  
ningún susurro se oía,  
si alguna vez se eximía  
la brisa que murmuraba.

Los vapores del perfume  
que exhala el ancho pebete,  
aroman el gabinete  
y el aire que los consume.

La rica tapicería  
inmóvil en el muro está,  
y á sitio seguro dá  
cada puerta y celosía.

Hay en el fondo una alcoba  
que, aunque en la sombra se pierde,  
espesa cortina verde  
al ojo-su interior roba.

Tal vez el aura sutil  
un instante la movió,  
y eso, sin duda, causó  
á Inés su terror pueril.

Mas, repuesta y sosegada,  
junto al príncipe otra vez,

dijole con candidez:

—Tenéis razón, no fué nada.

Mas perdonad que haya sido tan fácil para el temor; que, aunque os tengo mucho amor, tengo miedo á mi marido.

DON ENRIQUE

No me le nombres, Inés, que hasta su nombre me irrita.

DOÑA INÉS

La vida, señor, me quita Con tan celoso como es.

DON ENRIQUE

¡Ah, Inés mía! ¡Ese es el mal que lamentaba hace poco...! Tengo de volverme loco con un hombre tan cabal.

No hay cortesano mejor ni más puntual caballero, en la obediencia el primero, y el primero en el valor.

No hay medio de hallarle infiel, ni falta que acriminar, ni encuentro qué castigar, por más que lo busco en él.

En la primera excepción que incurra, ha de morir.

DOÑA INÉS

Señor, ¿eso osáis decir?

DON ENRIQUE

Alma mía, celos son.

No puedo pensar en paz que él goza de tu hermosura, cuando por igual ventura me lamento sin solaz.

¿Te parece digna traza de un príncipe que osa amarte, esperar, por sólo hablarte, á que él se salga de caza?

¿Es digno de mi ambición que, cuando él parte tu lecho,

me dé yo por satisfecho con verte por un balcón?

DOÑA INÉS

Pero, yo, Enrique, os adoro.

DON ENRIQUE

Sí; y en ese amor sobrante me arrebatas el diamante, dándome el arillo de oro.

DOÑA INÉS

Os doy cuanto puedo dar: no podéis más exigir.

DON ENRIQUE

Aunque él haya de morir, tu amor solo he de alcanzar.

Ronco, ahogado, comprimido sonó un fugitivo acento, como el rumor del aliento largo tiempo detenido.

Perdió la dama el color, púsose el príncipe en pie, recelando ambos que esté alguno en el corredor.

Mas por el mismo lugar, con muy recatada seña oyóse á la astuta dueña por el corredor llamar.

—Adiós, señor—dijo Inés— que de partiros es hora.

—¿Hasta cuándo?

—Por ahora si gustáis, hasta después.

—¿Tanta ventura es verdad?

—Os lo había prometido: de caza está mi marido. Válganos la oscuridad.

¿Vendréis?

—¿Cómo no?

—Atended:

no hagáis confianza vana: abierta está la ventana, y es áspera la pared.

—Os entiendo: vendré solo.  
—Sí, que la noche es oscura.  
—¡Oh! Y por tamaña ventura  
fuera yo de polo á polo.—

Salió el príncipe, y la bella,  
orgullosa por su amor,  
saliendo hasta el corredor,  
dejó el camarín tras ella.

Todo en él fué soledad;  
y, la cortina arrugando,  
vióse al duque murmurando  
inmóvil en la oscuridad:

«He aquí que todo lo pierde,  
por no pensar mi mujer  
que yo me puedo esconder  
tras esta cortina verde.»



## JUSTOS POR PECADORES

Es Clara una hermosa niña,  
que en la faz muestra gentiles  
de sus diez y siete abriles  
los encantos á la vez.  
Sencilla, mas sin que el mundo  
la sobrecoja ni empache;  
las pupilas de azabache,  
y de azucenas la tez.

Suelta y libre la cintura;  
como la noche el cabello;  
transparentes en el cuello  
venas de virgen azul.  
Pie breve y aéreo paso;  
más inquieta y más tranquila  
que en la fértil primavera  
las hojas del abedul.

Gacela del mirar dulce  
la llamó un árabe errante;  
sol, azucena y diamante  
las gitanas que la ven.  
El árabe en sus desiertos  
con su memoria camina;  
Egipto la vaticina  
infinito amor y bien.

Sus ojos brillan tranquilos  
como una noche serena;  
su alma en ellos se ve ajena  
de temor y de inquietud.  
El duque la dice: «amiga»;  
doña Inés la dice «hermana»;  
los mancebos «soberana»,  
y «hermosa», la multitud.

Si se reclina cansada  
junto á la fuente sonora,  
la náyade protectora  
parece de su cristal.

Si corre de los jardines  
por las sendas desiguales,  
semeja entre los rosales  
una sílfide ideal.

Si sonríe, es su sonrisa  
tan pura y tan hechicera  
cual la blanca luz primera  
del alba limpia de Abril.  
Su voz es á quien la escucha  
red amante, oculta vira;  
y el aliento, si suspira,  
aura olorosa y sutil.

El duque parte con ella  
todo el amor de su esposa;  
doña Inés procura ansiosa  
con ella olvidarse dél.  
Y es Clara, partiendo entrambos  
su purísimo cariño,  
para aquélla un tierno niño,  
y un serafín para aquél.

Pasó toda aquella tarde  
en el huerto entretenida,  
con una dueña que cuida  
sus caprichos de cumplir.  
Cayó el sol; enlutó el cielo  
la impalpable sombra inmensa;  
la noche lóbrega y densa  
amagó el mundo cubrir.

Guardó Clara sus cabellos,  
con un velo, del rocío;  
cruzando el jardín umbrío,  
hacia el camarín tornó.  
Y asida á un ramo de flores  
que robó á la primavera,  
por una oscura escalera  
hasta el corredor llegó.

Allí doña Inés, posada  
la mano en el antepecho,  
miraba un camino estrecho  
que oculto á la calle da;  
y en el jardín, tras la dueña  
que recatada le guía  
por la misteriosa vía,  
rápido el príncipe va.

Clara entonces, silenciosa,  
viendo á Inés tan distraída,  
de su estancia la salida  
ganó á su espalda veloz;  
cayó la puerta de golpe  
con estrépito violento,  
y oyóse en el aposento  
del duque ronca la voz.

Tornóse Inés aterrada;  
oyóse dentro un gemido;  
aplicó atenta el oído  
y dijo temblando:—Él es.—  
Rápida, desalentada,  
por el corredor saltando,  
dió al jardín, encomendando  
su salvación á sus pies.

Trémulo, descolorido,  
el duque de allí á un momento,  
saliendo del aposento,  
embozado apareció.  
Caló el sombrero á los ojos,  
y, dando vuelta á la llave,  
con paso callado y grave  
la escalerilla bajó.



## UN APÉNDICE Á LAS VENTANAS DE LA DUQUESA

Triste y lóbrega es la noche:  
no está en el cielo la luna  
colgada como una antorcha  
entre la niebla nocturna.  
No es azul el firmamento,  
que le encapotan y enlutan  
informes masas de nubes  
que á paso tardo le cruzan.  
Todo es silencio en Segovia;  
las ráfagas no murmuran,  
que el aire denso y pesado  
vecina tormenta anuncia.  
Triste y lóbrega es la noche:  
yace la ciudad á oscuras,  
en brazos del primer sueño,  
inmóvil, opaca y muda.

Con precaución cautelosa,  
que intento secreto anuncia,  
corrió una mano el cerrojo  
de un postigo que se ofusca  
en un lado del alcázar,  
entre prolijas molduras.  
Por ella dos embozados  
salieron: ya que la alumbra  
débil luz de una linterna,  
por de fuera la aseguran.  
Como mucho se recatan,  
y es la sombra tan confusa,  
no se percibe á lo lejos  
ni su faz ni su figura.  
Porque es la sombra un cristal  
que los recelos enturbian,  
y el objeto que se mira

se disminuye ó se abulta.  
Tan velozmente caminan,  
que pueden dejar en duda  
si su acelerada marcha  
es persecución ó fuga.  
Doblan esquinas y calles,  
plazuelas y plazas cruzan;  
dijeran que van perdidos  
sin encontrar lo que buscan.  
Mas tan decididos siguen  
la dificultosa ruta,  
que bien se ve que no yerran  
ni se desorientan nunca.  
El ferreruero cruzado,  
á los ojos la capucha,  
la barba sobre los pechos,  
el morterete sin pluma,  
van su camino en silencio  
con planta firme y segura,  
y el uno delante el otro,  
ni se paran ni se juntan.  
Debajo de unas ventanas  
que, con labores difusas,  
cercan muchos arabescos  
de primorosa escultura,  
detúvose el de delante,  
diciendo:—Vela y escucha,  
esperando que yo vuelva  
sin que nadie me descubra.—  
Replicó el otro en voz baja,  
saludando con mesura:  
—Y si una ronda...  
—Que pase,  
que mi grandeza te escuda.

—¿Y si un curioso?

—Que vuelva

atrás.

—¿Y si me importuna?

—Requiere, si no eres manco,  
la razón de tu cintura.—

Siguió adelante, esto dicho,  
y primero que él acuda  
á dar, prevenido y cauto,  
ó noticia ó seña suya,  
abriéndose una ventana,  
lanzó de su sombra muda,  
con una escala de seda,—  
una voz que dijo:—Suba.  
Subió el galán; mas llegando  
veloz á la cuerda última,  
un brazo que sacó un hombre  
que esconde la catadura,  
dándole aprisa un saquillo,  
dijo: —Tome lo que busca.—  
Y, cerrando la ventana,  
mano, voz y hombre se ocultan.  
A tal momento, en la calle,  
con voz de duelo y angustia,

un ¡ay! lanzando una dama,  
de la escala se asegura.

Bajó el caballero, y ella  
ijadeando le pregunta:

—¿Vivís?—Y, asiendo el estoque,  
él replicó:—¿Quién lo duda?—

Llegó en esto el apostado  
con la linterna, y á una,  
dama y galán prorrumpieron:

—¡Don Enrique!—¡Inés!—Alumbra.—

Abrió el príncipe el saquillo,  
y, sintiendo la tela húmeda,  
metió la mano y, asiendo  
con asombro lo que oculta,  
sacó de la hermosa Clara  
la cabeza infantil mustia.

—¡Santos del cielo! ¡Mi hermana!

—Su sentencia era la tuya—  
dijo á doña Inés el príncipe.—

¡Válgate, pues, tu fortuna!—

Y dando á la dama el brazo,  
tomando su antigua ruta,  
entraron en el alcázar  
por la puertecilla oculta.



## À LUENGAS EDADES LUENGAS NOVEDADES

### I

El príncipe pasó á rey,  
y, como era de esperar,  
todo debió de cambiar,  
sujeto á distinta ley.

Era la reina muy bella;  
mas como bella, celosa,  
y otra alguna por hermosa  
no tiene igualdad con ella.

Así que el rey don Enrique,  
si no adquirió más virtud,  
de su ociosa juventud  
puso á los vicios un dique.

De sus amigas livianas  
mucho el número menguó,  
y á la reina encomendó  
sus más lindas cortesanas.

Es verdad que, á las dos leguas,  
doña Guiomar cada día  
entretenerle solía,  
dando al matrimonio treguas.

Y es cierto que tan leal  
á su príncipe como ella,  
de su amor le hace querella  
Catalina Sandoval.

Mas pecados reales son,  
que tachar fuera imprudencia:  
son del cetro una exigencia,  
excesos del corazón.

Que es mezquino, á nuestro ver,  
que, mandando tanta gente,  
un monarca se contente  
con tan sólo una mujer.

Si Dios condena el amor  
á la mujer del vecino,

no habla el precepto divino  
con él con tanto rigor.

Y sin duda alguna es bien  
que, pues la ley dan los reyes,  
sean ellos con las leyes  
privilegiados también.

Por eso, en una alta torre  
que al Campo del Moro cae,  
por do Manzanares trae  
sus corrientes, cuando corre,

Se oye en la noche callada,  
sobre las alas del viento,  
un dulcísimo lamento  
y un arpa bien acordada.

Por eso, en la noche oscura,  
dice el necio centinela  
que en aquella parte vela  
la bruja que el rey conjura.

Pues de tiempo inmemorial  
por entre el vulgo se suena  
que allí encontró el de Villena  
un cólega espiritual.

Distinto habitante mora  
hoy en la torre precita;  
mas quiénes ó quién la habita,  
el vulgo y la corte ignora.

Porque, aunque á veces en ella  
se oye que, en trova confusa,  
la voz de quien canta acusa  
los rigores de su estrella,

Se oye también que suspira  
tan amantes cantinelas,  
que si canta entre cadenas  
no canta, sino delira.

A veces una voz blanda  
en estribillo amoroso

de un amator licencioso  
nuevas al viento demanda.

Y es tan suave y tan flexible,  
y tan tierna en su cantar,  
que intentarla remedar  
fuera á otra voz imposible.

Ya apagada, ya sonora,  
ya trémula, ya segura,  
como la fuente murmura,  
como la tórtola llora.

Ya es un canto ronco y vago,  
sin tema sobre que acuerde,  
como un aura que se pierde  
entre la niebla de un lago.

Ya es alegre y peregrina  
una voz tan infantil,  
que no envidia en lo sutil  
tonos á la golondrina.

Y á veces en la alta, oscura,  
larga noche, allí resuena,  
varonil, pujante y llena,  
otra voz sin su dulzura.

Mas tan bien con su vigor  
la voz dulce se amalgama,  
que el áire las desparrama  
en dobles himnos de amor.

Una de amor se querella,  
y otra canta sus victorias;  
ésta adora sus memorias,  
y las diviniza aquélla.

Quien de lejos las escucha  
en la negra oscuridad,  
duda si sueña en verdad,  
y consigo mismo lucha.

Temé la superstición  
maleficio en el cantar,  
pero se mueve á escuchar  
temerario el corazón.

Es una noche tranquila,  
de esas azules, serenas,  
en que de la luna apenas  
la pálida luz vacila.

Dentro de aquel torreón  
que cae al Campo del Moro,

se escucha el compás sonoro  
de la femenil canción.

Envuelta en oscuro velo,  
emblema claro del luto,  
torna el rostro mal enjuto  
una mujer hacia el cielo.

Y brilla más la tristeza  
de su encantadora faz  
con el llanto que tenaz  
destila de su tristeza.

Y en su angustia solitaria  
demandársela pudiera  
si canción tan lastimera  
es cántico ó es plegaria.

En un sitial á su lado,  
con un laúd la acompaña  
Enrique Cuarto de España,  
de su corona olvidado.

Pero ella ensaya tan mal  
la endecha triste que canta,  
que mohíno el rey aguanta,  
mal sentado en su sitial.

Viendo la poca virtud  
que su canto ejerce en ella,  
pues los tonos de la bella  
no aciertan con su laúd;

Soltando al fin de la mano  
el inútil instrumento,  
dijo con severo acento,  
entre brusco y cortesano:

—Para tal torpeza, Inés,  
que no cantes es mejor.

DOÑA INÉS

Cuanto pude hice, señor,  
y os lo ofrezco tal cual es.

Dos meses ha que venís  
á gozaros en mi afán  
con el nombre de galán,  
mas como señor pedís.

Sin curar de mi dolor  
mandaisme cantar, y canto;  
no llorar, y enjugo el llanto;  
no amar... y muero de amor.

DON ENRIQUE

Inés, importuna estáis.

DOÑA INÉS

Y vos por demás severo.

DON ENRIQUE

Que estáis muy celosa infiero.

DOÑA INÉS

Yo infiero que no me amáis.

DON ENRIQUE

¡Siempre dudas de mujer!  
¡Siempre igual reconvección!

DOÑA INÉS

Amando de corazón,  
amar es obedecer.Todas las noches traéis  
la desazón en el gesto,  
siempre á enojaros dispuesto,  
y no hay de qué os enojéis.El tiempo os parece largo  
que pasáis siempre conmigo:  
nunca, señor, os lo digo,  
y lo lloro, sin embargo.

DON ENRIQUE

Mas todas las noches vengo,  
Inés, y no se te oculta  
que siempre lo dificulto  
el grave cargo que tengo.

DOÑA INÉS

Mas yo, señor, noche y día  
en esta torre encerrada,  
os espero enamorada,  
sin tener otra alegría.Veó la noche importuna,  
de la aurora el arrebol,  
nacer y morir el sol,  
nacer y morir la luna,Y todo el tiempo se va  
en inútiles querellas,  
demandando á sol y estrellas  
que me digan «dónde está».Veó todas las mañanas,  
así que el sol reverbera,partirse en fuga ligera  
las avecillas livianas.Todas las noches las veo  
al crepúsculo volver,  
fatigadas puede ser,  
mas cumplido su deseo.Y á mí el tiempo se me va  
en esas rejas vecinas,  
pidiendo á las golondrinas  
que me digan dónde está.Callaba el rey, interés  
prestando á sus voces poco,  
y en delirio amante y loco  
lloraba á su lado Inés.Él, la barba sobre el pecho,  
cruzadas ambas rodillas,  
sus querellas sin oíllas,  
distráido ó satisfecho.Ella, en más bajo lugar,  
mal prendido el luengo velo,  
las mangas de terciopelo  
deshilando sin cesar.El rey, como quien tolera  
algo que le mortifica;  
ella, como quien suplica  
algún favor que no espera.Al fin, como quien despierta  
de un sueño que le acosó,  
así Don Enrique habló,  
con trémula voz incierta:—Mucho te amé, bella Inés,  
mucho te amo; mas perdona  
que no pueda mi corona  
rendir amante á tus pies.Casado estoy, en verdad;  
y de mi cetro en honor,  
no cuidaré de tu amor,  
sí de tu seguridad.El duque no sé qué es dél;  
y pues se habla de ello mal,  
partirás á Portugal  
con un mensajero fiel.—Calló el rey; é Inés, transida  
de dolor tan impensado,  
de espalda cayó á su lado,  
cercana al fin de la vida.

En sus brazos la sostuvo,  
y, á merced de un elixir,  
la vida volvió á latir,  
camino el aliento tuvo.

Volvió á herir su corazón  
su altivez ó su mancilla,  
y dijo al rey de Castilla,  
con la voz de la aflicción:

—Fué amaro orgullo en mí;  
hízolo amor la porfía;  
mas, pues la culpa fué mía,  
castigada quedo así.—

Y tornándola á faltar  
segunda vez el aliento,  
salió el rey del aposento,  
tras quien la venga á ayudar.

## II

Allá por do Manzanares,  
en humildosas corrientes,  
antes de entrar cortesano  
en Madrid, sus aguas vierte,  
hay un sitio en que fundaron  
un alcázar otros reyes.  
Pardo en el nombre, y perdido  
en verdad en sus placeres,  
en un despejado campo  
que á su entrada el lugar tiene,  
con grande rumor levantan  
á toda prisa un palenque.  
Dispónense aparadores,  
aparéjanse banquetes;  
doquier se aprestan vajillas,  
y se despitan toneles.  
Guirnaldas en los balcones,  
tapices en las paredes,  
pabellones en los techos,  
y en las alfombras pebetes.  
Doquiera en el campo tiendas,  
con banderas diferentes;  
andamios para la corte,  
y andamios para los jueces.  
Y en el palacio tumulto,  
y tumulto en el palenque,

y en las calles y en las plazas  
los que van y los que vienen:  
por allá suben literas,  
por acullá palafrenes;  
por allí, de real mandato,  
de su real guardia jinetes:  
por un lado arcabuceros,  
por otro lado donceles,  
que, ganando tiempo y tierra,  
buscando aposentos vienen.  
Músicos, dueñas, rateros,  
saltimbanquis y corchetes,  
tamboriles y danzantes,  
curiosos é impertinentes.  
Aquí una moza devota,  
que el brazo á una vieja tiene,  
se ajusta en son de maitines  
con un majo matasiete.  
Allí un dominico obeso,  
abultado de mofletes,  
en una niña de quince  
posa los ojos ardientes,  
sin duda alguna admirando  
al Dios que hace aquellos seres  
de ojos negros, manos blancas,  
cintura escasa y pie breve.  
Más allá, bajo un sombrero  
que en la oreja se mantiene,  
alto y torcido el bigote,  
larga espada, y entre el leve  
rizado de ancha valona  
escondido hasta los dientes,  
de pie derecho, y la mano  
sobre la cintura siempre,  
está á través escupiendo  
apercibido un valiente,  
de esos que dicen: «Miradme,  
que hay indulgencias en verme»;  
y sobre todo el murmullo  
que tan sin término hierve,  
en cóncavo estruendo roneo  
por pueblo y campo se sienten  
los mazos de los peones  
que levantan el palenque,  
y el martillo del armero  
sobre golas y broqueles.

Grandes fiestas se preparan,  
y, según dice la gente,  
son por los embajadores  
que de la Bretaña vienen;  
así también lo confirma  
la conversación siguiente  
de dos judíos que aromas,  
joyas y armaduras venden:

—Buen agosto os habéis hecho,  
Rubén, á lo que parece.

—No estoy quejoso, en verdad.

—Y aun contento.

—Ciertamente.

—Sed franco.

—¿Más he de ser?

—Y por nuestros intereses,  
vayamos ambos á una,  
que espero que no nos pese.

—Sea así, hermano Daniel,  
y escuchadme atentamente.

El rey me compró en secreto,  
para lujo en sus valientes,  
las armaduras mejores  
del torneo.

—¿Cuántas?

—Trece.

—¡Santos del cielo! ¿En monedas  
os pagó?

—Al punto y corrientes.

—Feliz sois, Rubén.

—Veamos

vuestra fortuna.

—Yo siempre

por enemiga la tuve.

—Pero yo sé que igualmente  
el rey, Daniel, os buscaba.

—Sí, mas fué ganancia leve:  
aplazóme los caballos

de mejor sangre que hubiese,  
y díle, blancos y negros,  
los mejores.

¿Cuántos?

—Trece.

—¿Y os quejáis?

—¡Santa Sión!

Pagó dos; los once debe.—

Callaron ambos un punto,  
y, á Rubén Daniel volviéndose,  
dijole: —Mas ya hay quien cubre  
lo que pierdo en los corceles.  
Don Beltrán armó los suyos,  
pródigo con mis arneses.

—¡Oiga! ¿También don Beltrán  
campo en el cerco mantiene?

—No, por cierto; mas levanta  
en Madrid otro palenque,  
para una segunda fiesta  
á la vuelta de los reyes.

A la parte de Alcalá  
tiene apostada su gente,  
para tomar de las damas  
la brida á los palafrenes.

—¡Atrevido es el pagano,  
y ardua causa la que emprende!  
Los galanes victoriosos  
se le opondrán reciamente.

—Pues don Beltrán de la Cueva  
aun se está tan en sus trece,  
que diz que hasta el mismo rey  
le hará campo, aunque le pese.

—Mucho puja.

—Es conde y rico.

—Y el rey es rey.

—Y él valiente.

Y tiene consigo un hombre  
que recata el rostro adrede,  
que es capaz de armar batalla  
él sólo con diez y siete.

—¿Un soldado?

—Un caballero.

—¿Qué, es quien paga?

—Lo parece.

Que es un extranjero, dicen,  
que de aventurero vieue.

—¿Trae gente en su compañía?

—Lanzas hasta veintinueve.

—¿Es francés?

—Flamenco.

—¿Amigo

de las batallas?

—No bebe.

—¿Cómo!

—Dél se cuentan cosas  
bien extrañas cabalmente.  
Dicen que, en vela continua,  
no se sabe cuándo duerme;  
que es sobrio como una monja.

—¿Mas su nombre?

—No le tiene:  
sólo el flamenco le llaman;  
siempre anda sólo, y le temen.

—¿Mas no se conoce de él...?

—Nada más que lo que él quiere;  
y que es alto, recio, osado,  
y á lidiar dispuesto siempre.

Callaron ambos judíos,  
y en rauda tropel la gente  
se agolpó sobre el camino  
á vitorear á sus reyes.

### III

Como seis días después,  
y hacia las dos de la tarde,  
en el Prado que en Madrid  
por San Jerónimo sale,  
armados hasta los dientes,  
y cubiertos los semblantes,  
estaban dos caballeros  
de una ancha tienda delante.  
Detrás de ellos, apostados  
en hilera formidable,  
hay hasta treinta jinetes,  
potentísima falange.  
Y otros treinta caballeros,  
cuanto valientes galanes,  
en varios grupos conversan,  
de su pompa haciendo alarde.  
Donceles tienen sus lanzas,  
sus caballos tienen pajes,  
siendo á la par todos ellos  
soldados y capitanes.  
Detrás hay una barrera  
que guardan con antifaces  
otros doce caballeros  
sobre doce yeguas árabes.

Á los lados dos andamios,  
uno con las armas reales  
y otro con las de Bretaña,  
coronados de sitiales.  
Otro andamio casi enfrente,  
y en él los jueces y grandes  
que han de pesar la justicia  
y la ley de los combates;  
y el resto cerca una valla,  
hasta dos arcos triunfales,  
en que remata una liza  
que por la barrera se abre.  
Banderas de mil colores  
se estremecen en el aire,  
que embalsaman ramilletes  
de jazmines y azahares.  
Lindísimas cortesanas  
de cabellos de azabache,  
tez pálida y ojos negros,  
bajan el prado adelante.  
Porque, ¿qué son los jardines  
en que las flores no salen,  
sino lo que son las fiestas  
en que las damas no caben?  
De ambas las tropas que aguardan  
el duro y próximo trance,  
hablan en voces secretas  
ambos los jefes audaces.  
Uno es Beltrán de la Cueva;  
del otro nada se sabe,  
sino que con treinta lanzas  
con don Beltrán hizo parte.  
Es de talla aventajada,  
de nunca visto semblante;  
vigoroso asaz de miembros  
y de fuerza sin iguales;  
una hacha de armas esgrime  
y una espada formidable,  
que los arneses más recios  
desencajan y deshacen.  
Cabalga un potro normando,  
como sufrido pujante,  
que obedece á los impulsos  
de dos largos acicates;  
y acostumbrado á la guerra,  
en que ha tiempo que le traen,

mal le reprime el jinete  
al oír los atabales.

Á su vez el caballero  
le acosa con voz tonante,  
como si el mismo caballo  
á la misma par lidiase;  
y dicen que tan á tiempo  
la segunda vuelve y parte,  
que un solo cuerpo lidiando  
caballero y corcel hacen.  
Así Beltran de la Cueva  
le hablaba á este personaje,  
y el flamenco respondía  
con razones semejantes:

DON BELTRÁN

¿Seréis firme?

FLAMENCO

Como un roble.

DON BELTRÁN

¿Lidiaréis?

FLAMENCO

A toda sangre.

DON BELTRÁN

¿Nadie pasará?

FLAMENCO

Ninguno,  
con espada ni con guante.

DON BELTRÁN

¿Y si el mismo rey se empeña?

FLAMENCO

Al rey, ¡vive Dios! que mate  
y lleve su guantelete  
en una pica hasta Flandes.

DON BELTRÁN

Si como decís obráis,  
temo que el campo no os baste.

FLAMENCO

Al tiempo lo recomiendo;  
y, si la suerte me vale,  
veréis que mejor amigo  
no hallaréis para este trance.

DON BELTRÁN

¿Qué mote sacáis?

FLAMENCO

Ninguno.

DON BELTRÁN

Pues he visto á vuestro paje  
un broquel con una letra.

FLAMENCO

Esa letra dice: «Nadie.»

DON BELTRÁN

¿Es orgullo?

FLAMENCO

Es una historia.

DON BELTRÁN

¿De amoríos?

FLAMENCO

Y de sangre.

DON BELTRÁN

¿Sois príncipe?

FLAMENCO

No, por cierto.

DON BELTRÁN

¿Sois huérfano?

FLAMENCO

Lo acertasteis;  
porque, á ninguno sujeto,  
soy libre y la tierra grande.  
Oyóse en esto el tumulto  
de pífanos y atabales,

y vióse la polvareda  
que por el campo adelante  
envuelve á los que se acercan  
tras los pendones reales,  
que, acabados los torneos,  
á Madrid vuelven triunfantes.  
Cabalgó al punto Beltrán,

y, cabalgando el de Flandes,  
asíó broquel, lanza y brida,  
diciendo con voz pujante:  
—¡A caballo! ¡Voto á Dios!  
Y en torneo ó en combate,  
no hay que dejar con espada  
desde San Miguel á nadie.—



# EL PASO DE ARMAS DE BELTRÁN DE LA CUEVA

## I

¡Espléndida cabalgada!  
 ¡Caballeresco tropel!  
 La reina viene montada,  
 y el rey la brida dorada  
 asiendo de su corcel.

Vienen siguiendo sus huellas  
 las cortesanas más bellas,  
 y á su vez los caballeros  
 sirven de palafreneros  
 á los palafrenes de ellas.

Detrás las literas vienen  
 sobre esclavos orientales:  
 los pajes detrás se tienen,  
 y el orden al fin mantienen  
 mil arcabuceros reales.

Todo es luego en derredor  
 y detrás pueblo y tumulto;  
 en el centro va el valor,  
 y en la fiesta, mal oculto,  
 el orgullo y el amor.

Al valor pruebas le dan  
 las cotas hechas pedazos;  
 orgullosos todos van,  
 y el amor probando están  
 las empresas y los lazos.

Ondulan los martinetes  
 asidos á las cimeras  
 de los ufanos jinetes,  
 y usurpan tocas ligeras  
 el lugar de los almetes.

Y en vez de ferradas golas  
 y de rojas banderolas,  
 flotan en suelto equipaje

los velos blancos de encaje  
 de las damas españolas.

Y de las sillas de guerra,  
 forradas de limpio acero,  
 hasta tocar con la tierra  
 cuelga el que de amor encierra  
 misterios cendal ligero.

No aprisionan los corceles  
 guanteletes ni escarcelas,  
 sí terciopelos y pieles,  
 y ellos van libres y fieles,  
 sin temor á las espuelas.

Solamente más severos,  
 aunque no siendo mejores,  
 tras el rey van altaneros,  
 pacíficos caballeros,  
 los nobles embajadores.

Y á sus personas prestando  
 las atenciones reales,  
 en rico y vistoso bando,  
 sobre mulas van pasando  
 obispos y cardenales.

Todo es lujo y altivez,  
 todo es oro cuanto brilla,  
 y osténtanse allí á la vez  
 los hidalgos de más prez  
 de León y de Castilla.

Todas las mejores lanzas  
 de ambos reinos acudieron  
 y descuidando sus danzas,  
 osados en esperanzas,  
 diz que hasta moros vinieron.

Que para ostentar valor  
 cualesquiera liza es buena;  
 y el moro batallador

sabe siempre que es mejor  
lidiar en cristiana arena.

Allí, en los andamios, miran  
sin máscaras las hermosas;  
sus alientos se respiran,  
y á sus miradas aspiran  
las hazañas generosas.

Por eso vienen ligeros,  
sobre sus negros corceles,  
diez árabes caballeros,  
silenciosos y severos,  
envueltos en alquiceles.

Su mirar rápido, incierto,  
la negra barba crecida,  
el corcel de oro cubierto,  
todo muestra la atrevida,  
generación del desierto.

Y aunque, cuanto audaz cortés,  
culto en usos y lenguaje,  
siempre se alcanza, á través  
de su magnífico arnés,  
algo de origen salvaje.

Llegaron ante la valla  
rey, pueblo y embajadores;  
y al son del clarín que estalle  
van á ofrecer la batalla  
al rey los mantenedores.

Llegó á sus pies don Beltrán,  
y díjole audaz: «Señor:  
»aquí mis nobles están,  
»que sus lanzas medirán  
»con vuestra lanza mejor.

»Y pues, por encarecellos  
»vuestra real esplendidez,  
»fiestas quiso concedellos,  
»para no ser menos que ellos,  
»he aquí campo á nuestra vez.

»Como tan buenos vasallos,  
»de las damas requerimos  
»las bridas de los caballos;  
»y pues á aquesto venimos,  
»ó combatir, ó soltallos.»

Y echando el guante en la arena,  
brida volviendo á su gente,  
el campo en torno resuena

con largo aplauso que llena  
cuanto el sol resplandeciente.

Aceptó el rey; y los vientos  
rasgando los atabales,  
fueron ocupando atentos  
la multitud sus asientos,  
y los reyes sus sitiales.

Puestos los embajadores  
á un lado, y á otro los jueces,  
al son de los atabores,  
á los nuevos lidiadores  
requirieron por tres veces.

Lanzáronse hacia la liza  
hasta cuarenta jinetes,  
y en su línea movediza  
el aura estremece y riza  
crestones y martinetes.

Tascan espumoso el freno  
impacientes los bridones,  
henchir queriendo su seno  
con los belicosos sonos,  
de que el aire tragan lleno.

Entonces, desde una tienda  
de los que el campo mantienen,  
al lugar de la contienda  
un caballo por la rienda  
dos pajes bajando vienen.

Por si quisiera lidiar,  
al rey le ofrecen cortesés;  
advirtiéndole á la par  
que mejor no lo ha de hallar  
ni con mejores arneses.

Partieron los lidiadores  
el sol de la liza igual,  
y, al son de los atabores,  
retados y retadores  
aguardaron la señal.

## II

Con la visera calada  
y los lanzones en ristre,  
los broqueles ante el pecho,  
sobre los estribos firmes,  
cerráronse á toda brida  
los lidiadores insignes,

los unos contra los otros,  
 á la voz de los clarines.  
 Todo fué polvo un instante:  
 no se oye ni se distingue  
 más que el son que los aceros  
 en fiero compás despiden.  
 En honda y ansiosa duda,  
 en angustia indefinible,  
 almas con ojos esperan  
 á que el polvo se disipe.  
 Es en vano que las damas  
 al turbio palenque miren;  
 todo, entre el espeso polvo,  
 está en el campo invisible.  
 En vano sobre su escaño  
 se levanta don Enrique;  
 el polvo oculta á sus ojos  
 los que vencen ó se rinden.  
 Se oye que abajo en la liza  
 la recia contienda sigue,  
 porque los gritos no cesan,  
 y los golpes se perciben.  
 Unos gritan:—Flandes, Nadie.  
 —Al rey, al rey—otros dicen;  
 y las lanzadas se doblan,  
 y los tajos se repiten.  
 Ayes, lamentos, insultos,  
 maldiciones, lelifés,  
 relinchos y cuchilladas,  
 todo á un tiempo se concibe;  
 todo en tumulto espantable,  
 todo en confusión horrible.  
 Todos los gritos se mezclan,  
 y á gran pena se distinguen  
 los de—¡Cierra! ¡Hiere! ¡A ellos!  
 ¡Alá! ¡Flandes! ¡Don Enrique!—  
 Creyéndose al mismo tiempo,  
 por los «cierra» y los «lelifés»,  
 que flamencos y cristianos  
 contra sarracenos riñen.

Rodó al fin el polvo denso  
 con las ráfagas sutiles,  
 descubriendo la vergüenza  
 de los que la arena miden.  
 Pocos pudieron bizarros  
 al encuentro resistirse;

su mismo impulso fué causa  
 del azar que les affige.  
 Quedaron de entrambas partes  
 tan sólo trece que lidien.  
 Son los seis mantenedores;  
 los otros siete, del príncipe.  
 De ellos hasta tres son moros  
 que á los del rey bien asisten,  
 con los alfanjes sangrientos  
 y los palafrenes libres.  
 Donde una espada se rompe,  
 donde un yelmo se divide,  
 doquier que un palmo se pierde  
 ó un caballo se reprime,  
 allí la lanza de un moro,  
 allí un alfanje invisible,  
 hiere, acosa, rompe, vence,  
 antes que se le adivine.  
 Algunos de entrambos bandos  
 que levantarse consiguen,  
 con los pomos y los puños  
 en el combate persisten.  
 Dan, cían, avanzan, vuelven,  
 y ligeros como tigres,  
 soltando el inútil hierro,  
 con los brazos se reciben.  
 Se abrazan y se sacuden,  
 y se cruzan y se oprimen,  
 quedando un momento inmóviles,  
 en duda de si respiren.  
 Y al fin de afanosa lucha,  
 sin vencer y sin rendirse,  
 ruedan abrazados ambos,  
 y cuartel ninguno pide.  
 Perdidos entre el tumulto,  
 tal vez aun se distinguen  
 sus desesperados esfuerzos,  
 sus convulsiones horribles,  
 hasta que el tropel sangriento  
 de los jinetes que viven  
 los envuelve enteramente,  
 los separa ó los persigue.

Tocó el sol en Occidente;  
 y á la voz de don Enrique,  
 pajes entran en la liza  
 que los heridos retiren.

Despejado un poco el campo,  
 la liza de estorbos libre,  
 quedaron lidiando siete  
 sobre los estribos firmes.  
 Don Beltrán con el de Flandes  
 y un flamenco que le sigue,  
 con un hacha á cuyos filos  
 mal los broqueles resisten.  
 Lidian por el rey, valientes,  
 los ventajados en lides:  
 el marqués de Santillana,  
 que negra armadura viste,  
 don Juan Pacheco, que el mando  
 lleva á medias con el príncipe,  
 y el buen conde de Treviño,  
 del solar de los Manriques.  
 Con ellos guerrea un moro,  
 de cuya opulenta estirpe  
 dan testimonio, y no escaso,  
 el negro corcel que rige,  
 el corvo alfanje que empuña,  
 y el arnés con que se ciñe.  
 Mas todo está deslucido,  
 sin que oro ni acero brillen;  
 que todo en polvo y en sangre  
 á puro lidiar, se tiñe.  
 Don Beltrán, rota una brida,  
 con esfuerzos increíbles,  
 contra el moro y Santillana  
 ve su salvación difícil.  
 Las damas le vitorean,  
 mostrando bien cuánto es triste  
 que caballero tan bravo  
 con tal desventaja lidie.  
 Los jueces están inquietos;  
 é indeciso don Enrique,  
 duda si el bastón de mando  
 á tiempo en la arena tire.  
 Mas antes que esto suceda,  
 se oyó pujante y terrible  
 el grito con que el flamenco  
 «¡Flandes y Nadie!» repite.  
 Y revolviendo el caballo,  
 con ímpetu se dirige  
 hacia el noble Santillana,  
 que el campo á su empuje mide.

Entonces al de Treviño  
 volviendo,—«Aquí Flandes»—dice;  
 y alzándose en los estribos,  
 de entrambas manos se sirve.  
 Cayó del caballo el conde;  
 y volviendo el que le rinde  
 al soldado que le ayuda,  
 le manda que se retire.  
 Quedaron, pues, dos á dos,  
 cuatro valientes que piden  
 una corona los cuatro,  
 para los cuatro difícil.  
 Y bien merecen que en ellos  
 su honor sus partidos cifren,  
 porque no hay mejores brazos  
 para que le depositen.  
 Pacheco y Beltrán cayeron;  
 Pacheco, asido á las crines,  
 debajo está del caballo,  
 incapaz de desasirse.  
 Vino don Beltrán sobre él;  
 mas, los jueces que presiden,  
 dan por vencido á Pacheco,  
 y escuderos le permiten.  
 Mientras, agotando esfuerzos  
 que parecen imposibles,  
 el árabe y el de Flandes  
 la lucha tenaces siguen.  
 Grita el flamenco: «Aquí Flandes»,  
 y el árabe á cada quite  
 entra y sale huyendo y dando,  
 siempre en duda y siempre libre.  
 En vano el flamenco acude  
 á cuanta fuerza le asiste;  
 el moro hace que el caballo  
 pase, cruce, salte y gire.  
 Mas, cansada su fortuna,  
 á tiempo que ambos se embisten,  
 al dar una huída el moro  
 hace que el caballo pise  
 tan en vago, que, aunque diestro,  
 le levanta y le reprime;  
 dobló las manos en tierra,  
 tocándola con las crines.  
 Esto que viera el flamenco,  
 con empuje irresistible

para adelante se viene,  
sin que el moro alcance á herirle.  
Cayó el de Flandes encima;  
y aunque el caballo le oprime,  
así con tal fuerza al moro  
que le acogota y le rinde.

Tiró su bastón el rey,  
y al son de los añafles  
mandó que por los del campo  
la victoria se publique.

### III

Mientras á los pies del rey,  
de hinojos Beltrán se pone,  
y el rey le tiende la mano  
por que con ella se honre,  
á las puertas de la liza  
la multitud agolpóse,  
para ver la cabalgada  
cuando á palacio se torne.  
Bajaron de sus andamios  
el rey, la reina y la corte;  
damas, caballeros, pajes,  
obispos y embajadores.  
De manos de los donceles  
recibiendo los bridones,  
conducir de allí á las damas  
como enantes se proponen.  
Asidos brida y estribo,  
por que más fáciles monten,  
por las hermosas esperan  
los caballeros mejores.  
Púsose primero el rey,  
y ya cortés se dispone  
á dar la mano á la reina,  
cuando con audacia un hombre,  
cejar haciendo el caballo,  
sin respeto se la coge.  
—¿Quién se atreve?... dijo el rey;—

y en el rostro los colores,  
tornando el gesto alterado,  
delante su vista hallóse,  
la brida asiendo, al flamenco,  
que así osado le responde:

«Si pasáis sin combatir,  
»será sin guante ni estoque:  
»que he lidiado en el palenque  
»bajo de estas condiciones.»

El rey Enrique, indeciso,  
de arriba abajo miróle,  
dudando si por quien sea,  
se lo tolere ó se enoje;  
pero, por más que á sus solas  
su pensamiento recorre,  
como él su rostro recata,  
no sabe si le conoce.

Al fin, fingiendo respetos  
por sus derechos, cedióle  
ya su razón otorgando,  
ya por secretas razones.  
Tendióle la mano y dijo:  
—¡Loor á los vencedores!  
Tomad lo que habéis ganado,  
que, en efecto, anduve torpe.  
¿Quién sois?

—*Nadie*: esa es mi empresa.

—¿Es vuestra cifra?

—Es mi nombre.

—Sois valiente, y no os atañe,  
por vida mía, ese mote.

—Ya dije que es nombre propio,  
y no le merezco noble.

—¿Cómo, pues?

—Porque he vendido  
mi honra y mi nobleza á un hombre.

Tornóle á mirar el rey,  
y, tras largas reflexiones,  
con sonrisa ambigua dijo:  
—Id adelante.—Y siguióle.



## RECUERDOS

Es una noche tranquila,  
de esas azules, serenas,  
en que de la luna apenas  
la pálida luz vacila.

Algunas nubes errantes  
por medio el espacio flotan,  
que así de la luna embotan  
los resplandores brillantes.

La brisa fresca que vaga  
los árboles estremece,  
y, según se extingue ó crece,  
crece el murmullo ó se apaga.

Noche espléndida y serena,  
que al hombre á pensar convida,  
y en que resbala la vida  
de gozo y pesar ajena.

En que, absorto el pensamiento  
en vaga meditación,  
halla una blanca ilusión  
en cada arruga del viento.

Nada ve el ojo, aunque mira;  
oye el oído, y no escucha;  
y, consigo en débil lucha,  
triste el corazón suspira.

Una noche clara y pura,  
en que, contemplando el cielo,  
crece en el alma el consuelo  
y hechiza hasta la amargura.

Noche en que se ve á lo lejos,  
con el fulgor de la luna,  
la ilusión de la laguna  
en argentinos espejos.

En que se ve el bosque umbrío  
cual un escuadrón gigante,  
y cual rastro centellante  
la cinta blanca de un río.

Noche en que prestan á una  
blando perfume las flores,  
música los ruiseñores  
y resplandores la luna.

De esas noches que una vez  
todos los hombres gozaron,  
y á cuya luz recordaron  
los sueños de la niñez.

De esas noches cuya historia  
dura en el alma escondida,  
página de nuestra vida  
pegada á nuestra memoria,

Oyendo el tropel sonoro  
con que en murmullos suaves  
aduermen hojas y aves  
y aguas el Campo del Moro.

Un hombre sobre una peña  
se alcanza en la oscuridad;  
mas no se alcanza, en verdad,  
si aguarda, medita ó sueña.

Se percibe allá en la oscura  
sombra negra, alguna vez,  
la movible brillantez  
de su límpida armadura.

Se oye entre las hierbezuelas,  
á cada sacudimiento,  
el brusco estremecimiento  
de sus ásperas espuelas.

Dolientes suspiros lanza  
del ánima dolorida,  
tal vez por la antigua vida,  
ó acaso por su esperanza.

En esto, en una alta torre  
que al Campo del Moro cae,  
por do Manzanares trae  
sus corrientes, cuando corre,

Vagó sobre el aura leve  
voz tan dulce y lastimera,  
que, atenta el aura ligera,  
por oílla no se mueve.

A aquel suavísimo son,  
el caballero escondido  
ansioso prestó el oído,  
hízose todo atención.

La voz que oye limpia y blanda  
en estribillo amoroso,  
de un amador licencioso  
nuevas al viento demanda.

Y es tan suave y tan flexible,  
y tan tierna en su cantar,  
que intentar la remedar  
fuera á otra voz imposible.

Ya apagada, ya sonora,  
ya trémula, ya segura,  
como la fuente murmura,  
como la tórtola llora.

Ya es un canto ronco y vago  
sin tema sobre que acuerde,  
como un aura que se pierde  
entre la niebla de un lago.

Ya es alegre y peregrina  
una voz tan infantil,  
que no envidia en lo sutil  
tonos á la golondrina.

¿Es ilusión mentirosa,  
ó es tremenda realidad  
ese sueño de otra edad  
más bella y más dolorosa?

¿Por qué estremecido miras  
esa torre solitaria,  
y al rumor de esa plegaria  
con pesadumbre suspiras?

¿Qué oyes, caballero, dí,  
en ese son misterioso  
que el céfiro vagaroso  
arrastra ufano hasta tí?

Ese que gime en el viento  
sonido despertador,  
¿es un recuerdo de amor,  
ó es tenaz remordimiento?

¡Ah! El pensamiento perdido,

incapaz de decidir,  
vacila entre el porvenir  
y las sombras del olvido.

Y aunque aquella voz se exima  
de más cercana inspección,  
bien sabe su corazón  
que aquella voz le lastima.

¿Quién vivirá en esa torre,  
que canta tan dulcemente,  
mientras suena mansamente  
el Manzanares que corre?

Porque aunque á veces en ella  
oyó que, en trova confusa,  
la voz de quien canta acusa  
los rigores de su estrella;

Aunque á veces triste canta  
lastimado son de duelo,  
cual queriendo enviar consuelo  
al corazón la garganta,

Oyó también que suspira  
tan amantes cantilenas,  
que si canta entre cadenas,  
no canta, sino delira.

Cesó la voz de repente,  
y sobre el césped mullido  
oyóse un pie contenido  
que va cautelosamente.

Cada vez más cerca está...  
Púsose en pie el caballero,  
y, requiriendo el acero,  
preguntó firme:—¿Quién va?—

Á sus rayos argentinos  
la luna dejóle ver  
un paje que echó á correr,  
dando vuelta á unos espinos.

—¿Sois vos—le dijo llegando—  
*Nadie* en Flandes, mucho aquí?  
—Mucho te han dicho de mí.  
—Pues á vos vengo buscando.

Seguidme.

—¿Adónde?

—¿Teméis?

Dijeron que érais valiente.

—Mas fiarse no es prudente  
del primero...

—Bien hacéis.

Dios os guarde: á decir voy  
que os propuse una aventura,  
y desechó por mesura  
vuestra prudencia la de hoy.

—Mucho sabes, pajecillo.  
Ve delante.

—Pues de mí

no os separéis: por aquí.

—¿Dónde vamos?

—Al castillo.

Y de un torreón en el centro,  
postigo oculto buscando,  
entraron ambos, cerrando  
la portezuela por dentro.



## FAVOR DE REY

En medio de un aposento  
que el rey Enrique eligió  
para secreto teatro  
de sus comedias de amor,  
él y Beltrán de la Cueva,  
á quien con prisa llamó,  
están: don Beltrán en pie,  
y él tendido en su sillón.  
Decora del gabinete  
el magnífico interior  
cuanto de rico y espléndido  
monarca jamás juntó.  
Cuelga una lámpara de oro  
del cincelado artesón;  
ferrados en terciopelo  
los muros en derredor;  
el pavimento de alfombras  
exquisitas se vistió,  
y sobre el rey pende inquieto  
de plumas un pabellón.  
Delante tiene á una fiesta  
preparado un velador,  
cual le anhelaran cubierto  
la codicia y la ambición.  
Copas y cubiertos de oro;  
vajilla que cinceló  
diestro artista, á quien por ella  
dieron riquezas y honor.  
Y á su lado entre perfumes,  
en pródiga ostentación,  
doble y superior servicio  
sobre un ancho aparador.

Siguiendo el rey y el privado  
su rota conversación,  
el vasallo respondía,  
preguntándole el señor.

—¿Conque lloraba?

—Doliente

en mis brazos se arrojó  
diciendo: «¿Es él quien lo manda?»

—¿Y qué respondisteis vos?

—Que en ello vuestros mandatos  
no admitían dilación.

—Muy bien dicho. Y á esa orden,  
ella, ¿qué dijo?

—Señor...

—Sin escrúpulo decid,  
Beltrán; que en esta ocasión,  
si alguien debiera tenerlos,  
vos cabalmente no sois.  
Mas os juro por mi vida  
que no me acosa el menor:  
por el bien de mis vasallos  
tengo en esto obligación.  
Conque, ¿qué dijo?

—En injurias

su lengua se desató.

—¡Hola, hola!

—Lamentando

vuestra inconstancia en amor.

—No fué mucho, don Beltrán;

pero ya, gracias á Dios,  
tenemos algo de mundo,  
y ha tiempo uso de razón.

Y ¿qué más?

—Roja de rabia,

mal caballero os llamó,  
indigno de vuestra estirpe,  
hipócrita y seductor.

—Ese ya es otro cantar,  
buen Beltrán; mas tengo yo  
para mí que el injuriarme

era pedirme perdón.

—A vuestro real pensamiento  
sin oponer la menor  
contradicción, yo os dijera  
que me asiste otra opinión.  
—¿Cómo? Decid.

—Doña Inés  
por ultrajada se dió,  
y, serenándose al punto,  
«Bien, caballero: ¿sois vos  
(me dijo con voz resuelta)  
mi guarda, ó mi conductor?»  
—¿Y vos?

—Señora—la dije—  
otro el rey os preparó.  
—¿Y ella?

—Añadió: «Pues decidles  
de mi parte á ambos á dos,  
que apresuren nuestro viaje,  
que estoy pronta y noble soy;  
y al rey en particular,  
que excuse toda ocasión  
de sincerarse; que sienta  
tal desprecio por su amor,  
que, si al paso se me pone,  
ni aun he de mirarle yo.»  
—¡Bravamente lo ha pensado!  
No lo hiciera yo mejor.  
¡Pobre muchacha! En las redes  
que la he tendido cayó.—

Callaron por un instante  
el privado y el señor,  
en consulta cada cual  
con su propia reflexión.  
En esto confusamente,  
del muro en el interior,  
con misteriosa cautela  
llamada ó seña sonó.

—¿Han llamado?

—Sí por cierto.

—Ellos serán.

—Sí, señor.

—Abrid; y en mis conjeturas  
ayúdeme el vino y Dios.—

Con un oculto resorte  
don Beltrán la puerta abrió,

y entraron por ella un paje  
y el flamenco vencedor.  
Tendió el flamenco la vista,  
sin señal de turbación,  
por todo cuanto le alumbran  
las luces en derredor.

Y sereno, altivo, inmóvil,  
en la misma posición,  
con la visera calada,  
callando se conservó.

—Venid—le dijo, dejando  
el monarca su sillón;—  
venid al igual conmigo,  
ilustre batallador.

Aliviáos de esos hierros,  
ocupad ese sillón,  
y tendedme vuestras manos,  
que á fe que me harán honor.  
Beltrán, que sirvan la cena;  
y en tan dichosa ocasión,  
Chipre, el Vesubio y Falerno  
nos presten gozo y valor.  
¿No os sentáis?—El desconocido,  
sin moverse, respondió:

—Yo soy un aventurero,  
que por mis desgracias voy  
cumpliendo una penitencia  
que me han impuesto, señor.  
No puedo mostrar mi rostro,  
mi nombre ni mi blasón,  
sino al hombre que me venza  
en las armas superior;  
y entonces será pidiéndole,  
en nombre del Sumo Dios,  
que me pase compasivo  
con la daga el corazón.

—Caballero, pues que todo  
me convence que lo sois—  
díjole el rey—¿no pudiera  
alzar ese voto en vos  
la voluntad de los reyes,  
ni aun por haceros honor?  
Porque en verdad que me aflige,  
al daros por galarón  
mi amistad y mi palacio,  
no saber á quién los doy

—Por respeto á mi rey sólo voy sin ventura, señor; ved si estimo vuestras dádivas como de quien ellas son.—

Miró al caballero el rey con ojo escudriñador, y, comprimiendo los labios, á don Beltrán los volvió diciendo:— Cómo ha de ser! La voluntad es de Dios.

Mas ya, señor caballero, que la suerte me privó del placer que me esperaba, pediros quiero un favor.

—Será mandato, y cumplirlo en mí será obligación.

—Jurad que lo cumpliréis.

—Jamás he jurado yo; que tengo en más mi palabra que el juramento mejor.

—Dispensad, que anduve torpe: concededme por perdón un brindis.

—Eso más bien; con mil amores, señor.— Llenó don Beltrán las copas; una cada cual tomó, y, alzándose la visera el flamenco lidiador, encubiertas las mejillas con un antifaz mostró.

—Engañasteis mi esperanza— díjole el rey.

—¡Ah, señor! Para encubrir mi desdicha es doble mi precaución.

—¿Y quién tanta penitencia á imponeros alcanzó?

—Mi vergüenza.

—¿Y por qué trazas?...

—De una mujer se valió. —Basta y brindad, caballero; el que buscaba sois vos.—

Bebieron ambos: la mano el monarca le tendió;

—Y ahora—le dijo—escuchadme,

si os place, con atención. ¿Queréis llevar en secreto una dama de alto honor á Portugal?

—A la misma Constantinopla, señor;— centelleándole los ojos el hidalgo respondió.

—Está bien. Beltrán, mis órdenes llevad á esa dama vos; que al punto partan. Tomad. En ese pliego que os doy encontraréis, caballero, mi voluntad superior.

En pasando la frontera le abriréis; y en tanto no, ni vos ni nadie á la dama mantenga conversación. Ved que en ello os va la vida, pues gentes os daré yo que os velen y os acompañen por mi reino.

—Eso, señor, más es castigo que premio.

—Negocios de corte son, en que á par necesitamos, yo prudencia, y vos valor. De vuestros treinta jinetes, hasta diez irán con vos; los demás á la frontera los enviaré luego yo. ¿Comprendisteis?

—Comprendí.

—¿Prometéis? —Delante á Dios, os aseguro que nunca mi ventura fué mayor.

—¡Ah! Mirad, se me olvidaba: este pequeño cajón llevaréis á su destino.

—Decidme su dueño.

—Vos. Es un presente que os hago, que os probará, salvo error, que es mi memoria tan larga cuanto la vida en los dos.

Conque, si os cumple, brindemos  
á vuestra vuelta.

—Señor,

nadie cuenta con su suerte.

—No me la aseguro yo;  
mas, si á mi España volvéis,  
tal vez halléis lidiador  
que os arranque vuestro nombre,  
sin ser vuestro corazón.

¡A vuestra salud, hidalgo,  
y á que nos ayude Dios!—

El rey apuró su copa,  
y, apartando el pabellón,  
por una puerta secreta  
del gabinete salió.

#### CONCLUSIÓN

Es una tarde nublada,  
que espléndido el sol no alumbra,  
velado entre las neblinas  
que el cielo cóncavo enlutan.  
Recio y Norte sopla el viento,  
é interceptada y confusa  
la vista, á distancia corta  
los objetos no columbra.  
Es un estrecho camino  
do, entre la arena menuda,  
brota á pedazos un césped  
que la marcha dificulta,  
y por entrambos sus lindes  
mecen sus ásperas puntas  
zarzas que guardan con ellas  
frutos que nunca maduran.  
Por él, á rápidos pasos,  
temiendo la noche oscura,  
las fronteras españolas  
en triste silencio cruzan  
una dama en su litera  
á la merced de dos mulas;  
un caballero que el rostro  
bajo el capacete oculta,  
y hasta cuarenta jinetes  
que les custodian la ruta.  
Apenas en Portugal  
fijaron planta segura,

oyóse del caballero  
la pujante voz robusta:

«¡Alto!—dijo.—Nadie pase.

Cada cual consigo cumpla:  
los españoles á España,  
y mis gentes aquí juntas.»

A este mandato obedientes,  
como cosa en que no hay duda,  
los de España, saludando,  
tornan á su España grupas,  
y á la espalda los flamencos  
de su capitán se agrupan.  
Éste, entonces, con la risa  
en sus labios insegura,  
exclamó: «Ya está en mis manos  
su secreto y su fortuna.

Enrique: si en esta dama,  
que en verdad lo será tuya,  
á aclararme tu vergüenza  
no sirve cuanto discurra,  
me libro de mi palabra,  
pues mi razón me disculpa,  
y á recibir te prepara,  
por tus injurias, injurias.»  
Y rasgando el sello real  
que el pergamino le oculta,  
leyó estas negras palabras  
escritas de la real pluma:

«Mi valiente aventurero,  
don Ruy Pero Sandoval;  
pues según me son testigos  
las justas de don Beltrán,  
tanto os place los corceles  
de nuestras damas guiar,  
ahí lleváis á doña Inés,  
á quien, en Dios y en verdad,  
podéis adonde os contente  
desde este punto llevar.  
Y por que memoria mía  
no os falte desde hoy jamás,  
el regalo que me hicisteis  
en ese cajón lleváis.  
Mas os prevengo que, cauto,  
no entréis en Castilla más;

que en ella os espera una horca  
más alta que la de Amán.»

Los ojos desencajados,  
la lengua en la boca muda,  
contemplando el pergamino  
que entre las manos estruja,  
quedó el duque don Ruy Pero  
sin intención que le acuda.  
Volviendo al fin en su acuerdo,  
víctima de interna lucha  
con que le acosan á un tiempo  
los recuerdos y las dudas,  
á la litera lanzóse,  
y, asiendo las vestiduras  
de la dama, á viva fuerza  
sacándola, la pregunta:  
—¿Quién sois? ¡Por Cristo bendito

que lo diga y se descubra!—

Ella, de dolor transida,  
á tales voces se turba,  
y el duque la arranca el velo  
cogiéndole de las puntas.  
Blasfemó el duque, y, asiendo  
con mano audaz é iracunda  
el cajón que le dió el rey,  
le estrella en la tierra dura.

Rodó por el campo estéril  
una cabeza insepulta.  
Desmayóse doña Inés;  
corrió una lágrima turbia  
por los párpados del duque,  
más amarga que cicuta;  
y en el solemne silencio  
de aquella tragedia muda,  
de entre un pabellón de nubes,  
pálida asomó la luna.



## LAS DOS ROSAS

En un escondido valle  
hay todavía una torre  
vecina al Carrión, que corre  
de chopos entre una calle.

Castillo dicen que fué  
poderoso; mas ya apenas,  
á través de dos almenas,  
su ilustre origen se ve.

Tendidos sobre una altura  
vense un torreón y un muro,  
pero en montón tan oscuro,  
que medrosa es su figura.

Brota á sus pies sin respeto  
espeso zarzal salvaje,  
cuyo espinoso ramaje  
vegeta al peñón sujeto.

Ya no hay ni mojón ni senda  
que á su rastrillo conduzca,  
ni puerta en que se deduzca  
que hay dentro quien le defienda.

Allá por algunos trigos  
que crecen en derredor,  
de su ruina y su dolor  
imperturbables testigos,

Hay paredes que á pedazos  
están mostrando que ayer  
pudieran bien mantener  
un pueblo sus rotos brazos.

Hoy en pajiza cabaña  
vela un pastor el misterio  
de aquel corto cementerio  
que el agua del Carrión baña.

Allí una generación  
duerme tal vez escondida...  
¡Así de la amarga vida  
las cosas frágiles son!

Sin curar de historias viejas,  
al son de toscos estribillo,  
él entierra en el castillo  
por la noche sus ovejas.

El agua y el tiempo pasa,  
y él no pasa de pastor;  
pues no ha de ser su señor,  
poco le importa la casa.

Al preguntarle qué fué  
la techumbre á que se acoge,  
hombros y labios encoge,  
la mira y dice: «No sé.»

Los días que van pasando,  
la colina gastarán,  
y al cabo concluirán  
el castillejo enterrando.

Entonces, ya de la historia  
del edificio primero,  
ni el pastor ni el pasajero  
tendrán confusa memoria.

Apiñada en un hogar  
en derredor de la lumbre,  
desvelada muchedumbre  
acaso la oirá contar.

Contarála un peregrino  
á quien tal vez por su cuento,  
darán escaso alimento  
para seguir su camino.

Y yo, que siempre miré  
como un viaje nuestra vida,  
por historia entretenida,  
del olvido la saqué.

Si rebelde vuestra alcoba,  
mal que pese á vuestro empeño,  
os ahuyenta el blando sueño,  
yo voy á entonar mi trova.

Escuchadla; y si al calor  
os dormís de vuestra almohada,  
de una noche sosegada  
sois deudores al cantor.

El sol del medio del cielo  
brillantes rayos despide,  
que del Carrión reverberan  
entre las ondas humildes.  
Engrosadas van ahora  
con las nieves que derrite  
en las crestas de las sierras  
con que Castilla se ciñe,  
y entrambas riberas bordan  
con duros hielos que oprimen  
los restos que dejó Mayo  
de sus céspedes sutiles.  
Altos y desnudos chopos  
las orillas le dividen,  
que al agua las ramas tienden  
por que en el agua se miren;  
y ellas ufanas pasando  
por la sombra que reciben,  
con blando murmullo lamen  
los troncos y las raíces.  
Es un día puro y diáfano  
cuanto Diciembre permite  
que en su mustia presidencia  
el sol del invierno brille.  
Alegre, cuanto alegrarse  
es permitido á los tristes;  
diáfano, cuanto la niebla  
á un sol sin fuerza se rinde.  
Y es un pueblecillo oculto  
tras una peña, en que firme  
estriba un alto castillo  
que de protector le sirve.  
Dos esquilonos agudos,  
en disonante repique,  
el toque de medio día  
al aire en calma despiden,  
y en medio están de la plaza  
cuantos hidalgos la viven,  
los sombreros en la mano,  
inclinadas las cervices.  
Las mujeres, apartadas

sus labores femeniles,  
esperan devotamente  
que los hombres se santigüen.  
Los muchachos, impacientes,  
á hurtadillas se souríen,  
por más que les amonestan  
los viejos que les imiten.  
En un balcón de una casa,  
que más alto nombre pide,  
por los roídos escudos  
con que sus paredes viste,  
por los vidrios que al sol dejan  
que su interior ilumine,  
y los calados de un arco  
que mal al tiempo resiste,  
hay dos personas que, vueltas  
de espaldas al sol, impiden  
que se alcance desde abajo  
si recen ó si platiquen.  
Una es (con soles por ojos,  
y por labios alielies)  
la más hermosa villana  
que con hidalgas compite;  
*Rosa* nacida en el campo,  
entre zarzales y mimbres,  
pero á quien ceden vencidas  
las rosas de los jardines.  
Ufanos la engalanaron  
á porfía los abriles  
con cuantas juntaron gracias,  
uno tras otro, hasta quince.  
Diéronla negros cabellos,  
cutis que afrenta á los cisnes  
dentadura igual y enana,  
cuello torneado y flexible.  
Orlan sus párpados blancos  
largas pestañas sutiles,  
coronadas por dos cejas,  
arcos que enojan al iris.  
Cintura escasa, alto pecho,  
pie breve, resuelto y libre,  
y dos manos que semejan  
ramilletes de jazmines.  
Bellísima es la tal *Rosa*,  
por más que el pueblo critique  
el orgullo con que ostenta

sus encantos juveniles.  
 Las mozas, que se recata  
 de sus amistades, dicen;  
 que es la inconstancia excesiva  
 con que desprecia á quien rinde.  
 Las viudas, que es demasiada  
 la libertad con que vive,  
 y muchos los forasteros  
 cuyas visitas admite;  
 y las viejas, de su madre  
 murmuran que las recibe  
 con audacia escandalosa  
 y confianza reprehensible.  
 Mas, Rosa y Brígida en ellas  
 con tan poca cuita signen,  
 que, si estos murmullos oyen,  
 se deleitan en oírles.  
 Por eso tan cortesano  
 baja don Bustos Ramírez  
 diariamente á su casa  
 del castillo en que reside.  
 Varón altanero y mozo  
 afortunado en las lides,  
 cuyas riquezas exceden  
 á lo ilustre de sus timbres,  
 dejó ha poco de la corte  
 la perezosa molície,  
 las damas voluptuosas  
 y los ruidosos festines,  
 por la calma de sus tierras,  
 donde su presencia exigen  
 los negros ojos de Rosa,  
 que diz que en los suyos vive.  
 Es cierto que se susurra  
 que un mancebo que la escribe,  
 palabra de casamiento  
 tiene de ella, y que es difícil  
 que la renuncie si vuelve,  
 lo que es tal vez muy posible.  
 Mas don Bustos es mancebo  
 de nobilísima estirpe;  
 varón que manda vasallos,  
 á quien escuderos sirven,  
 á quien pajes acompañan  
 y á quien mucho el rey distingue.  
 Es señor de horca y cuchillo,

rey en aquellos confines,  
 y á quien plebeyos ó hidalgos  
 pecho y homenaje rinden.  
 Y no es otro el que con Rosa  
 sobre el balconcillo sigue,  
 dando á la plaza la espalda  
 mientras que dura el repique.  
 Al fin, santiguado el monje  
 que el templo del lugar sirve,  
 cada cual tornó á su espera,  
 y á sus requiebros Ramírez.  
 Apoyado sobre el codo,  
 deja que el cuerpo se incline,  
 guardando tras una mano  
 una mejilla invisible;  
 y á favor de esta postura  
 al pueblo curioso impide  
 que le aceche las palabras  
 que á la muchacha dirige.  
 En la expresión inefable  
 con que Rosa le sonrío,  
 bien se ve que, en vez de enojos,  
 satisfacciones recibe;  
 ni menos de sus palabras  
 el castellano se aflige,  
 pues cuanto ella más tolera,  
 más él confiado insiste.  
 Él platica; ella le escucha,  
 sin que altanera le esquive;  
 y él más se la acerca osado  
 cuanto ella oyéndole sigue.  
 Hubo un instante, de aquellos  
 que el amor llama felices,  
 que con el alma se sienten  
 y con el alma se miden,  
 en que los ojos de Rosa  
 tomaron indefinible  
 una expresión que imitaba  
 el gozo en los serafines.  
 Brotáronle de ambos ojos,  
 sobre los puros matices  
 de ambas mejillas, dos lágrimas  
 ardientes, irresistibles.  
 Y apenas aparecieron,  
 cuando rápido Ramírez,  
 secando una con sus labios,

así imprudente la dice:

—Mañana serás mi esposa.

—¡Señor!

—Mañana.

—¿Es posible?

—Aquí mi palabra empeño.  
Mañana es fuerza que brille  
mi castillo con tus ojos,  
con tu hermosura mi estirpe.—

Bajó, esto dicho, á la plaza  
el impetuoso Ramírez,  
y, al monje y al pueblo atento,  
estas palabras dirige:  
«Esta noche, pueblo y valle  
con hogueras se ilumine;  
que redoblen los panderos  
y las campanas repiquen;  
que se remedien los pobres,  
que se consuelen los tristes,  
y todos á mis festejos  
desde ahora se conviden.  
Mis aparadores cerquen,  
mis anchas cubas despiten;  
mis tesoros se repartan,  
y se embriaguen con mis brindís.  
¡Vasallos, de hoy por tres años  
quedáis de tributos libres,  
y de este modo mis bodas  
se dispongan y publiquen!»

Rompió en aplausos la gente,  
que su largueza bendice,  
y los vivas se redoblan,  
y las gracias se repiten.  
—Dádselas á la hermosura—  
dijo don Bustos Ramírez,  
señalando á las ventanas,  
de donde ella le despide;  
y aplicando las espuelas  
al negro potro que rige,  
hace que en rápido escape  
al parque le precipite.

Quedó aplaudiendo la plebe  
agradecida y humilde,  
y Rosa, aun en sus ventanas,  
muy mal su orgullo reprime.

Algunas horas después,  
ya bien entrada la tarde,  
la tierra entregada en brazos  
de las nieblas impalpables,  
de una lámpara de cobre  
á los rayos desiguales,  
lee Rosa unos pergaminos  
que acaba de darla un paje.  
Pasaban sus negros ojos,  
de orgullo y placer radiantes,  
de un renglón á otro renglón  
sin apenas descifrarles.  
Los labios le sonreían,  
y, trémulos dilatándose,  
por lo bajo murmuraban  
sonidos de cada frase.  
Una caja de olorosa  
madera tiene delante,  
y de un cordoncito de oro  
pende en su diestra una llave.  
Dobló alegre el pergamino,  
y, agradeciendo el mensaje,  
despidió al buen mensajero,  
y á voces llamó á su madre.

Subió la vieja asustada,  
recelosa de algún lance  
que, en parientes ó en amigos,  
la fatal carta anunciase.  
Mas, apenas en el cuarto  
puso los pies vacilantes,  
Rosa, cerrando la puerta,  
dijola palabras tales:

—Entrad. Nuestra es la fortuna;  
de contento no me cabe  
en el pecho el corazón,  
ni atino cómo explicarme.—

Brígida exclamó angustiada:

—¡Por Dios, muchacha, que acabes,  
que tengo el alma en un hilo!

—Esta llavecita la abre.

—Pero ¿qué se abre?

—Esa caja.

—¡Válgame el cielo! ¡Diamantes!

—Sí, por cierto.

—¿Y quién...?

—Es mía

—¿Quién te la ha dado?

—Ese paje.

—¿De don Bustos?

—De don Bustos.

—Y tomarla es...

—Indudable.

Es el regalo de bodas  
que el de Ramírez me hace.

—¿De bodas!

—¿Pues si me caso!

—¿Muchacha, vas á matarme  
con tanto rodeo! ¡Acaba!

—¿Por Dios, que sois torpe, madre!  
Si la caja es de don Bustos,  
¿con quién queréis que me case  
sino con él?

—¿Con tan alto

varón piensas enlazarte?

—¿Qué me falta para ello?

¿No son mis ojos bastante  
para que pueda mi frente  
con su corona igualarse?

¿No soy hermosa?

—Eso sí.

—¿Oh, y no porque yo me alabe!

Pero si encuentra otra Rosa,  
no digo yo en todo el valle,  
sino en la corte, en España,  
si la encuentra... que se case.—

Y así diciendo, á un espejo  
de reojo contemplándose,  
desplegaba una sonrisa  
que diera envidia á los ángeles.  
Víala la pobre vieja,

sin que apenas la bastasen  
para darla entero crédito,  
ni su acción ni su lenguaje.

Rosa, en tanto, alta la frente,  
los ojos de una á otra parte  
inquietos y desdenosos,  
altivos los ademanes,  
despreciando, hosca y soberbia,  
cuanto en torno suyo trae,  
la majestad ensayaba  
que es forzoso que acompañe  
á quien ha de ver un día

sus vasallos humillarse,  
y hacer á la plebe grupos  
para verla cuando pase.

Después de largo silencio,  
que duró por ambas partes  
cuanto bastó á su esperanza  
para alzar torres al aire  
y amasar en sus adentros  
tan rápidas novedades,  
á Rosa para engreirse,  
á la otra para asombrarse,  
asiéronse de la caja,  
y, dando vuelta á la llave,  
atónitas empezaron  
á gustar las realidades.

Allí ricos brazaletes,  
y diademas y collares;  
allí amatistas y perlas,  
cornalinas y corales.

Probáronse los anillos,  
las pulseras de brillantes;  
no quedó nada por verse  
ni nada por admirarse;  
todo pareció á propósito  
hecho para aquel instante;  
todo era espléndido y rico,  
nada pequeño ni grande.

—Esta guirnalda—decían—  
para el día en que te cases.

—Sí; el collar por la mañana,  
la diadema por la tarde.

—¿Linda estarás!

—Ya veréis  
la vez primera que baje  
á visitar á mi pueblo.

—¿Hechicera!

—¿Oh, admirable!

—¿Y qué dirán esas ñoñas  
de hidalguillas?

—Dejad que hablen.

Ya me besarán la mano.

—¿Eso sí, por más que rabien!

—Se arañarán por un dije,  
si yo se le regalase.

—Mal hicieras.

—¿Ah, ni un hilo

para esas villanas, madre!—

Aquí llegaban gozosas,  
cuando oyeron en la calle  
un caballo que en la plaza  
entraba á resuelto escape.  
Paróse á su misma puerta;  
sintióse después el grave  
rechinar de los portones,  
y volver luego á cerrarse.  
—¡Él es!

—¿Quién?

—Don Bustos.

—Vaya!

—¡Pronto, salid á alumbrarle!  
Mandad que el potro le tengan,  
que le piensen y descansen.—  
Y asiendo la lamparilla,  
temiendo que el tiempo falte,  
fuese hacia la puerta Rosa,  
que hasta la escalera sale;  
pero antes que al picaporte  
la linda mano llegase,  
abriéronla por de fuera,  
y con pena de hija y madre,  
entró cubierto de lodo,  
sangrientos los acicates  
y armado hasta los bigotes,  
su pariente Pedro Ibáñez.  
Quedó estúpida la vieja,  
tornóle Rosa el semblante,  
y él, tendiéndola los brazos,  
dijo: Yo soy, abrazadme.—  
Dejó la luz la muchacha,  
y, del mozo retirándose,  
replicóle:—Bien venido,  
pero has llegado muy tarde.

Asentados en silencio,  
en derredor de la mesa,  
están Ibáñez y Rosa:  
él triste, y mohina ella.  
Rosa, los ojos clavados  
en el techo, airada muestra  
el disgusto con que á Ibáñez  
en aquel punto contempla.  
Y en vano del bello mozo,

la vaga mirada inquieta,  
las miradas de la ingrata  
por que se encuentren acecha.  
En vano tras de la lámpara  
se ampara en la sombra negra,  
y, la ocasión esperando,  
los ojos le reverberan.  
En vano sobre el asiento  
se revuelve y se impacienta,  
haciendo á cada postura  
que rechine la madera.  
En vano, desenlazando  
del almete las correas,  
sacudió, como al descuido,  
de la gola entrambas piezas.  
En vano, al asir la espada,  
tropezó con las espuelas,  
y retumbó el aposento  
en rápido son de guerra.  
Rosa, ni por reprenderle  
ni por saludarle atenta,  
sobre el mancebo los ojos  
bajó un instante siquiera.  
De la habitación en torno,  
de uno á otro objeto los lleva,  
cual si fuese inventariando  
todos cuantos hay en ella.  
Viga á viga midió el techo,  
listón á listón la estera;  
contó, al parecer, los vidrios  
de la alcoba y de las puertas;  
los pliegues de su cintura,  
las rayas que hay en la mesa,  
y las líneas que sus manos  
por ambos lados presentan.  
Escuchó el silbar del cierzo  
que revuelve la veleta,  
el rumor de los que pasan,  
la bulla de las hogueras.  
Todo lo que no es Ibáñez  
parece que la interesa;  
hasta el son con que la lámpara  
húmeda chisporrotea.  
Pero el mozo allí se está  
y arrobado la contempla,  
y dos lágrimas de fuego

por las mejillas le ruedan.  
Cansado ya de esperar  
y desesperado de ella,  
dájola con voz tan blanda  
que contestaran las piedras:  
—¿Qué es aquesto, vida mía?  
Rosa, ¿qué mudanza es ésta?  
Tú, al partirme, me llorabas,  
¿y te enojas con mi vuelta?—

Rosa callando seguía,  
y él siguió de esta manera:  
—Héme aquí que vuelvo honrado,  
más tal vez que lo merezca,  
amigo de los valientes,  
querido en la corte misma.  
Pensé merecerte ahora,  
y he conseguido licencias  
para casarme contigo  
y alejarme de la guerra.—

Rosa callando seguía,  
como á quien oír le pesa,  
dando entre las blancas manos  
á los ceñidores vueltas.

Ibáñez, apenas dueño  
de su rebelde paciencia,  
entre ofendido y colérico,  
aguardaba una respuesta;  
hasta que, viendo que Rosa  
toda agotársela intenta,  
con sordo acento la dijo,  
celosos ojos tendiéndola:

—Si las nuevas que hube tuyas,  
cuerdo estimase por ciertas,  
¡vive Dios que no tornara,  
Rosa ingrata, para verlas!  
Si pensara yo que, imbécil,  
el oro te enloqueciera,  
trajera cuanto mi lanza  
para los cobardes deja;  
y si que ansiabas supiese  
honra de tanta nobleza,  
prendiera yo al condestable,  
y conde ó marqués volviera.  
Pero yo te quise, Rosa,  
aunque altiva, no opulenta,  
y pensé que, por valiente,

simple hidalgo me quisieras.—

Rosa, á este punto dejando  
el sillón en que se asienta,  
dijole:—Ibáñez, dejemos  
semejantes controversias:  
si te quise y no te quiero...  
—¡Por Dios vivo!...

—¡Ten la lengua!

Mañana mismo me caso;  
y, por súplica postrera,  
espero que de este pueblo  
partas esta noche mesma.  
Seré inconstante, traidora,  
liviana... cuanto tú quieras;  
pero lo tengo pensado,  
y estoy, Ibáñez, resuelta.  
—Pero...

—Tu empeño es inútil.  
Mi voluntad es aquésta.

—Y tus votos...

—Fueron falsos.

—Y tus caricias...

—Quimeras.

—¡Y tantos años perdidos  
en ilusiones risueñas!  
¡Tantos sudores y afanes!  
¡Tantos peligros por ella!  
¡Virgen santa, yo deliro!  
¿Qué infernal visión es ésta?  
Porque, á juzgarla posible,  
tanto tiempo no viviera.—

Y así Ibáñez exclamando  
se asía de las melenas,  
desencajando los ojos,  
como á quien sueños aquejan.  
Rosa, la luz en la mano,  
caminando hacia la puerta,  
miraba el dolor de Ibáñez  
con expresiva impaciencia.

En esto, en el aposento,  
la faz amante, risueña,  
el ferreruelo forrado  
de blanca y crujiente seda,  
dorado estoque, y de plumas  
linda gorra en la cabeza,  
entró don Bustos Ramírez

en apostura altanera.

—Linda Rosa...—dijo;—y viendo á Ibáñez que le contempla con ojos entumecidos, tornó la vista severa.

Rosa, apresurada, dijo:

—*Es un pariente que llega de la ciudad.*—Y don Bustos prosiguió así:—Norabuena. Seáis, hidalgo, bien venido: asistiréis á la fiesta, y recibirán mis bodas honra con vuestra presencia.—

Tendió al soldado la mano; y él, sin mirar lo que hiciera, con el recio guantelete la suya al barón presenta. La asió don Bustos, y dijo:

—A no saberlo, creyera que fuera, en vez de amistad, de reto esta mano prenda.— Miróle Ibáñez un punto, y en insondable reserva, velando el gesto, repuso: Tomadla como os convenga.— Y, tornando las espaldas, tomó á oscuras la escalera.

De brindis y carcajadas estrepitoso rumor se levanta de don Bustos en un inmenso salón. Alúmbranle mil bujías suspensas en derredor, entre guirnalda de flores que hábil mano entrelazó. Vistiéronle de tapices exquisitos en valor, y cubriéronle de alfombras, de un califa regio don. En ricos aparadores remeda la luz del sol vajilla espléndida de oro, de magnífico primor. Rueda el cristal por la mesa, y en no interrumpido son

gotea de vaso en vaso dulce y sabroso licor.

La fiesta es libre, opulenta, porque, pródigo el barón, á todo el pueblo de Rosa bodega y festín abrió.

Es cierto que, á los principios, el respeto á su señor, contentiendo á los vasallos, las lenguas les refrenó. Mas, al fin, de los manjares el succulento vapor, la libertad y la audacia á los villanos volvió.

Alzaron desordenados una voz sobre otra voz, un brindis sobre otro brindis; crecía la confusión, aumentábase el tumulto, y con discordé clamor cruzaban de una á otra punta osada conversación.

Ocupaban los hidalgos en la parte superior escaños de terciopelo casi á los pies del barón.

Y éste, más alto, con Rosa, usaba otro aparador, bajo un dosel de brocado do se ostenta su blasón. Pajes les sirven; doncellas les escancian el licor, y el contento les atiza la insolencia del bufón.

Al testero de la mesa, y en preferente sillón, está el capellán sentado, y síguele luego en pos el ilustre ayuntamiento, en gregüescos y jubón. Enfrente, entre otros hidalgos, en ademán pensador, se ve al serio Pedro Ibáñez, que bocado no gustó. Hinchados tiene los ojos, los cabellos sin olor,

la espada y la daga al cinto,  
 y el duelo en el corazón.  
 El resto ocupan sin orden  
 los que, de Bustó á la voz,  
 el mejor sitio encontraron  
 al entrar en el salón.  
 Los que en aquél no cupieron,  
 acomodarlos mandó  
 en otra mesa tendida  
 en un largo corredor,  
 y allí gritan y disputan,  
 harta apenas su ambición  
 con los sabrosos manjares  
 que devoran sin temor.  
 Toda la fiestá es tumulto,  
 todo murmullo el salón,  
 todo embriaguez y locura  
 los vasallos y el señor.  
 Y á pesar de los secretos  
 con que á la conversaci6n  
 dan impulso las mujeres  
 murmurando á media voz,  
 Rosa está linda, hechicera,  
 como jamás se mostró  
 caprichosa su hermosaura,  
 vertiendo gracias y amor.  
 Mirándose está en sus ojos  
 el fortunado barón,  
 olvidando ante su amada  
 cuanto hasta entonces gozó.  
 Y ella, radiante de orgullo,  
 alimenta en su ilusi6n  
 los hechizos que le embriagan  
 con estudiado primor.  
 Con lujosos atavíos  
 astuta se engalanó,  
 que acrecientan el deseo  
 del turbado corazón.  
 Guirnalda de blancas perlas  
 á sus cabellos ciñó;  
 escotado hasta los pechos,  
 bordado en oro el jubón;  
 el cuello de marfil orla  
 collar de bajo color,  
 del que pende de brillantes  
 la señal de redenci6n;

y están sus brazos desnudos,  
 cuyo brillo tentador  
 ostenta en sus movimientos  
 exquisita perfecci6n.  
 Don Bustos, á quien anima  
 la eficacia del licor,  
 decía en son de mandato,  
 fuerza añadiendo á la voz:  
 —¡Agotadme las bodegas!  
 que si dejáis, ¡vive Dios!  
 una gota, habéis de hacerme  
 de todo restituci6n.  
 A eso os llamé á mi castillo  
 y á mis fiestas; que, si no,  
 conforme me caso solo,  
 gozara solo.—Al rumor  
 de estrepitosos aplausos  
 estremeci6se el salón,  
 y por sobre el ronco ruido  
 así don Bustos siguió:  
 —¡Eh! Don Pedro, mi pariente,  
 capitán, ¿qué os hacéis vos?  
 ¿Estáis enfermo, ó acaso  
 os dijo algún impostor  
 que el mayordomo, envidioso,  
 mis cubas envenenó?  
 Si tal pensáis, os ofrezco  
 completa satisfacci6n.  
 Y, á propósito...—Así hablando  
 su inmensa copa apuró.  
 Tornaron las carcajadas,  
 los aplausos, y el barón,  
 encarado aún con Ibáñez,  
 en voz de mofa siguió:  
 —Puesto que vos no habéis hecho  
 á mis venenos honor,  
 os encargo que, si muero,  
 me enterréis como á quien soy.—  
 Volvieron á los aplausos,  
 y á tan tumultuoso son  
 asomaron por la sala  
 las gentes del corredor,  
 que aumentaron el desorden,  
 preguntando en pelot6n:  
 —¿Qué es aquesto?

—Entrad, amigos—

don Bustos ronco clamó.—  
 Veréis un anacoreta...  
 ¡Por la cruz del Redentor,  
 capitán, brindad conmigo  
 á mi venturosa unión!...—  
 Ibáñez la inmensa copa,  
 levantándose, tomó,  
 mostrando el sombrío gesto,  
 más que contento, furor;  
 y, afectando complacerse,  
 —¡Brindemos—dijo—barón!  
 Mas don Bustos, atajándole,  
 el brindis le interrumpió:  
 —¡Á mi embriaguez de esta noche,  
 que me emborracho por dos.—  
 Á estas palabras de Bustos,  
 de emponzoñada alusión,  
 Ibáñez, soltando el vaso,  
 cayó, vertiendo el licor.  
 —¡Bravo! Sin haber bebido,  
 el sueño le acogotó.  
 Capitán, ¡voto á mi sangre!  
 que sois un mal bebedor.

Seguía Ibáñez tendido  
 de espaldas en el sillón,  
 cogidos todos sus miembros  
 de congojoso temblor.  
 Mofáronle los villanos,  
 el gesto Bustos frunció,  
 palidieron las mozas,  
 y, en visible turbación,  
 Rosa sobre el blanco pecho  
 pálida la faz dobló.  
 Don Bustos, rompiendo un vaso,  
 alzó iracundo la voz:  
 —¿Os pesa, por vida mía,  
 capitán, mi dicha á vos?—  
 Alzóse sobre su asiento,  
 y el pueblo entero calló,  
 porque los ojos de Bustos  
 centellaban de furor;  
 temblaba en su escaño Rosa,  
 y así decía el barón:  
 —¡Brindad, capitán, conmigo  
 á mi boda, ó ¡vive Dios!  
 que esta noche mis lebreles

os desgarran el jubón!—  
 Á tan brusco llamamiento  
 Pedro Ibáñez requirió,  
 poniéndose en pie, su espada  
 con semblante tan feroz,  
 que oyóse entre las mujeres  
 un ¡ay! sordo de pavor,  
 y á sus espaldas la turba  
 cobarde retrocedió.

Don Bustos Ramírez, puestos  
 ambos pies en su sillón,  
 la izquierda sobre la mesa,  
 que, al recibirle, crujió,  
 mirábale de hito en hito;  
 y el áspero ahogado son  
 que le hervía dentro el pecho;  
 el borrascoso color  
 de sus ojos; la melena,  
 que le cuelga en confusión,  
 uniéndose con la barba,  
 que le cerca en derredor  
 todo el rostro, le semejan  
 á un formidable león  
 que acecha sobre una roca  
 la vida del cazador.  
 Pedro Ibáñez, frente á frente,  
 sin muestras de turbación,  
 fijó en sus ojos los ojos  
 y á la lid se apercibió.  
 Pasó un momento angustiado  
 en que nadie de los dos,  
 con movimiento ó palabra,  
 la contienda provocó.  
 La turba tenía ahogado  
 el aliento de terror,  
 y de ambos podía oirse  
 el latir del corazón.  
 Al fin don Bustos, en hondo  
 gemido, torvo exclamó:  
 —¡Brindad, hidalgo, á mis bodas,  
 ú os juro, á mi salvación,  
 que en la escarpia de una almena  
 os ahorco como á un traidor!—  
 Ibáñez, á estas palabras,  
 como una tigre veloz,  
 saltando sobre la mesa,

ligero una copa asíó.  
De un paso salvando el trecho  
que le aparta del barón,  
—Brindemos—dijo.

—¡A esta noche—

Bustos repuso—á mi amor!  
—¡A mi cabeza, don Bustos,  
que, clavada en un lanzón,  
os recuerde á todas horas  
toda una noche de amor!  
—¿Es un insulto?

—Es un brindis.

¿No le aceptáis?

—¡Sí, por Dios!

Bebed, y aquésa cabeza  
sea la última ilusión  
que alcancen á ver mis ojos,  
de mi féretro en redor.  
—¡Sea!

—¡Sea!—

Y afirmando  
tan sacrílega intención,  
todo el licor se sorbieron  
de un solo trago los dos.

Está la noche serena;  
melancólica la luna  
reverbera en la laguna,  
y manso el aire resuena.

Murmura en la parda sombra  
inquieta el Carrión pasando,  
con limpios hielos orlando  
del campo la árida alfombra.

No se alcanza en la ribera  
ni césped ni flor ni espiga  
que brote á la sombra amiga  
de alguna encina altanera.

Todo el campo es soledad,  
silencio y vapor confuso;  
que en todo el invierno puso  
viudez y esterilidad.

Vése á lo lejos la sierra  
con aparición extraña;  
que en la escarpada montaña  
la nieve esconde la tierra;

Y entre las breñas se escucha  
la ronca voz del torrente,  
cuyo ancho raudal rugiente  
conquistando espacio lucha.

Tal vez del mastín atento  
resuena el tenaz ladrido,  
oliendo el lobo escondido  
que acecha el redil hambriento.

Al pie de la alta colina  
yace el lugar solitario,  
acogido el vecindario  
al cerro que le domina.

Sobre él el negro castillo  
de don Bustos se columbra,  
del astro de paz que alumbra  
al resplandor amarillo.

Y aun vomitan sus ventanas,  
en confusión infernal,  
las cántigas que profanas  
respira la bacanal.

Aun puede oirse por ellas,  
con el brindis del barón,  
el seco y discorde son  
del vino y de las querellas.

Viénense allí á dibujar,  
con la luz de las bujías,  
mil medrosas fantasías,  
espantosas de mirar.

Y los vidrios de colores  
radian en la lobreguez  
la movible brillantez  
de fugaces resplandores.

Al pie del áspero muro  
inmóvil en la sombra está,  
contemplando las ventanas  
con desesperado afán,  
torvo el semblante y lloroso,  
sin apenas alentar,  
el triste y burlado Ibáñez,  
en insufrible ansiedad.  
Crispados tiene los puños,  
desencajada la faz,  
y el cuerpo todo acosado  
de una convulsión mortal.  
Vése en el húmedo ambiente  
su aliento á veces vagar,

como sombras que, brotando,  
 viven un punto no más.  
 Por los espesos bigotes  
 filtrando el rocío va,  
 y, mojándolas, sus ropas  
 azota el aire fugaz.  
 Amante desventurado  
 y desdeñado galán,  
 está en su mente midiendo  
 la infinita eternidad.  
 Porque, ¿qué vida le aguarda,  
 ni qué vida ha de esperar,  
 quien no halla en sus negros días  
 más que tedio y soledad?  
 ¡Tantos sueños de ventura,  
 tanta ilusión celestial,  
 tanta esperanza engañosa  
 perdida en la realidad!  
 ¡Tantos afanes por ella!  
 ¡Tanto sufrir y lidiar,  
 mirando la luz lejana  
 de un mentiroso fanal,  
 que fué tan sólo el reclamo  
 que anunció un puerto falaz,  
 para mirarle más cerca  
 engañado zozobrar!  
 ¿Do están las fragantes flores,  
 las bendiciones do están  
 con que el amor deliraba  
 en la juvenil edad?  
 Él fué á la sangrienta guerra,  
 como valiente, á buscar  
 premio y fortuna de hidalgo,  
 de que se sintió capaz.  
 Pródigo vertió su sangre,  
 de su vida sin piedad,  
 por volver ante su Rosa  
 digno de su amor fatal;  
 y ella en tanto, deslumbrada,  
 ó acaso liviana asaz,  
 en los brazos de otro dueño  
 se dispone á reposar.  
 ¡Oh, que esas risas confusas  
 que oye, á través del cristal,  
 desde el infame castillo  
 á la atmósfera brotar,

le parecen los aullidos  
 con que una turba infernal  
 aplaude atroz los tormentos  
 que alambica Satanás!  
 ¡Ellos celebrando alegres  
 en ruidosa bacanal  
 el bien que en despecho eterno  
 infeliz él llorará!  
 ¡Ellos brindis y cantares,  
 y amor y felicidad,  
 y él lágrimas y dolores  
 que nunca se acabarán!  
 ¡Oh! Y cobarde, aunque ofendido,  
 ¿resignado dejará,  
 aunque él su ofensa no olvide,  
 que la olviden los demás?  
 Mas ¿qué escucha el desdichado  
 con esa atención tenaz,  
 que hacia adelante tendido  
 al borde del foso está?  
 Los ojos le brotan fuego,  
 creciendo el aliento va,  
 y, atenzados los dientes,  
 déjanle apenas lugar.  
 Calmado el rumor lejano  
 de la impura bacanal,  
 oyóse un canto dulcísimo  
 en el salón murmurar.  
 Era una voz amorosa  
 y de enloquecer capaz  
 al corazón más hundido  
 en torpe incredulidad.  
 Del arpa del trovador  
 al misterioso compás,  
 suena á pedazos, perdido  
 en la distancia, el cantar.

«Mi vida, Busto, y mi alma,  
 »no tengo en mi mano yo;  
 »no tengo que darte, Busto,  
 »sino cuanta guarda de fe el corazón.  
 »Yo te le doy todo entero:  
 »vida y alma vuelva á Dios  
 »cuando le plazca, y tú, Busto,  
 »hasta á mi sepulcro disputa mi amor.»

Cesó el cántico, y se oyeron  
largos aplausos sonar,  
que estremecieron el aire  
en prolongada espiral.  
Ibáñez, como viajero  
que, harto ya de caminar,  
se sienta á buscar reposo  
donde ha de abrirse un volcán,  
retrocedió de aquel canto  
al desgarrador compás,  
despierto á la voz de Rosa  
su mal adormido afán.

«Dáale, ya que está en tu mano,  
jingrata! ese corazón—  
dijo—y el alma y la vida  
que vuelvan torpes á Dios:  
dásele, que por un soplo  
con que tornaros carbón,  
toda el alma y media vida  
á Satanás diera yo.»  
Y a questo diciendo Ibáñez,  
en agonía mortal  
revolcábase en la arena,  
hiriéndose sin piedad.  
Lanzaba del hondo pecho  
bramido tan gutural,  
tan feroz, que aun á las fieras  
alcanzara á amedrentar.  
Y dijeran, escuchando  
el ruido que haciendo está,  
que luchaba alguna de ellas  
con otra en la oscuridad.

Rueda entre tanto la argentina luna  
del vago cielo en el espacio azul,  
sombra dejando y niebla que, importuna,  
mancha y entume su radiante luz.

La escarcha entre los céspedes se cuaja,  
deshaciéndose en gotas de cristal,  
y cada espino que Aquilón rebaja,  
perlas por fruto transparente da.

En confusa ilusión todo se ostenta  
en la estéril llanura del país,

entre el velo de nieblas que se aumenta,  
cual pabellón colgado del cenit.

Allá en un valle do la niebla impura  
tarde se posa, el rápido Carrión,  
frágil rodando, en soledad murmura,  
con medroso y monótono rumor.

Ya del castillo en el salón se mengua  
la báquica algazara del festín,  
torpe tal vez con el licor la lengua,  
cuyo peso no alcanza á resistir.

Aun se alza entre el murmullo interrumpido  
el brindis tumultuoso del barón, [pido  
con el cantar de Rosa entretenido  
y el arpa del errante trovador.

Aun en los vidrios tibia se dibuja  
de alguna sombra la ilusión fugaz,  
como, al conjuro de andrajosa bruja,  
el diablo por el sol se ve cruzar.

Mal sosegado Ibáñez todavía,  
lanza celoso en iracunda voz  
los ayes postrimeros de agonía  
con que se extingue su perdido amor.

Dentro del pecho, en ponzoñosa llama  
sanguinosa, alumbrándole al morir,  
su negra antorcha vigorosa inflama  
la venganza que nace de su fin.

Pásanle por la mente dolorida  
mil fantasmas de impúdico placer,  
que embellecen sin fin la ajena vida,  
la suya desgarrándole á la vez.

La imagen del altivo castellano  
entre sus sueños por doquiera está.  
Doquier del sueño, entre el tumulto vano,  
amor se juran, ósculos se dan,

Doquier en ellos, de su ingrata Rosa  
la blanca sombra que la esquivaba,  
ve á otra fantasma presentando ansiosa  
los labios que arden de amorosa sed.

«¡Maldita!—entonces desolado exclama.  
¡Maldita seas, infernal visión!»;  
y el llanto que en su cólera derrama,  
la hoguera apaga del antiguo amor.

«¡Oh! ¿Qué me importa—el infeliz decía  
tarda opulencia y mentirosa preza,  
si la mitad de la existencia mía  
nunca con ella dividir podré?»

«Venga el infierno, y por la vida y alma  
mi venganza me dé, si no mi amor.  
Por ese instante de sangrienta calma  
lleve el infierno cuanto fué de Dios.»

Más se espesaba cada vez la niebla,  
menos radiaba en derredor la luz;  
el aura de honda oscuridad se puebla,  
nada se ve del firmamento azul.

Cual orla leve de fantasma errante;  
cual rayo de relámpago fugaz,  
creyó Ibáñez que viera por delante  
la sombra de un espíritu pasar.

Era un objeto silencioso y vago,  
sensible solamente á la visión,  
como reflejo que sombrío lago  
de un fuego fatuo á la presencia alzó.

Era una sombra que con propia vida  
no necesita luz para nacer,  
cual nube que en el éter va perdida,  
sin auxilio de plumas ni de pies.

Los ojos no conciben su contorno,  
no reducido á forma aquel vapor:  
tal vez en él deformidad y adorno,  
galas lo mismo que defectos son.

No trajo voz ni levantó sonido,  
por el húmedo suelo al resbalar;  
mas sintió el corazón, sin el oído,  
del triste ser la intermediación fatal.

Tocóse Ibáñez la ardorosa frente,  
y la ancha mano se inundó en sudor.  
Razón y ayuda demandó á su mente,  
y no estaba en su mente su razón.

Tendió la mano á la segura tierra  
el cuerpo que vacila á sostener,  
y, en vez del césped, en sus dedos cierra  
áspero hierro que se aprieta á él.

En vano abierta la medrosa mano,  
le abandona á su propia gravedad:  
las palmas hacia sí retira en vano:  
siempre tras ellas el objeto va.

Ásele al fin: le oprime; es una llave.  
¿Quién en aquellos sitios la perdió?  
Un peregrino, un trovador: ¡quién sabe!  
Tal vez del cinto la perdió el barón.

Ibáñez la guardó. Siniestro y lento  
era su paso, y tardo el caminar;  
parecía que el solo pensamiento  
empujaba á la muerta voluntad.

Él tenía un secreto repentino  
que jamás hasta entonces comprendió;  
sólo en la mente le abortó el destino:  
no lo supo jamás el corazón.

Ibáñez ni se acuerda ni lo sabe,  
que con su mente su intención no va:  
sólo percibe que, al llevar la llave,  
crece en el pecho vengativo afán.

Ni piensa, ni resiste, ni consiente:  
ignora acaso su intención cuál es;  
mas ni duda á la par ni se arrepiente  
de lo que llegue á consentir ni hacer.

En un pilar que sobre el foso oscuro  
 en una grieta de la peña está,  
 metió la llave, y, recediendo el muro,  
 postigo oculto le convida á entrar.

Hundióse Ibáñez por el muro hendido,  
 silencioso, sombrío, audaz, traidor,  
 como un remordimiento mal dormido  
 entra en el descuidado corazón.

Quedóse en soledad el campo mudo,  
 y entre la lobreguez tornóse á oír  
 la voz del aquilón salvaje y rudo,  
 y el murmullo apagado del festín.

Quien mirara á Pedro Ibáñez  
 ir caminando á deshora  
 por las cuevas del castillo  
 al resplandor de una antorcha,  
 erizados los cabellos,  
 la faz amenazadora,  
 los pasos desatentados,  
 creyérale alguna sombra  
 que, alzando de su sepulcro  
 la fría y maciza losa,  
 de Dios á los vivos trae  
 sentencia exterminadora.  
 Sus lentos pasos retumban  
 por las olvidadas bóvedas,  
 y de una en otra perdidos,  
 cual gemidos se prolongan.  
 En las grietas de las piedras,  
 las arañas hiladoras,  
 al resplandor de la luz,  
 los negros cuerpos asoman;  
 y á la inflexión de la llama,  
 que vacilante y dudosa  
 reverbera por los muros,  
 que viste tiniebla lóbrega,  
 fantasmas de luz se pintan,  
 cuya aparición diabólica,  
 en el punto que se muestra,  
 vuelve á perderse en la sombra.  
 En cada rincón oscuro  
 en que la vista se posa,

parece que amedrentadas  
 quimeras le desalojan.  
 Á cada puerta ó esquina  
 que se pasa ó que se dobla,  
 parece que allá á lo lejos  
 vuelan en fúnebre tropa.  
 Todas las manchas y bultos  
 rostro y movimiento toman,  
 y ya miran, ya amenazan,  
 ya ríen, temen ó mofan.  
 Visiones descoloridas  
 que el alma crédula aborta  
 en la niñez, atacada  
 de fábulas mentirosas.  
 A pasos lentos Ibáñez,  
 caminando incierto, topa  
 ancho salón embutido  
 de madera hasta la bóveda.  
 Allí, de pez y de plomo  
 y materias resinosas,  
 inmenso almacén juntaron;  
 que para defensa propia,  
 en tiempos tan turbulentos,  
 precaución ninguna sobra.  
 Como obedeciendo Ibáñez  
 á oculta causa imperiosa,  
 ó de antiguo pensamiento  
 á la fuerza tentadora,  
 debajo los combustibles  
 metió resuelto la antorcha.  
 Brotó la seca madera,  
 espesa, turbia y sonora  
 nube de volátil humo  
 con que el fuego se corona.  
 Cerrando entonces la puerta,  
 Ibáñez, á tientas toma  
 la ruta por donde vino  
 hasta una escalera rota;  
 y en lucha áspera y difícil,  
 asaltando una tras otra,  
 llegó á la torre en que Bustos,  
 señor del castillo, mora.

Era una torre capaz,  
 circundada á la redonda  
 de un terrado que rematan  
 las almenas protectoras.

A su amparo, y defendidas  
de exterior ofensa, toman  
la luz dos anchas ventanas,  
que rejas robustas orlan.  
Corrió Ibáñez á una puerta  
una barra poderosa,  
que impide abrirla por dentro,  
y la faz pálida y torva,  
asiéndose de una reja,  
por una ventana asoma.

Ya libres de las miradas  
de la multitud curiosa,  
que, grosera é imprudente,  
hasta cuando aplaude estorba,  
en delicioso retiro,  
Rosa y don Bustos á solas,  
de sus amores platican  
en su cámara ostentosa.  
Ella aparece cual nunca  
halagüeña y seductora,  
suelto el cabello y los lazos,  
aliviada de las joyas.  
Él en sus brazos la aduerme  
en ilusión amorosa,  
más que nunca embebecido  
en las gracias que la adornan.  
Ella en silencio le mira,  
y las lágrimas le borra  
que, de amor y de esperanza,  
de los párpados le brotan.  
Él los labios encendidos,  
la mirada borrascosa,  
que aun turba el licor ardiente  
cuyos vapores le embotan.  
Y ella, con ósculos tiernos,  
templando la abrasadora  
sed de sus labios, le besa  
entre osada y ruborosa.  
Una cortina de seda,  
que entera cubre la alcoba,  
vela á los profanos ojos  
la escena voluptuosa;  
aunque la luz de una lámpara,  
cuanto olvidada traidora,  
trémula dibuja en ella,

si no los gestos, las sombras.

Si los ojos de un celoso,  
cuando las dudas le acosan,  
pudieran salvar los muros  
en las alas de su cólera,  
bien pudieran los de Ibáñez  
hacer jirones ahora  
la impertinente cortina  
en donde atento los posa.  
Dos barras de la ancha reja  
ase, que casi las dobla,  
y los ojos de serpiente  
se le saltan de las órbitas.  
Sin perder línea ni pliegue  
de la tela tembladora,  
sigue el movimiento fácil  
de las proyectadas sombras.  
Y ajenos de aquel testigo  
Bustos Ramírez y Rosa,  
sus amorosas caricias  
en la soledad redoblan.  
Crujían los blandos besos  
en la morada recóndita,  
y afuera del triste Ibáñez  
las aspiraciones roncadas.  
A cada amante palabra  
que en el aposento brota,  
responde en la oculta reja  
una blasfemia espantosa.  
Y entre tanto que uno sufre,  
y libres los otros gozan,  
doblar se oyó la campana  
que á fuego y rebato toca.  
Interrúmpese el placer,  
y el sufrimiento se corta;  
y el que antes gozaba, sufre,  
y el que antes sufría, goza.  
Al ronco empuje del cierzo  
que con dobles alas sopla,  
crece el incendio y revientan  
las llamas devastadoras.  
Caen las techumbres de cedro,  
las almenas se desploman,  
estremécense las torres,  
y se derrumban las bóvedas.  
Cada sala es una hoguera,

cada ventana una boca  
 que humo y resplandor vomita  
 y brama en tormenta sorda.  
 En vano piden de dentro  
 que en su angustia les socorran;  
 en vano aterrados gritan,  
 gimen, blasfeman ú oran.  
 Sordos están cielo y tierra:  
 denso el humo les ahoga,  
 y con el son del incendio  
 sus lamentos se sofocan.

De aquella terrible hoguera  
 á la trémula luz roja  
 se ve de los campesinos  
 la turba triste y medrosa,  
 como viajeros curiosos  
 que contemplando se asombran  
 una erupción del volcán  
 que fuego y peñascos brota.  
 Y allá del Carrión humilde  
 á la margen de las ondas,  
 Ibáñez también lo mira  
 con indiferencia torva.  
 Apoyado está en un tronco,  
 asida una mano á otra,  
 y en una almena los ojos  
 que ruina amenaza pronta.  
 Al fin de afanosa lucha  
 desesperada y dudosa,  
 cayó en el foso la almena;  
 y tras de la piedra rota  
 quedó una ventana en donde,  
 como ilusión dolorosa,  
 los brazos al cielo tienden,  
 por la reja, dos personas.  
 No se sienten sus lamentos,  
 ni se alcanza de su forma  
 más que la expresión horrible  
 de su profunda congoja.  
 Llamas voraces les cercan  
 en irresistible tropa,  
 de cuya rabia es inútil  
 implorar misericordia.  
 La inmensa torre rodean,  
 puertas y muros devoran.  
 Y, ¿cómo esperar perdón

de quien ni piedras perdona?  
 Una llamarada inmensa  
 la cerró en sus pliegues toda,  
 y se borró para siempre  
 la aparición congojosa.

Dejó la ribera Ibáñez,  
 y al despuntar de la aurora,  
 á todo escape, en un potro,  
 valle y castillo abandona.

Del espléndido palacio  
 que ocupa en Valladolid  
 el rey don Juan el Segundo,  
 ya de su reinado al fin,  
 están recordando alegres  
 su antigua amistad pueril  
 dos bizarros cortesanos  
 en oculto camarín.  
 Y en el continuo abrazarse,  
 y en el continuo reir,  
 se ve que en hallarse tienen  
 satisfacción infantil,  
 y que cada cual se goza  
 la ajena historia en oír,  
 como en recordar la suya,  
 tal vez triste para sí.  
 Están en el propio punto  
 en que, de entrambas al fin,  
 tornan á identificarse  
 y su gozo á repetir.

DON RODRIGO

¿Conque ¡voto á Belcebú!  
 aquel antiguo soldado  
 que tanto lidió á mi lado  
 por mejor causa eres tú?

IBÁÑEZ

Yo mismo sin duda alguna;  
 aquel Ibáñez soy yo.

DON RODRIGO

Mucho á entrambos acudió  
 compasiva la fortuna.

IBÁÑEZ

Compáranla á una veleta  
por tan inconstante ser.

DON RODRIGO

Dejara de ser mujer  
fortuna, á no ser inquieta.

Más otro abrazo me da,  
que aun dudo si estoy soñando.

IBÁÑEZ

Abrazos te iré yo dando,  
si éste te despertará.

DON RODRIGO

Mas, por Dios, que rico te hallo,  
Ibáñez, y, á lo que veo,  
no ayudó mal tu deseo  
tu lanza con tu caballo.

Pues, si no me acuerdo mal,  
era tu única riqueza.

IBÁÑEZ

Expatrióse mi pobreza  
merced al favor real.

Dijeron de mi valor  
no sé qué, y conde me hicieron.

DON RODRIGO

Bien con tu valor cumplieron.

IBÁÑEZ

No, sino con mi favor.

Debióme la vida el Rey  
en Navarra, y no fué más.

DON RODRIGO

¡Oh! ¡Pues voto á Barrabás,  
que fueron hombres de ley!

¿Y qué hacen, viéndote rico,  
esos parientes hambrientos?

IBÁÑEZ

Don Pedro llaman atentos  
al que llamaban Perico.

Yo les dispenso el cumplido,  
y les abrazo cortés.

Pídenme, niego, y después  
se van por donde han venido.

Pero á tí, ¡por vida mía  
que tampoco mal te fué!

DON RODRIGO

Tanto, Ibáñez, porfié,  
que salí con mi porfía.

No me tocó, como á tí,  
condado ni valimiento;  
pero en oro puro cuento  
cuanto basta para mí.

IBÁÑEZ

Y á bien que, si la memoria  
de tu ambición no me engaña,  
no te basta toda España.

DON RODRIGO

Aquí paz, y después gloria.

Poseo lo que me basta  
para tener envidiosos,  
amigos menesterosos  
y una numerosa casta.

Aturdido me dejaron  
á mi vuelta tales gentes;  
no sé cuándo mis parientes  
así se multiplicaron.

IBÁÑEZ

¿Y consiguen de su afán...?

DON RODRIGO

Lo que los tuyos de tí:  
Pídenme, niego, y así  
por donde vienen se van.

IBÁÑEZ

¡Justo! Así, beso por beso,  
y puñada por puñada.

DON RODRIGO

Cual ella me fué obligada  
Por mi gente me intereso.

Pero bien está, y responde:  
 ¿En qué tu amor se quedó?  
 ¿En humo se disolvió  
 con el resplandor de conde?

IBÁÑEZ

El antiguo, hace seis años  
 humo es, como bien has dicho;  
 que vienen tras un capricho  
 un millón de desengaños.

Pero hoy....

DON RODRIGO

Oyéndote estoy:  
 concluye. ¿Por de contado  
 que estarás enamorado?

IBÁÑEZ

Rodrigo, nunca como hoy.

DON RODRIGO

¿Será hermosa?

IBÁÑEZ

Como un oro.

DON RODRIGO

¿Niña?

IBÁÑEZ

Diez y ocho quizás.

DON RODRIGO

Pues ya no la falta más  
 que ser rica como un moro.

IBÁÑEZ

Lo cierto en ello no sé;  
 pero en la corte introdujo  
 su llegada tanto lujo,  
 que casi escándalo fué.

DON RODRIGO

Pues, por Dios, que la fortuna  
 no se cansa en tu favor.

Pero tendrás de su amor  
 prendas que....

IBÁÑEZ

Indignas, ninguna.

DON RODRIGO

¿Pero rivales un ciento?

IBÁÑEZ

No, por cierto, don Rodrigo.  
 Yo sólo soy quien consigo  
 finezas y valimiento.

Es cierto que no hay barón,  
 hidalgo, conde ó marqués  
 que no rindiera á sus pies  
 su fortuna y su blasón.

No hay trovador ni galán  
 que en cantares y torneos  
 no se exceda en galanteos  
 á Rosa de Montalbán.

Todos los ojos en ella  
 detiene la multitud,  
 porque tiene de virtud  
 cuanto de rica y de bella.

Mas ella por importunos  
 acredita sus festejos;  
 todos los ojos de lejos  
 la gozan, cerca ninguno.

Y te aseguro en verdad  
 que, aunque la amo como un loco,  
 no estimo, Rodrigo, en poco  
 por ello mi vanidad.

DON RODRIGO

De tu fortuna me admiro,  
 Pedro Ibáñez, envidioso,  
 y más estoy de orgulloso  
 cuanto más feliz te miro.

¿Mas quién es esa hermosura  
 tan sin tacha de mujer?

IBÁÑEZ

No pude tanto saber.

DON RODRIGO

Pues á fe que es aventura.

IBÁÑEZ

Porque nada se concilia  
de haber nacido en la Galia,  
y en Aragón y en Italia  
tener hacienda y familia.

Su apellido es castellano,  
Rodrigo, como tú ves.

DON RODRIGO

Y pienso que también es  
hasta francés é italiano.

Pero, pues es rica y bella  
y os amáis los dos así,  
tanto es ella para tí  
como eres tú para ella.

Cuando estemos más á espacio,  
Pedro, me la mostrarás.

IBÁÑEZ

Esta noche la verás,  
que ha de venir á palacio.

Por mujer la he de pedir,  
y esta noche he de saber  
si puede, y cómo ha de ser;  
que ella me lo ha de decir.

DON RODRIGO

¿Tan pronto?

IBÁÑEZ

Estoy decidido.

Tanto en sus ojos me abraso,  
que este mismo mes me caso,  
si consiente en lo que pido.

DON RODRIGO

Prodigio será en lo bello,  
según de perdido estás.

IBÁÑEZ

Esta noche la verás  
y decidirás en ello.

Entre tanto, hasta después,  
que el rey sale.

DON RODRIGO

Vete en paz.

Y que en verla habré solaz,  
no te olvides.

IBÁÑEZ

Adiós, pues.

Tomó Ibáñez la escalera  
que daba al cuarto del rey,  
sin que Rodrigo los ojos  
un punto apartara de él.  
Doblóse detrás de Ibáñez  
la mampara en la pared;  
el ruido de sus pisadas  
se acabó al fin de perder,  
y aun le parece que le oye,  
que le abraza y que le ve:  
tanto el encuentro de Ibáñez  
fué á don Rodrigo placer.  
Pasaron unos momentos  
en que, perdido tal vez  
en recuerdos deliciosos,  
quedó distraído en pie,  
los ojos en la mampara  
que cerró al salir aquél,  
y una sonrisa en los labios  
de verdad y sencillez.

Al fin, soltando un suspiro,  
exclamó el rostro al volver:

— «¡Por la Virgen, que me alegro!  
¿Quién lo imaginara de él?

—

Por la plaza de San Pablo,  
ya bien entrada la noche,  
del palacio real volviéndose  
van platicando dos hombres;  
y á la luz que reverberan  
dos moribundos faroles,  
aunque no se ven sus rostros,  
sus figuras se conocen.  
A corto trecho delante,  
y á lentos pasos, recorre  
vía igual una litera,  
seguida de dos hachones;  
y entre las verdes cortinas,

á los rojos resplandores,  
 se divisan dos mujeres  
 sentadas en los sillones.  
 Atravesaba todo ello  
 por la oscuridad informe,  
 como de los sueños pasan  
 fantásticas las visiones.  
 Y en los criados que alumbran,  
 y en los oscuros colores  
 que viste la comitiva  
 de las cortesanas nobles,  
 un no sé qué se trasluce  
 de rápidas precauciones,  
 que todo parece envuelto  
 en invisibles vapores.  
 Al reflejo de las luces  
 se ven los rostros inmóviles,  
 los ojos cristalizados  
 de los negros servidores.  
 Y algún crédulo dijera  
 que en tal misterio se esconde  
 un cumplimiento severo  
 de las celestiales órdenes.  
 Mas fuera vano temor  
 de la ilusión de la noche,  
 porque, entrados en un patio,  
 los hidalgos se disponen  
 á recibir á las damas  
 á quien parece que rondan,  
 según del alcázar fueron  
 detrás de ellos hasta entonces.  
 —¡Rosa mía!—exclamó el uno,  
 prestando en los escalones  
 primeros el brazo á una,  
 al parecer, la más joven.  
 —Estáis, don Pedro, servido—  
 ella pronta respondióle,  
 abandonando en las suyas  
 una mano que él recoge.  
 —Mi madre consiente en ello,  
 y, excusando dilaciones,  
 en vos está la tardanza.  
 —Por que tal dicha se logre,  
 perdiera cuanto poseo.  
 Sueño parece esta noche,  
 que no he de olvidar jamás.—

Aquí á los anchos salones  
 llegaban de su palacio,  
 en cuyos ricos primores  
 es bien que audaces los ojos  
 se admiren cuando se posen.  
 De finísimos tapices  
 toda la sala vistióse;  
 mullida, en el pavimento,  
 alfombra de vivas flores;  
 candelabros de oro y plata  
 por las mesas y rincones,  
 y vajillas y preseas  
 doquiera en aparadores.

Rosa y don Pedro, sentados,  
 esperaron á que torne  
 don Rodrigo, que acompaña  
 á la madre desde el coche,  
 delante una chimenea,  
 cuyos morillos de bronce  
 teniendo están, disolviéndose  
 en ceniza, medio noble.  
 Entre las llamas volubles  
 lanzan los rojos tizones  
 chispas que, naciendo espléndidas,  
 desaparecen veloces.  
 El humo elástico asciende  
 en espirales deformes,  
 despedido por las llamas  
 que brotan á borbotones.  
 Y por doquiera que el tronco  
 lentas ó voraces orden,  
 hierbe la savia que mana  
 resistiendo sus furioses.  
 Entró por fin don Rodrigo,  
 y apenas Ibáñez viole,  
 tomándole de la mano,  
 delante Rosa le pone:  
 —Esta es mi esposa—le dijo.—  
 Alzó Rodrigo la noble  
 frente, y la beldad de Rosa  
 viendo, en verdad asombróse.  
 Saliéronse del salón,  
 y al cruzar por los portones,  
 á Rodrigo, que le sigue,  
 Pedro Ibáñez preguntóle:  
 —¿Qué te parece de Rosa?

¿Otra más linda conoces?  
 —¡Por Dios! contestó Rodrigo—  
 que no la hay entre los hombres!  
 Y así permitan los cielos  
 que tantos años la goces  
 como ella tiene de deudas  
 á los cielos de favores.

Era Rosa de célica hermosura,  
 rica de gracias, rebosando amor;  
 trasunto de la esbelta criatura  
 que hizo en el fértil Paraíso Dios.

Soles los ojos, rosas la mejilla,  
 risa los labios y marfil la tez,  
 donde la calma de la infancia brilla  
 rica, á pesar de juvenil placer.

No pertenece su hermosura y gala  
 á género, ni siglo, ni país,  
 ni terrena beldad llega ni iguala  
 de la alma Rosa á la beldad gentil.

Gravita apenas en la blanda alfombra  
 la leve huella del enano pie,  
 y tiene más de vaporosa sombra,  
 de inefable visión, que de mujer.

Flota el cabello en perfumados rizos  
 al impulso de céfiro fugaz,  
 velando de la espalda los hechizos  
 su voluble y espléndida espiral.

Cóenla en la mórbida cintura,  
 en grupos que sujeta el cinturón,  
 los pliegues de la blanca vestidura,  
 que agita ligerísima en redor;

Como las aguas de elevada fuente  
 caen en hebras de líquido cristal,  
 y el aura con mansísima corriente  
 las mece confundidas al bajar.

Doquier que está la delicada Rosa,  
 en la corte, en el baile, en el festín,  
 no hay ojos ni atención para otra hermo-  
 todo lo absorbe poderosa en sí. [sa:

Por eso pasa solitaria vida  
 en medio de ruidosa sociedad,  
 de las damas sin duda aborrecida,  
 y respetada del amante audaz.

Y por eso á los pies de sus balcones  
 guardias perennes embozados son,  
 y óyese de estocadas y canciones  
 en alta noche desigual rumor.

Siempre á sus puertas, en misión de amo-  
 dueñas y pajes aguardar se ven, [res,  
 ya ramilletes de tempranas flores,  
 ya amorosos billetes á traer.

Pero nunca se abrió puerta ó ventana  
 ni billete ni flor á recibir;  
 del palacio jamás la soberana  
 canto pagó de trovador gentil.

Jamás oído de varón dichoso  
 el eco suave de su acento oyó,  
 ni una mirada por su afán penoso  
 gozó de Rosa parecido á amor.

Ninguno supo su pasada historia;  
 nadie el solar en que nació cuál es;  
 nadie de su beldad tiene memoria,  
 nadie pudo á su gente conocer.

Si algún osado su familia y tierra  
 de sus esclavos á inquirir llegó,  
 el secreto tenaz en que creciera,  
 no supo nunca por su propia voz.

Vagos rumores, misteriosos cuentos  
 corren de ello tal vez en la ciudad;  
 mas posan en tan vanos fundamentos,  
 que apenas nacen cuando en tierra dan.

Un hombre sólo su palacio abierto,  
libres sus salas, encontró tal vez,  
y, de su audacia y su fortuna incierto,  
pasó el umbral con receloso pie.

Ibáñez sólo de la linda maga  
tocó la mano y escuchó la voz.  
Ibáñez sólo de placer se embriaga,  
cediendo irresistible á la pasión.

No exhaló en vano sus amantes quejas,  
velado en la nocturna oscuridad;  
que, cuando ronda sus doradas rejas  
ella amorosa á responderle va.

Nunca enojada de su amante exceso,  
por un cariño le volvió un desdén;  
porque, con fácil y abrasado beso,  
una mirada le pagó tal vez.

Sólo testigo de su amor demente  
fué don Rodrigo, y admiró su amor;  
sólo con él su mercenaria gente  
la fortuna de Ibáñez defendió.

Mas que á despecho de la corte fuera,  
él la idolatra á cada instante más;  
y por desprecio de la corte entera,  
su boda Ibáñez preparando está.

Era una noche de aterida niebla,  
en que refleja tan dudosa luz,  
que entre la sombra que el espacio puebla  
nada se ve del firmamento azul.

En un salón henchido de riqueza,  
un inmenso cercando aparador,  
los vasallos están de más nobleza  
que el rey don Juan entre su corte halló.

Acogotando allí su envidia toda,  
damas é hidalgos en el real festín  
brindan y cantan á la ansiada boda,  
mal recatando su despecho así.

Suenan las copas, y las arpas suenan  
con largo y libre interminable son,  
y el aire denso y perfumado llenan  
de blando y ronco y desigual rumor.

Al lado Ibáñez de su linda esposa,  
ebrio de amor y de ventura está;  
y cuanto admira la beldad de Rosa  
crece en el pecho su amoroso afán.

Toda su vida le parece un sueño,  
entre cuyos vapores nada ve  
más que el camino que tras largo empeño  
le trajo de esta noche hasta el Edem.

Rosa se muestra como nunca bella,  
cual nunca Ibáñez por azar la vió;  
aunque hoy encuentra perspicaz en ella  
algunas galas que la van mejor.

Halla en su rostro la expresión incierta  
de una vaga ilusión de otra mujer,  
con cuya oculta realidad no acierta,  
y cuyo tipo conoció tal vez.

Á veces piensa que la faz de Rosa  
no es de su Rosa la continua faz,  
y aun le parece que su frente hermosa  
muestra á intervalos palidez mortal.

Pero es un sueño; de la alegre fiesta  
y de los brindis los efectos son.  
Mas su cariño á su ilusión se presta,  
crece con ella el fuego de su amor.

Aquella misteriosa semejanza  
más le contenta y satisface más;  
y, aunque ebrio acaso, la razón no alcan-  
hoy como nunca satisfecho está. [za,

Cesó la fiesta: libre el aposento,  
todo en desorden por final quedó;  
y ambos, á paso vacilante y lento,  
van del placer y de la dicha en pos.

Ya era alta noche. Por la densa niebla  
cruzaba apenas tan dudosa luz,  
que entre la sombra que el espacio puebla,  
nada se ve del firmamento azul.

#### CONCLUSIÓN

Ya libres de las miradas  
de la multitud curiosa,  
que, envidiosa ó imprudente,  
hasta cuando aplaude estorba,  
en delicioso retiro  
don Pedro Ibáñez y Rosa,  
enamorados platican  
en el altar de su alcoba.

Ella parece cual nunca  
halagüeña y seductora,  
suelto el cabello y los lazos,  
y aliviada de las joyas.  
Él en sus brazos la aduerme  
en ilusión amorosa,  
más que nunca embebecido  
en los encantos que adora.  
Ella en silencio le mira,  
y las lágrimas le borra  
que de amor y de esperanza  
de los párpados le brotan.  
Él los labios encendidos,  
la mirada borrascosa,  
que aun turba el licor ardiente  
cuyos vapores le embotan;  
y ella, con ósculos tiernos  
templando la abrasadora  
sed de sus labios, le besa  
entre osada y ruborosa.  
Una cortina de seda,  
que entera cubre la alcoba,  
vela á los profanos ojos  
la escena voluptuosa.  
Aunque la luz de una lámpara,  
cuanto olvidada traidora,  
trémula dibuja en ella,  
si no los gestos, las sombras.  
¡Noche de amor y esperanza,  
que de la modesta esposa

queda como blanco sueño  
para siempre en la memoria!  
La de Ibáñez, ¡vive Dios  
que olvidó su vida toda,  
sus placeres y sus cuitas,  
su deshonor y su gloria!  
No hay más pasado en su mente,  
más porvenir no ambiciona;  
vendiera por esa noche  
toda su existencia á Rosa,  
aunque un frío involuntario  
todo su cuerpo aprisiona,  
cual si en sepulcro pudiera  
convertírsele la alcoba.  
Algunas veces mirando  
los ojos de la que adora,  
creyó alcanzar dentro de ellos  
alguna imagen diabólica.  
Alguna vez, embriagado  
en su risa encantadora,  
creyó que los labios puros,  
tomando distinta forma,  
mostraban por un momento  
en negra ilusión dudosa,  
de un monstruo desconocido  
la áspera y sangrienta boca.  
—¿Qué piensas, Ibáñez mío?  
¿Qué mal, dime, te acongoja,  
que vas el color perdiendo?—  
dijo al esposo la esposa.  
Al contemplarla el semblante,  
su espanto y asombro doblan.  
E Ibáñez, con ambas manos,  
entrambos ojos se frota.  
Ella tornó á su pregunta,  
y él á su silencio torna,  
como quien tiene delante  
un espectro que le acosa.  
—¿Qué sientes?  
—¡Oh! Nada, nada;  
mas la vista se me borra,  
los objetos me vacilan.  
¡Cielos! ¿Qué es aquesto, Rosa?  
¿Qué dices, que no te entiendo?  
—¡Ah! ¿Eres tú, niña? Perdona;  
mas ¡tal vez mi fantasía

se me está volviendo loca!  
No sé por qué, mas el miedo  
que de mí se posesiona...  
¡Oh, ciégame con tus labios!  
Ven á mis brazos, ¡oh Rosa!—

Echóse en ellos la niña,  
ansioso Pedro abrazóla;  
mas, al tocarla, dió un grito,  
como quien espinas toca.  
—¡Quemas!—la dijo espantado;  
y soltándola en la alfombra,  
se miró el triste los dedos  
con que sostuvo su forma.

Ella seguía diciéndole,  
con sonrisa seductora:  
—¿Qué tienes, Ibáñez mío,  
que cuanto dices me asombra?—

Y él con ojos aterrados  
continuaba en su congoja,  
contemplándola sin habla  
en convulsión espantosa.  
Al fin con hondo cariño  
ella las manos le toma,  
diciendo con voz más suave  
que el murmullo de las hojas:  
—Amor mío, vuelve en tí!

Yo soy, mírame, tu Rosa;  
tú me lo has dicho, ¡alma mía!  
Soy tu amor, tu Dios, tu gloria.—  
Sonrió apenas Ibáñez,  
y medroso preguntóla:

—He soñado, ¿no es verdad?  
Tú me despiertas ahora.  
—Sí, por cierto, esposo mío;  
tú me has dicho tantas cosas...  
tantos delirios... que casi  
temí contigo estar sola.

—¡Oh, signe, sigue!... ¡Qué dulce  
me suena tu voz, hermosa!  
Sigue.

—¿Quieres que te cuente,  
para adormirte, una historia?  
—Sí, sí; dime cuanto quieras,  
con tal que tu acento oiga.  
—Pues escucha, que tal vez  
se disipe tu congoja.—

Ibáñez, como quien sale  
de pesadilla penosa,  
su voz escuchaba atento  
suave, argentina, sonora,  
sin acertar á entender  
la sensación dolorosa  
que un momento antes le hacía  
su presencia encantadora.  
Él recostado en el lecho,  
ella á su lado en la sombra,  
esto á Ibáñez le decía  
risueña y voluptuosa:

«En un toseo pueblecillo,  
aunque no recuerdo dónde,  
vivía un barón ó un conde,  
que es igual, en su castillo.

En este pueblo vivía  
una villana, ¡oh, hermosa!  
La reina más orgullosa  
por ella se trocaría.

Rosa, como yo me llamo,  
la villana se llamaba;  
y un pobre hidalgo la amaba  
tanto como yo te amo.»

Ibáñez, en su embeleso,  
dulcemente sonrióla,  
y, besándola en los labios,  
siguió la niña su historia.

«Vióla el barón cierto día,  
y, al contemplarla tan bella,  
ciego de amores por ella,  
sólo por su amor vivía.

Pródigo la regaló,  
y tal su cariño fué,  
que por prenda de su fe  
su mano la prometió.

Ella, avara ó inconstante,  
casóse al cabo con él.  
¡Fué una noche bien cruel  
para el olvidado amante!

Éste llegó de la boda  
el mismo día anterior;

alas le prestó el amor...  
¡Vana diligencia toda!

De su ventura testigo,  
sólo él llorando su duelo,  
no halló para su consuelo  
un pariente ni un amigo.»

A estas palabras, Ibáñez  
embebido interrumpióla:  
—Tu voz me encanta; mas pienso  
que es triste ese cuento, Rosa.  
—Oísele á un peregrino  
en una sentida trova;  
mas deja que te le cuente,  
porque es muy linda la historia.

«Despechado en su afición,  
maldiciendo su fortuna,  
dejó la fiesta importuna,  
y, abandonando el salón

En que los brindis doblaban,  
bajó en su atán amoroso  
á llorar al pie del foso  
lo que en la torre cantaban.

Era una noche serena,  
en que la brillante luna  
reflejaba en la laguna  
con la luz de Enero llena.

Todo estaba en soledad,  
velado en vapor confuso;  
que en todo el invierno puso  
huellas de esterilidad.

Hervía el río á lo lejos,  
medroso el viento sonaba,  
y el aire espeso vibraba  
del agua con los reflejos.

El negro y alto castillo  
allá en la sombra se vía  
del blanco fanal que huía  
al resplandor amarillo.

Y aun en murmullo infernal  
lanzan sus rojas ventanas  
las cántigas que profanas  
respira la bacanal.

Aun puede oirse por ellas,  
con el brindis del barón,

el ronco y discorde son  
del vino y de las querellas.

Y sus vidrios de colores  
radian en la lobreguez  
la movible brillantez  
de fugaces resplandores.

El amante desdeñado,  
sin poder con su dolor,  
pensó, en su amargo furor,  
en verse, al menos, vengado.

«Por ese breve placer,  
»exclamó—diera al infierno  
»cuanto Dios puso de eterno  
»en mi despreciable ser.»

Tembló pavoroso Ibáñez  
á estas palabras de Rosa,  
palideciendo al impulso  
de una sangrienta memoria.  
Y ella, con triste sonrisa,  
entre doliente y sardónica,  
siguió, á los ojos de Ibáñez,  
cambiando su imagen propia.

«Á su sacrílego ruego  
diz que el infierno le dió,  
por el alma que perdió,  
una venganza de fuego.

La torre, á poco, altanera  
brotó llamas de su centro;  
quedó la venganza dentro,  
mas el vengador afuera.

Años esta noche hará  
que el castillo se incendió.  
Media vida el galán dió,  
y ahora mediándose está.»

—¡Cielo santo!—clamó Ibáñez  
con voz despechada y ronca,  
arrancándose del lecho  
y de los brazos de Rosa.—  
¿Qué es esto? ¡La luz me falta,  
el ambiente me sofoca...!—  
Y, asiendo de la ventana,  
abrió á un tiempo las dos hojas.  
Entró á tal punto por ellas,  
sonante, negra, espantosa,

una llamarada inmensa,  
que lamió el suelo y la bóveda.  
Corrió á la puerta, y en vano  
con ímpetu sacudióla;  
por fuera la sujetaba  
resistencia poderosa.  
Tendió desolado y triste  
los ojos, y allá en la alcoba  
vió sentada sobre el lecho,  
prendiendo fuego á las ropas,

una aparición horrible,  
que en su vacilante forma  
mostraba al par su contorno,  
mitad monstruo y mitad rosa,  
y, al son de la ardiente llama,  
en voz le decía cóncava:  
—¡Alma entera y vida media!  
El alma la tengo toda:  
diez años eran de vida,  
y están mediándose ahora.



# EL NIÑO Y LA MAGA

## FANTASÍA

¡Cuán risueña es el alba de la vida,  
esa mágica edad de la ilusión  
en que vegeta el alma adormecida,  
ajena de inquietud y de ambición!

¡Cuánto se vive alegre y sin recelo,  
cuánto se goza lejos del pesar,  
llevando nuestro débil barquichuelo  
de la existencia por el negro mar!

Entonces, sin pensar en quien nos hizo  
ni el vano mundo y su placer traidor,  
gozamos por el día tanto hechizo  
y dormimos la noche sin temor.

Que es el niño atrevido marinero  
que al mar se lanza, si inexperto, audaz,  
satisfecho con ver cómo ligero  
va por las ondas su batel fugaz.

¿Qué le importa el murmullo de la brisa  
á quien sigue tal vez el aquilón?  
Navegaré—le dice—más á prisa,  
del blando viento al compasado son.—

¿Qué le importa que el agua se alboroto-  
tormentosas, alzando olas sin fin? [te,  
—Irá—se dice—mi extraviado bote  
á dar, como el que dejo, á otro jardín.—

¿Qué le importa que bajen las tinieblas  
la noche desplomando sobre el mar?

Él dice:—Cuando pasen esas nieblas  
ya me vendrá otro sol á despertar.—

¿Qué importa que en espejos quebradi-  
biervan los lomos del gigante azul? [zos  
Él mira en ellos sus flotantes rizos,  
de la neblina entre el espeso tul.

¡Cuánto es alegre la niñez sencilla  
que en el bajel de su inocencia va  
libre y segura, sin perder la orilla  
del mar que al lejos rebramando está!

¡Duelos, dejadme que los lindos sue-  
loco recuerde de la edad pueril; [ños  
que mire de la vida los empeños  
desde su verde y delicioso abril!

Dejad que vaguen mis cansados ojos  
de árbol en árbol y de flor en flor,  
del sol brillante á los destellos rojos  
que al universo dan vida y color.

¡Vida! Blanco y risueño panorama  
para el que nace en virgen ilusión;  
desierto do eternal el cierzo brama  
para el que lanza en él su corazón.

¡Vida! Fantasma bello y mentiroso  
cuanto halagüeño en tu ilusión fatal,  
yo miraré con ojo receloso  
la luz de tu fantástico cristal.

Cantaré tus estériles placeres,  
y entre tus flores escondida red  
la loca tentación de tus mujeres,  
corrientes que no templan nuestra sed.

—  
Que si nacemos á la amarga vida  
riendo lo que habemos de llorar,  
yo quiero mi existencia dolorida  
gozar llorando y mi dolor cantar.

## I

Es una bella aurora,  
fresca, purpúrea y clara,  
en que va murmurando  
por la floresta el aura.  
Las hojas estremece  
con las sonantes alas,  
cruzando fugitiva  
por una y otra rama.  
Ya por el blando césped  
silenciosa se arrastra,  
robando sus perfumes  
al tomillo y la grama.  
Ya, en torno de los troncos  
de las encinas altas,  
columpia en sus cortezas  
las ramitas enanas.  
Ya, de la limpia fuente  
en la repleta taza,  
arruga, trenza y riza  
los hilos con que mana.  
Es un jardín florido,  
henchido de fragancia,  
que á par enriquecieron  
con afanosa maña  
naturaleza fértil  
con su silvestre gala,  
y la incansable industria  
con su rica elegancia.  
Aquí por los linderos  
las violetas moradas  
matizan de los céspedes  
la vívida esmeralda.  
Allí de clavellinas

entumecida mata,  
sus infinitos hijos  
á sostener no basta.  
Allí las anchas rosas  
su pabellón de grana  
extienden, afrentando  
las azucenas blancas.  
Allá el cárdeno lirio  
se eleva con audacia,  
de azules pensamientos  
su raíz tapizada.  
Más lejos, un geráneo  
que aroma el aura mansa,  
envidia á los ranúnculos  
las tintas soberanas.  
Y allá, entre sauces verdes  
que humedecen las aguas,  
entre sonantes hojas  
y retorcidas varas,  
en cargados racimos,  
madreselva olvidada,  
convida con sus flores  
amarillas y blancas.  
Ni faltan en macetas  
y transparentes jarras  
pomposos tulipanes  
que sus capullos rasgan.  
Sobre ellos cuidadosos  
tienden sus hojas anchas  
los fértiles naranjos,  
las corpulentas hayas.

Hay en su bosquecillo  
de mirtos y de acacias,  
en una placetuela  
de rosales cercada,  
una anchurosa fuente  
que en torno se derrama.  
Está el pilón colmado,  
y en medio se levanta,  
sobre dos pies de jaspe,  
de alabastro una taza;  
y mil vistosos peces  
en su remanso nadan,  
que asoman atrevidos  
la fugitiva espalda.  
Se escucha desde lejos

la música liviana  
 con que murmuran leves  
 las revoltosas aguas;  
 y en su cristal inquieto,  
 el sol que alumbraba el alba,  
 saliendo reverbera  
 con luz tornasolada.

Sentado en las orillas  
 por do la linfa clara  
 desde la limpia fuente  
 bullendo se derrama,  
 deshojando unas flores  
 que el arroyuelo arrastra,  
 miraba el niño Adolfo  
 cómo las lleva el agua.  
 Su imagen la corriente  
 trémula le retrata  
 los ojuelos alegres,  
 las manitas nevadas,  
 la blonda cabellera  
 tendida por la espalda,  
 la frente ruborosa  
 y la sonrisa cándida.  
 Soñaba desvelado  
 inocentes fantasmas  
 que á la niñez tranquila  
 espléndidos halagan;  
 de esos delirios puros  
 que fugitivos pasan  
 y aduermen los sentidos  
 sin que los sienta el alma.  
 Ilusiones magníficas,  
 con cuyas sombras mágicas  
 los gozos se deshacen  
 de nuestra breve infancia.

Ceñida de una nube  
 de vaporosa gasa,  
 que el aire llena en torno  
 de suavísimo ámbar;  
 de rosas y azucenas  
 la freute coronada,  
 prendida en ricos pliegues  
 la vestidura blanca,  
 salió de entre los mirtos  
 con cautelosa planta  
 una ilusión dichosa

de paz y bienandanza.  
 Las flores en sus tallos,  
 por donde aérea pasa,  
 se esponjan y enderezan  
 y doble aroma exhalan.

La brisa en torno suyo  
 murmuradora vaga,  
 y entre las hojas verdes  
 se enreda y esparrama.  
 Colúmpianse las copas,  
 los ruseñores cantan,  
 las tórtolas arrullan  
 en amorosas cláusulas,  
 y todo en los jardines,  
 al paso de la Maga,  
 respira la ventura  
 de juventud colmada.

Tomó la mano de Adolfo,  
 que sobre el césped descansa,  
 quien, al verla tan hermosa,  
 entre sus brazos se lanza.  
 Los negros rizos la coge,  
 la besa la frente casta,  
 en sus pupilas se mira,  
 y en su sonrisa se embriaga.  
 Ella á su seno le estrecha,  
 le acaricia y le regala,  
 no como madre afanosa,  
 sino como amante hermaua.  
 No como en signo de albricias  
 de un hijo perdido que halla;  
 como quien se alegra hallando  
 con quién dividir sus galas.  
 Adolfo se la sonrío  
 y el blanco cuello la abraza,  
 admirando su hermosura  
 con infantil confianza.  
 —Óyeme, Adolfo— le dijo  
 halagándole la Maga:—  
 si tú quisieras conmigo  
 vivir..... tengo una morada  
 llena de fuentes y flores  
 y de deleites y galas;  
 tengo palacios de oro  
 suspendidos en montañas

en un país no lejano,  
 á quien *Existencia* llaman.  
 —¡Oh, por cierto que eres rica!  
 —Lo que imaginas es nada;  
 todo el universo es mío.  
 —Pues ¿quién eres?—La Esperanza.  
 —¿Y estarás siempre conmigo?  
 —Iré siempre donde vayas.  
 —Pues vamos donde quisieres.  
 —Sígueme, pues, que ya tardas.  
 Siguióla contento Adolfo,  
 y, á una señal de la Maga,  
 de aquella anchurosa fuente  
 dividiéndose la taza,  
 tornóse en un canastillo  
 que se columpia y resbala  
 de un claro y tranquilo río  
 por sobre las ondas mansas;  
 y entrándose confiados  
 en tan vacilante barca,  
 dejáronse ir sin recelo  
 á los caprichos del agua.

## II

Audaces surcando las aguas serenas  
 al lánguido impulso del aire sutil,  
 tocaron opuestas las limpias arenas  
 que el río aprisionan al otro confín.

Posaron la planta donde ancho camino  
 el paso les abre de vasta región,  
 que pródigo y rico regala el destino  
 y espléndido viste de ocioso primor.

Allí en los linderos, vistosos jardines,  
 de cuyas florestas el fin no se ve,  
 empiezan, y, orlados de azahar y jazmines,  
 alfombras de flores encuentran los pies.

La luz es continua, de un alba rosada  
 que presta al ambiente purísimo azul,  
 y un céfiro el aire, cuya ala aromada  
 refresca la tibia ilusión de la luz.

Doquiera, en las hojas del árbol florido,  
 se siente escondido  
 al mirlo trinar;  
 doquiera en la hierba menuda se siente  
 la rápida fuente  
 saltando brotar.

Doquiera, volando sutil mariposa,  
 columpia una rosa,  
 sacude un clavel,  
 las alas ufana mostrando á las flores,  
 de ricos colores  
 pintadas también.

Doquiera, arrastrando su casa con pena  
 sobre una azucena  
 se ve al caracol,  
 que tiende los ojos al sol generoso,  
 pidiéndole ansioso  
 consuelo y calor.

Doquiera, en las ramas, colgada la oru-  
 sacude y arruga el sonoro cristal [ga,  
 que, en claros espejos ó en líquidos hilos  
 en lagos tranquilos posándose va.

Doquiera, en las ramas del álamo verde  
 á lo alto se pierde en movible ilusión,  
 meciendo la bella oropéndola el nido  
 que anima tendido benéfico el sol.

Despliega pomposa á la luz con que brilla  
 la pluma amarilla  
 que ostenta fugaz,  
 abriendo esponjado y en círculo rico  
 el triple abanico  
 que tiende al volar.

Aquí no se encuentran ni sauces llorones,  
 ni en lúgubres sonos  
 agita el ciprés  
 la fúnebre punta, cual hacha mortuoria  
 que alumbra la historia  
 pasada de ayer.

La espléndida lumbre del sol no se apaga;  
 sin término vaga  
 la brisa sutil;  
 la noche carece de sombra importuna,  
 ni deja la luna  
 jamás de lucir.

Del mar á lo lejos se siente el murmullo  
 cual lánguido arrullo  
 del aura no más;  
 cual banda de plata que el puro horizonte,  
 tendió sobre el monte  
 tapiz de cristal.

Allá en sus amenas tendidas riberas  
 á do pasajeras  
 se van á perder  
 las ondas sonoras, en tiendas de armiños,  
 tan sólo los niños  
 alegres se ven.

En lechos de rosas, jazmín y claveles,  
 bajo almos doseles  
 de plumas de luz,  
 reposan tranquilos, sin noche ni día,  
 sin miedo á la impía  
 desdicha común.

No acosa su mente recuerdo pasado;  
 que sólo han gustado  
 la dicha y placer;  
 porque es la ribera del mar de la vida  
 la casta, florida,  
 tranquila niñez.

En ella comienza dichoso el camino  
 do puso el destino  
 tras linde feliz,  
 de nuestra existencia, tristísimo, aciago,  
 el árido y vago  
 desierto país.

¡Oh! Cuando dormimos al pie de la cuna,  
 es todo fortuna  
 deleites y paz;

el día es tranquilo, la noche serena,  
 la selva es amena,  
 frondoso el erial.

Las lágrimas puras que entonces se vier-  
 acaso divierten [ten,  
 en vez de doler...

¡Vereda dichosa! ¡Portada florida  
 por do entra en la vida  
 la dulce niñez!

Adolfo y la Maga cruzaban por ella;  
 y el niño tan bella,  
 tan llana la halló;  
 que andaba embebido de un lado á otro la-  
 gustando la fruta, [do,  
 doblando la flor.

Ya el vuelo seguía de pájaro errante,  
 ya el ala brillante de insecto sutil,  
 ya el curso sonoro de inquieto arroyuelo  
 que rueda del suelo en el verde tapiz.

Saltaba y reía, sin pena ni enojos;  
 gozaban sus ojos  
 la alegre visión;  
 sus tiernos sentidos la suave frescura  
 y el son que murmura  
 del aura veloz.

Vagaba contento, ¿qué importa por dón-  
 Su infancia le esconde [de?  
 la negra verdad.

¿A qué preguntarla si es plácido el sueño?  
 ¿A qué con empeño  
 querer despertar?

La ruta siguiendo, los blancos jazmines,  
 la luz, los jardines  
 llegaban allí;  
 ya el sol es ardiente, más duro el camino;  
 no hay ya peregrino,  
 plantel ni jardín.

Al paso que avanza por otra vereda  
detrás de quien queda  
la alegre región,  
sentía en el pecho que, audaz caminando,  
cobraba ganando  
firmeza y vigor.

—  
La Maga amorosa seguía ligera,  
fantasma hechicera,  
vagando tras él,  
Más joven y hermosa conforme adelanta,  
dejando su planta  
detrás la niñez.

## III

ADOLFO

¿Qué sitio es éste, señora?  
¿Dónde estamos? Que, si no  
mienten mis ojos, ya es ésta  
otra distinta región.

LA MAGA

Estamos, al fin, Adolfo,  
en un país superior,  
en donde nada caduco,  
nunca imbécil vetó.

ADOLFO

Y esos alcázares de oro  
que se ven en derredor,  
esos pensiles colgados,  
esos bosques, ¿cúyos son?

MAGA

De una emperatriz hermosa,  
tan alegre como el sol,  
en cuyos vastos dominios  
no hay lágrimas ni dolor.

Vive en ociosos festines,  
de blanda música al son,  
en brazos de los placeres,  
de la gloria y del amor.

Tan poderosa y tan rica,  
que á su audacia y su ambición  
ni los mares ponen coto  
ni los peligros pavor.

Tan bella y tan cortesana,  
pues que como ella no hay dos,  
no hay fuerza á quien no atropelle,  
ni grandeza la asombró.

Poco á sus delirios fueron  
ambos mundos en redor:  
«Todo ó nada», dijo ansiosa,  
y sobre ambos se asentó.

Y celebrando insensata  
su destino triunfador,  
llamó al placer y á la vida,  
y con ellos le partió.

Trajo á sí cuantas hermosas  
les siguen á ambos en pos,  
cuantos galanes y ociosos  
en ambos mundos halló.

Dióles galas y palacios,  
campos de inmensa extensión,  
trovadores que les canten,  
baños de exquisito olor.

Y al hacer de tanto lujo  
desigual repartición,  
dijo:—Gozad y pedidme;  
que, si hay dioses, yo soy dios.—

ADOLFO

¿Y quién es tan atrevido,  
espíritu protector,  
á quien nada se resiste  
y á quien nada se igualó?

MAGA

La JUVENTUD.

ADOLFO

¡Dama ilustre!  
Envidiable en su favor.

MAGA

¿La sirvieras?

ADOLFO

La adorara.

MAGA

¿Fueras su amigo?

ADOLFO

El mejor.

MAGA

Pues alguien hay que pudiera concedértelo.

ADOLFO

¿Quién?

MAGA

Yo.

ADOLFO

¿Quién eres, que tal poder alcanzas?

MAGA

Su hermana soy:  
que JUVENTUD y ESPERANZA,  
nacidas á un tiempo son.

ADOLFO

Pues lleguemos al palacio,  
porque ya siento ¡por Dios!  
por sus ilustres favores  
perdido mi corazón.

MAGA

¿Esperas vencer?

ADOLFO

Lo espero;  
que he de conquistar su amor.

MAGA

Bien haces en esperar,  
puesto que contigo voy.Dió Adolfo el brazo á la Maga,  
y ambos, con paso veloz,  
doblaron hacia el palacio  
en coloquios de ambición.Doquiera en su sacro recinto se oía  
la ronca alegría  
del loco festín;  
los besos y brindis que en torno se exhalan  
al alma regalan  
con música dulce, esperanza feliz.—  
Las bóvedas altas, de perlas vestidas,  
do están suspendidas  
centellas de sol,  
duplican la luz transparente  
en ancho torrente,  
vertiendo en las salas cambiante color.—  
Los ricos tapices que ocultan los muros  
remedan los puros  
espejos del mar,  
sutiles dejando, á través de sus hilos,  
mirar los tranquilos  
reflejos del muro de limpio cristal.—  
Doquiera la rosa, el clavel, los jacintos,  
en lazos distintos,  
en cifras de amor,  
anuncian orlando las blandas alfombras,  
las mágicas sombras  
que, al hombre adulando, le siguen en pos.—  
*Amor* dice en ésta, en aquélla *Fortuna*;  
*Valor* dice en una,  
y en otra *Amistad*;  
*Placer* dice aquélla, y esotra *Riqueza*;  
más lejos *Belleza*,  
*Ventura* en aquésta, *Virtud* más allá.—  
Doquiera repiten los anchos salones  
ardientes canciones  
de gloria y de amor;  
y allí en los clarines, allá en las botellas,  
con cláusulas bellas  
acaso acompañan el báquico son.

Allá en los secretos de oculto retrete,  
del ancho pebete  
al humo fugaz,  
de lindas mujeres que están voluptuosas,  
sonando amorosas  
las notas se escuchan de amante cantar.

—«Los labios hierven en besos,  
quemándose están de sed;  
venid á templar su hoguera: [cer.]—  
no hay más recompensa ni Dios que el pla-

—«¿Y á qué Dios más poderoso  
acudiréis que al amor?  
Apurad, pues, sus deleites,  
que, fuera de ellos, no hay Dios.»—

—«¿Cómo resistir la herida  
de su ballesta sutil?  
Venid á beber deleites  
hasta embriagaros, venid.»—

—«Los labios hierven en besos,  
quemándose están de sed;  
venid á templar su hoguera: [cer.]—  
no hay más recompensa ni Dios que el pla-

Al son de las lanzas y trompas de guerra  
que asordan la tierra,  
en extenso salón  
se sienten los himnos ardientes de gloria,  
de noble victoria  
que entona el soldado con áspera voz.

—«Bajad al campo sangriento:  
sólo la gloria está allí;  
y sin gloria y sin laureles, [vir?]—  
¿quién es el imbécil que acierta á vi-

—«A amar y á lidiar nacimos,  
y sin triunfos ¿cómo amar?  
¿Qué llevar sino en ofrenda  
á los pies de una beldad?»—

—«Si amor corona la frente,  
nuestras batallas también;  
sus coronas son de rosas,  
y las nuestras de laurel.»—

—«Bajad al campo sangriento:  
sólo la gloria está allí;  
y sin gloria y sin laureles, vir?»—  
¿quién es el imbécil que acierta á vi-

Más lejos, en otra morada hechicera,  
do el sol reverbera  
con lumbre tenaz,  
do llenan las perlas los largos espacios,  
los ricos topacios,  
el jaspé y el oro, la seda y cristal;

Se siente el tumulto de báquica orgía,  
que en cántiga impía,  
discorde clamor,  
la mesa en désorden, manchadas las ropas,  
al son de las copas  
ramerías levantan sin alma y sin Dios.

—«Venid: la gloria es un sueño:  
amor sin fiestas, ¿qué es?  
Mirado á través de un vaso,  
el mundo desierto parece un Edén.»—

—«Vamos la tierra con vino,  
embriagados, á amasar;  
vamos al templo de Baco  
en lúbrica bacanal.»—

—«No hay más altar que la mesa,  
no hay más Dios que la embriaguez;  
el vino confunde el tiempo,  
el morir con el nacer.»—

—«Cuando caemos beodos,  
mendigo ó rey, ¿qué más da?  
Todos bebemos sedientos  
arroyos de libertad.»—

—«¿Qué dulces son nuestros pechos  
empapados de licor!

Qué sabrosos nuestros labios,  
y qué inmenso el corazón!»—

—«Venid: la gloria es un sueño:  
amor sin fiestas, ¿qué es?  
Mirado á través de un vaso,  
el mundo desierto parece un Edén.»—

Allá en otra estancia, do en torno mur-  
lejana, insegura [mura  
la voz popular,  
cantor instigado del Dios que le inspira,  
de cóncava lira  
la suya levanta al acorde compás.

—«Amor y gloria sin fama  
son un espejo sin luz:  
sólo los cantos no mueren,  
hallando en el cieno sepulcro común.»—

—«Venid á beber sedientos  
los raudales del saber:  
en sus márgenes se cogen  
las coronas de laurel.»—

—«El pueblo escucha al poeta:  
venid, venid al cantor.  
¿Qué es el amor ni la gloria  
sin la ciencia y la razón?»—

—«¿De qué os vale de placeres  
ese miserable afán?  
Si no los canta mi lira,  
¿quién os los ha de envidiar?»—

—«Amor y gloria sin fama  
son un espejo sin luz:  
sólo los cantos no mueren,  
hallando en el cieno sepulcro común.»—

Adolfo, indeciso, consigo luchaba,  
sin tino vagaba  
detrás del placer;

do quiera anhelante y ansioso corría,  
cruzando la orgía, [guez.  
la gloria gustando, el amor, la embria-

Y en voz afanosa, — «¿Do estás, dí—mur-  
»altiva hermosura, [mura,—  
»falaz juventud?  
»Doquiera te veo, siguiéndote avanzo,  
»mas nunca te alcanzo... [tú!»  
»Yo siempre en tu busca y huyéndome

»¡Oh! Díme, Esperanza, mi fiel compa-  
»¿do está esa altanera [ñera,  
»cobarde mujer?»

La Maga le sigue, mas no le responde.

«¿Por qué se me esconde?  
»¿Lo sabes?» La Maga repuso: «No sé.»

»¿No sabes? Mentira. ¿Me engañas, trai-  
»me mientes ahora [dora,  
»que la amo por fin?

»¡Oh! Ciego por ella, tras ella camino...

»¡Fantasma divino,  
»te adoro, insensato, después que te ví!»—

## IV

Cansado de su rápida carrera,  
siguiendo la fantástica visión,  
de un verde montecillo en la ladera  
Adolfo, sollozando, se sentó.

Iba el camino por estrecha calle  
una suave colina á trasponer,  
partiendo por mitad un triste valle  
do la estéril colina sienta el pie.

A su lado la Maga todavía,  
blanca, risueña y cariñosa está,  
cual viva estrella que al piloto guía  
y anima en los peligros de la mar.

Flotaba su sencilla vestidura  
del aura de la tarde á la merced,  
y derramaba su mirada pura  
por la campiña que delante ve.

Al lejos, entre pálida neblina,  
alcánzanse tal vez á distinguir  
torres y muros en informe ruina,  
y escombros que salpican el país.

Hay doquiera ciudades desoladas,  
cuyo hendido esqueleto humea aún,  
manchando con espesas bocanadas  
la claridad del firmamento azul.

No hay fuentes, ni palacios, ni verjeles,  
ni cantan en amena soledad,  
saltando entre jacintos y claveles,  
aves que gozan con alegre afán.

Hay algunas estériles palmeras,  
nacidas al azar aquí y allí,  
y águilas surcan libres y altaneras  
el hueco de la atmósfera sutil.

Aun se sienten, perdidos á lo lejos,  
los himnos de la alegre juventud,  
cuyo alcázar se ofusca en los reflejos  
de una impotente y moribunda luz.

Todo es verdad allí, todo se ostenta  
sin ilusorio engañador cristal:  
por todas partes sin temor se asienta  
la rebelde y desnuda realidad.

[uan;  
—Las fuerzas—dijo Adolfo—me abaud-  
llena de sombras mi memoria está:  
dame el brazo, Esperanza: en mis oídos  
esos cantares tentadores van.—

Y era así: que á pedazos por el viento  
llegaban en sonora confusión,  
ya el mentiroso ó el blasfemo acento  
del placer, de la gloria ó del amor.

—«Los labios hierven en besos,  
quemándose están de sed;  
venid á templar su hoguera: [cer.】—  
no hay más recompensa ni Dios que el pla-

—«Bajad al campo sangriento:  
sólo la gloria está allí;  
y sin gloria y sin laureles, [vir.】—  
¿quién es el imbécil que acierta á vi-

—«Venid: la gloria es un sueño:  
amor sin fiestas, ¿qué es?  
Mirado á través de un vaso,  
el mundo desierto parece un Edén.】—

—«Amor y gloria sin fama  
son un espejo sin luz:  
sólo los cantos no mueren,  
hallando en el cieno sepulcro común.】—

«¡Oh, cuán felices son en sus placeres,  
»Ellos cantando, y sin aliento yo!  
»Fiestas allí, cristal, oro y mujeres,  
»y aquí, conmigo, soledad y error.»

## V

ADOLFO

¿Dónde estamos, Esperanza?

MAGA

Selva es aquésta que ves  
de razón y de recuerdos.

ADOLFO

¿Tiene nombre?

MAGA

La Vejez.

ADOLFO

¿Y aquellas alegres damas,  
y aquel palacio, y aquel  
festín espléndido y cánticos  
de ventura y de placer?

MAGA

Allá quedan.

ADOLFO

¿Y la hermosa  
de que un instante gocé  
y tras quien corro insensato?

MAGA

Allá se queda también.

ADOLFO

¿Conque por fin la he perdido?  
¿Conque en verdad la soñé?

MAGA

El perseguirla es perderla;  
que es verdad, é ilusión es.

ADOLFO

¿Mis amigos?

MAGA

Allá quedan.

ADOLFO

De mis soldados, ¿qué fué?

MAGA

Allá quedan.

ADOLFO

¿Y mi gloria,  
mis timbres?

MAGA

Allá también.

ADOLFO

¿Conque todos me dejaron?  
¿Qué resta en la vida, pues?

MAGA

Tu esperanza está contigo,  
siempre acudiéndote fiel.

ADOLFO

Tú sola no me abandonas.

MAGA

A tu lado siempre iré,  
alumbrándote el camino  
que tomastes al nacer.  
Reposa y vamos.

ADOLFO

Me canso.

MAGA

Yo la mano te daré.

ADOLFO

Dame un manto; tengo frío;  
agua dame; tengo sed.

MAGA

Vamos á buscar la fuente

ADOLFO

¿Está muy lejos?

MAGA

Tal vez.

ADOLFO

¿No tiene fin el camino?

MAGA

Sí.

ADOLFO

Pues vamos.

MAGA

Tras mí ven.

ADOLFO

¡Oh cuán distinto, Esperanza,  
este camino es de aquel  
por donde yo te tendía  
mi brazo ligero ayer!

MAGA

Lo que pasó no recuerdes:  
mirando adelante ve.

ADOLFO

Sólo de recuerdos vivo.

MAGA

Olvida.

ADOLFO

No puede ser.  
Así, con cansado paso,  
va caminando tal vez  
el hombre con su esperanza,  
eterno sol de su fe.  
Y así la Maga y Adolfo,  
ya el día al oscurecer,  
caminan hacia el desierto  
de la arrugada vejez.

Tristes y á espacio caminan  
al crepúsculo del sol,  
por medio de un campo estéril,  
sin ave, fuente ni flor.

Las cumbres están nevadas,  
y en espantoso turbión  
se oyen bramar los torrentes  
con honda y cóncava voz.

Silba el cierzo entre las peñas  
que ostentan en derredor,  
entre la nieve á pedazos  
en lastimosa ilusión.

Allí una choza arruinada;  
allá un templo que se hundió:  
más allá un puente abrasado,  
ó un hendido murallón.

Rastro del peso del tiempo  
que fué pasando veloz,  
descabezando en sus crestas  
cuantas puntas encontró.

Áspera y postre r jornada,  
dura peregrinación,  
por donde nada se encuentra  
amigo ó consolador.

Apenas en los escombros  
de arruinada población,  
algunos pobres ancianos  
dan á la vida un adiós.

Apenas entre los brezos  
se topa un viejo pastor,  
que apacienta unos ganados  
que sólo esqueletos son.

Mas nadie sabe la historia  
de lo que allí vegetó;  
todos lloran los recuerdos  
de su propio corazón.

Todos miran al risueño  
alcázar encantador  
que, al pasar por sus dominios,  
la juventud les mostró.

¿Qué dejan? Sus ilusiones.  
¿Qué lamentan? Su valor.  
Nada de cuanto gozaron  
al desierto les siguió.

Alguna vez aun deliran  
con la halagüeña visión  
de aquel palacio encantado  
que falaz les hospedó.

Pero, al pensar en los cantos  
que el deleite seductor  
les murmuró en los oídos  
en soñada predicción,

Doblan al suelo su frente  
con incrédulo dolor,  
diciendo, al ir su camino:  
*¡Mentira! Todo pasó.*

Así por entre la nieve  
cruzando el desierto van  
Adolfo y la Maga, en lento  
paso, por quebrado erial.

Cada vez más se avencinan  
á las riberas de un mar  
que al confín de aquella tierra  
tendido en silencio está.

Es el agua turbia, inmoble,  
cuyo fin se pierde allá  
en un caos de profunda  
insondable oscuridad.

Ni el viento al pasar la arruga,  
ni en espumas de cristal  
en las húmedas arenas  
se viene á desmenuzar.

Ni escupe conchas de nácar,  
ni en su extensa soledad  
saltan avaros los peces,  
el ambiente á respirar.

No se alcanza de la playa,  
por el perdido arenal,  
más que una choza mezquina,  
de estrecha concavidad,

Cuya puerta desquiciada,  
ya mohosa y desigual,  
como párpado sin ojo,  
mirando hacia el agua está.

Llegando allí, dijo Adolfo:  
—No puedo, Esperanza, más:  
entremos en esa choza  
un momento á descansar.—

Entraron en la cabaña,  
y á la débil claridad  
con que alumbra todavía  
un crepúsculo fugaz,

Hallaron un ancho espejo,  
en cuyo limpio cristal  
Adolfo vió con espanto  
una sombra reflejar.

—¿De quién es aquella imagen?—  
preguntó—en duda tenaz  
con su memoria luchando,  
recelando la verdad.

—Esa imagen es la tuya.  
—Pues, ¿cómo mi frente ya  
calva y arrugada miro,  
y tan gastada mi faz?

¿No era ayer niño y hermoso  
contigo, Esperanza, al dar,  
cuando á despertar viniste  
mi infantil curiosidad?

—Entonces naciste al mundo;  
y el canastillo en que audaz  
conmigo bogastes, era  
tu cuna, Adolfo, no más.

Las brisas de mis promesas  
lleváronte á desear,

y entraste por el camino  
de la loca vanidad.

Así el valle de la vida  
has venido á atravesar,  
entre pensiles de flores  
y palacios de cristal.

—¡Ay!—clamó Adolfo llorando—  
que no los puedo olvidar,  
ni á aquella reina orgullosa,  
á quien ya no veré más.

—Así se pasa la vida  
en gemir y en esperar  
lo que buscamos en ella,  
ó lo que perdimos ya.

Esta choza es una puerta  
de la oscura eternidad;  
ese espejo es la razón,  
y la nada es ese mar.

Todo aquí se desvanece;  
nada hay delante y detrás.  
Allá se queda la vida,  
y los deleites allá.

Este es el punto por donde  
se descubre la verdad,  
y aquí sólo la Esperanza  
aun con nosotros está.

## VI

## PLEGARIA

¡Blanca ilusión! ¡Benéfica esperanza!  
Triste y última luz del corazón,  
á cuyo tibio resplandor se alcanza  
un más allá en el hondo panteón.

Tú sola nos alivias el camino  
en que entramos al tiempo de nacer;  
nuestro amargo destino es tu destino;  
siempre amiga te hallamos por doquier.

Delante de ese espejo misterioso,  
de nuestra nada ante el extenso mar,  
aún vienes con semblante cariñoso  
nuestra seca razón á consolar.

¡Oh! Tú nos doras la niñez tranquila,  
enciendes nuestra ardiente juventud;  
la vejez nos sostienes, que vacila,  
y aun ardes en el cóncavo ataúd.

Sol en la vida, lámpara en la muerte,  
siempre nos vienes asistiendo en pos;  
y, amiga fiel, nos dejas al perderte  
al pie del trono del inmenso Dios.

¡Sol de mi vida! ¡Sin cesar conmigo  
mis lentas horas alumbrando ven:  
no apagues, no, tu resplandor amigo  
mientras mis ojos en vigilia estén!

¡Lámpara de mi nicho solitario!  
¡Baja conmigo al negro panteón,  
y séanme los pliegues del sudario,  
de sueño eterno santo pabellón!



Broté como una hierba corrompida,  
al borde de la tumba de un malvado,  
y mi primer cantar fué á un suicida.  
¡Agüero fué, por Dios, bien desdichado!

Al eco de este cántico precito,  
dijo el mundo escuchándome: «Veamos»,  
y sentóse á mirarme de hito en hito;  
y el mundo y yo, por mi primer delito,  
desde entonces mirándonos estamos.

Dejemos á los muertos en reposo,  
y que duerman en paz, si es su destino:  
harto haremos, en mar tan proceloso  
como es la vida, en encontrar camino.

Yo el mío me busqué por las turbadas  
ondas de aqueste mar, y mi barquilla,  
por medio de otras muchas que extravia-  
bogar sin rumbo ví desesperadas, [das  
procuré conducir hacia la orilla.

Velé, gemí con angustiado lloro,  
volvíme al cielo y acudí á la ciencia.  
¿A la ribera tocaré? Lo ignoro:  
sólo sé que la tengo en mi presencia.

Al verla, aunque de lejos, lancé un gri-  
y á impulso de recóndito misterio [to;  
dióle la soledad eco infinito,  
y fué, tornado en cántico maldito,  
á espirar en mitad de un cementerio.

Yo sentí que la turba me aplaudía,  
y, ánsio de gloria al corazón hallando,  
dije dentro de mí: «La tierra es mía»,  
y con mayor afán seguí cantando.

Creí de Dios mi soberano aliento,  
de arcángel mi poder; mi alma altanera

me arrebató hasta el alto firmamento,  
y la región azul del vago viento  
embelesé con mi canción primera.

Atrás dejé las águilas que miran  
con ojo audaz al sol; atrás quedaron  
las nubes que relámpagos respiran;  
los soles mil que por espacios giran  
donde mortales ojos no llegaron.

Creí el mundo á mis pies: alcé la frente  
para cantar mi orgullo, y mis oídos,  
del medio de una nube refulgente,  
el acento de Dios Omnipotente  
oyeron de pavor estremecidos.

«Canta—dijo una voz;—tal es tu suerte;  
pero canta en el polvo que naciste,  
allí donde jamás han de creerte:  
canta la vida, mientras va la muerte  
así llamando tu existencia triste.»

Dijo, y me echó á la tierra y á la vida,  
y al impulso de su hálito divino,  
con cántiga risueña ó dolorida,  
la soledad alivio del camino  
y cumplo así la ley de mi destino.

## I

Inunda paz sabrosa  
mi corazón tranquilo,  
y dichas y deleites  
encuentro por doquier:  
Mi ser halló en mi alma  
inalterable asilo;  
mi espíritu respira  
el ámbar del placer.

Y nada me atormenta,  
ni envidio ni deseo:  
mi espíritu al abrigo  
de la tormenta está.  
Pasar á las edades  
indiferente veo,  
mecido en dulces sueños  
mi pensamiento va:

Y á veces me arrebatada  
mi loca fantasía  
en alas de su joven  
fecunda inspiración,  
y á un mundo me transporta  
de encanto y de armonía,  
do gozan mis potencias  
espléndida ilusión.

Mi espíritu se libra  
del cuerpo que le encierra,  
y grande y poderoso  
como su Dios se cree,  
y alcanza desde el cénit  
á la lejana tierra,  
cual punto en el espacio  
que apenas no se ve.

Y el orbe ante mis ojos  
despliega los misterios  
que impulsan la infinita  
y excelsa creación;  
y hollando los escombros  
de tronos y de imperios,  
revienta en armonía  
mi libre corazón.

Cuanto es en los espacios  
su ser me patentiza;  
un templo ante mis ojos  
el universo es,  
y todo en su recinto  
se ensalza y diviniza:  
y la creación entera  
tendida está á mis pies.

No hay canto ni suspiro,  
lamento ni murmullo,  
cuyo eco misterioso  
fingir no sepa yo;  
que mi niñez mecieron  
los bosques con su arrullo,  
y su creencia santa  
la soledad me dió.

La música comprendo  
que en las volubles hojas  
resuena á la presencia  
del céfiro fugaz;  
y entiendo en el otoño  
el ¡ay! de sus congojas  
con que piedad imploran  
del ábrego tenaz.

Yo sé cómo susurran  
con diferentes voces,  
marchitas en Setiembre,  
jugosas en Abril;  
ya rueden con el polvo  
en círculos veloces,  
ya con su toldo verde  
coronen el pensil.

Yo entiendo de las aves  
los cánticos distintos,  
el saludar al alba  
ó huir la tempestad,  
buscando de las selvas  
los cóncavos recintos,  
en donde alegres gozan  
salvaje libertad.

Entiendo el agorero  
graznar de la corneja,  
la ronca voz del buitre  
que huele su festín;  
del solitario buho  
la temerosa queja,  
y el amoroso trino  
del ágil colorín.

Y el ruido con que vuela  
la errante mariposa;  
los pasos de la oruga  
sobre la fresca flor;  
el desigual zumbido  
con que anda codiciosa  
la abeja, de su cáliz  
volando en derredor.

El sol con que su nido  
columpia la oropéndola,  
del álamo frondoso  
suspense en la altitud,  
y los murmullos que alzan  
las ráfagas, meciéndolos,  
haciendo, revoltosas,  
eterna su inquietud.

Los mágicos rumores  
que elevan diferentes  
las diferentes aguas  
del bosque ó del jardín,  
cuando los montes surcan  
sus rápidos torrentes,  
cuando en los valles buscan  
sus arroyuelos fin.

Y el temeroso acento  
de las voraces fieras,  
de la tormenta ronca  
el iracundo son,  
en mis oídos posan  
las notas lisonjeras  
que ensalzan y armonizan  
la inmensa creación.

Conozco de los astros  
la incógnita carrera;  
del ángel que los guía  
la luminosa faz,  
y la del ROSTRO SANTO  
que en ellos reverbera,  
torrentes derramando  
de vida y claridad.

Las nubes le saludan  
con majestuoso trueno;  
la atmósfera le enciende  
relámpago veloz;  
la tierra le abre humilde  
su perfumado seno,  
y el mar canta su gloria  
con incesante voz.

Si airado pestaña,  
los mundos se estremecen;  
si torna el rostro, yacen  
en muerta oscuridad;  
si su hálito les niega,  
caducan y envejecen:  
*él* solo es la existencia,  
la luz y la verdad.

Para *él* tiene tan sólo  
la eternidad guarismo,  
y número los astros,  
y las edades fin,  
y límite el espacio,  
y término el abismo,  
y nada se le esconde  
por lóbrego ni ruín.

Su dedo es la balanza  
que en equilibrio tiene  
la máquina gigante  
de su alta creación;  
y cuanto en ella existe  
su dedo lo mantiene,  
y ése es el Dios que canta  
mi lengua y mi razón.

Y voz no hay ni suspiro,  
lamento ni murmullo  
cuyo eco misterioso  
por *él* no entienda yo:  
que mi niñez mecieran  
los bosques con su arullo,  
y su creencia santa  
la soledad me dió.

# LOS BORCEGUÍES DE ENRIQUE II

## ROMANCE

Riñeron los dos hermanos,  
y de tal suerte riñeron,  
que fuera Cain el vivo  
á no haberlo sido el muerto.  
.....  
Valiente llaman á Enrique,  
y á Pedro tirano y ciego,  
porque amistad y justicia  
siempre mueren con el muerto.

*(Romancero general.)*

### I

Después de la cruel tragedia  
en que murió el rey don Pedro  
á manos de una traición  
de serviles extranjeros,  
su matador don Enrique  
gozó en calma largo tiempo  
la corona de su hermano,  
por la fuerza ó por derecho.  
Aunque de sangre bastarda,  
cuentan de él famosos hechos,  
liberalidades grandes,  
de real corazón ejemplos.  
Dicen que á Castilla dió  
gran prez y engrandecimiento,  
en paz viviendo con todos,  
por la fuerza ó el ingenio.  
Y Aragón, Francia y Navarra  
y Portugal le temieron,  
y le temblaron los moros,  
aun teniéndole tan lejos.  
¡De la voluntad de Dios  
incomprensibles secretos,  
mas donde van siempre juntos  
los castigos y los premios!

Vivió dichoso este rey  
tras el fratricidio horrendo,  
fama conquistando y nombre  
de liberal y de recto.  
Lo cual celebran los malos  
y desespera á los buenos,  
que no hay más ley que la fuerza  
ni más justicia, creyendo.  
Mas bien se ve en don Enrique,  
por la muerte que le dieron,  
de Dios la recta justicia  
y la igualdad de los cielos.  
Con hierro mató á su hermano,  
y él acabó con veneno;  
por extranjeros matóle,  
y á él matáronle extranjeros.

—  
Veía el rey de Granada,  
ayudador de don Pedro,  
del reino de don Enrique  
la prez y acrecentamiento.  
Veíalo, recelando  
que la memoria de aquello,  
y el rencor que produjera  
de don Enrique en el pecho,

aun en él se alimentaran,  
 fermentando en el silencio;  
 y el moro pensó en sí mismo,  
 y pensó con mucho acierto.  
 Veló, inquirió con astucia,  
 de sus espías por medio,  
 el grande apresto de guerra  
 que el de Castilla iba haciendo.  
 Y al ver la paz asentada  
 con los inmediatos pueblos,  
 y á los monarcas cristianos  
 en amistad y sosiego,  
 penetró del rey Enrique  
 el oculto pensamiento,  
 y otro pensamiento oculto  
 pensó oponerle resuelto.  
 «Amigo fuí de su hermano—  
 dijo el moro.—Él es soberbio,  
 y el ultraje no ha olvidado,  
 y está á volvérmelo atento.  
 Ganémosle por la mano;  
 y, astutos, al defendernos,  
 vengüemos con sangre suya  
 la sangre del rey don Pedro.»

Dijo esto el moro una tarde,  
 por los jardines amenos  
 del alto Generalife  
 en solitario paseo.  
 Y, enderezando los pasos  
 al alcázar opulento  
 de la Alhambra, mandó al punto  
 que llamaran en secreto  
 á un moro de grande ciencia  
 y en medicinas muy diestro,  
 el mejor de sus amigos  
 y el más leal de sus deudos.  
 Vino el moro, y, encerrándose  
 con él en un aposento,  
 en larga plática oculta  
 hasta al alba se estuvieron.  
 Nadie lo que hablaron supo,  
 nadie jamás cayó en ello;  
 los hechos lo revelaron  
 y lo aclaró sólo el tiempo.  
 Sólo se dijo en Granada,

con recatado misterio,  
 que el sabio huía del rey,  
 y el rey le echaba del reino.

## II

En Santo Domingo estaba  
 don Enrique, y muy ufano  
 celebraba con festejos  
 sus paces con el Navarro.  
 Todo era gozo en la corte,  
 todo en la ciudad saraos,  
 y luminarias y músicas,  
 cañas, toros y caballos.  
 Andaban los caballeros  
 con las bandas y penachos  
 de los colores del gusto  
 de ambos á dos soberanos.  
 Y andaban los trovadores,  
 con cantares regalados,  
 las grandezas de ambos reyes  
 en sus rimas encomiando.  
 Y andaba el rey don Enrique  
 con largueza real premiándolos;  
 ya elogiándoles los versos,  
 y ya con oro pagándoselos.  
 Y andaba Villa Sandino (1),  
 poeta el más afamado,  
 entre la gente de corte,  
 vestido á lo cortesano.  
 Y andaba Dero Ferrús  
 sus dulces trovas cantando,  
 desde el alba hasta la noche,  
 desde la choza al palacio.

Y en una tarde serena  
 del mes de Abril, á caballo,  
 con su corte el rey Enrique,  
 quiso salir por el campo.  
 Ya comenzaban entonces  
 las florecillas del prado  
 á salpicar de los céspedes  
 el verde y tendido manto.

(1) Véanse las notas al final.

Ya iba el tomillo oloroso  
sobre los juncos brotando,  
llenando el aura de aromas,  
cuanto más puros más gratos.  
Ya empezaban á vestirse  
de frescas hojas los álamos,  
y las rojas amapolas  
á crecer en los sembrados.  
Y todo la primavera  
por doquier iba anunciando,  
con su hierba la campiña  
y con sus trinos los pájaros.  
Cabalgaba don Enrique,  
con sus nobles platicando,  
por fuera de la ciudad  
en paseo sosegado,  
cuando, jinete seguro  
sobre un potro jerezano,  
vió que hacia ellos llegaba,  
solo, un árabe gallardo.  
Sobre el almete de acero  
rollaba turbante blanco,  
y espesa malla vestía,  
bajo el almaizal plegado.  
Corvo alfanje y lanza aguda  
llevaba en opuestos lados,  
y con cadenas de plata  
el negro potro arrendado.  
Y en fin, las prendas que usaba  
la opulencia iban mostrando,  
y su bizarra apostura  
lo noble del africano.  
Detuvo el rey su trotón,  
un punto para mirarlo,  
y su potro el sarraceno  
tuvo también, saludándolo.  
Quedáronse unos momentos  
mirando uno á otro entrambos,  
hasta que así dijo el rey,  
\*y dijo así el africano:

EL REY

Vengas en paz, sarraceno.

EL MORO

Alá te guarde, cristiano.

EL REY

¿Adónde va el agareno?

EL MORO

A buscar al castellano.

EL REY

¿Pues qué, no da ya Granada  
á los creyentes asilo?

EL MORO

Mina una lengua dañada  
el corazón más tranquilo.  
No hay moro que más resuelto  
servido haya á su señor;  
mas el semblante me ha vuelto  
Mahomad, como á un traidor.  
Sin lealtad y sin fe  
se olvidó de mi amistad,  
y allí á Mahomad dejé.  
¡Alá guarde á Mahomad!

EL REY

¿Y qué espera del cristiano?

EL MORO

Diz que es un rey caballero,  
El vuestro rey castellano,  
y á ofrecerle voy mi acero.

EL REY

¿Y si te recibe mal?

EL MORO

Continuaré mi camino.

EL REY

¿Y si osa á tí desleal?

EL MORO

Me avendré con mi destino,  
mas de ello estoy bien ajeno.  
¿Para mí malo ha de ser  
quien para todos fué bueno?  
¿Ante él me podéis poner?

EL REY

Moro, en su presencia estás;  
y tu acendrada opinión  
no desmentirá jamás  
la fe de su corazón.

EL MORO

¿Tú eres don Enrique?

EL REY

Sí.

EL MORO

Dame los pies á besar.

EL REY

No: cabalga junto á mí,  
que quiero contigo hablar.—

Picó espuelas don Enrique,  
é imitóle el africano,  
y, atravesando la puente,  
en Santo Domingo entraron.

## III

O el bueno de don Enrique  
fué crédulo por demás,  
ó el moro fué por su parte  
sutilísimo y sagaz;  
porque, en menos de dos días  
entre los dos de tratar,  
entre ambos á dos había  
estrechísima amistad.  
Ya fuera que el africano  
descubriese desleal  
á Enrique graves secretos  
del rey moro Mohamad;  
ya fuera que el rey Enrique  
se los quisiera arrancar,  
con una sagaz política  
á la del árabe igual;  
ya fuera que ambos á dos  
se intentaran engañar,  
ó ya que los dos obrasen  
con hidalga lealtad,

ello es cierto que aquel moro  
del rey empezó á gozar  
muy repetidos favores  
y muy grande intimidad;  
que hizo á todos los privados  
ante su favor cejar,  
por más que el vulgo y la corte  
murmuró de este desmán.  
Decían, y con justicia,  
que le sentaba muy mal  
á todo un rey castellano  
con moros tanta amistad;  
que, quien nació su enemigo,  
era al cabo de esperar  
que tuviera allá en su pecho  
poca ó ninguna verdad.  
Todo ello dicho en razón,  
y sin respeto quizás,  
pero dicho todo en balde,  
pues no lo quiere escuchar  
el rey, que, por su capricho  
ó por recóndito plan,  
hacia el gallardo africano  
inclina la voluntad.  
Y ya por secretas causas  
ó por afición real,  
festejábanse uno á otro  
con correspondido afán.  
Dábale el rey privilegios,  
y rentas que disfrutar;  
dábale estancia en palacio,  
y aun en su mesa sitial.  
Y el moro, á quien cada día  
remitían sin cesar  
desde Granada sus deudos,  
sus amigos desde Orán,  
tesoros inestimables  
y presentes sin igual,  
al rey se los ofrecía  
con gran liberalidad.  
Y apenas día pasaba  
sin que le fuera á llevar,  
ya el damasquino mandoble,  
ya el cordobés alazán,  
y siempre entre sus regalos  
solían ir á la par,

ya el velo para la reina,  
 ya para la dama el chal,  
 ya la armadura dorada  
 para el príncipe don Juan,  
 ya el perro de mejor rastro,  
 ya el azor más perspicaz.  
 Todo era el moro larguezas,  
 y el rey prodigalidad;  
 si el rey el más generoso,  
 el árabe el más galán.  
 Todo era fiesta el palacio,  
 tañer, danzar y trovar;  
 todo festejos el día,  
 toda la noche rondar.  
 Todo festines y amores  
 en la gente principal;  
 todo embriaguez y rondallas  
 el vulgo hambriento y audaz.  
 Si en una apuesta ó torneo  
 placíale al rey bajar  
 á correr en el palenque  
 con un noble á trance igual,  
 bajaba el moro tras él  
 á lucir su habilidad  
 en los bohordos y cañas  
 y juegos de uso oriental.  
 Y nadie rompió una lanza  
 con tanta seguridad,  
 ni nadie montó un caballo  
 con una destreza tal,  
 ni nadie metió en el blanco  
 tantos dardos á la par,  
 ni nadie en cortesanía  
 logró alcanzarle jamás.  
 Si diez sortijas ganaba,  
 si ocho lazos alcanzar  
 lograba una misma tarde,  
 cual diestro, siendo galán,  
 al rey y á la reina al punto  
 ofrecía la mitad,  
 entre las damas más bellas  
 repartiendo las demás.  
 Y así se pasaba el tiempo,  
 y así en escándalo asaz  
 de don Enrique y el árabe  
 se estrechaba la amistad.

Y, ó el bueno de don Enrique  
 crédulo era por demás,  
 ó era por su parte el moro  
 sutilísimo y sagaz.

## IV

Corrió todo el mes de Abril  
 para el confiado Enrique,  
 uno de los más gloriosos,  
 y uno de los más felices.  
 La tierra empezó con Mayo  
 con sus flores á cubrirse,  
 y el cielo fué despejándose  
 de nubes y nieblas tristes.  
 El viento henchían de aromas  
 los cefirillos sutiles  
 recogidos en las ramas  
 de los huertos y jardines.  
 Veía el rey favorable  
 estación tan bonancible  
 para realizar los planes  
 que supo allá concebirse  
 en su corazón y juicio,  
 y que, á poder él cumplirles,  
 fuera acaso el rey más grande  
 y el mejor de los Enriques (2).  
 Pero no hay cosa que el hombre  
 para su bien imagine,  
 que no le estorbe la suerte  
 que por su bien la realice.  
 Ya ha días que el sarraceno,  
 tan pródigo en los festines  
 y en los regalos, ninguno  
 á su nuevo rey dirige.  
 Ya ha días que de su parte  
 el rey ninguno recibe,  
 ni el rey le manda sus pajes  
 con prenda alguna que estime.  
 Y unos dicen que ya en ellos  
 no está la amistad tan firme,  
 y otros, que dió á sus tesoros  
 fin el africano, dicen.

(2) Véanse las notas al final.

Pero desmentidos vieron  
 sus murmullos los malsines  
 en la mañana de un martes,  
 día aciago entre gentiles.  
 Gozaba el rey todavía  
 blando reposo apacible,  
 cuando, al dintel de su cámara,  
 un negro que al moro sirve  
 se presentó demandando  
 si la entrada le permiten;  
 y como saben los pajes  
 que el rey donde quiera admite  
 al esclavo y á su dueño,  
 ninguno el paso le impide.  
 Franqueáronle, pues, la puerta,  
 y, apartando los tapices,  
 en la cámara del rey  
 entró en silencio el etíope.  
 Quedó tras él el ambiente  
 lleno de oloroso almizcle,  
 que un azafate que lleva  
 entre las manos despide.  
 Mas no pudo nadie ver  
 lo que en él se deposite,  
 porque cubierto lo trajo  
 con la hermosa piel de un tigre.  
 Sintióse con el esclavo  
 hablar al rey don Enrique;  
 sintiéronse las ventanas  
 á la voz del rey abrirse,  
 y tras de breves momentos,  
 con su semblante impasible,  
 como una siniestra sombra  
 volvió á salir el etíope.  
 Quedó el rey con el regalo  
 sobre su lecho, y posible,  
 no siéndole contenerse,  
 levantó la piel de tigre  
 que cubría el azafate,  
 y no es fácil de escribirse  
 su sorpresa al ver en él  
 dos moriscos borceguíes.  
 Eran de una piel más blanca  
 que la pluma de los cisnes,  
 abotonados con perlas  
 y un hebillón de rubíes.

Mil exquisitos bordados  
 la piel finísima visten  
 de mil caprichosos ramos,  
 mil arabescos perfiles,  
 con cuyo primor y gusto  
 en tejidos y en matices  
 los encajes y las flores  
 inútilmente compiten.  
 Obra del Oriente sólo  
 y de moriscos artífices,  
 que hacen palacios de piedra  
 como el encaje sutiles.  
 Trabajo de aquellas manos  
 que, para que al mundo admire,  
 nos dejaron una Alhambra  
 del Darro en la orilla humilde.  
 La Alhambra, ante quien Europa  
 ya desengañada dice:  
 «No fué de bárbaros raza  
 la que alzó el Generalife».

La primorosa labor;  
 la pedrería que ciñe,  
 orla, corona y enlaza  
 los moriscos borceguíes;  
 el suave aroma que exhalan;  
 su piel dócil y flexible;  
 lo bien que al pie se le ajustan,  
 sin dañarle ni oprimirle;  
 la novedad del regalo,  
 y el traer del moro origen,  
 fueron razones de gozo  
 para el buen rey don Enrique.  
 Mandó entrar, pues, á sus pajes  
 á tocarle y á vestirle,  
 para ostentar dignamente  
 los preciados borceguíes.  
 Bizarramente atavióse;  
 y al ver cuán brillante sigue  
 su curso sereno el sol  
 y el día en púrpura tiñe,  
 pensó en celebrar del moro  
 el rico regalo insigne  
 con improvisada fiesta  
 que su placer le atestigüe.

Llamó, pues, al africano,  
y mandando que le ensillen  
los caballos, y que apresten  
los azores y neblíes,  
una partida de caza  
y un campesino convite  
para el árabe y sus nobles  
rápidamente apercibe.  
Y hora y sitio y compañía  
señala, busca y elige,  
y alegremente cabalga,  
parte, y la corte le sigue.

## V

Está el sol resplandeciente,  
y purísima la atmósfera,  
y el azul del firmamento  
sombrias nubes no entoldan.  
Sólo á trozos le salpican,  
de ráfagas voladoras  
al impulso arrebatadas,  
nubecillas caprichosas;  
vapores tornasolados,  
que así varían de forma  
como varían de sitio,  
hasta que al fin se evaporan.  
Risueño está el día, amena  
la campiña, encantadora  
la caza de cetrería,  
en que los del rey le gozan.  
A inmenso trecho, en el aire,  
los neblíes se remontan,  
sin que los pierdan de vista  
los cazadores. ¡Qué airosa  
se cierne, libre en los aires  
sobre sus alas, y esponja  
su fina y rizada pluma,  
la garza provocadora!  
¡Cómo se burla del vuelo  
de las aves temerosas  
que la huyen, y á quien persigue  
revolando juguetona!  
¡Cómo en torno de su presa  
gira y revuelve, y la acosa,

y en su derredor circula,  
de su torpeza por mofa!  
Ya, al parecer, libre y salva  
dejándola, el vuelo acorta;  
ya, á perseguirla volviendo,  
la precipita afanosa.  
Tiembla la avecilla débil,  
canta el ave triunfadora,  
y en espiral rapidísima  
caen á la tierra una y otra,  
y el lance á juzgar alegres  
los cazadores se agolpan,  
y con aplausos y risas  
á celebrar la victoria.  
Contentísimo está el rey,  
contenta la corte toda,  
y las damas que esto miran  
desde una empinada loma.  
El halcón negro de Enrique  
es quien lleva por ahora  
el honor de la partida.  
¡Con qué humildad tan donosa  
hace la presa, la abate,  
á los pajes la abandona,  
y, á don Enrique volviéndose,  
en la mano se le posa!  
¡Y cómo el rey le acaricia  
y en su palma le coloca,  
y esponja el ave sus plumas  
agradecida y gozosa!  
Lánzala, y rauda se eleva;  
la llama, y se abate pronta:  
dijeran que oye y comprende  
las palabras de su boca.  
El sarraceno, que el arte  
de la cetrería ignora,  
porque no es arte seguido  
por la raza de Mahoma,  
su incomparable destreza  
prueba con dardos que arroja,  
que desde el caballo lanza  
y desde el caballo toma.  
Hienden el aire silbando  
con rapidez prodigiosa,  
y tan certeros los tira,  
que á los más diestros asombra.

Su esclavo negro le sigue  
sobre yegüecilla torda  
de ruin estampa, mas fuerte,  
incansable y corredora.  
Y éste recoge los dardos  
de su amo, que al suelo tocan,  
al estilo de los árabes,  
con mano segura y pronta,  
sin abandonar el lomo  
del animal en que monta;  
el cual lleva en su carrera  
la tierra al vientre tan próxima,  
que, inclinándose el jinete  
sin que apenas se conoza,  
ase el dardo que está en tierra,  
aun sin mirar si lo cobra.  
¡Tanto puede la costumbre,  
tanto la práctica logra,  
y tanto á los castellanos  
por eso entrambos asombran!

En esto, y cuando en los aires  
mirada firme y ansiosa  
todos clavada tenían  
en una torcaz paloma  
que, de un halcón perseguida,  
iba, á la herida traidora  
del dardo del sarraceno,  
á caer, si le era próspera,  
como siempre, su certeza,  
cubrióse la tierra toda  
de oscuridad tan espesa,  
que el día fué noche lóbrega.  
Sintiéronse al punto todos  
presa de mortal congoja,  
sin que pudieran sus ojos  
penetrar aquellas sombras.  
Barrió el suelo un viento rápido  
y helado, y, cuando á la atmósfera  
oscura se hizo la vista,  
con hondísima zozobra  
vieron lucir las estrellas  
que el firmamento tachonan,  
creyendo que de repente  
menguaba el día seis horas.  
Faltó el aliento en los pechos,

faltó la voz en las bocas,  
y todos, ante el prodigio,  
callando tiemblan ú oran.  
Sólo el árabe y su esclavo  
que están platicando notan,  
y aquel fenómeno aplauden  
con una alegría loca;  
y escuchando los cristianos  
su algazara escandalosa,  
por sortilegio lo juzgan,  
por brujería lo toman.  
Hasta que á pocos minutos,  
asomando luminosas  
del encapotado sol  
las resplandecientes orlas,  
volvió poco á poco el día,  
volvió á ausentarse la sombra,  
y el moro explicó el eclipse (3)  
á la comitiva absorta.  
Mas, aunque entendieron todos  
que esas señas espantosas  
de este vistoso fenómeno  
son las circunstancias propias,  
á nadie arrojar fué dado  
del corazón la congoja,  
ni nadie siguió tranquilo  
en caza tan azarosa.  
Tornaron, pues, en silencio,  
con faz decaída y torva,  
á la ciudad que dejaron  
con risa tumultuosa.  
Quejóse el rey de cansancio,  
y, tras noche asaz incómoda,  
no pudo al día siguiente  
salir por sí de su alcoba.  
Vinieron con tal noticia  
los sabios de la redonda,  
y declararon unánimes  
que el mal del rey *era gola*.

## VI

Pasáronse así dos días,  
y así se pasaron seis,  
y así se contaron nueve,

(3) Véanse las notas al final.

y rayaron en los diez,  
 y en ellos las medicinas  
 sólo sirvieron al rey  
 para entender que la muerte  
 le asaltaba por los pies.  
 Llorábale su hijo el príncipe,  
 y la reina su mujer,  
 y, más que todos, el moro  
 se hacía al llanto por él.  
 Iba y venía afanado  
 los calmantes á traer,  
 y á preparar los remedios  
 con cuidadoso interés;  
 y como era hombre entendido,  
 y el rey le quería bien,  
 murmuraban de ello muchos,  
 mas le dejaban hacer.  
 Mirábanle los doctores  
 con ojeriza también;  
 mas á raya se tenían,  
 respetando su saber.  
 Que era el árabe en su ciencia  
 hombre de tan alta prez,  
 que no hubo quien en Castilla  
 se le supiera oponer.  
 Y en las juntas que les plugo  
 reunir alguna vez,  
 siempre que él tomó la suya,  
 fuerza á los demás les fué  
 convenir exactamente  
 en lo propuesto por él,  
 y á sus opiniones siempre  
 y á sus razones ceder.  
 Y con tanta confianza,  
 con tan recta sencillez  
 la enfermedad explicaba,  
 y daba su parecer  
 con tanta y tan sana lógica,  
 con tan candorosa fe,  
 que nadie que le escuchaba  
 le dejaba de entender.  
 Y los remedios servía  
 al real enfermo después  
 con tan sincero cariño,  
 con exactitud tan fiel,  
 que nadie le pudo tacha

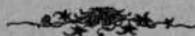
en su servicio poner.  
 Y en el tiempo que duró  
 aquella dolencia cruel,  
 todas las noches velando  
 estuvo el árabe al rey.  
 Sus largas noches de insomnio  
 le sabía entretener  
 con orientales historias  
 más sabrosas que la miel.  
 Los monteros le escuchaban  
 embebidos á su vez,  
 y el más suspicaz no supo  
 desconfiar ni temer.  
 Si alguna vez don Enrique  
 le miró con esquivéz,  
 á impulso de los dolores  
 que le hacían padecer,  
 mesaba el moro su barba  
 y le trataba de infiel,  
 de triste y desventurado,  
 y, sin tenerle merced,  
 decía que de aquel mal  
 él sólo la causa fué,  
 con la maldecida caza  
 dispuesta en obsequio de él.  
 En fin, de aquella dolencia  
 al rayar el día diez,  
 el rey se sintió mortal,  
 y á Manrique el canciller  
 demandando á toda prisa,  
 y á su confesor después,  
 á concluir se dispuso  
 como católico y rey.  
 Entonces, cruzando el moro  
 de las puertas el dintel,  
 de la turba cortesana  
 cruzó sombrío á través.  
 —Doctor—le dijeron muchos—  
 ¿creéis que viva?—Tal vez—  
 les dijo—dure cuatro horas.—  
 Pero no llegó ni á tres.

## VII

Murió don Enrique en lunes,  
 treinta de Mayo, á las dos,  
 20

como á un caballero cumple,  
como á un monarca español.  
Fama de bueno y de justo  
y de liberal dejó;  
mas juzgó mal de su muerte  
el vulgo murmurador.  
De aquella dolencia incógnita  
el fatal estrago atroz  
en breves días, sin tregua,  
al sepulcro le arrastró.  
Y aquel agüero funesto  
de haberse apagado el sol,  
y hacer noche al medio día  
en el que él adoleció;  
la amistad con aquel moro,  
tal vez secreta ocasión  
de la enfermedad traidora,

á muchos les recordó  
lo bastardo de su sangre  
y la sangrienta traición  
con que en Montiel á su hermano  
el rey don Pedro mató.  
Unos lo dan por prodigio,  
otros por falsa invención.  
¿Quién, pues, lo cierto averigua  
á través de tanto error?  
Las conjeturas son rectas;  
el moro desapareció,  
y el rey empezó á sentir  
en las plantas el dolor  
desde el día en que sus ricos  
borceguíes se calzó.  
La causa, pues, de su muerte  
la sabe quien la hizo y Dios.



## ORIENTAL

No pude selle mudable  
á aquella cuyo nascí.

(Rom. gen.)

## I

Escucha, hermosa cristiana,  
mis amores:  
no se estrellen mis amores  
en los vidrios de colores  
de tu gótica ventana.

Años ha, bella señora,  
que tu vista encantadora,  
apetecida  
de Córdoba en los jardines,  
matóme por darme vida.  
Y en tanto que te acataban  
y tus favores gozaban  
mil paladines,  
Azarque, en inútil queja,  
tus esquivaces plañía  
llorando al pie de tu reja.

Escucha, hermosa cristiana,  
mis amores:  
no se estrellen mis dolores  
en los vidrios de colores  
de tu gótica ventana.

¡Ah! ¡Qué importa que al Profeta  
en adoración secreta  
yo bendiga  
y adores tú al Nazareno,  
si en blanda coyunda amiga  
un solo amor nos uniera!

¡Cristiana, más hechicera  
que el ameno  
paraíso, no te cura  
de las palabras del conde,  
que han de ser mi desventura!

Escucha, hermosa cristiana,  
mis amores:  
no se estrellen mis dolores  
en los vidrios de colores  
de tu gótica ventana.

## II

Así de la luna al brillo,  
en tono blando y sencillo,  
cantaba voz varonil,  
y del moro las querellas,  
vertiendo lágrimas bellas,  
oía dama gentil.

Abrió á medias su ventana,  
que con flores engalana,  
la dama, y así cantó.  
Triste su cántico, apenas  
perdido entre las almenas,  
un solo instante vagó.

«Cristiana ¡oh moro! nací,  
y me matan con rigor  
¡ay de mí!

mi religión y mi amor,  
y huyo, á mi pesar, de tí.  
¡Huye de aquí!»

La voz se heló en su garganta;  
cayó y rompióse la lira;  
al moro extática mira,  
mas ya ni le ve ni canta.

No canta; que en llanto amargo,  
sobre el pecho la cabeza,  
ahoga tanta terneza  
un amoroso letargo.

—¿Por qué—dice desde el foso  
el moro—bella cristiana,  
por qué me velas, tirana,  
ese rostro candoroso?—

La cristiana amada, en tanto,  
miraba y no le veía;  
sólo en el muro se oía  
triste y angustiado llanto.

Y, viendo que no responde,  
el moro, desesperado,  
á llamar iba ya osado  
en el castillo del conde.

### III

Sobre alazán de Córdoba brioso,  
ceñido el cuerpo de la doble malla,  
el conde de Tendilla llega en tanto  
á su opulento alcázar.

Por la penosa orilla del torrente  
se oye cuál crujen á compás sus armas,  
á par que estrepitosas se derrumban  
entre espumas las aguas.

Llegó al castillo, y, al tocar al puente,  
miró en el muro pálida á su hermana,  
y, volviéndose al moro, amenazóle  
con la robusta lanza.

«¡Infiel al fin! ¡Ya yo me lo sabía!»

dijo el conde entre sí lleno de rabia;  
y alzó la voz después:—Mahometano,  
¿son éstas tus palabras?

Si ya no eres cristiano, tu rodela  
y ese corcel apresta que descansa.  
¡Tú lo juraste, moro, que conmigo  
serías en batalla! [mete,

—¿Por qué el conde cristiano me aco-  
si amor quitó la libertad al alma?

—¡Tú lo juraste, moro, que conmigo  
serías en batalla!

—Yo cristiano no soy—repuso el moro;  
yo no soy sino amor para tu hermana.

¿Mas qué importa mi fe ni la fe suya,  
sí, como yo, me ama?

—No blasfemes, infiel, si en tu creencia  
tornaras á mirar estas murallas.

¡Tú lo juraste, moro, que conmigo  
serías en batalla!

### IV

Marchó el conde de Tendilla,  
y del torrente en la orilla  
aguardó.

¿Qué hace el moro que, injuriado,  
en la muralla apoyado  
se quedó?

¿Por qué el conde le provoca  
con voz que al honor le toca  
y con furor,  
y el moro sombrío en tanto  
mostrando está con su llanto  
su dolor?

Errante su mirar vaga,  
y almete, rodela y daga  
lejos de él

con ira arrojó demente,  
y así habló con voz doliente  
el infiel:

«¡Adiós, hurí seductora,  
rosa de pensil cristiano!  
Pues que por suerte traidora  
te pierdo ahora,

muere con tu Dios cristiano,  
 yo moriré en mi fe mora.»  
 Y hacia el conde, que le espera,  
 rápida y firme carrera  
 dirigió.  
 Y, allá en el agua espumosa,  
 la caída estrepitosa  
 resonó.

*Valladolid.—1836.*

V

Mientras la bella cristiana,  
 en su gótica ventana,  
 exhala un ¡ay! de pavor,  
 del agua allá en lo profundo  
 lanza el moro en este mundo  
 el postrer ¡ay! de su amor.



## SONETO

¡Torpe, mezquina y miserable España,  
 cuyo suelo alfombrado de memorias  
 se va sorbiendo de sus propias glorias  
 lo poco que ha de cada ilustre hazaña:

Traidor y amigo sin pudor te engaña;  
 se compran tus tesoros con escorias;  
 tus monumentos ¡ay! y tus historias  
 vendidos llevan á la tierra extraña.

¡Maldita seas, patria de valientes,  
 que por premio te das á quien más pueda,  
 por no mover los brazos indolentes!

¡Sí, venid, ¡voto á Dios! por lo que queda,  
 extranjeros rapaces que, insolentes,  
 habéis hecho de España una almoneda!



# UNA AVENTURA DE 1360

## ROMANCE

En las frondosas campiñas  
 que con sus ondas serenas  
 fecunda el Guadalquivir  
 antes que en el mar se pierda,  
 sentada está una ciudad  
 que majestiosa ostenta  
 lo atrevido de sus torres,  
 lo antiguo de sus almenas.  
 El río su bella imagen  
 en su corriente refleja,  
 pasando enorgullecido  
 por pasar tan junto á ella.  
 Y ella se mira en sus aguas,  
 contemplando allí altanera  
 su antigüedad y poder  
 y su proverbial belleza.  
 Espesos muros la ciñen,  
 y frondosísimas huertas,  
 y apiñados olivares,  
 y fertilísimas vegas.  
 Radiante sol la ilumina,  
 y la bordan sus laderas  
 altos y copudos árboles  
 y olorosas flores bellas.  
 Alegre gente la vive,  
 que las calurosas siestas  
 y sus perfumadas noches  
 pasa al son de la vihuela,  
 ya en sus entoldados patios,  
 entre fuentes y macetas,  
 ya en sus floridos jardines,  
 gozando sus auras frescas.  
 Ciudad de hermoso recuerdo,  
 ciudad bella entre las bellas,

de los moros es envidia,  
 de los cristianos soberbia.  
 Sevilla, en fin, y esto basta,  
 que todo el nombre lo encierra;  
 y, hablando de la hermosa,  
 todo es una cosa mesma.  
 En Sevilla, pues, y en una  
 noche azulada, de aquellas  
 en que derrama la luna  
 tranquila claridad trémula,  
 y en lo cóncavo del aire  
 resplandecen las estrellas,  
 y más allá con más brillo  
 los luceros reverberan;  
 en una de aquellas noches  
 en que todo se presenta  
 blanco, pacífico, hermoso,  
 y que la mente embelesa  
 y los sentidos embriaga  
 y el corazón enajena;  
 noche de aventuras propia  
 en mil trescientos cincuenta  
 (edad en que esto pasaba,  
 si mi memoria no yerra),  
 por la calle de la Sierpe,  
 media noche siendo apenas,  
 dos hombres en la ancha plaza  
 con prisa y silencio se entran.  
 Largas capas les envuelven,  
 no porque precisas sean,  
 sino porque bien les cubran  
 de las personas las señas.  
 Por el lado de la sombra,  
 punta á punta la atraviesan

de la calle de la Sierpe  
 hasta la calle de Génova,  
 y el bulto de sus espadas,  
 que bajo la capa llevan,  
 las plumas de sus birretes  
 y el rumor de sus espuelas,  
 por hidalgos les acusan,  
 por más que entrambos se empeñan  
 en pasar como personas  
 de común raza plebeya.  
 Al fin, cuando ya contaban  
 tomar una callejuela  
 que al alcázar los llevase  
 sin pasar frente á la iglesia,  
 paróse el más alto de ellos,  
 diciendo:—¿Qué sombra es ésa  
 que tras el pilar se oculta,  
 Benavides? Yo dijera  
 que es un hombre.

Y Benavides,  
 al que pregunta, contesta:  
 —Llegad, señor, sin cuidado,  
 que ya imagino quién sea  
 y hará paso al conocerme;  
 que es hombre que me respeta,  
 porque me debe favores  
 é hicimos juntos la guerra.—  
 Siguió andando Benavides;  
 siguió el otro, por respuesta  
 dándole sólo el silencio  
 que satisfacerle muestra,  
 y, frente al hombre llegando  
 que junto al pilar espera,  
 mostrándose Benavides,  
 dejó franca la carrera.  
 —Dios te guarde, Andrés—le dijo  
 el que va, pasando cerca.  
 —Buenas noches—dijo el hombre,  
 saludando con llaneza;  
 y pasaron los hidalgos,  
 y siguió el otro en su espera.  
 Y, entre los dos que se van  
 por la oscura callejuela,  
 conversación en voz baja  
 se entabló de esta manera:  
 —¿Quién es ese hombre?

—Un soldado  
 que entró poco hace en la regla  
 de San Francisco, cansado  
 del servicio y de la guerra.  
 —¿Y por qué precisamente  
 en tal ocasión lo deja,  
 pudiendo darle fortuna  
 estos tiempos de revueltas?  
 —Dice que al rey don Alonso  
 sirvió de grado, y por fuerza  
 no quiere servir á nadie.  
 —Ya entiendo.

—Señor...

—Le lleva  
 la opinión del vulgo necio,  
 que mal de don Pedro piensa.  
 —Ya veis, señor, pues al claustro  
 se acoge, con su conciencia  
 se lo habrá mirado bien.  
 —Y á tales horas, ¿qué espera,  
 solo en mitad de la plaza,  
 sin el traje de su regla?  
 —Señor, es historia larga.  
 —Tal cual es quiero saberla.  
 —Son cosas que importan poco.  
 —A mí todo me interesa;  
 decid, pues.

—Pues escuchad.  
 Ya sabéis que representan  
 al rey los monjes franciscos,  
 que, habiendo en su casa mesma  
 un manantial necesario  
 para el buen servicio de ella,  
 el derecho á los vecinos  
 se les quite de que puedan  
 servirse de él en su daño,  
 porque sin agua les dejan.  
 Los vecinos, como tienen  
 aquella fuente más cerca,  
 para tomarla á su gusto  
 su viejo derecho alegan.  
 —Y tienen razón, y el rey  
 se la da.

—Por esa muestra  
 de su real benignidad,  
 de los vecinos se aumenta

la osadía, y de los monjes  
el trabajo y la impaciencia.  
De aquí nacen las habillitas,  
las voces y las quimeras;  
los vecinos á los monjes  
tal vez obligar intentan  
á que de noche y de día  
les tengan franca la puerta.  
Los monjes quieren cerrarla,  
como lo manda su regla,  
y esto ocasiona denuestos  
y escandalosas pendencias.  
Los vecinos traen soldados,  
gente de su parentela;  
los frailes sacan domésticos  
y deudos que les defiendan;  
y como ven que su rey  
lo que le piden les niega,  
los del pueblo cobran bríos,  
y los frailes se exasperan.  
Esto duró hasta que Andrés,  
hombre á quien nada amedrenta;  
hombre que usa de las armas  
con asombrosa destreza,  
con sus escrúpulos dando  
de una sola vez en tierra,  
asíó su espada, saliendo  
de los suyos en defensa.  
Burlábansele al principio,  
mas él se ha dado tal priesa  
en asestar cintarazos,  
con tal fortuna y destreza,  
que del manantial los monjes  
son dueños á la hora de ésta.  
—¿Tan bizarro es ese Andrés?  
—Tan bizarro y tan á prueba,  
que él solo guarda la plaza,  
y ninguno se le acerca.  
—El miedo de los villanos  
es quien su valor pondera.  
—De quien queráis, informáos:  
veréis que nadie lo niega.  
Es hombre que si le dicen  
que una calle, por apuesta,  
guarde una noche, es seguro  
que nadie pasa por ella.

—¿Y no hay justicia en Sevilla,  
un hombre que le contenga?

—Ya veis, se acoge á sagrado,  
y los bravos le respetan.—

Murmuró el que preguntaba  
unas palabras inciertas,  
que espiraron en murmullo  
cual pronunciadas apenas.  
Y como á un postigo oculto  
que da al alcázar se llegan,  
callaron ambos á dos,  
llamando á espacio á la puerta.  
Abrióles un pajecillo,  
y, entrando los dos por ella,  
quedó el silencio en el aire  
y en soledad la plazuela.

—  
Está la siguiente noche  
tocando en la misma hora,  
y desde el cénit vertiendo  
la luna luz melancólica.  
Ni una ráfaga de viento  
la soledad silenciosa  
interrumpe, ni una nube  
del cielo el azul entolda.  
Toda Sevilla es silencio,  
reposeo Sevilla toda,  
que duerme al son que la arrullan  
del Guadalquivir las ondas.  
Apenas de tarde en tarde  
atraviesa una persona  
las calles á largos pasos,  
ó en una reja se apostea.  
Y los grandes edificios  
que la extensa plaza forman,  
sobre el suelo de la plaza  
tienden su gigante sombra.  
En un pilar apoyado  
de una callejuela angosta,  
por do un largo pasadizo  
en la plaza desemboca,  
hay un hombre que está en vela,  
y á quien la noche medrosa  
vagos contornos le presta  
y faz amenazadora.

Inmóvil en la oscuridad,  
no parece que le importan,  
ni el relente de las noches,  
ni el ver que pasan las horas.  
Si espera á alguien, nadie acude  
á la cita misteriosa;  
si aguarda algún hora fija,  
su venida fué bien pronta.  
Frente por frente al convento  
de San Francisco se aposta,  
cuya puerta se ve franca,  
como abandonada y sola.  
¿Es que aquel hombre la guarda,  
ó es que en acecho la ronda?  
Porque él la guarda ó la acecha  
con una intención incógnita.

En esto, la plaza adentro,  
por la calle de la Sierpe  
un hombre desembocando,  
á largos pasos se mete.  
Un solo punto los ojos  
en su derredor revuelve,  
y, viendo al hombre que aguarda,  
vase á él rápidamente,  
el sombrero hasta las cejas,  
y el embozo hasta los dientes.  
Llegó al que esperaba, y plática  
entablaron de esta suerte:  
—¡Andrés!

—¿Quién me llama?

—Un hombre.

—¿Me conoce?

—Sí.

—¿Qué quiere?

—Que tenga para tu aljibe  
un privilegio mi gente.  
Me han dicho que tú tan sólo  
á tu convento defiendes,  
y que cejan los villanos  
y la canalla te teme.  
—Y te han dicho la verdad.  
—Por eso precisamente  
he venido aquí esta noche,  
por si al cabo empacho tienes  
en dejarme hacer de día

lo que de noche no entiende  
ninguno en el barrio.

—Hidalgo,

si eso trae, errado viene;  
todos han de tomar agua,  
ó nadie absolutamente.  
—¿Conque contra el rey te opones,  
que lo contrario te advierte?  
—Yo contra el rey no me opongo,  
mas cuido mis intereses;  
y pues por ellos no cuidan,  
siendo inútiles, sus leyes,  
hombre á hombre, y fuerza á fuerza,  
aquí has de encontrarme siempre.  
Será injusticia y escándalo,  
será cuanto se quisiere;  
mas, á quien osados cargan,  
necio es si no se defiende.  
—Hazlo, pues.

—Enhorabuena,

hidalgo, y tened presente  
que habéis venido á buscarme.

—Menos hablar y defiéndete.—

Y, esto diciendo, uno y otro  
á cuchilladas se meten  
con tanto brío, que chispas  
de las espadas encienden.  
El caballero le carga  
tan fiera y bizarramente,  
que, el hacerle cara el otro,  
hasta milagro parece.  
Dan, vuelven, paran, reciben;  
ni uno ceja ni otro cede;  
Andrés con calma y acierto,  
el otro como una sierpe.  
Mas es inútil: el monje  
es tan diestro y es tan fuerte,  
que aunque es el hidalgo un hombre  
que como un tigre revuelve,  
y cuyo brazo muy pocos  
á resistirle se atreven,  
de poco ó nada le sirven  
lo que sabe y lo que puede.  
Al fin, el monje, mirando  
que el intento con que viene

es tal, que mucho peligra  
si no se concluye en breve,  
lanzóle tal multitud  
de tajos y de reveses,  
que el otro cejó seis pasos,  
diciendo: ¡Demonio, tente!  
Túvose Andrés, y el incógnito,  
la mano franca tendiéndole,  
dijo:—Lo que quieras pídemme,  
que todo te lo mereces.

—Yo nada de vos espero.  
¿Qué podéis vos ofrecerme?  
—A todo por tu valor  
el rey don Pedro se ofrece.

—Señor—exclamó el buen monje,  
ante sus plantas rindiéndose—  
perdonad si anduve osado...

—Andrés, obraste valiente;  
concédote lo que quieras,  
para que de mí te acuerdes.

—Señor, de nuestra agua os pido  
la propiedad solamente.

—Desde esta noche á los monjes  
anuncia que la poseen.—

Y tomando el rey don Pedro  
por el callejón de enfrente,  
volvióse al convento el fraile,  
agradecido y alegre.



## LAS ESTOCADAS DE NOCHE

## ROMANCE

## I

Las lágrimas de los ojos  
 disimuladas apenas,  
 mal prendidos los cabellos,  
 mal tocada y mal compuesta,  
 está en un sillón Elvira,  
 la faz y las manos trémulas,  
 como criminal que incierto  
 visita del juez espera;  
 y los pasos de don Lope  
 escuchando en la escalera,  
 más se turba cuando, cauta,  
 en disimular se empeña.  
 Entró en la estancia don Lope,  
 y, al percibirse de ella,  
 la dijo con voz pausada,  
 entre amorosa y severa:  
 —¿Tú lágrimas en los ojos?  
 ¡Por los cielos, que me admira!  
 ¿Quién pudo en ellos, Elvira,  
 herirte con tal rigor?  
 ¡Oh! Ven, Elvira, á mis brazos,  
 ven á contarme tus duelos,  
 que, si no admiten consuelos,  
 admitirán vengador.  
 La faz escondes turbada,  
 la frente pálida inclinas;  
 esas rosas purpurinas,  
 ¿quién aja, traidor, así?  
 ¿No me respondes y lloras?  
 Pues te obstinas en callarlo,  
 ve que acaso averiguarlo  
 me toque después á mí.  
 Pudiera serme un secreto

lo que tu labio confiese;  
 mas puede ser que nos pese  
 lo que yo sepa á los dos.  
 Pero á través de esa reja  
 han pronunciado tu nombre...  
 ¡Oh! Dime, Elvira, el de ese hombre;  
 dílo, ó mueres, ¡vive Dios!

—  
 Así don Lope diciendo,  
 asíola de las muñecas,  
 y entornando la ventana,  
 mató de un revés la vela.  
 Resistió, mas sujetóla;  
 quiso gritar; mas, apenas  
 lauzó una voz, la garganta  
 contra el almohadón la aferra.  
 Sonó por segunda vez  
 desde la calle la seña,  
 y, con acento fingido,  
 dentro don Lope contesta.  
 A poco oyéronse pasos  
 de alguno que sube á tientas,  
 con los rotos escalones  
 tropezando en las tinieblas.  
 Y en el silencio solemne  
 de aquella medrosa escena,  
 del corazón de don Lope  
 todos los golpes se cuentan.  
 —¡Elvira!—dijo el que entraba;—  
 mas, viéndose sin respuesta,  
 volvió á repetir el nombre  
 dentro de la sala mesma.  
 Todo allí es sombra y silencio,  
 todo es soledad en ella;  
 sólo una chispa encendida.

dentro del pábilo humea,  
 que, no ardiendo sino un punto,  
 la lobreguez más se aumenta,  
 y el humo con que se ahoga  
 fétido el pábilo deja.  
 Las manos tendió adelante,  
 y, avanzando así el que llega,  
 con el rostro de don Lope  
 en la oscuridad tropieza.  
 —¿Quién va?—preguntó; y su acento  
 siguiendo mano certera,  
 de una robusta puñada  
 tendióle de espalda en tierra.  
 Asidos ambos á dos,  
 en la sombra forcejean,  
 y el duro son de la lucha  
 confuso en la sombra suena.  
 Y sin duda á ambos importa  
 el secreto y la cautela,  
 porque trabajan las manos  
 y se recata la lengua.  
 A cóncavos resoplidos  
 ambos los pechos alientan,  
 mas no lanzaron los labios  
 una exclamación siquiera.  
 Así, en contados instantes,  
 los dos combatientes ruedan,  
 hasta que á verse alcanzaron  
 gente y luces que se acercan.  
 Abriéronse las mamparas,  
 y, casi en el linde de ellas,  
 hallóse un hombre en silencio  
 y embozado hasta las cejas.  
 Miróle un punto don Lope,  
 y, vuelto con voz resuelta  
 á los que acudieron, dijo:  
 —¡Paso!—Y, ganando las puertas,  
 llevósele por delante,  
 medio á bien y medio á fuerza.

## II

Negra es la noche, y el cierzo,  
 que en son revoltoso gime,  
 rasgándose en las esquinas,  
 de miedo la sombra viste.

Por un callejón estrecho,  
 que de pasadizo sirve  
 á una iglesia, va don Lope,  
 con el otro que le sigue.  
 Sin duda tras de un farol,  
 que medio agoniza y vive,  
 colgado en un esquinazo  
 ante un cuadro de la Virgen,  
 túvose bajo él don Lope;  
 y en voz imperiosa y firme,  
 desenvainando la espada,  
 esto al incógnito dice:  
 —Ó quién sois ó qué valéis  
 he de saber: elegid.  
 —Enhorabuena: reñid,  
 que quien soy, ya lo veréis.  
 —¿No tenéis otra disculpa?  
 —Vuestro empeño será en vano;  
 las espadas en la mano,  
 entrambos tenemos culpa.—  
 Y así diciendo, uno á otro  
 con tal denuedo se embisten,  
 que brotan chispas las hojas  
 con los tajos y los quites.  
 Ambos en el mismo sitio,  
 ninguno vence ó se rinde,  
 ni en uno temor se alcanza,  
 ni á otro más valor asiste.  
 Según á la luz incierta,  
 desde luego se distinguen  
 de entrambos á dos las sombras,  
 que en tierra clavadas riñen.  
 Mas el rumor temeroso  
 de la lucha se percibe,  
 sin que un ¡ay! ni una palabra  
 se oiga en trance tan difícil.  
 Dijérase, al ver lo inmóviles  
 que ambos en ello persisten,  
 que son dos sombras de un sueño  
 que á alguno en la noche aflige.  
 Tal vez de dos enemigos,  
 que un mismo ataúd divide,  
 creyéranse las fantasmas,  
 que, juzgándolo imposible  
 partir un mismo sudario  
 ni el suelo estrecho partirse,

alzáronse despechadas  
 en aparición visible.  
 Abrióse en esto una reja,  
 otra á poco se oyó abrirse,  
 luego otras muchas, y luego  
 cerca pasos se perciben.  
 Alumbróse de repente  
 la calle, y al lejos dicen:  
 —Téngase al rey.—Y en un punto  
 la justicia les divide.  
 Cercáronlos desatentos  
 soldados y ministriles,  
 que, al tomarles los estoques,  
 por ellos derechos piden.  
 Y tanto crece la zambra  
 y los confusos lelías  
 de unos que dicen «soltadles»  
 y otros que «á la cárcel» dicen,  
 que, echando mano al embozo  
 el que con don Lope riñe,  
 partió el tropel de por medio  
 y, en alientos varoniles  
 gritando «¡lugar al rey!»,  
 hace que á su voz se inclinen,  
 cayendo en tierra de hinojos,

cuantos alcanzan á oírle.  
 —Señor...--murmuró don Lope,  
 la faz con rubor humilde;  
 y el rey, con blanda sonrisa,  
 levantándole, le dice:  
 —Valiente sois, caballero,  
 y, en despecho de la ley,  
 supisteis que, siendo rey,  
 he sido hidalgo primero.  
 Libre estáis, y afecto os soy:  
 venid mañana á palacio,  
 y hablaremos más á espacio  
 de las cuchilladas de hoy.  
 Pero no volváis á vella,  
 ó por infame os tendré;  
 que os juro, don Lope, á fe,  
 que no sabéis quién es ella.—  
 Esto dicho, el rey volvióse;  
 á la ronda se dirige,  
 y, ante las rejas de Elvira,  
 así en voz alta prosigue:  
 —Aquí hay presa de la ley:  
 entrad la casa, en mi nombre,  
 y cubrid mi error de hombre  
 con mi justicia de rey.



# EL CABALLERO DE LA BUENA MEMORIA

## LEYENDA TRADICIONAL

### INTRODUCCIÓN

Perdidas de Villalar  
 en la sangrienta jornada,  
 de los bravos comuneros  
 las últimas esperanzas,  
 sus gavillas por doquiera  
 rendidas ó derrotadas,  
 el arzobispo Merino  
 á Toledo gobernaba.  
 Doña María Padilla,  
 aun con briosa arrogancia,  
 digna de mejor fortuna  
 y de más dichosa causa,  
 á pesar del arzobispo  
 y las tropas castellanas,  
 tenía con sus gentes  
 defendida en el alcázar.  
 Pues en someterse al rey,  
 Toledo la más rehacia  
 ciudad siendo, á ella acudieron  
 de todas partes de España  
 cuantos comuneros fieles  
 á su partido quedaban.  
 Avivaban en secreto,  
 con astucia y con audacia,  
 la fe de doña María  
 y gentes la reclutaban,  
 noticias proporcionándola,  
 con dineros y con armas,  
 los que en la ciudad vivían  
 y en su fortuna esperaban.  
 Distinguíase entre todos  
 doña Elvira de Montadas,

fanatizada al extremo  
 por políticas patrañas.  
 De la mujer de Padilla  
 del valor enamorada,  
 otra heroína como ella  
 llegar á ser anhelaba.  
 Hermosa y rica, de amantes  
 y galanes rodeada,  
 mucho la Elvira podía,  
 mucho la Elvira lograba.  
 Después que muchos prosélitos  
 logró inducir por sus gracias,  
 á un mozo rico y gallardo  
 con doble intento escuchaba.  
 Era don Juan de Zamora  
 mancebo de noble casa,  
 hijo de una noble viuda  
 que en el mancebo adoraba.  
 Seguido había éste siempre  
 del emperador la causa,  
 y contra los comuneros  
 combatido en cien batallas.  
 Mas ciego de amor por ella,  
 y poco ducho en las cábalas  
 de cortesanos amaños,  
 en ganarle no dudaba.  
 Tan sencilla en otro tiempo  
 como hermosa y como ingrata,  
 esta engañosa sirena,  
 esta fanática dama,  
 á don Pedro de Guzmán  
 tenía muy empeñada,  
 con mil promesas de amor,  
 de casamiento palabra

Mas de ilustrísimo tronco  
 el de Guzmán siendo rama,  
 al rey don Carlos Primero  
 asistía en Alemania  
 al servicio de un magnate  
 que iba en boga en la privanza  
 del bizarro emperador,  
 que con su amistad le honraba.  
 Así las cosas del mundo  
 se trastornan y se cambian,  
 y así mudan á las gentes  
 el tiempo y las circunstancias.  
 Don Pedro en la imperial corte  
 del bullicio se cansaba,  
 y se doblaba su amor  
 con el tiempo y la distancia.  
 Y la distancia y el tiempo  
 el de su Elvira menguaba,  
 y el diablo de la política  
 se apoderaba de su alma.  
 A su patria y á su amor  
 Guzmán con volver soñaba,  
 y ella soñaba quimeras  
 de libertad y de patria.  
 Él, por volver á Toledo  
 y á los pies de su adorada,  
 honor, ambición y dicha  
 desatinado olvidaba.  
 Ella, por dar con sus hechos  
 á su nombre eterna fama,  
 pensaba con necio orgullo  
 en quiméricas hazañas.  
 Recordaba su hermosura  
 él en ausencia adorándola,  
 y ella olvidaba su amor  
 por quien no se lo estimaba.  
 Servíase la Padilla,  
 y la gente á ella allegada,  
 de su influencia en el pueblo,  
 de sus amaños y cábalas.  
 Y creía ser Elvira  
 el faro de su esperanza,  
 la fe de sus corazones,  
 la alcaldesa de su alcázar.  
 Creía que, á una voz suya  
 en la ocasión arriesgada,

como por doña María,  
 por ella se levantarán.  
 Que todos los comuneros  
 en el peligro mirándola,  
 la regia soberanía  
 dividirían entrambas.  
 Y en estos sueños de gloria  
 la doña Elvira embriagada,  
 perdía cuanto tenía,  
 y las leyes provocaba.  
 Así son todos los necios:  
 á cuanto ignoran se lanzan,  
 lo que les importa olvidan,  
 y sólo el desprecio ganan.

—  
 Y mientras en la rebelión  
 ella á don Juan empeñaba,  
 enamorado don Pedro  
 se volvía para España.

—  
 En oculto gabinete  
 de la habitación de Elvira,  
 á deshora de la noche  
 con ella don Juan platica.  
 Y aunque él no entiende palabra  
 de su enredada política,  
 porque la adora fanático,  
 á cuanto exige se obliga.

DOÑA ELVIRA

¿Lo entendéis, don Juan?

DON JUAN

—Sí, á fe.

DOÑA ELVIRA

Lo entendiera un escolar:  
 de todo se os ha de dar  
 el cuándo, el cómo y por qué.

DON JUAN

Yo, Elvira, soy un soldado  
 que, entre soldados metido,  
 nunca otra cosa he sabido  
 que combatir como honrado.

Desde muy niño os amé,  
y, como os juzgué perdida,  
en poner fin á mi vida  
como soldado pensé.

Hoy otra vez me llamáis  
en secreto á vuestro lado,  
y siento no haber cambiado  
de ser, como vos cambiáis.  
¡Qué queréis! Si no sé más  
que amaros y combatir,  
así me habéis de admitir,  
ó habéis de volver atrás.

DOÑA ELVIRA

Así os quiero; que, á fe mía,  
que cortesanos amores  
son sólo amaños traidores  
para vencer algún día.  
Yo os quiero, don Juan, así,  
porque me basta un galán  
á quien servir con afán  
y de algo me sirva á mí.

DON JUAN

¡Cuanto lo hayáis meditado,  
cuanto la suerte os ayuda,  
está bien claro sin duda!  
Pero, ¿á qué me habéis llamado?

DOÑA ELVIRA

Bien se conoce, ¡por Dios!  
que sois un soldado bueno:  
el plan es, don Juan, ajeno.  
Lo que os manden haréis vos.

DON JUAN

¿Y queréis que yo consienta  
que á la primera demanda...?

DOÑA ELVIRA

Cuando Elvira es quien os manda,  
obedecerla os va en cuenta.  
Pues ella arriesga en un día  
cuanto vale y cuanto tiene,  
á vos, don Juan, os conviene

fiar causa que ella fía.  
¿O no la amáis?

DON JUAN

¡Por los cielos!  
¿Dudárais de mi cariño,  
cuando por vos, desde niño,  
estoy muriendo de celos?  
¿Pensáis que la injusta ley  
de una opinión me amedrente,  
cuando por vos solamente  
soy desleal á mi rey?

DOÑA ELVIRA

Así os quiero; así va bien.  
¿Pensáis que sobran ahora  
vuestros castillos de Illora,  
de Montilla y de Jaén?  
Vos, don Juan, sois un valiente  
y un honrado castellano,  
mas no habéis de cortesano  
ni un cabello solamente.  
Conque dejáos guiar  
por quien sabe más que vos,  
y así podremos los dos  
hasta la orilla llegar.  
Vuestra madre, ya lo sé,  
con vuestro amor se disgusta.

DON JUAN

Sin duda, Elvira, la asusta  
que comprometáis mi fe.  
Siempre de los comuneros  
fué enemiga.

DOÑA ELVIRA

Sí, lo ha sido;  
mas ya habéis, don Juan, salido  
de la niñez, y os da fueros  
para obrar á vuestro autojo  
la ley.

DON JUAN

Sí que me los da;  
mas mi madre...

DOÑA ELVIRA

Callará

si logramos nuestro arrojo.  
¿Disponéis de mucha gente?

DON JUAN

De hasta unas cincuenta lanzas.

DOÑA ELVIRA

¿Y son gente de esperanzas?

DON JUAN

Aguerrida y obediente.

DOÑA ELVIRA

¿Y las tenéis muy distantes?

DON JUAN

Traerlas mañana puedo.

DOÑA ELVIRA

Pues cuidad de que en Toledo  
no os vean curiosos antes.  
No salgáis, don Juan, de día,  
y esperad á mi mandato:  
si pudiera un mentecato  
sospecharlo, nos perdía.  
Mas siento gente; aquí entrad.  
Espero á un hombre que puede,  
cuando todo en sombra quede,  
sacaros de la ciudad.  
Por esa escala moruna  
á una torre vais á dar,  
y allí podéis esperar  
ocasión más oportuna.

—  
Y así diciendo, mostróle  
una entrada doña Elvira  
por do guiaba á la torre  
la excusada escalerilla.  
Y oyendo seña secreta  
que por la opuesta la hacían,  
abrió, y dió paso á un tercero,  
siguiendo la escena misma.  
Era el tal un hombre viejo,

cuyo exterior parecía  
de soldado y mercader  
composición peregrina.  
Negra y cumplida una capa  
todo su cuerpo envolvía,  
mostrándose bajo de ella  
el espadón de su cinta.  
Y nadie acaso, mirándole,  
asegurar osaría  
si era sangriento bandido  
ó usurero prestamista,  
pues en su torvo semblante  
á un mismo tiempo se pintan  
la audacia del bandolero  
y el temor de quien conspira.  
Saludó brusco á la dama,  
que á adelantarse le invita,  
y plática tal trabóse  
entre aquel hombre y Elvira:

DOÑA ELVIRA

Entrad.

EL HOMBRE

Dios os guarde.

DOÑA ELVIRA

Gabriel, bien venido.

Venís azorado.

GABRIEL

Sí, á fe.

DOÑA ELVIRA

¿Qué tenéis?

GABRIEL

Tal vez no nos pierde por poco un des-  
Mas no ha sido nada. [cuido.

DOÑA ELVIRA

¡Por Dios, que acabéis!

GABRIEL

Apenas volvía la calle tortuosa  
que entrada secreta nos da al callejón,

la huella de un hombre sentí recelosa:  
la faz con la capa cubrí á precaución.  
Seguí decidido; mas, frente por frente,  
con un embozado maldito me dí.  
Miró, recatéme, seguí indiferente,  
paróse, y á poco volvió tras de mí.

DOÑA ELVIRA

¡Dios mío!

GABRIEL

Yo, astuto, temiendo que un corte  
me diera al camino, la esquina gané;  
hallé apresurado el oculto resorte,  
deshice en la sombra mi sombra y entré.

DOÑA ELVIRA

¿Mas no conocisteis...?

GABRIEL

Algún hidalguillo  
que habrá á mis hermanos pedido, á pagar  
con un vinculejo ó mohoso castillo,  
y al paso me pudo por otro tomar.

DOÑA ELVIRA

¿Mas dar con la puerta pudiera?

GABRIEL

Imposible.

Ví que sin sospecha adelante pasó.

¿Mas qué hay de aquel hombre?

DOÑA ELVIRA

Ya está.

GABRIEL

¿Y es posible  
que fiel...?

DOÑA ELVIRA

Como un muerto.

GABRIEL

Tal le quiero yo.

¿Y es hombre...?

DOÑA ELVIRA

Bizarro.

GABRIEL

¿Su gente?

DOÑA ELVIRA

Segura.

GABRIEL

¿Y cuándo...?

DOÑA ELVIRA

Mañana podrá estar aquí,  
con tal que la noche con nieblas oscuras  
le ayude al secreto.

GABRIEL

Sin duda que sí.

¿Mas quién me responde...?

DOÑA ELVIRA

Yo misma

GABRIEL

Adelante.

DOÑA ELVIRA

Amores me tuvo... ¡Niñeces!

GABRIEL

¿Será...?

DOÑA ELVIRA

Un buen castellano, soldado ignorante,  
que cuanto amorosa le mande lo hará.

GABRIEL

Mirad que los necios...

DOÑA ELVIRA

Son medios muy buenos,  
que pueden á planes ajenos servir  
y luego se apartan, cual muebles ajenos.

GABRIEL

Pensáis cuerdate, verdad á decir.  
Mas pronto veamos á ese hombre; que  
[en vano  
será la astucia sin fuerza mayor.

DOÑA ELVIRA

Veréisle, y con maña traedle á la mano,  
y no olvidéis nunca que el cebo es mi  
[amor.

Abrió la dama á don Juan  
la puerta do se escondía,  
y anudóse, terciando él,  
la plática interrumpida.

DOÑA ELVIRA

Don Juan, llegó ya el momento  
de probar vuestra afición,  
que abriros mi corazón  
esta misma noche intento.  
Delante de vos tenéis  
quien órdenes os dará  
y las puertas abrirá  
á las lanzas que traéis.  
Con él lo trataréis todo;  
y, pues que sois tan mi amigo,  
tratar con él ó conmigo  
del caso es lo mismo todo.

DON JUAN

No hay cosa, señora mía,  
que yo no arriesgue por vos;  
mas pluguérame ¡por Dios!  
otra mejor compañía.

DOÑA ELVIRA

Mas si firme en vuestro amor,  
como me decís, me amáis,  
que en sus manos os pongáis  
páreceme lo mejor.

DON JUAN

Si el fin habéis de ser vos,  
me pongo sin vacilar;

y si en ello he de pecar,  
que me lo perdone Dios.

GABRIEL

(¡Sandio de él! Razón tenía  
la Elvira.) ¿Sabréis decir  
en cuánto tiempo venir  
vuestra gente aquí podría?

DON JUAN

Dentro de veinticuatro horas,  
aunque hubieran de asaltar  
las murallas para entrar.

GABRIEL

Como salgan vencedoras  
vuestras lanzas, aseguro  
que podrá cada soldado  
llevar el sable colgado  
en cadena de oro puro.

DON JUAN

Y no les vendrá muy mal;  
porque las contribuciones  
hacen que de sus raciones  
deba un mes á cada cual.

GABRIEL

Dos les daré adelantados,  
y pagaré el que debéis.

DON JUAN

Y os juro que bien haréis;  
que dineros dan soldados.

—  
Hablaron unos momentos  
la dama y el prestamista,  
y volviéronse á don Juan  
con irónica sonrisa.

ELVIRA (á Gabriel)

¿Me entendéis?

GABRIEL (á Elvira)

Está muy bien.  
¿No os parece á vos, don Juan,

que, si presa al león le dan,  
tomará la que le den?

DON JUAN

De esas razones no entiendo,  
buen viejo, y á todo andar  
yo me ofrezco á pelear:  
lo demás os lo encomiendo.  
Y sólo una condición  
pongo.

GABRIEL

Podéisla decir.

DON JUAN

Es que tengo de reñir  
cara á cara, y no á traición.

GABRIEL

¡Oh! Sólo tendréis que hacer  
centinela un poco larga,  
y, á lo más, dar una carga,  
si es que se osan defender.

DON JUAN

Eso sí.

DOÑA ELVIRA

Y por premio de ello,  
si es que me dejáis contenta...

DON JUAN

Esa esperanza me alienta,  
conque por todo atropello.  
Rubor me cuesta decillo;  
mas por vos, con mi pesar,  
la vida pensé pasar  
encerrado en mi castillo.  
Vuestra afición cortesana  
maldiciendo solamente,  
salí á lidiar con mi gente  
por no hacer vida holgazana.  
No quise ya ver ni oír  
más que lanzas y caballos,  
y al cabo, con mis vasallos,  
como soldado morir.  
Diréis que este amor silvestre

mejor estorba que obliga;  
mas necesito, ó mi amiga,  
ó mi compañía ecuestre.  
Pues en el campo, aun muy niño,  
os adoré, no os asombre  
que aunque sin ventajas, hombre,  
aun os conserve cariño.

DOÑA ELVIRA

Así os amo yo, don Juan;  
que á la fin me he convencido,  
que vos habéis merecido  
sólo mi amoroso afán.  
Porque el amor cortesano  
es humo, si bien presumo,  
y el vuestro es fuego sin humo,  
que quema si está cercano.

GABRIEL

¡Vamos, que el tiempo es preciso!

DOÑA ELVIRA

El cielo, don Juan, os guarde.

DON JUAN

¿Volveré á veros?

DOÑA ELVIRA

Más tarde.

Para ello os enviaré aviso.  
(¿Elegí bien?) (A Gabriel.)

GABRIEL

Lo confieso.

De ese tronco se hace el puente,  
y, vadeada la corriente,  
le arruina su propio peso.

DOÑA ELVIRA

Cuidado con que se arruine.

GABRIEL

Pues yo le he de fabricar,  
ya veis que le he de dejar  
de modo que á caer se incline.—  
Y dando en estas palabras

fin á tal conversación,  
salió Gabriel, y tras él,  
don Juan Zamora salió.  
Aquél soñando quimeras  
de política ambición,  
y estotro soñando hazañas  
para conseguir su amor.  
¡Mas cuánto los pensamientos  
del hombre efimeros son!  
Un soplo de viento puede  
desbaratar el mejor.

—  
Por un estrecho postigo  
que da á oscuro callejón,  
de casa de doña Elvira  
salían ambos á dos,  
Gabriel y don Juan Zamora,  
con extrema precaución  
para no hacer al salir  
innecesario rumor,  
cuando, volviendo la esquina,  
ante ellos se presentó  
un caballero embozado  
que les dijo en ronca voz:  
—«Sin pasar más adelante,  
muestren, hidalgos, quién son,  
ó cuerpo á cuerpo conmigo  
en campo aquí mismo sois.—  
Y, echando mano al acero,  
en medio se colocó  
del espacio que dejaba  
entre ellos el callejón.  
Entre los tres un momento  
grave silencio reinó,  
que al cabo rompió Gabriel  
dando tal contestación:  
—Seais quien fuereis, buen hombre,  
necio es tal arrojó en vos,  
pues está de parte nuestra  
con la fuerza la razón.  
—Caballeros, está dicho—  
repuso el otro.—Yo estoy  
en guardar ese postigo,  
pues interesa á mi honor.  
—Ved que os podéis engañar.

—Mirad que conozco yo  
toda la gente que habita  
esta casa; y si no sois  
ó amigos ó deudos de ella,  
contrarios en conclusión  
sois míos, conque mostráos,  
ú os doy por tales si no.  
—Como queráis—don Juan dijo—  
y, asiendo de su espadón,  
para el embozado fuése,  
que á tajos le recibió.  
Siguióle Gabriel á poco,  
con la pérvida intención  
de embestirle de repente,  
fingiéndose mediador.  
Mas el caballero incógnito,  
conociendo la traición,  
y siendo sin duda ducho  
en tales lances, se echó  
contra la tapia, quedando  
cara á cara con los dos.  
Don Juan se bate hartó bien,  
que es muy diestro reñidor,  
y lo que en seso le falta,  
le sobra en el corazón.  
El tiempo de acometerle  
Gabriel aguarda traidor,  
cuando le tenga en apuro  
de don Juan la decisión.  
Mas vano, pese á su astucia,  
el intento le salió,  
porque es mucha la destreza  
del osado retador;  
y en el momento en que acaso  
toca cerca la ocasión,  
un buen tajo de revés  
la muñeca le alcanzó.  
Soltó Gabriel un ¡ay! ronco  
al repentino dolor;  
volvió don Juan la cabeza;  
pero tiempo no le dió  
el bravo desconocido  
para entender la razón  
de su grito, porque el pecho  
atravesado sintió.  
De una distracción el punto

aprovechando veloz,  
 metióse á fondo el incógnito  
 y en tierra á don Juan tendió.  
 Reinó el silencio un momento;  
 pero, al alarmante son  
 de los gritos de Gabriel,  
 el barrio se alborotó.  
 Asomaron por las rejas  
 ya una antorcha, ya un farol,  
 diciendo diversas voces:  
 —¡Al asesino!—¡Al ladrón!—  
 Y una rápida mirada  
 al caballero bastó  
 para ver que era don Juan  
 víctima de su valor.  
 Echóse, pues, al postigo  
 por donde salir los vió,  
 mas, encontrando cerrado  
 por dentro el grueso portón  
 y ya de cerca sintiendo  
 de armas y gentes rumor,  
 con rapidez silenciosa  
 la opuesta esquina ganó.

—  
 De política aquí, lector querido,  
 la narración cansada interrumpamos,  
 y, del cuento en mis libros prometido,  
 á la historia más plácida volvamos.  
 Tan larga introducción precisa ha sido  
 para que desde aquí nos entendamos,  
 pues, anudado á ella lo restante,  
 sigue mi tradición de aquí adelante.

—  
 En una granja que las ondas riegan  
 del espumoso Tajo, y do los daños  
 de la revuelta popular no llegan,  
 doña Inés de Zamora hace dos años  
 que vive retirada,  
 de mundanos placeres olvidada.  
 Viuda de un caballero  
 de ilustrísima euna,  
 madre no más de un joven heredero  
 y dueña de una pródiga fortuna,  
 sus bienes administra rectamente,  
 y cuida el porvenir del hijo ausente.

Noble matrona, de costumbres puras  
 y pensamientos graves,  
 da gracias al Señor por sus venturas,  
 y él de su corazón tiene las llaves;  
 y de su hijo el amor tan solamente  
 entra en su corazón, vive en su mente.  
 El hijo, como hidalgo  
 y en la opulencia y el poder nacido,  
 pues es preciso que se ocupe en algo,  
 sus vasallos valientes ha reunido,  
 y en el distrito de su misma tierra,  
 á favor de su rey hace la guerra.  
 Pérfidas compañías  
 y torpe inexperiencia  
 malearon tal vez, hace ya días,  
 la política fe de su conciencia,  
 y acaso indignos de él, necios amores,  
 le aprestan venideros sinsabores.  
 Doña Inés no lo ignora;  
 y aunque mil veces le advirtió severa  
 el precipicio adonde va, le adora,  
 y de los años y experiencia espera  
 que, visto de su amor el desatino,  
 entre de su deber en el camino.  
 En la fe de sus padres educada  
 y ciega lealtad de sus mayores,  
 teme que su alma joven conquistada  
 por los principios sea innovadores,  
 y, engañado su hijo, acaso olvide  
 lo que su religión y rey le pide.  
 Y en este pensamiento embebecida  
 estaba, como siempre, en aposento  
 de su alquería oculto, y combatida  
 tal vez por interior presentimiento,  
 cuando dentro escuchó de su alquería  
 confuso estruendo y sorda gritería.  
 De su fiel mayordomo en tono recio  
 oyó la voz que á alguno amenazaba,  
 y otra que desconoce, y con desprecio,  
 á sus justas preguntas contestaba:  
 y, abriendo de su cámara la puerta,  
 salió á ver del rumor la causa cierta.  
 En los hombros sin capa, sin sombrero  
 en la cabeza, y agua destilando  
 de sus ropas, hallóse á un caballero  
 con sus fieles sirvientes disputando;

mas el supuesto de éstos desmentía  
su traje militar y gallardía.

—¿Qué es esto?—preguntó la noble viu-  
—Desventuras, señora, [da.

de un amante infeliz á quien no ayuda  
ni el cielo ni la ingrata á quien adora—  
respondió el caballero,

en tono de dolor, triste y severo.

—Veo que sois hidalgo en vuestro porte  
y arreo militar: mi esposo en vida  
lo fué también, y frecuentó la corte.  
Vuestro afán decid, pues; y si salida  
puede dar una dama á vuestro apuro,  
de mi escaso favor estad seguro.

—A solas ha de ser; porque aventuras  
de nobles caballeros

no fio mucho yo que estén seguras

en lenguas de pecheros;

y acaso serán tales

que, á quien me ayude, ser podrán fatales.

—Despejad.—Y, saliendo de la estancia,  
dentro de ella con él á su señora  
dejaron los criados, y á su instancia  
ella volvió, diciendo:—Hablad ahora,  
señor soldado: vuestro duelo sepa,  
y fiad en que haré cuanto en mí quepa.

—Señora, oidme pues. Ha un año largo  
que con mi rey partí para Alemania,  
al lado suyo con honroso cargo,  
y una ingrata mujer dejé en España;  
por quien ciego de amor lloré al partirme,  
jurándola volver al despedirme.

Mas mudóla mi ausencia; y un amigo,  
que desde la niñez me fué constante,  
del hecho me escribió, como testigo,  
que ocupó mi lugar pronto otro amante,  
y que, en tramas políticas metida,  
su suerte á la política va unida;  
y otras razones mil, señora, excuso,  
pues de vuestra atención veo que abuso.  
Volvíme á España enamorado y ciego  
de celos y furor, mas esperando  
en volver á encender su amante fuego,  
y aun á mi amigo crédito negando.  
Llegué á Toledo, y por mis propios ojos  
la razón quise ver de mis enojos:

de las nocturnas sombras al abrigo,  
entré en su calle y espíe su casa.

Señora, perdonad si esto que os digo  
aun los ojos en lágrimas me arrasa.

—Seguid.

—Ví las ventanas de su cuarto;  
mas verlas ¡ay de mí! pesóme hartó.  
Las sombras ví cruzar, tras los cristales,  
de un hombre que con ella platicaba,  
y noté, para colmo de mis males,  
que un embozado la mansión rondaba,  
y en ella por postigo entró secreto  
que en mi ausencia se abrió, y ¡ay! ¿con  
[qué objeto?

En un oscuro callejón desierto  
les esperé gran trecho, y aguardara  
años cabales hasta verle abierto,  
y hasta que tal infamia ver lograra.  
Parecieron, por fin, dos juntamente,  
y atajéles el paso airadamente.  
Yo no sé qué les dije, mas fuí breve;  
y mi enojo no bien satisfaciendo  
(como á todo un celoso audaz se atreve)  
á estocadas con ambos emprendiendo,  
ya fuera mi razón, ya fuera el arte,  
á uno de ellos pasé de parte á parte.  
—¡Desdichado de vos!

—Estoy muy cierto  
de que ya te sin vida;  
mas las voces del vivo junto al muerto  
trajeron gente, y apelé á la huída.  
Mas sin duda mi pérfido destino  
les marcó en las tinieblas mi camino.  
—¿Os siguen?

—Sí: corrí sin guía alguna;  
pero ví que era inútil mi trabajo,  
y que me abandonaba la fortuna,  
cuando á la orilla me encontré del Tajo.  
La justicia detrás y éste delante,  
muerte por muerte, la elegí al instante.  
Al agua me arrojé desesperado,  
y sacóme mi esfuerzo á la otra orilla;  
mas, al tocarla en el opuesto lado,  
ví llegar de corchetes la cuadrilla,  
por las peñas trepé, y á esta alquería  
llegué por fin. Tal es la historia mía.

Ahora, si noble sois, si habéis amado algún día, señora, por cuanto hayáis en vida idolatrado, no me desamparéis en esta hora: ved que es ciega la furia de los celos, y vuestra compasión premien los cielos.  
—¿Al muerto conocéis?

—No.

—Fué un arrojó:  
mas no temáis: que, si el Señor me auxilia, salvo seréis y lograré el enojo callar y la razón de su familia. Venid, voy á ocultaros diligente, que tal vez oigo ya rumor de gente. Dineros os daré con un caballo: partid, en cuanto partan, por opuesto camino, y medio tomaré, si le hallo, para apartar de vos fin tan funesto. Venid: pues que fiáis en mi nobleza, no ¡burlaré por Dios! vuestra franqueza.

Y, hablando así, la viuda generosa en camarín secreto le escondía, mientras entraba en turba tumultuosa la justicia del rey por su alquería.

—  
Con grandes voces se meten por los cuartos adelante los corchetes y ronderos con antorchas y con sables.  
—¡Hacia aquí tomó camino!  
—¡Aquí debió de ampararse!  
—¡No quede un rincón por verse!  
—¡Muchachos, qué no se escape!—  
Esto en varias direcciones se oía por todas partes, y, á pretexto de justicia, se aprestaban al pillaje. Hormigueaban los curiosos y los valientes que salen á ayudar á los que vencen sin que los avise nadie. Ya por la atrevida turba empezaba á susurrarse

si son ó no comuneros los dueños de aquel paraje. Y ya entre ellos empezaba el caso á comentariarse, diciendo que el muerto es noble y de las tropas reales, y, pues que aquí dan amparo al que logró asesinarle, traidores son y rebeldes los que allí capa le hacen. Y comenzaban con esto los villanos á arrimarse á los objetos que vían de peso y transporte fácil. Ya con voces imperiosas alborotaba el alcalde con lo de «¡entregarle al rey!», cuando de él mismo delante, por dentro abriendo una puerta, doña Inés salió á atajarle, vistiendo luto y cercada de domésticos y pajes. Al ver su bizarro porte y su severo semblante,uviéronse respetuosos, y ella rompió en voces tales:  
—¿Qué busca el rey en mi casa?  
¿Por qué tanta gente trae, cual si fuera mi alquería castillo que va á asaltarle?  
¿Desde cuándo se acostumbra que así á los nobles se trate, y en el nombre de las leyes sus aposentos se allanen?  
La justicia, enhorabuena, en nombre del rey, que pase; mas los villanos del vulgo, que se esperen en la calle. Señor golilla, al momento esa gente despejadme, porque, desde vos abajo, no he de responder á nadie.—  
Quedó el alcalde aturdido, de repente al encontrarse con una noble matrona donde supuso jayanes.

Y haciendo salir la gente,  
con ella á solas quedándose,  
en tono de desagravio  
empezó por «Perdonadme...»;—  
mas la generosa dama  
interrumpióle la frase,  
diciendo:—Oigo á la justicia:  
¿qué tiene el rey que mandarme?

—Un asesino, señora,  
que ha conseguido fugarse  
vadeando el río, esconderse  
debe por estos parajes.

—Supongo que la justicia  
tan poco honor no me hace  
que crea que yo le oculto,  
contra el rey por auxiliarle.

—Señora...

—Podéis entrar  
mis cámaras adelante,  
y prender á ese asesino  
donde quiera que le halláreis.

—Me basta vuestra palabra;  
vuestro nombre y vuestra sangre  
conozco, y, en quien sois vos,  
tamaño crimen no cabe;  
mas tenéis muchos criados:  
sus aposentos dejadme  
mirar, por si alguno de ellos  
es conocedor del lance.

—Todos son criados viejos,  
de quien salgo responsable;  
mas cumplid vuestro deber  
como quiera que gustáreis.  
La casa tiene bodegas,  
y horno, y pajar, y corrales;  
registrad una por una  
sus divisiones, alcalde.—

Partió el golilla por obra  
á ponerlo, y, saludándole  
gravemente doña Inés,  
volvió en su cuarto á encerrarse.

—  
Mientras abajo el alcalde  
la casa revuelve toda,  
y registrando las cuerdas  
va pasando de una en otra,

doña Inés, en su aposento  
con el caballero á solas,  
de esta manera le dice  
con baja voz cautelosa:  
—Tomad, caballero, ese oro,  
que os bastará por ahora  
para poner con la fuga  
en cobro vuestra persona.  
Un potro abajo os aguarda  
que os sacará en pocas horas  
del alcance de las leyes.  
Buscad tierra que os esconda,  
que yo quedo tras de vos.  
Mas decidme, por la honra  
de vuestra fama, ¿le heristeis  
en liza leal?

—Señora,

Pedro de Guzmán me llamo,  
y nunca en lid alevosa  
tomaron parte Guzmanes.

—Con vuestro nombre me sobra,  
Guzmán. Por un asesino  
preguntaron, y mi boca  
no mintió cuando os negaba,  
ni obré de la ley en contra.

—Señora, podéis jurarlo  
sobre las sagradas hojas  
del Evangelio: le he muerto  
cara á cara, y sin dolosa  
estratagema ó ventaja  
que me fuera valedora:  
dos eran en contra mía;  
ved si la razón me abona.

—Está bien; y pues la casa  
ya esas gentes abandonan,  
partid por el lado opuesto,  
Guzmán, y el cielo os acorra.

—Y si algún día...

—Ya basta.

Partid.

—Adiós, pues, señora.

—  
Con una mano en la llave  
y una lámpara en la otra,  
delante del caballero

la dama á guiarle pronta;  
 envuelta en cumplida capa  
 la descompuesta persona,  
 pronto á seguir el hidalgo  
 á su noble bienhechora,  
 sin movimiento quedaron  
 ambos á dos, tumultuosas  
 voces oyendo en el patio,  
 sin que la razón conozcan.  
 Ayes y gritos de espanto  
 y maldiciones rabiosas  
 al mismo tiempo escuchaban,  
 y conocen que se agolpa  
 la gente otra vez, pues oyen  
 de las pisadas monótonas  
 el rumor que va creciendo  
 y del murmullo la ronca  
 armonía, y por los vidrios  
 ven crecer de las antorchas  
 la luz que ilumina el patio  
 do pasa la escena incógnita.  
 —¿Qué es esto?—dijo la dama.  
 —¡Sábelo Dios!—en voz sorda  
 la contestó el caballero,  
 presa de angustia recóndita.  
 —Esperad—añadió ella;  
 y, acudiendo temerosa  
 á un corredor que da al patio,  
 por la ventana se asoma.  
 Dió un grito que heló en las venas  
 de Guzmán su sangre toda,  
 diciendo:—¡Es él! ¡Hijo mío!—  
 la desdichada matrona.  
 Corrió el caballero ansioso  
 á la vidriera, y, la atónita  
 mirada al patio tendiendo,  
 vió su desventura toda.  
 En hombros de los criados,  
 de la ancha herida en la boca  
 brotando aún la roja sangre,  
 yace don Juan de Zamora,  
 y de su traje y su rostro,  
 por las señas que le toma,  
 con ojos desencajados  
 de las inmóviles órbitas,  
 reconoce el de Guzmán

en el mancebo á quien lloran  
 el mismo á quien en la calle  
 mató por su mano propia.  
 Cayó en un sillón la viuda  
 bajo el dolor que la agobia,  
 de amargo llanto en los ojos  
 con dos abrasadas gotas,  
 y de rodillas ante ella  
 cayó en silencio en la alfombra  
 el matador caballero,  
 víctima á inmolarse pronta.  
 —¿Qué hacéis—le dijo la dama—  
 así?—mirándole absorta.  
 —¡Matadme!—dijo Guzmán.  
 Y en esta palabra sola  
 comprendiendo por entero  
 aquella trágica historia,  
 —¡Maldito seas!—le dijo  
 la horrorizada matrona.  
 Duró un momento el silencio  
 de aquesta escena angustiosa,  
 que al fin rompió el caballero  
 con voz apenada y cóncava,  
 diciéndola:—¡Dios lo quiere!—  
 Cumplid con su ley, señora,  
 y entregadme á la justicia,  
 pues en sus manos me arroja.  
 —¡Sí, sí!—repuso la dama,  
 desatinada y furiosa,  
 levantándose.—Es muy justo,  
 y cualquier pena es muy corta  
 para tamaño delito.  
 ¡Caiga en tí su sangre toda!—  
 Y al corredor dirigióse  
 para ponerlo por obra.  
 Mas túvose de repente,  
 y con calma, aunque en faz torva,  
 díjole:—Jamás un noble  
 recuerda lo que perdona.  
 Caballero, levantáos:  
 la vista consoladora  
 de ese santo Crucifijo  
 en el corazón me toca.  
 Pues os amparé ignorando  
 vuestra culpa y mi congoja,  
 no es justo que, conociéndolas,

os abandone traidora.

En nombre de Jesucristo,  
que dió su vida en el Gólgota  
por salvarnos á los dos,  
id libre, Guzmán.

—Señora...

—Id, y que en cuenta me tome  
resolución tan heroica,  
al llamarme ante su juicio  
en mi postrimera hora.

Atónito el caballero  
quiso hablar; mas, imperiosa,  
abrió la dama la puerta  
que fuga le brinda cómoda,  
y, mostrando con un gesto  
una escalerilla lóbrega,  
tomóla, asiendo la lámpara,  
y el caballero siguióla.

—

Volvió á los pocos momentos  
pálida y acongojada,  
y, cayendo arrodillada  
ante la imagen de Dios,  
exclamó, oyendo á don Pedro  
que escapaba á toda brida:  
—Señor, si ese hombre lo olvida,  
tenédmelo en cuenta vos.

—

Todo lo devora el tiempo,  
todo; y el bien como el mal,  
como el vicio su virtud,  
se hunde en la oscuridad.  
Todo se borra y se olvida;  
todo al cabo viene á dar  
en la sima del silencio,  
en el caos de la edad.  
No porque la noble viuda  
pudiera olvidar jamás  
al hijo de sus entrañas,  
al desdichado don Juan,  
no, ¡por Dios! en su hora última,  
luchando el alma tenaz  
por desasirse del cuerpo,  
fué éste su postrer afán.  
Mas del hijo y de la madre

ninguno respira ya;  
que á aquél le mató don Pedro,  
y á ésta la mató el pesar.

Mas queda el autor del duelo,  
y años transcurridos van  
desde aquella horrible noche;  
y aquel suceso fatal,  
y aquel perdón que debió  
del cielo á la gran piedad,  
¿quién sabe si en su memoria  
borrados al cabo están?

¿Quién sabe si los recuerda  
como una aventura más  
de su existencia azarosa,  
de su vida militar?

Tal vez, á la corte vuelto  
tras largos años Guzmán,  
ni de Toledo se acuerda,  
ni pensó en volver allá.

De todo el mundo ignorada  
la mano que audaz oculta  
causó la muerte de un hombre  
provocándole á lid tal,  
preséntase por doquiera  
don Pedro, y, doquier que va,  
recibido es cual merece  
caballero tan cabal.

Bien mirado por su rey,  
de grandes en amistad,  
sin más familia allegada  
ni deudos por quién mirar  
que un mozo de quince abriles,  
hermano suyo carnal,  
con buen humor, libre tiempo  
y oro largo que gastar,  
se encuentra en el apogeo  
de la dicha mundanal;  
y dicen los que le tratan:  
«¡Dichoso es el tal Guzmán!»

—

Y si no lo es, ¡vive Dios!  
que lo sabe aparentar,  
porque es la vida que lleva  
un continuo Carnaval.  
Siempre de un festín en otro  
va pasando sin cesar:

ó amigos se los aprestan,  
 ó él á amigos se los da.  
 Las damas de más belleza  
 le quieren por lo galán;  
 los hombres más envidiosos  
 por lo franco y liberal.  
 Nadie tiene más apuros  
 ni aventuras que contar;  
 nadie más oro prestado,  
 que nunca cobrar podrá;  
 mas nadie tiene un amigo  
 más sincero y más leal,  
 ni á nadie se halla más pronto  
 en cualquier necesidad.  
 Salúdanle los mendigos  
 con silencioso ademán,  
 porque saben ya que en él  
 es no tener el no dar.  
 Y como en gastar dineros  
 no va nunca más allá  
 de lo que pueden sus rentas,  
 vive sin necesitar  
 pedir lo que dió prestado  
 á sus amigos, lo cual  
 hace que eterna le guarden  
 incólume su amistad.  
 Y envíanle los soldados  
 su brío y porte marcial,  
 y los cortesanos todos  
 su noble afabilidad.  
 Recibe su hermano de él  
 educación bien cabal;  
 mas, como la suya propia,  
 educación militar.  
 Las armas y los caballos,  
 predilección especial  
 gozan en ánimo de ambos,  
 y las fiestas de lidiar.  
 Los toros son y las cañas  
 su diversión familiar;  
 la caza y el ejercicio  
 su remedio universal  
 para matar el fastidio,  
 y el dolor para calmar.  
 Y como, en tales recreos,  
 aliciente es principal

la compañía de gentes  
 de activa jovialidad,  
 todos sus amigos se hacen  
 alegres hasta cansar,  
 y á prestarle compañía  
 todos dispuestos están.  
 Don Pedro, que hombre es de mundo  
 y de mente perspicaz,  
 lo ve, lo calla y lo aprecia  
 en lo que vale no más;  
 mas no don Félix, su hermano,  
 que el mundo conoce mal,  
 y aún en la amistad se fía,  
 y fía en la lealtad  
 de cuantos quieren venderle  
 un cariño fraternal;  
 y aunque sus potros le montan,  
 y usan sus armas, y van  
 á todas partes con él,  
 de él dejándose obsequiar,  
 ni interés sospecha en ellos,  
 porque de él es incapaz,  
 ni sus frases con sus obras  
 pondera en balanza igual.  
 Y éste fué su paso en vago,  
 éste el impulso no más  
 que á triste fin le condujo  
 con violencia fatal.

—

Alto, robusto y de gentil talante,  
 aunque apenas aún le apunta el bozo,  
 es, franco de alma y de jovial semblante,  
 don Félix de Guzmán un bravo mozo.  
 Sencillo en el vestir, mas ataviado  
 de la corte á la usanza,  
 de las damas alcanza  
 tal vez favores, y, en secreto, amado  
 es de alguna beldad sin esperanza.  
 Tal vez pagado él mismo  
 de su belleza juvenil, aspira  
 á un imposible amor que loco admira  
 á través de dorado idealismo.  
 Doña Ana de Alarcón, noble doncella,  
 es en su corazón la preferida;  
 mas ésta, desdichada cuanto bella,

á un milanés muy noble prometida  
 por su familia está, por lazo que ate  
 políticas discordias elegida,  
 aunque la fuerza del dolor la mate.  
 Hombre es el milanés en tramas ducho,  
 y hay quien le juzga de su patria huído,  
 y que ocultos amaños ha traído,  
 y en favor de Milán maquina mucho.  
 Bien recibido de la corte se halla;  
 gasta con profusión, y que no tiene  
 con el gobierno en sus antojos valla,  
 dicen; y se susurra por lo bajo  
 que mucho á España su amistad conviene,  
 aunque cuesta creerlo harto trabajo.  
 Don Félix, á quien nadie da pavura,  
 y que en el milanés ve solamente  
 una cualquier humana criatura,  
 va adelante en su amor, harto impruden-  
 Y prudente anduviera [te.  
 si á sí mismo no más se lo fiara,  
 y á su lengua pusiera  
 un candado, que á fe que lo acertara.  
 Mas tenía un amigo,  
 de quien fiaba sus secretos todos,  
 que era de él, como eterno compañero,  
 sabedor de sus hechos ó testigo.  
 Joven como él, como él sin experiencia,  
 de otros varios fiaba sus secretos  
 y los del buen don Félix. ¡Imprudencia  
 á que están muchos jóvenes sujetos!  
 Contaba, pues, sus necios amoríos  
 é inventaba amorosas aventuras,  
 y entre sus mal fraguados desvaríos,  
 contaba de don Félix las venturas;  
 contaba de una dama misteriosa  
 las encubiertas citas,  
 y contaba, en la noche silenciosa,  
 del dichoso don Félix las visitas.  
 Contaba cómo él sólo  
 el compañero de esas citas era,  
 y en la inmediata calle,  
 por si lance fatal aconteciera,  
 quedaba las espaldas á guardalle.  
 Y aunque jamás nombraba la persona  
 á quien don Félix por la reja hablaba,  
 en tan nimias señales se paraba

que, á poco que el discreto discurría,  
 por el sitio y las señas que citaba,  
 la casa de doña Ana conocía.  
 Y sabedor en tanto del suceso  
 á él nada más don Félix suponía,  
 y de franqueza le perdió el exceso.

En una lóbrega noche,  
 en que las nieblas ofuscan  
 la opaca luz que la prestan  
 las estrellas y la luna;  
 de esas noches en que el aire  
 con sordas ráfagas zumba,  
 por las esquinas rasgándose  
 y por las torres agudas;  
 de esas noches que parece  
 que en hondo caos sepultan  
 al universo dormido,  
 y el cielo y la tierra enlutan;  
 de esas noches que recuerdan  
 las espantosas y absurdas  
 consejas de las nodrizas  
 con que á los niños asustan;  
 noches que traen á la mente  
 los concilios de las brujas,  
 los conjuros de los magos  
 y las sombras insepultas.  
 Como tales, en silencio,  
 á pasos rápidos cruzan  
 don Félix y el necio amigo  
 una callejuela oscura  
 de la calle de doña Ana  
 y del real palacio junta.  
 En silencio van los dos,  
 porque á los dos les ocupan  
 melancólicas ideas,  
 cual no las tuvieron nunca.  
 —¿Sabes lo que pienso, Félix?—  
 dijo al pararse en la última  
 esquina el otro.

—¿Qué piensas?—

replicó Félix.

—Que es mucha

necedad ir esta noche  
 de nuestra doña Ana en busca.

—¿Por qué?

—Porque es imposible que ella á la ventana acuda.

—¿Por qué?

—Porque supondrá que, con legítima excusa, no vendrás en una noche en que formidables luchan airados los elementos.

—Y no lo yerras sin duda; mas, ya que estamos aquí, volvemos también en suma, sin ver si sale ó no sale, también fuera en mí locura.

—Como quieras.

—En tu sitio queda, pues.

—Félix, escucha.

¿Ves allí un bulto parado?

—Qué, ¿tienes miedo?

—¿Te burlas, Félix?

—No; mas como veo que ese embozado te turba...

—Dejémosle que se aparte.

—Juzgo cosa más segura que le hagamos apartar.

—¿A la fuerza?

—¡Qué pregunta!

Si no se aparta de grado, á ella es fuerza que recurra.

—Vamos, pues.

—Tú queda inmóvil, que no necesito ayuda.

—Entiendo. —Y así diciendo, fuése con planta segura

don Félix al embozado, que de situación no muda.

Paróse á tres pasos de él, y con gentil apostura

dirigióle estas palabras, con voz ajena de injuria:

—Hidalgo: si grave empeño tal vez no os lo dificulta, dejadme libre un momento la calle.

—¿Y qué es lo que busca en ella vuestra merced?

—Busco una casa.

—¿La suya tal vez?

—Estime el hidalgo la cortesía que se usa

con él, y responda atento, que mi paciencia se apura.

—Perdone el buen caballero, y eche adelante si gusta.

—Es que os habéis de apartar.

—Sí haré.

—Gracias.—

Hizo punta el embozado hacia arriba, tomando en la calle ruta, y echó hacia abajo don Félix, hasta ver por las junturas de la reja de doña Ana la luz que en el cuarto alumbraba.

Pasó por frente á la reja, volvió á pasar; hizo, en suma,

para llamar su atención cuanto no fuera hacer pública

con la presencia de un hombre de doña Ana la conducta;

mas ni se abrió la ventana, ni se oyó señal alguna.

Ya el corazón se le prensa de los celos con la furia,

ya negros y pavorosos presentimientos le turban,

y ya dudaba afanoso entre si era ó no cordura

el volverse ó el quedarse hasta que verdad descubra,

cuando hacia él, calle adelante, vió correr con gran premura

á su amigo, que le dice:

—¡Huye, don Félix!

—¡Que huya!

—El milanés maldito tenía su gente oculta

para dejarte pasar,

y con mano más segura,  
 encerrado en esta calle,  
 abrirte en su centro tumba.  
 —¿Estás seguro que es él?  
 —Sí, Félix, sin duda alguna.  
 —Ganemos, pues, la otra esquina;  
 que fuera cosa harto dura  
 morir aquí, como perros,  
 á las manos de tal chusma.  
 Pero mañana la mía  
 será la primer figura  
 que á sus ojos se presente,  
 y veremos si su astucia  
 de su corazón desvía  
 de mi tizona la punta.  
 Vamos.—Y, así pronunciando,  
 á alejarse se apresuran.  
 Mas no bien á la otra esquina  
 tocaban, cuando á ellos juntas  
 dos espadas se vinieron,  
 que toparon con las suyas:  
 duró la lid un instante,  
 y ya vencer se figuran,  
 pues á estocadas los llevan  
 los dos mancebos con furia,  
 cuando, corriendo, llegaron  
 con las espadas desnudas  
 otros tres por sus espaldas.  
 Siguió momentos la lucha,  
 como valientes lidiando;  
 mas, ¿qué el valor les ayuda  
 donde á traición contra ellos  
 cinco cobardes se juntan?  
 Cayó primero don Félix;  
 y aunque en la tapia se escuda  
 para lidiar cara á cara,  
 los ojos ¡ay! se le nublan  
 con la sangre que derrama,  
 y á cuchilladas le abruman.  
 Riñó como bravo el otro,  
 mas fué inútil su bravura,  
 pues todos en torno suyo  
 villanamente se agrupan.  
 Y al cabo de unos momentos  
 cayó, con heridas muchas,  
 de boca, á impulso de un tajo

traidor, sentado en la nuca.  
 Tomaron la calle arriba  
 los viles, y en voz confusa,  
 unos á otros marchando,  
 que muertos son se aseguran.

—  
 Amanecía apenas  
 el inmediato día,  
 cuando sus horas de quietud serenas  
 á don Pedro Guzmán interrumpía  
 siniestra y tumultuosa vocería.  
 De su casa en la puerta  
 con aldabadas dobles,  
 á cuyo impulso sus macizos robles  
 resistencia oponían, pero incierta,  
 llamaban tenazmente;  
 y ya tropel juntábase de gente,  
 y ya don Pedro presto,  
 con prisa airada y soñoliento gesto,  
 las ropas se vestía,  
 porque ningún doméstico lo hacía.  
 Ya de su larga bata  
 las puntas coge y las presillas ata,  
 y al balcón se dirige,  
 cuando un viejo criado,  
 que ha muchos años que su casa rige,  
 llegó á él con semblante desolado.  
 —Fermín, ¿qué es lo que pasa—  
 dijo don Pedro—para ruido tanto,  
 que parece que á hundir se va la casa?—  
 Y, amargo llanto derramando el viejo,  
 —¡No salgáis—dijo—por el cielo santo!  
 —Mas, ¿qué pasa? ¿Qué es?  
 —Es la justicia.  
 —Y en mi casa, ¿qué quiere?  
 —¡Oh! Con vos nada,  
 señor; nada con vos.  
 —Pues, ¿á quién busca?  
 Fermín, sea cualquiera la noticia  
 que al fin me has de decir, por desastrada  
 que sea, díla pronto.  
 —Sosegáos, señor.  
 —¡Voto á los cielos,  
 que valen, más que el susto, tus recelos!—  
 Y tal diciendo con airado tono,

dirigióse á la puerta;  
mas el viejo Fermín, interponiéndose,  
con sollozos le dijo interrumpiéndose:  
—Vuestro hermano, señor, hoy no ha dor-

[mido

dentro de casa.—Y comprendiendo al

[punto

don Pedro lo demás, lanzó un gemido,  
arrancado al dolor y la ira junto,  
y apartando al anciano suplicante,  
lanzóse por los cuartos adelante.  
Al pie de la escalera,  
en hombros de unos hombres compasivos,  
yacía, desgarrando de los vivos  
el corazón, y de su muerte fiera  
con horrendas señales mutilado,  
don Félix desdichado.

De siete anchas heridas  
por las sangrientas bocas  
la vida se le huyó, y, compadecidas  
de tan triste espectáculo, pudieran  
en lágrimas romper las duras rocas.  
La horrible escena de dolor y saña  
á que don Pedro se entregó, sin duda  
que es á mi pluma extraña;  
que á períodos poéticos acuda  
para pintarte con verdad, en vano  
será ¡oh, caro lector! Llama en tu ayuda  
tu propio corazón, y pesa el duelo  
que fuera en él si un padre ó un hermano  
de modo tal te arrebatara el cielo.  
Con tan grande dolor, con pena tanta  
don Pedro de Guzmán enloquecido,  
largo rato anudada en su garganta  
sintió la voz, y se esquivó el sonido.  
Y sobre los despojos  
del infeliz hermano  
llanto vertieron sus nublados ojos;  
trémula y fría separó su mano,  
á su dolor cediendo sus enojos;  
mas luego que en su mente  
volvieron á ordenarse las ideas  
y al corazón ardiente  
volvió el valor un punto adormecido,  
cón centellante vista de repente  
tendió por el concurso enmudecido,

diciendo con acento enronquecido:  
—¿Quién fué el traidor cobarde  
que, en un mancebo imberbe todavía,  
de tan salvajes iras hizo alarde?—  
Y en rededor tendió fiera mirada  
Guzmán, mas nadie le repuso nada.  
—¿Todos—dijo don Pedro—aquí lo iguo-

[ran?

¡Todos callan! ¡Pardiez! ¿Dónde fué

[muerto?

¿No hallaron la verdad los que le lloran,  
los que le traen á domicilio cierto?  
¿Quién le reconoció? ¿Quién pudo acaso  
de quien le recogió guiar el paso?—  
Volvió á tender en torno su mirada  
Guzmán, y nadie le repuso nada.  
Entonces, ya con tono descompuesto  
y semblante iracundo,  
hijo de su pesar justo y profundo,  
á un alcalde de corte que con gesto  
impasible y severo le había oído,  
cuya ronda á su hermano ha recogido,  
dirigióse Guzmán, así diciendo:

—Amigo soy del rey; y pues tan necia  
en los crímenes anda la justicia,  
sabrás el rey que su ley se le desprecia,  
y que el miedo la tuerce ó la malicia.—  
Y, volviendo la espalda, Guzmán fiero  
pidió á Fermín su capa con su acero;  
viendo lo cual el juez, tras él echando  
y á Guzmán de los otros apartando,  
dijole:—Oídme, pues, buen caballero.—  
Y, de la estancia fuera,  
platicaron los dos de esta manera:

DON PEDRO

Decid.

ALCALDE

Con vuestro hermano  
otro joven hallé, que, al par herido  
fué con don Félix por la misma mano.

DON PEDRO

¿Y quién es?

ALCALDE

Fué don Carlos de Aguilera.

DON PEDRO

¿Murió también?

ALCALDE

También.

DON PEDRO

¡Oh, suerte fiera!

ALCALDE

Mas vivió lo bastante  
para decir con hábito espirante  
y jurar por la fe de caballero,  
y de la eternidad por el gran paso,  
de tan traidor y lastimoso caso  
el autor verdadero.

DON PEDRO

¿Y quién es, ¡vive Dios!?

ALCALDE

Antes, don Pedro, de saber su nombre,  
juradme que escondido en vuestro pecho  
le guardaréis; que es hombre  
que por bueno pasar puede lo hecho,  
y que al rey solamente  
lo habéis de revelar secretamente.

DON PEDRO

Sí, juro; mas si fuese  
el mismo rey, señor alcalde, habría  
de hacer justicia en sí, ó ¡por vida mía!  
que puede que me oyese  
lo que de nadie oír esperaría.

ALCALDE

A la venganza yo no os pongo coto;  
mas, si no sois del rey muy grande amigo,  
no mováis con quien fué mucho alboroto;  
y esto, Guzmán, que os digo,  
lo que os puedo decir es, y es mi voto.

DON PEDRO

Mas ¿quién es? Acabad.—

Y aquí al oído  
de don Pedro acercándose el alcalde,  
dijo, y de nadie pudo ser oído:

ALCALDE

El milanés que habita en la Embajada  
de Inglaterra.—Y don Pedro  
tal nombre oyendo, al lado de la espada  
llevó la mano, y con feroz mirada  
—Bien está—dijo al juez:—lo entiendo to-  
[do.

ALCALDE

¿Sólo el rey lo sabrá?

DON PEDRO

Sólo, y de modo  
que á la historia añadir no podré nada.

Y los dos apartándose,  
para dejar la historia bien redonda,  
desde allí cada cual siguió entregándose,  
don Pedro á su dolor, y él á su ronda.  
Pero puede el discreto  
imaginar que en calma  
no podría encerrar dentro del alma  
don Pedro de Guzmán este secreto,  
y que á vueltas y á solas andaría  
más segura buscando  
del autor de delito tan nefando  
fiera venganza en oportuno día,  
y que el día fatal quedó aguardando.

—  
Y á la mano en pocos días  
la ocasión le vino pronta;  
que, quien para el mal la busca,  
siempre se la encuentra próxima,  
Seguido de un escudero,  
por honor de su persona,  
y por ayuda en un caso  
de una asechanza traidora,  
por fuera de Recoletos,  
una tarde nebulosa,

el de Guzmán se pasea,  
 rumiando tristes memorias.  
 Víasele entre los árboles  
 como una siniestra sombra,  
 el monasterio cruzando  
 desde una esquina á la otra;  
 la larga espada en la cinta,  
 embozada la persona,  
 descolorido el semblante  
 y con la mirada torva.  
 Todo su exterior, en fin,  
 revela que su alma á solas  
 en los cálculos se abisma  
 de meditaciones hondas,  
 y que una idea inmutable,  
 íntima y desoladora,  
 lastima su inquieta mente  
 y el corazón le acongoja.  
 Piensa en su hermano don Félix,  
 y en la más fácil y próspera  
 ocasión de la venganza  
 de muerte tan alevosa.

En esto, el Prado adelanta  
 por dos yeguas voladoras  
 que le pacieron la grama  
 al Guadalquivir en Córdoba,  
 arrebatada venía  
 sin camino una carroza,  
 pues, torpe mano á las yeguas  
 acosando, desbocólas.  
 Al punto vió la impericia,  
 Guzmán, cuya generosa  
 sangre á ayudar le impelía  
 al que así necio se arroja;  
 y conociendo que pronto,  
 dejando la arena cómoda,  
 se entraran por los vallados  
 las dos bestias poderosas,  
 con su escudero lanzóse  
 por si contenerlas logra,  
 y aquel peligro desvía  
 de quien la muerte provoca.  
 Los que en el carruaje vienen  
 gritaron en voces roncas:  
 —¡Fuera! ¡Fuera!—por si acaso  
 con el espanto empeoran

los animales y alcanzan  
 caída más desastrosa.  
 Mas á sus voces haciendo  
 Guzmán las orejas sordas,  
 como hombre sereno y ducho  
 en semejantes maniobras,  
 colocándose á ambos lados,  
 la vista y la mano pronta,  
 caballero y escudero,  
 al enfilarse la carroza,  
 con un instantáneo arrojé  
 asiendo las bridas rotas,  
 á una yegua el caballero  
 y el escudero á la otra,  
 consiguieron, lastimándolas,  
 pararlas, y á mucha costa.  
 Saltó en tierra un caballero,  
 á la más estricta moda  
 equipado, y de presencia  
 muy bizarra y muy airosa.  
 Mas al llegarse á don Pedro  
 á darle gracias, la gola  
 le aferró con ambas manos  
 el de Guzmán, con furiosa  
 voz diciéndole:—Asesino,  
 ¡caiga en tí su sangre toda!—  
 El milanés (que no era otro),  
 que aquella sangrienta historia  
 recordó viendo á don Pedro,  
 dióse por puesto en la horca.  
 Mas soltóle el de Guzmán,  
 y, treguas dando á su cólera,  
 le dijo:—Hacia aquí apartáos:  
 veamos si vuestra hoja  
 corta igualmente de cara  
 como por la espalda corta.—  
 Echaron á Recoletos,  
 y, de tapia protectora  
 amparándose, sacaron  
 al aire sus dos tizonas.  
 Perdió el milanés la suya  
 con muchísima deshonra,  
 y, yendo á herirle don Pedro,  
 como una espantada zorra  
 á quien los perros persiguen,  
 tomó fuga vergonzosa.

Indignado el de Guzmán  
 viendo con alma tan poca  
 á quien tan traidoramente  
 asesina entre las sombras,  
 echó tras él, ya resuelto  
 á darle muerte alevosa.  
 El milanés, conociéndolo,  
 con intención previsor  
 ganó á la iglesia la puerta,  
 y la capilla más próxima.  
 Entró tras él Guzmán, ciego;  
 mas á una imagen devota  
 de Cristo viéndole asido,  
 de la mujer generosa  
 se acordó que dió la vida  
 al matador de Zamora.  
 Soltó su mano la espada,  
 con voz descompuesta y cóncava  
 diciendo al otro, que le oye  
 con alma y con faz atónitas:  
 —¡Idos, que yo os dejo libre!

¡Válgaos la buena memoria  
 de una mujer que por mí  
 osó hasta acción tan heroica!—

Y saludando á la imagen  
 con reverencia piadosa,  
 dijo:—Hasta aquí mi venganza.  
 ¡Dios me la tenga en memoria!—  
 Dudándolo todavía  
 ve el milanés que abandona  
 la iglesia; mas de ello, al cabo,  
 sus sentidos se cercioran.  
 Y á su carroza volviendo,  
 por hazaña milagrosa  
 contó en la corte el suceso,  
 que admiró la corta toda.  
 Y por verdadera hazaña,  
 contada de boca en boca,  
 á don Pedro apellidaron  
*El de la buena memoria.*



# Á MARÍA

## PLEGARIA

Aparta de tus ojos la nube perfumada  
que el resplandor nos vela que tu semblante da,  
y tiéndenos, María, tu maternal mirada,  
donde la paz, la vida y el paraíso está.

---

Tú, bálsamo de mirra; tú, cáliz de pureza;  
tú, flor del paraíso y de los astros luz,  
escudo sé y amparo de la mortal flaqueza,  
por la divina sangre del que murió en la cruz.

---

Tú eres ¡oh María! un faro de esperanza  
que brilla de la vida junto al revuelto mar,  
y hacia tu luz bendita desfallecido avanza  
el náufrago que anhela en el Edén tocar.

---

Impela ¡oh Madre augusta! tu sopro soberano  
la destrozada vela de mi infeliz batel;  
enséñale su rumbo con compasiva mano;  
no dejes que se pierda mi corazón en él.



# POCO ME IMPORTA

## CANCIÓN

Me dicen que medio mundo  
riñe con el otro medio,  
y, aunque en verdad me confund o  
viéndolo así, ¿qué remedio?  
Caprichos con que se nace:  
cada cual como más quiere  
vive y muere,  
y aunque algo extraño se me hace,  
viendo la vida tan corta,  
*poco me importa.*

Yo sé un elixir magnífico  
contra duelos tan extraños,  
y son con tal específico  
horas de placer mis años.  
Para mí no hay amarguras,  
ni pesares ni disgustos  
me dan sustos;  
y aunque diz que surco á oscuras  
el mar de esta vida corta,  
*poco me importa.*

Sin opulencias me paso,  
ni ambiciono honras ni oro,  
ni del poder hago caso;  
si no soy feliz, no lloro.  
Conmigo mismo me basto,  
y con lo poco que tengo  
bien me avengo;  
y aunque cuanto tengo gasto,  
siendo la vida tan corta,  
*poco me importa.*

Si leyes á nadie doy,  
nadie á mí leyes me da;  
donde no gozo, no voy;  
donde estoy, mi patria está.  
No me acosa odio ni envidia;  
y aunque en todos los lugares  
hay pesares,  
si algún pesar me fastidia  
y amarga esta vida corta,  
*poco me importa.*

Un puro y una botella  
durante mi esplín consumo,  
y, cuando acabo con ella,  
cigarro y pesar son humo.  
Los vapores de los dos  
el cerebro me revuelven,  
y me vuelven  
tan feliz, que ¡vive Dios!  
esta vida, larga ó corta,  
*poco me importa.*

Celestes apariciones  
gozan entonces mis ojos,  
y dichosas ilusiones  
satisfacen mis antojos.  
En las vagas espirales  
fermentan del humo vano  
de mi habano  
visiones tan celestiales,  
que una vida larga ó corta  
*poco me importa.*

¿Y en qué entonces me aventaja  
ningún sultán con su opio?  
Si á su alma el Edén se baja,  
á mí me pasa lo propio.  
A él le exalta la cabeza  
su ámbar, su pipa y su vaso:  
no hace caso  
de sí mismo en su pereza,  
y una vida larga ó corta  
*poco le importa.*

Y á mí el licor jerezano,  
del puro entre el humo azul,  
me hace igual al soberano  
de la soberbia Stambul.  
Y en el insomnio dichoso  
de la embriaguez le tuteo,  
y me creo  
otro sultán poderoso,  
y, como á él, la vida corta  
*poco me importa.*

¿Qué diablos va de él á mí?  
Llévanle al harem eunucos  
á que la desuelle allí,  
velado por mamelucos;  
y á mí me arrastra á mi lecho  
una mujer cariñosa,  
que afanosa  
se desvela en mi provecho,  
con quien la vida, por corta,  
*poco me importa.*

El enamora á una esclava  
que hacia él sólo miedo abriga,  
y á mí de aplomarme acaba  
dulce beso de mi amiga.  
A él las caricias le roba  
su esclava durante el sueño;  
y mi dueño  
me vela en mi misma alcoba,  
porque mi vida, aunque corta,  
*mucho le importa.*

A él le hace el opio, tal vez,  
soñar con alguna hurí,  
y ver me hace una el Jerez  
en cada mujer á mí.  
El reina en Constantinopla;  
y yo, mísero coplero,  
cuando quiero  
de él me río en una copla,  
y de su rabia, si aborta,  
*poco me importa.*

Y á él opio excesivo acaso,  
le hace ponzoña mortal  
de su café, y le abre paso  
á su sepulcro imperial.  
Mientras yo, libre de afán,  
despierto al placer mañana  
con más gana,  
y, aunque reviente el sultán  
y deje la Europa absorta,  
*poco me importa.*



# HIMNO

Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II EN SUS DÍAS

(MÚSICA DEL MAESTRO IRADIER)

## CORO

*El sol abre su oriente  
detrás de tu dosel,  
y ve la hispana gente  
su sol en tí, Isabel.*

### ESTROFA 1.<sup>a</sup>

En pos de largos años de belicoso duelo,  
tu cándida sonrisa nos vienes á mostrar,  
cual muestra sus colores el iris en el cielo,  
cual sus rosadas luces el alba sobre el mar.

*Coro.—El sol, etc.*

### ESTROFA 2.<sup>a</sup>

Tú, estrella de esperanza en nuestras sombras eres;  
Tú, de mejores días apetecido sol;  
tú, el ángel que nos brinda la paz y los placeres;  
tú, escudo á cuyo amparo se acoge el español.

*Coro.—El sol, etc.*

### ESTROFA 3.<sup>a</sup>

Por tí nos olvidamos de la feroz pelea,  
de las sangrientas horas del tiempo que pasó;  
por tí tranquilo y solo nuestro pendón ondea,  
que ayer en dos jirones contrarios tremoló.

*Coro.—El sol, etc.*

### ESTROFA 4.<sup>a</sup>

Por él de hoy más osados con fe peharemos;  
de hoy mas, al campo unidos iremos detrás de él;  
bajo él, como españoles, con honra moriremos,  
los nombres invocando de España y de Isabel.

## CORO.

*El sol abre su oriente  
detrás de tu dosel,  
y ve la hispana gente  
su sol en tí, Isabel.*



# A D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO

## EPÍSTOLA

(EN VERSO PROSÁICO)

Tienes ¡oh Wenceslao! cosas diabólicas;  
ocurrencias fatales, como tuyas;  
y desdichas ¡ay Dios! tan hiperbólicas

Traen para mí, que, aunque de oírlas huyas,  
te las voy á encajar, porque á mi antigua  
y cerril libertad me restituyas.

¿Dónde habrá ¡oh caro Izco! más ambigua  
situación que esta ruin en que me pones,  
á los trabajos de Hércules contigua?

¿Escribir en *La Risa* me propones  
y hacer reír? ¡A mí, que siempre he sido  
el cantor de la sangre y las visiones!

¡A mí, que en todas partes me han tenido  
por el buho más negro y melancólico  
que del furor romántico ha nacido!

¡A mí, cuyo estro bárbaro y diabólico  
espanta al sano público en la escena  
con obras que espeluznan á un católico!

¿Yo hacer reír? ¡Pues la aprensión es buena!  
Conque te firme yo tu semanario  
no queda al punto un suscriptor, y truena.

Mira lo que haces, Izco temerario,  
mira que te lo ruego por los cielos:  
ve tu empresa con ojos de empresario.

Porque si yo, cumpliendo tus anhelos,  
tiendo por tu papel mi negra pluma,  
te has de tirar muy pronto de los pelos.

Alíviamе este peso que me abrume  
renunciando á mis versos montaraces,  
que es lo que á entrambos nos conviene en suma.

Mas... áspero mohín veo que me haces  
esto leyendo... ¿En tu opinión te cierras?  
No me resisto más: tengamos paces.

Escribiré en *La Risa*, pues te aferras  
en ello, Ayguals; mas sobre tí los daños,  
que mis jovialidades desentierras.

Horrendas cosas escribí en cinco años;  
mas, nueva luz en mí desde hoy sintiendo,  
de mano voy á dar á mis engaños.

Voy á reirme yo, reír haciendo  
al que no haga llorar, ridiculeces  
del mundo en que vivimos descubriendo.

Voy á hacerte reír, pero tus preces  
dirige al cielo, Ayguals, porque te juro  
que te voy á mostrar las desnudeces

De la verdad, en castellano puro;  
no correcto tal vez, pero tan claro  
que ha de entenderlo el montañés mas duro.

Y aqueste empeño para hacer más raro,  
por mí voy á empezar, ante tus ojos  
mostrándome cual soy bien sin reparo.

Perdona si tal vez te causa enojos  
mi ruin y flaca aparición barbuda;  
resultado es nõ más de tus antojos.

Contempla, pues, mi humanidad desnuda,  
y piensa que, cual yo te me presento,  
voy á poner á los demás sin duda.

Yo soy un hombrecillo macilento,  
de talla escasa, y tan estrecho y magro,  
que corto, andando, como naípe el viento.

Y protegido suyo me consagro,  
pues son de delgadez y sutileza  
ambas á dos mis piernas un milagro.

Sobre ellas va mi cuerpo, y mi cabeza,  
como el diamante, al aire; y abundosa  
pelos me prodigó naturaleza;

De tal modo que, en siesta calurosa,  
mis melenas y barbas extendidas  
á mi persona dan sombra anchurosa.

Mi cara es como muchas que, perdidas  
entre la turba de las otras caras,  
se pasean sin ser apercebidas.

Mofadora expresión, si la reparas,  
muestra á veces; las más, indiferencia,  
y otras melancolía, aunque muy raras.

Cual soy me tienes, pues, en tu presencia,  
visto por fuera, Wenceslao amigo;  
pero, visto por dentro, hay diferencia.

Que aunque soy en verdad como te digo,

de hombre en el exterior menudo cacho,  
alma más rara bajo de él abrigo.

Serio á veces, á veces vivaracho,  
tengo á veces arranques tan exóticos,  
que rayan en tontunas de muchacho.

Y otras veces los tengo tan despóticos,  
que atropello razones y exigencias  
por cumplir mis caprichos estrambóticos.

Poco alcanzo en las artes y las ciencias,  
y eso que *allá* los padres jesuitas  
me avivaron un tanto las potencias.

Mas yo, dificultades infinitas  
en las ciencias hallando, echéme en brazos  
de las Musas. Mujeres y bonitas

Ellas, muchacho yo, caí en sus lazos;  
y á fe que sus cariños me valieron  
inútiles, mas sendos sermonazos.

Tantos fueron, que al fin me condujeron  
á oírlos con glacial indiferencia;  
y en mí esta indiferencia produjeron

Con que miro las cosas (y en conciencia,  
aunque cual gran calamidad la lloro,  
no la puedo oponer gran resistencia).

Alabo el bien y á la verdad imploro;  
mas despierto con otra ventolera,  
y el mal ensalzo y la mentira adoro.

De esto viene el llamarme calavera;  
mas si un día en razón meterme debo,  
¿quién duda que lo haré como cualquiera?

Oscura vida por mi gusto llevo;  
mas si llevarla del revés importa,  
lo hallo tan fácil cual comerme un huevo;

La existencia no me es larga ni corta;  
en paz la paso, sin placer ni pena;  
como no tengo plan, nunca me aborta.

Si una buena alma investigar serena  
quiere lo que yo soy, por mil caminos  
irá, y tal vez de la verdad ajena.

Que (abreviando discursos peregrinos)  
no sirve cuanto digo y cuanto hago  
para atar dos ochavos de cominos.

Porque soy todo yo tan raro y vago,  
que ni nadie me entiende ni me entiendo:  
lo que hice ayer, mañana lo deshago;

Dejo hoy tal vez lo que mañana emprendo,  
y así salen mis obras á mi antojo,

aunque digas ¡oh Ayguals!: «No lo comprendo».

Tal soy como te he dicho, y algo flojo  
tal vez anduve: mi retrato es éste.

Si á firmar tu periódico me arrojó,

Voy á ser más dañino que la peste,  
y he de sacar la pluma de mal año,  
aunque tu misma enemistad me cueste.

Y pues donde cortar no falta paño  
en esta injerta sociedad de ahora,  
do el ridículo sólo no es extraño,

Si me quieres así, sea en buen hora:  
reír me place, mas á costa ajena;  
que es más dulce reír cuando otro llora.

Tú dirás que esta epístola no es buena,  
y que, si ha de ser tal cuanto te escriba,  
renuncias mis artículos sin pena.

Mas, aunque bien dirás, en esto estriba  
la excelencia mayor de estos renglones;  
pues de justicia es ley distributiva

Que, si critico de otros las acciones,  
me exponga yo á su crítica primero,  
y les dé la razón de mis razones.

Con esto, Ayguals, contestación espero  
recibir de tu puño, en versos fríos  
y ásperos como clavos; lo que infiero

No de uno de mis muchos desvaríos,  
sino por que contestes dignamente  
á versos tales como son los míos.

Contesta, pues, y ríase la gente:  
que nos llame *La Risa* sus apóstoles,  
y aunque nos diga el vulgo irreverente  
que esto es tocar el órgano de *Móstoles*.



# Á MI AMIGO WENCESLAO AYUALS

Director de «La Risa»

¿Con que ni puertas ni rejas  
de tí me pueden librar?  
¡Maldito Ayuals, no me dejas  
un momento reposar!  
Ya encanece mis guedejas  
lo que me haces cavilar,  
zumbándome las orejas  
con los ayes y las quejas  
que me envías sin cesar.

Irrita, pues, escorpión,  
mi lengua de basilisco  
con uno y otro arañón,  
con uno y otro mordisco.  
Duréceme el corazón  
hasta dejarle hecho un risco  
para el duelo y compasión;  
mas ¡ay si rompe el turbión!  
¡ay si te coge el pedrisco!

¿Y quién habrá que lo impida?  
¿Quién ¡vive el cielo! me estorba  
darte una buena batida  
con esta péñola corva,  
en tu propia hiel teñida?  
Nadie... El coraje me encorva,  
y... óyeme, Ayuals, por tu vida,  
que con tu misma medida  
voy á templar mi tiorba.

Y pues luchador atlántico,  
en composición esdrújula  
retas á mi esto romántico,  
Ayuals, yo rompo mi brújula,  
y así te vuelvo tu cántico.

Ya que persigues *frenético*,  
Wenceslao, mi numen *lírico*,  
que rabia por lo *patético*,  
y para hacerme *satírico*,  
me amenazas con lo de *ético* (1),  
Seguiré tu plan *diabólico*:  
desde hoy agrio, amargo y *ácido*,  
mi zumbido *melancólico*  
será son alegre y *plácido*,  
aunque me cueste un buen *cólico*.

¿Temes que mis fuerzas *bélicas*  
cedan y me quede *exánime*?  
Dudas tienes bien *angélicas*;  
verdades oye *evangélicas*,  
que contigo voy *unánime*.

Quien no sea hoy un *estólido*,  
gran dosis de *metafísico*  
ha de llevar en su *físico*;  
que no es de moda lo *sólido*  
ya: lo elegante es lo *tísico*.

Veme á mí. Influencia *mágica*  
ejerzo en todo *espectáculo*;  
y el vulgo, al verme con *báculo*  
caminar, y con faz *trágica*,  
me tiene por un *oráculo*.

¿Mas á Bretón? ¡Santa *Brígida*!  
Al ver su panza de *ecónomo*  
le darán horchata *frígida*,  
le pondrán á dieta *rigida*,  
como al más fiero *gastrónomo*.

(1) Y aquí, si yo fuera empírico,  
te regalaba un cosmético,  
y si encontrara otro en *írico*,  
te daba tártaro emético.

La magrura es un *vehículo*  
para hacer doctor en *fárragos*  
al ético más *ridículo*;  
para sabios es de *artículo*  
ser tan secos como *espárragos*.

Tal es nuestro siglo: *encárate*  
con cualquier autor *dramático*,  
no hablemos de Gil y *Zárate*,  
con Príncipe y yo *compárate*...  
¡Bah, tú eres un buey *asiático*!

¿Qué hermosa mira con *ánimo*  
vuestros contornos *exóticos*,  
si los destinos *despóticos*  
dan siempre á vientre *magnánimo*  
los gustos más *estrambóticos*?

Y si á cuestión *pantomímica*  
lo reduces, ¿cuál más *árida*  
de la de un gordo? La *química*  
á voces una *cantárida*  
recetará á vuestra *mímica*.

Si á una mujer (¡Santa *Mónica*!)  
en sitio público (¡*cáscaras*!)  
diriges seña *lacónica*,  
se quedará como en *máscaras*,  
tendrá por risa *sardónica*;

Por amenaza *satánica*,  
la seña amante y *volcánica*,  
y te tendrá por un *tábano*  
que con torpeza *mecánica*  
no quiere soltar el *rábano*.

¡Bah! Sé en lo gordo *metódico*,  
y te jura tu *vulpécula*  
que, aun á precio menos *módico*,  
más de moda tu *periódico*  
ha de ser, per omnia *sécula*.

El *amén*, tú lo dirás,  
que de derecho te toca,  
pues fuera me le coloca  
tu metro de Barrabás.

Y pues te devuelvo exactos  
tus esdrújulos malditos,  
ya ves, me cuesta tres pitos  
el cumplir con nuestros pactos.

Mas si en encomiar los gordos  
tú te me cierras fanático,

pese á mi interés apático,  
nos habrán de oír los sordos.

Porque, Ayguals, ni aquí ni en Flandes  
ha habido un gordo grande hombre;  
que á los gordos, no te asombre,  
les llama el vulgo hombres grandes.

Tal es el siglo en que estamos,  
siglo montado al vapor:  
cuanto más peso, peor;  
conque los flacos ganamos.

Y da gracias á que hoy  
no me siento para el paso;  
que si no, os diera un repaso,  
que hiciera ¡por San Eloy!

Vuestra derrota patente;  
más, porque no echés á broma  
lo que voy diciendo, toma:  
con lo que sigue entretente.

Sois un puro inconveniente  
vosotros los mofletudos,  
y haceros en la piel nudos  
fuera, á mi ver, muy prudente.

Prescindamos del apodo  
preciso de un barrigón,  
aquello de San Antón,  
pero con el cerdo y todo.

Prescindamos de que Utrilla  
no sabe cómo ajustaros  
un chaleco sin ahogaros,  
ó un pantalón con trabilla;

De que él se desacredita,  
y con fatal desengaño  
ve que no le queda paño  
de vuestro frac ó levita.

Prescindamos de lo caros  
que sois y poco económicos;  
vamos á los lances cómicos  
en que tenéis que encontraros.

Pues, señor, que eres feliz,  
y que tu cara hermosura  
te recibe en noche oscura,  
y os veis nariz con nariz:

¿Dónde os esconde una trampa  
del tutor atrabiliario?

En baúl, balcón ó armario  
ni á pechugones se os zampa.

No hay asilo que se os dé,  
no hay hueco en que estéis holgados;  
si os cierran, morís ahogados,  
y si no os cierran, se os ve.

¿Y si vais de formación?  
El fusil y fornituras  
os prensan las asaduras,  
y sudáis el corazón.

¿Si vais á un duelo? ¡Qué azar!  
Aunque el contrario sea manco,  
como oponéis tanto blanco,  
por fuerza os ha de tocar.

¡Pues digo, si es á pistola  
y os toca el tiro segundo!  
¡Bah! Despedíos del mundo,  
y que carguen su arma sola.

¿De qué os valdrá la fátiga  
que empleéis en perfilaros?  
La bala al fin ha de entraros  
por mitad de la barriga.

¿Pues si viajáis en carruaje?  
Basta solamente veros  
para que los compañeros  
pronostiquen un mal viaje.

Cualquier asiento es escaso  
á vuestras asentaderas,  
y los puentes y escaleras  
rechinan á vuestro paso.

Si os caéis, ¿quién os levanta?  
Pues casados y dormidos  
os supongo, ¡qué ronquidos!  
La pobre mujer se espanta.

Y si coge al fin el sueño,  
sueña con un terremoto,  
y es que mugen como un choto  
las narices de su dueño.

¿Pues si hacéis el alma tierna?  
¡Qué cariños tan brutales!  
¡Como que son diez quintales  
cada brazo ó cada pierna!

Y paro aquí, por lo grave  
del asunto, que si no,  
hasta donde fuera yo,  
Dios solamente lo sabe.

Por cuyas dos mil razones  
os llevamos gran ventaja  
los hombres como una paja  
á los hombres barrigones.



## Á MI AMIGO D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

Mi querido Juan Eugenio;  
mi octavo tomo publico,  
y al cabo te le dedico  
en holocausto á tu ingenio.

Ve si contigo me porto:  
un cuento te he prometido  
y un tomo te doy cumplido:  
no me acusarás de corto.

Otros buscan con su obra  
destinos ó protección;  
yo no gravo á la nación:  
conmigo mismo me sobra.

Mientras siga el editor  
versos y libros pidiendo,  
iré libros escribiendo,  
que lo tengo por mejor

Que pedir al poderoso,  
mendigar del ignorante  
y rogar al arrogante:  
que soy yo muy orgulloso.

Buscar un crítico enfático  
que alabe mi obra, no quiero,  
que también como el primero  
puedo ser yo catedrático.

Y á más, para entre los dos,  
los criticones de hogaño  
no nos harán mucho daño:  
saben poco, ¡vive Dios!

No se echan muchas viglias  
hoy en críticos estudios:  
tras poquísimos preludios,  
hoy de crítico te filias.

Con ir un mes á París,  
y almorzar con Víctor Hugo,  
vuelves y pones el yugo  
literario á tu país.

*¡Las letras están fatales!,  
vienen diciendo de allá.*

*Las artes... ¡lástima da!*

*¡No están en el Congo tales!*

*¿Pues los teatros? ¡Da grima!*

*¡Ni de talento hay destellos...!*

Y escriben comedias ellos  
como maestros de esgrima.

Tajo aquí, cercén allá,  
ora á la regla, ora al gusto,  
cada escena nos da un susto,  
si calambre no nos da.

Y viendo al fin que no atinan  
por medio ninguno humano,  
cortar el nudo gordiano  
*ex cathedra* determinan.

Con nuevas momenclaturas  
sus disparates bautizan...  
y tanto la luz atizan,  
que nos dejarán á oscuras.

Quien de la *escuela moderna*  
genio innovador se llama,  
barba, galán, paje y dama  
despacha á la vida eterna.

Quien se dice *de la antigua*,  
en cánticos pobrecitos  
de la otra cambia los gritos,  
y que da sueño averigua.

Yo, que tal veo, me digo:  
¡Tanto valen, á fe mía!  
Conque firme en mi manía  
de andar con entrambas sigo.

En lo que no hago ¡por Dios!  
más que con maña oportuna  
tentar á la par fortuna  
por cualquiera de las dos.

A veces de sangre un río  
vierto en situación acerba,  
y á veces con una hierba  
como un tonto me extasio.

Y en esto, sin duda alguna,  
con sesudo estoicismo  
pruebo que me da lo mismo  
por las dos que por ninguna.

Sin embargo, de mi afán  
me daré por satisfecho  
si no te enfada lo hecho  
*En Montoya el Capitán.*

El pueblo me lo contó  
sin notas ni aclaraciones:  
con sus mismas expresiones  
se lo cuento al pueblo yo.

Inútil es que me pidas  
para medirle compás;  
el pueblo tiene no más  
el compás con que le midas.

La gente crítica y docta  
que por decidir se muere,  
califíquele si quiere  
de milagro ó de anedocta.

Se me da, Eugenio, un ardite  
que lo juzgue bien ó mal,  
que lo llame obra inmortal  
ó de necia la acredite.

Porque, según lo que vemos,  
no hay obra, y más siendo ajena,  
que sea á su juicio buena...  
Conque pregunto: ¿y qué hacemos?

Escucha los silogismos  
con que vengo á deducir

que debemos escribir  
sin miedo á nosotros mismos.

Si apenas entre unos y otros  
hay un buen libro que hojear,  
fácil es de remediar:  
escribámosle nosotros.

Tal vez en el *item* demos;  
y si no damos, peores  
que los demás escritores,  
á fe que no quedaremos.

Y además, si es el placer  
de los sabios *mal-decir*,  
si damos en no escribir,  
¿qué mil diablos han de hacer?

Yo soy terco, y lo confieso:  
pues lo que escribo critican,  
escribo porque se pican,  
y ambos roemos el hueso.

Que al cabo va convenciéndome  
la experiencia, por de pronto,  
de que no faltará un tonto  
que se divierta leyéndome.

Y concebirse no puede  
que no tenga un solo amigo  
que aplauda lo que yo digo,  
como á muchos le sucede.

Yo sé que en ambas escuelas  
habrá quien haga á este prólogo  
allá á solas un monólogo,  
como á una fluxión de muelas.

Mas yo vivo, por fortuna,  
en tan dulce escepticismo,  
que se me importa lo mismo  
por las dos que por ninguna.



## EL CAPITÁN MONTOYA

### I

#### LA CRUZ DEL OLIVAR

Muerta la lumbre solar,  
iba la noche cerrando,  
y dos jinetes cruzando  
á caballo un olivar.

Crujen sus largas espadas  
al trotar de los bridones,  
y véñse por los arzones  
las pistolas asomadas.

Calados anchos sombreros,  
en sendas capas ocultos,  
alguien tomara los bultos  
lo menos por bandoleros.

Llevan, porque se presume  
cuál de los dos vale más,  
castor con cinta el de atrás,  
y el de adelante con pluma.

Llegaron donde el camino  
en dos les divide un cerro,  
y presta una cruz de hierro  
algo al uno de divino.

Y es así; que si los ojos  
por el izquierdo se tienden,  
sotos se ven que se extienden  
enmarañados de abrojos.

Mas vése por la derecha  
un convento solitario,  
en campo de frutos vario  
y de abundante cosecha.

Echóse á tierra el primero,  
y, al dar la brida al de atrás,  
—Aquí—dijo—esperarás.

Y el otro dijo:—Aquí espero.—

Y hacia el convento avanzando,  
del caballero en la oscura  
sombra se fué la figura,  
hasta perderse menguando.

Quedó el otro en soledad,  
y al pie de la cruz sentado  
siguió inmoble y embozado  
en la densa oscuridad.

Mugía en las cañas huecas  
en son temeroso el viento,  
rasgándose turbulento  
por entre las ramas secas.

Y en los desiguales hoyos,  
con las lluvias socavados,  
hervían encenagados  
sin cauce ya los arroyos.

Ni había una turbia estrella  
que el monte alumbrara acaso,  
ni alcanzaba á más de un paso,  
ciega la vista sin ella.

Ni señal se percibía  
de vida en el olivar,  
ni más voz que el rebramar  
del vendaval que crecía.

Y al hierro santo amarrados  
ambos caballos estaban,  
y allí en silencio aguardaban,  
á esperar acostumbrados.

Ni de la áspera maleza,  
pisada al agrio rumor,  
les volvió su guardador  
sólo una vez la cabeza.

Un pie sobre el otro pie,  
embozado hasta las cejas,  
metido hasta las orejas  
el sombrero, se le ve.

Como un entallado busto  
de alguno que allí murió,  
y allí ponerse mandó  
por escarmiento ó por susto.

Ni incrédulo faltaría  
que, si cerca dél pasara,  
medroso se santiguara  
dudando lo que sería.

Que á quien suele con la luz  
y en compañía blasfemar,  
bueno es hacerle pasar  
de noche junto á una cruz.

Mas esto se quede aquí;  
y volviendo yo á mi cuento,  
digo que, dudoso y lento,  
gran rato se pasó así.

Y ya se estaba una hora  
de espera á espirar cercana,  
cuando sonó una campana  
de lengua aguda y sonora.

Y aun duraba por el viento  
su vibración, cuando el guía,  
alguien notó que venía  
por el lado del convento.

Sacó la faz del embozo,  
y oyendo el son más distinto,  
echóse la mano al cinturo,  
y *¿quién va?*, el amo y el mozo

Preguntaron á la par;  
mas, conocidos los sones,  
asieron de los bridones  
y volvieron á montar.

Y es fama que, menos fiero,  
el señor con el criado,  
dejóle andar á su lado  
como digno compañero.

Y éste, al ver cuán satisfecho  
volvió de su expedición,  
así la conversación  
introdujo de lo hecho:

—Señor, ¿cómo está la monja?

—¿Y cómo ha de estar, Ginés?

Atortolada á mis pies,  
y más blanda que una esponja.

—¿Y pensáis dejarla así?

—¡Dejarla! Ni por asomo:

no sé todavía cómo,  
mas la sacaré de allí.

Que, según lo que yo he visto,  
más quiere la tortolilla  
volar libre por Castilla  
que estar en jaula con Cristo.—

Y aquí el recio vendaval,  
en voz y empuje creciendo,  
puso lo que iban diciendo  
para escucharse muy mal.

Y ellos, temiendo que acaso  
les cogiera la tormenta,  
sacaron por buena cuenta  
los caballos á buen paso.

## II

### CUCHILLADAS EN LA CALLE

En una noche de Octubre  
que las nieblas encapotan,  
ahogando de las estrellas  
la escasa lumbré dudosa,  
de la ciudad de Toledo  
en una calleja corva  
que el paso desde el Alcázar  
á Zocodover acorta,  
es fama que se apostaron  
seis hombres, que grupo forman,  
de una de las dos esquinas  
á la prolongada sombra.  
Murmuraron por lo bajo  
algunas palabras cortas;  
cortas, porque á ellos les bastan;  
bajas, por si hay quien las oiga.  
Repartieronse sus puestos  
con precaución previsora,  
favorable á los que esperan,  
y á los que lleguen dañosa;  
y quedaron en silencio,  
casi por un cuarto de hora,  
tan ocultos y pegados  
á la tapia en que se apoyan,  
tan hundidas en la niebla  
sus desvanecidas formas,  
que hubo quien, pasando entre ellos,

juzgó la calle muy sola.  
 Caía desde las tejas,  
 desprendida gota á gota,  
 la niebla, que do halla sitio  
 calladamente se posa.  
 Y alguna ráfaga errante,  
 con tenue voz melancólica,  
 cruzaba de alguna reja  
 las hendeduras angostas.  
 Se oían de cuando en cuando  
 sonar por la calle próxima  
 puertas y aldabas de casas,  
 pasos, y voz de personas.  
 Mas nada á los apostados  
 mueve, anima ó impresiona,  
 ni voces ni transeuntes  
 parece que les importan.  
 Inmóviles permanecen,  
 y las sospechas se agotan  
 al ver que por ellos pasan  
 tanta gente y tantas horas;  
 y es imposible atinar  
 con el intento que forman,  
 cogiendo la calle á espacios  
 por ambas aceras toda.  
 Marcó las once un reloj;  
 sonaron, tardas y cóncavas,  
 de las once campanadas  
 las once pesadas notas,  
 y al par que en la callejuela  
 los cinco se desembozan,  
 alumbrándola por dentro,  
 luz á una puerta se asoma.  
 Corriéronse los cerrojos,  
 rechinó la llave sorda,  
 y un cuadro de luz voluble  
 vaciló en piedras y losas.  
 Traspusieron los umbrales  
 tres bultos, y una tras otra  
 se oyeron tres despedidas  
 que murmuraron tres bocas.  
 Quitó la luz el de dentro,  
 dobló á la puerta la hoja,  
 quedó en tinieblas la calle,  
 y dijeron fuera: —¡Ahora!  
 —¡Viles! gritó el que salía;

los que esperaban: —¡La moza—  
 dijeron— *cuenta con ella!* —  
 Y á esta palabra traidora,  
 en dos pedazos la calle  
 partida, en música ronca  
 crujieron y en lid confusa  
 de las espadas las hojas.  
 —¡Asírla!—dicen los unos.  
 —¡Hija, á mi espalda!—en voz torva  
 decía el recién salido,  
 que las cuchilladas dobla.  
 —¡Cómo!—decían los unos.  
 ¡Son dos y terneros osan!  
 —¡Cómo!—murmuraba el otro.—  
 —¡Villanos tientan mi honra!  
 —¡Mueran!—dicen de una parte.  
 —¡Vengan!—dicen de la otra;  
 y crece de la contienda  
 la confusión temerosa.  
 Llueven los tajos sin tino;  
 y aunque se tiran con cólera,  
 como tirados á ciegas,  
 la mayor parte malogran.  
 Pero valientes parecen,  
 porque se buscan y acosan  
 con terquedad tan resuelta,  
 que unos de otros se asombran.  
 Dan, hieren, cubren, atajan,  
 tierra ganan, tierra cortan,  
 y al ruido de los aceros,  
 la vecindad se alborota.  
 Sacaron luces por alto;  
 gritaron:—¡Fuego! ¡La ronda!  
 ¡La guardia!—Mas todo inútil,  
 porque los tajos redoblan.  
 Las mismas luces que sacan  
 son de los menos en contra,  
 y, por doquiera cercados,  
 en sus postrimeras tocan.  
 En esto, la calle arriba  
 llegó un mozo á quien abona  
 por noble la larga pluma  
 con que su sombrero adorna,  
 que, excusándose palabras  
 y revelándose en obras,  
 echó la capa por tierra

y por aire la tizona.  
 Púsose en pro de la dama,  
 como quien hidalgos goza  
 pensamientos y ha nacido  
 de noble sangre española,  
 y anuncióse con tal furia  
 de cuchilladas, que á pocas  
 tendió en la calle dos hombres  
 en las postreras congijas.  
 Y tan rápido revuelve  
 contra los cuatro que afronta,  
 que con una sola espada  
 para los cuatro le sobra.  
 Con tiempo y valor apenas  
 para su defensa propia,  
 dijo uno de ellos:—*¡A tanto  
 sólo el demonio se arroja!*—  
 Y al escucharle el mancebo,  
 dijo con voz poderosa:  
 —*Con una legión no basta  
 para el capitán Montoya.*—  
 Y, haciendo el último esfuerzo,  
 la calle entera despoja,  
 por donde entraba á tal punto  
 á todo correr la ronda.

## III

## OFERTAS

Cuando llegó la justicia  
 de la contienda al lugar,  
 halló asido de la mano  
 con un hombre al capitán.  
 Desmayada una doncella,  
 de él se veía detrás,  
 por otro hombre sostenida  
 con intensísimo afán.  
 Y cuando ufanos quisieron  
 meter su tardía paz,  
 oyeron en esta guisa  
 al desconocido hablar:  
 —Fadrique soy de Toledo:  
 Montoya, no os digo más;  
 mi honor os debo y mi hija;  
 si tienen precio mirad.

Y vedlo bien, que aunque entrambos  
 me demandéis á la par,  
 os juro á Dios desde ahora  
 que son vuestros, capitán.  
 —Lo hecho—dijo Montoya—  
 pagado en exceso está  
 con la amistad de un Toledo.  
 Ésta es mi mano; tomad:  
 hice lo que debe un noble;  
 no hablemos en ello más.—  
 Y, asiéndola don Fadrique,  
 dijo:—Montoya, apretad.—  
 Tornóse después á su hija,  
 y, volviéndose á nombrar,  
 paso le dieron y gente  
 con que ir en seguridad.  
 Tomó cartas la justicia,  
 y, empezando á *justiciar*,  
 llevóse en prenda los muertos,  
 y citó ante el tribunal  
 á los testigos que hubiere,  
 incluyendo al capitán,  
 quien, calándose el sombrero,  
 replicóles:—*¡Bien está!*  
 Póngame, seor corchete,  
 esa capa en caridad,  
 y tome esa friolera  
 con que entieren á ese par.—  
 Y, echando un bolsillo de oro  
 de la justicia en mitad,  
 fué, dejando en la turba  
 admiración general.

Y justamente admirado  
 merece ser, en verdad,  
 quien da tales cuchilladas  
 y tales bolsillos da.

## IV

## EL CAPITÁN DON CÉSAR

—*¡Esa gente es un tesoro!*  
 Él generoso y valiente,  
 ella hermosa, ¡y juntamente  
 la ofrecen pesada en oro!

¿Qué te parece, Ginés?  
Cuatro millones la dan.  
—¡Gran presa, mi capitán!  
¿La aceptaréis?  
—¡Fácil es!  
—¿Y la monja?

—¡Eso te aflige!  
¡Buenas son ambas, por Dios!  
Y, quien de dos toma dos,  
como hombre avisado elige.

Dicen que parece mal  
que hombre de mi condición  
viva siempre solterón,  
derrochando su caudal.

Y á mí también me parece  
que quien tanto tiene y vale,  
pues de lo vulgar se sale,  
más de lo vulgar merece.

La consecuencia te toca:  
si una me dan y otra quito,  
que con dos puedo acredito;  
conque, Ginés, punto en boca.—

Esto dijo el capitán,  
y, pidiendo de vestir,  
anunció que iba á salir  
á cierto asunto galán.

Colgóse al cinto la espada,  
de plata en doble cadena;  
tendió la negra melena  
sobre la gola plegada;

Caló el chambergo de lado,  
y, retirando el espejo,  
tornó su postrer consejo  
á repetir al criado.

Doblóse este siervo fiel  
en presencia del señor,  
y, ganando un corredor,  
cruzóle delante de él.

Abrióle de par en par,  
una tras otra tres puertas,  
que se quedaron abiertas  
mucho después de pasar.

Vénia le hicieron gran pieza  
siervos que al paso topó,  
y un paje tras él salió,  
descubierta la cabeza.

Y á fe que se colegía,  
mirando tal homenaje,  
que era mucho personaje  
quien con tal pompa vivía.

Mas ya es tiempo ¡vive Dios!  
de que dé el lector discreto  
con quién es este sujeto  
que anda ha rato entre los dos.

Sepa, pues, que el capitán  
don César Gil de Montoya  
es de las armas la joya,  
y de las hembras imán.

Nadie se atreve á afrontallo,  
ni hay quien resista su lanza;  
nadie su poder alcanza,  
sea á pie, sea á caballo.

En liza donde él se mete,  
por empeño ó por favor,  
nunca falta justador  
para el último jinete.

En fiesta ó lance que él entra,  
toda opulencia es escasa;  
nadie en lo galán le pasa,  
ni más bizarro se encuentra.

Favorece á quien pregunta,  
obliga á quien aconseja,  
enloquece á quien corteja,  
y avasalla á quien se junta.

Audaz con quien enamora,  
manda, cela, acosa, exige,  
y al cabo del mes elige  
nuevo amor, nueva señora.

Un filtro lleva en los ojos  
que fanatiza á quien ama;  
deleite su voz derrama,  
y fuego sus labios rojos.

Mujer que cayó en su red,  
su corazón dejó preso;  
que sorbe con cada beso  
un corazón cada vez.

No hay puerta que le resista,  
ni reja que le desaire;  
que entra su amor como el aire;  
con sólo mirar conquista.

Como un sultán opulento,  
como un Adonis hermoso,  
sin par en lo generoso,  
sin igual en ardimiento.

Sol que mata las estrellas,  
la fama arrebatada toda,  
y es siempre el galán de moda  
entre las damas más bellas.

Resuena desde Toledo  
su nombre por toda España;  
los nobles le tienen saña,  
los bravos le tienen miedo.

Los golillas le desdoran,  
los clérigos le aborrecen,  
los soldados le apetecen,  
y los villanos le adoran.

Mas á él le importa un ardite  
de tan varia voluntad,  
y toma por la ciudad,  
donde le encuentra, desquite.

Que no hallando ningún Cid  
ni topando una Lucrecia,  
cuantas conquista desprecia,  
mata cuantos vence en lid.

Tiene un palacio por casa,  
da fiestas por afrentar;  
que no hay quien sepa igualar  
sus profusiones sin tasa.

Sin amigos y sin deudos,  
vive sólo para sí,  
y le mantienen así  
sus herencias y sus feudos.

Tan rico y gran bebedor,  
no hay medida á sus deseos,  
y pasa entre devaneos  
una existencia de amor.

Y para ahogar su indolencia  
y ocultar que se fastidia,  
juega sin afán ni envidia  
pedazos de su opulencia.

Si gana, sin ver recoge;  
si pierde, paga sin ver;  
y ni en ganar ni en perder  
hay medio de que se enoje.

Y según derrama el oro  
cuando pierde ó cuando presta,

parece que tiene puesta  
cada mano en un tesoro.

Hay quien de impío le trata,  
y juzga que es mal ejemplo  
que un paje le lleve al templo  
cojín con borlas de plata,

Y que es audacia inaudita  
hincarse al pie de la grada,  
y esperar á una tapada  
para darla agua bendita.

Y aun corren de sus amores  
susurros por la ciudad,  
que, á ser ciertos, en verdad  
pueden tornarse clamores.

Que anda entre ellos una llave  
con que se abre un presbiterio...  
mas el caso es un misterio  
y la verdad no se sabe.

Él sigue ufano y galán,  
y los rumores de que hablo,  
si los sabe, los da al diablo  
satisfecho el capitán.

Tal es, amigo lector,  
el don César de mi cuento;  
si le crees malo, lo siento;  
mas no fué mucho mejor.

## V

## INSUFICIENCIA DEL POETA

Casa don Fadrique á Diana,  
y en su palacio reúne  
cuanto hay, en Castilla entera,  
en armas y amor ilustre;  
que es don Fadrique muy rico  
y á origen de reyes sube,  
y sólo el rey le aventaja  
cuando sus empeños cumple.  
Ofreció una noche su hija,  
en lance que aun hoy encubre  
el misterio de las sombras,  
á un hombre á quien atribuye  
tantos misterios el vulgo  
como al lance que produce

el repentino consorcio  
 que amor y razones une.  
 Mas aunque pasa la noche  
 y ya su presencia urge,  
 el novio no está en Toledo,  
 lo que á sospechas induce.  
 Mas buenas tiene sin duda  
 razones que le disculpen;  
 porque, aunque le echan de menos,  
 nadie de falso le arguye.  
 Todos aguardan que llegue,  
 y no hay un alma que dude  
 que se hallará, al dar las diez,  
 en los salones del duque.  
 Que él ha marcado esa hora,  
 y tal confianza infunde  
 su palabra, que no hay prenda  
 que más valga ni asegure.  
 Prosiguen, pues, de la boda  
 las fiestas; los brindis crujen,  
 y suenan los instrumentos  
 voluptuosos y dulces.  
 Nunca tal gala ostentaron  
 los que de grandes presumen,  
 ni vió jamás tanta pompa  
 la asombrada muchedumbre.  
 Inútil es ponderarla,  
 y querer pintarla inútil,  
 que fiesta como ésta mía  
 contándolas se deslucen.  
 Harto lo llora el poeta;  
 mas ¡ay! que, por más que luche  
 con su voz y con su lira,  
 la realidad no le suplen.  
 Hará que sus *creaciones*  
 en bellos versos murmuren,  
 que canten báquicos himnos  
 cuando su festín concluyen;  
 podrá, cuando más se afane,  
 de quien su cuento le esuche,  
 lograr que se finja apenas  
 el rostro, las actitudes,  
 la situación ó el carácter  
 de los seres que dibuje,  
 todo ello pesado y débil,  
 aunque á lo vano renuncie.

Podrá trazar en un cuadro,  
 aunque sombras se le enturbien,  
 las principales figuras  
 de que su historia se ocupe;  
 mas la luz y el movimiento  
 y el todo que las circuye;  
 la multitud, las comparsas  
 que en torno de ellas agrupe,  
 que giran, hablan, murmuran,  
 van, vienen, bajan y suben,  
 las cercan ó las desvían,  
 y con ellas se confunden,  
 y respiran con su aliento,  
 y con impulsos comunes  
 con ellas gozan, esperan,  
 ríen, cantan, lloran, sufren...  
 ¡imposible que lo pinten  
 y en la mente lo acumulen  
 con voz, movimiento y vida  
 fácil, palpable, voluble!  
 ¿Cómo contar el tumulto  
 que en un momento produce,  
 en un salón donde danzan,  
 un lance que lo interrumpe?  
 La voz de «¡Ahí está, señores,  
 ahí está», que brota y bulle,  
 de boca en boca rodando,  
 y en derredor se difunde;  
 y el son de las herraduras  
 del bridón que le conduce,  
 que, al detenerse en el patio,  
 hace que el patio retumbe;  
 que en las puertas y ventanas  
 los que bailaban se agrupen,  
 y por ver mejor se empinen,  
 se encaramen y se empujen;  
 los muchos que, prodigando  
 serviles solicitudes,  
 bajan á asirle el estribo  
 por que les mire ó salude;  
 y el salón que dejan sólo  
 con la alfombra y con las luces;  
 y la chimenea en donde  
 chisporrotea la lumbre,  
 ¿con qué voz ni con qué lira  
 se pinta ó se reproduce,

de modo que quien escucha  
lo conciba y no se ofusque?  
¿Cómo el satisfecho porte  
contar con que se descubre  
al apetecido novio  
que por la escalera sube,  
mientras se agolpa por ella  
la aturdida servidumbre,  
y al peso de los curiosos  
por ambas barandas cruje?  
Avanza, pues, por la sala;  
la gente se distribuye,  
y éste es el lance más crítico  
que en toda la noche ocurre.  
Corre confuso murmullo  
y ancho movimiento cunde,  
mientras, asiendo un instante,  
á sí cada cual acude.  
Quién se compone la gola,  
quién los vuelillos se sube,  
quién desenchaja una hebilla  
por que el cinturón le ajuste;  
quién se revienta unos guantes;  
y del placer en la cumbre  
las hermosas se sonríen,  
y, aunque astutas disimulen,  
la vista á un espejo tienden,  
la mano á la flor ó al bucle.  
La que gracias ó riquezas,  
bien que la pesa, no luce,  
busca á una bella la espalda  
que, aunque la humille, la oculte.  
Aquí asoma un pie pequeño,  
allí unos ojos azules,  
acá una falda de encaje,  
allá un airón de tisúes,  
aquí un cuello alabastrino,  
y allí una mano que pule  
un centenar de brillantes  
que por mano y dueño arguyen.  
Todo esto en viviente masa,  
con movimientos comunes,  
con existencia uniforme  
que en todo fermenta y bulle,  
que gira ó que vaga á un tiempo,  
se dispersa ó se reúne,

danza ó se asoma, y el ruido  
cesa, aumenta ó disminuye;  
este momento de atenta  
y afanosa incertidumbre,  
¿quién lo cuenta ó quién lo canta,  
por más que á la par se junten  
la voz y el arpa, sin ver  
que es fuerza al fin que renuncien  
la voz y el arpa, humilladas,  
á empresa donde sucumben?

Desisto, pues, de mi empeño;  
y, aunque me da pesadumbre,  
el salón de don Fadrique  
quien pueda que se figure.

## VI

## EL NOVIO

Todos los ojos clavados  
en la puerta del salón,  
toda la gente del baile  
agolpada en derredor,  
en impaciente y atenta  
duda un instante quedó,  
esperando la llegada  
del venturoso amador.  
Don Fadrique, Diana y todos  
los parientes que juntó  
en su fiesta el noble duque,  
de sus huéspedes en pos  
están al dintel parados;  
que el danzar se interrumpió,  
y ahogaron los instrumentos  
su ya no escuchado son.  
Todos inciertos callaban,  
y allá, en confuso rumor,  
del novio por la escalera  
se percibía la voz,  
como si alguno á su paso,  
demandándole atención,  
recibiera una respuesta  
de superior á inferior.  
—¿Comprendiste?—dijo al fin  
en voz clara.—Sí, señor—

repuso otra voz humilde,  
 y él á replicar volvió:  
 —La hora, las dos en punto:  
 la gente, nosotros dos.—  
 Y, de sus anchas espuelas,  
 áspero compás se oyó.  
 Cundió general murmullo  
 de gente por el montón;  
 la masa de mil cabezas  
 adelantándose hirvió,  
 moviéndose á un tiempo todas  
 para ver y oír mejor,  
 y á tal punto por la sala  
 con paso resuelto entró  
 el buen capitán don César,  
 cual siempre fascinador.  
 Echó los brazos al cuello  
 de don Fadrique; tomó  
 la mano á Diana, y besóla  
 con acendrada pasión,  
 y por la estancia avanzando,  
 en tal guisa les habló:  
 —Señor duque, hermosa Diana,  
 si tardé, mirad que estoy  
 pronto desde este momento  
 á demandaros perdón.  
 —Capitán, en vuestra casa  
 nadie exige sino vos:  
 id, venid cuando os pluguiere  
 sin pena y sin restricción;  
 que en todo lo que gustáreis  
 nos daréis gusto y honor.  
 —Pues cuando os venga en agrado,  
 señor duque, la ocasión  
 del notario aprovechemos:  
 con la ley cumplamos hoy,  
 y, atendiendo á ambos mandatos  
 de justicia y religión,  
 hoy nos casarán las leyes;  
 mañana, temprano, Dios.  
 ¿Os place?  
 —Sí, ¡por mi vida!  
 —¿Y á vos, Diana?  
 —¿Tengo yo  
 más voluntad que la vuestra,  
 mi esposo y libertador?

—Pues de ese modo, abreviemos;  
 que aunque por ello aflicción  
 siento en el alma, esta noche  
 aun mi ausencia no acabó.—

Volvióse á tales palabras  
 el duque, y conversación  
 siguieron de esta manera  
 por lo bajo ambos á dos:  
 —Don César, ¿lleváis espada?  
 —Solamente á precaución.  
 —Sabéis, capitán, que os debo...  
 —Gracias, duque: aunque de honor,  
 no es asunto de estocadas,  
 sino de tiempo.

—¡Por Dios,  
 que tomara por agravio  
 que, en caso de exposición,  
 reclamarais el auxilio  
 de otro que no fuera yo!  
 —Dormid sin cuidado, duque;  
 que en todo evento hombre soy,  
 y os despertaré mañana.  
 Volved esta noche vos  
 al baile desde la mesa;  
 danzad, duque, sin temor,  
 y no os acordéis de mí  
 hasta que despunte el sol.—  
 Y así el capitán diciendo,  
 la mano de Diana asíó,  
 y á otro aposento pasaron,  
 con toda la gente en pos.

Firmáronse alegremente  
 los contratos en unión;  
 volvióse á la danza luego,  
 y á la mesa se volvió.  
 El duque estuvo gozoso,  
 el capitán decidor,  
 y Diana hermosa y radiante  
 y hechicera como el sol.  
 Y aunque no faltó un misántropo  
 que admirado se mostró,  
 y auguró mal de esta boda,  
 cenando como un león,  
 desde la cena la danza  
 tercera vez empezó,

más que nunca bullicioso  
y pacífico el salón.  
Mas justo será añadir,  
como fiel historiador,  
que, mientras seguía el baile  
y de los brindis el son,  
el capitán y Ginés  
salían, al dar las dos,  
de la empinada Toledo  
por las puertas del Cambrón.

## VII

DOÑA INÉS

Cerraron en un convento  
á doña Inés de Alvarado,  
y obraron con poco tiento,  
porque jamás fué su intento  
tomar tan bendito estado.

Niña alegre y bulliciosa,  
de noble stirpe nacida,  
pensó, libre mariposa,  
de volar de rosa en rosa  
por el jardín de la vida.

Con dos ojos que hallan poca  
la luz del brillante sol,  
y una mente inquieta y loca,  
¿quién puso bajo una toca  
corazón tan español?

¿Qué valen las celosías  
que la aprisionan el ver,  
si en sus bellas fantasías  
adora todos los días  
sus delirios de mujer?

¿Qué importa ¡pese á su estrella!  
que algunos doctores viejos  
niéguen el mundo para ella,  
si, presintiéndose bella,  
se encuentra con los espejos?

¿Y qué le importan los sonos  
del salterio sacrosanto,  
si las lindas tentaciones  
de otro Dios y otras canciones  
se la acuerdan entre tanto?

¿Cómo abrazar las espinas  
del ayuno y la oración;  
cómo exigencias divinas,  
si hay otras que están, ladinas,  
punzándola el corazón?

¿Para qué son sus sentidos  
si de nada han de gozar?  
¿Qué fué para los nacidos  
el mundo á que son venidos,  
si en venir han de pecar?

¿Qué sirven de sus cabellos  
los mal mutilados rizos,  
si no ha de prender en ellos  
una flor, que hará más bellos  
sus ojos antojadizos?

Doquier que su sombra alcanza,  
curiosa va tras su sombra  
con afanosa esperanza,  
y el pie se ensaya en la danza  
doquiera que halla una alfombra.

Doquier que hablan de virtud,  
la causa secreta estudia  
de su secreta inquietud;  
doquier que encuentra un laúd,  
un himno de amor preludia.

Tal vez, á solas mirando  
de su mansión los cerrojos,  
las horas pasó soñando,  
y se encontró despertando  
con lágrimas en los ojos.

Tal vez, desde una ventana  
al ver la inmensa campiña  
donde cruza una aldeana,  
trocar su sayal de lana  
quiso por una basquiña.

Tal vez, al tomar su aguja  
y al bordar un santo nombre,  
la santa labor estruja:  
que audaz tentación la empuja  
á delinear el de un hombre.

Y así se la van los días  
en suspirar y gemir  
por las bóvedas sombrías  
de las largas galerías  
que la habrán de ver morir.

Y sus ojos se marchitan,  
y sus labios palidecen,  
y sus pies se debilitan,  
y sus delirios la irritan,  
y sus pesadumbres crecen.

¡Oh! Que al abrir un convento  
á doña Inés de Alvarado  
obraron con poco tiento,  
que bien se ve que su intento  
no la llamaba á su estado.

—  
Pero ¿qué han visto sus ojos,  
que serenos y radiantes  
ha días que sin enojos  
moderaron los antojos  
tras de que corrieron antes?

Ella, que ayer esquivaba  
del templo el cantar sonoro  
y la oración la cansaba,  
hoy de rodillas se clava  
ante las rejas del coro.

Ella, que ayer distraída  
asistía al gran misterio  
del Redentor de la vida,  
hoy no quita embebecida  
los ojos del presbiterio.

Ella, que ayer con el son  
del importuno esquilón  
dejaba el lecho tardía,  
hoy madruga con el día  
y adora la creación.

Ella, que ayer descuidada  
olvidaba sus labores,  
hoy, noche y día afanada,  
multiplica delicada  
sus bordados y sus flores.

Y salen de su aposento,  
ofrendas del sentimiento  
bajo formas infinitas,  
sus labores exquisitas,  
que orgullo son del convento.

Mutación inesperada,  
que á sus hermanas admira,  
*y la oveja descarriada*  
(dicen), *del pastor llamada,*  
*ya á su redil se retira.*

*Ya vuelve al dulce reclamo*  
*de la dulce compañía,*  
*y á los cuidados de su amo,*  
*la blanca oveja que huía*  
*tan salvaje como el gamo*  
*nacido en la selva umbría.*

Y en secretas reuniones  
dándose la enhorabuena,  
doblaban las oraciones  
pidiendo á estas intenciones  
perseverancia serena.

¡Impertinencia importuna!  
¡Oh, necias sin duda alguna  
las pobres siervas de Dios,  
si no alcanzásteis ninguna  
lo que va de Inés á vos!

Tras recogimiento tanto,  
su tez la color recobra,  
sus ojos brillo y encanto...  
¿Y pensáis que el fuego santo  
tales maravillas obra?

¿Pensáis que el alma prensada  
en la seca soledad  
vuelve á una niña apenada  
la pura tez sonrosada  
y el contento y la humildad?

¡Oh, necias, que sin recelos  
cubris el mundo y los ojos  
con vuestros benditos velos,  
cuando, á la luz de los cielos,  
se ven muy mal sus abrojos!

¡Necias! La blanca ovejuela  
que se vuelve á su pastor,  
y cuya vuelta os consuela,  
es tórtola que se vuela  
al reclamo de su amor.

Cuando sus ojos estaban  
clavados en el altar,  
el altar no contemplaban;  
que otros ojos no cesaban  
sus ojos de reclamar.

Huir las rejas impiden;  
pero ¡pese á los cerrojos!  
lenguas en ojos residen,  
y los espacios se miden  
con las lenguas de los ojos.

Un hombre la contemplaba,  
y un hombre la devoraba  
con sus ardientes pupilas;  
y doña Inés se abrasaba,  
y vosotras... tan tranquilas.

Ni sorprendisteis su exceso,  
ni de la reja á una esquina  
visteis que, perdido el seso,  
tendió la mano, y que un beso  
crujió en la mansión divina.

Ni visteis que, en vez de andar  
al toque de los maitines  
desde su celda al altar,  
solía más tarde entrar  
al atrio de los jardines.

Ni hubo de vosotras una  
que, del paseo celosa,  
abriese ventana alguna  
y viese huir, con la luna,  
una sombra sospechosa.

Ni hubo ningún jardinero  
que, al primer canto del gallo,  
viese acercarse rastrero  
un rondador caballero,  
que atrás dejaba un caballo.

Ni os ocurrió que sus flores,  
sus vistosos ramilletes,  
que encontraban compradores,  
pudieron de sus amores  
guardar ocultos billetes.

Ni la visteis espiondo  
el sueño de la tornera,  
las llaves manoseando,  
abierta afición mostrando  
del manajo á la tercera.

¡Oh, que al abrir un convento  
á doña Inés de Alvarado,  
obraron con poco tiento,  
pues ni han mirado su intento,  
ni en el capitán pensado!

## VIII

### AVENTURA INEXPLICABLE

Tras grave asunto, á juzgar  
por lo que van espoleando,  
corren dos hombres cruzando  
á caballo un olivar.

No está la noche muy clara,  
mas bien se ve al pie de un cierto  
una cruz grande de hierro  
que dos caminos separa.

Y de advertir fácil es,  
aun á los ojos peores,  
que son dos los corredores,  
y los caballos son tres.

Echó pie á tierra el primero,  
y, al dar la brida al de atrás,  
le dijo:—Aquí esperarás.—  
Y el otro dijo:—Aquí espero.—

Y hacia el convento avanzando,  
del caballero en la oscura  
sombra se fué la figura,  
hasta perderse menguando.

Y aquí, ¡oh, mi lector amigo!  
fuerza será que convengas  
en que es preciso que vengas  
hacia el convento conmigo.

Sigue mi camino, pues,  
y, de una verja detrás,  
un atrio acaso hallarás  
á pocos pasos que des.

Sube tres gradas, si puedes;  
da un paso más, y con él  
tocarás en el cancel,  
donde es fuerza que te quedes.

¿Ves un hombre que embozado,  
encorvando la figura,  
por la estrecha cerradura  
en mirar está ocupado?

Acércate sin temor;  
que lo que alcanza por dentro  
no hace temible el encuentro  
del capitán reñidor.

Tú, lector, preguntarás:  
¿Conque el capitán es ése?—  
El mismo, mas que te pese;  
pero hazte un poquito atrás,

Porque, levantando el brazo,  
empuja á espacio la puerta,  
entró, y, dejándola incierta,  
sopló el aire y dió un portazo.

Mas veo, lector, que dices,  
sin que pueda replicarte,  
que esto es, llamándote, darte  
con la puerta en las narices.

Mas tu impaciencia sosiega:  
todo lo presenciarás;  
que del poeta á eso y más  
el poder mágico llega.

Está el capitán en pie,  
en medio de la ancha nave,  
y á la verdad que no sabe  
ni qué pasa ni qué ve.

El templo mira enlutado  
con lúgubre terciopelo,

mucha gente haciendo duelo,  
y un féretro en medio alzado.

Vense en el paño del túmulo  
entrelazados blasones,  
y, á la luz de los blandones,  
un cadáver en su cúmulo.

Monjes le rezan en coro  
tristísimos funerales,  
y le alumbran con ciriales  
pajes de libreas de oro.

La muchedumbre que asiste,  
y que la tumba rodea,  
dado que bien no se vea,  
se ve que de noble viste.

Y parece que, al bajar  
el que ha finado á su nicho,  
memoria tuvo capricho  
de su opulencia en dejar.

Y al par que su eterna calma  
las oraciones consuman,  
mirras y esencias perfuman  
la despedida del alma.

Música triste le aduerme,  
salmodias le santifican,  
é hisopos le purifican  
el cuerpo que yace inerme.

Mas, aquellas oraciones  
y responsorios precisos,  
llevan de anatema visos  
y planta de maldiciones.

Á veces son sus compases  
hondos, siniestros, horribles,  
murmurando incomprensibles  
negras é incógnitas frases.

En son lento, ronco y quedo  
se hacen oír otras veces,  
y entonces aquellas preces  
hielan los huesos de miedo.

Otras, semejan aullidos  
discordes, desesperados,  
lamentos de condenados  
de los infernos salidos.

Otras, lejanos rumores  
cual de tormentas se escuchan,  
ó de ejércitos que luchan  
los espantosos clamores.

Y siempre siendo los mismos los sones que se levantan, responsos á un tiempo cantan y murmuran exorcismos.

Atónito de la escena extraña y aterradora que encuentra tan á deshora y le asombra y enajena,

Don César, con paso lento, entre la turba mezclado, dirigióse á un enlutado que oraba en aquel momento.

—*¿Quién es el muerto sabéis?*— dijo—*á quien rezando están?* Y él respondió:—*El capitán Montoya. ¿Le conocéis?*—

Mudo quedó de sorpresa don César oyendo tal; mas no lo tomó tan mal como tal vez le interesa.

Volvióle la espalda, pues, diciendo:—*Me ha conocido, y burlárame ha querido; mas luego veré quién es.*—

Siguió la iglesia adelante, y, una capilla al cruzar, vió un sepulcro preparar, entre otros varios, vacante.

Y á un personaje que halló de luto, y que parecía que el trabajo dirigía, el capitán se acercó.

—*¿Para quién abren la hoya?*— le dijo.—Y el enlutado le contestó de contado:

—*Para el capitán Montoya.*—

Mudósele la color á don César; mas, repuesta su calma, al de la respuesta volvió entre risa y furor.

Miróle de arriba abajo, pero no le conoció; segunda vez le miró, pero fué inútil trabajo.

Ni recordó que quizás le hubiese visto la cara,

ni imaginó que la hallara tan repugnante jamás.

Que encontró en ella tal gesto de aterradora hediondez, que, por no verla otra vez, dejó caviloso el puesto.

Fuése á otro punto á situar, diciendo:—*¡Ese hombre estremece! De aquel sepulcro parece que le acaban de sacar.*—

Uno tras otro se puso á contemplar los que vía; mas á nadie conocía, de lo que andaba confuso.

Tenían todas las caras descoloridas y secas, y dijieran que eran huecas, á más de antiguas y raras.

Cansado de fiesta tal, y á impulso de una aprensión, llegóse á un noble varón que oraba con un cirial.

Cabe él la rodilla apoya, y dícele ya con miedo:

—*¿Quién es el muerto?*—y muy quedo contestó el otro:—*Montoya.*—

Del catafalco á los pies llegó entonces decidido, de aquella duda impelido, á ver el muerto quién es.

Por los monjes atropella; trepa al túmulo; la caja descubre, ase la mortaja, y él mismo se encuentra en ella.

Miró y remiró, y palpó con afán hondo y prolijo, y al fin, consternado, dijo:

—*¡Cielo santo, y quién soy yo!*

Miró la visión horrenda una y otra y otra vez, y nunca más que á sí mismo en aquel féretro ve. Aquél es su mismo entierro, su mismo semblante aquél:

no puede quedarle duda,  
 su mismo cadáver es.  
 En vano se tienta ansioso;  
 los ojos cierra, por ver  
 si la ilusión se deshace,  
 si obra de sus ojos fué.  
 Ase su doble figura,  
 la agita, ansiando creer  
 que es máscara puesta en otro  
 que se le parece á él.  
 Vuelve y revuelve el cadáver  
 y le torna á revolver;  
 cree que sueña, y se sacude,  
 porque despertarse cree,  
 y tiende el triste los ojos  
 desencajados doquier.  
 Mas ¡nuevo prodigio! mira  
 á las puertas, y al dintel  
 ve que despiden el duelo,  
 de duelo henchidos también,  
 don Fadrique y doña Diana,  
 que arrastran luto por él.  
 Baja, les tiende los brazos,  
 les nombra, cae á sus pies.  
 —¡Miradme!—les dice atónito;—  
*Montoya soy; vedme bien.*—  
 Y ellos le miran estúpidos  
 sin poderle conocer,  
 é inclinando las cabezas,  
 replican:—*Montoya fué.*—  
 Entonces, desesperado  
 con angustia tan cruel,  
 váse otra vez hacia el muerto,  
 demandándole quién es.  
 —¿No hay quien sepa aquí quién soy?  
 ¿No hay á salvarme poder?—  
 Y allá desde el presbiterio,  
 de las rejas al través,  
 oyó una voz que decía:  
 —Sí, te conozco, mi bien.  
 Abre. ¿Qué tardas? Partamos:  
 yo soy tu amor, soy tu Inés.—  
 Y los brazos le tendía  
 la de Alvarado también,  
 de la reja tentadora,  
 tras el cuádruple cancel.

Mas, viéndola cual espectro  
 que le persigue á su vez,  
 gritaba él:—¡Aparta, aparta!  
 ¿Que soy cadáver no ves?—  
 Y apenas palabras tales  
 pronunció, cuando tras él  
 vió llegarse aquel fantasma  
 cuyo gesto de hediondez  
 le hizo miedo y no le pudo  
 recordar ni conocer.  
 Contemplóle de hito en hito;  
 le asió del brazo después,  
 y así con voz espantosa  
 vió que le dijo:—¡Pardiez!  
*Tú eres quien cambia conmigo.*  
*A mi sepultura ven.*—  
 Y á esta horrorosa sentencia,  
 ya sin poderse valer,  
 cayó en el suelo Montoya,  
 falto de aliento y de pies.

—¿Dónde estoy? ¿Qué es de mi vida?  
 ¿Respiro aún?—exclamó  
 Montoya, abriendo los ojos,  
 con desfallecida voz.  
 —Señor, estáis en mis brazos.  
 —¿Eres tú, Ginés?  
 —Yo soy.  
 —¿Dónde estamos?  
 —En la cruz.  
 —¿Del olivar?  
 —Sí, señor.  
 —¿No estuve yo en el convento?  
 ¿Pues quién de allí me sacó?  
 —Yo fuí, señor.  
 —¡Tú, Ginés!  
 —Perdonad: temí por vos;  
 y viendo que el tiempo andaba,  
 y ni seña ni rumor  
 esperanza me fundían,  
 tras vos eché.  
 —¡Santo Dios!  
 ¿Y llegastes...?  
 —Á la iglesia.  
 —¿Atraído por el son?

—Señor, no he oído nada.

¿No os lo dije?

—¿Cómo no?

¿Dentro la iglesia no viste los enlutados en pos de mi cadáver?—Miróle absorto de admiración el mozo, y dijo:—Soñamos, ó vos, don César, ó yo. Ni ví ni oí cosa alguna.

—¿Conque es mía esa visión?

¡A mis ojos solamente horrenda se presentó!

¿No viste conmigo á nadie?

—Os juro á mi salvación que sólo os hallé tendido al pie del altar mayor, y viendo el peligro doble del sitio y la situación, ni me detuve á pensar si estabais herido ó no; cargué con vos, y me vine: ni oí ni ví más, señor.—

Calló Ginés, y don César á estas palabras quedó distraído y abismado en honda meditación.

Mirábale de hito en hito Ginés, que aterrado vió de la faz del capitán la extraña transformación.

Desencajados los ojos, palidecido el color, torvo el mirar, parecía, más que vivo, aparición. Sentado en el pedestal de la cruz do él le posó, inmóvil permanecía sin fuerza y sin atención, amarrado á un pensamiento que bullía en su interior, y que se vía que todas las potencias le absorbió, como quien mira aterrado negra y horrible visión que le borra de los ojos

cuanto existe en derredor. Temeroso el buen criado por su juicio y su razón, dirigióle atentas frases con afán consolador. Mas él ni tornó los ojos ni á sus voces respondió, ni agradeció sus cuidados, que en nada puso atención; y al cabo de largo trecho, con repentino vigor levantándose en silencio, en su corcel cabalgó. Hincóle los acicates, y el poderoso bridón, tras un peligroso brinco, á todo escape salió. Santiguóse el buen Ginés, y en su ruin superstición dijo: «¿Si tendrá los malos?» Y á escape tras él echó.

## IX

Por una puerta secreta que de los salones sale á un secreto gabinete, puede á estas horas mirarse á don Fadrique y don César, que pálidos los semblantes, que pálidos los semblantes, plática tienen trabada de asunto, en verdad, muy grave. Demanda con vehemencia don Fadrique, y contestarle resiste el otro, en su empeño ambos por demás tenaces. El capitán, asentado en un sillón, torvo yace, guardando, pésele al otro, un silencio inalterable. Y don Fadrique, colérico, en pie á su lado, las frases le dirige más violentas que halló para provocarle. Dejábale el capitán

que la ira desahogase,  
 como si con él no hablara  
 ni pudieran escucharles.  
 Y al fin, de calma en su cólera  
 aprovechando un instante,  
 dirigióle la palabra  
 con razones semejantes:

—Todo es inútil: denuestos,  
 súplicas, amagos, ayes,  
 el mundo entero no puede  
 á que os lo diga obligarme.  
 Un secreto es que conmigo  
 quiero que al sepulcro baje,  
 y no ha de saberlo nunca,  
 desde el sol abajo, nadie.  
 Si es sueño ó delirio mío,  
 quiero de él aprovecharme;  
 si es un aviso del cielo,  
 es imposible excusarle.»

Tornó al silencio don César;  
 y el duque, que, aunque no alcance  
 la razón, sospecha alguna,  
 díjole sin ira casi:

—Don César, noble he nacido;  
 y por mucho que yo os ame,  
 llevar no puedo en paciencia  
 sin una excusa un desaire.  
 Por misterioso ó fatal,  
 por precioso ó repugnante  
 que el secreto sea, ¿creéis  
 que no sabré yo guardarle?

—Sabéis quién soy, don Fadrique,  
 y por excusa esto baste;  
 que no hablaré más en ello  
 si santos me lo rogasen.—

Y aquí ya de don Fadrique  
 la cólera desbordándose,  
 dijo al capitán Montoya,  
 con voz resuelta y pujante:

—¡Vive Dios, señor don César,  
 que esto no es más que un ultraje  
 que hacer queréis á mi casa,  
 y que está pidiendo sangre!  
 Si no podéis el motivo  
 descubrirme que deshace  
 vuestra boda, satisfecho

de un modo ó de otro dejadme.

—Señor duque, ya está dicho.  
 Si lo dejo de cobarde,  
 pues que me debéis la vida,  
 nadie como vos lo sabe.  
 Pero os juro que, aunque osado  
 lleguéis hasta abofetearme,  
 no haréis que por causa alguna  
 la espada más desenvaine;  
 ni más me la he de ceñir,  
 ni más me harán que la saque  
 cuantas honras y razones  
 en el universo caben.

Mirad, señor don Fadrique,  
 si el secreto será grande;  
 y pues veis á lo que obliga,  
 si hidalgo sois, respetadle.—

Callaron ambos á dos,  
 y continuaron mirándose,  
 como hombres en sus propósitos  
 igualmente imperturbables.  
 Al fin dijo don Fadrique,  
 por la estancia paseándose,  
 como quien duda si debe  
 satisfacerse ó vengarse:

—Señor capitán Montoya:  
 vida y honor me salvásteis  
 una noche; y aunque en ésta  
 me los habéis vuelto tales  
 que no será mucho tiempo  
 á restablecerlos fácil,  
 váyase lo uno por lo otro;  
 de nada quiero acordarme:  
 estamos en paz, don César.—

Y continuó paseándose,  
 y atarazándose un labio  
 hasta revocar la sangre.  
 Entonces el capitán,  
 con paso medido y grave,  
 en mitad del aposento  
 fué decidido á encontrarle;  
 tendióle la mano, y dijo:

—Pensad, duque, si es bastante  
 á dejaros satisfecho  
 de este misterioso ultraje  
 mi resolución postrera.

Tomad, señor, esas llaves:  
de mis inmensos tesoros  
haced con justicia partes;  
una á Ginés por servirme,  
con cuantos muebles hallare;  
un hospital ó convento  
fundad con otra, si os place,  
y otra á don Luis de Alvarado,  
que gana la apuesta infame  
que hice de robar á Dios  
la mejor prenda al casarme.  
¿Me comprendéis, señor duque?  
Obedecedme y dejadme.  
Entregad al de Alvarado  
lo que hoy de perder me place;  
pero cuidado, don Fadrique,  
que no sepa el miserable  
que era Inés, su propia hermana,  
la prenda que iba á jugarse.—  
Y así el capitán diciendo,  
un pliego sin letras ase,  
escribe algunas palabras,  
lo firma, lo sella y parte.

Quedó don Fadrique atónito;  
Ginés rompió en voces y ayes,  
y en llanto amargo, que al punto  
cambió en lágrimas el baile.  
Cundió la noticia rápida,  
y el escándalo fué grande,  
aunque, al culpar los efectos,  
no acierta la causa nadie.

## X

## HECHOS Y CONJETURAS

Todo era hablillas Toledo,  
y todo interpretaciones:  
cada cual forjó un enredo,  
y hablaron todos con miedo  
de espectros y apariciones.

Y como en vano buscaron  
por Toledo al capitán,  
mil fábulas le colgaron,  
y los que las inventaron,  
por hechos las creen y dan.

Quién dijo que, anocheciendo,  
le vió desde un corredor  
allá en los aires cerniendo  
un cuerpo alado y horrendo  
cual fué bello el anterior.

Quién dijo que un día oraba  
ante un devoto retablo,  
y vió al capitán que daba  
ayuda y defensa brava  
contra San Miguel al diablo.

El hecho es que don Fadrique  
á su escribano mandó  
que en su nombre ratifique,  
firme, selle y testifique  
lo que don César firmó.

Que se partió su tesoro  
algunos días después;  
que se dió á los pobres oro,  
y que, rico como un moro,  
partió á la corte Ginés.

Ni más descubrirse pudo,  
ni puede decirse más;  
y éste es el hecho desnudo,  
pábulo, origen y escudo  
de las mentiras de atrás.

Mas hay entre todas una  
que, fábula ó tradición,  
en escritura oportuna  
encontrarla fué fortuna,  
separada del montón.

El vulgo á su vez la cuenta  
como innegable verdad,  
y, de quien dudarla intenta,  
dice que de Dios atenta  
al poder y majestad.

Yo, trovador vagabundo,  
la oí contar en Toledo,  
y de aquel pueblo me fundo  
en la razón, y así al mundo  
contarla á mi turno puedo.

Ni quitaré ni pondré;  
como á mí me la contaron,  
fielmente la contaré;  
y, á ser falso, juro á fe  
que en Toledo me engañaron.

Diz que pasaron diez años,  
cada cual lleno á su vez  
de azares y desengaños;  
mas, á nuestro cuento extraños,  
no hacen al caso los diez.

Las fabulillas cesaron  
de hervir en la muchedumbre;  
Diana y otras se casaron;  
y en fin, según es costumbre,  
al que murió le enterraron.

Y del mar de su destino  
ya pronto á romper el dique,  
diz que, al linde del camino  
de la vida, don Fadrique  
pidió aprisa un capuchino.

Y severo y respetable,  
con la faz descolorida,  
vino un varón venerable,  
al duque á hacer tolerable  
la tremenda despedida.

Tras sí la puerta entornó;  
y, cuando á solas quedó  
con el noble moribundo,  
la religión con el mundo  
así plática entabló.

MONJE

¿Don Fadrique?

DON FADRIQUE

Bien venido,  
padre; concluyendo estoy.

MONJE

A ayudaros he venido  
á ir en paz: prestad oído  
á lo que á deciros voy.

Ha diez años que, arrastrado  
por intención criminal,  
hollé de un templo el sagrado,  
y á Dios me sentí llamado  
de una visión infernal.

Los muertos ví que salían  
de las urnas sepulcrales,  
y blandones me encendían,  
y con gran pompa me hacían  
en vida los funerales.

Visión de los cielos fué;  
¿mas quién creyera mi historia?  
Á contarla me negué,  
y haberla determiné  
encerrada en mi memoria.

Tan sólo existía un hombre  
á saberla con derecho:  
porfió, porfié: y, no os asombre,  
no me la arrancó del pecho:  
don Fadrique era su nombre.

Mas lo que excusar no pude  
al noble á quien ofendía,  
vengo y ¡así Dios me ayude!  
á que mi razón escude  
la fe de vuestra agonía.—

Y esto el buen monje diciendo,  
cayó ante el lecho de hinojos,  
las manos del duque asiendo;  
quien sus palabras oyendo,  
al monje tornó los ojos.

Contemplóle de hito en hito  
con acongojado afán,  
y exclamó al fin con un grito:  
—¿Sois vos? ¡Dios santo y bendito!  
¡Abrazadme, capitán!—

Y los brazos enlazaron,  
y á solas ambos á dos  
por largo tiempo quedaron,  
y largo tiempo lloraron  
ante la imagen de Dios.

Y al fin de la confesión,  
henchido el duque de fe,  
dijole:—A aquella visión  
debéis vuestra salvación,  
que aviso del cielo fué.—

En cuyo punto sintiendo  
llegar el trance fatal  
del paso duro y tremendo,  
«ADIÓS, DON CÉSAR», diciendo,  
lanzó el aliento vital.

Y aquí del toda acabada  
del buen monje la misión  
y el ánima encomendada,  
con voz exclamó mudada  
al darle la absolución:

—*¡Ve en paz! Y si, como espero,  
el llanto ante Dios se apoya  
de un corazón verdadero,  
¡ruega á Dios, buen caballero,  
por el capitán Montoya!*—

Y dando al mundo un momento,  
al muerto besó en la frente  
y, á paso medido y lento,  
triste volvió á su convento  
el capitán penitente.

—  
Y ha poco había en sepultura humilde,  
de la maleza oculta entre las hojas,  
una inscripción borrada por los años,  
que todo, al fin, sin compasión lo borran.  
Único resto de opulenta stirpe,  
único fin de la mundana pompa,

montón de polvo en soledad yacía  
quien hizo al mundo con su audacia som-  
Y apenas pueden los avaros ojos [bra.  
leer en medio de la antigua losa:  
«*Aquí yace Fray Diego de Simancas,  
que fué en el siglo el capitán Montoya.*»

#### NOTA DE CONCLUSIÓN

Y por si alguno pregunta  
curioso por doña Inés,  
y opina que queda el cuento  
incompleto, le diré:  
Que doña Inés murió monja,  
cuando le tocó su vez,  
sin su amor, si pudo ahogarle,  
y, si no pudo, con él.  
Porque destino de todos  
vivir de esperanzas es:  
quien las logra muere en ellas,  
quien no las logra también.

Conque ya sabe el curioso  
de mis héroes lo que fué,  
y sólo añadir me resta  
dos palabras de Ginés.  
Hizo en la corte fortuna,  
casóse al cabo muy bien,  
con una dama muy rica  
y hermosa como un clavel.  
Y aunque dieron malas lenguas  
en alzarla *no sé qué*,  
ella no alzó las pestañas  
para al vulgo responder.  
Dió á Ginés un hijo zurdo,  
y dijo su padre de él  
*que había nacido en casa*,  
y en esto sólo habló bien.



# VIGILIA

---

«Misterios del alma son.»  
MORETO.

Pasad, fantasmas de la noche umbría,  
de negros sueños multitud liviana,  
que, columpiados en la niebla fría,  
fugitivos llamáis á mi ventana.

Pasad y no llaméis. Dejadme al menos  
que, en la nocturna soledad dormido,  
los lentos días de amargura llenos  
calme y repose en momentáneo olvido.

Pasad y no llaméis. La sombra oscura  
vuestro contorno sin color me vela:  
ni sé quién sois, ni vuestra faz impura  
el más leve recuerdo me revela.

Mil veces, al oír vuestros gemidos,  
mis ventanas abrí por consolaros,  
os busqué en las tinieblas, ¡y érais idos...!  
¿A qué llamar, si nunca he de encontraros?

Id á turbar el sueño indiferente  
del que entre plumas sin afán reposa;  
del que la vida en su risueña mente  
ve placentera y celestial y hermosa.

Y si venís con rostros halagüenos,  
mensajeros de rápidos placeres,  
avaras hallaréis de vuestros sueños  
por doquiera bellísimas mujeres.

Llamad donde, á la lumbré vacilante  
de alguna tibia y oportuna estrella,  
puedan al fin gozaros un instante  
y ver un punto vuestra blanca huella.

No á mí, que en vano por la sombra tiendo  
 los turbios ojos, me invoquéis perdidos;  
 no á mí, que acudo, vuestra voz oyendo,  
 y, al registrar la sombra, ya sois idos.

No á mí, que presa de secretos males,  
 tal vez la triste soledad me inspira  
 tiernas endechas y amorosos vales  
 que ensayo á solas en mi pobre lira.

No á mí, que, al son de vuestras vagas voces,  
 siento otra voz que me repite insana  
 dentro del corazón esos veloces  
 ecos que murmuráis á mi ventana.

¡Ah! Yo os respondo y suspiráis pasando,  
 sin que baste á entender vuestro suspiro;  
 os llamo á mí, y os alejáis volando;  
 gemís si duermo, y os veláis si os miro.

Si á vuestras tristes misteriosas quejas  
 mis rejas abro y vuestro bien deseo,  
 sólo á través de mis macizas rejas  
 cruzar las nubes en silencio veo.

¡Oh de la noche incomprensibles ruidos!  
 ¡Ayes que hervís en la tiniebla oscura!  
 ¿Quién sois? ¿Do vais? ¿De dónde sois venidos?  
 ¿Qué voz ajena en vuestra voz murmura?

¿Sois el rumor del agitado viento,  
 los ayes de las almas sin reposo,  
 ó la voz del tenaz remordimiento,  
 del descanso enemigo y envidioso?

Quienquiera que seáis, almas ó nieblas,  
 pasad, y en vuestra confusión liviana  
 seguid vuestro camino en las tinieblas  
 y no llaméis jamás á mi ventana.

Porque es triste, ¡muy triste! un aposento  
 donde á la luz de lámpara que espira  
 se oye el crujir del tumultuoso viento  
 que fuera en torno de las torres gira.

Es triste, sí, muy triste y muy medroso,  
 velar sobre un volumen carcomido,  
 la frente ardiendo, el alentar penoso,  
 las llamaradas aumentando el ruido;

Viendo las letras en las turbias hojas  
 á su dudosa vibración mezclarse,  
 negras, azules, amarillas, rojas,  
 á la afanosa comprensión negarse;

Y leer, en vez de religiosas voces  
 ó de amorosa y métrica armonía,  
 cifras que borran cifras más veloces,  
 de sentido infernal, de raza impía.

Pasad, fantasmas de la noche oscura,  
 quienquiera que seáis, almas ó nieblas;  
 pasad, y en mis vigiliás de amargura  
 no llaméis á mi reja en las tinieblas.

No llaméis; que, enemigo de la sombra,  
 odia el cantor vuestra armonía vana;  
 dejad al trovador, á quien asombra  
 el oíros llamar á su ventana.

¡Pasad, sombras sin cuerpos, aires vanos,  
 pobres de luz, de voz desconocida,  
 esquivos á los ojos y las manos,  
 extraños á la fe de nuestra vida!

Pasad, y no turbéis de mi sosiego  
 la dulce calma ó la nocturna vela;  
 no creo en vuestro ser: pasad, os ruego;  
 seguid al aire que os arrastra y vuela.

¿Pensáis que á esos aúllos y suspiros  
 con que llenáis la oscuridad tranquila,  
 como á silbos de brujas ó vampiros  
 mi amedrentado corazón vacila?

¿Pensáis ¡oh! que, por miedo de escucharos,  
 con voz pujante entonaré canciones,  
 y al arpa acudiré para ahuyentaros  
 con dulces trovas de amorosos sonos?

¡Mentís, abortos de la sombra vana!  
 Yo sé bien que, si fuerais más que viento,  
 holgárais en montón en mi ventana  
 al blando son de mi amoroso acento.

¡Mentís, hijos del aire y de las nieblas,  
 mentís! Yo tengo sin cesar conmigo  
 un talismán que alumbrá las tinieblas,  
 del desdichado protector y amigo.

¡Mirad cuál radia en mi tugurio estrecho  
la limpia luz de la esperanza mía;  
mirad cuál vela en mi desierto lecho  
con su cariño maternal MARÍA!

Todas las noches mi dolor la implora;  
y, amiga de mi llanto solitario,  
todas las noches mis engaños llora,  
con el raudal que reventó el Calvario.

¡Pasad, remordimientos tentadores!  
Ya sé quién gime mi falaz desvío;  
ya sé quién riega las marchitas flores  
con tierno llanto del recuerdo mío.

¡Ya sé quién «hijo!» en soledad me llama,  
é «hijo» á su voz la soledad responde...!  
¡Ah! Cuanto más tras la ovejuela clama,  
más á sus quejas y á su afán se esconde.

¡Tierna, amorosa, celestial MARÍA,  
rosa inmortal del Gólgota sangriento,  
faro infalible que mi rumbo guía  
entre la furia de la mar y el viento,

Líbrame de esos ecos misteriosos  
que me atormentan en la sombra vana,  
aleja esos fantasmas vaporosos  
que vienen á llamar á mi ventana!

¡Y tú, perdida y bella,  
fugaz y última estrella,  
que viertes á deshora  
delante de la aurora  
con perezosa huella,  
dudoso resplandor!  
¡Oh, tráeme la hermosura,  
la calma y la frescura  
del alba transparente,  
que este tropel ahuyente  
con que la sombra oscura  
me cerca en derredor!

Ven, estrella matutina,  
y á tu blanca y argentina  
silenciosa aparición,  
huirá de mi ventana  
esa confusión liviana  
que despierta mi aflicción.

¡Lámpara de consuelo,  
á cuya lumbre velo,  
que escuchas solitaria  
mi tímida plegaria,  
si acaso llega al cielo

mi súplica mortal,  
tráeme la luz del día  
que calme la agonía  
de esos remordimientos  
que bogan turbulentos  
sobre la niebla umbría  
en ilusión fatal!

Ven, estrella matutina,  
y tu blanca y argentina  
silenciosa aparición  
ahuyente de mi ventana  
esa infernal caravana  
que huella mi corazón.

Recuerdos son dañinos  
que cruzan peregrinos  
el arrenal desierto  
del corazón incierto,  
buscándole caminos  
que acaso no hay en él.  
Que nunca ven tranquilo  
recóndito un asilo,  
y que jamás se amansan  
y que jamás descansan  
corrientes que hilo á hilo  
desbordan su nivel.

Ven, estrella matutina,  
y á tu blanca y argentina  
luminosa aparición  
huyan las sombras livianas  
que llaman á las ventanas  
de mi triste corazón.

Dejadme, negros sueños,  
de aterradores ceños,  
de fuerza irresistible:  
ya sé que es imposible  
vencer vuestros empeños...  
ya vuestro nombre sé.  
Dejadme que respire,  
que viva y que delire;  
pues mis errores lloro,  
dejadme, yo os imploro,  
¡dejad que en paz suspire  
lo que insensato hollé!

Ven, estrella matutina,  
y á tu blanca y argentina  
silenciosa aparición  
huyan las sombras livianas  
que llaman á las ventanas  
de mi triste corazón.



## EN UN ALBUM

---

No sé si por el valle de la vida  
cruzaré, fatigado peregrino,  
acabando cual flor que, consumida,  
se seca entre los brezos de un camino.

No sé si en pos de inspiración ardiente,  
rico y sediento el corazón de gloria,  
le cruzaré cual rápido torrente,  
rastros dejando de inmortal memoria.

Mas ya rueda cual hoja que arrebatada  
sonante y revoltoso torbellino;  
ya baje, como excelsa catarata,  
ufano con mi espléndido destino;

Cuando al borde de tumba solitaria  
desparrame mis pobres pensamientos,  
de mustias flores muchedumbre varia  
secas entre mis últimos alientos,

¡Adiós, señora, que en tan triste lecho,  
siempre leal y generoso amigo,  
al ocupar mi cabezal estrecho  
vuestra memoria dormiré conmigo.



## GLORIA Y ORGULLO

¡Lejos de mí, placeres de la tierra,  
fábulas sin color, sombra ni nombre,  
á quien un nicho miserable encierra  
cuando el aura vital falta en el hombre!

¿Qué es el placer, la vida y la fortuna  
sin un sueño de gloria y de esperanza?  
Una carrera larga é importuna,  
más fatigosa cuanto más se avanza.

¡Regalo de indolentes sibaritas,  
que velas el harem de las mujeres;  
opio letal que el sueño facilita  
al ebrio de raquíuticos placeres,

Lejos de mí! No basta á mi reposo  
el rumor de una fuente que murmura,  
la sombra de un moral verde y pomposo,  
ni de un castillo la quietud segura.

No basta á mi placer la inmensa copa  
del báquico festín, libre y sonoro,  
de esclavos viles la menguada tropa,  
sin las llaves de espléndido tesoro.

De un Dios hechura, como Dios concien-  
tengo aliento de estirpe soberana; [bo;  
por llegar á gigante, enano vivo;  
no sé ser hoy y parecer mañana.

Yo no acierto á decir «la vida es bella»,  
y descender estúpido al olvido;  
amo la vida porque sé por ella  
al alcázar trepar donde he nacido.

De esa inmensa pasión que llaman glo-  
brota en mi corazón ardiente llama; [ria  
luz de mi ser me abrasa la memoria,  
voz de mi ser inextinguible clama.

¡Gloria, ilusión magnífica y suprema,  
ambición de los grandes en quien quiso  
velar Dios esa mística diadema  
que nos dará derecho al paraíso!

Nada es sin tí la despreciable vida,  
nada hay sin tí ni dulce ni halagüeño;  
sólo en aquesta soledad perdida  
la sombra del laurel concilia el sueño.

Sólo al murmullo de la excelsa palma  
que el noble orgullo con su aliento agita,  
en blando insomnio se adormece el alma,  
y en su mismo dormir crea y medita.

Zeuxis, Apeles, Píndaro y Homero  
bajo ese verde pabellón soñaron;  
César, Napoleón y Atila fiero  
bajo ese pabellón se despertaron.

Por tí el delirio del honor se adora,  
por tí el hinchado mar hiende el marino,  
por tí en su gruta el penitente llora,  
y empuña su bordón el peregrino.

Por tí el soldado se vendió á sus reyes,  
y lidia agora con porfía insana,  
no por esas que ignora pobres leyes;  
por comprar una lágrima mañana.

Por tí le canta el orgulloso amante  
dulces trovas de amor á una querida;  
por que tal vez un venturoso instante  
tenga en su canto prolongada vida.

Por tí del negro túmulo en la piedra  
ambicioso el mortal graba su nombre,  
por que tal vez, entre la tosca hiedra,  
otro día, al pasar, le lea un hombre.

Por tí acaso el cansado centinela  
que incendió una ciudad en la batalla,  
su cifra indiferente, mientras vela,  
pinta con un tizón en la muralla.

El polvo en que hubo sus cabañas Ro-  
por tí con templos y palacios pisa; [ma,  
por tí su gesto satisfecho asoma  
tras su inmenso sarcófago Artemisa.

Por tí vencida se incendió á Corinto;  
por tí la sangre en Maratón se orea;  
por tí una noche, con aliento extinto,  
tumba Leonidas demandó á Platea.

Por tí trofeos el cincel aborta,  
y álzanse torres con tenaz porfía;  
porque es la vida deleznable y corta,  
y todos quieren prolongarla un día.

Por eso velo con la noche oscura  
sobre un volumen carcomido y roto,  
y un mañana me sueño de ventura,  
y otra existencia en porvenir remoto.

Por eso en mis estériles canciones  
el blando son del agua me adormece,  
y, entre pardos y errantes nubarrones,  
de la noche el fanal se desvanece.

Oigo en mi canto el lánguido murmu-  
del aura que los árboles menea, [llo  
de la tórtola triste el ronco arrullo,  
y la sonora lluvia que gotea.

Veo las sacrosantas catedrales,  
los antiguos y góticos castillos,  
y el granizo se estrella en sus cristales  
ó azota sus escombros amarillos.

¡Oh! Si sentís esa ilusión tranquila;  
si creéis que en mis cánticos murmura  
ya el aura que en los árboles vacila,  
ya el mar que ruge en la tormenta oscura;

Si al son gozáis de mi canción, que miente  
ya el bronco empuje del errante trueno  
ya el blando ruido de la mansa fuente  
lamiendo el césped que la cerca ameno;

Si, cuando llamo á las cerradas rejas  
de una hermosa á cuyos pies suspiro,  
sentís tal vez mis amorosas quejas,  
y os sonreís cuando de amor deliro;

Si, cuando en negra aparición nocturna  
la raza evoco que en las tumbas mora,  
os estremece en la entreabierta urna  
respondiendo el espíritu á deshora;

Si lloráis cuando en cántico doliente,  
hijo extraviado, ante mi madre lloro,  
ó al cruzar por el templo reverente  
la voz escucho del solemne coro;

Si alcanzáis en mi pálida mejilla,  
cuando os entono lastimosa endecha,  
una pérdida lágrima que brilla  
al brotar en mis párpados deshecha;

Todo es una ilusión, todo mentira,  
todo en mi mente delirante pasa;  
no es ésa la verdad que honda me inspira;  
que esa lágrima ardiente que me abrasa

No me la arranca ni el temor ni el duelo,  
no los recuerdos de olvidada historia.  
¡Es un raudal que inunda de consuelo  
este sediento corazón de gloria!

¡Gloria! ¡Madre feliz de la esperanza,  
mágico alcázar de dorados sueños,  
lago que ondula en eternal bonanza,  
cercado de paisajes halagüeños,

Dáme ilusiones, dáme una armonía  
que arrulle el corazón con el oído,  
para que viva la memoria mía  
cuando yo duerma en eternal olvido!

¡Lejos de mí, deleites de la tierra,  
fábulas sin color, forma ni nombre,  
á quien un nicho miserable encierra  
cuando el aura vital falta en el hombre!

¡Gloria, esperanza! Sin cesar conmigo,  
templo en mi corazón alzaros quiero;  
que no importa vivir como el mendigo  
por morir como Píndaro y Homero.

# PEREZA

¡Cuán descansadamente,  
lejos del vano mundo, se reposa  
á la orilla de límpida corriente  
ó de un moral bajo la sombra hojosa!

En el césped mullido,  
sin luz los ojos, sin vigor los brazos,  
de la tranquila soledad el ruido  
se pierde por la atmósfera á pedazos.

El ánima descansa  
de la ciega pasión y su braveza,  
y el cuerpo, presa de indolencia mansa,  
se goza en su pacífica pereza.

Entonces, no el tesoro  
ni la sed del placer el alma aviva;  
el más rico licor en copa de oro  
entonces se desprecia y no se liba.

La mente no se inquieta  
por pensamientos de dolor cercada;  
que á su honda languidez yace sujeta,  
y á su propia impotencia encadenada.

Sin luz el ojo vago,  
sin un sonido sobre el labio abierto,  
pasa la vida, cual por hondo lago  
de incierta luz el resplandor incierto.

Así vuelan las horas,  
y así pasan pacíficas y bellas,  
cual las aves del viento voladoras,  
cual la cobarde luz de las estrellas.

Así el pesar se aduerme,  
y, al grato son de una aura que murmura  
tal vez se goza del reposo inerme  
que confunde el pesar con la ventura.

Así mis horas quiero  
que pasen sin valor y sin fortuna,  
ya al manso son del céfiro ligero,  
ya al resplandor de la amarilla luna.

Ven, amorosa Elvira,  
ven á mis brazos, que de amor sediento,  
el perezoso corazón suspira  
por ver tus ojos, por beber tu aliento.

Ven, adorado dueño:  
sepa que estás, en mi descanso inerte,  
cerca de mí para velar mi sueño;  
cerca, hermosa, de mí cuando despierte.

Yo, en la hierba tendido,  
á la sombra de un álamo frondoso,  
entreveré con ojo adormecido  
cuál velas mi descanso silencioso.

El sol á lento paso  
hundió en el mar su faz esplendorosa,  
marcando su camino en el ocaso;  
vivo arbol de púrpura y de rosa.

El agua mansamente  
con monótono arrullo le despide,  
y, arrastrando sus ondas lentamente,  
el ancho espacio de sus ondas mide.

Sólo queda en la tierra  
el vapor del crepúsculo dudoso,  
y el vago aroma que la flor encierra  
se esparce por el aire vagaroso.

Y las fuentes corriendo,  
y las brisas volando se estremecen,  
y su soplo en los árboles creciendo,  
á su soplo los árboles se mecen.

Trémulas van las olas  
bajo sus alas mansas y ligeras,  
reflejando las sueltas banderolas  
de las naves que el mar surcan veleras.

Y la luna argentina,  
la bóveda al cruzar del firmamento,  
la inmensidad del Bósforo ilumina,  
color prestando al invisible viento.

Y al son del mar vecino,  
y al murmullo del viento caluroso,  
y al reflejo del éter cristalino,  
se aduerme el cuerpo en lánguido reposo.

En la quietud amiga  
de la callada noche macilenta,  
hasta la misma languidez fatiga,  
y el ánima se rinde soñolienta.

¡Oh, bien haya el estío  
con su tranquila y bochornosa calma,  
que roba al corazón su ardiente brío,  
y en blanda inercia nos aduerme el alma!

Ya de ese insomnio presa,  
me falta voluntad y pensamiento,  
y hasta mi cuerpo sin valor me pesa,  
y el son me cansa de mi propio aliento.

Dadme deleites, dadme;  
henchidme de placeres los sentidos;  
venid, eunucos, y al harem llevadme  
en vuestros brazos al placer vendidos.

Abridme esas ventanas,  
dadme á beber el aura de la noche,  
y á saborear las ráfagas livianas  
que á la flor rasgan su aromado broche.

Quiero, al son de las olas,  
secar un corazón en solo un beso;

traedme mis esclavas españolas,  
que el mío tienen en sus ojos preso.

Venid, venid, hermosas;  
divertidme con danzas y canciones;  
venid en lechos de fragantes rosas;  
venid, blancas y espléndidas visiones.

Quemad en mis pebetes  
cuanto aroma encontréis en mi palacio,  
y respiren sus anchos gabinetes  
ámbar opreso en reducido espacio.

Ven, voluptuosa Elvira,  
trénzame con tu mano mis cabellos,  
y tú, Inés, por quien Málaga suspira,  
nardo derrama y azahar en ellos.

Traedme á esos esclavos  
que aportan mis bajeles viento en popa,  
presa que hicieron mis piratas bravos  
en un rincón de la dormida Europa.

Vengan á mi presencia,  
y al son de sus extraños instrumentos  
sirvan á mi poder y á mi opulencia,  
si no con su canción, con sus lamentos.

Dadme deleites, dadme;  
cúbreme, Elvira, con tu chal de espumas,  
y las tostadas sienes refrescadme  
con abanicos de rizadas plumas.

Suene en mi torpe oído  
su suave son, como murmullo blando  
de arroyo que á la mar baja perdido,  
de peña en peña, juguetón rodando.

Cual tórtola que llama  
con lento arrullo, que en el viento pierde,  
la descarriada tórtola á quien ama,  
de árbol sombrío en el columpio verde.

Danzad mientras reposo,  
cantad en derredor mientras descanso,  
y no sienta en mi sueño voluptuoso  
más que murmullo lisonjero y manso.

# CADENA

## I

Nace la rosa, y su botón despliega,  
orlada en torno de punzante espina;  
y sobre el agua que los pies la riega  
fresca se inclina.

Más altanera cuanto más hermosa,  
su imagen mira en el tranquilo espejo;  
y el sol del agua sobre el haz dudosa  
pinta el reflejo.

El aura errante que al pasar murmura,  
el dulce aroma de su cáliz bebe;  
la sorda abeja que su esencia apura,  
néctar la debe.

Reina del huerto y de la selva gala,  
del césped brilla sobre el verde manto;  
libre á su sombra, el colorín exhala  
rústico canto.

[llo,

No hay flor más bella... mas ¿á qué su orgu-  
si el cierzo helado su botón despoja,  
y el agua arrastra su infeliz capullo  
hoja tras hoja?

## II

Huye la fuente al manantial, ingrata,  
al verde musgo en derredor, lamiendo,  
y el agua limpia en su cristal retrata  
cuanto va viendo.

El césped mece y las arenas moja,  
do mil caprichos al pasar dibuja,  
y ola tras ola murmurando arroja,  
riza y empuja.

Lecho mullido le presenta el valle;  
fresco abanico el abedul pomposo,  
cañas y juncos retirada calle,  
sombra y reposo.

Brota en la altura la fecunda fuente;  
¿y á qué su empeño si, al bajar la cuesta,  
halla del río en el raudal rugiente  
tumba funesta?

## III

Lánzase el río en el desierto mudo,  
la orilla orlando de revuelta espuma,  
y al eco evoca cuyo acento rudo  
hierve en su bruma.

Su imagen ciñe pabellón espeso  
de áspera zarza y poderoso pino,  
y, entre las rocas divididas preso,  
busca camino.

Lecho sombrío el rústico ramaje  
que riega en torno misterioso ofrece,  
y el pardo lobo y el chacal salvaje  
dél se guarece.

La tribu errante, el viajador perdido,  
la sed apaga en su raudal corriente,  
y el arco cierra que sobre él partido  
cuelga del puente.

Mas ¿qué la sombra, el ruido y el perfu-  
valen del cauce que recorre extenso, [me  
si el mar le cava cuando en él se sume  
túmulo inmenso?

## IV

¡El mar, el mar! Remedo tenebroso  
de la insondable eternidad, espera  
de la trompa final el son medroso  
para romper hambriento su barrera.

Abismo cuyos senos insaciables  
jamás encuentra su avaricia llenos,  
de misterios conserva inmensurables,  
siempre preñados sus gigantes senos.

¡Eso es el mar! Gemelo de la *nada*;  
cinto que el globo por doquier rodea;  
centinela fatal que, encadenada,  
la tierra guarda que sorber desea.

¡El mar! Como él, hondísimo y oscuro  
el misterioso porvenir se extiende,  
y tras su negro impenetrable muro  
nada, mezquina, la razón comprende.

El cerco de un sepulcro es su portada;  
tras él se baja un escalón de tierra:  
pasado el escalón, la puerta hollada  
se abre sobre la víctima y se cierra.

Y allá van sin cesar, conforme nacen,  
á morir uno y otro pensamiento:  
brotan unos donde otros se deshacen;  
bullen, caen y se hunden al momento.

## V

Rosas la fuente en la montaña brota,  
sécanse, caen, y bajan con la fuente  
al río que se va, gota tras gota,  
al hondo mar que sorbe su corriente.



# MISTERIO

Á MI AMIGO D. ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ

¡Ay! Aparta, falaz pensamiento,  
que eterno en el alma bulléndome estás,  
falsa luz que, al impulso del viento,  
en vez de guiarme perdiéndome vas.

Tras de tí por las sombras camino;  
ni noche ni día descanso tras tí;  
es seguirte, tal vez, mi destino,  
y acaso es el tuyo guardarte de mí.

Misteriosa visión de mi vida,  
más vaga que el caos en forma y color;  
te comprendo en mí mismo perdida,  
cual sueño penoso, cual sombra de amor.

Ya tu blanda amorosa sonrisa  
me presta esperanza, me aviva la fe;  
cual flor eres que aroma la brisa  
y en seco desierto olvidada se ve.

Ya tu imagen sombría y medrosa  
me ciega y me arrastra en su curso veloz,  
como nube que rueda espantosa  
en brazos del viento al compás de su voz.

Ya cual ángel de paz te contemplo,  
y ya cual fantasma sangrienta y tenaz,  
en el valle, en la roca, en el templo,  
te alcanzo á lo lejos hermosa y fugaz.

Por doquiera te encuentran mis ojos;  
no miro ni tengo más rumbo doquier,  
ya te muestres preñada de enojos,  
fantasma enemiga ó risueña mujer.

Yo no sé de tu esencia el misterio,  
tu nombre y tu vago destino no sé,  
ni cual es tu ignorado hemisferio,  
ni adónde perdido siguiéndote iré.

Mas no encuentro otro fin á mi vida  
más paz ni reposo ni gloria que tú,  
que, en el cóncavo espacio perdida,  
tu alcázar es su ancho dosel de tisú.

Por su rica región las estrellas  
á veces brillante camino te dan;  
y otras veces tus místicas huellas  
por mares de sombra perdiéndose van.

Una brisa en las ramas sonando  
que dicen tu nombre imagino tal vez,  
y un relámpago raudo pasando,  
tu forma me muestra en fatal rapidez.

Yo, postrado al mirarte de hinojos,  
doquier que apareces levanto un altar,  
y, arrasados en llanto los ojos,  
tal vez, insensato, te voy á adorar.

Mas al ir á empezar mi conjuro,  
mi torpe blasfemia ó mi casta oración,  
el Oriente en su cóncavo impuro  
me sorbe irritado mi blanca visión.

Y tu imagen me queda en la mente,  
informe, insensible, cual bulto sin luz  
que se crea el temor de un demente,  
de lóbrega noche entre el negro capuz.

Sueño, estrella ó espectro, ¿quién eres?  
 ¿Qué buscas, fantasma, qué quieres de mí?  
 ¿No hay sin tí ni dolor ni placeres?  
 ¿No hay lecho ni tumba ni mundo sin tí?

¿No hay un hueco do esconda mi frente?  
 ¿No hay venda que pueda mis ojos cegar?  
 ¿No hay beleño que aduerma mi mente,  
 que hierva encerrada de sombra en un  
 [mar...?

¡Oh! Si gozas de voz y de vida,  
 si tienes un cuerpo palpable y real,  
 deja al menos, fantasma querida,  
 que goce un instante tu vista inmortal.

Dame al menos un sí de esperanza,  
 alguna sonrisa, fugaz serafín,  
 con que espere algún día bonanza  
 el golfo del alma que bulle sin fin.

Mas si es sólo ilusión peregrina  
 que el ánima ardiente soñando creó,  
 ¡ay! deshaz esa sombra divina  
 que viene conmigo doquier que voy yo.

Sí, deshazla; que en vano la miro  
 en torno á mis ojos errante vagar,  
 si cual débil y triste suspiro  
 se pierde en los vientos al irla á abrazar.

Sí, deshazla, que, torpe mi mano,  
 su mano en la sombra jamás encontró,  
 ni el más flébil lamento liviano  
 avaro en mi oído su labio posó.

Muere al fin ¡oh visión de mi vida!  
 más vaga que el caos en forma ó color,  
 á quien siento en mí mismo perdida,  
 cual sueño penoso, cual sombra de amor.

Mas, ¿qué fuera del triste peregrino  
 que, cruzando sediento el arenal,  
 no encontrara jamás en su camino  
 mansa sombra ni fresco manantial?

De esta vida en la noche tormentosa,  
 ¿qué rumbo ni qué término seguir?  
 Sin tu vaga presencia misteriosa,  
 sin tu blanca ilusión, ¿cómo vivir?

Abriéranse mis ojos á mirarte,  
 mis oídos tus pasos á escuchar,  
 y al fin, desesperados de encontrarte,  
 tornáranse en tinieblas á cerrar.

Despertara en la noche solitaria  
 de tus palabras al fingido son,  
 y sólo respondiera á mi plegaria  
 el latido del triste corazón.

¡Sombra querida, sin cesar conmigo  
 mis lentas horas hechizando ven,  
 y el desierto arenal será contigo  
 huerto frondoso y perfumado edén!

No espíres, misterioso pensamiento,  
 que dentro oculto de mi mente vas,  
 aunque no alcance el corazón sediento  
 tu santa esencia á comprender jamás.

No sepa nunca tu verdad dudosa;  
 vélame, si lo quieres, tu razón;  
 disípate á lo lejos vagarosa,  
 mas sé siempre mi cándida ilusión.

Al fin sabré que junto á tí respiro,  
 que estás velando junto á mí sabré,  
 y que aún brilla oscilando en lento giro  
 la consumida antorcha de mi fe.

[bre,

¿Qué me importa tu esencia ni tu nom-  
 genio hermoso ó quimérica ilusión,  
 si en esta soledad, cárcel del hombre,  
 dentro de tí te guarda el corazón?

¿Qué me importa jamás saber quién  
 astro de cuya luz gozando voy, [eres,  
 término de mi afán y mis placeres,  
 Dios que sin fin idolatrando estoy?

[to,

Quienquier que seas, vano pensamien-  
 mujer hermosa que soñando ví,  
 ó recuerdo ó tenaz remordimiento,  
 ni un solo instante viviré sin tí.

Si eres un recuerdo, endulzarás mi vida;  
 si eres remordimiento, te ahogaré;  
 si eres visión, te seguiré perdida;  
 si eres una mujer, yo te amaré.

## JUSTICIAS DEL REY DON PEDRO

## I

Quando su luz y su sombra  
mezclan la noche y la tarde,  
y los objetos se sumen  
en la sombra impenetrable,  
en un postigo excusado,  
que á una callejuela sale,  
de una casa cuya puerta  
principal da á la otra calle,  
dos hombres que se despiden  
se ve, aunque no se sabe  
ni cuál de los dos se queda,  
ni cuál de los dos se parte.  
Ambos mirándose atentos,  
ambos un pie hacia adelante,  
parados en el dintel  
están, y entrambos iguales.  
Por fin, el más viejo de ellos,  
hundiendo el mustio semblante  
entre el sombrero y la capa,  
en ademán de marcharse,  
torció la cabeza á un lado,  
pronunciando un *no* tan grave,  
que bien se vió que era el fin  
de las pláticas de enantes.

Sin duda el otro, entendido,  
no encontró qué replicarle;  
pues, bajando la cabeza,  
callóse por un instante.  
—Buenas noches—dijo el viejo.—  
Tartamudeó un «Dios le guarde»  
el otro; mas, decidiéndose,  
hizo hacia el viejo un avance.  
—Mírelo bien, y cuidado  
no se arrepienta, compadre.

—Nunca eché más que una cuenta.

—Piénselo bien, y no pase  
sin contar lo que va de él  
á don Juan de Colmenares.

—Señor—replicó el anciano—  
en tiempos tan deplorables,  
ya sé que lo pueden todo  
los ricos y los audaces.

—Pues mire lo que le importa;  
que rico y andaz, señales  
son con que marca la fama  
á los que en mi casa nacen.—

Callaron por un momento,  
y, continuando mirándose,  
dijo el viejo tristemente,  
aunque en tono irrevocable:

—Nunca lo esperé de vos;  
mas tampoco vos ni nadie  
puede esperar más de mí.

—Pues, entonces, adelante:  
idos, buen viejo, con Dios,  
que estoy de prisa y es tarde.—

Cerró la puerta de golpe,  
á escuchar sin esperarse  
una respuesta que el viejo  
tuvo tentación de darle;  
y acaso por su fortuna  
quedó á tal punto en la calle  
para dársela á la puerta,  
donde la deshizo el aire.

Volvió el anciano la espalda,  
y, en dos golpes desiguales,  
sus pasos descompasados,  
pueden de lejos contarse;  
porque sus pies impedidos  
deben á su edad y achaques

una muleta que marcha  
 un pie que los suyos antes.  
 La esquina á espacio traspuso,  
 y á poco otro hombre más ágil,  
 saliendo por el postigo,  
 siguió en silencio su alcance.  
 Túvose al volver la esquina;  
 tendió los ojos sagaces  
 y enderezó los oídos  
 atento por todas partes;  
 mas, no oyendo ni escuchando  
 de qué poder recelarse,  
 tomando el rastro del viejo,  
 echó por la misma calle.

## II

En un aposento ambiguo,  
 medio portal, medio tienda,  
 que hace asimismo las veces  
 de cócina y de despensa,  
 pues da su entrada á la calle,  
 y en confuso ajuar ostenta  
 camas, hormas y un caldero  
 colgado en la chimenea,  
 hay seis personas distintas,  
 que hacen al pie de la letra  
 (salvo el padre, que está ausente)  
 una raza verdadera.

Un mozo de veinte abriles;  
 una muchacha risueña  
 de diez y seis; tres muchachos,  
 y una anciana de sesenta.  
 Y aunque á las veces nos turban  
 engañosas apariencias,  
 zapateros son de oficio,  
 si á espacio se considera  
 que está la estancia aromada  
 con vapores de pez negra;  
 que ribetea la moza,  
 y que el mozo maja suela.  
 —Mucho tarda—dijo el último—  
 padre esta noche, Teresa.  
 —Ya ha tiempo que ha anochecido.  
 —Muchacho, atiza esa vela,

y deja quieto ese bote.—  
 Y esto diciendo en voz recia  
 el mozo, siguió en silencio  
 cada cual en su tarea;  
 el chico sitiando al bote,  
 ribeteando la doncella,  
 majando el mozo á compás,  
 y dormitando la vieja.

Con monótonos murmullos  
 arrullaban esta escena  
 el son de la escasa lluvia  
 de un aguacero que empieza,  
 el no interrumpido son  
 con que hierve la caldera,  
 y el tumultuoso chasquido  
 con que la luz chisporrea.  
 —¿Las nueve son?—dijo el mozo.  
 —Eso las ánimas suenan  
 con sus campanas—repuso  
 santiguándose Teresa.—  
 —¡Las ánimas, y aún no viene!—  
 Y, echando atrás la silleta,  
 se puso el mancebo en pie,  
 y encaminóse á la puerta.  
 Al ruido que hizo en el cuarto,  
 despertándose la vieja,  
 dijo:—¿Rezáis á las ánimas?—  
 —Sí, señora: estése queda.—  
 Asíó el mancebo la aldaba;  
 mas la había alzado apenas,  
 cuando un espantoso golpe  
 venció la puerta por fuera.  
 —¡Muerto soy!—dijo una voz:  
 cayó un embozado en tierra,  
 y vióse un hombre que huía  
 al fin de la callejuela.  
 En derredor del caído  
 se agolparon, que aun conserva  
 algún resto de la vida  
 que le arrancan á la fuerza;  
 mas no bien le desenvuelven,  
 por ver piadosos si alienta,  
 un grito descompasado  
 lanzó... la familia entera.  
 Blasfemó el mozo con ira,  
 desmayóse la doncella,

y la anciana y los muchachos  
 en llanto á la par reventan.  
 —Padre, ¿quién fué?—preguntaba,  
 sosteniendo la cabeza  
 del anciano moribundo,  
 el hijo, que llora y tiembla.  
 Echóle triste mirada  
 su padre, como quien lega  
 su razón y su justicia  
 en quien se fija con ella.  
 —Juan...

—¿Qué Juan?

—De Colmenares,

balbuceó con torpe lengua,  
 y sobre el brazo del hijo  
 dobló la faz macilenta.

Reinó un silencio solemne  
 por un instante en la escena,  
 y á reunirse empezaron  
 vecinos de ambas aceras.  
 Llegó la justicia al punto,  
 y, mientras *justicia* ella,  
 partió por la turba el mozo  
 en faz de intención siniestra.

—¿Dónde va?—dijo un corchete.

—Siendo yo su sangre misma,  
 ¿adónde sino al culpable?

—Soy con vos.

—Enhorabuena.

—Por si acaso, va seguro—  
 dijo para sí el de presa,  
 mientras el mozo, resuelto,  
 ganó á una esquina la vuelta.

### III

Son treinta días después,  
 y el mismo lugar y hora,  
 la misma vieja y los chicos  
 con mesa, mancebo y moza.  
 Cada cual en su tarea  
 sigue en paz, aunque se nota  
 que todos tienen los ojos  
 del mancebo en la faz torva.

Él, sin embargo, en silencio  
 prosigue en tanto su obra  
 sin levantar la cabeza,  
 que sobre el pecho se apoya.  
 Tan doblada la mantiene,  
 que apenas la llama roja  
 que da la luz, alumbrarle  
 las cejas fruncidas logra;  
 y alguna vez que el reflejo  
 las negras pupilas toca,  
 tan viva luz reverberan,  
 que chispas parece brotan.  
 La verdad es que una lágrima  
 que á sus párpados asoma  
 viene anunciando un torrente  
 en que el corazón se ahoga.  
 Y el mozo, por no aumentar  
 de los suyos la congoja,  
 á duras penas le tiene  
 dentro el pecho y le sofoca.  
 Largo rato así estuvieron  
 en atención afanosa,  
 todos mirando al mancebo,  
 y éste mirando á sus hormas;  
 hasta que al cabo Teresa,  
 más sentida ó más curiosa,  
 le dijo:—¿Estás malo, Blas?—  
 Y á su voz limpia y sonora  
 siguió otro largo intervalo  
 de larga atención dudosa.  
 Nada el hermano responde,  
 mas ella su afán redobla,  
 que no hay temor que la tenga  
 la valla de una vez rota.  
 —¿Cómo estás tan cabizbajo...?  
 Y aquí Blas interrumpióla:  
 —¿Y qué tengo que decir  
 á quien sin padre y sin honra  
 debe vivir para siempre?—  
 Y aquí la familia toda  
 rompió en ahogados sollozos  
 á tan infausta memoria.  
 Sosegóse, y siguió Blas  
 en voz lamentable y honda:  
 —Él rico, y nosotros pobres;  
 débil la justicia, y poca,

y el rey en caza y en guerra,  
¿qué puede alcanzar quien llora?  
—Qué, ¿por libre se atrevieron...?  
—Poco menos, pues sus doblas  
pudieran más con los jueces  
que las leyes.

—¡Las ignoran! —  
dijo indignada Teresa.

—¡No, hermana! Las acogotan —  
contestó Blas, sacudiendo  
su mazo con ciega cólera.

Signió en silencio otro espacio,  
y otra vez Teresa torna:

—Mas la sentencia ¿cuál fué? —  
dijo, y calló vergonzosa.

—¿La sentencia? —gritó Blas  
revolviendo por las órbitas  
los negros y ardientes ojos.

—¿La sentencia pides? Óyela. —

Todos se echaron de golpe  
sobre la mesilla coja,  
que vaciló al recibirles,  
á oír lo que tanto importa.

—Sabéis que el de Colmenares  
hoy pingüe prebenda goza  
en la iglesia, y que, á Dios gracias  
y á mi diligencia propia,  
se le probó que dió muerte  
á padre (que en paz reposa).  
Pues bien; no sé por qué diablos  
de maldita jerigonza  
de conspiración que dicen  
que con su muerte malogra,  
dieron por bien muerto á padre,  
y al clérigo...

—¿Le perdonan?

—No, ¡vive Dios! le condenan.

¡Mas ved qué dogal le ahoga!

Condénanle á que en un año  
no asista á coro, mas cobra  
su renta; es decir, le mandan  
que no trabaje y que coma. —

Tornó á su silencio Blas,  
y á sus sollozos la moza,  
ella cosiendo sus cintas,  
y él machacando sus hormas.

## IV

Está la mañana limpia,  
azul, transparente, clara,  
y el sol, de entre nubes rojas,  
espléndida luz derrama.

Toda es tumulto Sevilla,  
músicas, vivas y danzas;  
todo movimiento el suelo,  
toda murmullos el aura.

Cruzan literas y pajes,  
monjes, caballeros, guardias,  
vendedores, alguaciles,  
penachos, pendones, mangas;  
flota el damasco y las plumas  
en balcones y ventanas,

y atraviesan besamanos  
donde no caben palabras;

descórrense celosías,  
tapices visten las tapias,

los abanicos ondulan,  
y los velos se levantan.

Cuantas hermosas encierra  
Sevilla, á su gloria saca;

cuantos buenos caballeros  
en sus fortalezas guarda;

ellos porque son galanes,  
y ellas porque son bizarras;

las unas por que la adornen,  
los otros para admirarlas.

Óyense al lejos clarines,  
y chirimías y cajas,

y á lengua suelta repican  
esquilones y campanas.

Mas no vienen los hidalgos  
armados hasta las barbas,

ni el pálido rostro asoman  
las bellas amedrentadas;

que no doblan los tambores  
en son agudo de alarma,

ni las campanas repican  
á rebato arrebatadas;

que es *la procesión del Corpus*,

que ya traspone las gradas  
del atrio, y el rey don Pedro

acompañándola baja.

Padillas y Coroneles  
y Alburquerque se adelantan,  
con Osorios y Guzmanes,  
pompa ostentando sobrada.  
Y bajo un palio don Pedro  
de ocho punzones de plata,  
descubierta la cabeza  
y armado hasta el cuello, marcha.

En torno suyo el cabildo  
diez individuos encarga  
que de escuderos le sirvan  
en comisión poco santa;  
mas tiempos son tan ambiguos  
los que estos monjes alcanzan,  
que tanto arrastran ropones  
como broqueles embrazan.  
Entre ellos se ve á don Juan  
de Colmenares y Vargas,  
que deja por vez primera  
la reclusión de su casa,  
no porque el año ha cumplido,  
sino porque el año paga,  
y doblas redimen culpas  
si se confiesan doradas.

Rosas deshojan sobre ellos  
las hermosísimas damas,  
y toda es flores la calle  
por donde la corte pasa.  
Envidia de las más bellas,  
salió á un balcón del alcázar  
la hermosísima Padilla,  
origen de culpas tantas.  
Hízola vénia don Pedro,  
y, al responderle la dama,  
soltó sin querer un guante,  
y ¡ojalá no le soltara!  
Lanzóse á tomar la prenda  
muchedumbre cortesana:  
muchos llegaron á un tiempo,  
mas nadie tomarla osaba,  
que fuera acción peligrosa,  
aparte de lo profana.  
Partiendo la diferencia,  
salió de la fila santa  
el bizarro Colmenares  
con intención de tomarla.

Mas no bien dejó su mano  
del palio el punzón de plata,  
y puso desde él al rey  
cuatro pasos de distancia,  
cuando un mancebo iracundo,  
con irresistible audacia,  
se echó sobre él, y en el pecho  
le asestó dos puñaladas.

Cayó don Juan, quedó el mozo  
sereno en pie entre los guardias,  
que le asieron, y don Pedro  
se halló con él cara á cara.  
La procesión se deshizo;  
volvió gigante la fama  
el caso de boca en boca,  
y ya prodigios contaban.  
Juntáronse los soldados  
recelando una asonada;  
cercaron al rey algunos,  
y llenó al punto la plaza  
la multitud, codiciosa  
de ver la lucha empezada  
entre el sacrílego mozo  
y el sanguinario monarca.  
Duró un instante el silencio,  
mientras el rey devoraba  
con sus ojos de serpiente  
los ojos del que le ultraja.

—¿Quién eres?—dijo, por fin,  
dando en tierra una patada.  
—Blas Pérez—contestó el mozo  
con voz decidida y clara.  
Pálido el rey de coraje,  
asióle por la garganta,  
y así en voz ronca le dijo,  
que la cólera le ahogaba:  
—¿Y yendo tu rey aquí,  
¡voto á Dios! ¿por qué no hablaste,  
si con ocasión te hallaste  
para obrar con él así?—

Soltóse Blas de la mano  
con que el rey le sujetaba,  
y, señalando al difunto,  
repuso tras breve pausa:  
—Mató á mi padre, señor;

y el tribunal, por su oro,  
privóle un año del coro,  
que en vez de pena es favor.

—Y si vende el tribunal  
la justicia encomendada,  
¿no es mi justicia abonada  
para quien justicia mal?

—Cuando el miedo ó la malicia  
dijo Blas—tuercen la ley,  
nadie se fía en el rey,  
medido por su justicia.—

Calló Blas, y calló el rey  
á respuesta tan osada,  
y los ojos de don Pedro  
bajo las cejas chispeaban.  
Tendiólos por todas partes,  
y al fuego de sus miradas,  
de aquellos en quien las puso  
palidecieron las caras.

Temblaron los más audaces,  
y el pueblo ansioso esperaba  
una explosión en don Pedro  
más recia que sus palabras.  
Rompió el silencio por fin,  
y en voz amistosa y blanda,  
el interrumpido diálogo  
así con el mozo entabla:

—¿Qué es tu oficio?

—Zapatero.

—No han de decir, ¡vive Dios!  
que á ninguno de los dos  
en mi sentencia prefiero.—

Y encarándose don Pedro  
con los jueces que allí estaban,  
dando un bolsillo á Blas Pérez,  
dijo en voz resuelta y alta:

—Pesando ambos desacatos,  
si con no rezar cumple él  
en un año, cumples fiel  
no haciendo en otro zapatos.—

Tornóse don Pedro al punto,  
y brotó la turba osada  
murmullos de la nobleza  
y aplausos de la canalla.  
Mas viendo el rey que la fiesta  
mucho en ordenarse tarda,  
echando mano al estoque,  
dijo así, ronco de rabia:  
—¡La procesión adelante,  
ó meto cuarenta lanzas  
y acaban ¡voto á los cielos!  
los salmos á cuchilladas!—

*Y como consta á la iglesia  
que es hombre el rey de palabra,  
siguieron calle adelante  
palio, pendones y mangas.*



# COMPOSICION

Leída por los actores en el Teatro del Príncipe en los días 6 de Septiembre y 11 de Octubre de 1839

## HERMANOS COMO ESPAÑOLES

Hartas ¡oh patria! lágrimas corrieron,  
de sangre fraternal hartos arroyos;  
de hartos valientes el sepulcro fueron  
charcas extensas y profundos hoyos.

Hoy que, calmada la sangrienta lucha,  
tremolan á la par ambas banderas,  
blando suspiro en derredor se escucha;  
corren de paz las lágrimas primeras.

Con ellas, sí, los párpados preñados,  
ha largo tiempo reventar querían;  
mas, en la lid los ojos ocupados,  
á vista de la sangre no podían.

Himnos de triunfo y de placer alcemos,  
y, ya amigos y libres ciudadanos,  
la sangre de esas lizas olvidemos,  
que quema el corazón, mancha las manos.

## LIBRES COMO ESPAÑOLES

Libres también, como nosotros, eran;  
no más su mengua tolerar pudieron,  
y helos aquí que con orgullo esperan  
bajo la enseña á que contrarios fueron.

Tended los brazos, de matar dolidos;  
libres tended las callecidas manos;  
que no hallaréis traidores escondidos  
tras el disfraz de libres y de hermanos.

Aquí está el Trono que amparar debemos,  
aquí la Patria y Religión y Leyes;  
que aquí igualmente repartir sabemos  
*libertad* á los pueblos y á los reyes.

## GENEROSOS COMO ESPAÑOLES

No hay más que un pabellón y una bandera;  
un sol alumbra, un ídolo se adora;  
la frente ante él humillan altanera  
ambas huestes, vencida y vencedora.

De ambas la sangre en la montaña humea;  
tumba á entrambas común dió la montaña;  
de ambas la sangre con honor se orea,  
que á ambas dió sangre la orgullosa España.

Ambas, al fin, de libertad reciben  
sin mengua ni mancilla el blando yugo;  
ambas con leyes fraternales viven,  
y donde no hay traición sobra el verdugo.

Venid, hermanos: á la par nacimos,  
al par dejamos la contienda fiera.  
¿Queréis más?... Olvidamos que vencimos:  
no hay más que un pabellón y una bandera.

Aquella antigua raza de valientes  
cuyo brío español sembró el espanto  
por medio de las huestes insolentes  
que atropelló en Clavijo y en Lepanto;

Los que á Roma absoluta dieron leyes;  
los que sus velas por la mar tendieron,  
dando á otro mundo religión y reyes,  
hijos de España y nuestros padres fueron.

Si sujetos á error, como nacidos,  
en contienda civil se desgarraron,  
ellos solos en bandos divididos,  
después que se batieron, se abrazaron.

Hijos de España y con valor nacimos;  
por arreglar nuestras contiendas fieras,  
harto como valientes combatimos:  
pleguemos de una vez nuestras banderas.

A ello nos brindan con tranquila sombra,  
de nuestras flores las silvestres calles,  
de nuestras mieses la pajiza alfombra,  
y el verde pabellón de nuestros valles.

Que vale más gozar en la pobreza  
paz que á fuerza de sangre nos compremos,  
que á otro pedir con criminal pereza  
la libertad que conquistar podemos.

¡Sí, ciudadanos, raza de valientes  
cuyo brío español sembró el espanto  
por medio de las huestes insolentes  
que huyeron en Clavijo y en Lepanto!

No olvidéis que, por premio merecido,  
*esos extraños*, de la paz carcoma,  
querrán lo que salvar hemos podido  
de las garras hipócritas de Roma.

No más de sangre bajarán teñidos  
los manantiales que la cumbre brota,  
á contar á los pueblos afligidos  
en cada infausto triunfo una derrota.

No más luchando con el rudo viento,  
de cuervos roncós agorero bando  
vendrá á mecerse donde el son violento  
del cóncavo cañón le esté llamando.

No más al rayo de amarilla luna  
vagarán por la noche en la montaña  
las sombras de los héroes sin fortuna  
que gloria piden y sepulcro á España.

La gloria y el sepulcro que no hallaron  
cuando la vida por su patria dieron;  
la gloria y el sepulcro que compraron  
cuando á los pies de su pendón cayeron.

¡Víctimas santas! ¡Sombras doloridas  
que insepultas dormís en la llanura,  
ya á través dejan ver vuestras heridas  
un sol de libertad y de ventura!

Ya podéis, sin temor á la vergüenza,  
alzar los ojos del sangriento caos;  
no queda ya quien huya ni quien venza:  
¡fantasmas de los héroes, levantáos!

No receléis que al levantar la frente,  
tras rota peña ó desplomado muro,  
quede algún campesino irreverente  
que os aseste, traidor, plomo seguro.

Alzíos, sí: la paz de que gozamos,  
nosotros solamente nos la dimos;  
no de extranjera grey la mendigamos,  
qué á nadie juez de nuestra gloria hicimos.

Nuestra es la sangre que en la lid se orea,  
nuestra es la santa ley que obedecemos;  
grande ó mezquina nuestra gloria sea,  
obra fué nuestra, y nuestra la queremos.

¡Atrás las lises de la intrusa Francia!  
¡Atrás los mercaderes de Inglaterra!  
Mientras valor nos quede y arrogancia,  
no ha de faltarnos libertad ni tierra.



## À LA LUNA

---

¡Bendita mil veces la luz desmayada  
que avaro te presta magnífico el sol!  
¡Bendita mil veces ¡oh luna callada!  
tu luz que no enturbia dudoso arrebol!

En buen hora vengas, viajera nocturna,  
que el mundo en silencio visitando vas;  
esposa que viene constante á la urna  
que guarda los restos del bien que amó más.

En buen hora vengas, amante Lucina,  
en pos de tu bello dormido Endimión,  
celosa asomando la faz argentina  
por ese estrellado y azul pabellón.

—¡Oh! Miente quien dice que velas traidora  
cubriendo del crimen el réprobo afán,  
que aguardan inquietos tu luz bienhechora  
los que al sol fraguando delitos están.

No, no eres ¡oh luna! la lámpara opaca  
que trémula vierte siniestra su luz  
en bóveda impura do nunca se aplaca  
el alma á quien prensa su losa y su cruz.

No, no eres la tea que alumbra maldita  
las manchas de sangre de regio panteón,  
á cuyos reflejos soñando se agita,  
aun de ella sedienta, rabiosa visión.

No, no eres la hoguera del gran cementerio  
que guarda el del mundo secreto final;  
que en esa morada de sombra y misterio  
sus ráfagas tiende la luz infernal.

No vienen contigo las voces medrosas  
que hierven y turban la sombra doquier;  
no vienen contigo las nieblas odiosas  
que doblan el ruido y nos roban el ver.

No vienen contigo los vagos ensueños  
que acosan y hieren el ruin corazón,  
las torvas fantasmas de tétricos ceños  
que cruzan los aires en pos del turbión.

Tú vienes tranquila, fugaz, solitaria,  
cual blanca creencia de casta niñez,  
cual ángel que espía la triste plegaria  
que eleva al Empíreo llorosa viudez.

Tú cruzas el limpio y azul firmamento,  
fanal de consuelo, de paz y de amor,  
en alas de suave balsámico viento  
que arruga las aguas y mece la flor.

Y vienen contigo los sueños de plata,  
las lindas quimeras de antiguo placer,  
las sombras queridas que alegre retrata  
la mente olvidada del duelo de ayer.

Y vienen contigo las mágicas citas,  
los besos que espiran del labio al salir,  
las bellas historias de efímeras cuitas,  
dichas á una reja que temen abrir.

Y vienen contigo los himnos errantes,  
la seña embozada con una canción  
que atrae á los ojos osados y amantes  
un rostro que aguarda la seña á un balcón.

Y vienen contigo las dulces memorias,  
la audaz esperanza, la gloria inmortal,  
fantásticas luces que van ilusorias  
al soplo espirando de ráfaga real.

¡Ah! Todo es consuelo, regalo y ventura,  
fanal misterioso, delante de tí.  
Suspiran las fuentes, el río murmura,  
aquí te gorjean, te arrullan allí.

Los juncos se mecen, los árboles suenan,  
el bosque se puebla de sombras de paz,  
y el aire sonidos dulcísimos llenan,  
que lleva invisible la brisa fugaz.

¡Luna! ¡Cuántas veces tu luz ha alumbrado  
mi larga vigilia, mi breve ilusión!  
¡Luna! ¡Cuántas veces con ella ha sonado,  
perdida en el viento, mi triste canción!

¡Y aun cuántas veces allá todavía  
 en playas remotas tal vez sonará!  
 Entonces ¡oh luna! la cítara mía  
 ¿qué oído en sus ayes ó risas tendrá?

Tal vez, entre el recio menudo ramaje  
 que ciñe del ancho desierto el lindal,  
 responda á mis voces un ave salvaje,  
 huyendo á lo largo del seco arenal.

Tal vez, á la orilla del mar tempestuoso,  
 tu pálida imagen por él seguiré;  
 tal vez con las ondas del mar proceloso  
 mis lágrimas turbias mezclarse veré.

Y acaso mis ojos, del agua que broten  
 por entre el ardiente confuso cristal,  
 verán, sin que nunca sus fuentes se agoten,  
 huir por los cielos tu errante fanal.

¡Luna! Si esa noche de angustia llegara,  
 si huyera esquivando mi pueblo español,  
 ¡luna, más valiera que el sol te prestara  
 un rayo que apague mi gloria y mi sol!

—

Mas no, clara y celeste peregrina,  
 luz de los bosques, de los tristes luz,  
 á cuyos rayos el amor camina  
 é invoca el justo al que murió en la cruz.

No, blanca reina de la turbia noche,  
 amiga del cantar del trovador;  
 tú que refrescas el modesto broche  
 que á tu luz plega la silvestre flor;

Tú me darás magníficos cantares,  
 grandes como tu Dios y como tú,  
 como ésos que del cielo luminares  
 orlan los pabellones de tisú.

Tú inspirarás á mi sonante lira  
 el fuego del profeta que lloró  
 el peligro de Pérgamo y Thyatira,  
 la rebelde impiedad de Jericó.

Tibia, modesta, fugitiva luna,  
cuya rápida y trémula ilusión  
pinta el mar y el arroyo y la laguna  
en vistosa y flotante aparición;

De cuya imagen en redor tranquila,  
allá en bosques de conchas y coral,  
de errantes peces multitud se apila  
que te besan tu imagen de cristal;

Tú, á quien un ángel invisible guía  
y millares de estrellas van en pos,  
tú me darás palabras de armonía  
con que cantar la gloria de tu Dios.

Lejos de mí los velos de esa Diana  
que, del bosque en la oscura soledad,  
en brazos de un mortal busca profana  
misterios de placer y liviandad.

Lejos de mí los cánticos impuros  
de ese bello y perdido cazador  
que los valles audaz cerró seguros  
con barreras de fábulas de amor.

Yo te adoro, magnífica lumbrera,  
tan sólo por tu tibia brillantez,  
y no veo en tu espléndida carrera  
más que la mano del Eterno Juez.

Surca ¡oh luna! esos techos de topacio  
que Él te señala por camino á tí,  
mientras, que preso en reducido espacio,  
su voz espero cuando venga á mí.

A mí, que, ingrato y prófugo poeta,  
creo en el Dios á cuyo soplo fué  
cuanto en la tierra y en la mar vegeta,  
cuanto no he visto ni jamás verá.

¡Ah! Cuando el mundo en su erial desierto  
me dé un lecho de tierra en que dormir,  
y vayan presa del destino incierto  
conmigo mis cantares á morir,

¡Oh luna! si en mi túmulo no brilla  
de humana gloria la extinguida luz,  
cuelga al menos tu lámpara amarilla  
sobre su rota y olvidada cruz.

# HORIZONTES

## I

[blas

Lanzó al mundo en mitad de las tinie-  
el soplo del Señor, y empezó el mundo  
á rodar en un piélago de nieblas,  
cercado del silencio más profundo.  
Miró la creación el que la hizo,  
mas no le satisfizo;  
y, rasgando sus negras colgaduras,  
sacudió con su planta el firmamento;  
brotó una chispa, se inflamó en el viento,  
y el sol se derramó por las alturas.

## II

«Tú girarás—le dijo—eternamente;  
cuatro estaciones marcarás iguales,  
y será tu fanal resplandeciente  
la sombra de mis ojos inmortales.»  
Giró el sol, y, á su vista alborozado,  
el mundo iluminado  
en himno universal rompió sonoro,  
y cuanto tuvo un soplo de existencia  
exhaló sonoro en su presencia  
música dulce en acordado coro.

## III

Mecióse el mar con colosal murmullo,  
el viento resonó por las montañas,  
murmuró el bosque soñoliento arrullo,  
é hirió el arroyo sus sonantes cañas.  
Ensayaron sus cánticos las aves;  
armoniosos y graves  
los acentos del hombre resonaron,

y con notas más roncacas y severas  
su voz alzaron sin compás las fieras,  
y los ecos salvajes la imitaron.

## IV

Fuente de luz y manantial de vida,  
el sol fecunda nuestra madre tierra,  
y en arroyos, al llano convertida,  
vierte la nieve que apiló en la sierra.  
Brotan á su calor hierbas y flores;  
sus manchas y colores  
da á cuanto dora con su lumbré pura;  
y mil insectos que las auras hienden,  
á separar solícitos atienden  
del semen virgen la semilla impura.

## V

Mas, ó vacilan mis cansados ojos,  
ó yo he visto en Oriente y en Ocaso  
lagos de sangre cuyos pliegues rojos  
al sol alfombran el gigante paso.  
Y jamás comprendió mi entendimiento  
el misterio sangriento  
que ese color del horizonte vela;  
y, por más que lo pienso y lo medito,  
nada el arcano que conserva escrito  
ese renglón de sangre me revela.

## VI

He visto el sol posarse en el Oriente  
al derramar su esplendorosa lumbré,  
y le he visto posar en Occidente  
al trasponer la postrimera cumbre.

Magnífico á su vuelta y su partida,  
su marcha y su venida  
mudo y absorto cada vez contemplo;  
él recoge sus rayos ó los suelta,  
y, siempre á su venida y á su vuelta  
de Dios concibo al universo templo.

## VII

Sí; siempre posa un punto en el Oriente,  
y otro punto al doblar la última cumbre;  
mas siempre ciñe en su alba y su occidente  
banda sangrienta su radiante lumbre.  
Entrambos los crepúsculos clarean  
mientras al sol rodean  
ráfagas anchas de color sangriento;  
y, al irse y al venir, su última tinta  
ese triste color siniestro pinta  
en el confín del azulado viento.

## VIII

¿Qué guarda ese rojizo cortinaje  
en los remates de la luz prendido?  
¿Un torbellino no hay que le desgaje  
si á alcance de los vientos va perdido?  
Si es un vapor que se desprende lento,  
espeso y turbulento  
de la esencia del sol, en su camino  
¿no hay solícito un ángel cuyo brazo  
arranque de la luz ese pedazo  
que mancha al sol su resplandor divino?

## IX

Si es de los aires ilusión dudosa  
que la distancia en el azul suspende,  
¿por qué no pinta su ilusión de rosa,  
y no ese rojo pabellón que ofende?  
¡Necio de mí, gusano de la tierra,  
que quiero lo que encierra  
saber el mundo en su invisible centro  
y demandando á su Autor omnipotente,  
cuando nací á adorarle solamente,  
y para amarle por doquier le encuentro!

## X

Al hundirse la luz detrás del monte,  
sorbido entre las nubes y las breñas,  
lumbre vomita el trémulo horizonte,  
que en sangre tiñe las enormes peñas.  
Faja de sangre, inmensa banderola  
que en su alcázar tremola  
el que hizo el mundo de ceniza vana,  
cual rojo lienzo que pirata osado  
despliega ante el bajel atribulado  
que á todo trapo por huir se afana.

## XI

Que era el sol un espejo transparente  
donde el Señor su creación veía,  
y desde él derramaba omnipotente  
dulce vida de amor y de armonía.  
Y hubo un instante en que amoroso, quiso  
al hombre abrir su santo paraíso  
tras aquella existencia de ventura;  
mas, á Dios usurpando su derecho  
de deshacer lo hecho,  
sangre vertió la necia criatura.

## XII

La tierra se manchó: Dios, indignado,  
quitóse del cristal, y su reflejo,  
con los ojos de Dios iluminado,  
pintó la mancha y sombreó el espejo.  
Volvió asimismo Dios al sol, mandando:  
«Tú seguirás rodando;  
su raza alumbrará, y que lidiando crezca,  
la tierra empape con su sangre impura;  
mas, cuando quede con la sangre oscura,  
no la reflejes más, y que perezca.»

## XIII

Dijo Dios, y cerróse en su santuario;  
y al rudo golpe que sus puertas dieron,  
la madre tierra con impulso vario,  
monstruos sedientos de matar cubrieron.

## XIV

Nino, Nembrot, Sesostris y Cambises,  
de sangre á Egipto con furor regaron;  
Alejandro, Conón, Jerjes y Ulises  
en sangre á Grecia sin piedad bañaron;  
Grecia tragó al Egipto, á Grecia Roma;  
y en Roma, que desploma  
sus legiones doquier y ansiosa apila  
montones de coronas sin cabezas,  
metió á pisar su gloria y sus grandezas  
su negro palafrén el torvo Atila.

## XV

¡Y eso es la gloria y las hazañas son!  
Los héroes nacen, y la tierra, tinta  
por do queda su pie con sangre impreso,  
la negra mancha en el espejo pinta.  
Venid, guerreros, degollad sin tino,  
que el sol va su camino,  
la luz menguando sin cesar siguiendo,  
y cada estatua á vuestra gloria alzada  
es una sombra que la luz menguada  
del moribundo sol va carcomiendo.



## IMPRESIONES DE LA NOCHE

Hay pensamientos que en la mente vi-  
en un rincón de la memoria echados, [ven,  
cual los insectos que su ser reciben  
de los arbustos á que están pegados.

Duermen, al parecer; mas, como aqué-  
al soplo de una brisa se levantan, [llos,  
crecen, vuelan y al fin toman, cual ellos,  
formas medrosas que la vista espantan.

Hijas del miedo y de la fe contrarias,  
vagas visiones de la noche umbría,  
bullir las vemos en la niebla fría,  
nada en la esencia y en la forma varias.

[moria

Quimeras que hallan siempre en la me-  
silenciosa mansión, gracias postizas,  
y que reciben faz, cuerpo é historia,  
en los cuentos y error de las nodrizas.

Van con la noche, de la noche herma-  
y con murmullos infinitos suenan; [nas,  
en las alas del viento van livianas,  
y el alma, el viento y el espacio llenan.

¡Paso, de cien fábulas impuras!  
¡Paso dejad al noble pensamiento,  
que anhela respirar auras más puras  
en el cóncavo azul del firmamento!

¿Piensas, turba de sueños impostora,  
hacerle por el miedo tu vasallo,  
como, al son de la fusta cimbradora,  
jinete admite el volador caballo?

Yo os recibí al nacer como ilusiones:  
si el corazón cobarde os dió aposento,  
hoy necesita, imbéciles visiones,  
todo mi corazón mi grande aliento.

Con la noche venís; osáis con ella  
turbar al corazón que en paz reposa;  
mas de la noche en el poder se estrella  
vuestro poder y ciencia mentirosa.

¡Paso! Mis ojos en su azul tendidos,  
la paz que le robáis otra vez hallan,  
y en los misterios de la fe perdidos,  
vuestros misterios de impureza callan.

Para lanzar vuestra influencia impía,  
á la influencia celestial acudo,  
y de la noche silenciosa, umbría,  
la solitaria inmensidad saludo.

### I

¡Salve, tienda magnífica colgada  
de polo á polo sobre el aire manso,  
del caduco universo destinada  
á proteger el funeral descanso!  
¡Salve á quien mora, en la escondida altu-  
detrás de esa estrellada colgadura! [ra,  
¡Salve á quien vela el agitado sueño  
de esos gusanos que, á sus pies tendidos,  
manchan con sus alientos corrompidos  
la orla imperial del manto de su dueño!

### II

Sí, que á mis ojos se resiste en vano  
de la insondable eternidad el velo,

y yo veo, Señor, tu inmensa mano  
 tras el azul del transparente cielo.  
 Infinita, Señor, tu omnipotencia;  
 infinito el abismo de tu ciencia;  
 infinito tu ser, y Tú infinito,  
 NO HAY MÁS QUE TÚ, y tu soplo poderoso,  
 que anima el mundo, presta generoso  
 vida á la alma virtud, vida al delito.

## III

Que Tú, amasando el polvo de la nada  
 con tu suprema voluntad un día,  
 diste al hombre esta espléndida morada,  
 igual para el que fué y el que sería.  
 «¿Quieres vivir? Tu aliento es el espacio.  
 ¿Quieres tener? El orbe es tu palacio.  
 ¿Quieres mandar? Al señalarlo nombre,  
 puedes gozarlo é invadirlo todo.  
 Yo, que á mi gloria te saqué del lodo,  
 fe y libertad te doy», dijiste al hombre.

## IV

[necido,  
 Y el hombre fué; y el hombre enva-  
 olvidando al Señor que le formara,  
 no partió por igual lo recibido,  
 se armó insolente y le volvió la cara.  
 Oídos dando al corazón villano,  
 el hermano lidió con el hermano,  
 el hijo con el padre en torpe guerra  
 el alma en las entrañas se buscaron,  
 y uno de otro en la sangre se bañaron,  
 por un pie más de la heredada tierra.

## V

[rrido,  
 De tu obra entonces, gran Señor, co-  
 ingrata viendo á tu mejor hechura,  
 sobre el mundo tendistes ofendido  
 la espesa sombra de la noche oscura.  
 Volviéndote á tu carro rutilante,  
 empuñaste las bridas de diamante;

tus caballos de fuego se lanzaron  
 por el espacio, y, caminando á oscuras,  
 al choque de sus recias herraduras  
 miles de estrellas en su azul brotaron.

## VI

Al ceño de tu cólera divina  
 los mundos con pavor se estremecieron,  
 confundióse su esencia peregrina,  
 y las miserias y la muerte fueron.  
 Brotó la tempestad. Sorbió el nublado  
 las ondas de la mar, y desbocado,  
 en hombros cabalgando de las nieblas,  
 su pedrisco doquier vertió sin tino,  
 y, borrando los lindes del camino,  
 tierra y mar embozó con las tinieblas.

## VII

¿Quién osará, Señor, en la memoria  
 la idea renovar de tu honda ira?  
 El mundo sabe la tremenda historia,  
 y aun, al mentarla, de terror suspira.  
 La obra de tu poder atropellando,  
 seguías Tú la creación cruzando  
 sin término ni objeto ni vereda,  
 y tus ojos, Señor, relampagueaban,  
 y las nubes errantes reventaban,  
 de tu carro inmortal bajo la rueda.

## VIII

Todo cayó á tus pies; todo en pedazos  
 á volver se aprestó á su antigua nada;  
 pero su polvo tropezó en tus brazos,  
 y á ser tornó la fábrica empezada.  
 Te volviste á mirar sobre tus huellas;  
 y al ver que de tus ojos las centellas  
 lo iban todo á incendiar, compadecido  
 la noche hiciste, que tendió en el cielo  
 su pabellón azul de terciopelo,  
 que en medio del cenit quedó prendido.

## IX

Tras él está velando tu pupila,  
mansa tras él la creación pasea,  
y el universo de terror vacila  
á su gran resplandor si pestañea.  
Las nubes con su luz se tornasolan,  
el Oriente y Ocaso se arrebolan  
con sus puros y espléndidos colores,  
y á su dulce calor se alza indecisa  
la perfumada y soñolienta brisa  
que susurra en la hierba y en las flores.

X<sup>+</sup>

¡Salve otra vez, magnífica cortina,  
que, ante los ojos de tu Dios colgada,  
la lumbre de sus ojos te ilumina  
sobre el desierto del dolor plegada!  
Yo sé en mi corazón, noche sombría,  
que es tu manto de rica argentería,  
prenda de que nacimos sus vasallos;  
que, al salpicarte Dios con tus estrellas,  
nuestro orgullo alumbrió con las centellas  
que brotan de los pies de sus caballos.



## F E

## I

«En manos del placer adormecido,  
sin otro porvenir que los placeres,  
el oro y las mujeres  
mi solo dios y mi esperanza han sido.  
Lindas quimeras de mi edad pasada,  
que me dejáis el alma emponzoñada,  
decid, ¿dónde habéis ido?»

«Lancéme á los deleites avariento,  
gocé con ansia y apuré su hartura;  
mi Dios y mi ventura  
asentó en el placer mi pensamiento.  
Otro esperar mi corazón no quiso;  
y hoy ¿dónde hallar el dulce paraíso,  
que edificué en el viento?»

«¿En dónde estás, riquísimo tesoro  
de placer y de amor, lánguida Elvira,  
con cuyo amor respira  
mi corazón, y cuya sombra adoro?  
Elena, Inés... bellísimas traidoras, [ras  
¡ay! ¿qué habéis hecho de mis dulces ho-  
y mis montones de oro?»

[ellos,  
«¿Qué he de hacer sin vosotras y sin  
sólo afán ¡ay de mí! con que he vivido,  
sólo Dios que he creído?»  
Fe de mi juventud, delirios bellos,  
¿qué he de creer ni de esperar ahora  
que tornándose van hora por hora  
más blancos mis cabellos?»

«Y do encender la lámpara apagada  
de mi dudosa fe, do ir por consuelo,  
si yo del santo cielo

en el escrito azul no sé leer nada?  
¡Si en su vieja impiedad endurecida  
no ve tras dél el ama envilecida  
su fin y su morada!»

«¡Imposible creer! Pero ¡ay, cuán duro  
en duda pertinaz ir caminando  
sin creencia esperando  
un negro mas allá nunca seguro!  
¡Ay del que nada cree y en nada espera,  
y no encuentra una luz que alumbre fuera  
de caos tan oscuro!»

«No, no me sé amparar del cielo santo;  
que perdón no tendrá tanto delito,  
y el castigo infinito,  
si me le atrevo á imaginar, me espanto,  
¡Mejor es no creer! Triste es la duda.  
¡Mas no hay puerto mejor adonde acuda  
por entre escollo tanto!»

—  
Así pensó el ateo, ¡y cuán en vano!  
que, al olvidar su celestial esencia,  
de la tenaz conciencia  
dentro del corazón sintió el gusano.  
Tornóse al cielo en árida agonía,  
mas nada en él deletrear sabía  
su corazón profano.

Ciego que sabe que la luz existe,  
que oye elogiar el resplandor del cielo  
y no le es dado desgarrar el velo  
que ante sus ojos á la luz resiste,  
¡Mira! le dicen, y en su audaz deseo  
tórñase á ver y exclama: ¡Nada veo!,  
desesperado y triste.

*¡Mejor es no creer!* Y, abandonado  
Sin esperanza en brazos de sí mismo,  
por el oscuro abismo  
de la duda fatal va despeñado.

*¡Mejor es no creer!* Y en su agonía  
siente que llega el postrimero día,  
y ¡ay dé! si se ha engañado!

¡Ay del jardín donde las zarzas crecen!  
¡Ay del palacio que las aves moran!  
Y ¡ay de los siervos que piedad imploran  
cuando en presencia del señor parecen!  
Y ¡ay! ¡ay de los que cruzan el desierto  
y no conocen el camino cierto  
y en la mitad del arenal perecen!

## II

Espíritu blanco y puro,  
que con tu fanal seguro,  
por el lóbrego recinto  
del mundano laberinto  
mis pasos guiando vas;  
ángel que invisible velas  
mi existencia y me consuelas,  
y en la noche sosegada  
á la orilla de mi almohada,  
mi sueño guardando estás.

Tú, que con alas de rosa,  
de mi mente calurosa

benigno apartas y atento  
el mundano pensamiento  
y la torpe tentación,  
¡ay, nunca de mí te alejes,  
nunca en soledad me dejes  
sin que tu fanal me alumbré,  
y esa ruín incertidumbre  
no me roa el corazón!

Espíritu soberano,  
tiéndeme siempre tu mano,  
y mi afán, mi pensamiento  
endereza al firmamento,  
¡oh, espíritu tutelar!  
Y en la noche silenciosa,  
si brota mi fe dudosa  
alguna plegaria impía,  
con tu aliento de ambrosía  
purifícala al pasar.

Ángel cuya sombra adoro,  
cuyo nombre santo ignoro,  
cuyo semblante no veo  
y en cuya presencia creo  
y cuya existencia sé,  
muéstrame el camino cierto  
de este mundo en el desierto,  
y ¡guay! que sin fin no vague  
y con los vientos se apague  
la lámpara de mi fe.



# IRA DE DIOS

## El ángel exterminador

En un confín recóndito del cielo,  
de una selva viviente circundado,  
denso y confuso y misterioso velo  
que le tiene del orbe separado,  
hay un alcázar de azabache, oscuro,  
que en un hondo torrente ensangrentado  
la sombra pinta de su inmenso muro  
en contornos de sangre reflejado.

Jamás el aura de perfume henchida,  
que en los jardines del Edén murmura,  
en tal lugar estremeció perdida  
del rudo bosque la hojarasca dura;  
ni el sol radió con fugitiva lumbré,  
ni sonó por la lóbrega espesura,  
ni retumbó la cóncava techumbre  
más que el rugir de la corriente impura.

El aire denso, sin color é inmóvil  
que aquel recinto por doquier rodea,  
hace el pavor de quien se acerca doble,  
y doble el caos á quien ver desea:  
sólo se alcanza entre las altas puntas,  
que el recio vendaval nunca cimbréa,  
entre dos torres del alcázar juntas  
un faro que en la sombra centellea.

Ni ser alguno penetró el misterio  
que guarda allí la ciencia omnipotente,  
ni se sabe cómo es aquel imperio  
donde nunca se oyó rumor de gente;  
ni arcángel sabio, ni profeta diestro  
de este sitio alcanzó confusamente  
más que la lumbré del fanal siniestro  
y el estruendo medroso del torrente.

En este bosque oculto y solitario,  
en este alcázar negro y escondido,  
donde nunca llegó pie temerario,  
ni descansó jamás ojo atrevido,  
ni más sol alumbró que el rayo rojo  
del fanal en sus torres suspendido,  
tiene el Señor las arcas de su ojo  
y el horno de sus rayos encendido.

Y allí vive un espíritu terrible  
que al son de aquellas aguas se adormece,  
y, á los ojos de Dios sólo visible,  
al acento de Dios sólo obedece.  
Arcángel vengador, del cielo asombro,  
cuando deja el lugar do se guarece,  
el rayo ardiendo y el careax al hombro,  
pronto á la lid ante su Dios parece.

Espíritu sin fin ni nacimiento,  
la eternidad existe en su memoria:  
él sólo del sagrado firmamento  
entera sabe la infinita historia,  
y al solo ruido de sus negras alas,  
á su sola presencia transitoria,  
del firmamento en las eternas salas  
se suspenden los cánticos de gloria.

Aborto del furor omnipotente;  
arcángel torvo que las vidas cuenta,  
vela de Dios el arsenal ardiente  
y los ultrajes del Señor asienta.  
El carro guarda allí cuya cuadriga  
relincha con la voz de la tormenta,  
y allí está con su lanza y su loriga  
la copa en que su cólera fermenta.

En ella hierve con fragor horrible  
el ancho vaso hasta los bordes lleno,  
el tremendo licor incorruptible  
de las iras de Dios; y en su hondo seno  
se fermenta la esencia del granizo,  
y de la peste el infernal veneno,  
y el germen del relámpago pajizo,  
y el espíritu cóncavo del trueno.

Allí está el aire que el contagio impele,  
el zumo allí de la cicuta hendida,  
la sed del tigre que la sangre huele,  
y de la hiena la intención torcida.  
Y allí bulle, en el fondo envenenado,  
la única de furor lágrima hervida  
con que lloró Luzbel desesperado  
su venturosa eternidad perdida.

En aquel arsenal inexpugnable,  
instrumento de la ira omnipotente,  
germinan en rebaño formidable  
las mil desdichas de la humana gente.  
Y los vicios, en torpe muchedumbre,  
se apiñan á beber la luz caliente  
de aquel fanal de cuya viva lumbre  
es el sol una chispa solamente.

De allí se lanza con horrible estruendo  
á ejecutar la voluntad divina  
el misterioso espíritu tremendo  
que en este alcázar funeral domina.  
Arcángel fiero, portador de enojos,  
ase la copa y, por doquier camina,  
el aire inflama sus airados ojos  
y las estrellas con los pies calcina.

Con él va la tormenta; el trueno ronco  
bajo sus alas cruje; desgrefñada,  
de armas y quejas con estruendo bronco,  
la guerra detrás de él va despeñada;  
y asidas á las orlas de su manto  
van tras él, con la muerte descarnada,  
la peste, el hambre, y el amor y el llanto,  
y la ambición de crímenes preñada.

El espacio á su vista palidece  
y entolda su magnífica apariencia;  
el disco de la luna se enrojece,  
y mancha el sol su fulgurante esencia.

Doquier las nubes que su sombra evitan  
se chocan y se rompen con violencia,  
y cometas doquier se precipitan,  
presagios ¡ay! de la fatal sentencia.

A su soplo la mar se encoleriza,  
y con gigante voz muge y atruena;  
la planta de sus pies torna en ceniza  
la limpia concha y la esponjosa arena.  
El monte huella y la cerviz le inclina;  
pisa en el valle y de fetor le llena;  
y en la ciudad que á perecer destina  
vierte el licor fatal y la envenena.

Y ése el arcángel fué que inexorable  
lanzó al desnudo Adán del Paraíso,  
y, de su raza en él junta y culpable,  
fijó á la vida término preciso.  
Él arrancó en el Gólgota empinado  
el ¡ay! postrero que exhaló sumiso  
el Dios que de la mancha del pecado  
borrar la sombra con su sangre quiso.

Él turbó la insensata ceremonia  
del pueblo santo ante el becerro impuro;  
sentenció á Baltasar y á Babilonia  
con tres palabras que pintó en el muro;  
inspiró al receloso Ascalonita  
el degüello fatal, y abrió seguro  
nicho á Faraón, que con su gente habita  
del indignado mar el fondo oscuro.

Él llevó el fuego de Alarico á Roma,  
llevó á Jerusalén á Vespasiano;  
en una noche convirtió á Sodoma  
en lago impuro y en vapor insano.  
Rompió las cataratas del diluvio,  
cegadas al impulso soberano,  
y encendió las entrañas del Vesubio,  
que busca sin cesar otro Herculano.

Y ése será el espíritu tremendo  
cuya gigante voz sonará un día,  
y, á su voz, de la tierra irá saliendo  
la triste raza que en su faz vivía.  
La creación se romperá en sus brazos;  
y cuando toque el orbe en su agonía,  
cuando á su soplo el sol caiga en pedazos,  
¿qué habrá ante Dios? La eternidad vacía.

# EL ESCULTOR Y EL DUQUE

Cuento dedicado á la Señora Doña Matilde O-Reilly de Zorrilla.

Empecé la publicación de mis poesías  
conociéndote, y las acabé con tu nombre.  
Madrid, Octubre 10 de 1840.

(Nota del autor á su mujer.)

## I

Año de más ó de menos,  
si no miente mi memoria,  
mil quinientos veintidós  
corren, y, una tras de otra,  
por la preferencia luchan  
las muy exquisitas obras  
con que un escultor de Italia  
admira á Sevilla toda.  
Sin dar tiempo á que se olvide  
la fama que una le cobra,  
reputación y caudales  
siempre la última le dobla.  
Siempre dél espera el vulgo,  
y siempre el vulgo se asombra  
al ver el nuevo prodigio  
de su mano creadora.  
No hay rico que no le encargue,  
ni comunidad, por corta  
ó pobre que sea, á quien  
una efigie no se rompa.  
Que habiendo por precisión  
de buscar quien la componga,  
más vale hacer otra nueva,  
siquiera por la mejora.  
Aquí tienen una Virgen,  
pero es de mano muy tosca;  
allí un Crucifijo, y bueno,  
pero la cruz es muy corta.  
Acá un San Juan de rodillas,  
¡cosa estupenda! mas sobran

dos líneas de la peana  
y nunca bien se acomoda.  
Allá hay una Magdalena,  
¡soberbia estatua! ¡gran cosa,  
mas dicen que, por desnuda,  
no es imagen muy devota.  
Y así cada cual encuentra  
protestas que le ocasionan  
del taller del florentino  
la visita rigurosa.  
Y así su fecunda mano,  
sin darse descanso, brota  
para uno un San Aquilino,  
para otro una Dolorosa.

Y no es que maña ó agrado  
emplee, pues fama goza  
que dar crédito pudiera  
al pirata Barbarroja.  
Alto, vigoroso, altivo,  
aire audaz, mirada torva,  
barba crecida hasta el pecho,  
aliento recio y voz ronca,  
mejor que artista parece  
bandolero, y más importa  
guardarse de él que guardar  
sus estatuas primorosas.  
Alcanza fuerzas hercúleas,  
cólera mucha y muy pronta,  
y son de largos sus hechos  
lo que sus frases de cortas.  
No se acompaña con nadie,  
ni á nadie contó su historia;

## II

ni los valientes le arredran,  
 ni á los que callan provoca.  
 Es con las damas cortés;  
 y, aunque frío con las mozas,  
 no es con ninguna grosero,  
 y retrata á las hermosas.  
 Es largo con los soldados;  
 que las armas le enamoran;  
 saluda siempre que alcanza  
 las banderas españolas;  
 y, aunque con todos severo,  
 jamás los chicos le enojan;  
 aplaude á los revoltosos  
 y acaricia á los que lloran.  
 Lo mismo el sayo se ciñe  
 que se revuelve la cota;  
 lo mismo sacude el mazo  
 que sacude la tizona;  
 y sin que perciba grande  
 diferencia de uno á otra,  
 lo mismo sierra un madero  
 como una cabeza corta.  
 Extranjero, y sin su gente  
 que en su lengua le responda,  
 que le recuerde sus gustos  
 ó le llore sus zozobras,  
 ni conoce jerarquías,  
 ni distingue de personas:  
 jamás su trabajo lleva  
 quien pródigo no le compra.  
 Ni tiene ni quiere amigos;  
 que, por experiencia propia,  
 sabe que muy raras veces  
 los que no cansan no estorban.  
 Y si los negros recuerdos  
 de sus pesares le acosan,  
 oscureciéndole el alma,  
 como tempestades torvas  
 que con negros nubarrones  
 al son del viento se agolpan,  
 con la fatiga del cuerpo  
 los duelos del alma ahoga.  
 Y el pensamiento en Florencia,  
 la ambición puesta en su gloria,  
 para vivir sólo y triste  
 todo lo demás le sobra.

En un claustro de un convento,  
 como á las tres de una tarde,  
 hay gran reunión de gente,  
 toda atenta y toda grave.  
 Tornados tienen los ojos  
 todos á la misma parte,  
 los nobles y el populacho,  
 los soldados y los frailes;  
 de cuándo en cuándo se escucha  
 murmullo y cortadas frases  
 de los que no han visto y llegan,  
 y de los que ven y parten.  
 Unos dicen:—¡Brava pieza!—  
 Dicen otros:—¡Cosa grande!—  
 Y se empujan y encaraman  
 los de atrás en los de alante.  
 Uno alaba los contornos,  
 lo leve otro del ropaje,  
 otro las manos del niño,  
 otro el rostro de la madre.  
 Quién dice que la cabeza  
 es un prodigio; admirable  
 dice otro que es la invención,  
 citando reglas del arte;  
 y todos al par confiesan  
 que ella es de las más cabales  
 obras que á pública vista  
 se han puesto cien años hace.  
 El que no entiende, ve y calla,  
 y en ver hace lo bastante;  
 que al buen callar llaman Sancho,  
 y sobre ver esto baste.  
 Lo más que á alguno le ocurre,  
 de los muchos *que no saben*,  
 es, volviéndose á algún monje,  
 preguntar:—¿Quién lo hizo, padre?  
 A lo que, con voz sonora,  
 dice satisfecho el fraile:  
 —Se le encargó á un italiano,  
 ¡y es gran cosa! Bien lo vale.—  
 Como quien dice: *¡Se compra,*  
*porque no habrá quien lo pague!*  
 Y el vulgo, que atento lo oye,  
 se queda á oscuras, como antes.

Fuése al fin disminuyendo  
 la concurrencia, y la imagen  
 quedó cercada en el claustro  
 de unos cuantos personajes,  
 todos ellos gente hidalga,  
 si se exceptúan los padres  
 del convento, que les ríen,  
 y lo que dicen aplauden.  
 Mas entre todos hay uno,  
 cuyo exterior respetable  
 decoran altas insignias  
 civiles y militares,  
 que con mirada severa  
 y desabrido semblante  
 mirando estuvo gran trecho  
 la escultura venerable.  
 Y recogidos los párpados,  
 fruncido el ceño, fugándose  
 las miradas de los ojos,  
 cual si mucho le pesase  
 que sospechen de la estatua  
 lo que piensa ó lo que sabe,  
 está en situación confusa,  
 difícil é inexplicable.  
 Mostráronle una tras otra  
 las bellezas y bondades  
 de la estatua, lo armonioso  
 de la escultura, y lo fácil;  
 la expresión y el movimiento  
 del conjunto, y de las partes  
 el desempeño y estudio,  
 todo á cual más estimable.  
 Mas él, á las advertencias  
 contestando con señales  
 de atención poco expresivas,  
 contemplábala el semblante.  
 Y á fe que el de la Madonna  
 era cosa de admirarse,  
 rostro peregrino y bello  
 en efígie cuanto cabe.  
 Representóla el artista  
 sonriendo al tierno infante  
 que la colocó en los brazos  
 á su pecho alimentándose.  
 Reía el niño y mirábala;  
 sonreía ella mirándole,

y revelaban entrambos  
 el placer más entrañable,  
 él libando de sus pechos  
 néctar dulcísimo y suave,  
 ella dándole la esencia  
 de su purísima sangre,  
 y en situación tan sencilla,  
 verdadera é inefable,  
 que era imposible sin lágrimas  
 á sangre fría mirarles.  
 Por último, anocheciendo  
 y necesaria faltándoles  
 luz, se apartaron del claustro  
 los hidalgos y los frailes.  
 Cerraron cuidadosamente  
 la puerta con dobles llaves,  
 y hasta el pórtico salieron  
 tras el frío personaje,  
 que devolvió sus saludos  
 con atentos ademanes,  
 como quien tal los merece  
 y hartó en recibirlos hace.  
 Quedaron en pie los monjes  
 hasta que volvió la calle,  
 y él dió el brazo á un caballero  
 que deja que le acompañe.

## III

Cerraba espesa la noche,  
 fría y amagando lluvia,  
 por lo que aprietan el paso  
 y los embozos se cruzan.  
 Y entre el rumor de sus huellas,  
 entrecortada y confusa,  
 de los dos nobles, á trozos,  
 la conversación se escucha.  
 —¿Qué os ha parecido, duque?  
 —Exquisita es la escultura.  
 —Mucha atención la pusisteis.  
 —¿Lo echásteis de ver?  
 —Sin duda.  
 —Más de una hora habéis estado  
 delante de ella.  
 —Me gusta;

y os lo confieso, marqués,  
 á estar hoy en venta pública...  
 —¿Eso os detiene? Pedidla.  
 Vos sois en Sevilla...

—Nunca:

eso fuera prevalerme  
 de mi posición, segura  
 mi ganancia, y, pues los monjes  
 la obra encargaron, ya es suya.  
 Siguieron cruzando calles,  
 tomando señas en unas,  
 equivocándose en otras,  
 como quien camino busca,  
 y, al cabo de muchos pasos  
 y equivocaciones muchas,  
 llegaron frente una casa  
 de una callejuela oscura.

—Aquí vive—dijo el duque.

—¿Quién?

—¡Alabo la pregunta!

—¿Me habéis dicho adónde vamos?

—¿No?

—No.

—Pues muy oportuna  
 es la ocasión para verlo.—

Y, á una violenta y ruda  
 aldabonada, la puerta  
 estremecida retumba.

Oyéronse en la escalera  
 pasos, y por las junturas  
 penetró la luz movable  
 con que por dentro se alumbran.

—¿Quién es?—preguntó dulcísima  
 una voz suave que anuncia  
 una mujer cuya forma  
 aun á la vista se oculta.

—*Hidalgos*—dijo el de fuera.

—¿Y á quién los hidalgos buscan?

—Al escultor Torrigiano.

—¿Vive aquí?

—Sin duda alguna.—

Se abrió la puerta, y, entrando  
 los dos hidalgos á una,  
 sus dos ánimas quedaron  
 estupefactas y mudas.

Y aunque expresión muy diversa

muestran sus rostros, acusan  
 los dos el asombro interno  
 con que sus afectos luchan;  
 y á fe que asombro merece  
 lo que á contemplar se agrupan,  
 lo que aun á creer no aciertan,  
 pasmados de la aventura.  
 Porque asida al picaporte,  
 y á la luz trémula y turbia  
 de una bujía, que al soplo  
 del aire brilla insegura,  
 delante sus ojos tienen,  
 bella aparición nocturna,  
 de la Madonna del claustro  
 la exactísima figura.

Aquel peregrino rostro,  
 aquella trenzada y rubia  
 cabellera, aquellos ojos  
 que al cielo el color anublan,  
 aquella sonrisa de ángel  
 tan celestial y tan pura,  
 aquellos brazos tornátiles  
 y aquellas manos menudas,  
 son ¡vive Cristo! las mismas  
 de la divina escultura,  
 y ello será brujería,  
 pero ambas á dos son una.  
 Mirábanse el uno al otro  
 los hidalgos, y confusa  
 mostrábase ella, su espanto  
 sin saber á qué atribuya;  
 hasta que el duque, el embozo  
 bajando, la faz ceñuda  
 mostró á la luz, y la niña,  
 conociéndola, se turba.

—¡Hola!—dijo aquél sabiendo—  
 mucho de casas te mudas.—

Y ella contestó cerrando:

—Ya véis, don Juan, que era mucha  
 la exposición de vivir  
 á solas con mi fortuna.

—¡Hem!—dijo el duque, lanzando  
 una tos seca y profunda;—  
*no es mala tu compañía  
 si mucho tiempo te dura.*—

Y mascullando otra tos

que la garganta le anuda,  
llegó á una sala cuadrada,  
donde el florentino estudia.

Púsose en pie el escultor,  
y, arrimando dos sitiales,  
excusó ceremoniales  
hablando en este tenor:

TORRIGIANO

¿Á qué fortuna merezco  
el honor de esta visita?

DUQUE

Á un señor que necesita  
una obra, y os la ofrezco.

TORRIGIANO

Acepto, si la sé hacer  
á gusto de esa persona.

DUQUE

Es copia de una Madonna  
que habéis concluído ayer.

TORRIGIANO

¿El tamaño?

DUQUE

Á vuestro gusto,  
como me la hagáis igual:  
la semejanza cabal  
es en ella lo que ajusto.  
¿Aceptáis la condición?

TORRIGIANO

Si no es como la prometo,  
á dárosla me someto  
sin gozar retribución.  
Pero si igual ha de ser,  
francamente os quiero hablar:  
tengo allí que retratar  
á mi hijo y mi mujer.

DUQUE

¡Cómo!

TORRIGIANO

Tuve ese capricho  
en la que ayer concluí;  
y, á no ser la estatua así,  
es imposible lo dicho.

DUQUE

Y ese amante desvarío  
puedo yo culparos? No:  
haré vuestro gusto yo,  
si vos me cumplís el mío.

Callaron por un momento,  
como quien recela ó duda  
y un punto consigo mismo  
su resolución consulta.  
Y el hidalgo y el artista,  
que uno de otro se aseguran,  
al mismo tiempo dejando  
su actitud meditabunda,  
cambiaron, como por prendas  
de la confianza última,  
esta respuesta el hidalgo  
y el artista esta pregunta:

TORRIGIANO

Pues que no anduvimos parcos  
de explicaciones los dos,  
¿me diréis si es para vos?

DUQUE

Llevádsela al duque de Arcos,  
¡que no os pesará, por Dios!

#### IV

Y yendo y viniendo días,  
y sin tregua el escultor  
trabajando, á los cuarenta  
la Madonna se acabó.  
Copia completa y exacta  
de la Madonna anterior,  
hija de la misma mano  
y la misma inspiración.  
Cifra en que el fogoso artista  
su cariño formuló,

fué el suspiro postrimero  
 que exhaló su corazón.  
 Porque el arte es un amigo  
 benigno y consolador,  
 que paga con un instante  
 muchos años de aflicción.  
 Es un suave y encantado  
 y aromático licor,  
 que el brío rejuvenece  
 de la perdida ilusión;  
 que provoca el entusiasmo,  
 la esperanza y el amor,  
 y vuelve á encender el fuego  
 de la fe que se apagó.  
 Es un bálsamo escondido  
 del ánima en un rincón,  
 que cicatriza las llagas  
 que la desventura abrió.

Y hay un sacro y absoluto  
 momento de bendición,  
 en que el placer del artista  
 lo concibe sólo Dios.  
 Pues no halla la mariposa  
 con tanto gusto una flor,  
 ni halla una floresta el ave  
 que de la jaula escapó,  
 ni halla afanada la abeja  
 la miel de que vaga en pos,  
 ni halla el mísero cautivo  
 la luz que ver no esperó,  
 con tan intensa y tan pura  
 eelestial satisfacción  
 como halla el cansado artista  
 lo que él á solas creó.  
 Es un sueño venturoso  
 que, en alas de la ilusión,  
 muestra al alma un ignorado  
 paraíso encantador.  
 Es el beso de una madre  
 al hijo que le nació,  
 por cuya vista ha sufrido  
 largas horas de dolor;  
 que le ama más cuanto más  
 la cuesta su posesión;  
 y... no hay simil de ambas cosas  
 más exacto ni mejor.

Y pues su linda Madonna  
 Torrigiano concluyó,  
 en ese cielo del arte  
 dejemos al escultor.

—  
 Á la mañana siguiente,  
 la preciosísima efigie  
 esperaba al duque de Arcos  
 que acabara de vestirse;  
 y mientras miran y admiran  
 lacayos y ministriles  
 la verdad y la hermosura  
 de la inanimada Virgen,  
 en la retirada calle  
 donde el Torrigiano vive  
 está pasando otra escena  
 que no es justo que se olvide.  
 Dejemos al noble duque,  
 en armas y amor insigne,  
 que la divina escultura  
 enamorado acaricie;  
 dejemos al florentino,  
 que de su mano recibe  
 repleto saco, que augure  
 horas tras su afán felices;  
 y entrémonos en su casa,  
 donde su amorosa Tisbe  
 está á la reja esperando  
 que dé la vuelta el artífice.  
 No se sintió por su ausencia  
 la esposa nunca tan triste,  
 ni de su inquietud secreta  
 la extraña razón concibe;  
 mas su ardiente pensamiento  
 mil sobresaltos la finge,  
 y el corazón con mil ansias  
 no acierta qué vaticine;  
 y ello es un hondo misterio  
 y un arcano incomprendible,  
 mas tiene presentimientos  
 el corazón infalibles.  
 Mirando estaba impaciente  
 de la calle los confines,  
 por ver si llega más pronto  
 ó más pronto le percibe,

cuando un hombre que se acerca  
rápido, con mano firme  
tira un papel por la reja  
y contestación la pide.

En vano tal osadía  
querido hubiera impedirle,  
y en vano algunas palabras  
de justo enojo le dice.

El hombre pasa y no escucha;  
le llama... le grita y sigue;  
y allá hacia el fin de la calle  
vuelve á pararse impasible.

Á poco rato, el mismo hombre  
paso á paso se dirige  
otra vez á la ventana;  
y esto que advierte la Tisbe,  
toma la carta del suelo,  
aguarda que se aproxime,  
y, con desprecio tirándose la,  
que despeje le repite.

Cerró los vidrios de golpe,  
pero ni tiempo consigue  
para encajar la falleba;  
porque el hombre, que se sirve  
de ambas manos, deteniéndolos  
con vigor irresistible,  
volvió la carta diciendo:

—*Sin respuesta no he de irme.*—  
Y al ir palabras más duras  
colérica á dirigirle,  
apareció el Torrigiano  
y palideció la Tisbe.

TORRIGIANO

¿Qué es eso, Tisbe?

TISBE

Un infame

que dos veces ha pasado  
y ese papel ha tirado  
por la reja.

TORRIGIANO

El papel dame;  
que, á lo que veo, él ha huído.  
Mas ¿qué tiemblas, alma mía?

¿No ves que de su osadía  
tú la culpa no has tenido?

TISBE

¡Ay, Pedro! Que ese papel  
me da recelos fatales,  
y me parecen puñales  
cuantas letras hay en él.

TORRIGIANO

¡Calla, inocente!

TISBE

No le abras,  
Pedro.

TORRIGIANO

¿Saber no es mejor  
de qué mal es portador?  
Y, al fin, son cuatro palabras.  
(*Abriendo la carta, á Tisbe.*)  
Pero, Tisbe, es para tí;  
tu nombre al principio viene...  
Veamos lo que contiene,  
y escucha, que dice así: (*Lee.*)  
«Tisbe, elige: está en tu mano  
mi ventura y su sentencia.  
*Un día de resistencia  
da la muerte al Torrigiano.»*

TISBE

¡Ay, Torrigiano! ¡Ay de mí!  
que con mi negra hermosura  
te traje la desventura,  
y acaso muerte te dí.

TORRIGIANO

Mas ¿qué misterio penetras  
en ese papel, que á voces  
mi muerte auguras? ¿Conoces  
quién hizo, Tisbe, esas letras?

TISBE

No; lo adivino no más:  
de un villano que en tu ausencia,

con inaudita insolencia  
me enamoró, son quizás.  
Toda Sevilla corrí,  
de casas mudé esquivándole,  
y logré, desorientándole,  
vivir escondida aquí.  
Cobréle un horror intenso  
desde el momento de verle,  
y sólo supe temerle,  
y no lo bastante pienso.

TORRIGIANO

¿Y por qué no me has mostrado  
á ese traidor cara á cara,  
y en mis brazos acabara,  
que era morir muy honrado?

TISBE

Á verte una noche vino,  
y en mi cuarto me encerré,  
como quien siente y no ve  
los pasos de un asesino.  
Y ni escucharos osaba,  
porque tal horror sentía,  
que aun de su voz, si la oía,  
no sé qué me recelaba.

TORRIGIANO (*Desesperado.*)

¡Y yo, necio, se la dí!  
¡Se la llevé yo en persona...!  
(*Á Tisbe.*)

Y viendo aquella Madonna  
que se parecía á tí,  
¿no lo adivinabas tú?

TISBE

Temí, Pedro, que tus celos...

TORRIGIANO

¡Cargue ¡voto va los cielos!  
con tu miedo Belcebú!  
¡Ira de Dios, y qué á punto,  
con mi maldita escultura,  
yo mismo de tu hermosura  
fuí á presentarle el trasunto!

¡Por ella su lengua fatua  
me hará de irrisión objeto...!  
¡Maldito si no le meto  
en el cerebro la estatua!

Y esto el escultor diciendo,  
la espada en el cinto pone,  
y desatinadamente  
la mano en el picaporte.  
No basta que de rodillas  
ante él la hermosa se postre,  
ni que las suyas abrace,  
pues sus intentos supone;  
que ni advertencias admite,  
ni fríos consejos oye,  
ni lo que intenta concibe,  
ni ve lo que se propone.  
El hombre en aquel momento  
sólo necesita un hombre;  
y, pues encontrarle es fuerza,  
sin duda que sabe en dónde.  
Quedóse la Tisbe sola  
y á los vidrios asomóse,  
los ojos llenos de lágrimas  
y el corazón de temores.  
Así estuvo largo tiempo,  
sin que distraerla logren  
de sus pensamientos tristes  
y negras cavilaciones,  
ni de la luz reflejada  
por el cristal los colores  
brillantes, ni las figuras  
de la calle, ni las voces;  
hasta, que vuelta á sí misma,  
de los cristales quitóse,  
y, viendo aún en el suelo  
el papel infausto, asíóle.  
Tendió, sin ver lo que hacía,  
los ojos por sus renglones,  
y helóse al ver estos cuatro,  
no leídos hasta entonces:

«Esta profana escultura  
diviniza una pasión,  
y, enviada á la Inquisición,  
os abre la sepultura.»

Lanzó la infeliz un grito;  
y como el tiro conoce,  
hacia el palacio del duque  
desatallada corre.

## V

El sombrero hasta las cejas,  
fiera y sombría la cara,  
atenazados los dientes  
y echada al hombro la capa,  
como una sombra fatídica  
de algún panteón escapada,  
por la escalera del duque  
audaz Torrigiano avanza.  
De cuatro en cuatro las sube,  
y un tramo tras otro gana,  
cual si en trepar con tal brío  
alguna apuesta ganara.  
Las salas resuelto cruza,  
y á detenerle no bastan  
las señas de los porteros  
y las voces de los guardas.  
Al uno con un bufido  
de ira ó desprecio le espanta;  
al otro de una embestida  
le tumba en tierra de espaldas.  
Y así, sin más miramientos,  
llegó de una en otra estancia  
del gabinete del duque  
hasta tocar la mampara.  
Asióla del picaporte;  
y, por si en abrirse tarda,  
con sacudida violenta  
del quicio la desencana.  
Sintió el estrépito el duque,  
y, al ir á volver la cara,  
ya el Torrigiano tenía  
la mano en su hombro posada.  
—¿Qué me queréis, señor mío?  
—Mi escultura.  
—Está comprada.  
—Ahí tenéis vuestro dinero;  
no quiero venderla, dádmela.—  
Y el Torrigiano en la mesa

tiró el saquillo de plata  
que en precio de la escultura  
recibió por la mañana.  
Rióse el duque, y le dijo:  
—¿Sabe, buen hombre, á quién habla?  
¿Sabe que sólo mi voz  
para aniquilarle basta?—  
Rugió el Torrigiano de ira,  
y dijo con voz ahogada:  
—Será si la dejo yo  
que pase por la garganta;  
y no piense que eso es sólo  
lo que á mi cólera basta.  
Ahora venga la escultura;  
luego, pues dagas y espadas  
tenemos, y hombres nacimos,  
saldrá de aquí lo que salga.—

Y, abalanzándose rápido  
á las puertas que la estancia  
tras de la mampara cierran,  
con resolución exclama:  
—¡Ó defendeos, ú os mato!  
Que os juro que vuestra carta  
otra respuesta no tiene  
que un párrafo de estocadas.—

Y, ya sin otro remedio,  
asíó el duque espada y daga,  
y trabóse la contienda,  
que por Dios que fué empeñada.  
El artista, que se sirve  
cual del cincel de su arma,  
el pecho de su contrario  
á cada momento amaga.  
Y aunque de audaz y valiente  
con reputación sobrada,  
no se dió por muy seguro  
el duque, que ya pensaba  
en ganar tiempo, aunque acaso  
toda la honra costara;  
mas la rapidez del otro  
hasta la voz le embargaba.  
Y se perdían sus ojos,  
y sus manos no bastaban  
á parar tan recios golpes  
y tan recias cuchilladas;  
y aunque muy bien se defiende,

que al fin le va vida y fama,  
 ya en el rincón de una puerta  
 el escultor le acorrala;  
 y ya el feroz Torrigiano,  
 que ve cerca su venganza,  
 en coserle contra el quicio  
 con negra intención pensaba,  
 cuando tremendo tumulto  
 que por de fuera se alcanza,  
 llegó en confuso desorden  
 hasta la pieza inmediata.  
 Crujía asida la puerta  
 y caer amenazaba,  
 y miedo el duque perdía  
 y el Torrigiano esperanza.  
 Aquél ganaba terreno,  
 y así la lid comenzada  
 cambió de aspecto en un punto  
 de consecuencia y de causa,  
 porque, al dar el Torrigiano  
 en una pared de espalda,  
 se abrió, al empuje, de lienzo  
 una puertecilla falsa.  
 Cayó en aquel aposento,  
 cerró el duque, y en la estancia  
 donde quedó el escultor  
 topó con su efigie infausta;  
 y rebosando despecho,  
 y de otro enemigo á falta,  
 —¡Maldita seas!— la dijo,  
 y dióla una cuchillada;  
 á cuyo momento entrando  
 pajes, corchetes y guardias,  
 dijo, señalando el duque  
 los pedazos que rodaban:  
 —Á la Inquisición llevadle;  
 las imágenes maltrata;  
 si se resiste, amarradlo;  
 y si grita, una mordaza.—  
 Lanzáronse al Torrigiano,  
 que, en la triunfante mirada  
 que le lanzó su enemigo,  
 vió bien lo que le restaba.  
 Tomaron, pues, los pedazos  
 de la destruída estatua,  
 y desgarrado el vestido,

las manos atrás atadas,  
 sacáronle del palacio  
 entre broqueles y lanzas,  
 y echaron al Santo Oficio,  
 atravesando la plaza.

#### CONCLUSIÓN

¿Qué te valió, buen soldado,  
 con noble empeño lidiar  
 para comprar con tu sangre  
 el sol de tu libertad,  
 si Pisa y el Garigliano  
 sólo en tu memoria están  
 como bajeles perdidos  
 en la llanura del mar?  
 ¿Qué te valieron, artista,  
 tus largos días de afán,  
 tus largas noches de vela  
 y de esperanza tenaz,  
 si en tus cadenas traidoras  
 tu gloria se va á estrellar,  
 y no habrá en tu sepultura  
 de tu nombre una señal?  
 ¡Sueños de la juventud,  
 sueños de gloria fugaz,  
 que en un negro calabozo  
 fuisteis al fin á parar;  
 cifras con que fulminaron  
 una sentencia fatal,  
 su acongojada memoria  
 no tiranicéis jamás!  
 ¡Delirios de amor dichosos  
 que vinisteis á alumbrar  
 de su tormentosa vida  
 el continuo vendaval,  
 id á vuestras alas viento  
 en otra ánima á buscar,  
 y en sus cadenas dormido  
 al pobre artista dejad!  
 Dejad que duerma un instante,  
 y ese instante pueda hallar  
 entre sus sueños febriles  
 de triste felicidad!  
 ¡Ay! Cuán duro, Torrigiano,

te va á ser el despertar,  
 al rumor de los cerrojos  
 y á la odiosa realidad.  
 ¡Duerme tranquilo, soldado;  
 reposa un momento más!  
 Que, al cabo, así no es tan duro  
 con el castillo volar.  
 ¡Duerme sin temor, artista!  
 Que los nudos del dogal  
 el laurel de tu corona  
 no han de poder deshojar.  
 ¡Duerme, despèchado amante,  
 que á morir por tu amor vas,  
 y no temas de tu Tisbe  
 un olvido criminal!  
 ¡Duerme, mientras sollozando  
 bajo tus rejas está,  
 y sus suspiros te roba  
 al airecillo fugaz!  
 En vano á tus carceleros  
 ansiosa fué á preguntar;  
 en vano oró largas horas  
 en la santa catedral;  
 en vano quiso á tus jueces  
 con lágrimas conquistar;  
 que ni la tierra ni el cielo  
 oído á sus penas dan.  
 Sí: mientras tú te resuelves  
 á morir en soledad,  
 y á darles muerta la carne  
 que quieren ver palpitar,  
 ella resuelve contigo  
 llegar á la eternidad,  
 y al pie de tu calabozo,  
 cuando espire, espirar.  
 Que está segura que su alma  
 saldrá á tu alma á buscar,  
 y, cuando aliento te falte,  
 aliento la faltará;  
 tierna paloma que el grano  
 no sabe sola encontrar,  
 y espira cuando la falta  
 quien alimento la da.  
 ¡Duerme, Torrigiano, duerme,  
 que es muy duro despertar  
 al rumor de los cerrojos

y á la odiosa realidad!

Oyéronse por de fuera  
 rudamente rechinar,  
 y abrió el escultor los ojos  
 á la negra oscuridad.  
 Y aun de los lazos del sueño  
 sin poderse desatar,  
 el ruido oyó, y el soldado  
 preguntó altivo:—¿Quién va?—  
 Pero, al ver con sus linternas  
 la gente del tribunal,  
 la noble cerviz al pecho  
 tornó el mísero á doblar.  
 Y para oír su sentencia,  
 dada sin juicio quizás,  
 aguardó en mustio silencio  
 á que quisiesen hablar.  
 —¿Cómo os llamáis?

—Torrighiano.

—¿Sois de Florencia?

—Es verdad.

—¿Soldado?

—Con una espada,

no lo pudiérais dudar.

—¿Teneis amor á las armas?

¿Si os dieran una...?

—¡Ojalá!

Y á esta idea el escultor,  
 como quien la puede usar,  
 echó mano á su cintura,  
 de donde faltaba ya.  
 Lanzó el artista un suspiro,  
 y, tornándose á sentar,  
 dijo, en derredor mirando:  
 —Es inútil: despachad.—  
 Siguió preguntando el hombre,  
 deletreando á la par:

—¿Habéis hecho aquesta imagen?—

Y el triste, á pregunta tal,  
 volvió los ojos á su obra,  
 y al cabo... rompió á llorar;  
 y echando al busto los brazos  
 con desesperado afán,  
 pidió que antes de romperla  
 se la dejaran besar.

Lo cual demencia juzgado,

y deseando abreviar,  
 por respuesta le leyeron  
 el pergamino fatal,  
 donde sin apelación,  
 con tres palabras no más,  
 al fuego le condenaba  
 por hereje el tribunal.  
 Volviéronle, pues, el rostro;  
 y uno, ó compasivo asaz,  
 ó no alcanzando en qué uso  
 aquel madero ocupar,  
 díjole con befa estúpida:  
 —¡Vaya, buen hombre, tomad!—  
 Y el busto de su Madonna  
 le echó á los pies al cerrar.

—  
 Cuando, á la fin de tres días,  
 llegó la hora tremenda  
 de cumplir en Torrigiano  
 el rigor de su sentencia,  
 llegaron hasta su encierro  
 los que debían ponerla  
 por obra, y los seis cerrojos  
 recorrieron de su puerta.  
 Á voces y por su nombre  
 le llamaron desde fuera;  
 mas sus voces se perdían  
 en lo hondo de la caverna.  
 Tornaron á llamarle ellos  
 y á faltarles la respuesta,  
 hasta que, asiendo una antorcha,  
 penetraron en la cueva.  
 —¡Vamos— dijeron— hereje,  
 que está ya ardiendo la hoguera!—  
 Y en faz amenazadora  
 avanzaron á su presa.  
 Mas Torrigiano yacía  
 inmóvil y sentado en tierra,  
 las manos en las rodillas  
 y en las manos la cabeza,  
 que, asidas convulsamente  
 y enclavijadas con fuerza,

guardaban algún objeto  
 que se adivinaba apenas.  
 —¡Arriba!—á gritar tornaron;  
 pero, mirando su inercia,  
 empujéronle con ira  
 y dió de rostro en la tierra;  
 rodó por el pavimento  
 aquel busto de madera,  
 que el rostro de una Madonna  
 en su Tisbe representa,  
 y á sus pies quedó tendido  
 el escultor, que le dejó  
 su gloria con su cadáver,  
 de su ejecución en prenda.  
 Que quien nace hidalgo y fiero  
 no puede con la vergüenza  
 de acabar con ignominia  
 en una patria extranjera.  
 ¡Pobre Tisbe! ¡Cuán en vano  
 en ese dintel le esperas,  
 pasando noches y días  
 del Santo Oficio á la puerta!  
 Resuelta estás á morir  
 sobre esas heladas piedras,  
 ó á ver otra vez el alma  
 de tu marchita existencia;  
 mas como ese Tribunal  
 jamás su víctima suelta,  
 colige de ambos á dos  
 cuál es, Tisbe, la sentencia.

—  
 Y pues sólo el Torrigiano  
 en su desventura fiera  
 aguardó para morir  
 á poder delante de ella,  
 y Tisbe amor tan inmenso  
 para el Torrigiano encierra,  
 que ser no sabe sin él  
 ni alentar donde él no alienta,  
 aquellas dos nobles almas,  
 la una de la otra existencia,  
 al cielo á la par volaron,  
 y, si hay Dios, ¡dichosas ellas!



## NOTAS

---

Con el objeto de evitar la confusión de notas, epígrafes y advertencias en algunas composiciones escritas en circunstancias determinadas, se ponen en este lugar, para que el lector no las eche de menos.

La paráfrasis del *Dies iræ* (EL DÍA SIN SOL, página 43) fué expresamente escrita para D. Nicomedes Pastor Díaz, cuyo primer pensamiento le debe el autor.

---

LA DUDA (página 58).—Fué escrita en el album de una señora, en la hoja inmediata á la en que D. M. J. de Larra escribió un bello y sentido romance.

---

LA VIRGEN AL PIE DE LA CRUZ (página 67).—El acreditado artista D. José Gutiérrez pintó en el Liceo Artístico una bellísima Dolorosa, que inspiró al autor de estas poesías la composición que lleva este epígrafe. Inútil es, por consiguiente, decir que está dedicada al autor del cuadro.

---

LA SORPRESA DE ZAHARA (página 75).—Por haberse publicado esta composición en el periódico *El Español* tal como está, no ha hecho el autor en ella algunas correcciones de que tenía, por cierto, grave necesidad; pero acaso, corregida, sería enteramente nueva.

---

LA PLEGARIA (página 95).—Se publicó en el *No me olvides*, acompañada de una estampa del Sr. Ortega, para cuyo objeto se escribió.

---

LOS BORCEGUÍES DE ENRIQUE II (página 298):

(1) Alfonso Alvarez de Villasandino y Pero Ferrús, poetas del tiempo del rey don Enrique Segundo, cuyas cantigas recogió en un cancionero (con las de otros muchos poetas) Juan Alfonso de Baena, escribiente del rey don Juan, primero de

este nombre.—Fué este Villasandino el poeta más celebrado de su época, no sin razón, y alcanzó los reinados de Enrique II, Juan I, Enrique III y Juan II. Largas son de citar las buenas canciones de este poeta: véanse, sin embargo, dos, la primera suya y la segunda de Ferrús, que manifiestan además la buena fama de que gozaba en vida y en muerte el fratricida don Enrique, razón principal que me mueve á citar éstas y no otras.

*Decir que fiso Alfonso Alvarez de Villasandino para la tumba del rey D. Enrique el Viejo:*

Mi nombre fue don Enrique,  
rey de la hermosa España.  
Todo ombre verdat publique  
sir lisonja por fasaña.  
Pobre andando en tierra estraña,  
conquisté tierras é gentes.  
Agora parad bien mientes  
quel yago tan sin compañía  
so esta tumba tamaña.

—  
Con esfuerzo é lozania  
é orgullo de corazon  
fui rey de grant nombradia  
de Castilla é de Leon.  
Puse freno en Aragon,  
en Navarra é Portugal:  
Granada miedo mortal  
ovo de mí esa sazón,  
recelando mi opinion.

—  
A los mios é á estraños  
fui muy franco é verdadero.  
Poco mas de dose años  
me duró este bien entero.  
Nunca creí de ligero.

*Decir de Pero Ferrús al rey don Enrique:*

Don Enrique fue mi nombre,  
rey de España la muy gruesa,  
que por fechos de grant nombre  
meresco tan rica fuesa.  
Grave cosa nin aviesa  
nunca fue que yo temiese,  
porque el mi loor perdiere;  
ni jamás falté promesa.

Bien guardé sus privilejos  
á fidalgos é concejos:  
conociendo á Dios primero  
de quien galardón espero.

—  
Mi alma va muy gozosa  
por dejar tal capellana,  
tan complida, é tan onrosa  
la muy noble doña Juana,  
muy onesta, é sin ufana,  
reina de liña real,  
mi muger noble, leal,  
en todo firme é cristiana,  
quita de esperanza vana.

—  
Dejo á los castellanos  
en riquezas, sin pavor:  
de todos sus comarcanos  
hoy le lievan lo mejor.  
Por su rey é su señor  
les dejo muy noble infante  
don Juan mi fijo, bastante,  
bien digno é merescedor  
para ser emperador.

Nunca yo cesé de guerras  
treinta años continuados.  
Conqueré gentes é tierras,  
é gane nobles regnados.  
Fis ducados é condados,  
é muy altos señoríos:  
é di á estraños é á mios  
mas que todos mis pasados.

En peligros muy estraños  
 muchas veces yo me vi,  
 é de los míos sosaaños  
 sabe Dios cuántos sufrí.  
 Contemprarme sope asi  
 con esfuerzo é mansedumbre.  
 El mundo por tal costumbre  
 sojuzgar yo lo creí.

Sabed que con mis hermanos  
 siempre yo quisiera paz,  
 adoviéronme tiranos  
 buscándome mal asaz.  
 Quísolo Dios, en quien yaz  
 el esfuerzo é poderío,  
 ensalzar mi poderío  
 é á ellos dí mas solaz.

Con todos mis comarcanos  
 yo paré bien mi fasienda:  
 quien al quiso, amas manos  
 ge lo puse á contienda.  
 É bien así lo entienda  
 el que fue mi coronista,  
 que de paz, ó de conquista  
 onrosa quis la enmienda.

En la fe de Jesucristo  
 verdadero fui creyente,  
 é á la iglesia bien quisto,  
 muy amado é obediente.  
 Fis onra muy de talante  
 cuanto pude á sus preladós,  
 seyendo de mí llamados  
 señores ante la gente.

Con devocion cuanta pud  
 yo serví á Santa María,  
 preciosa Virgen, salud,  
 nuestra dulzor, é alegría.  
 Por saña, nin por follía,  
 á santa jamas, nin santo  
 nunca yo dije mal, cuanto  
 los ojos me quebraría.

É teniendo yo mi imperio  
 en paz muy asesegado,  
 que cobré con grant laserio  
 por onrar el mi estado,  
 plogo á Dios que fui llamado  
 á la su muy dulce gloria,  
 do estó con grant vitoria.  
 El su nombre sea loado.

La mi vida fue por cuenta  
 poco mas que el comedio;  
 cinco años mas de cincuenta (1)  
 é cuatro meses é medio.  
 Púsome Dios buen remedio  
 á mi fin, que yo dejase  
 fijo noble que heredase  
 tal que non ha sin medio.

Deben ser los castellanos  
 por mi alma rogadores,  
 ca los fis nobles, ufanos,  
 guerreros, conquistadores:  
 é á Dios deben dar loores  
 por los dejar yo tan presto  
 mi amado fijo onesto,  
 de liña de emperadores.

Yo le deajo bien casado  
 con la infante de Aragon;  
 porque partí consolado  
 al tiempo de mi pasion.  
 A este viene bendicion  
 é los regnos por linages.  
 Los que de estoria son sages  
 saben bien esta razon.

Deajo noble muger buena,  
 que es la reina doña Juana,  
 que por todo el mundo suena  
 su grant bondat sin ufana.

(1) Acaso deberá ser *cuarenta*, pues el cronista dice que murió de cuarenta y seis años y cinco meses.

Non cesa noche é mañana  
 facer por mí sacrificios,  
 que son deleites é vicios  
 á mi alma que los gana.

—  
 Ella sea heredada  
 en paraíso conmigo,  
 do le tien presta morada  
 Jesu-Cristo, su amigo.  
 De hoy mas á vosotros digo,  
 vasallos, é mis parientes,  
 é yo deixo á todas gentes  
 este escripto por castigo.

—  
 Quien muy bien escuadriñare  
 las razones que en el dis,

é cobdicia en sí tomare  
 de los fechos que yo fis,  
 non engruese la cervis  
 echándose á la vilesa,  
 nin se paguen de escasesa,  
 que á todo mal es rais.

—  
 Quien vivir quiere en ledicia  
 é del mundo ser monarca,  
 desampare la codicia,  
 que todos males abarca.  
 Franqueza sea su arca,  
 esfuerzo, é bien faser,  
 que lo tal suele tener  
 mucho bien á su comarca.

LOS BORCEGUÍES DE ENRIQUE II (página 301):

(2) Fue su muerte (la de don Enrique) muy plañida de todos los suyos; é non sin razon, ca pues tenia sus paces, é tratos, é casamientos, é sosiegos fechos en Francia, é Portugal, é Aragon, é Navarra, de fecho trataba é lo mandaba ir guiando, que si viviera era su intencion de armar grand flota, é tomar la mar del estrecho á Granada. É despues que él toviese tomada la mar, que de allende no se pudiesen ayudar los moros, facer en su regno tres cuadrillas, una él, otra el infante don Juan su fijo, é otra el conde don Alonso su fijo: é en su cuadrilla irian tres mil lanzas con él é quinientos ginetes, é diez mil omes de á pie: é las otras cuadrillas cada dos mil lanzas, é cada mil ginetes, é cada diez mil omes de á pie: é entrar cada año tres entradas de cuatro á cuatro meses é andar todo el regno, é non cercar logar, mas faltar quanto fallasen verde. É que irian las cuadrillas de guisa que en un día se pudiesen acorrer, si tal caso recrease: é despues salir á folgar á Sevilla é Córdoba, é otro logar do tenian sus bastecimientos. Que desta guisa, fasta dos ó tres años le darian el regno á pura fuerza de fambre, é faria de los moros quanto quisiese. É Dios non quiso que se compliese ca tomóle la muerte &c.

(Crónica de don Enrique II.)

Tales eran los planes de este rey, y por los cuales digo de él:

... y que, á poder él cumplirles,  
 fuera acaso el rey más grande,  
 y el mejor de los Enriques.

LOS BORCEGUÍES DE ENRIQUE II (página 304):

(3) ... á diez y seis del mes de mayo un lunes despues de vísperas, fizo el sol eclipse, é se oscureció todo él, que non se veian los omes unos á otros, é aparecieron las estrellas en el cielo, asi como si fuera media noche: é duró aquella oscuridad una hora.....  
é falleció el rey el lunes á treinta del mismo mes.

*Esto dice la crónica de este eclipse; la sola variación que hay en el romance es el atraso de un día, porque yo lo he fijado en martes, y no en lunes, como aconteció.*

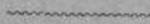




# ÍNDICE

	Páginas		Páginas
PRÓLOGO.....	III	La Virgen al pie de la Cruz.....	67
Á la memoria desgraciada del jo- ven literato don Mariano José de Larra.....	1	Napoleón.....	72
Á Calderón.....	2	La sorpresa de Zahara.....	75
Toledo.....	4	A los individuos artistas del Liceo	83
El reloj.....	8	El Amor y el Agua.....	86
La luna de Enero.....	10	A la muerte de ***.....	88
Á una mujer.....	12	La orgía.....	90
Oriental.....	15	El canto de los piratas.....	92
Á Venecia.....	16	Oriental.....	93
Un recuerdo y un suspiro.....	18	La Plegaria.....	95
Á don Jacinto de Salas y Quiroga.	20	La juventud.....	96
A ***.....	22	La amapola.....	98
Oriental.....	24	La noche y la inspiración.....	99
La meditación.....	25	Un recuerdo del Arlanza.....	104
Á la estatua de Cervantes.....	26	A buen juez mejor testigo.....	107
Elvira.....	28	A Roma.....	116
La tarde de otoño.....	29	La noche inquieta.....	119
Indecisión.....	31	Soledad del campo.....	127
***.....	33	Soneto.....	129
Oriental.....	34	A Blanca.....	130
Romance.....	35	Oda.....	132
Á un torreón.....	36	La margen del arroyo.....	135
La noche de invierno, á don Jenaro de Villaamil.....	37	Al último rey moro de Granada Boabdil el Chico.....	138
Recuerdos de Toledo.....	39	El velo.....	146
El día sin sol.....	43	Vanidad de la vida.....	147
Inconsecuencia.—A una tórtola... Soneto.....	50	Tenacidad.....	149
La torre de Fuensaldaña.....	53	Honra y vida que se pierden no se cobran, mas se vengán.....	151
La duda.....	58	Tempestad de verano.....	167
Para verdades el tiempo y para justicias Dios.....	59	Recuerdo á N. P. D.....	172
		A la niña C. D. G.....	175
		A una calavera.....	177
		Las hojas secas.....	183

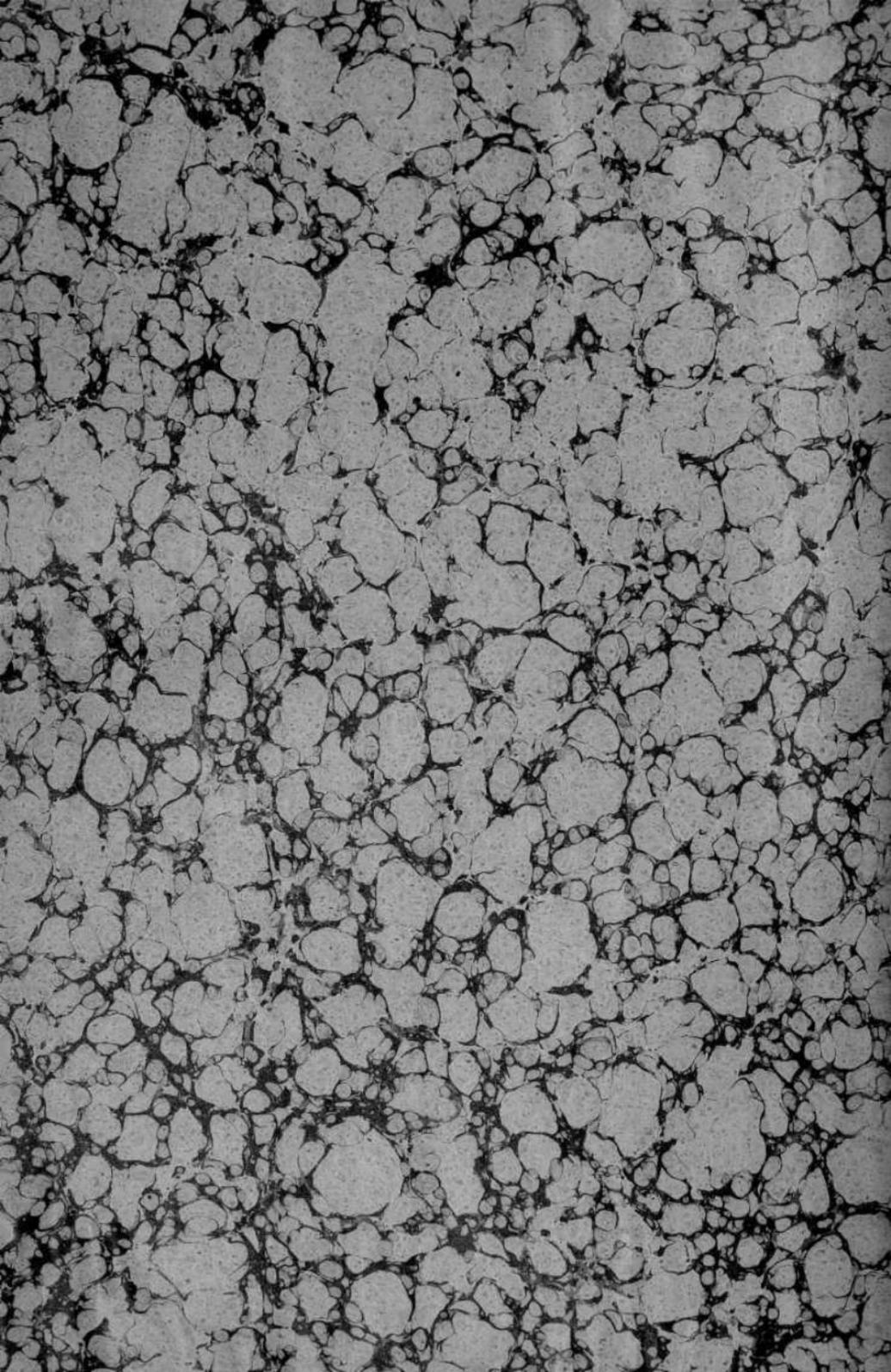
Páginas	Páginas		
Recuerdos de Valladolid.....	187	Las estocadas de noche.....	315
Á Blanca.....	204	El caballero de la buena memoria.	318
Canción.....	206	Á María.....	340
El crepúsculo de la tarde.....	207	Poco me importa.....	341
Á un águila.....	212	Himno á S. M. doña Isabel II....	343
Oriental.....	215	Á don Wenceslao Ayguals de Izo,	
Canción.....	217	epístola en verso prosáico. ....	344
Á Mariana.....	219	Á mi amigo Wenceslao Ayguals.	348
Príncipe y rey.....	221	Á mi amigo D. J. E. Hartzen-	
La cortina verde.....	224	busch.....	351
Justos por pecadores.....	228	El capitán Montoya.....	353
Un apéndice á las ventanas de la		Vigilia.....	373
duquesa.....	230	En un album.....	378
Á luengas edades luengas nove-		Gloria y orgullo.....	379
dades.....	232	Pereza.....	381
El paso de armas de Beltrán de la		Cadena.....	383
Cueva.....	240	Misterio.....	385
Recuerdos.....	245	Justicias del rey D. Pedro.....	387
Favor de rey.....	248	Composición leída en el Teatro del	
Las dos rosas.....	253	Príncipe.....	393
El niño y la maga.....	280	A la luna.....	397
* * *.....	294	Horizontes.....	401
Los borreguies de Enrique II....	297	Impresiones de la noche.....	404
Oriental.....	307	Fe.....	407
Soneto (A España artística)....	309	Ira de Dios.....	409
Una aventura de 1360.....	310	El escultor y el duque.....	411

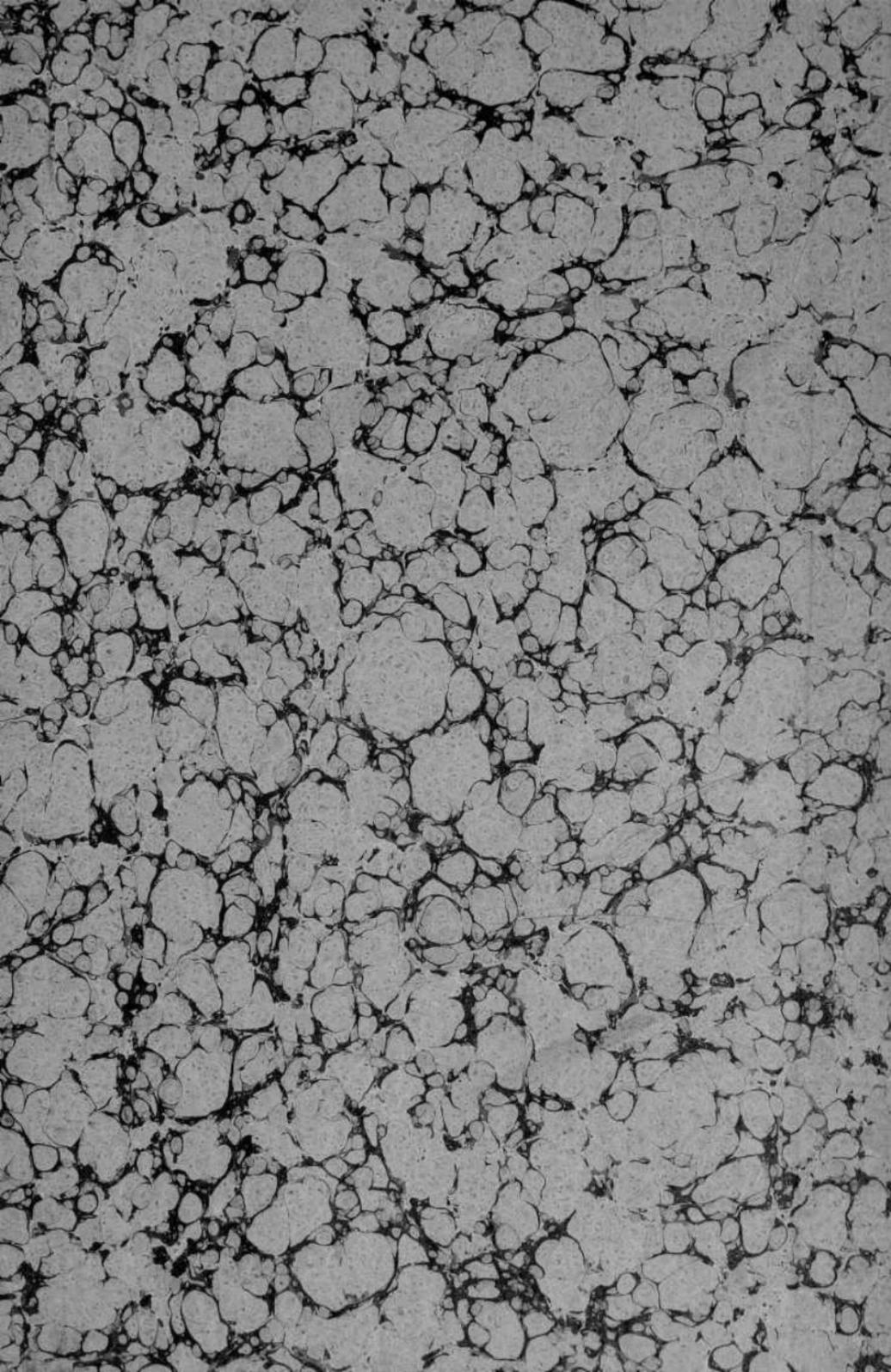














J. ZORRILLA

POESIAS

G 23905